

# OBRAS MAESTRAS DE
# H. P. LOVECRAFT

H. P. Lovecraft es indudablemente, junto con Edgar Allan Poe, el gran maestro de la narrativa de terror. Su buen hacer ha dejado huella en innumerables escritores, cineastas y lectores de todo el mundo.

En esta recopilación exclusiva hemos querido rescatar las obras maestras de este genio norteamericano, incluyendo clásicos inolvidables de su universo cósmico como *La llamada de Cthulhu*, *El color surgido del espacio* o *La sombra sobre Innsmouth*, así como cuentos encumbrados por la crítica o la masa social, entre los que destacamos *Dagón* y *Los gatos de Ulthar*.

En total son veintidós narraciones extraordinarias que se apartan de la tradicional temática del terror sobrenatural —fantasmas, demonios, seres de ultratumba…— para incorporar nuevos elementos de la ciencia ficción, viajes en el tiempo, razas de otros planetas, nuevas dimensiones, mundos imaginarios. Un libro que le provocará, en la oscuridad de noche, cosquillas en la nuca, estremecimientos por todo el cuerpo y una mirada de desconfianza, pero que, con total seguridad, le dará algunos de los momentos de más placer con la lectura. Sin duda, esa es una de las razones por la cual sus cuentos han creado adicción en millones de aficionados a la literatura fantástica. Una selección única en el mundo donde se incluyen las mejores joyas terroríficas de este genio.

***OceanofPDF.com***



H. P. Lovecraft

# Obras Maestras de H. P. Lovecraft

**ePub r1.0**

**Watcher** 31-12-2022

*OceanofPDF.com*

Título original: *Obras Maestras de H. P. Lovecraft*
H. P. Lovecraft, 2020
Traducción: Anónimo
Ilustraciones: Azarii Gorchakov

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1




***OceanofPDF.com***



*OceanofPDF.com*

# INTRODUCCIÓN

H. P. Lovecraft (1890-1937) es indudablemente, junto con Edgar Allan Poe (1809-1849), el gran maestro de la narrativa de terror. Su buen hacer ha dejado huella en innumerables escritores, cineastas y lectores de todo el mundo.

En esta recopilación exclusiva hemos querido rescatar las obras maestras de este genio norteamericano, incluyendo clásicos inolvidables de su universo cósmico como *La llamada de Cthulhu*, *El color surgido del espacio* o *La sombra sobre Innsmouth*, así como cuentos encumbrados por la crítica o la masa social, entre los que destacamos *Dagón* y *Los gatos de Ulthar*. En total son veintidós narraciones extraordinarias que se apartan de la tradicional temática del terror sobrenatural —fantasmas, demonios, seres de ultratumba…— para incorporar nuevos elementos de la ciencia ficción —viajes en el tiempo, razas de otros planetas, nuevas dimensiones, mundos imaginarios.

Un libro que le provocará, en la oscuridad de la noche, cosquillas en la nuca, estremecimientos por todo el cuerpo y una mirada de desconfianza, pero que, con total seguridad, le dará algunos de los momentos de más placer con la lectura. Sin duda, esa es una de las razones por la cual sus cuentos han creado adicción en millones de aficionados a la literatura fantástica.

Lovecraft estudia y se apropia de todos los recursos de esta ficción literaria, los transforma y manipula a su voluntad y los lleva hasta el límite con una pasmosa facilidad que convence a todo el que lo lee, dejándolo fascinado ante la nueva estética que se le ofrece. En su ensayo *El horror y lo sobrenatural en la literatura* nos dice lo siguiente: «La más antigua, la más fuerte emoción que siente el ser humano es el miedo. Y la forma más

poderosa que se deriva de este miedo es el miedo a lo desconocido. Pocos psicólogos niegan esta verdad, y así justifican la existencia del relato de horror… Los adversarios del género son numerosos, pero el relato fantástico sobrevive a través de los siglos, se desarrolla, e incluso alcanza un notable grado de perfección porque hunde sus raíces en un principio profundo y elemental cuya atracción no solo es universal, sino necesaria al hombre, ya que el miedo es un sentimiento permanente en las conciencias, al menos en las que poseen una cierta dosis de sensibilidad». H.P. Lovecraft sabe muy bien de lo que habla, porque sus narraciones son verdaderos artefactos de terror que poseen todas las características genéricas, admirablemente manejadas para crear en el lector un ambiente de expectación y de pavor ante lo desconocido, que no lo abandona en ningún momento.

La infancia del escritor, por lo tanto, no fue especialmente feliz, primero debido a la actitud sobreprotectora de su madre y a la eterna tristeza de la que la pobre mujer hacía gala, y también a causa de su naturaleza enfermiza, que le impidió ir a la universidad (estudió lo que pudo por sí mismo y con la ayuda de algunos, pocos, profesores particulares) y lo tuvo condenado a cuidarse y a ingerir todo tipo de pócimas curativas hasta casi los treinta años, cuando su salud mejoró un poco y le permitió hacer una vida casi normal. De todas formas, fue un niño precoz que pasaba muchas horas leyendo, sobre todo libros de astronomía heredados de su abuela materna, lo que hizo que se aficionara a tal ciencia desde muy joven y que su afición a los astros se reflejara repetidamente en sus relatos. Fue, según él mismo diría después, «un niño raro y muy sensible que prefería la compañía de los adultos a la de la gente de su edad» y que, al ser hijo único, vivía siempre entre personas mayores: su atormentada madre, sus abuelos maternos y las hermanas viudas de su madre. Aquella vida hizo que Lovecraft se refugiara desde muy joven en su propia imaginación, ayudado, naturalmente, por numerosas lecturas y estudios que para él fueron apasionantes: la ciencia en general, pero, sobre todo, la astronomía, las novelas inglesas del siglo XVIII, muy especialmente la novela gótica, los cuentos de *Las mil y una noches*, etc…

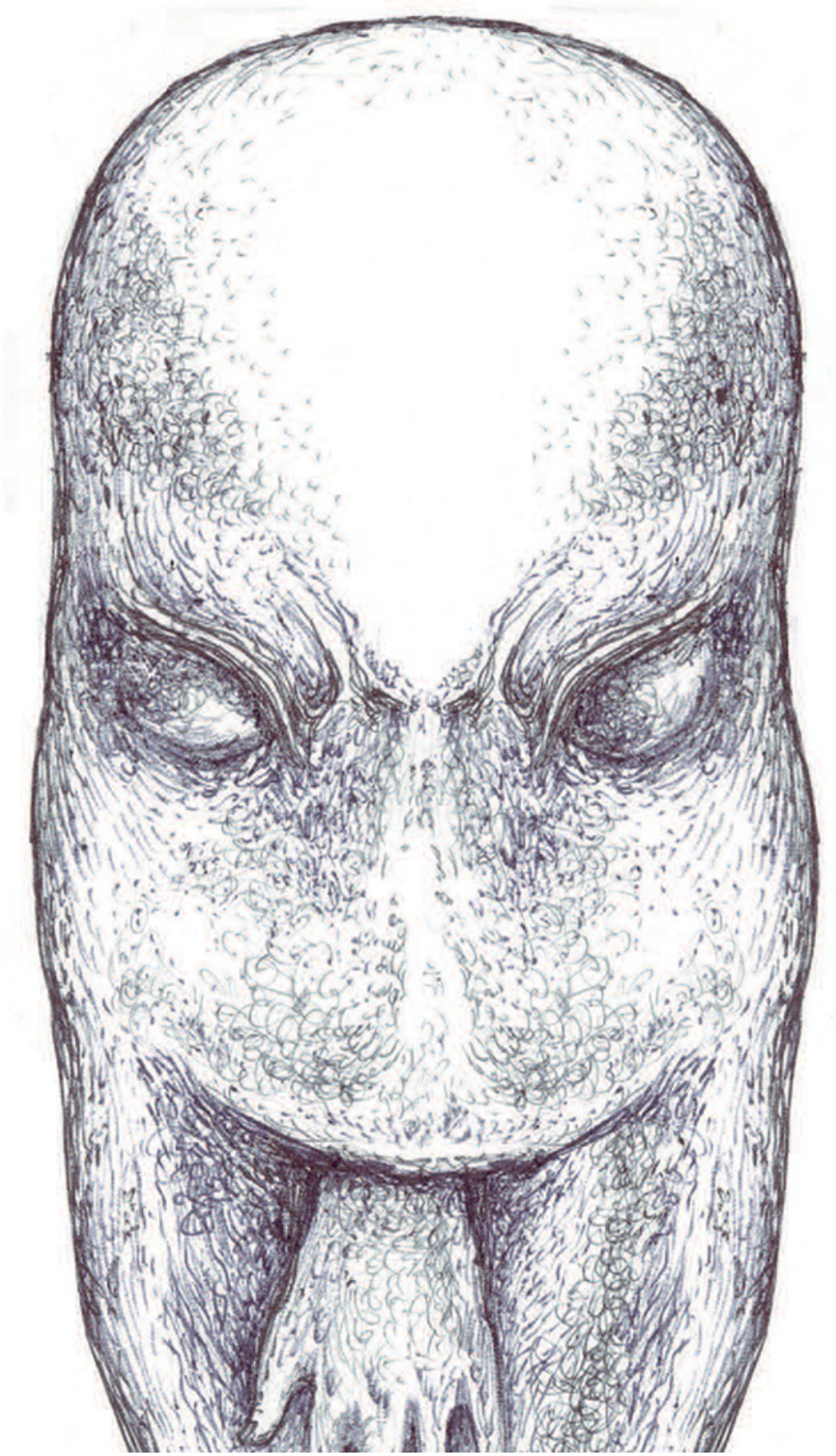
Ya de mayor, escribía generalmente por la noche, pero, si por alguna razón tenía que hacerlo durante el día, bajaba las persianas y trabajaba con luz artificial. Eso y sus frecuentes paseos por lugares solitarios de la época colonial de la ciudad y por los cementerios, le dieron una cierta fama de raro entre sus conciudadanos, que tenían muy poca fe en él y no sabían nada de su genio. Así que fue prácticamente ignorado en vida y, cuando murió, a los cuarenta y siete años, solo era conocido en un pequeño círculo de amantes de los relatos macabros.

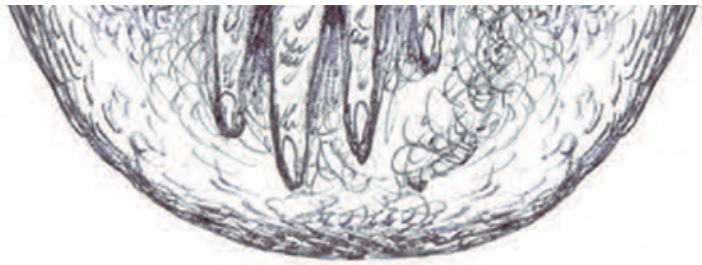
Con el fin de ampliar su recuerdo, hemos editado este libro, con la esperanza de que surjan con él nuevos seguidores de una obra magnífica e imprescindible.

El editor

***OceanofPDF.com***

# LA CIUDAD
# SIN NOMBRE





***OceanofPDF.com***

# LA CIUDAD SIN NOMBRE

Ya al aproximarme a la ciudad sin nombre me percaté de que estaba maldita. Avanzaba bajo la luna por un terrible valle reseco cuando la vi en la lejanía, surgiendo misteriosamente de las arenas, como emerge parcialmente un cadáver de una tumba deshecha. El miedo hablaba desde las piedras erosionadas de esta mole antediluviana, de esta bisabuela de la más antigua de las pirámides; una impalpable aura me rechazaba y me instaba a retroceder ante vetustos y siniestros secretos que nadie debía ver, ni habría osado examinar.

La ciudad sin nombre se halla perdida en el desierto de Arabia, en ruinas y destrozada, con sus bajos muros semienterrados en las arenas de un sinfín de años. Así debía hallarse antes de que colocasen las primeras piedras de Menfis, y cuando no se habían cocido todavía los ladrillos de Babilonia. No existen leyendas tan antiguas que recojan su nombre ni la recuerden viva; sin embargo, la nombran con temor alrededor de las hogueras, y las abuelas murmuran también sobre ella en las tiendas de los jeques, de modo que todas las tribus la evitan sin saber muy bien el porqué. Con esta ciudad soñó el poeta demente Abdul Alhazred la noche antes de cantar su inexplicable dístico:

«No está muerto quien yace eternamente y, con el paso de los años, incluso la muerte puede morir».

Yo debería haber sabido que los árabes tenían buenas razones para evitar la ciudad sin nombre, aquella de la que hablan extraños relatos, pero que ningún hombre vivo ha llegado a ver. Aun así, los desafié y me adentré en el desierto inexplorado con mi camello. Solo yo la he visto, por eso no hay en este mundo otro rostro surcado por las horrendas arrugas que ha marcado el horror en el mío, ni que se estremezca de forma tan espantosa cuando el viento nocturno sacude las ventanas. Cuando la descubrí, en la pavorosa calma del sueño eterno, me miró estremecida por los rayos de una luna fría en medio del calor del desierto. Cuando yo le devolví la mirada,

olvidé la alegría de haberla descubierto y me detuve con mi camello a aguardar el alba.

Aguardé cuatro horas hasta que el este se volvió gris, las estrellas se apagaron y el gris se tornó en una arrebolada claridad ribeteada de oro. Oí un gemido y vi una tormenta de arena agitándose entre las piedras antiguas, aunque el cielo estaba despejado y el interminable desierto seguía en silencio. De pronto, por los lejanos confines del desierto, apareció el esplendoroso canto del sol a través de una pequeña y fugaz tormenta de arena; en mi estado febril imaginé que un ruido de música metálica brotaba de alguna lejana profundidad y saludaba al disco ígneo como hace Memnon desde las orillas del Nilo. Me zumbaban los oídos y mi imaginación bullía mientras guiaba sin prisa a mi camello por la arena hasta aquel lugar sin nombre; un lugar que, de todos los hombres vivos, solo yo he visto.

Deambulé entre los cimientos de las casas y de los edificios, pero no hallé relieves o inscripciones que hablasen de los hombres —si es que fueron hombres— que habían levantado esta ciudad y en ella habían morado hacía milenios. La antigüedad del lugar era perniciosa, así que deseé con ardor descubrir algún signo o clave que demostrase que efectivamente era una obra humana. Había ciertas dimensiones y proporciones en las ruinas que me desazonaban. Llevaba encima herramientas, así que excavé mucho entre los muros de los olvidados edificios; pero apenas avanzaba y nada importante aparecía. Cuando regresaron la noche y la luna, el frío viento me trajo un nuevo temor, así que no quise quedarme en la ciudad. Al salir de los antiguos muros para descansar, se levantó detrás de mí una pequeña tormenta de arena. Pese a que brillaba la luna, soplaba entre las piedras grises y casi todo el desierto se mantenía inmóvil.

Al amanecer desperté tras una sucesión de horrendas pesadillas, y en los oídos sentí una especie de tañido metálico. Vi asomar el sol rojizo entre los últimos torbellinos de una ligera tormenta de arena que flotaba sobre la ciudad sin nombre. Aquello hizo más evidente la quietud del paisaje. Volví a penetrar en las lúgubres ruinas que sobresalían bajo la arena, como un ogro debajo de su manta, y excavé en vano una vez más en busca de reliquias de la raza olvidada. A mediodía descansé y pasé la tarde marcando

los muros, las calles olvidadas y los contornos de los edificios casi desaparecidos. Vi que la ciudad realmente había sido poderosa, y me pregunté por los orígenes de su grandeza. Imaginaba el esplendor de una edad tan remota que Caldea no podría recordarla, y pensé en Sarnath la Predestinada, que ya existía en la tierra de Mnar cuando la humanidad aún era joven, y en Ib, excavada en la piedra gris antes de la aparición del ser humano.[1]

Entonces llegué a un punto donde la roca del subsuelo surgía de la arena formando un acantilado achaparrado y me alegré de ver lo que parecía prometer nuevas huellas del antiguo pueblo. Talladas sin refinamiento en la cara del acantilado, aparecían las fachadas innegables de diversos edificios pequeños o templos bajos, cuyos interiores tal vez conservasen numerosos secretos de edades más que remotas, si bien es verdad que las tormentas de arena hacía tiempo que habían borrado los relieves que exhibieron inequívocamente en su exterior.

Las oscuras aberturas cerca de mí eran muy bajas y la arena las había bloqueado; pero limpié una de ellas con la pala y entré gateando con una antorcha para poder descubrir los misterios que hubiese. Una vez dentro, comprobé que la caverna era efectivamente un templo, y descubrí signos evidentes de la raza que había vivido allí y practicado su religión antes de que el desierto se enseñorease de la zona. Había altares primitivos, pilares y nichos, todo muy bajo. Aunque no veía esculturas ni frescos, sí había muchas piedras extrañas, talladas por algún medio artificial y a todas luces en forma de símbolos. Era muy rara la escasa altura de la cámara cincelada, pues apenas me permitía mantenerme de rodillas; no obstante, el recinto era tan grande que la antorcha únicamente revelaba una parte. Varios de los últimos rincones me atemorizaban, pues algunos altares y piedras sugerían ritos ya olvidados de naturaleza repulsiva e inexplicable que me hicieron plantearme qué clase de hombres pudo haber levantado y frecuentado aquel templo. Tras ver el contenido del lugar, salí a gatas, ansioso por saber lo que pudieran revelarme los templos.

La noche estaba próxima; pero las cosas palpables que había visto espoleaban tanto mi curiosidad que olvidé mis miedos, así que no huí de las sombras lunares alargadas que me habían intimidado la primera vez que vi

la ciudad sin nombre. Durante el crepúsculo, limpié otra abertura, prendí otra antorcha y entré a rastras por ella para descubrir más piedras y símbolos enigmáticos. Sin embargo, todo era tan vago como en el otro templo. El recinto era igual de bajo, aunque no tan amplio, y terminaba en un pasadizo angosto en donde se abrían hornacinas oscuras y misteriosas. Estaba yo examinándolas cuando el mugido del viento y mi camello rompieron el silencio, y me hicieron salir para ver qué había asustado al animal.

La luna refulgía sobre las primitivas ruinas e iluminaba una espesa nube de arena que parecía tener su origen en un intenso viento, aunque ya estuviese amainando, que soplaba desde algún lugar del acantilado delante de mí. Como este viento frío y arenoso había inquietado al camello, decidí llevarlo a un lugar más resguardado. Cuando levanté los ojos por casualidad, vi que no soplaba ningún viento en lo alto del acantilado. Aquello me asombró y me produjo de nuevo temor; sin embargo, recordé de inmediato los vientos locales y súbitos que ya había observado durante el amanecer y el atardecer, así que pensé que era algo normal. Me figuré que procedía de alguna grieta de la roca que comunicaba con alguna cueva, y observé el torbellino arenoso con el fin de localizar su origen. Pronto vi que salía de un boquete negro de un templo bastante más al sur de donde yo estaba, casi invisible desde mi posición. Eché a andar contra la sofocante nube de arena hacia dicho templo. Al aproximarme descubrí que superaba en tamaño a los demás y que su entrada estaba bastante menos taponada con arena endurecida. Si no hubiese sido por la terrible fuerza de aquel viento frío que casi apagaba mi antorcha, habría penetrado en él. Surgía furioso por la tenebrosa puerta entre misteriosos suspiros mientras agitaba la arena y la desperdigaba entre las ruinas espectrales. Poco después comenzó a calmarse, la arena se fue asentando poco a poco y, finalmente, todo quedó inmóvil como antes; sin embargo, entre las piedras fantasmales de la ciudad parecía acechar una presencia, y cuando levanté los ojos hacia la luna, me pareció que temblaba, como si rielase sobre una trémula superficie de agua. Me sentía más asustado de lo que podía explicarme, aunque no lo suficiente como para calmar mi sed de maravillas; así que apenas amainó el viento,

crucé el umbral y penetré en el oscuro recinto de donde había salido el viento.

Tal como había imaginado desde el exterior, aquel templo era el mayor de todos los que había visitado hasta entonces; probablemente se tratase de una caverna natural, pues la barrían vientos procedentes de alguna región interior. Aquí podía estar de pie, aunque vi que las piedras y los altares eran tan bajos como los que había en los demás templos. Observé por primera vez en los muros y en el techo huellas del arte pictórico de la antigua raza, extrañas rayas onduladas trazadas con una pintura que casi se había borrado o pelado. En dos de los altares vi, cada vez más emocionado, un laberinto de relieves curvilíneos muy bien trazados. Al levantar la antorcha, se me antojó que la forma del techo era demasiado regular para ser natural, y me pregunté qué prehistóricos escultores habrían trabajado allí. Su habilidad técnica debió ser muy depurada.

A continuación, una llamarada repentina de la antorcha me mostró lo que había estado buscando: el acceso a los abismos más lejanos de donde había surgido el inesperado viento. Sentí vértigo al descubrir que era una puertecita artificial, cincelada en la roca viva. Introduje la antorcha por allí y vi un túnel negro de techo bajo y abovedado que se curvaba sobre un tramo de toscos peldaños que descendían; eran diminutos, numerosos y muy pronunciados. Siempre veré esos escalones en mis sueños, pues averigüé su significado. En ese momento no sabía si considerarlos escalones o simples apoyos para salvar una pendiente demasiado empinada. La cabeza me daba vueltas, asaltada por locas ideas. Me pareció que a través del desierto, desde las tierras que los hombres conocen como de la ciudad sin nombre y que no se atreven a conocer, me llegaban flotando las palabras y los avisos de los profetas árabes. Pero vacilé solo un instante antes de franquear el umbral y bajar con cautela por el pronunciado pasadizo, con los pies por delante, como por si fuese por una escala de mano.

Solo en los peores desvaríos de las drogas o presa del delirio un hombre puede haber llevado a cabo un descenso como el que yo hice. El angosto pasadizo bajaba sin fin como un pozo horrendamente fantasmal; la antorcha que sostenía sobre mi cabeza no podía iluminar las ignotas profundidades

hacia donde descendía. Perdí la noción del tiempo y ni siquiera miré el reloj, aunque me asusté al pensar en la distancia que debía estar recorriendo. Había giros y cambios de pendiente; en una ocasión llegué a un corredor largo, bajo y horizontal, donde tuve que reptar por el suelo rocoso con los pies por delante, sujetando la antorcha todo lo largo que era mi brazo. No había suficiente altura para permanecer de rodillas. Después me topé con otra escalera empinada, y seguí bajando sin cesar mientras la antorcha se iba debilitando hasta que acabó por apagarse. Creo que no me percaté entonces, porque, cuando me di cuenta, aún la sujetaba sobre mí como si siguiese alumbrándome. La pasión por lo extraño y lo desconocido me tenía del todo trastornado y me había transformado en un vagabundo en la tierra y en un frecuentador de sitios remotos, antiguos y prohibidos.

En la oscuridad, recordaba pequeños fragmentos de mi amado acervo del saber demoníaco: frases del árabe loco Alhazred, párrafos de las pesadillas apócrifas de Damascius, infames sentencias del delirante *Image du Monde* de Gauthier de Metz[2] Repetía citas extrañas y susurraba cosas sobre Afrasiab[3] y los demonios que bajaban flotando con él por el Oxus;[4] después recité una y otra vez la frase de uno de los relatos de Lord Dunsany:[5] *La sorda negrura del abismo*. En cierta ocasión en que el descenso se volvió tremendamente empinado, repetí con voz monótona un pasaje de Tomás Moro, hasta que tuve miedo de recitarlo más:

«Un pozo de tinieblas, negro como un caldero de brujas, lleno de drogas lunares destiladas durante un eclipse. Al inclinarme a mirar si podía bajar el pie por aquel abismo, vi abajo, hasta donde alcanzaba la mirada, negras paredes lisas como el cristal recién pulido, y con esa oscura brea que rezuma por sus bordes viscosos el Trono de la Muerte».

El tiempo había dejado de existir cuando toqué de nuevo con los pies un suelo horizontal, y entré en un recinto un poco más alto que los dos templos anteriores que, en aquellos momentos, se encontraban encima de mí a una distancia incalculable. No podía ponerme en pie, pero podía mantenerme arrodillado; así pues, me arrastré y gateé de un lado a otro sin rumbo en la oscuridad. Pronto me percaté de que me hallaba en un pasadizo angosto en cuyas paredes se alineaban cajitas de madera con el frontal hecho de cristal. Hallar objetos de cristal y madera pulida en semejante lugar paleozoico y

abismal me produjo un temblor por sus posibles implicaciones. Según parecía, las cajitas estaban ordenadas a lo largo del pasadizo a intervalos regulares; eran oblongas y horizontales, horriblemente semejantes a ataúdes por su forma y tamaño. Al tratar de mover una o dos para estudiarlas, descubrí que estaban firmemente sujetas.

Vi que el pasadizo era largo y emprendí una rápida carrera a cuatro patas que habría parecido terrible si alguien me hubiese observado en la oscuridad. A veces me desplazaba a un lado y a otro para palpar a mi alrededor y corroborar que los muros y las filas de cajitas seguían ahí. El hombre está tan hecho a pensar visualmente que casi olvidé la oscuridad e imaginé el corredor sin fin monótonamente cubierto de madera y cristal, como si lo viese. Entonces, en un segundo de inenarrable emoción, lo vi.

No sé exactamente en qué momento lo imaginado se fundió con la visión real; pero poco a poco surgió un resplandor delante de mí y de pronto noté que veía los contornos oscuros del corredor y las cajitas debido a una desconocida fosforescencia subterránea. Durante unos instantes todo fue exactamente como yo lo había imaginado, pues la claridad era muy débil; pero al avanzar maquinalmente hacia la luz cada vez más intensa, vi que lo que yo había imaginado era demasiado débil. Aquella sala no era una primaria reliquia como los templos superiores, sino un monumento que contenía un arte magnífico y exótico. Pinturas y dibujos ricos, realistas y atrevidamente fantásticos componían una decoración mural continua cuyas líneas y colores sobrepasarían cualquier descripción. Las cajitas eran de una madera extrañamente dorada, con un frente de exquisito cristal. Contenían los cuerpos momificados de unos seres que rebasarían por su grotesca fealdad los más caóticos sueños humanos.

No se puede dar una idea de estas monstruosidades. Eran de naturaleza reptil con rasgos corporales que en ocasiones recordaban a un cocodrilo, en otras a una foca, pero con más frecuencia a criaturas jamás conocidas por el naturalista y el paleontólogo. Tenían más o menos el tamaño de un hombre achaparrado, y sus extremidades delanteras tenían unas zarpas finas muy parecidas a las manos y los dedos humanos. Pero lo más curioso de todo eran sus cabezas, cuyo contorno contradecía todo principio biológico

conocido. No hay nada con lo que se puedan comparar realmente aquellas criaturas…

Pensé por momentos en seres tan diversos como el gato, el dogo, el mítico sátiro y el ser humano. Ni siquiera Júpiter tuvo una frente tan grande y protuberante; pero los cuernos, la falta de nariz y la mandíbula de caimán, los dejaba fuera de toda categoría establecida. Durante un rato dudé de si las momias eran reales, casi inclinándome a pensar que eran ídolos artificiales; pero pronto me convencí de que eran efectivamente especies paleógenas de la época en que la ciudad sin nombre estaba viva. Como para rematar lo caricaturesco de sus naturalezas, la mayoría estaban lujosamente vestidas con tejidos caros y ostentosamente cargadas de adornos hechos a base de oro, joyas y metales brillantes y desconocidos.

La importancia de estos seres reptiles debió ser grande, pues estaban en un primer plano, entre los extraños motivos de los frescos que decoraban paredes y techos. El artista había retratado a estas criaturas con una habilidad sin par en su propio mundo, en el cual tenían ciudades y jardines trazados según sus dimensiones. No pude evitar entonces pensar que su historia representada era una alegoría, que tal vez revelaba la evolución de la raza que las adoraba. Estas criaturas debieron ser para los habitantes de la ciudad sin nombre lo mismo que la loba para Roma o los animales totémicos para una tribu de indios.

Siguiendo esta teoría pude descifrar por encima una épica asombrosa de la ciudad sin nombre: la crónica de una poderosa metrópoli costera que rigió el mundo antes de que África emergiese de las olas, y de sus luchas cuando el mar se retiró y el desierto se adueñó del fértil valle que la sustentaba. Vi sus guerras y sus victorias, sus tribulaciones y sus derrotas; a continuación, su terrible lucha contra el desierto, cuando miles de ellos —representados alegóricamente como grotescos reptiles— tuvieron que abrirse camino excavando la roca de alguna forma prodigiosa, hacia abajo, en busca del mundo que les habían anunciado sus profetas. Todo era misteriosamente crudo y realista; su nexo con el impresionante descenso que yo había efectuado era indiscutible. Incluso reconocía los pasadizos.

Al seguir por el corredor hacia la luz más brillante, descubrí nuevas etapas de la epopeya representada: la despedida de la raza que había

morado en la ciudad sin nombre y el valle hacía unos diez millones de años; la raza cuyas almas se negaban a abandonar los lugares que sus cuerpos habían conocido durante tanto tiempo, en donde se habían establecido como nómadas durante la juventud de la tierra y esculpido en la roca virgen aquellos santuarios en donde siempre habían practicado sus cultos religiosos. Ahora, con más luz, pude contemplar las pinturas con más calma. Al recordar que los extraños reptiles debían representar a los hombres desconocidos, pensé en cuáles serían las costumbres de la ciudad sin nombre.

Había muchas cosas inexplicables. La civilización tenía un alfabeto escrito y había llegado a alcanzar, según parece, un grado superior al de otras muy posteriores como Egipto y Caldea; sin embargo, noté que se habían hecho omisiones singulares. Por ejemplo, no pude descubrir representación alguna de la muerte o de las costumbres funerarias, salvo en las escenas de guerra, de violencia o de plagas; así pues, me preguntaba a qué venía esta reserva con respecto a la muerte natural. Era como si hubiesen tenido un ideal de inmortalidad, que era una ilusión que les daba esperanza.

Más cerca del final del pasadizo habían pintado escenas de gran exotismo y extravagancia: eran vistas de la ciudad sin nombre que ahora chocaban por su abandono y su ruina, y de un curioso y nuevo reino paradisíaco hacia el cual se habían abierto camino aquellas criaturas con sus cinceles, horadando la roca. En estas imágenes, la ciudad y el valle desierto siempre aparecían bajo la luz de la luna, con un halo dorado sobre los muros desmoronados y revelando a medias la espléndida perfección de antaño, espectralmente insinuada por el artista. Las escenas paradisíacas casi eran demasiado singulares para ser creíbles; retrataban un mundo oculto de luz eterna, lleno de ciudades gloriosas y de etéreos montes y valles.

Al final, creí ver signos de un anticlímax artístico. Las pinturas se volvieron más toscas y mucho más extrañas incluso que las más absurdas de las primeras. Parecían reflejar una paulatina decadencia de la antigua estirpe y una creciente ferocidad hacia el mundo exterior del cual el desierto los había expulsado. Las formas de las gentes —simbolizadas en todo

momento por los reptiles sagrados— parecían ir consumiéndose poco a poco, aunque aumentaba en proporción su espíritu, que mostraban flotando sobre las ruinas bañadas por la luna. Unos flacos sacerdotes, representados como reptiles con vestidos ornamentales, maldecían el aire de la superficie y a quienes lo respiraban; en una terrible escena final se veía a un hombre de aspecto primitivo —tal vez un pionero de la antigua Irem,[6] la Ciudad de los Pilares—, en el momento de ser despedazado por los miembros de la raza anterior. Recuerdo el temor que la ciudad sin nombre inspiraba a los árabes y me alegró que, más allá de este punto, los muros grises y el techo no tuviesen pintura alguna.

Según iba contemplando la historia mural, me aproximé al final del recinto de techo bajo y descubrí una entrada desde donde subía la luminosa fosforescencia. Me arrastré hasta allí, y dejé escapar un grito de asombro ilimitado ante lo que había al otro lado. En lugar de descubrir nuevas cámaras más iluminadas, me asomé a un vacío infinito de resplandor uniforme, como supongo que se vería desde la cima del Everest al divisar un mar de bruma iluminada por el sol. Detrás de mí había un pasadizo tan estrecho que no podía ponerme en pie, pero delante tenía un infinito de resplandor subterráneo.

Desde el pasadizo descendía un empinado tramo de escaleras —de numerosos escaloncitos como los de los oscuros pasadizos que había recorrido— hasta el abismo; aunque unos pies más abajo quedaban ocultos por los vapores luminosos. Tirada contra el muro izquierdo, había una pesada puerta de bronce, abierta, asombrosamente gruesa y decorada con increíbles bajorrelieves, capaz de aislar todo el mundo interior de luz de las bóvedas y pasadizos de roca si la cerraban. Miré los peldaños y sentí miedo a descender por ellos. Tiré de la puerta de bronce, pero no pude moverla. Me tumbé boca abajo sobre el suelo enlosado, con la mente bulléndome de asombrosas reflexiones que ni siquiera el agotamiento que me invadía era capaz de borrar. Allí tendido, con los ojos cerrados y pensando en libertad, me volvieron a la conciencia detalles que había observado de pasada en los frescos y los encontré con un significado nuevo y terrible. Recordé escenas que representaban la ciudad sin nombre en su esplendor, la vegetación del valle circundante y las lejanas tierras con las que comerciaban sus

mercaderes. La alegoría de los seres reptiles me turbaba por su universal distinción, y me asombraba que se conservase con tanta insistencia en una historia tan importante. En los frescos se representaba la ciudad sin nombre guardando la proporción adecuada con los reptiles. Me preguntaba cuál sería su tamaño real y su esplendor, y medité un instante sobre ciertas peculiaridades que había visto en las ruinas.

Me extrañaba la escasa altura de los templos primordiales y del pasadizo del subsuelo, tallado sin duda por deferencia a las deidades reptiles que ellos adoraban; aunque estaba claro que obligaban a los adoradores a reptar. Tal vez los ritos implicaban esta imitación de las criaturas adoradas. Ahora bien, ninguna teoría religiosa podía explicar por qué los pasadizos horizontales intercalados en aquel horrible descenso eran tan bajos como los templos… o más, ya que no se podía siquiera permanecer de rodillas. Al pensar en las criaturas reptiles, cuyos horribles cuerpos momificados tenía tan cerca, sentí de nuevo un sobresalto de pavor. Las asociaciones de la mente son muy raras; así que me encogí ante la idea de que, exceptuando al pobre hombre primitivo desmembrado de la última pintura, yo era la única forma humana en medio de aquel sinnúmero de reliquias y símbolos de vida primordial.

Pero en mi extraña y errante vida, el asombro siempre dominaba mis temores; porque el abismo luminoso y lo que podía contener planteaban un reto magnífico para el mayor de los exploradores. No dudaba de que, al pie de aquella escalera de escalones especialmente pequeños, aguardaba un extraño y misterioso mundo, esperaba hallar allí los recuerdos humanos que las pinturas del pasadizo no habían podido brindarme. Los frescos representaban ciudades y valles asombrosos de esta región inferior, y mi imaginación se regodeaba ante la idea de las espléndidas ruinas que me aguardaban.

Mis temores se relacionaban sin duda más con el pasado que con el futuro. Ni siquiera el terror físico de mi situación en aquel corredor estrecho de reptiles muertos y frescos antiquísimos, a varias millas por debajo del mundo que yo conocía, y ante ese universo de luces y brumas espectrales, era comparable con el miedo que sentía ante la abismal antigüedad del escenario y de su espíritu.

Era tal su antigüedad que empequeñecía todo cálculo y parecía mirar de reojo desde las rocas primigenias y los templos tallados de la ciudad sin nombre, mientras que los últimos mapas asombrosos de los frescos representaban mares y continentes que el hombre ya ha olvidado y cuyos contornos resultaban vagamente familiares. Nadie sabía qué pudo ocurrir en las edades geológicas, pues las pinturas se interrumpían, y aquella raza áspera y rencorosa había sucumbido a la decadencia. Antaño, estas cavernas y la luminosa región que se abría más allá habían bullido de vida; ahora yo me hallaba solo entre estas reliquias tan reales y temblaba al pensar en los muchos siglos durante los cuales habían estado en una vigilia muda y abandonada. Entonces me invadió de nuevo aquel terror que a ratos me asaltaba desde que había visto el terrible valle y la ciudad sin nombre bajo la fría luna. Pese a mi agotamiento, me sorprendí a mí mismo incorporándome nerviosamente, mirando hacia el oscuro corredor, hacia los túneles que conducían al mundo exterior. Me dominó el mismo sentimiento que me había empujado a irme de la ciudad sin nombre durante la noche y que era tan inexplicable como apremiante. Sin embargo, un instante más tarde sufrí una impresión aún mayor que cobró la forma de un ruido definido: el primero que rompía el silencio sepulcral de aquellas profundidades infernales. Procedía del lugar hacia donde yo miraba.

Fue un gemido bajo, profundo, como de una lejana multitud de espíritus condenados. El rumor creció rápidamente, y pronto resonó de una manera horrenda por el bajo pasadizo. Al mismo tiempo, fui consciente de que había una corriente de aire frío que era cada vez más fuerte e idéntica a la que salía de los túneles y recorría la ciudad. La caricia de aquel viento pareció devolverme el equilibrio, pues de inmediato recordé las súbitas ráfagas que se levantaban alrededor de la entrada del abismo al amanecer y al atardecer, una de las cuales me había mostrado los túneles secretos. Consulté mi reloj y vi que faltaba poco para el alba, así que me preparé para resistir el vendaval que regresaba a su caverna, igual que había salido al crepúsculo.

Mi miedo volvió a calmarse, pues un fenómeno natural tiende a disipar las elucubraciones sobre lo ignorado. El viento de la noche, quejumbroso y ululante, entraba cada vez con más violencia y se precipitaba en el abismo

subterráneo. Me dejé caer bocabajo una vez más y me agarré en vano al suelo, temiendo que me arrastrase por la puerta hasta el abismo fosforescente. No me había esperado semejante furia; al comprender que, efectivamente, me deslizaba por el suelo hacia el abismo, me asaltaron nuevos terrores imaginarios.

La malignidad de aquella corriente atizó en mi mente increíbles fantasías. Una vez más me comparé, aterrado, con la única imagen humana del horrendo corredor, con el hombre desmembrado por la raza desconocida; pues los zarpazos infernales del vendaval parecían ser de una furia vengativa tanto más fuerte por cuanto que me sentía casi impotente. Casi al final, creo que grité frenéticamente, medio loco; si lo hice, mis gritos se perdieron en aquella babel demoníaca de espíritus aulladores. Traté de retroceder arrastrándome contra el invisible y asesino vendaval, pero ni siquiera podía agarrarme y seguía siendo arrastrado lenta y fatalmente hacia el mundo desconocido. Finalmente debí perder la razón y empecé a repetir entre balbuceos aquel inexplicable dístico del árabe loco Abdul Alhazred, que soñó con la ciudad sin nombre:

«No está muerto quien yace eternamente y, con el paso de los años, incluso la muerte puede morir».

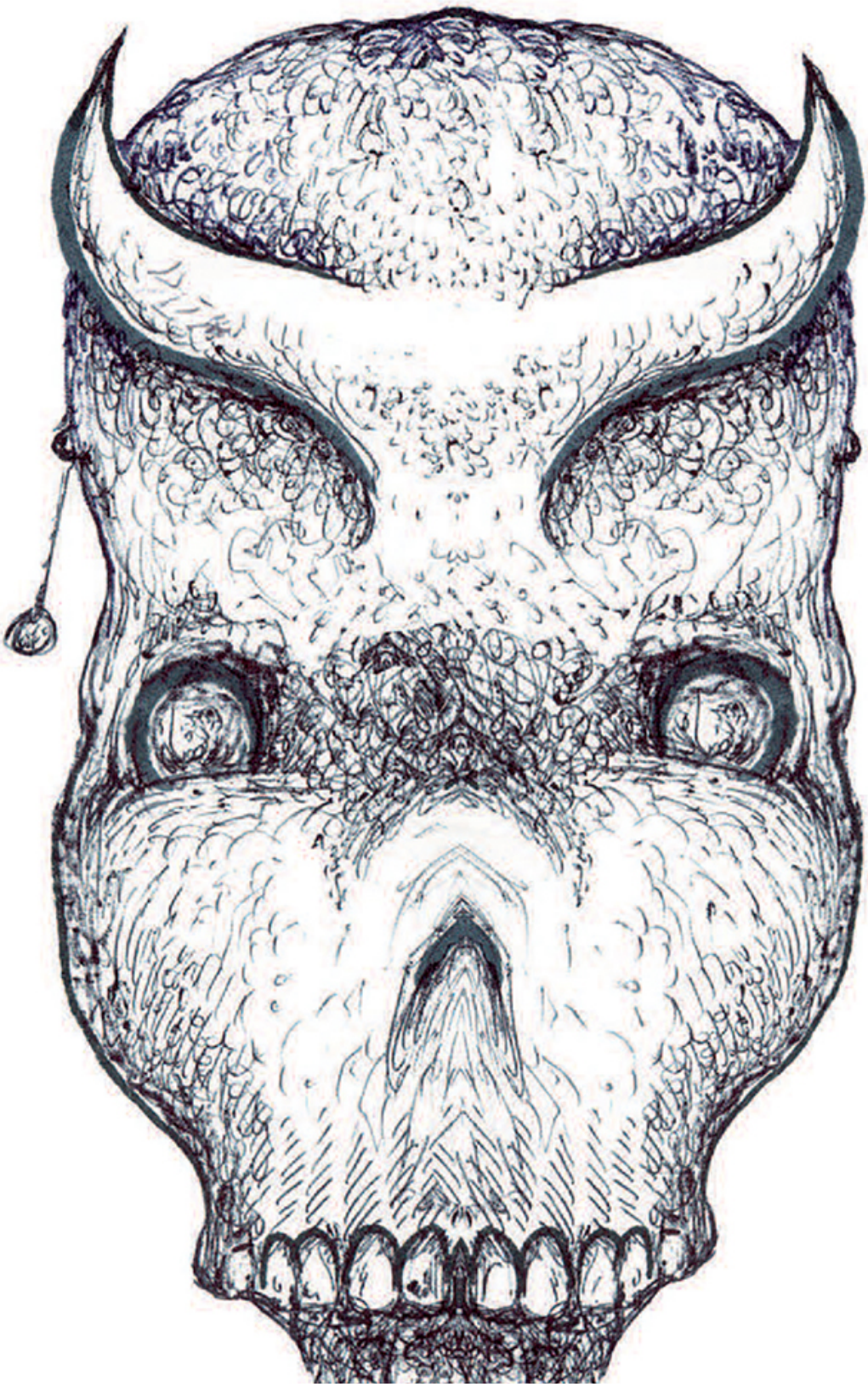
Solo los hoscos y rígidos dioses del desierto saben qué sucedió de verdad; qué forcejeos y luchas libré en la oscuridad, o qué Abadón[7] me guio de nuevo a la vida, donde siempre recordaré aquel momento con un estremecimiento cuando sopla el viento nocturno, hasta que el olvido o algo peor me reclame. Fue monstruoso, inmenso, antinatural… muy lejos de cuanto pueda concebir el ser humano, salvo en las primeras horas silenciosas y detestables de la madrugada, cuando no se puede conciliar el sueño. He comentado que la furia del viento era demoníaca, o más bien cacodemoníaca, y sus voces eran horrendas debido a una perversidad reprimida durante eternidades de desolación. A continuación, estas voces, aunque seguían siendo caóticas delante de mí, mi cerebro enfebrecido imaginó que adoptaban una forma articulada detrás de mí; que en la tumba de unas antigüedades muertas hacía una eternidad, a leguas por debajo del mundo de los hombres, oí terribles maldiciones y gruñidos demoníacos de extrañas lenguas.

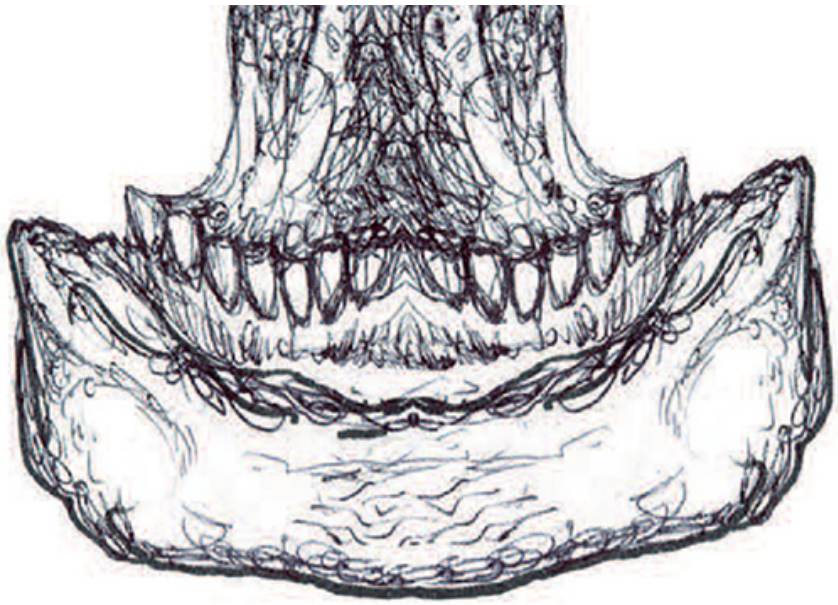
Al girarme, vi recortada contra el abismal éter luminoso lo que no podía verse en la oscuridad del corredor: una horda pesadillesca de criaturas que corrían, de demonios semitransparentes distorsionados por el odio, grotescamente vestidos, pertenecientes a una raza inconfundible: la de seres reptiles de la ciudad sin nombre.

Cuando el viento amainó, me envolvió la más absoluta negrura de las entrañas de la tierra; pues detrás de la última de las criaturas, la gigantesca puerta de bronce se cerró con un golpe estruendoso y ensordecedor de sones metálicos cuyos ecos ascendieron hasta el mundo distante para saludar al sol naciente, como hace Memnón desde las orillas del Nilo.

***OceanofPDF.com***

# EL CEREMONIAL





***OceanofPDF.com***

# EL CEREMONIAL

*Efficiunt Daemones, ut quae non sunt, sic tamen quasi sint, conspicienda hominibus exbibeant.*
*Los demonios logran que aquello que no es aparezca sin embargo como real ante los hombres.*

**Firmiano Lactancio**

Me hallaba lejos de casa y el encanto del mar oriental me tenía fascinado. Ya caía la tarde cuando la oí por primera vez, al estrellarse contra las rocas. Me percaté entonces de lo cerca que estaba de mí. Se encontraba al otro lado del monte, donde las siluetas de unos sauces retorcidos se recortaban contra un firmamento lleno de estrellas. Como mis padres me habían pedido que fuese a la vieja ciudad que estaba más allá, seguí mi camino en medio de aquel abismo de nieve recién caída, por una senda que parecía ascender en solitario hacia Aldebarán —que titilaba entre los árboles—, para descender a continuación a esa vieja ciudad en donde nunca había estado, pero con la que sí he soñado tantísimas veces a lo largo de mi vida.

Era el Día del Invierno, esa jornada que los hombres ahora denominan Navidad, aunque en lo más hondo de su ser sepan que ya se celebraba cuando no existían todavía Belén, Babilonia, Menfis o la propia humanidad. Así pues, era el Día del Invierno y yo llegaba por fin al antiguo pueblo marinero donde había vivido mi raza, guardiana del ceremonial de tiempos pretéritos incluso durante las épocas en que estuvo prohibido. Llegaba al pueblo viejo, cuyos habitantes habían ordenado a sus hijos, y a los hijos de estos, que celebrasen el rito una vez cada cien años, para que jamás fuesen olvidados los arcanos del mundo primigenio. Mi raza era muy vieja. Lo era ya cuando vino a colonizar estas tierras, hace tres siglos.

Y mi pueblo era extraño. Eran solapados y furtivos. Venían de los insolentes jardines meridionales, hablaban otra lengua antes de haber aprendido la de los pescadores de ojos azules. Mi pueblo ahora estaba desperdigado por el mundo y se reunía únicamente para compartir rituales y arcanos que ningún otro ser viviente podría entender. Yo era el único que aquella noche volvía al antiguo pueblo pesquero, como ordenaba la tradición, pues solo la recuerdan el pobre y el solitario.

Fue entonces, tras remontar la cuesta del monte, cuando dominé la vista de Kingsport, aletargado en el frío nocturno, nevado, con sus viejas veletas, sus campanarios, sus tejados y chimeneas, los muelles, los puentes, los sauces y los camposantos. El dédalo sin fin de calles abruptas, angostas y retorcidas, que serpenteaban hasta lo alto de la colina donde se hallaba el centro de la ciudad, rematado por una pintoresca iglesia que el tiempo parecía no haberse atrevido a tocar. Una multitud de casas coloniales se arracimaban en todos los sentidos y niveles, como las variopintas construcciones de madera de un crío.

Las alas grises del tiempo parecían sobrevolar los tejados y las buhardillas cubiertas de nieve. Las farolas y las ventanas emitían a través de la oscuridad unos reflejos que se unían con Orión y las estrellas primordiales. Y el mar rompía sin cesar contra los desvencijados muelles, ese mar del que emergió nuestro pueblo en épocas pretéritas.

Junto al camino, en la cima de la cuesta, se alzaba una colina yerma barrida por el viento. Enseguida vi que aquello era un camposanto en donde las lápidas negras brotaban de la nieve como si fuesen las uñas melladas de un colosal cadáver. El camino, sin ninguna huella de tráfico, estaba solitario. Únicamente me parecía oír a ratos unos chirridos como de un patíbulo agitado por el viento. En 1692 ahorcaron a cuatro de mi raza, acusados de brujería.

Cuando la carretera comenzó a descender hacia el mar, agucé el oído por si percibía el alegre bullicio de los pueblos al anochecer, pero no capté nada. Recordé entonces las fechas en las que estábamos. Se me ocurrió que quizá el viejo pueblo puritano conservaría las costumbres navideñas, tan ajenas a mí, y que la gente estaría dedicada a rezar en silencio. Así pues, abandoné toda esperanza de oír la algazara normal en estas festividades, no

busqué más viajeros con la mirada, y reanudé mi camino. A un lado y a otro fui dejando detrás de mí las silenciosas casas de campo con las luces ya encendidas. Después me adentré entre los oscuros muros de piedra, en los cuales el aire salobre hacía oscilar los carteles chirriantes de antiguas tiendas y tabernas marineras. Los extraños aldabones de las puertas, metidas en los soportales, refulgían a lo largo de los desiertos callejones y reflejaban la escasa luz que escapaba de las angostas ventanas con visillos.

Llevaba el mapa de la ciudad y sabía dónde se hallaba la casa de mi pueblo. Me habían dicho que me reconocerían y que me hospedarían, pues la tradición del pueblo goza de una vida muy larga. Así pues, apreté el paso y entré en Back Street hasta que salí a Circle Court; continué luego por Green Lane, única calle asfaltada de la ciudad, que desemboca detrás del edificio del mercado. El antiguo mapa aún valía y no me topé con ninguna dificultad. En cambio, me habían mentido en Arkham cuando me dijeron que había tranvías. Yo al menos no vi entramado alguno de catenarias por ninguna parte. En cuanto a los raíles, tal vez los cubriese la nieve.

Me alegré de tener que caminar, pues desde el monte la ciudad, revestida de blanco, me había parecido muy bella. Además, estaba impaciente por tocar a la puerta de mi gente, por llegar a esa séptima casa de Green Lane, en el lado izquierdo de la calle, de tejado puntiagudo y dos pisos, que se remontaba a fechas anteriores a 1650.

Había luz en el interior y todo se conservaba exactamente como debió ser en aquella época por lo que pude entrever a través de la vidriera de rombos de la ventana. El piso de arriba se inclinaba por encima del angosto callejón donde crecía la hierba y casi rozaba el edificio situado enfrente, que también se inclinaba peligrosamente hacia delante, de manera que se formaba casi un túnel por donde caminaba yo. Los peldaños del umbral estaban bien limpios de nieve. No había aceras, así que muchas de las casas tenían la puerta muy por encima del nivel de la calle y para llegar a ellas había que subir un doble tramo de escaleras con barandilla de hierro. Era un escenario realmente pintoresco y tal vez se me antojó tan raro porque yo era forastero en Nueva Inglaterra. Pero me gustaba, y me habría parecido aún más encantador si hubiese visto pisadas sobre la nieve, gente en las calles y alguna ventana con los visillos sin echar.

Al golpear con el antiguo aldabón de hierro, sentí de pronto una alarma. Se despertó en mí un temor que fue cobrando cuerpo, tal vez debido a la rareza de mi gente, al frío nocturno o al imponente silencio que reinaba en la vieja ciudad de costumbres extrañas. Cuando se abrió la puerta con un chirrido quejumbroso en respuesta a mi llamada, me estremecí de veras porque no había oído pasos en el interior. Pero enseguida se me pasó el sobresalto, pues el anciano que me acogió, vestido con ropa de calle y en zapatillas de andar por casa, tenía un semblante amable que me ayudó a recobrar mi seguridad. Pese a que me dio a entender por señas que era sordomudo, escribió con su punzón en una tablilla de cera que llevaba encima una extraña y antigua frase de bienvenida.

Me indicó con un gesto una estancia baja iluminada por velas. Tenía gruesas vigas de madera y un escaso, pero sólido mobiliario del siglo xvii. El pasado aquí recobraba vida y no faltaba detalle alguno. Me sorprendió la chimenea, cuya campana parecía una caverna. Había también una rueca sobre la que se inclinaba de espaldas a mí y con afán pese al día que era una anciana vestida con ropas holgadas y un bonete de paño. Reinaba una humedad indefinida en la habitación, por lo que me sorprendió que no hubiesen encendido un fuego. Había un banco de respaldo alto colocado de cara a la fila de ventanas con cortinas de la izquierda. Me pareció que alguien estaba sentado en él, aunque no estaba seguro.

Nada de lo que veía allí me gustaba y sentí temor una vez más. Mi inquietud fue en aumento porque, cuanto más miraba el suave rostro del anciano, más asquerosa se me antojaba su suavidad. No pestañeaba y su color se parecía demasiado a la cera. Finalmente me convencí firmemente de que aquello no era en realidad un rostro, sino una careta realizada con una endemoniada pericia. Entonces sus manos flácidas, curiosamente enguantadas, escribieron con una asombrosa soltura sobre la tablilla para decirme que debía aguardar un rato antes de ser guiado al lugar donde se celebraría el ritual. Me indicó una silla, una mesa, una pila de libros, y salió de allí.

Al hojear los libros, comprobé que se trataba de volúmenes muy antiguos y mohosos. Entre ellos estaban el viejo tratado *Maravillas de la Naturaleza*, de Morryster, el terrible *Saducismus Triumphatus* de Joseph

Glanvil, publicado en 1681; la espantosa *Daemonotatreia* de Remigius, impresa en 1595 en Lyon, y el peor de todos, el incalificable *Necronomicón*, del loco Abdul Alhazred, en la excomulgada traducción latina de Olaus Wormius.[8] Este era un libro que yo jamás había tenido entre las manos, pero había oído decir cosas monstruosas sobre él. Nadie me habló. Los aullidos del viento en el exterior y el giro de la rueca mientras la anciana seguía hilando sin decir nada eran lo único que alteraba el silencio.

Tanto la habitación como aquella gente y aquellos libros me creaban una extraña impresión de anormalidad e inquietud; sin embargo, como se trataba de una antigua tradición de mis ancestros, en virtud de la cual me habían convocado para aquella conmemoración, pensé que debía esperarme las cosas más sorprendentes. Así pues, me puse a leer. Me interesaba un tema que había encontrado en el *Necronomicón* y pronto me percaté de que aquella lectura me encogía el corazón. Se trataba de una leyenda demasiado horrenda para la razón y la conciencia.

Entonces tuve un sobresalto al oír cómo se cerraba una de las ventanas situadas delante del banco de respaldo alto. Era como si la hubiesen abierto sigilosamente. Acto seguido se oyó un rumor que no procedía de la rueca, pero no pude distinguirlo bien porque la vieja trabajaba sin descanso y, en ese preciso instante, el viejo reloj se puso a dar la hora. La idea de que había personas sentadas en el banco se me fue entonces de la cabeza, y me enfrasqué en la lectura hasta que el anciano volvió, ahora con botas, vestido con ropas antiguas y muy holgadas. Entonces se sentó en ese mismo banco y ya no pude verlo más.

Aquella espera era irritante, y el libro impío que tenía entre las manos me inquietaba aún más. Al sonar las once, el viejo se levantó, se acercó a un arcón que había en un rincón, sacó dos capas con capucha, se puso una y envolvió con la otra a la anciana, que en ese instante dejó de hilar. Luego, ambos fueron hacia la puerta. La mujer arrastraba una pierna. Tras coger el libro que había estado leyendo yo, el viejo me hizo una seña y se cubrió su rostro inmóvil… o su careta con la capucha.

Salimos a la tétrica y enredada red de callejuelas de aquella ciudad asombrosamente antigua. A partir de ese momento, las luces fueron apagándose una tras otra detrás de los visillos de las ventanas. Sirio

contempló entonces la multitud de figuras encapuchadas que salían en silencio de todas las puertas y formaban una larga procesión a lo largo de la calle, hasta llegar más allá de los chirriantes carteles, de los edificios de vetustos tejados, de los fabricados con bardal, y de las casas con ventanas de vidrieras de rombos. La procesión fue por empinados callejones, cuyas casas enfermas se apuntalaban unas a otras o se caían juntas, atravesó plazas y atrios de iglesias y los faroles de la muchedumbre compusieron vertiginosas y fantásticas constelaciones.

Yo iba junto a mis guías mudos, en medio de aquella multitud silenciosa. Iba empujado por codos que me parecían de una blandura sobrenatural, espachurrado por panzas y pechos anormalmente pulposos, y pese a ello seguía sin ver una sola cara ni oír una voz.

Las espectrales columnas iban ascendiendo por las cuestas sin fin y todos se iban apiñando conforme se acercaban a los sombríos callejones que iban a parar a la cumbre, dentro de la ciudad, donde se alzaba una enorme iglesia blanca. Yo ya la había visto desde lo alto del camino, cuando me detuve a contemplar Kingsport bajo las últimas luces del atardecer. Me sobrecogió imaginar que Aldebarán habría temblado un instante por encima de su fantasmal torre. Había un espacio despejado en torno a la iglesia. Era en parte el camposanto parroquial y, en parte, una plaza a medio pavimentar, bordeada por unas lóbregas casas de tejados puntiagudos y aleros temblorosos. El viento azotaba y barría allí la nieve.

Los fuegos fatuos bailaban sobre las tumbas, dejando ver un espeluznante espectáculo sin sombras. Más allá del camposanto, donde no quedaban ya casas, pude ver nuevamente cómo las estrellas titilaban sobre el puerto. El pueblo era invisible en aquella negrura. Solo de vez en cuando se veía algún farol meciéndose por las serpenteantes callejas, delatando a algún rezagado que corría para alcanzar a la muchedumbre que ahora entraba en silencio en la iglesia.

Aguardé a que todos acabasen de cruzar el pórtico y terminasen así los empujones. El viejo me tiró de la manga, pero yo estaba decidido a entrar el último. Franqueamos el umbral y entramos en el abarrotado y oscuro templo. Me giré para mirar hacia el exterior. La luminiscencia del camposanto parroquial derramaba un malsano resplandor sobre la plaza

pavimentada. Fue entonces cuando sentí un escalofrío. Aunque el viento hubiese barrido la nieve, aún quedaban rodales sobre el camino que conducía al pórtico. Y, para mi asombro, no descubrí ni una huella de pies, ni siquiera de los míos, sobre aquella nieve. La iglesia apenas estaba iluminada pese a todas las luces que habían entrado, pues la mayoría de la multitud había desaparecido. Todos caminaban por las naves laterales, sorteando los bancos, hacia una abertura que se abría al pie del púlpito, y entraban por ella sin hacer ningún ruido.

Avancé en silencio, me adentré en la abertura y me puse a bajar por los gastados peldaños que conducían a una lóbrega y sofocante cripta. La cola sinuosa de la procesión era larguísima. Ver a todos moverse en el interior de aquel venerable sepulcro me pareció realmente horrendo. Entonces vi que el suelo de la cripta tenía una abertura más por la que también se deslizaba la muchedumbre. Poco después todos estábamos bajando por una escalera detestable, por una angosta y húmeda escalera de caracol, impregnada de un peculiar color, que se enroscaba vuelta tras vuelta en las entrañas de la tierra, entre muros de bloques chorreantes tallados en piedra y yeso que se desmenuzaba.

Era una silenciosa y horrenda bajada. Al cabo de mucho rato, vi que los peldaños ya no estaban construidos a base de piedra y argamasa, sino que estaban tallados en la roca viva. Lo que más me asombro me producía era que los miles de pies no produjesen ningún ruido o eco. Tras un descenso que se me hizo eterno, vislumbré unos pasadizos laterales o túneles que, desde desconocidos nichos de negrura, conducían a este misterioso acceso vertical. Aquellos pasadizos pronto se hicieron demasiado numerosos. Eran como irreverentes catacumbas de aspecto amenazador, y el olor agrio a putrefacción que despedían aumentó hasta ser del todo insufrible. Probablemente habíamos bajado hasta el pie de la montaña. Tal vez estuviésemos por debajo incluso del nivel de Kingsport. Me aterraba pensar en la antigüedad de aquella población infecta, socavada por aquellos subterráneos corrompidos.

Luego vi el resplandor purpúreo de una tenue luz y oí el insidioso murmullo de las tenebrosas aguas. Sentí de nuevo un escalofrío porque no me gustaban las cosas que estaban ocurriendo aquella noche. Ojalá que

ninguno de mis antepasados hubiese exigido mi presencia en un ritual de aquella clase. En cuanto los peldaños y los pasadizos se ensancharon hice otro descubrimiento: oí el doliente tono burlón de una flauta. Entonces, de repente se extendió ante mí el paisaje sin fin de un mundo interior. Era una gigantesca costa fungosa, iluminada por una columna de fuego verdoso, bañada por un vasto río aceitoso que manaba de unas horrendas e insospechadas simas, y corría a unirse con los negros abismos del eterno océano.

Agotado, con la respiración entrecortada, contemplé aquel Tártaro profano de resplandor enfermizo y aguas mucilaginosas. La multitud encapuchada formó entonces un semicírculo en torno a la columna de fuego. Era el ritual del invierno, más antiguo que el género humano y destinado a sobrevivirle, el rito primigenio que prometía el solsticio y la primavera después de las nieves; el rito del fuego, del eterno verdor, de la luz y de la música. En aquella caverna estigia vi cómo todos ejecutaban el rito y adoraban la repugnante columna de fuego y arrojaban al agua puñados de viscosa vegetación que relucía con una luminiscencia pálida y verdosa. También vi, fuera del halo de luz, un bulto amorfo y achaparrado que tocaba la flauta de un modo nauseabundo.

Y mientras la criatura monstruosa tocaba sus sones, también me pareció oír unas notas apagadas en las fétidas tinieblas donde no podía ver nada. Sin embargo, lo que más me espantaba era la columna de fuego. Era como un surtidor volcánico que manaba de las negras profundidades. No proyectaba sombras como cualquier llama normal y bañaba las rocas salitrosas con una especie de sucio y ponzoñoso verdor. Aquella combustión bullente no generaba calor, sino solo la viscosidad de la muerte y la putrefacción.

El viejo que me había guiado hasta allí se deslizó ahora hasta situarse junto a la horrenda llama y ejecutó unos rígidos ademanes rituales hacia el semicírculo que lo contemplaba. En ciertos momentos del ceremonial, los asistentes rindieron homenaje de acatamiento, sobre todo cuando alzó sobre su cabeza aquel odioso *Necronomicón* que llevaba. Yo también participé en las reverencias, pues había sido llamado a esta ceremonia conforme a los escritos de mis antecesores. Después, el viejo hizo una seña al que tocaba la flauta en la penumbra y cambió el débil zumbido por un tono más audible,

que provocó un horror inimaginable e inesperado. A punto estuve de desmayarme sobre el fango de la tierra, vencido por un espanto que no venía de este mundo ni de ningún otro, sino de los espacios enloquecedores que existen entre las estrellas.

En la inconcebible oscuridad, más allá del gangrenoso fulgor de la fría llama, en las tartáreas regiones a través de las cuales aquel río oleaginoso, extraño e insospechado serpenteaba, surgió bailando rítmicamente una horda de mansas criaturas híbridas con alas que ningún ojo ni ninguna mente en su sano juicio jamás ha podido contemplar. No eran cuervos, ni topos, ni cornejas, ni hormigas, ni vampiros, ni seres humanos en estado de descomposición, sino algo que no logro ni debo recordar. Daban saltos blandos y torpes, impulsándose con sus pies palmeados y con sus alas membranosas. Cuando llegaron hasta la multitud de oficiantes, las figuras encapuchadas se agarraron a ellos, los montaron a horcajadas y se alejaron cabalgando, uno tras otro, por encima de aquel tenebroso río, hacia unos pozos y galerías donde unos veneros ponzoñosos alimentan el fragoroso y horrible caudal de las oscuras cataratas.

La vieja de la rueca se había ido con los otros, pero el viejo se había quedado porque yo no quise cabalgar sobre una de aquellas bestias como los demás. El flautista amorfo también había desaparecido, pero dos de aquellas criaturas permanecían allí, aguardando con paciencia. Al negarme a cabalgar, el viejo sacó su punzón y su tablilla, y me dijo por escrito que él era el auténtico delegado de mis antepasados. Ellos habían establecido el culto al invierno en aquel venerable lugar, que se había decretado que yo debía regresar allí y que aún tenían que celebrarse los misterios más arcanos. Escribió esto con un estilo muy antiguo. Yo aún estaba vacilando cuando sacó de sus amplios ropajes un sello y un reloj con el escudo de armas de mi familia para demostrarme que todo lo que había dicho él era cierto.

Pero la prueba era horrenda, pues yo sabía por ciertos documentos muy antiguos que aquel reloj había sido enterrado con el tatarabuelo de mi tatarabuelo, en el año 1698.

Poco después, el viejo se echó hacia atrás la capucha y me mostró el parecido familiar de su rostro; pero aquello hizo que yo me estremeciese,

pues estaba convencido de que se trataba únicamente de una diabólica careta de cera. Las dos criaturas voladoras aguardaban y arañaban ya inquietas los líquenes del suelo. Entonces me di cuenta de que el viejo estaba a punto de perder la paciencia. Cuando uno de las bestias comenzó a moverse y a alejarse de allí, el viejo se giró rápidamente y lo detuvo. Al hacerlo, la rapidez del movimiento hizo que se le desprendiese la careta que llevaba en el lugar correspondiente a la cabeza.

Entonces, cuando vi que aquella pesadilla se interponía entre la escalera de piedra y yo, me tiré al fondo oleaginoso del río con la esperanza de que sin duda llegaría por alguna cavidad al lecho del océano. Me zambullí en aquel jugo corrupto de las entrañas de la tierra antes que mis gritos enloquecidos pudiesen atraer sobre mí las legiones de cadáveres que se escondían en aquellos hediondos abismos.

En el hospital me dijeron que me habían encontrado al amanecer en el puerto de Kingsport, casi congelado, agarrado a un madero que me había salvado la vida. Me contaron que la noche anterior me había extraviado por los acantilados de Orange Port, lo cual se había podido deducir por las huellas que descubrieron en la nieve. No hice comentarios. Mi cabeza era una confusión. Nada coincidía con mi experiencia de la víspera. Los ventanales del hospital daban a un paisaje de tejados de los cuales apenas una quinta parte como mucho podía considerarse antiguo. Las calles retemblaban con el estrépito de tranvías y automóviles. Me insistieron en que estaba en Kingsport, lo cual no pude negar. Al ver que caía en un estado de delirio al saber que el hospital se encontraba cerca del cementerio parroquial de Central Hill, me trasladaron al hospital St. Mary, de Arkham, donde me atenderían mejor.

Aquello me gustó, pues los médicos tenían una mentalidad más abierta y me ayudaron porque, gracias a sus gestiones, pude conseguir un ejemplar del censurable *Necronomicón* de Alhazred, celosamente guardado en la biblioteca de la Universidad del Miskatonic. Me dijeron que sufría una especie de psicosis y estuvieron de acuerdo en que el mejor método de disipar las obsesiones que acosaban mi cerebro era agotarme a base de permitirme profundizar en el tema. De este modo llegué a leer aquel espantoso capítulo, y me estremecí por partida doble, ya que no era nuevo

para mí. Yo había visto lo que contaba, dijeran lo que dijesen las huellas de mis pies, y era mejor olvidar el sitio donde había sido testigo de ello.

Durante el día nadie me lo recordaba, pero mis sueños son de pesadilla a causa de ciertas frases que no me atrevo a reproducir aquí. Tal vez sí citaré solo un párrafo. Lo traduciré lo mejor que pueda de ese latín vulgar macarrónico en que está escrito:

«Las cavernas inferiores —escribió el loco Alhazred— son insondables para los ojos que ven, pues sus prodigios son extraños y terribles. Maldita la tierra donde los pensamientos muertos reencarnan en una nueva y singular vida, maldita el alma que no habita en ningún cerebro. Con gran sabiduría dijo Ibn Shacabad que bendita sea la tumba donde no han enterrado a ningún hechicero y felices las noches de los pueblos donde han acabado con ellos y los han reducido a cenizas. Pues desde la antigüedad se dice que el espíritu vendido al demonio no tiene prisa por abandonar la envoltura de la carne, sino que alimenta e instruye al gusano que la roe hasta que de la putrefacción nace una vida espantosa, y las criaturas que se alimentan de la carroña de la tierra la aumentan con sigilo para hostigarla, haciéndose monstruosas para infestarla. En secreto se excavan inmensas galerías donde deberían ser suficientes los poros de la tierra, y unas criaturas que solo deberían arrastrarse han aprendido a caminar».

***OceanofPDF.com***

# LA LLAMADA DE CTHULHU



***OceanofPDF.com***

# LA LLAMADA DE CTHULHU

*Es imposible que semejantes poderes o criaturas hayan sobrevivido…, que hayan sobrevivido a una época infinitamente remota donde… tal vez la conciencia se manifestase con cuerpos y formas que hace mucho tiempo se retiraron ante la marea de la humanidad en ascenso…, formas de las cuales solamente han conservado un fugaz recuerdo la poesía y la leyenda dándoles nombres de dioses, monstruos, criaturas míticas de todo tipo y especie…*

**Algernon Blackwood**

## 1. El horror de arcilla

Creo que no existe en este mundo una mayor fortuna que la incapacidad de la mente humana para relacionar entre sí cuanto hay en ella. Vivimos en una isla de plácida ignorancia, rodeados por los negros mares de lo infinito, sin que nuestro signo consista en llevar a cabo largos viajes. Las ciencias, que van por su propio camino, no han provocado hasta ahora demasiados daños; pero llegará el día en que la asociación de esos conocimientos desunidos nos revelará la realidad y la frágil posición que ocupamos en ella. Son unas perspectivas tan horrendas que perderemos el juicio ante la revelación, o bien huiremos de esa luz aciaga para regresar a la seguridad y la paz de una nueva era de las tinieblas. Algunos teósofos han intuido la solemne grandeza del ciclo cósmico del cual nuestro mundo y nuestra raza son solo incidencias efímeras. Han indicado curiosas supervivencias en términos que nos helarían la sangre si no viniesen envueltas en un suave optimismo. Pero no son ellos quienes me han permitido entrever esos dones prohibidos, que me hacen temblar al rememorarlos y me llevan a la locura cuando sueño con ellos. Esa visión, como cualquier otra temible, nació de

una conjunción casual de varios elementos. En este caso fue el artículo de un viejo periódico y los apuntes de un catedrático que ya había fallecido. Espero que nadie más consiga realizar esta unión. En cuanto a mí, si vivo, no añadiré por propia voluntad ni un eslabón más a una cadena tan horrenda. Por otra parte, sospecho que también el catedrático había decidido callar lo que sabía y que habría destruido sus apuntes de no haber muerto repentinamente.

Supe por primera vez de este asunto durante el invierno de 1926-1927, cuando falleció mi tío abuelo, George Gammel Angell, catedrático honorario de lenguas semíticas de la Universidad de Brown, Providence, Rhode Island. El catedrático Angell era toda una autoridad en materia de antiguas inscripciones y los conservadores de los museos más importantes del mundo a menudo habían acudido a él. Así pues, muchos deben recordar su desaparición cuando contaba noventa y dos años de edad. El misterio en torno a su muerte aumentó aún más el interés local. El catedrático había muerto mientras volvía del barco de Newport, tras ser empujado por un marinero negro, según afirman los testigos, que aseguran que surgió de uno de los extraños y oscuros pasajes que existen en la empinada ladera de la colina entre los muelles y la casa del finado, en Williams Street. Incapaces de dar con ninguna dolencia previa y tras un cambio de impresiones, los atónitos médicos concluyeron que la muerte había sido causada por una lesión cardíaca oculta, agravada por el rápido ascenso de una cuesta demasiado dura para un hombre de su edad. Entonces no vi motivos para dudar del diagnóstico, pero hoy albergo mis dudas… y algo más que dudas.

Como heredero y albacea de mi tío abuelo, viudo y sin hijos, cabía esperar que yo revisara atentamente sus papeles. Con ese propósito me llevé todos sus archivos y cajas a mi casa de Boston. Casi todo el material que he ordenado lo publicará la Sociedad Norteamericana de Arqueología. Sin embargo, había una caja que me pareció de lo más misterioso, y siempre sentí reparos a la hora de enseñársela a otros. Estaba cerrada y no di con la llave hasta que decidí examinar el llavero que mi pariente llevaba siempre encima. Una vez abierta me topé con un obstáculo mayor y más enigmático. ¿Qué podían significar aquel curioso bajorrelieve de arcilla y esos apuntes, los fragmentos y los recortes de viejos periódicos? ¿Se había vuelto mi tío

un devoto de las engañifas ya de viejo? Decidí buscar entonces al extravagante escultor que tanto le había alterado la paz espiritual.

El bajorrelieve era un tosco rectángulo de dos centímetros de espesor y treinta o cuarenta centímetros cuadrados de superficie. Su origen era sin duda moderno. En cambio, los dibujos no lo eran, ni por su aire ni por lo que sugerían, ya que, si bien el cubismo y el futurismo están plagados de muchas y excéntricas rarezas, no suelen reproducir esa regularidad críptica de la escritura antediluviana. Y es que la mayoría de los dibujos parecía ser algún tipo de escritura. Pese a estar familiarizado con los papeles y colecciones de mi tío, no logré identificarla o conjeturar siquiera una relación por remota que fuese.

Coronando aquellos supuestos jeroglíficos se veía una figura representativa, aunque el trazo impresionista no permitía comprender su naturaleza. Era como una especie de un monstruo o su símbolo, o bien una forma que solo habría podido concebir una mente calenturienta. Si digo que mi imaginación, de por sí un poco excéntrica, se figuró al mismo tiempo un pulpo, un dragón y la caricatura de hombre, no faltaré al espíritu del dibujo. Se trataba de un grotesco cuerpo escamoso con alas rudimentarias y una cabeza como de pulpo rematada con tentáculos. Aun así, el contorno general era lo que la hacía más horrenda. Detrás de la figura se alzaba una edificación ciclópea.

Los apuntes que había junto a este curioso objeto, además de unos recortes de periódicos, eran de puño y letra del catedrático y no tenían pretensiones literarias. El documento supuestamente más importante estaba titulado con las tres palabras El culto de Cthulhu, escritas primorosamente en caracteres de imprenta para evitar errores al leer un nombre tan desconocido. El manuscrito se dividía en dos apartados. El primero se titulaba: «1925, Sueño y obra onírica de H. A. Wilcox, 7 Thomas Street, Providence, R.I».; el segundo: «Informe del inspector John R. Legrasse. 121 Bienville Street, Nueva Orleans, a la Sociedad Norteamericana de Arqueología, 1928. Notas de él mismo y del profesor Webb». Los demás apuntes manuscritos eran muy breves: relatos de extraños sueños de distintas personas, o citas de libros y revistas de carácter teosófico (en especial *La Atlántida y la Lemuria* perdida de W. Scott-Elliot).[9] El resto

era una serie de comentarios sobre la pervivencia de las sociedades y cultos secretos, con referencias a pasajes de tratados mitológicos y antropológicos, como *La rama dorada* de Frazer y *El culto de las brujas en Europa Occidental* de Miss Murray. Los recortes de periódicos giraban principalmente en torno a casos de enajenación mental y a crisis de locura colectiva acaecidos en la primavera de 1925.

La primera parte del manuscrito principal recogía una sorprendente historia. Según parece, el 1 de marzo de 1925 un joven delgado, moreno, de aspecto neurótico y muy nervioso, había visitado al catedrático Angell con aquel extraño bajorrelieve de arcilla, entonces aún fresco. Su tarjeta de visita era de Henry Anthony Wilcox, y mi tío reconoció al hijo menor de una familia de postín con la que tenía un parentesco lejano. Hacía tiempo que Wilcox estudiaba dibujo en la Escuela de Bellas Artes de Rhode Island, y vivía en el hotel Fleur de Lys, cerca de esta institución. Era un joven precoz y con un indudable talento, pero muy estrafalario. Desde pequeño había llamado la atención por los sorprendentes relatos y sueños que le gustaba contar. Se denominaba a sí mismo «físicamente hipersensible»; sin embargo, la gente seria de la vieja ciudad comercial lo consideraba «raro» a secas. Nunca había frecuentado a los de su propia clase y había ido retirándose paulatinamente de las actividades sociales. Por aquel entonces únicamente lo conocían algunos estetas de otras ciudades. La Asociación Artística de Providence lo había expulsado para preservar su conservadurismo.

Según el manuscrito, durante aquella visita el escultor había solicitado con brusquedad la ayuda de los conocimientos arqueológicos de su anfitrión para identificar los jeroglíficos. El joven hablaba con gran pompa y descuido, lo cual impedía simpatizar con él. Mi tío le respondió con aspereza, pues toda posible relación con las ciencias arqueológicas quedaba excluida por la edad evidente de la tableta. El joven Wilcox respondió a mi tío de una forma tan impresionante que él la reprodujo literalmente, y tuvo ese énfasis poético propio su conversación habitual.

—Es cierto que es nueva —le dijo—, ya que la hice anoche mientras soñaba con ciudades extrañas, y se trata de sueños más viejos que la pensativa Tiro,[10] la contemplativa Esfinge o la ajardinada Babilonia.

Entonces relató una historia sin orden ni concierto que despertó de repente en mi tío un recuerdo y lo hizo mostrarse muy interesado. La noche anterior había habido un temblor muy suave de tierra —el más fuerte de los que habían sacudido Nueva Inglaterra en esos últimos años— que había conmovido terriblemente la imaginación de Wilcox. Una vez en la cama y por primera vez en su vida, había soñado con unas ciudades ciclópeas de gigantescos sillares de piedra e inmensos y siniestros monolitos de un horror oculto y que segregaban un légamo verdoso. Los muros y los pilares estaban cubiertos de jeroglíficos. De lo más hondo de la tierra, de algún lugar indeterminado, ascendía una voz que no era tal, sino una sensación confusa que únicamente la fantasía podía traducir con esta unión de letras casi imposibles: *Cthulhu fhtagn*.

Fue esta combinación de letras fue la llave del recuerdo que alteró y perturbó al catedrático Angell. Interrogó al joven escultor con rigor científico y estudió con una intensidad casi frenética el bajorrelieve que había esculpido en sueños, sin nada más que su ropa de dormir, tiritando de frío. Mi tío achacó a su avanzada edad, diría más tarde Wilcox, no haber reconocido con rapidez los jeroglíficos y el dibujo. Varias de sus preguntas le parecieron a su visitante un poco traídas por los pelos, sobre todo las que trataban de relacionar el dibujo con sociedades y cultos extraños. Wilcox no comprendió el motivo por el cual mi tío le prometió reiteradamente guardarle el secreto si reconocía pertenecer a una de las muchas sectas paganas o místicas que existen. Cuando finalmente se convenció de que Wilcox ignoraba de veras toda doctrina o cultos secretos, le rogó que no dejase de contarle todos sus sueños. Aquella petición dio sus frutos, pues el manuscrito menciona que a partir de esa primera entrevista hubo visitas diarias del joven. Describe asombrosas visiones nocturnas cuyo tema principal siempre giraba en torno unas ciclópeas edificaciones de piedra, húmedas y oscuras, y una voz o inteligencia subterránea que gritaba sin cesar, en tonos enigmáticos y sensibles, algo inexpresable. Los dos sonidos que más a menudo se repetían eran los correspondientes a las palabras *Cthulhu* y *R’lyeh*.

Según el manuscrito, el 23 de marzo Wilcox faltó a su cita. Al preguntar en su hotel, se informó de que había sufrido una fiebre de origen

desconocido y que lo habían llevado a casa de sus padres, en Waterman Street. Había comenzado a gritar en medio de la noche, despertando a varios artistas que vivían en el hotel, y a partir de entonces había alternado la inconsciencia y el delirio. Mi tío telefoneó a la familia y empezó a seguir de cerca el caso e ir con frecuencia a la consulta del médico de cabecera del joven, el doctor Tobey, en Thayer Street. La mente enfebrecida de Wilcox alimentaba, según parece, sorprendentes imágenes y el doctor se estremeció al recordarlas. Además de ser una repetición de los sueños anteriores, también incluían una criatura gigantesca «de varias millas de altura» que caminaba o se movía con pesadez. Wilcox nunca lo describía con detalle, pero las escasas e incoherentes palabras que recordaba el doctor Tobey convencieron al catedrático de que se trataba del monstruo que había tratado de representar Wilcox. Cuando este se refería a su obra —añadió el doctor—, de inmediato y siempre se quedaba aletargado. Lo extraño es que su temperatura nunca estuviese por encima de lo normal; no obstante, su estado se asemejaba a una fiebre violenta y no a un desarreglo del cerebro.

El 2 de abril, la enfermedad cesó de repente a las tres de la tarde. Wilcox se sentó en la cama, asombrado de verse en casa de sus padres, sin saber lo que había sucedido en sus sueños o en la realidad desde el 22 de marzo. Como el médico lo declaró curado, regresó a su hotel tres días después. Pero ya no fue de utilidad al catedrático Angell. Además de su enfermedad, se habían esfumado aquellos sueños y, tras oír durante una semana relatos inútiles e irrelevantes sobre unas visiones de lo más corriente, mi tío dejó de anotar los sueños del artista.

Aquí terminaba la primera parte del manuscrito, pero sus numerosos apuntes invitaban a la reflexión. Solo la incredulidad que entonces inspiraba mi filosofía puede explicar mi firme desconfianza. Los apuntes describían lo que habían soñado varias personas durante el mismo período en que el joven Wilcox había tenido sus curiosas revelaciones. Según parece, mi tío había iniciado rápidamente una amplia investigación entre casi todos aquellos a quienes podía interrogar sin resultar impertinente, pidiéndoles que le explicasen sus sueños y le dijesen las fechas de todas sus visiones notables. Había habido diversas reacciones; pero mi tío recibió más respuestas de que las que habría conseguido cualquier otro hombre sin la

ayuda de un secretario. No guardó la correspondencia original, pero los apuntes formaban un resumen completo y muy revelador. La aristocracia y los hombres de negocios —la tradicional «sal de la tierra» de Nueva Inglaterra— apenas si dieron resultado, aunque sí hubo algunos casos en que se informaba de impresiones nocturnas, siempre entre el 13 de marzo y el 2 de abril, período en que el joven escultor estuvo delirando. Los científicos tampoco se vieron muy afectados, aunque al menos cuatro descripciones muy confusas sugerían la efímera visión de insólitos paisajes; uno de ellos incluso hablaba del temor a algo anormal.

Las respuestas más interesantes procedían de artistas y poetas, que, si hubieran podido comparar sus notas, habrían entrado en pánico. La falta de las cartas originales me hizo sospechar que el recopilador había realizado preguntas capciosas o deformado el texto de la correspondencia para ratificar lo que había decidido ver. Por eso seguí creyendo que Wilcox, que conocía de algún modo los viejos documentos juntados por mi tío, lo había engañado. Las respuestas de los artistas relataban una inquietante historia. Entre el 28 de febrero y 2 de abril muchos de ellos habían tenido extraños sueños, cuya máxima intensidad coincidió en el tiempo con el delirio del escultor. Una cuarta parte hablaba de escenas y sonidos parecidos a los que describía Wilcox y algunos confesaban su terror ante un colosal ser sin nombre. Los apuntes describían con énfasis un caso especialmente triste. El sujeto, un conocido arquitecto aficionado al ocultismo y la teosofía, se volvió completamente loco la noche que llevaron al joven Wilcox a casa de sus padres; murió unos meses después entre gritos de que lo salvaran de un habitante salido del infierno. Si mi tío hubiese guardado los nombres de estos casos, en lugar de darles un número, yo habría podido realizar alguna investigación personal. Pero, así las cosas, solo pude dar con unos cuantos. No obstante, todos corroboraron los apuntes. Con frecuencia me pregunté si los interrogados por el catedrático Angell se habían sentido tan intrigados como este grupo. Nunca les di ninguna explicación, lo cual ha sido mejor.

Como ya he dicho, los recortes de periódicos trataban de casos de pánico, manía y locura, siempre en el mismo período. El catedrático Angell debió utilizar una agenda de recortes, pues era asombrosa la cantidad de estos extractos, que además procedían de todos los rincones del mundo.

Uno describía un suicidio nocturno en Londres. Un hombre había saltado por una ventana tras lanzar un espantoso grito. En una confusa carta al editor de un diario sudamericano un fanático vaticinaba un futuro siniestro apoyándose en sus visiones. Un comunicado de California relataba que una comunidad teosófica había empezado a utilizar ropas blancas ante el advenimiento de un «glorioso acontecimiento» que no llegaba nunca. Las noticias de India se referían con suma cautela a una importante agitación de los nativos a finales de marzo. Las ceremonias de vudú se habían multiplicado en Haití, y en África se había hablado de misteriosos cánticos. Los oficiales norteamericanos destacados en Filipinas habían tenido algunas dificultades con ciertas tribus, y la noche de 22 de marzo los policías de Nueva York habían sido molestados por algunos histéricos. Hubo rumores también al oeste de Irlanda, y un pintor llamado Ardois-Bonnot exhibió en el salón de primavera de París de 1926 un blasfemo *Paisaje onírico*. Los altercados fueron tan numerosos en los manicomios que solo un milagro impidió que los médicos notasen curiosas semejanzas y sacasen conclusiones precipitadas. Sin duda era una rara colección de recortes. Hoy apenas comprendo el crudo racionalismo con que los aparté. Pero me convencí de que Wilcox había tenido noticias de sucesos previos citados por el catedrático.

## 2. El informe del inspector Legrasse

Los sucesos anteriores, por los que mi tío atribuyó tanta importancia al sueño del escultor y al bajorrelieve, ocupaban la segunda mitad del manuscrito. Según parecía, una vez que el catedrático Angell hubo visto los odiosos contornos del monstruo anónimo, hubo meditado sobre aquellos jeroglíficos desconocidos y oído las sílabas que únicamente pudo traducir la palabra *Cthulhu*… todo ello y en circunstancias tan pavorosas, por ello no es de extrañar que atosigase al joven Wilcox con preguntas y peticiones. Esta experiencia anterior había tenido lugar diecisiete años antes, en 1908, mientras la Sociedad Norteamericana de Arqueología celebraba su congreso anual en Saint Louis. El catedrático Angell había desempeñado un papel

importante en todas las deliberaciones, dados su autoridad y sus méritos, de modo que se le acercaron varios profanos que aprovechaban la ocasión que brindaba aquel congreso para formular preguntas y plantear problemas.

El jefe de ese grupo pronto se convirtió en el centro de atracción de todo el congreso. Era un hombre de aspecto anodino, mediana edad, que había viajado de Nueva Orleans a Saint Louis en busca de una información que no había podido obtener en su lugar de origen. Se llamaba John Raymond Legrasse y era inspector de policía. Llevaba consigo el objeto de su viaje: una estatuilla de piedra, repugnante y grotesca, en apariencia antiquísima, cuyo origen no había logrado averiguar.

Que nadie crea que al inspector Legrasse le interesaba la arqueología. Muy al contrario, su deseo de instruirse obedecía a motivos profesionales. La estatuilla, ídolo, fetiche o lo que fuese, había sido hallada meses antes en las marismas boscosas del sur de Nueva Orleans, durante una redada contra una supuesta ceremonia vudú. Los ritos eran tan extraños y odiosos que la policía supo que se hallaba ante un culto totalmente ignorado y mucho más diabólico que los del vudú. Los confusos y asombrosos relatos arrancados por la fuerza a los prisioneros no revelaron nada sobre su posible origen. Por ese motivo la policía deseaba consultar a alguna autoridad e identificar así el horrendo símbolo, y seguir el rastro del culto hasta su origen mismo.

El inspector Legrasse no había esperado que su petición provocase semejante impresión. La aparición de la estatuilla bastó para intrigar a los científicos, que enseguida rodearon al inspector para ver de cerca la figurita, cuya rareza y aspecto de genuina e insondable antigüedad abrían perspectivas tan misteriosas como arcaicas. Nadie reconoció el estilo escultórico que había dado lugar a la estatuilla y, no obstante, parecían haberse posado siglos y hasta milenios en la oscura y verdosa superficie de aquella piedra desconocida.

La figura, que pasó de mano en mano de los congresistas para ser estudiada con más detalle, mediría entre veinte y veinticinco centímetros de altura, y estaba finamente labrada. Representaba un monstruo vagamente antropomórfico, pero con cabeza de pulpo cuyo rostro era una masa de tentáculos, un cuerpo escamoso que sugería elasticidad, cuatro extremidades con unas enormes garras, y dos largas y estrechas alas en la

espalda. Esta criatura, que desprendía una malignidad antinatural, parecía ser de una pesada solidez y estaba sentada en un pedestal o bloque rectangular cubierto de caracteres indescriptibles. Las puntas de las alas rozaban el borde posterior del pedestal, el asiento ocupaba el centro, y las garras largas y curvas de las extremidades plegadas aferraban el borde anterior y llegaban hasta un cuarto de la altura del bloque. La cabeza de pulpo se inclinaba hacia el dorso de las enormes garras que asían las rodillas elevadas. El conjunto daba la sensación de vida anormal y era más sutilmente aterrador debido a la imposibilidad de establecer su origen. Era indiscutible su dilatada, espantosa e incalculable edad, pero nada permitía relacionarlo con ningún tipo de arte de los albores de la civilización.

El material de la estatua también era un misterio. Aquella pieza jabonosa, verdinegra, de surcos dorados o irisados no se parecía a nada conocido en la geología o la mineralogía. Los caracteres de la base también eran desconcertantes, y ninguno de los congresistas, pese a representar a la mitad de las autoridades mundiales en este campo, pudo descubrir ni un solo parentesco lingüístico. La figura y el material pertenecían a algo asombrosamente lejano, completamente diferente de la humanidad conocida. Era algo que sugería, de un modo terrible, épocas antiguas y profanas en las cuales no habían participado nuestro mundo ni nuestras ideas.

Aun así, mientras los congresistas movían la cabeza reconociendo su incapacidad de desentrañar el misterio, uno de ellos creyó descubrir algo raramente familiar en la estatuilla y los jeroglíficos hasta que finalmente confesó con aire renuente lo que sabía. Este hombre era el hoy desaparecido William Channing Webb, profesor de antropología en la Universidad de Princeton y explorador bastante célebre.

Cuarenta y ocho años antes había recorrido Groenlandia e Islandia en busca de unas inscripciones rúnicas que hasta entonces no había podido descubrir. En la costa occidental de Groenlandia había conocido una tribu degenerada de esquimales, cuya religión, un raro culto demoníaco, lo había conmovido muchísimo por su cariz abiertamente sanguinario y repugnante. Aquella fe era desconocida por los demás esquimales y se referían a ella estremeciéndose. Decían que era de épocas muy antiguas, anteriores al

nacimiento del mundo. Además de ritos anónimos y sacrificios humanos había invocaciones tradicionales a un demonio supremo o *tornasuk*. El profesor Webb había oído esa invocación en boca de un viejo *angekok*, o brujo sacerdote, y la había transcrito fonéticamente con el alfabeto latino lo mejor que pudo. Pero lo que ahora parecía importar era el fetiche que adoraban en ese culto, en torno al cual bailaban los esquimales cuando la aurora boreal brillaba sobre los riscos de hielo. Según el profesor era un tosco bajorrelieve de piedra con una figura horrenda y unos enigmáticos caracteres. Creía recordar que se asemejaba, al menos en sus rasgos esenciales, a la criatura bestial que estaban examinando en esos momentos.

Aquel relato, escuchado con asombro y sorpresa por los congresistas, pareció animar al inspector Legrasse, que acribilló a preguntas al profesor. Tras haber copiado una invocación recitada por uno de los sacerdotes de la marisma, pidió al profesor Webb que intentara recordar las sílabas transcritas en Groenlandia. Se hizo un minucioso cotejo de todos los detalles y siguió un instante de sombrío silencio cuando el profesor y el detective convinieron que las frases eran prácticamente iguales. He aquí lo que el brujo esquimal y los oficiantes de Luisiana habían cantado fundamentalmente a sus ídolos (la división de las palabras se estableció según las pausas tradicionales observadas por los sacerdotes):

*Ph’nglui mglw’nafh Cthulhu R’lyeh wgah’nagl fhtagn.*

Legrasse había tenido más suerte que el profesor Webb, pues algunos prisioneros le habían revelado el sentido de las palabras, que era algo así:

*En su casa de R’lyeh el fallecido Cthulhu espera soñando.*

Respondiendo a una petición general, el inspector relató entonces con detalle su experiencia con los fieles de la marisma. Ahora veo que mi tío atribuyó una importancia capital a la historia. Se asemejaba a las ensoñaciones más excéntricas de los teósofos y los creadores de mitos, y manifestaba una prodigiosa imaginación de tipo cósmico, inaudita entre parias y vagabundos.

El 1 de noviembre de 1907 la policía de Nueva Orleans había recibido un mensaje alarmante procedente de la región de las marismas del sur. Los colonos, gente primitiva pero de naturaleza bondadosa, descendientes en su mayoría de Laffite,[11] estaban aterrados por culpa de algo desconocido que había invadido la región durante la noche. Según parecía era un culto vudú, pero de una clase más terrible que todo lo que ellos conocían. Desde que había comenzado a sonar incansablemente el perverso tamtam en aquellos bosques sombríos donde nadie se aventuraba, habían desaparecido varias mujeres y niños. Se habían oído gritos irracionales, aullidos desgarradores y cantos lúgubres, y en la espesura habían bailado unas llamas demoníacas. Los vecinos, añadía el sobrecogido mensajero, no podían soportarlo más.

A primera hora de la tarde partieron veinte policías en dos furgones y un automóvil, guiados por el aterrado colono. Cuando el camino se hizo intransitable abandonaron los vehículos y chapotearon a lo largo de varias millas en silencio a través de bosques de cipreses donde jamás penetraba la luz del día. Raíces retorcidas y nudos malignos de musgo español frenaban la marcha. De cuando en cuando una pila de piedras húmedas o fragmentos de un muro derruido hacían más opresiva aquella atmósfera que contribuían a crear los árboles deformes y las colonias de hongos. Finalmente surgió un conjunto de chozas miserables, y los histéricos colonos se apiñaron corriendo alrededor de las vacilantes linternas. El sonido apagado de los tamtams se oía débilmente a lo lejos, y la brisa traía a veces un chillido que helaba la sangre. Un fulgor rojizo parecía filtrarse entre el follaje pálido, más allá de las avenidas sin límite de la noche selvática. Pese a su aversión a quedarse de nuevo solos, todos los lugareños se negaron a avanzar ni un solo paso hacia el lugar del culto maldito, así que el inspector Legrasse y sus diecinueve agentes tuvieron que adentrarse sin guías en aquellas negras arcadas de horror donde jamás había puesto el pie ninguno de ellos.

La región en donde entraba ahora la policía tenía tradicionalmente muy mala fama, y prácticamente no había sido explorada por hombres blancos. Ciertas leyendas hablaban de una laguna secreta habitada por un ser colosal e informe, semejante a un pólipo de ojos fosforescentes, y unos demonios con alas de murciélago que, según los colonos, salían a medianoche de sus cavernas para adorar al monstruo. Afirmaban que estaba allí desde antes

que La Salle,[12] los indios e incluso las bestias y las aves del bosque. Era una auténtica pesadilla y verlo conllevaba la muerte. Pero se les aparecía a los hombres en sueños y aquello bastaba para que se mantuviesen alejados. La ceremonia vudú se desarrollaba en los límites más extremos de la odiada zona, pero aun así el lugar era bastante malo y tal vez eso había aterrorizado a los colonos más que los chillidos o los incidentes.

Solo la poesía o la demencia podrían haber repetido los sonidos que oyeron los hombres de Legrasse mientras cruzaban lentamente la lúgubre marisma, acercándose a la luz rojiza y a los amortiguados tamtams. Las bestias tienen una cualidad vocal que les es propia y no existe nada más terrible que oír una cuando el órgano de donde proviene debería emitir otro sonido que aquel que le correspondería. Una furia animal y una licencia orgiástica se exacerbaban allí hasta alcanzar alturas diabólicas con gritos y aullidos extáticos que resuenan en los bosques tenebrosos como fétidas ráfagas surgidas de los abismos del averno. A veces se interrumpían los gritos y lo que parecía un coro de voces roncas entonaba la detestable letanía:

*Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn.*

Finalmente, los hombres llegaron a un lugar donde el bosque no era tan frondoso y se encontraron al instante en el lugar de la escena. Cuatro tropezaron, un agente perdió el conocimiento, mientras que otros dos lanzaron un grito de terror que afortunadamente quedó apagado por el tumulto salvaje de la celebración. Legrasse roció con agua cenagosa el rostro del hombre desmayado; a continuación, todos contemplaron horrorizados el espectáculo.

En un calvero natural de la marisma emergía un islote verde de un acre de extensión tal vez, desnudo de árboles y bastante seco. Allí brincaba y se retorcía un grupo de las anormalidades humanas más indescriptibles que cualquiera de las que habría podido pintar un Sime o un Angarola.[13] Esta muchedumbre híbrida en cueros vociferaba, rugía y se retorcía en torno a una fogata. A veces se abrían las cortinas de fuego y se podía ver en el centro un bloque de granito, de unos dos metros y medio de alto, sobre el

cual reposaba la funesta estatuilla, absurda por su pequeñez. En diez patíbulos dispuestos a intervalos regulares en un amplio círculo en torno al fuego, siendo su centro el monolito, colgaban cabeza abajo los cuerpos extrañamente mutilados de los colonos desaparecidos. Dentro de este círculo saltaba y rugía el anillo de fieles, moviéndose de izquierda a derecha en una interminable orgía entre el círculo de cadáveres y el de fuego.

Tal vez fue solo la imaginación o un simple eco, pero uno de los hombres, un impresionable español, creyó oír que a las invocaciones le seguían unas respuestas antifonales procedentes de un lejano y sombrío lugar, situado en la espesura de aquel bosque de leyenda. Este hombre, Joseph D. Gálvez, a quien más tarde encontré e interrogué, tenía una imaginación desbordante. Dijo incluso que había oído el débil batir de unas grandes alas y que había entrevisto unos ojos luminosos y una enorme masa blanca detrás de los árboles más lejanos. Pero creo que estaba demasiado influenciado por las supersticiones locales.

La inacción de los hombres paralizados duró relativamente poco. El deber pronto disipó todas las dudas y, aunque los participantes debían ser unos cien, la policía, confiando en sus armas de fuego, irrumpió en medio del grupo. El caos y el tumulto de los siguientes cinco minutos no se pueden describir. Hubo furiosos golpes, disparos y huidas. Pero al final Legrasse pudo hacer cuarenta y siete prisioneros, a los que obligó a vestirse de inmediato, y rodeó de agentes. Cinco de los participantes habían muerto; dos, muy malheridos, fueron llevados por sus secuaces en parihuelas improvisadas. La imagen del monolito fue sacada con sumo cuidado por Legrasse, que se la llevó.

Tras un viaje agotador, los prisioneros fueron examinados en el cuartel de la policía y resultaron ser mestizos de la peor ralea y mentalmente débiles. Eran marineros en su mayoría, algunos negros y mulatos procedentes casi todos ellos de las islas de Cabo Verde, que daban cierto aire vudú a aquel culto heterogéneo. Pero con unas pocas preguntas se comprobó que se trataba de algo más antiguo y profundo que un fetichismo africano. Aunque degradados e ignorantes, los prisioneros se mantuvieron fieles con una sorprendente coherencia a la idea fundamental de su detestable culto.

Dijeron que adoraban a los Grandes Antiguos (o Primigenios), que eran muy anteriores al hombre y habían llegado desde el cielo a la Tierra cuando aún era joven. Esos seres se habían retirado ahora al interior terrestre y al fondo marino, pero sus cadáveres se habían comunicado en sueños con el primer hombre, que creó un culto que nunca había muerto. Este era ese culto. Los prisioneros aseguraron que siempre había existido y que no dejaría de existir, ocultándose en lugares lejanos, desiertos y retirados hasta que el gran sacerdote Cthulhu saliese de su sombría morada en la ciudad submarina de R'lyeh para reinar de nuevo sobre la Tierra. Algún día volvería, cuando los astros ocupasen cierta posición, y el culto secreto estaría allí, aguardándolo.

Entretanto no podían decir más. Era un secreto que no podrían arrancarles ni con la tortura. Los hombres no eran lo único con conciencia en la Tierra, pues había formas que emergían de la sombra para visitar a sus escasos fieles, aunque estas formas no eran los Grandes Antiguos (o Primigenios). Ningún ser humano los había visto. El ídolo de piedra representaba al gran Cthulhu, pero nadie podía decir si los otros eran o no como él. Nadie podía descifrar la antigua escritura y muchas cosas se transmitían oralmente. La invocación ritual no era el secreto, que jamás se comunicaba en voz alta. El canto significaba: «En su casa de R'lyeh el fallecido Cthulhu espera soñando».

Solo dos prisioneros fueron estimados lo bastante cuerdos y fueron ahorcados; los demás terminaron en diversas instituciones. Todos negaron haber tenido que ver con los crímenes rituales, y afirmaron que los culpables de las muertes eran los Alas-Negras, llegados desde su inmemorial guarida en el bosque encantado. Pero la policía no pudo averiguar nada de aquellos misteriosos aliados salvo lo poco que les contó un anciano mestizo llamado Castro, que aseguraba haber tocado puertos muy lejos de allí y haber hablado con los jefes inmortales del culto en las montañas de China.

Recordaba fragmentos de abominables leyendas que dejaban pequeñas las especulaciones de los teósofos y hacían de nuestro mundo algo reciente y efímero. Otros seres habían gobernado la Tierra en eras muy lejanas. Habían vivido en grandes ciudades cuyos vestigios aún podían encontrarse

—le habían dicho los inmortales de China— en unas piedras ciclópeas de algunas islas del Pacífico. Habían muerto mucho antes de que apareciese el hombre, pero ciertas artes podrían resucitarlos cuando los astros ocupasen de nuevo su posición exacta en los cielos de la eternidad. Sin duda estas criaturas procedían de las estrellas y habían traído sus imágenes con ellos.

Los Grandes Antiguos (o Primigenios) no eran de carne y hueso, dijo Castro. Tenían forma —¿no lo demostraba la estatuilla?—, pero no era material. Cuando las estrellas eran favorables iban de un mundo a otro por el cielo; pero cuando no eran propicias, no podían vivir. Así pues, aunque ya no viviesen, en realidad no habían muerto. Yacían todos en mansiones de piedra en la gran ciudad de R'lyeh, preservada por los hechizos del gran Cthulhu hasta el día en que las estrellas y la Tierra pudiesen presenciar su gloriosa resurrección. Pero entonces alguna fuerza exterior debería ayudar a la liberación de sus cuerpos. Los conjuros que impedían que se pudriesen también los paralizaban, así que los Antiguos debían contentarse con yacer y pensar en las tinieblas mientras transcurrían millones de años. Sabían cuanto sucedía en el mundo, pues su lenguaje era telepático. En ese mismo momento estaban hablando en sus tumbas. Cuando, tras un caos infinito, surgieron los primeros hombres, los Grandes Antiguos (o Primigenios) hablaron a los más sensibles de ellos moldeándoles los sueños.

Según Castro, aquellos primeros hombres crearon el culto con el que se adoraba a los ídolos de los Grandes Antiguos (o Primigenios). Eran ídolos traídos de estrellas oscuras en una época muy lejana. Hasta que las estrellas fuesen de nuevo favorables, ese culto no moriría. Los sacerdotes sacarían entonces de su tumba al gran Cthulhu para que resucitase a sus vasallos e imperase una vez más en la Tierra. Ese tiempo se reconocería fácilmente porque la humanidad se parecería a los Grandes Antiguos (o Primigenios): salvaje y libre, por encima del bien y del mal, sin moral ni ley. Todos los hombres gritarían y matarían, y gozarían alegremente. Liberados los Antiguos, enseñarían nuevos modos de gritar, de matar y de gozar. Todo el mundo ardería en un holocausto de libertad y éxtasis. Hasta entonces, el culto y sus correspondientes ritos debían mantener el recuerdo de aquellos días antiguos y presagiar su vuelta.

En los primeros tiempos algunos hombres elegidos habían hablado en sueños con aquellos seres hasta que sucedió algo. La gran ciudad de piedra de R'lyeh, con sus monolitos y sepulcros, se había sumergido bajo las olas y las aguas de los abismos, llevándose con ella ese misterio primigenio en el que nadie había pensado ni siquiera en tratar de comprender y se habían interrumpido las citas espectrales. Pero los recuerdos pervivían, y los altos sacerdotes aseguraban que la ciudad emergería a la superficie cuando los astros fuesen propicios. Los antiguos espíritus de la Tierra, mohosos y sombríos, saldrían entonces de sus subterráneos y propalarían los rumores recogidos en los olvidados lechos oceánicos. Pero el viejo Castro no osó hablar de ellos. Calló de pronto y ni la persuasión ni las sutilezas pudieron sonsacarle más información. Curiosamente, tampoco quiso mencionar el tamaño de los Antiguos. En cuanto al culto, dijo que su centro debía situarse en los desiertos no transitados de Arabia, donde Irem, la ciudad de los pilares, sigue soñando intacta y sin ser descubierta. No guardaba ninguna relación con la brujería europea y solo sus miembros lo conocían. Ningún libro lo citaba, aunque los chinos inmortales decían que en el *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred[14] había un sentido oculto que un iniciado podía interpretar de muchas maneras, sobre todo en el controvertido dístico:

*«No está muerto quien yace eternamente y, con el paso de los años, incluso la muerte puede morir*».

Muy impresionado e intrigado, Legrasse, había buscado sin éxito las filiaciones históricas del culto. Según parece, Castro había sido sincero al afirmar que era un secreto. Las autoridades de la Universidad de Tulane no pudieron arrojar luz sobre el culto o la imagen, así que ahora acudía a las mayores autoridades y se encontraba con el episodio de Groenlandia del profesor Webb.

El gran interés suscitado por el relato de Legrasse, que corroboró la estatuilla, tuvo cierto eco en la correspondencia que intercambiaron después los congresistas; sin embargo, apenas lo mencionan las actas. La prudencia es esencial para quienes a menudo se enfrentan a la charlatanería y la superchería. Legrasse le prestó un tiempo la estatuilla al profesor Webb, pero al morir este, se la devolvieron y desde entonces la tiene en su casa,

donde la he visto no hace mucho tiempo. Es de veras estremecedora y sin duda se asemeja a la escultura labrada en sueños por el joven Wilcox.

No me sorprendió que mi tío se emocionase con el relato del joven. Conociendo ya la información recogida por Legrasse, ¿qué pensaría al saber que un joven sensible no solo había soñado con la figura y los jeroglíficos de las imágenes de la marisma y de Groenlandia, sino que también había oído en sueños tres de las palabras de la fórmula repetida por los oficiantes de Luisiana y los terribles esquimales? Era natural que el catedrático Angell hubiese abierto una minuciosa investigación, aunque en mi fuero interno yo me maliciaba que el joven Wilcox había oído hablar del culto e inventado unos sueños para alimentar el misterio a ojos de mi tío. El relato de los otros sueños y los recortes recopilados por el catedrático parecían conformar la historia del joven; sin embargo, mi racionalismo y la excentricidad del asunto me condujeron a adoptar las conclusiones que me parecieron más razonables. Así pues, tras estudiar de nuevo el manuscrito y cotejar los apuntes teosóficos y antropológicos con la descripción del culto hecha por Legrasse, viajé a Providence para ver al escultor e increparle por haberse burlado como lo hizo de un erudito ya anciano.

Wilcox aún vivía, él solo, en el Fleur de Lys de Thomas Street, una ramplona imitación victoriana de la arquitectura bretona del siglo XVIII. La fachada estucada del hotel lucía con ostentosidad entre las encantadoras casas coloniales y a la sombra del campanario georgiano más hermoso de Norteamérica. Encontré a Wilcox en su cuarto, absorto en su labor, y pronto comprendí por las piezas que lo rodeaban que su talento era profundo y real.

Creo que Wilcox figurará durante un tiempo entre los grandes decadentes, pues ha moldeado en arcilla, y un día lo hará en mármol, esas pesadillas y fantasías evocadas en prosa por Arthur Machen[15] y que ha hecho visibles en versos y pinturas Clark Ashton Smith.[16]

Moreno, frágil y de aspecto desaliñado, se giró lánguidamente y me preguntó qué deseaba sin dejar su silla. Cuando le dije quién era, mostró algún interés, pues mi tío había despertado su curiosidad al estudiar sus raros sueños, aunque no le dijese el motivo. Sin sacarlo de su ignorancia, traté prudentemente de hacer que hablase.

En poco tiempo me convencí de que era del todo sincero, pues hablaba de sus sueños con rotundidad. Esos sueños y su resto subconsciente habían ejercido una honda influencia en su arte, y me mostró una malsana estatua cuyo modelado me inquietó por la fuerza de su oscura sugerencia. Solo recordaba haber visto el original en el bajorrelieve moldeado durante un sueño, pero los contornos se habían formado bajo sus manos sin que él lo notase. No cabe duda de que era la gigantesca forma de la que había hablado en su delirio. Enseguida comprobé que nada sabía del culto, a excepción de lo que el persistente interrogatorio de mi tío había dejado traslucir. Así pues, traté de imaginar una vez más cómo podía haber recibido esas impresiones sobrenaturales.

Narraba sus sueños de un modo sorprendentemente poético, haciéndome ver con una espantosa claridad la ciclópea ciudad de piedra verde y musgosa —cuya geometría, añadió extrañamente, era totalmente errónea—; otra vez oí con un temor expectante la llamada mental subterránea: *Cthulhu fhtagn, Cthulhu fhtagn*.

Esas palabras se repetían en la terrible invocación que rememoraba el sueño-vigilia de Cthulhu en su bóveda de piedra de R’lyeh, y pese a mis ideas racionales me sentí inquieto. Sin duda, Wilcox había oído hablar por casualidad del culto, habiéndolo olvidado pronto en la cantidad de lecturas y concepciones igualmente fantasiosas. Más tarde, dado su carácter impresionable, el culto había hallado un modo de expresión subconsciente por medio de los sueños, el bajorrelieve de arcilla y la estatuilla que yo contemplaba ahora. Así pues, la impostura había sido involuntaria. El joven tenía unos modales un tanto afectados y vulgares que me molestaban; sin embargo, yo estaba dispuesto a admitir tanto su talento como su honradez. Me despedí educadamente y le deseé todo el éxito que prometía su genio.

El culto continuó fascinándome y llegué a imaginar que me hacía famoso investigando su origen y relaciones. Visité Nueva Orleans, hablé con Legrasse y otros de los que habían participado en aquella redada, examiné la estatuilla e interrogué incluso a los prisioneros aún vivos. Por desgracia, el viejo Castro había muerto varios años atrás. Lo que escuché entonces de viva voz, aunque solo fue una corroboración detallada de lo escrito por mi tío, aguijoneó mi interés. Tuve entonces la certeza de que

estaba sobre la pista de una religión muy antigua y arcana cuya revelación haría de mí un antropólogo célebre. Mi actitud aún era por aquel entonces completamente materialista, como yo quería, y por una inexplicable perversidad mental rechacé la coincidencia de los sueños y los recortes recopilados por el catedrático Angell.

No obstante, hubo algo que comencé a intuir y que ahora creo saber: la muerte de mi tío no fue natural. Cayó al suelo en la colina, en una de las callejuelas angostas que arrancaban de unos muelles donde abundaban los mestizos extranjeros, tras haber sido empujado por un marinero de tez morena. Yo recordaba que los oficiales de Luisiana se distinguían por la mezcla de sangres y sus intereses marinos, y no me habría sorprendido saber de la existencia de agujas venenosas y secretos métodos de asesinar tan despiadados como aquellas misteriosas creencias y ritos. Es verdad que Legrasse y sus hombres no habían sido molestados, pero en Noruega acaba de morir un marino que veía cosas. ¿No pudieron haber llegado a oídos siniestros las pesquisas de mi tío tras ver al escultor? Ahora creo que el catedrático Angell murió porque sabía o quería saber demasiado. Quizá me aguarde un final semejante, pues yo también he aprendido mucho.

## 3. La locura del mar

Si algún día el cielo decidiese otorgarme un gran favor, borraría de mi memoria el descubrimiento que hice, por simple casualidad, al echar un vistazo a una hoja de periódico que cubría un anaquel. Era un viejo número del *Sydney Bulletin*, fechado el 18 de abril de 1925, el cual no habría podido encontrar en mi vida cotidiana. Lo había pasado por alto incluso la agenda de recortes que durante aquella época había estado recopilando ávidamente materiales para mi tío. Yo casi había abandonado mis investigaciones sobre lo que el catedrático llamaba el «culto de Cthulhu» y estaba visitando a un erudito amigo de Patterson, Nueva Jersey, conservador del museo local y famoso mineralogista. Estaba examinando un día los ejemplares de reserva, apilados sin ton ni son en los estantes de una de las salas del fondo del museo, cuando mi mirada se fijó en la extraña ilustración de uno de los

periódicos extendido bajo las piedras. Era el *Sydney Bulletin* que ya he citado. Mi amigo tenía corresponsales en cualquier país extranjero imaginable. La imagen era una fotografía en sepia de una abominable estatuilla de piedra casi idéntica a la hallada en la marisma por Legrasse.

Arranqué vivamente la hoja con su valioso contenido, leí el artículo con atención y lamenté su brevedad. No obstante, lo que sugería era esencial para mi ahora vacilante búsqueda. Recorté cuidadosamente la noticia con intención de ponerme manos a la obra enseguida. He aquí el contenido:

RESCATADO EN ALTA MAR UN MISTERIOSO BARCO A LA DERIVA

El *Vigilant* arribó remolcando un yate neozelandés aparejado. Un muerto y un superviviente a bordo. Refieren luchas encarnizadas y muertes en alta mar. Marinero rescatado se niega a dar detalles de la misteriosa experiencia. Extraño ídolo hallado en su poder. Se abrirá una investigación.

El carguero *Vigilant* de la naviera Morrison, procedente de Valparaíso, arribó esta mañana a su muelle de amarre en la bahía de Darling remolcando al yate *Alert* de Dunedin con importantes averías, pero aún bien aparejado. El yate fue avistado el 12 de abril a 34° 21’ de latitud sur y 152° 17’ de longitud oeste, con un muerto y un superviviente a bordo.

El *Vigilant* zarpó de Valparaíso el 25 de marzo. El 2 de abril fue alejado de su rumbo, en dirección sur, por una fuerte tormenta con enormes olas. El 12 de abril avistó el yate a la deriva. En apariencia había sido abandonado, pero se descubrió que llevaba un superviviente en estado de delirio y un hombre muerto desde hacía al menos una semana.

El superviviente llevaba agarrada una piedra horrible de origen desconocido, de unos treinta centímetros de alto, cuyo origen los profesores de la Universidad de Sidney, la Sociedad Real y el museo de College Street no pudieron determinar, y que el hombre afirmaba haber descubierto en la cabina del yate, en un rudimentario altarcito.

Ya recobrado, el hombre relató una historia de piratería y violencia sumamente extraña. Se trata de un noruego llamado Gustaf Johansen, de cierta cultura, segundo oficial de la goleta *Emma* de Auckland, que zarpó hacia Callao el 20 de febrero, con una tripulación de 20 hombres.

El *Emma*, según contó, se vio retrasado y alejado de su ruta por las tormentas del 1 de marzo y del 22 de ese mismo mes a los 49° 51’ de latitud sur y a los 128° 54’ de longitud este, donde halló al *Alert*, tripulado por un grupo canacos y mestizos de muy mala catadura. El capitán Collins no obedeció la orden de virar y la tripulación del yate abrió fuego sin previo aviso con una batería de cañones de bronce.

Los marineros del *Emma* —dijo el superviviente— resistieron con valor y, pese a que la goleta comenzó a irse a pique, pues varios proyectiles habían impactado en la línea de flotación, lograron acercarse al enemigo y lo abordaron, entablando

una lucha en cubierta. Como los tripulantes del yate combatían de un modo torpe y cruel, tuvieron que matarlos a todos.

Tres de los hombres del *Emma*, incluso el capitán Collins y el primer oficial Gree, murieron; los ocho restantes, bajo el mando del segundo oficial, Johansen, se pusieron a navegar en la dirección originaria del yate para descubrir por qué se les había ordenado cambiar de rumbo.

Al día siguiente desembarcaron en una isla que no figuraba en ningún mapa. Seis de los hombres murieron allí, aunque Johansen se mostró muy misterioso al respecto y dijo que habían caído por una grieta entre las rocas.

Más tarde, según parece, Johansen y sus compañeros regresaron al yate y trataron de hacerlo navegar, pero la tormenta del 2 de abril los desarboló.

Desde ese día y hasta el 12 de abril, fecha en que fue rescatado por el *Vigilant*, Johansen no recuerda ni siquiera cuándo murió su compañero, William Briden. La muerte se debió aparentemente a la inanición.

Los cables procedentes de Dunedin informan de que el *Alert* era muy conocido como buque de carga y tenía muy mala fama. Pertenecía a un extraño grupo de mestizos cuyas habituales incursiones nocturnas en los bosques despertaban una gran curiosidad. Tras la tormenta y los seísmos del 1 de marzo, el yate se hizo apresuradamente al mar.

Nuestro corresponsal en Auckland afirma que el *Emma* y sus tripulantes gozaban de una excelente reputación y que Johansen es un hombre digno de confianza.

El almirantazgo va a abrir una investigación sobre este caso, durante la cual se tratará de persuadir a Johansen para que hable con más libertad.

Esto y la diabólica imagen eran todo, pero ¡qué ideas despertó en mi cabeza! Estas nuevas y preciosas noticias sobre el culto de Cthulhu demostraban que tenía fieles tanto en mar como en tierra. ¿Por qué razón habría ordenado la híbrida tripulación al *Emma* que regresase mientras ellos navegaban con su ídolo? ¿Qué isla desconocida era aquella en donde habían muerto seis de los tripulantes y sobre la cual el contramaestre Johansen se mostraba tan reticente? ¿Qué resultado habría arrojado la investigación oficial y qué se sabría del odioso culto en Dunedin? Y lo más extraordinario, ¿qué profunda y natural relación de hechos era esta que daba un maligno e innegable sentido a los hechos anotados con sumo cuidado por mi tío?

El 1 de marzo —28 de febrero según el huso horario internacional— se habían producido una tormenta y un seísmo. El *Alert* y su patibularia tripulación habían zarpado corriendo de Dunedin, como obedeciendo una llamada ineludible, y en el otro extremo del globo poetas y artistas habían

soñado con una ciclópea ciudad submarina mientras un joven escultor modelaba, en sueños, la forma del temible Cthulhu. El 23 de marzo la tripulación del *Emma* desembarcaba en una isla desconocida, en donde morían seis hombres; en esa misma fecha los sueños de algunas personas llegaron a su culmen y se oscurecieron con el terror de un maligno y gigantesco monstruo, mientras un arquitecto enloquecía y un escultor deliraba. Y ¿qué pensar de la tormenta del 2 de abril, cuando todos los sueños de la ciudad sumergida cesaron, y Wilcox salió incólume de aquella extraña fiebre? ¿Qué pensar también de las alusiones del viejo Castro a los Antiguos procedentes de las estrellas y a su reino venidero, a su culto y a su gobierno de los sueños? ¿Me balanceaba al borde de un abismo de horrores cósmicos e insoportables para un hombre? Pese a todo, solo afectaron a la mente, pues el 2 de abril acabó de algún modo la monstruosa amenaza que había acosado el alma de los hombres.

Aquella tarde, tras haber pasado el día telegrafiando y haciendo preparativos urgentes, me despedí de mi anfitrión y tomé un tren a San Francisco. En menos de un mes llegué a Dunedin. Sin embargo, descubrí que allí sabían muy poco de los extraños miembros del culto que habían vivido en las posadas de marineros. El vagabundeo en los muelles era algo corriente y no merecía la pena mencionarlo; pero oí algo sobre una expedición terrestre de estos mestizos durante la cual se captó un débil tamborileo y se vio un fuego rojizo en las colinas lejanas.

En Auckland supe que Johansen había regresado a Sidney, donde había sido inútilmente interrogado, con el cabello blanco como la nieve, y que tras vender su casita de West Street había regresado con su mujer a su viejo hogar de Oslo. De su aventura contó a sus amigos lo mismo que a los oficiales del almirantazgo, y solo pudieron darme su nueva dirección.

Regresé a Sidney y hablé en vano con gente de mar y miembros del tribunal. Vi el *Alert* en Circular Quay, en la bahía de Sidney, pero su casco no me reveló nada. La figura en cuclillas, con cabeza de pulpo, cuerpo de dragón, alas escamosas y pedestal con jeroglíficos, se hallaba en el museo de Hyde Park. La examiné con atención y descubrí que estaba exquisitamente esculpida. Encerraba el mismo profundo misterio, terrible antigüedad y sobrenatural rareza de material que el modelo más pequeño de

Legrasse. El conservador del museo me dijo que para los geólogos aquella estatua era un enigma monstruoso, y juraban que no conocían una roca parecida en este mundo. Recordé con un estremecimiento lo que había dicho el viejo Castro a Legrasse sobre los primeros Grandes Antiguos (o Primigenios): «Vinieron de las estrellas y trajeron sus imágenes».

Hondamente impresionado decidí visitar al oficial Johansen en Oslo. Llegué a Londres, embarqué enseguida para la capital de Noruega y un día de otoño pisé tierra en un limpio desembarcadero, a la sombra del Egeberg.

Descubrí que la casa de Johansen estaba en la Ciudad Vieja del rey Harold Haardrada, que había conservado el nombre de Oslo durante los siglos en que la ciudad principal adoptó el nombre de Christiania. Hice el corto viaje en un taxi y golpeé con el corazón tembloroso la puerta de una vieja y limpia casa de fachada enlucida. Me abrió una mujer de semblante triste, vestida de luto, que me comunicó en un inglés vacilante que Gustav Johansen ya no estaba en este mundo.

No había sobrevivido mucho a su regreso, pues su aventura marina de 1925 le había quebrantado la salud. La mujer no sabía más que el público, pero Johansen había dejado un largo manuscrito, que trataba «asuntos técnicos», escrito en inglés con la intención manifiesta de que su esposa no lo entendiese. Mientras paseaba por una callejuela, cerca del muelle de Gothenburg, un paquete de viejos periódicos, caído desde la ventana de un altillo, lo golpeó y lo hizo caer. Dos marineros indios lo ayudaron a levantarse, pero el hombre murió antes de que llegase la ambulancia. Incapaces de determinar la causa de la muerte, los médicos la habían atribuido a una dolencia cardíaca y a la debilidad general.

Sentí entonces un oscuro terror que me traspasaba los huesos, un terror que no me abandonaría hasta que yo también alcanzase el sueño eterno «accidentalmente» o por otro motivo. Tras persuadir a la viuda de que mi conocimiento de esos «asuntos técnicos» me autorizaba a poseer el manuscrito, me llevé el documento y comencé a leerlo en el barco de regreso a Londres.

Era un relato simple y desordenado; un cuaderno de bitácora redactado de memoria en el que se intentaba recoger cada singladura de aquella última y terrible travesía. No lo transcribiré literalmente dadas sus oscuridades y

redundancias, pero mi resumen bastará para explicar por qué se me hizo tan insufrible el rumor de las aguas contra los costados del buque que tuve que taparme los oídos.

Por suerte para Johansen, aunque vio la ciudad y el monstruo, no lo sabía todo; yo, en cambio, no podré dormir en paz mientras recuerde el horror que aguarda agazapado al otro lado de la vida, en el tiempo y el espacio, y las malditas criaturas que vinieron de los astros más antiguos y que sueñan en las profundidades del mar, que son conocidas y favorecidas por un culto pesadillesco decidido a lanzarlas sobre nuestro planeta siempre que un seísmo eleve de nuevo la monstruosa ciudad de piedra al aire y la luz del sol.

El viaje de Johansen se había iniciado como dijo él mismo ante el almirantazgo. El *Emma* había zarpado con lastre de Auckland el 20 de febrero, y sintió el impacto de la tempestad siguiente al terremoto que arrancó a los abismos marinos el horror que soñaron los hombres. Recobrado el rumbo, el buque navegó sin percances hasta encontrar al *Alert* el 22 de marzo (sentí la pena del oficial al describir el ataque y el hundimiento de su nave). Johansen hablaba de los mestizos del yate con un horror realmente impresionante. Tenían algo abominable que hacía que destruirlos pareciese casi un deber. Johansen se sorprende ante la acusación de crueldad contra él y sus compañeros en el tribunal. Ya en el yate capturado y aguijoneados por la curiosidad, Johansen y sus hombres prosiguen viaje hasta que avistan una alta columna de piedra que emerge del océano. A los 49° 9’ de latitud oeste y 126° 43’ de longitud sur, encuentran una costa barrosa y una mampostería ciclópea cubierta de algas que solo puede ser la sustancia tangible del supremo terror del universo: la ciudad muerta de R’lyeh, construida millones de años atrás, antes de los albores de nuestra historia, por las enormes y espantosas criaturas procedentes de unos astros desconocidos. Allí reposan el gran Cthulhu y sus compañeros, ocultos en unas verdosas y húmedas bóvedas desde donde envían, tras incalculables eras, pensamientos que aterrorizan a los hombres sensibles y ordenan a sus fieles que inicien el peregrinaje de la liberación y la restauración. El oficial Johansen ignoraba aquello, pero ¡bien sabe Dios que había visto bastante!

Creo únicamente que emergió de las aguas la cima de la ciudadela, coronada por un enorme monolito, donde yace el gran Cthulhu. Al imaginar las dimensiones de todo lo que puede ocultar el fondo del océano, deseo morir sin esperar más. Johansen y sus hombres sintieron terror ante la majestad cósmica de esta húmeda Babilonia habitada por demonios. Instintivamente debieron sospechar que no pertenecía a este planeta ni a ningún otro parecido. En cada línea de la estremecida descripción de Johansen se nota el mismo pavor ante el indescriptible tamaño de los sillares de piedra verde, ante la vertiginosa altura del monolito labrado, ante la asombrosa identidad de esas colosales estatuas y bajorrelieves con la extraña imagen encontrada en la sentina del *Alert*.

Johansen ignora el futurismo, pero al hablar de la ciudad describe algo muy similar a una obra futurista. En lugar de referirse a una estructura definida, a un edificio, solo habla de colosales ángulos y superficies de piedra… demasiado grandes para ser de este mundo, cubiertas por jeroglíficos e imágenes horribles. Cito estos ángulos porque me recuerdan los sueños que me relató Wilcox. El joven escultor afirmó que la geometría de la ciudad de sus sueños no era la normal euclidiana, sino que sugería esferas y dimensiones diferentes de las nuestras. Ahora un marino ilustrado tenía la misma impresión ante la espantosa realidad.

Johansen y sus hombres desembarcaron en la playa de esta monstruosa acrópolis. Resbalando, treparon por los titánicos y musgosos escalones que ningún ser humano habría podido levantar. El mismo sol parecía deformado al mirarlo a través de los vapores condensados que emanaban de esta abominación submarina; una amenaza tortuosa acechaba en aquellos sorprendentes ángulos donde una segunda mirada veía una concavidad donde antes había creído ver una convexidad.

Todos los exploradores, ya antes de ver nada definido (salvo rocas, musgo y algas) sintieron un indefinible terror. Todos habrían huido si no hubiesen temido la burla de los demás, y solo de mal grado se decidieron a buscar —en vano, como comprendieron más tarde— algo que sirviese de recuerdo.

Rodrigues, el portugués, fue el primero en alcanzar la base del monolito y gritó a los otros lo que acababa de descubrir. Poco después los hombres

contemplaron con curiosidad una colosal puerta de piedra labrada con el familiar bajorrelieve del pulpo-dragón. Se parecía, según Johansen, al portón de un granero. Todos vieron una puerta, pues estaba encuadrada en un umbral, un dintel y dos jambas, pero nadie pudo decir si estaba en horizontal, como la puerta de una trampa, o inclinada, como la puerta exterior de un altillo. Como dijo Wilcox, la geometría del lugar era equívoca. No se podía estar seguro de que el mar y el suelo fuesen horizontales, así que la posición relativa del resto parecía variar fantásticamente.

Briden presionó sobre la piedra en varios puntos sin resultado. Donovan palpó con delicadeza los bordes, apretando por separado cada punto. Trepó con lentitud por la grotesca moldura de piedra —puede decirse que subió si admitimos que la puerta no era en definitiva horizontal—, y los hombres se preguntaron cómo una puerta podía ser tan grande. Finalmente, con mucha suavidad y lentitud, la parte superior del panel se inclinó hacia dentro y todos vieron que la piedra se balanceaba.

Donovan se arrastró o subió de algún modo por una de las jambas y los demás contemplaron el curioso retroceso de la puerta monstruosa. En este fantástico mundo de deformaciones prismáticas, la piedra se desplazaba con anormalidad en diagonal, al margen de todas las leyes de la materia y la perspectiva.

La abertura mostraba unas tinieblas casi palpables y con la cualidad positiva de ocultar partes de las paredes interiores que debían ser visibles. Por fin surgió de aquella cárcel milenaria algo parecido a una humareda que oscureció la luz del sol mientras se elevaba hacia el atenuado cielo con ayuda de sus alas membranosas. El hedor que desprendían esos abismos recién abiertos era insoportable. Hawkins, que tenía buen oído, creyó oír abajo un sonido de chapoteo. Todos atendieron, y todos aún lo hacían cuando el monstruo se hizo visible, babeando y estrujando su enormidad verde y gelatinosa a través de la tenebrosa abertura hasta que se elevó pesadamente en el aire pútrido de aquella ciudad pesadillesca.

La letra del pobre Johansen apenas es legible en esta parte. Cree que dos de los seis hombres que nunca llegaron al barco murieron de miedo en aquel instante maldito. El monstruo está más allá de cualquier descripción.

No hay lenguaje para ese abismo de horror inmemorial, para esa pavorosa contradicción de las leyes de la materia, la fuerza y el orden cósmicos. Una montaña que caminaba. ¡Dios! ¿Es de extrañar que en el otro lado del globo enloqueciese un gran arquitecto y que, en aquel instante telepático, la fiebre consumiese al pobre Wilcox? El monstruo de los ídolos, el verde y viscoso demonio procedente de otros astros, había despertado para reclamar sus derechos. Las estrellas le eran de nuevo propicias. Lo que un antiguo culto no había podido lograr por su voluntad, un puñado de pobres marineros lo hacía por accidente. Tras millones de años el gran Cthulhu era otra vez libre.

Tres hombres fueron barridos por sus patas membranosas antes de que nadie pudiese volverse. Que descansen en paz si es que hay algún descanso en el universo. Eran Donovan, Guerrera y Angstrom. Parker resbaló mientras los otros tres supervivientes se precipitaban frenéticamente por un infinito paisaje de rocas verdosas. Johansen jura que fue absorbido hacia arriba por un ángulo que no debía estar allí, un ángulo agudo que se había comportado como si fuese obtuso. Así pues, solo Briden y Johansen llegaron al bote, y remaron desesperadamente hasta el *Alert* mientras la montañosa monstruosidad descendía por la escalinata de piedra resbaladiza y se detenía, titubeando, a orillas del agua.

Las calderas estaban encendidas pese a que todos habían bajado a tierra, y unos pocos segundos de frenéticas carreras entre válvulas y motores bastaron para poner en marcha el *Alert*. Lentamente, entre los horrores distorsionados de esa indescriptible escena, la hélice removió las aguas. Mientras, en la costa mortal, sobre aquellas construcciones que no eran de este mundo, el colosal monstruo procedente de las estrellas emitía unos bramidos inarticulados, como Polifemo al maldecir el veloz navío de Ulises. Entonces, con más arrojo que los cíclopes de la leyenda, el gran Cthulhu se sumergió en el agua e inició la persecución con brazadas que levantaron enormes olas. Briden volvió la vista y perdió el juicio. A partir entonces rio a ratos hasta que la muerte lo alcanzó en su cabina mientras Johansen vagaba delirando de aquí para allá.

Pero Johansen no había abandonado la partida. Comprendiendo que el monstruo seguramente alcanzaría al *Alert* antes de que la presión llegase al

máximo, decidió un intento a la desesperada y, acelerando los motores, subió a cubierta e hizo virar la nave. Hubo un remolino espumoso en la superficie del agua. Mientras crecía la presión del vapor, el intrépido noruego puso la proa contra aquella montaña gelatinosa que se alzaba como la popa de un galeón infernal sobre la sucia espuma. La horrenda cabeza de pulpo, envuelta en tentáculos, casi llegaba al extremo del bauprés, pero Johansen no se amilanó.

Se produjo un estallido como el de un globo al desinflarse, un líquido inmundo como el que mana de un pez luna sajado, una fetidez que el cronista no quiso describir lo inundó todo. Durante un instante una verde, acre y cegadora nube, envolvió al buque y un burbujeo maligno quedó a popa, donde la maleabilidad esparcida de aquella entidad astral estaba recombinándose y recuperando su forma original mientras el *Alert* se alejaba y cobraba velocidad.

Eso fue todo. Desde entonces Johansen se contentó con meditar sombríamente sobre el ídolo de la cabina y preparar algunas comidas para él y su compañero, que reía a carcajadas, presa de la locura. No trató de dirigir el barco porque tras aquel incidente había un gran vacío en su alma. Luego estalló la tormenta del 2 de abril, que terminó de nublar su conciencia. Recordaba confusamente abismos líquidos de espectrales muros giratorios, desplazamientos vertiginosos por mundos esquivos en la cola de un cometa y saltos temblorosos desde las profundidades del mar hasta la luna y luego de regreso al mar, todo rodeado por el coro de carcajadas de las antiguas divinidades y los verdes demonios del Tártaro con alas de murciélago.

Tras esas pesadillas llegó el rescate, el *Vigilant*, el tribunal del almirantazgo, las calles de Dunedin y el largo regreso a su casa natal, junto al Egeberg. No podía contar nada o pasaría por loco. Lo escribiría todo antes de morir, pero su mujer no debería sospechar nada. Solo si borraba los recuerdos, la muerte lo beneficiaría.

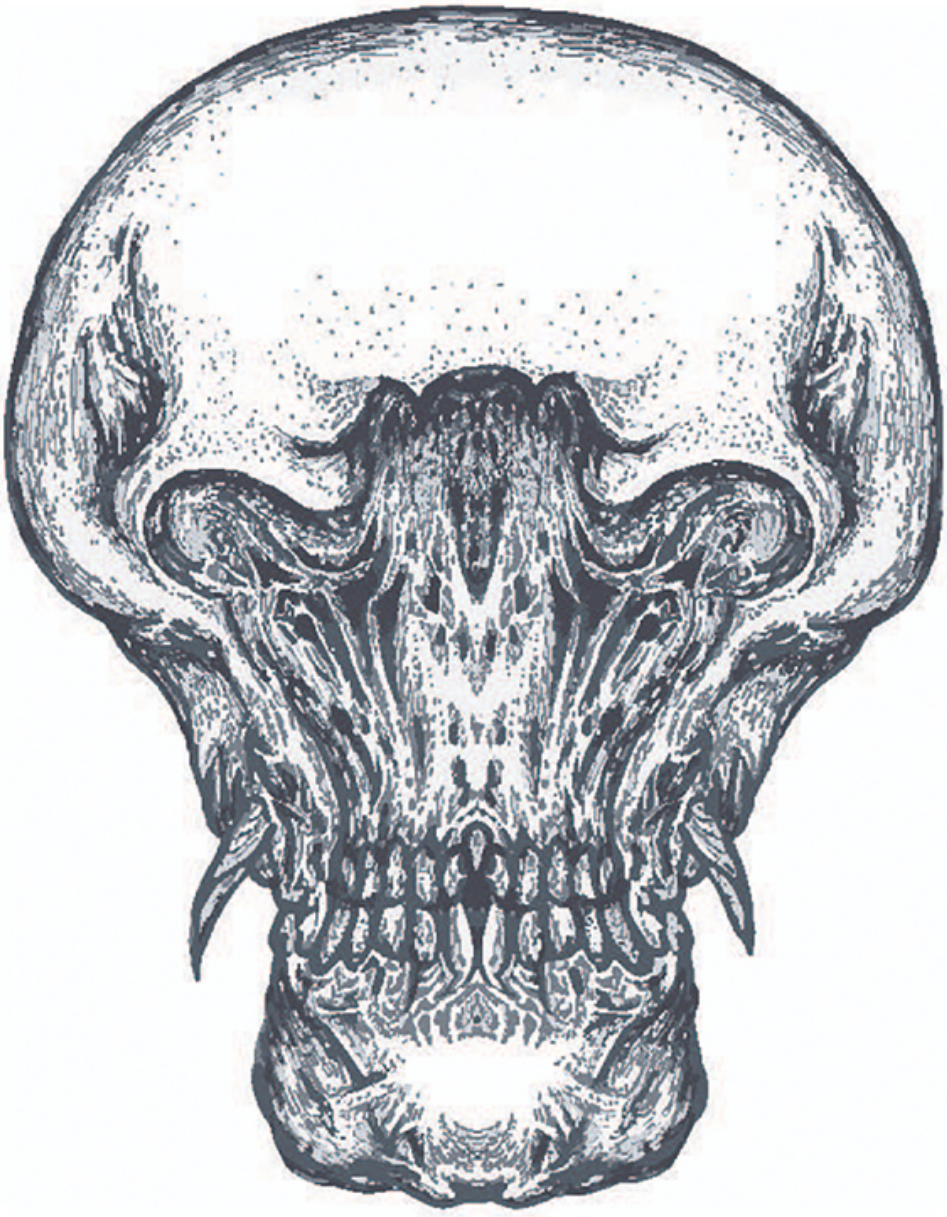
Ese era el documento que leí. Lo he guardado en la caja de lata con el bajorrelieve de arcilla y los papeles del catedrático Angell. Incluiré este relato, esta prueba de mi propia cordura donde se ha unido a lo que espero que nunca vuelva a unirse. He visto todo lo que puede haber de horroroso

en el universo, y hasta los cielos primaverales y las flores estivales me parecerán a partir de ahora ponzoñosos. Pero dudo que viva mucho. Desapareceré como desaparecieron mi tío y el pobre Johansen. Sé demasiado y el culto todavía existe.

Supongo que Cthulhu también existe en ese refugio de piedra que le sirve de abrigo desde que el sol era joven. Su ciudad maldita se ha hundido de nuevo, pues el *Vigilant* navegó por aquel lugar tras la tormenta de abril. Sin embargo, sus oficiantes en la Tierra aún bailan, cantan y matan en lugares aislados, en torno a monolitos de piedra coronados de imágenes. Cthulhu tuvo que ser atrapado por los abismos submarinos o el mundo ahora gritaría de horror. ¿Quién conoce el fin? Lo que ha surgido ahora puede hundirse y lo que se ha hundido puede resurgir. La abominación espera y sueña en el fondo marino, y la destrucción flota sobre las vacilantes ciudades de los hombres. Llegará el día… pero ¡no debo ni puedo pensarlo! Si no sobrevivo a este manuscrito, ruego a mis albaceas que cuiden de que la prudencia sea mayor que la audacia e impidan que llegue a otros ojos.

***OceanofPDF.com***

# EL COLOR SURGIDO DEL ESPACIO



*OceanofPDF.com*

# EL COLOR SURGIDO DEL ESPACIO

Al oeste de Arkham, las colinas empinadas y selváticas encierran unos valles con bosques tupidos cuyos árboles jamás han sido talados por un hacha. En medio de los barrancos, sombríos y encajonados, los troncos se recortan fantásticamente por encima de los pequeños arroyos que corren por los breñales y cuyo cristal nunca fue herido por los rayos del sol. Sobre las pendientes más dulces se levantan granjas, antiguas y tambaleantes, con sus casitas cubiertas de musgo rumiando eternamente los viejos secretos de Nueva Inglaterra al abrigo de sus grandes aleros. Pero todas las casitas están ahora desiertas y las anchas chimeneas se desmoronan mientras los maderos de los muros se alabean peligrosamente debajo de los tejados de copete.

Los antiguos moradores desaparecieron y a los forasteros no les gusta vivir por estos andurriales. Lo intentaron los canadienses franceses. También probaron los italianos. Luego vinieron los polacos, pero todos volvieron a marcharse. Y no fue porque pudiera verse, oírse o tocarse alguna cosa, sino porque había algo que se imaginaba. Es un hecho que el lugar no es bueno para la imaginación y que no ayuda a dormir tranquilamente por las noches. Es probable que eso fuera lo que alejaba a los forasteros, ya que el anciano Ammi Pierce nunca dijo ni una sola palabra acerca de sus recuerdos de aquellos días tan extraños. Ammi, cuya cabeza estaba un tanto trastornada por los años, era el único que aún recordaba las cosas o podía contar aquellos raros acontecimientos; y se atrevía a hacerlo porque su casa está muy cerca del campo y de los caminos que circundan Arkham.

Antaño existía un camino que, a través de las colinas y de los valles, llevaba directamente al lugar en que ahora se encuentra la landa maldita, pero la gente dejó de utilizarlo y se trazó un nuevo camino que describe una gran curva lejana hacia el sur. Las huellas de la antigua carretera pueden verse todavía entre las hierbas que han vuelto al estado silvestre; y es muy posible que ya no quede ningún rastro cuando la hondonada se vea

sumergida por el nuevo pantano. Para entonces, los negros bosques estarán talados y «la landa maldita» quedará aletargada debajo de las aguas azules, cuyo cristal reflejará el cielo y relucirá bajo el sol. Y los secretos de los días extraños se convertirán en uno de los misterios más profundos, en una de las leyendas ocultas del viejo océano y de todo el misterio de la tierra primitiva.

Cuando llegué a las colinas y los valles para levantar los planos del nuevo pantano, me dijeron que aquel lugar era malo. Me lo dijeron en Arkham y, puesto que se trataba de una antigua ciudad llena de leyendas de brujas, pensé que el mal o el demonio debía tener mucho que ver con los cuentos que las abuelas les habían susurrado a los niños a través de los siglos. Pues el propio calificativo de «landa maldita» me parecía muy singular y pomposo, y no dejaba de asombrarme cómo había llegado a formar parte del folclore de una gente puritana. Luego tuve la oportunidad de visitar aquellas vertientes y barrancos y dejé de extrañarme ante lo que no fuesen sus propios y viejos misterios.

Fue una mañana cuando estuve en aquel lugar, pero las sombras aún seguían agazapadas por doquier. Los árboles crecían demasiado espesos y sus troncos eran demasiado recios en comparación con los de cualquier bosque sano de Nueva Inglaterra. Me pareció que había un silencio excesivo en las oscuras sendas abiertas por el bosque. Y el suelo también era demasiado blando debido al musgo y a la alfombra húmeda de años infinitos de descomposición vegetal.

En los espacios abiertos, sobre todo a lo largo del antiguo camino, existían algunas pequeñas granjas sobre las laderas de las colinas. A veces sobrevivían todas sus dependencias; a veces, solamente un par de ellas. Y otras veces solo quedaba una chimenea solitaria o un sótano derruido. Las hierbas y las zarzas reinaban por doquier y entre la maleza yacían unas cosas extrañas, medio escondidas. Y por encima de todo aquello se extendía un velo de inquietud y de opresión, un matiz irreal y grotesco, como si algún elemento vital de la perspectiva o del claroscuro estuviese falseado. No me asombró que los forasteros no quisieran permanecer en el lugar, pues no era una región para dormir tranquilamente en ella. Se parecía mucho a

un paisaje de Salvador Rosa; muy semejante a una de esas estampas siniestras de un cuento de terror.

Sin embargo, todo aquello no era tan malo como la famosa «landa maldita». La conocí cuando estuve en el fondo de un espacioso valle; ningún otro nombre podía sentar mejor a una cosa como aquella, ni ninguna otra cosa merecía ese nombre. Parecía como si el poeta hubiese creado la frase, tras haber contemplado esa zona singular. Podía ser, pensé cuando la vi, el efecto de un incendio. Pero ¿había algo nuevo, incluso en la aparición de esos cinco acres de desolación gris que se extendían bajo el cielo, como una enorme mancha roída por el ácido en el campo y en el bosque? Se extendía ampliamente al norte del antiguo camino, pero desbordando un poco sobre el otro lado.

Sentí una extraña repugnancia al acercarme al lugar, pero finalmente seguí avanzando porque mi trabajo me mandaba cruzar por allí. No había vegetación alguna sobre aquella vasta explanada cubierta únicamente por una capa de fino polvo gris o de ceniza, que ningún viento parecía haber dispersado nunca. Los árboles de los alrededores estaban enfermos y eran achaparrados. Muchos troncos muertos yacían por el suelo o seguían de pie, con la corteza pudriéndose. A medida que iba avanzando, apresurando el paso, pude divisar los ladrillos y las piedras derribados de una vieja chimenea y una bodega a mi derecha, así como la negra boca abierta de un pozo abandonado cuyos vapores estancados jugaban con extraños artificios bajo los rayos del sol. Contrastando con esa visión, el largo y sombrío bosque que se alzaba un poco más lejos, parecía acogedor.

Entonces dejé de maravillarme de los espantosos rumores de la gente de Arkham. Allí no había casas ni ruinas. Incluso en los antiguos tiempos aquel lugar debía haber sido solitario y remoto. Y con la llegada del crepúsculo, temeroso de pasar por el odioso lugar, di un rodeo por el nuevo camino del sur para volver a la ciudad. Anhelaba vagamente que el cielo se nublara un poco, ya que una extraña aprensión me había embargado el alma con la bóveda azul del cielo.

Aquella noche pregunté a los viejos de Arkham acerca de la landa maldita, y la mayoría de ellos se refirieron evasivamente al lugar con una frase acerca de «los días extraños» que algún significado debía tener. Como

es natural, no conseguí ninguna respuesta clara, salvo que todo el misterio era mucho más reciente de lo que yo imaginaba. No se trataba, ni por asomo, de una antigua leyenda, sino de algo vivido por quienes se referían al caso.

Las cosas ocurrieron en la década de los 80. Una familia había desaparecido o la habían matado. Los que contaban los hechos no podían concretar; y puesto que todos ellos me aconsejaron no hacer caso a las locas historias del viejo Ammi Pierce, a la mañana siguiente me fui a verlo, ya que había oído que vivía solo en una antigua casita ruinosa, donde los árboles empezaron a volverse muy vigorosos.

Era un lugar viejo y espantoso, que comenzaba a rezumar el asqueroso hedor que se pega a las casas que tienen demasiados años. Solo después de llamar insistentemente a la puerta conseguí que el anciano se levantara y, cuando asomó tímidamente al umbral, entendí que no estaba muy satisfecho de verme. No era tan débil como lo imaginaba, pero sus ojos parpadeaban de manera extraña. Su vestimenta desaliñada y su barba blanca lo hacían parecer muy cansado y muy triste.

No sabiendo cómo me las apañaría mejor para sonsacarle sus historias, fingí haberlo visitado con motivo de mi trabajo. Le hablé de mi tarea y le pregunté algunas cosas vagas con respecto al distrito. El anciano era mucho más inteligente y educado de lo que yo pensaba y de lo que me habían dicho. Antes de darme cuenta, ya había comprendido mucho más del asunto que cualquiera de los hombres con quienes había conversado en Arkham. No se parecía a los demás campesinos que había conocido en los lugares en que debía hacer el levantamiento del pantano.

Por su parte, no hubo protestas sobre los kilómetros de viejos bosques y de campos llamados a desaparecer, aunque quizá fuese posible que su propia casa no quedase fuera de los límites del futuro lago. Solamente mostró alivio por la condena de los antiguos valles tenebrosos en los que había pasado toda su vida. Era preferible que todo desapareciera bajo las aguas; era mucho mejor que las aguas se tragaran el campo desde aquellos días extraños… Y al pronunciar esas palabras su voz cascada enronqueció mientras su cuerpo se inclinaba y su índice derecho empezó a señalar hacia el campo, tembloroso e impresionante.

Fue entonces cuando oí la historia. Mientras la cascada voz del anciano rechinaba y jadeaba en un susurro, sentí escalofríos una y otra vez pese al ambiente veraniego. Muchas veces tuve que llamar al orden a mi interlocutor, que se iba por las ramas, para completar los puntos científicos que el anciano solamente conocía con su memoria de gorrión, a través de lo que habían dicho unos profesores; o colmar una laguna cuando su sentido de la lógica y la continuidad se escapaba. No me extrañó, desde luego, que escamoteara un poco las cosas o que el anciano no quisiera extenderse demasiado sobre la landa maldita.

Antes de la puesta del sol me apresuré a volver a mi hotel, pues prefería no encontrarme en medio del campo en noche cerrada. Al día siguiente volví a Boston para entregar mi informe. No quería volver por aquel caos tenebroso de viejos bosques y colinas y encontrarme nuevamente con esa maldita landa gris, donde el negro pozo abría su boca profunda detrás de las piedras y los ladrillos derribados. El pantano se construiría y pronto todos aquellos antiguos secretos desaparecerían para siempre bajo muchas brazas de agua. Sin embargo, a pesar de eso, creo que no me gustaría visitar esa tierra por la noche, al menos cuando las siniestras estrellas han salido. Y nada en el mundo me haría beber el agua de la nueva presa de Arkham.

Todo empezó —según me contó el viejo Ammi— con el meteorito. Antes de su caída, por aquellos andurriales no existían más leyendas siniestras que los cuentos de brujas. En aquellos tiempos, incluso los bosques salvajes no se temían ni la mitad que los de la pequeña isla de Miskatonic, donde el demonio celebra sus saturnales, junto a un curioso altar de piedra más antiguo que los indios.

Por entonces, esos bosques no estaban encantados y sus fantásticas tinieblas nunca habían sido temibles hasta aquellas extrañas jornadas. Luego aparecieron, en pleno día, unas nubes blancas. Una serie de explosiones en el aire y una columna de humo ascendió del valle, a lo lejos, en el bosque. Y por la noche todo Arkham pudo oír la gran roca que cayó del cielo y se hundió en la tierra, cerca del pozo de la finca de Nahum Gardner. Pues esa era la casa que había existido en el mismo lugar que habría de convertirse más tarde en la landa maldita; la coqueta casa blanca

de Nahum Gardner, que se levantaba en medio de una huerta y un vergel ubérrimos.

Nahum se fue a la ciudad para contar a la gente lo de la piedra caída del cielo y, de camino, entró en casa de Ammi Pierce. Por entonces, Ammi tenía cuarenta años de edad y todas aquellas cosas tan extrañas quedaron fuertemente grabadas en su memoria. Ammi y su mujer estuvieron con los tres profesores de la Universidad de Miskatonic, que a la mañana siguiente se precipitaron para contemplar al visitante sobrenatural, llegado de los misteriosos espacios siderales, y se asombraron al encontrar lo que Nahum había manifestado ser tan enorme el día anterior.

—Se ha contraído, explicó Nahum al señalar el gran montículo parduzco que había encima de la tierra desgarrada y de la hierba chamuscada, cerca del antiguo pozo y delante de la casa; pero los sabios profesores contestaron que las piedras no se contraen. El caso es que aquello seguía despidiendo un calor persistente y, según Nahum, durante la noche se había relucido débilmente. Los profesores probaron la piedra con un martillo de geólogo y encontraron que era extrañamente blanda. Verdaderamente, era tan blanda como si fuese plástico. Enseguida sacaron una muestra con un escoplo para llevársela al laboratorio y analizarla. Metieron aquella muestra en un viejo cubo que Nahum tenía en su cocina. Pero ni ese pequeño trozo de piedra llegó a enfriarse.

Al regresar a la ciudad, los profesores descansaron un rato en casa de Ammi y se mostraron claramente perplejos cuando la señora Pierce observó que la muestra estaba volviéndose cada vez más pequeña y quemaba el fondo del cubo. En realidad, la muestra no era muy grande y es posible que creyesen haberse llevado menos de lo que pensaban.

Al día siguiente —todo esto ocurrió en junio de 1882— los profesores volvieron al lugar con gran excitación. Al pasar por casa de Ammi le dijeron las cosas extrañas que habían observado con la muestra del meteorito y cómo había acabado por desaparecer completamente cuando la metieron en un frasco de cristal. El frasco también se había esfumado y los sabios profesores hablaron de la extraña afinidad de la piedra en cuestión con el silicio. La muestra se había comportado de un modo totalmente inaudito en el laboratorio. Al ser calentada con carbón vegetal, no se había

movido ni mostrado encerrar gases en su interior. Su contacto con los granos de bórax había resultado totalmente negativo y muy pronto demostró su absoluta falta de volatilidad bajo cualquier grado de temperatura, incluida la del soplete oxhídrico. Colocada sobre el yunque, pareció ser muy maleable y resultó bastante luminosa en la oscuridad.

Comoquiera que ese espécimen se negaba tenazmente a enfriarse, muy pronto los profesores fueron presa de una gran excitación. Cuando al ser calentado bajo el espectroscopio fue despidiendo unas franjas luminosas, que en nada se parecían a los conocidos colores del espectro normal, tuvo lugar una acalorada discusión sobre los nuevos elementos, las extrañas propiedades ópticas y toda una serie de factores que confundían a los hombres de ciencia, como ocurre siempre que se enfrentan con lo desconocido.

Caliente como estaba, analizaron la muestra en un crisol, con todos los reactivos conocidos. El agua no hizo ningún efecto; el ácido clorhídrico, tampoco; el ácido nítrico y hasta el agua regia no hicieron más que silbar y chisporrotear al contacto de su tórrida invulnerabilidad.

Ammi tuvo dificultades para recordar todas aquellas cosas, pero reconoció, sin embargo, algunos disolventes cuando yo mismo se los fui enumerando, según el orden corriente de utilización. Se trataba del amoniaco, de la sosa cáustica, del alcohol y el éter, del nauseabundo sulfuro de carbono y de muchos otros reactivos. Sin embargo, aunque el peso de aquel elemento iba disminuyendo constantemente a medida que el tiempo transcurría y parecía enfriarse levemente, no se produjo en los disolventes ningún cambio que manifestara el más pequeño ataque a aquella sustancia. Sin lugar a dudas se trataba de todos modos de un metal. Por una parte, era magnético y, tras su inmersión en los ácidos disolventes, pareció dejar unos leves residuos o huellas como las que Widmänstätten creyó encontrar en el hierro meteórico o sideralito. Cuando la muestra se hubo enfriado considerablemente, la metieron en un frasco y allí dejaron todos los fragmentos que de la misma se habían sacado durante la labor analítica. A la mañana siguiente tanto los fragmentos del meteorito como el frasco habían desaparecido sin dejar rastro y solamente quedaba un círculo carbonizado en el estante de madera donde lo habían colocado.

Todo eso se lo contaron los profesores a Ammi cuando pasaron ante su puerta y descansaron un rato. Y una vez más los acompañó para contemplar el rocoso mensajero llegado del cielo, aunque esta vez su mujer no fue con él. Nuevamente, el meteorito se había contraído y los propios profesores no pudieron dudar por más tiempo de lo que estaban viendo. Alrededor del montón parduzco y cada vez más pequeño cerca del pozo había un espacio libre salvo donde el suelo se había hundido; pero mientras el día anterior dicho espacio medía unos siete pies de anchura, ahora apenas si medía cinco. El meteorito seguía estando caliente y los sabios estudiaron con gran curiosidad su superficie al tiempo que arrancaban con el escoplo y el martillo una nueva muestra más grande que la anterior. Esta vez llegaron más hondo y cuando arrancaron la pequeña masa se dieron cuenta de que el núcleo del meteorito no era totalmente homogéneo.

Acababan de descubrir lo que semejaba ser la superficie de un gran glóbulo coloreado empotrado en aquella sustancia. El color, que se parecía a algunas de las franjas del espectro de un extraño meteoro, era casi imposible de describir, y solamente por analogía podía afirmarse que se trataba realmente de un color. Su textura era brillante y al golpear aquel glóbulo se puso de manifiesto su doble carácter de fragilidad y de vacuidad. Uno de los profesores le asestó un fuerte golpe con el martillo y aquello pegó un salto con un pequeño estallido nervioso. No emitió nada y todas las huellas se desvanecieron al reventar; solo dejó un hueco de forma esférica de unas tres pulgadas de diámetro y todos pensaron que los fragmentos de la sustancia esparcida se descubrirían por los alrededores.

Pero todas las conjeturas resultaron vanas; tras una serie de inútiles tentativas para hallar los glóbulos suplementarios en el suelo y de cavar por todas partes, los investigadores volvieron a marcharse con su nueva muestra, la cual, como era de esperar, resultó tan desconcertante en el laboratorio como la primera. Además de ser casi plástica, despedir calor, magnetismo y una ligera luminosidad, de enfriarse levemente dentro de los ácidos fuertes, poseer un espectro desconocido, consumirse en el aire y atacar a los compuestos silíceos con la mutua destrucción como resultado, dicho elemento no presentaba ningún rasgo que lo identificara y, al final de los análisis, el grupo de científicos no tuvo más remedio que reconocer que

era imposible asignarle una definición cualquiera. Se trataba de un cuerpo extraño a la Tierra, algo perteneciente al espacio sideral, y por ello dotado de unas propiedades cósmicas y supeditado a las leyes del cosmos. Aquella misma noche se desencadenó una tormenta, y cuando al día siguiente los profesores llegaron a casa de Nahum, se encontraron con una amarga desilusión: la piedra, magnética como era, debía tener alguna propiedad eléctrica peculiar, pues había «atraído los rayos» —como dijo Nahum— con singular persistencia. Seis veces en una hora, el granjero había visto los rayos caer delante de su casa, y cuando la tormenta pasó, solo quedaba un agujero despedazado cerca del pozo medio obstruido y hundido en la tierra. Las excavaciones no dieron fruto y los científicos comprobaron el hecho de la total desaparición del meteorito. El fracaso era estrepitoso; no quedaba otra cosa que hacer que volverse al laboratorio y seguir analizando el fragmento huidizo que se guardaba cuidadosamente en una caja de plomo. Este fragmento duró una semana, al cabo de la cual nada pudo sacarse de él que valiera la pena. Cuando por fin desapareció, no dejó ningún residuo y a veces los profesores llegaban a dudar incluso de que realmente hubieran tenido bajo sus ojos bien abiertos aquel enigmático vestigio de los insondables abismos siderales, el solitario y misterioso mensaje de otros universos y otros reinos de la materia, su fuerza y su entidad.

Como es lógico, los diarios de Arkham armaron mucho ruido en torno al extraño acontecimiento y sus implicaciones científicas, y mandaron a sus reporteros a entrevistar a Nahum Gardner y su familia. Finalmente, un rotativo de Boston envió también a su mejor articulista y Nahum se convirtió rápidamente en una especie de celebridad local. Era un hombre delgado y simpático de una cincuentena de años, que vivía con su esposa y sus tres hijos en una granja muy agradable del valle. Ammi y él solían visitarse a menudo, al igual que sus respectivas mujeres, y al cabo de todos esos años de conocerse, Ammi solo tenía elogios para su amigo Nahum. Este se sentía bastante orgulloso de la atención despertada por su finca y durante las semanas siguientes habló a menudo del meteorito.

Ese año, hizo mucho calor en julio y agosto; Nahum se afanaba trabajando duramente en su finca para recoger el heno de la pradera de diez acres que tenía en Chapman’s Brook, y su ruidosa carreta iba trazando

hondos surcos por los caminos sombreados. La labranza lo cansó más que las temporadas anteriores y sentía que los años comenzaban a pesarle.

Y llegó el tiempo de las cosechas y de las frutas. Las peras y las manzanas maduraban lentamente y Nahum afirmaba que su huerta era más próspera de lo que nunca lo fuera. La fruta era de una talla fenomenal, de una hermosura inhabitual y ante tal abundancia encargó unos barriles complementarios para almacenar la futura cosecha. Pero con la maduración, llegó una amarga desilusión: toda esa espléndida cosecha de frutas no valía un comino para comer. Dentro del fino aroma de las peras y las manzanas se había deslizado una amargura y una insulsez tal que hasta los más pequeños mordiscos resultaban asquerosos. Y lo mismo ocurría con los melones y los tomates; Nahum vio con suma tristeza cómo toda su cosecha se había echado a perder. Sin pararse a pensarlo dijo que el meteorito había envenenado la tierra y dio gracias al Cielo de que la mayor parte de sus cosechas se encontraban en los campos que se extendían en la parte alta, a lo largo de la carretera.

El invierno llegó pronto y fue muy frío. Ammi no veía a Nahum tan a menudo como antes y se dio cuenta de que empezaba a mostrarse preocupado; los demás familiares suyos también parecían volverse taciturnos y habían dejado de asistir asiduamente a los servicios religiosos y se les veía poco en las diversas manifestaciones sociales del distrito. No se conocían los motivos de aquella reserva o tristeza, aunque todos los miembros de la familia Gardner confesaban de vez en cuando que no andaban muy bien de salud y que sentían una vaga ansiedad. El propio Nahum fue quien facilitó la razón más concreta al afirmar que se había sentido turbado por ciertas huellas que había visto sobre la nieve. Se trataba de las acostumbradas pisadas dejadas en invierno por las ardillas rojas, los conejos y las raposas, pero el inquieto granjero sostenía que en ellas había visto algo que se salía de su verdadera naturaleza y disposición. No se mostraba nunca muy afirmativo, pero parecía dar a entender que aquellas huellas no eran tan características de la anatomía y los hábitos de los conejos, las ardillas y las raposas como hubieran debido ser.

Ammi estuvo escuchando sin el menor interés esas cosas hasta cierta noche en que pasaba ante la casa de Nahum en su trineo de regreso de

Clark’s Corner. La luna relucía en el cielo y un conejo atravesó el camino; pero los saltos de aquel conejo eran mucho más largos de lo que Ammi o su caballo pudieran esperar; este último casi se desbocó si su amo no hubiese sujetado firmemente las riendas. Después de este encuentro, Ammi escuchaba con más respeto cuanto Nahum le contaba y no dejó de extrañarse al ver que los perros de Gardner parecían estar acobardados y temblorosos cada mañana; y según Ammi casi habían perdido la costumbre de ladrar.

En febrero, los hijos de McGregor, de Meadow Hill, habían salido a cazar marmotas y no lejos de la finca de Gardner mataron a un animal muy singular. Las proporciones de su cuerpo parecían estar alteradas de un modo tan extraño que resultaba imposible describirlo, mientras que en su cara tenía una expresión como jamás se había observado en una marmota. Los jóvenes se espantaron realmente y tiraron inmediatamente el animal, de manera que solamente su ridícula historia llegó al conocimiento de los lugareños. Sin embargo, los tropezones de los caballos cerca de la casa de Nahum se habían vuelto cosa corriente y reconocida, lo cual dio lugar al nacimiento de los elementos básicos de una leyenda que rápidamente fue cobrando forma de boca en boca.

La gente afirmaba que la nieve se derretía mucho más pronto alrededor de la casa de Nahum que en cualquier otro lugar y, a comienzos de marzo, hubo una temerosa discusión en el almacén general de Potter, en Clark’s Corner. Stephen Rice había pasado delante de la casa de los Gardner por la mañana y se había dado cuenta de que las coles que despuntaban del barro cerca del bosque más allá del camino, eran una cosa asombrosa. Nunca se habían visto unas coles tan enormes como aquellas, y tenían unos colores tan extraños que no había palabras para definirlos. Tenían unas formas monstruosas y el caballo había resoplado ante el olor que despedían, que Stephen aseguraba ser totalmente desconocido.

Aquella misma tarde varias personas fueron a ver la extraordinaria plantación y todas estuvieron de acuerdo en afirmar que unas coles de ese tipo nunca podían crecer en un mundo sano. Se comentó asimismo lo que había sucedido con las frutas en el otoño anterior y no tardó en correr de boca en boca que la tierra de Nahum estaba envenenada. Evidentemente

toda la culpa la tenía el meteorito, así que al recordar cuán extraña y singular les había parecido aquella piedra a los sabios de la Universidad, algunos granjeros fueron a hablarles de los nuevos sucesos.

Un día volvieron a visitar la finca de Nahum, pero como no les gustaban las historias misteriosas ni el folclore, se mostraron muy cautelosos en sus deducciones. Aquellas plantas eran ciertamente extrañas, pero es un hecho que las coles siempre suelen ser más o menos extrañas en la forma y el color. A lo mejor algún elemento mineral del meteorito había penetrado en el suelo, pero muy pronto tendría que desaparecer. En cuanto a las huellas de los animales silvestres y al espanto de los caballos, estaba claro que se trataba de puras historias campesinas originadas por un fenómeno ya de por sí tan extraordinario como la caída del aerolito. Unos hombres tan serios no tenían verdaderamente nada que ver con aquellos chismorreos, ya que los campesinos supersticiosos son capaces de decir y creerse cualquier cosa. Y así, durante aquellos días tan extraños, los profesores se apartaron del lugar con desprecio.

Solo uno de ellos, cuando al cabo de dieciocho meses le trajeron dos frascos de polvo para analizarlo en relación con una investigación policíaca, recordó que el singular color de aquellas coles era muy parecido a las anómalas franjas de luz de los fragmentos del meteorito bajo el espectroscopio de la universidad y similar al del quebradizo glóbulo empotrado en la piedra llegada del abismo sideral. En este caso, las muestras analizadas tenían esas mismas franjas espectrales, aunque luego perdieran esa característica.

Los árboles comenzaron a brotar prematuramente alrededor de la casa de Nahum, y por la noche se balanceaban siniestramente con el viento. El segundo hijo de Nahum, Thaddeus, un muchacho de quince años, juraba que los árboles se balanceaban aun cuando no soplaba aire, pero nadie dio crédito a sus palabras, ni siquiera los más chismosos. Sin embargo, era evidente que todos estaban preocupados. La familia Gardner fue adquiriendo la costumbre de escuchar furtivamente, aunque no se trataba de ningún ruido que fueran capaces de identificar a conciencia. La escucha era más bien el producto de los momentos en que el espíritu parecía haber huido a medias. Desgraciadamente, esos momentos iban multiplicándose

semana tras semana, hasta que la gente empezó a decir que «algo malo les estaba pasando a los Nahum».

Cuando nacieron las primeras saxífragas también tenían un color muy extraño; no se parecía del todo al de las coles, pero era asimismo un color totalmente desconocido y que nadie había visto jamás en esa clase de plantas. Nahum cogió algunos tallos y se fue a Arkham para mostrárselos al director de la *Gaceta*, pero este dignatario se limitó a escribir un artículo humorístico acerca del asunto, en el que los tenebrosos temores de los rústicos se ridiculizaban, aunque cortésmente. Nahum cometió un error al contarle al flemático director el comportamiento de las mariposas —las llamas «vestidas de luto»— en relación con las saxífragas.

Llegó el mes de abril y con él trajo una especie de locura entre los campesinos y la gente del lugar; todos empezaron a evitar de tal manera el paso por delante de la casa de Nahum que muy pronto el camino quedó totalmente abandonado y con él la familia entera. Era la época en que todo florece. Los árboles frutales estaban cubiertos de unas flores con unos colores muy singulares y entre las piedras del corralón de la casa y en el prado contiguo crecían unas plantas extrañas, tales que solamente un botánico era capaz de decir si tenían algo que ver con la flora del lugar. No se veía ningún color realmente sano en ningún sitio, salvo en la hierba y el follaje; sin embargo, aparecían por todas partes los matices febriles de una especie de enfermedad que realzaba unos tintes primarios totalmente ajenos a los colores conocidos de la Tierra. Los así llamados «calzones de holandés» se habían convertido en una siniestra amenaza y las sanguinarias crecían insolentemente con toda su perversión cromática. Ammi y los Gardner observaron que, en su gran mayoría, todos aquellos colores tenían una especie de obsesiva semejanza y recordaban el glóbulo quebradizo encontrado en el interior del meteorito.

Nahum labró y sembró el campo de diez acres y la tierra alta, pero no se molestó en trabajar las parcelas que rodeaban la casa. Sabía que de nada le serviría hacerlo, y confiaba en que en el verano las misteriosas plantas le arrancarían todo el veneno a la tierra. Estaba preparado para lo que viniera y nada le podía extrañar ya de lo que pudiera esperarle. Evidentemente, el hecho de que los vecinos evitaran su casa le afectaba personalmente, pero

su mujer sufría más aún. Los hijos estaban mucho mejor fuera, en la escuela, pero no dejaban de estar asustados por los comadreos, sobre todo Thaddeus, que era un muchacho muy sensible.

En el mes de mayo llegaron los insectos y la finca de Nahum se convirtió en una verdadera pesadilla de zumbidos y hormigueos. La mayoría de esas criaturas no parecían ser muy corrientes en su aspecto, y sus movimientos y sus hábitos nocturnos contradecían todas las experiencias anteriores. Los Gardner se pusieron a vigilar por las noches, mirando en todas las direcciones y al azar, sin saber qué. Fue entonces cuando todos ellos se percataron de que Thaddeus no había exagerado lo más mínimo en relación con los árboles. La señora Gardner fue la segunda en divisar por la ventana que las hinchadas ramas de un arce se movían bajo la luz de la luna; sin embargo, no había ni un soplo de aire. Pensó que debía ser la acción de la savia. Ahora la rareza estaba en todo lo que crecía. Sin embargo, el siguiente descubrimiento no le tocó realizarlo a ningún miembro de la familia de Nahum; la fuerza de la costumbre ya los había embotado y lo que ellos no pudieron ver, lo percibió cierto corredor de molinos de viento de Bolton que una noche iba por aquel camino y no estaba enterado de las leyendas que corrían por el lugar. Lo que el corredor contó en Arkham fue objeto de un breve suelto en la *Gaceta* local, y así fue como todos los granjeros, incluido Nahum, se enteraron del caso.

La noche era oscura y la linterna del charabán que el citado corredor conducía tenía poca luz; pero alrededor de una granja, que todos dijeron ser la de Nahum cuando el corredor contó el hecho, la oscuridad era menos cerrada. Una pálida, aunque distinta claridad, parecía brotar de toda la vegetación, de la hierba, las hojas y hasta las flores, mientras que en un cierto momento una especie de fosforescencia empezó a arder furtivamente en el corralón cerca de la cuadra.

La hierba, sin embargo, parecía no haber sido afectada y las vacas pacían libremente en la parcela que se extendía cerca de la casa, pero a finales de mayo la leche empezó a ser mala. Entonces, Nahum se llevó sus vacas hacia las tierras altas, y la cosa cesó. Al poco tiempo, las mutaciones en la hierba y en las hojas comenzaron a aparecer a la vista. Toda la verdura se volvía gris y al mismo tiempo se advertía claramente una singular

cualidad de fragilidad en ella. Ahora Ammi era el único vecino que visitaba la granja de Nahum, pero sus visitas también fueron espaciándose cada vez más. Cuando el colegio cerró, los Gardner se hallaron prácticamente cortados del resto del mundo y, de vez en cuando, Ammi les hacía recados en la ciudad. Toda la familia, asombrosamente, iba decayendo física y mentalmente y nadie se sorprendió cuando corrió la noticia de la locura de la señora Gardner.

Esto sucedió en junio, al año más o menos de la caída del meteorito; la pobre mujer andaba gritando tras unas cosas que veía por el aire y no podía describir. En su desvarío, no mentaba un solo sustantivo, sino verbos y pronombres: las cosas que se movían y cambiaban, revoloteaban por doquier, y sus oídos le zumbaban de impulsos que nada tenían que ver con los sonidos corrientes; algo se alejaba, algo la arrastraba, había algo que se pegaba a ella que no debía ser, y nadie podía evitarlo; las paredes y las ventanas bailaban; sin embargo, nada se veía, incluso de noche. Nahum no llevó a su mujer al manicomio del condado, sino que la guardó en casa mientras se mostró inofensiva para ella misma y para los que la rodeaban. Tampoco se decidió cuando su expresión cambió, pero tan pronto como los hijos empezaron a temerla, cuando Thaddeus casi se desmayó al ver como su madre lo miraba, el padre resolvió encerrarla en la buhardilla.

En el mes de julio, la pobre mujer dejó de gritar y de implorar a los suyos, y antes de que finalizara el mes, Nahum se dio cuenta con espanto de que su mujer se había vuelto extrañamente luminosa en la oscuridad, al igual que ocurría con la vegetación circundante.

Fue un poco antes de eso cuando los caballos se escaparon. Algo los había despertado en medio de la noche y sus relinchos y sus pataleos se volvieron terribles; algo debía suceder en la cuadra, y cuando Nahum abrió la puerta, los animales salieron disparados como corzos asustados en el bosque. Tardó toda una semana en dar con sus cuatro caballos, y cuando por fin los encontró, se dio cuenta de que ya eran inservibles e indomeñables; algo les había trastornado la cabeza y no hubo más remedio que matarlos por su propio bien. Nahum pidió prestado uno de los caballos de Ammi para la siega del heno, pero pronto se percató de que el animal no quería acercase a la cuadra; resoplaba, hacía movimientos extraños y relinchaba,

hasta que por fin hubo que desengancharlo delante de la casa, mientras los hombres se valían de sus propias fuerzas para llevar el carro cargado de heno hasta el henil. Entretanto, toda la vegetación se fue volviendo grisácea y quebradiza. Hasta las flores, cuyos colores habían sido tan raros, ahora se volvían grises y la fruta seguía el mismo camino, achaparrándose y perdiendo todo su sabor. Las varas de oro y las margaritas dobles tomaban un tinte ceniciento y se retorcían, y las rosas, los rascamoños y las alteas del corralón de delante de la casa semejaban unas cosas tan monstruosas que el mayor de los hijos, Zenas, optó por cortarlas. Por entonces, los singulares insectos, enormes e hinchados, se murieron y las propias abejas abandonaron las colmenas y escaparon a los bosques.

En septiembre toda la vegetación se redujo a un polvo grisáceo; Nahum temía que los árboles se muriesen antes de que el veneno hubiera desaparecido del suelo. Su mujer gritaba ahora de un modo tremendo, y su marido y sus hijos eran presa de una constante tensión nerviosa. Ahora ellos mismos evitaban a la gente y, cuando el colegio volvió a abrir sus puertas, los chicos se quedaron en casa.

Pero le tocó a Ammi, en una de sus raras visitas, darse cuenta de que el agua del pozo no era buena. Tenía un sabor malo que no era exactamente fétido ni salino, y Ammi aconsejó a su amigo que cavara un nuevo pozo en un lugar más alto donde el suelo aún debía ser bueno. Sin embargo, Nahum no hizo caso del consejo, pues para entonces ya se había vuelto insensible a los hechos extraños y tremendos que sucedían en su finca. Él y sus hijos siguieron utilizando el pozo corrompido, bebiendo su agua con la misma apatía y tan maquinalmente como se comían su magro y mal cocido yantar, y realizando sus ingratas y monótonas tareas en sus jornadas carentes de objetivo. En todos ellos se percibía una especie de aburrida resignación, como si caminaran a medias en otro mundo entre las filas de unos guardias desconocidos hacia un destino seguro y familiar.

Thaddeus enloqueció en septiembre después de haber visitado el pozo. Había salido con el cubo y regresó con él a medio llenar, dando voces y moviendo los brazos, dejando escapar de vez en cuando una risa ahogada y necia o murmurando algo sobre «los colores que se movían allí abajo».

Dos miembros de la familia ya estaban locos de remate, pero Nahum soportó el nuevo golpe con coraje. Dejó al muchacho que anduviera por la finca durante una semana hasta que empezó a tropezar y lastimarse él mismo y entonces lo encerró en una habitación de la buhardilla, junto a la de su madre. Los gritos que se daban uno a otro desde sus respectivas habitaciones cerradas eran verdaderamente espantosos, especialmente para el pequeño Merwin que se imaginaba que su madre y su hermano hablaban en un lenguaje terrible que no era de nuestro mundo. El niño se estaba volviendo tremendamente imaginativo y su inquietud aumentó al encerrar al hermano que había sido su gran compañero de juegos.

Casi por ese mismo tiempo, comenzó a morirse el ganado. Las aves de corral se tornaban grisáceas y morían rápidamente; su carne era dura e infecta al cortarla. Los cerdos engordaban de un modo descomunal, pero de repente se produjeron en ellos unas mutaciones tan repugnantes como inexplicables; naturalmente, su carne no valía nada, y Nahum ya no sabía qué hacer. Ningún veterinario rural quería acercarse a la granja y el de la ciudad de Arkham se mostró totalmente desconcertado. Aquellos cerdos también empezaron a cobrar un color gris, su cuerpo quebradizo se iba cayendo a pedazos antes de morir, y sus ojos y sus hocicos presentaban unas extrañas alteraciones. Todo eso era puramente inexplicable porque los animales nunca habían comido ninguna verdura corrompida. Luego, algo ocurrió con las vacas. Algunas partes del cuerpo y a veces todo él parecían arrugarse o comprimirse misteriosamente y era común que los animales sufrieran colapsos o desintegraciones horribles. En las últimas fases —que siempre terminaban con la muerte— se producían los mismos fenómenos que con los cerdos. Ya no podía tratarse de ningún veneno, puesto que todos los casos ocurrieron en un establo bien cerrado y tranquilo. No podía tratarse de que una bestia extraña hubiera introducido algún virus nocivo, pues ¿cómo podía haber salvado unos obstáculos sólidos? Solamente podía tratarse de una enfermedad natural, pero nadie era capaz de decir cuál a la vista de unos resultados tan misteriosos. Para la época de la siega ya no quedaba ningún animal vivo en la finca, puesto que el ganado y las aves de corral habían muerto y los perros se habían escapado. Estos canes, tres en total, se marcharon una noche y nadie volvió a oír hablar de ellos. Los cinco

gatos habían desaparecido un poco antes, pero nadie se había preocupado de ellos porque ya no parecía existir ningún ratón en la casa y, además, la única que mimaba a los graciosos felinos era la señora Gardner.

El diecinueve de octubre, Nahum llegó a casa de Ammi con una noticia espantosa. El pobre Thaddeus había muerto en su habitación, y de un modo imposible de explicar. Nahum había cavado una sepultura en un rodal cercado detrás de la granja y allí había enterrado cuanto de su hijo había quedado. Nada pudo haberse metido en la buhardilla, ya que la pequeña ventana de la habitación tenía una fuerte reja y la puerta estaba bien cerrada; sin embargo, las cosas que allí habían sucedido eran más tremendas aún que lo ocurrido en el establo.

Ammi y su mujer trataron de consolar al afligido Nahum como mejor pudieron, pero los dos estaban temblando de espanto al oír al pobre hombre. El terror más absoluto parecía rondar por la finca de los Gardner y cuanto tocaran, y la presencia de alguien en su casa era un gran alivio en medio de un infierno inaudito e inconfesable. Ammi acompañó a Nahum hasta su casa con la mayor repugnancia e hizo cuanto pudo para calmar el llanto histérico del pequeño Merwin. Zenas no necesitaba que lo calmaran. Últimamente había comenzado a no hacer otra cosa que mirar al espacio y cumplir con las órdenes de su padre; Ammi pensó que ese destino era para el chico el más afortunado. De vez en cuando, a los gritos de Merwin, una voz contestaba débilmente desde la buhardilla; en respuesta a la mirada inquisitiva de su amigo, Nahum manifestó que su mujer estaba debilitándose mucho. Cuando se acercaba la noche, Ammi se dispuso a marcharse, pues ningún sentimiento de amistad podía hacer que permaneciera en aquel lugar cuando la vegetación empezase a relucir y los árboles se movieran o no sin que el viento soplara. Para Ammi fue realmente una suerte no ser muy imaginativo; tal como estaban las cosas, y si en lugar de no fijarse mucho en ellas, hubiera sido capaz de relacionarlas y de reflexionar sobre todos aquellos presagios que le rodeaban, inevitablemente se habría vuelto loco. A la caída del crepúsculo, se marchó apresuradamente a su casa, con los gritos de la loca y del niño metidos horriblemente en los oídos.

Tres días más tarde, Nahum irrumpió en la cocina de su amigo Ammi por la mañana temprano; en ausencia del marido volvió a balbucearle a la señora Pierce una historia espantosa que la dejó temblando. Esta vez se trataba del pequeño Merwin. Había desaparecido. Ya entrada la noche, había salido a por agua con el cubo y la linterna, y no había vuelto más. El padre anduvo loco todos esos días y ya no sabía qué hacer. Dio gritos por todas partes, pero sin resultado. Después de la salida del niño, había oído un grito ahogado, pero antes de que el padre alcanzara la puerta, Merwin había desaparecido; no se veía la luz de la linterna que llevaba y tampoco había ningún rastro del pequeño. En ese momento, el padre pensó que el cubo y la linterna también habían desaparecido, pero al despuntar el alba, cuando Nahum, tras andar toda la noche buscando por los campos y los bosques, regresaba a casa, se topó cerca del pozo con unas cosas muy extrañas; allí había algo así como una masa de hierro retorcido y fundido que seguramente debía ser la linterna; también encontró en ese mismo lugar un asa y unos aros de hierro, todo ello retorcido y medio fundido que parecían recordar los restos del cubo. Eso era todo. Nahum era presa de sus imaginaciones, la señora Pierce estaba blanca y Ammi, al regresar a su casa y escuchar el relato, no supo qué pensar.

Merwin había desaparecido y de nada valdría avisar a los vecinos, que ahora evitaban a toda la familia Gardner como a la peste. De nada serviría tampoco avisar a la gente que vivía en Arkham, que de todo se mofaba. Thaddeus había muerto, y ahora Merwin había desaparecido. Algo venía arrastrándose y arrastrándose, algo se agazapaba antes de ser visto y oído. Nahum tenía prisa en regresar a su casa y le rogó a Ammi que lo acompañara para cuidar de su mujer y de Zenas si es que aún vivían. Todo aquello debía ser un castigo que les habían mandado, pero Nahum no podía imaginar por qué, puesto que siempre había seguido rectamente los mandamientos de Dios en la medida en que los conocía.

Durante otras dos semanas, Ammi no supo nada de Nahum, hasta que un día, preocupado por lo que hubiese podido suceder y haciendo de tripas corazón, fue a visitar la casa de los Gardner. No salía humo de la chimenea y, por un momento, Ammi se figuró lo peor. El aspecto de toda la granja era estremecedor: la hierba y las hojas marchitas y grisáceas yacían sobre la

tierra, la parra virgen caía hecha jirones de los viejos muros y tapiales, y los grandes árboles deshojados se proyectaban bajo el triste cielo de noviembre, con una estudiada malevolencia que Ammi no pudo más que sentir al apreciar cómo las ramas habían cambiado en su inclinación, que tenía algo de sutil. Pero, al fin y al cabo, Nahum estaba vivo; yacía muy debilitado en la cama que había en la cocina de techo bajo, pero perfectamente consciente y capaz de dar algunas órdenes sencillas a su hijo Zenas. Hacía un frío tremendo en la cocina, y al ver que su amigo estaba tiritando, Nahum ordenó hoscamente a Zenas que fuese a traer leña; desde luego, la lumbre era muy necesaria, pero el oscuro hogar de la chimenea estaba apagado y vacío, mientras una nube de hollín arrastrada por el viento salía de la boca del hogar. Inmediatamente después de haber mandado a su hijo a por la leña, Nahum preguntó a Ammi si ya había entrado en calor con la lumbre, y entonces el visitante se dio cuenta de lo que ocurría. La pila de leña ya se había gastado y el espíritu del desgraciado granjero era totalmente insensible a las nuevas penas y sufrimientos. Preguntándole con mucho tacto, Ammi no consiguió sacarle nada en claro acerca de la ausencia de Zenas.

—Vive en el pozo, Zenas vive en el pozo —eso fue todo cuanto el trastornado padre pudo decir.

Entonces, Ammi recordó bruscamente a la mujer loca y preguntó en el acto:

—¿Dónde está tu mujer?

—¿Nabby? ¡Dónde va a estar, aquí! —fue la respuesta del pobre Nahum.

Y Ammi se dio cuenta de que tendría que investigar las cosas por su cuenta. Dejando al inofensivo Nahum que siguiera desvariando en su cama, agarró las llaves que estaban colgadas detrás de la puerta y subió las chirriantes escaleras hacia la buhardilla. Arriba reinaba un olor fétido en medio de la oscuridad y no se oía ningún ruido. De las cuatro puertas que pudo divisar, solamente una estaba cerrada y trató de abrirla probando las llaves que traía. La tercera fue la buena y, tras varios tanteos, consiguió abrir la pequeña puerta pintada de blanco.

La habitación estaba totalmente oscura porque la ventana, además de pequeña, estaba casi tapada por unos tablones, y Ammi no pudo ver nada en absoluto por el suelo de madera. El mal olor seguía siendo intolerable y antes de seguir buscando, tuvo que retirarse un momento a otra habitación para volver con los pulmones llenos de aire respirable. Cuando penetró nuevamente en la buhardilla vio una cosa oscura en un rincón y al acercarse y verla más claramente dio un grito; mientras gritaba, le pareció que una nube cegaba momentáneamente la ventana, y al segundo sintió como si lo rozara una especie de corriente o un chorro de vapor hirviente. Unos colores extraños bailaron ante sus ojos y, de no ser por el horror que lo atenazaba, habría pensado en el glóbulo del meteoro que el martillo de geólogo había reventado y en la mórbida vegetación que había crecido en la primavera pasada. Fuera como fuese, solo pensó en la tremenda monstruosidad con la que se enfrentaba y que tan claramente había contribuido al abominable destino del joven Thaddeus y del ganado. Pero lo más terrible de aquella cosa horrorosa era que se movía lenta y perceptiblemente a medida que se iba disgregando.

Ammi no quiso darme más detalles acerca de aquella escena, pero la forma que había en el rincón no reapareció en su historia como un objeto movedizo. Hay cosas que no pueden decirse, y lo que se hace por humanidad a veces es castigado cruelmente por la Ley. Supe que una cosa inmóvil había quedado en la buhardilla y que dejar algo capaz de moverse en aquel lugar habría sido un acto tan monstruoso como para condenar a cualquier ser a un eterno tormento. Cualquier otra persona que no fuera un robusto y endurecido granjero habría desfallecido o enloquecido; sin embargo, Ammi llegó conscientemente hasta la puerta de la buhardilla y la cerró tras él junto con el abominable secreto. Ahora había que ocuparse de Nahum, había que alimentarlo, atenderlo y trasladarlo a algún lugar donde cuidaran de él.

Al empezar a bajar por las oscuras escaleras, Ammi oyó un ruido sordo por debajo de él. Creyó oír incluso un grito y recordó nerviosamente el vapor pegajoso que lo había rozado en aquella buhardilla espantosa. ¿Qué significaba ese grito? Movido por un vago temor, se detuvo para escuchar los ruidos de abajo. Se trataba indudablemente de una especie de pesado

arrastre, un ruido abominablemente viscoso como el de una succión infernal e inmunda. Con un sentido tremendamente aguzado por su nerviosismo, Ammi pensó inexplicablemente en lo que acababa de ver en la habitación de arriba. ¡Dios mío! ¡En qué mundo de horrible pesadilla se había metido! Ya no se atrevía a avanzar ni retroceder y permaneció a mitad de la negra escalera, espantado y tembloroso. Todos los detalles de la escena ardían en su mente. Los ruidos, la espera terrorífica, la oscuridad, las empinadas y angostas escaleras y, ¡Dios nos ampare!, la débil, pero clara luminosidad de toda la armazón de madera a la vista, las vigas y el entramado; todo relucía.

Entonces hubo un espantoso relincho; era el caballo de Ammi que estaba delante de la casa; el relincho fue seguido de un estrepitoso galope; el animal, alocado, corría desbocado; a los pocos segundos el ruido del caballo y del carro había desaparecido dejando al hombre espantado en medio de las escaleras oscuras, haciendo conjeturas sobre lo que había podido asustar al animal. Pero eso no fue todo; se produjo otro ruido: una especie de chapoteo que parecía venir del pozo. Ammi había dejado el caballo desatado cerca de allí, a lo mejor la rueda del carro había golpeado el brocal y arrancado una piedra que había caído en el pozo. ¡Y aquella espantosa fosforescencia seguía reluciendo en la maldita antigua armazón de la casa! ¡Dios mío! ¡Qué vieja era esa casa! La mayor parte del edificio databa de antes de 1670 y el tejado de copete lo habían construido en 1730.

Nuevamente se oyó un débil chirrido en la planta baja; Ammi sujetó fuertemente el palo que había cogido en la buhardilla al azar, y nerviosamente acabó de bajar las escaleras y se dirigió resueltamente hacia la cocina. Pero no tardó en detenerse ante el espectáculo que se le presentó. A su llegada a la casa, Nahum aún estaba vivo, mientras que ahora la muerte estaba allí; Ammi no sabía decir de qué manera había ocurrido todo aquello; todo había sucedido en la última media hora; sin embargo, la desintegración ya estaba muy avanzada. El cuerpo se deshacía espantosamente, desconchándose en secos fragmentos. Ammi no podía tocarlo, sino que contemplaba lleno de horror aquella desfigurada parodia de lo que había sido un rostro.

—¿Qué te pasa, Nahum, qué te pasa?

Los labios pegajosos e hinchados apenas si tuvieron la fuerza de murmurar las últimas palabras:

—Nada… nada… el color… que quema… frío y húmedo, pero quema… vivía en el pozo… Lo he visto… una especie de humo… igual que las flores en la última primavera… el pozo reluce por la noche… Thaddeus y Merwin y Zenas… todo lo vivo… chupa la vida de todas las cosas… dentro de aquella piedra… tuvo que llegar dentro de la piedra… devoró toda la finca… nadie sabe lo que quería… esa cosa redonda que los hombres de la universidad sacaron de la piedra… ellos la rompieron… era el mismo color… el mismo, igual al de las flores y las plantas… debía haber más… semillas… semillas… ellas crecieron… Lo he visto por última vez esta semana… Zenas era muy fuerte… era un gran muchacho, lleno de vida… le quitó el sentido y luego se lo llevó… eso te quema… en el pozo el agua… tenías razón… el agua es mala… Zenas nunca volverá del pozo… no se puede escapar… ahogado… tú sabías que no había que ir… beber el agua corrompida… Yo lo vi cuando se tragó a Zenas; ¿dónde está Nabby… dime Ammi?… mi cabeza no está buena… ya no sé desde cuándo no le di de comer… la matará si no le ayudamos… ese color… su rostro tiene ese color a veces por la noche… y quema y chupa… llegó de un lugar que no es como el nuestro de aquí… uno de los profesores lo dijo… tenía razón… Ammi, vigila y ten cuidado, que seguirá chupando… chupa la vida…».

Eso fue todo. Eso dijo Nahum y ya no pudo decir más porque estaba completamente deshecho. Ammi cubrió lo que había quedado con un mantel de cuadros rojos y retrocedió vacilante hacia la puerta que daba al campo. Subió la vertiente del pastizal de diez acres y regresó a su casa por el camino del norte y los bosques. No se atrevió a pasar por delante del pozo, por el lugar donde su caballo se había desbocado. Miró hacia allá desde la ventana de la cocina antes de salir de la casa y se dio cuenta de que ninguna piedra faltaba en el brocal; de manera que el carro no había tropezado con él y el chapoteo tuvo que ser otra cosa: algo que se había metido en el pozo después de acabar con el pobre Nahum…

Cuando Ammi regresó a su casa, el caballo y el carro ya habían llegado desde hacía un buen rato y su mujer estaba muy ansiosa. La tranquilizó, pero sin darle explicaciones, y salió inmediatamente para Arkham a

comunicarles a las autoridades que la familia Gardner había dejado de existir. Sin dar más detalles, se limitó a notificar la muerte de Nahum y su mujer Nabby —la de Thaddeus ya se conocía— y manifestó que la causa parecía ser la misma enfermedad extraña que había matado al ganado. Anunció también que Merwin y Zenas habían desaparecido. En el puesto de policía le hicieron muchas preguntas y finalmente invitaron a Ammi a que acompañara a tres guardias hasta la granja de los Gardner, junto con el juez, el médico forense y el veterinario que había cuidado de los animales enfermos.

Ammi tuvo que regresar allí contra su voluntad, ya que la tarde estaba muy avanzada y temía encontrarse al cerrar la noche en aquel maldito lugar; menos mal que iba mucha gente con él y eso lo estimuló bastante.

Los seis hombres iban en un carruaje arrastrado por dos caballos, detrás del charabán de Ammi. Alrededor de las cuatro de la tarde llegaron a la granja apestada. Aunque acostumbrados a las experiencias macabras, los policías y demás autoridades no pudieron permanecer impasibles ante lo que encontraron en la buhardilla y debajo del mantel de cuadros rojos en la planta baja. El aspecto de la granja en medio de aquella desolación gris era ya terrible de por sí, pero esos dos cuerpos totalmente deshechos rebasaban todos los límites del horror. Era imposible mirarlos y hasta el mismo forense manifestó que allí había poco que examinar. Naturalmente, podían analizarse algunos fragmentos de lo que había quedado de aquellos seres tan espantosos disgregados, y el forense se dispuso a sacarlos. Es un hecho que dicho análisis resultó ser un tremendo rompecabezas para el laboratorio universitario donde fueron a parar finalmente los dos frascos de despojos mortales. Bajo el espectroscopio, ambas muestras revelaron un espectro totalmente desconocido, en el que un gran número de las desconcertantes franjas luminosas se parecían mucho a las del extraño meteoro del año anterior. Las propiedades espectrales de ambos especímenes se desvanecieron al cabo de un mes y el polvo residual consistía sobre todo en fosfatos alcalinos y carbonatos.

Ammi no habría dicho nada acerca del pozo si hubiese pensado que las autoridades iban a decidirse a actuar allí mismo. La noche pronto cerraría y estaba ansioso por marcharse cuanto antes. Pero no podía dejar de mirar

nerviosamente hacia la boca del pozo, y cuando uno de los policías le preguntó si temía algo, confesó que Nahum sentía tanto pánico por lo que había allí abajo que nunca se le había ocurrido pensar en buscar a Merwin o Zenas en él. Después de esa declaración, las autoridades resolvieron vaciar y explorar el pozo inmediatamente, y Ammi tuvo que esperar, temblando de miedo, mientras cubo tras cubo iban subiendo el agua nauseabunda y la vaciaban por el suelo. Los hombres resoplaban con asco ante el agua corrompida y al final se taparon las narices para no oler aquella fetidez espantosa que subía del fondo del pozo. La tarea no fue tan larga como creían en un principio dada la profundidad del agua. Lo que allí encontraron huelga describirlo: Merwin y Zenas estaban allí, mejor dicho, parte de sus cuerpos, puesto que se trataba de los restos de sus esqueletos. También sacaron los restos de un cervato y de un gran perro casi en el mismo estado de disgregación y algunos huesos de pequeños animales. El fango y el limo del fondo del pozo parecían inexplicablemente porosos y espumosos, y el hombre que bajó atado a una larga cuerda hasta allí se dio cuenta de que podía meter el palo que llevaba dentro del fango sin tropezar con ningún obstáculo sólido.

La noche había cerrado ya y trajeron unas linternas de la granja. Cuando todos se hubieron percatado de que ya no había nada que sacar del fondo del pozo, las autoridades entraron en la casa y tuvieron una conferencia en el antiguo salón, mientras la luz espectral de la luna menguante inundaba intermitentemente la grisácea desolación exterior. Todos estaban completamente desconcertados por el caso Gardner y no lograban encontrar ningún elemento común capaz de establecer una relación entre las extrañas circunstancias de la vegetación, la enfermedad desconocida que habían padecido los animales y los seres humanos y la muerte espantosa de Merwin y Zenas en el fétido pozo. Es cierto que todos habían oído las historias que corrían por el lugar, pero no podían creer que hubiera ocurrido nada contrario a las leyes naturales. No cabía duda de que el meteorito había envenenado el suelo, pero la enfermedad de las personas y los animales, que no habían comido nada de lo que esa tierra había criado, era un problema totalmente distinto. ¿Acaso era el agua del pozo? Muy probablemente, y sería bueno analizarla. Pero ¿qué locura extraña había

llevado a los dos muchachos a tirarse al pozo? Sus muertes eran similares, y sus restos mortales mostraban que ambos habían perecido de la misma muerte gris disgregadora. ¿Por qué todas las cosas se habían vuelto tan grises y quebradizas?

El juez, que estaba sentado cerca de la ventana mirando hacia el corralón, fue el primero en advertir el resplandor cerca del pozo. La noche ya había cerrado totalmente y toda aquella tierra espantosa parecía relucir con una luminosidad mucho mayor que la de los cambiantes rayos de la luna; sin embargo, el nuevo resplandor era bastante más claro y distinto y parecía salir de la negra boca del pozo como el tenue rayo de un proyector, reflejándose débilmente en los pequeños charcos formados por el agua sacada un momento antes. Aquello tenía un color muy extraño y todos los hombres se apiñaron delante de la ventana. Ammi tuvo un violento sobresalto: aquel resplandor del espantoso miasma tenía un color muy familiar para él. Ya lo había visto antes y temió pensar en lo que podía significar. Lo había visto en el asqueroso y frágil glóbulo del aerolito de hacía dos veranos, lo había visto en la vegetación infernal de la primavera, y pensó que lo había visto durante un momento aquella misma mañana contra la pequeña ventana tapada con tablones en la terrible buhardilla donde habían ocurrido esas cosas abominables. Allí había relampagueado durante un segundo, y un odioso chorro de vapor lo había rozado, y luego el pobre Nahum había sido víctima de algo del mismo color. Al final lo había dicho; había dicho que tenía un color parecido al del glóbulo y al de las plantas. Y seguidamente se había producido la huida del caballo y el chapoteo en el pozo, y ahora ese pozo estaba vomitando en la noche un pálido e insidioso resplandor del mismo tinte demoníaco.

Pese a su vivacidad de espíritu, Ammi estaba desconcertado en ese momento tan emocionante. No podía dejar de maravillarse al sentir la misma impresión en relación con el vapor que había entrevisto en pleno día contra la ventana que daba al cielo y la nocturna exhalación contemplada bajo la apariencia de una niebla fosforescente en medio del oscuro y maldito paisaje. Aquello no era natural, iba totalmente en contra de la naturaleza, y volvió a pensar en las últimas palabras de su amigo Nahum al

expirar: «Eso viene de un lugar en el que las cosas no son como aquí… uno de los profesores lo dijo…».

Delante de la casa, los tres caballos, atados a un par de arbustos al borde del camino, empezaron a relinchar y piafar frenéticamente. El conductor del carruaje se dirigió hacia la puerta con la intención de apaciguar a los animales, pero Ammi lo agarró por el hombro:

—No salga ahora —murmuró—; los caballos tienen algo más de lo que se imagina, algo que nosotros desconocemos. Nahum dijo que en el pozo vivía algo que a uno le chupa la vida. Dijo que debía ser algo que surgió de una pelota redonda como la que todos nosotros vimos dentro del meteoro cuando esa piedra cayó en junio del año pasado. Esa cosa chupa y quema —dijo Nahum— y se parece a una nube de un color semejante a esa luz que ahora se ve fuera y que uno difícilmente puede mirar y no se sabe lo que es. Nahum afirmaba que se nutre de todo lo que vive y que se vuelve cada vez más poderosa. Dijo que la había visto la semana pasada. Debe ser algo que llegó del cielo, igual a esa piedra, el meteoro que, según los profesores de la universidad, también venía del cielo. La forma que tiene y la forma en que actúa nada tienen que ver con las cosas de este mundo de Dios. Es algo venido del más allá.

Así que los hombres se detuvieron, indecisos, cuando el resplandor del pozo de repente se incrementó y los caballos piafaron y relincharon con mayor locura. Fue realmente un momento espantoso; además del terror imperante en aquella antigua y maldita casa, de los cuatro montones monstruosos de fragmentos humanos —dos encontrados en la casa y otros dos dentro del pozo—, estaba ese rayo luminoso tan tremendo como desconocido saliendo del fondo cenagoso del pozo delante de ellos. Ammi contuvo el impulso del cochero, olvidando que él mismo había salido ileso del pegajoso rozamiento de aquel chorro de vapor coloreado en la buhardilla, pero quizá fuese mucho mejor que actuara como lo hizo. Pues nadie podía saber lo que ocurría esa noche en el exterior; y aunque hasta entonces aquellos horrores no habían lastimado a ningún ser humano de mente templada, nadie sabía lo que hubiese ocurrido en el último momento con aquella fuerza que parecía dispuesta a extenderse rápidamente bajo el cielo medio nublado.

De pronto, uno de los policías que se hallaba junto a la ventana dio un grito breve y agudo. Los demás se volvieron hacia él y miraron rápidamente hacia el punto que señalaba. Holgaban las palabras. Todo cuanto se había discutido en relación con los rumores que corrían por el lugar ya no necesitaba discusión, y quizá fuera la cosa que cada uno de los miembros del grupo admitió más tarde cuando en las conversaciones volvían a relatarse en Arkham aquellas extrañas jornadas.

Es preciso adelantar que en aquella hora de la noche no corría ningún viento; el aire se levantó poco después, pero en ese instante no soplaba en absoluto. Hasta los secos tallos de jaramago, marchitos y grisáceos, y las franjas de la lona del carro de dos caballos no se movían. Sin embargo, en medio de aquella calma infernal y tensa, las altas ramas desnudas de todos los árboles del patio estaban moviéndose. Se estremecían mórbida y espasmódicamente, como arañando con una locura convulsiva y epiléptica las nubes iluminadas por la luz lunar; las ramas gemían impotentes en el aire mefítico como si fueran sacudidas por alguna cadena incorpórea de eslabones con horrores subterráneos contorsionándose y debatiéndose debajo de sus negras raíces.

Ningún hombre pudo recobrar el aliento durante varios segundos. Seguidamente una nube muy oscura pasó por el cielo, escondiendo la luna, y por un momento la silueta de las crispadas ramas se desvaneció. Entonces hubo un grito general; un grito ensordecido por el terror, ronco y casi idéntico en cada garganta. Pues el terror no se había esfumado con la silueta de las ramas y, en un instante de profundas y tremendas tinieblas, los que estaban dentro de la casa vieron cómo de la copa de los árboles salían miles de puntitos de una débil e infernal radiación, rozando cada rama al igual que el fuego de San Telmo o las llamas que despiden las cabezas de los apóstoles en Pentecostés. Era una monstruosa constelación de luz sobrenatural, semejante a un nutrido enjambre de moscones bailando una zarabanda demoníaca sobre un pantano maldito; y su color era del mismo tipo increíble y espantoso que Ammi había reconocido y temido. Mientras tanto, el chorro de luz fosforescente salido del pozo se volvía cada vez más reluciente, embargando el espíritu de los hombres apretados unos contra otros de un sentimiento de espanto y de perdición que rebasaba cualquier

visión consciente de sus cerebros. El pozo ya no brillaba ni relucía, sino que estaba *vomitando*; y a medida que aquel chorro informe y de un color indecible salía del pozo, parecía escaparse directamente hacia el cielo.

El veterinario se estremeció y corrió hacia la puerta de la fachada para atrancarla y reforzarla con un madero suplementario. Ammi también temblaba lo suyo y tuvo que esforzarse para controlar su voz cuando quiso avisar sobre la creciente luminosidad de los árboles. Mientras tanto, los relinchos y el piafar de los caballos se habían vuelto espantosos, pero ningún miembro del grupo que se encontraba en la vieja casa se habría aventurado al exterior ni por todo el oro del mundo.

Por momentos, el resplandor de los árboles aumentaba mientras sus ramas inquietas parecían tender cada vez más hacia la verticalidad. El armazón de madera que sostenía la cuerda del pozo estaba ahora reluciendo y pocos segundos después uno de los policías señaló sin una palabra hacia el cobertizo y las colmenas que se hallaban al pie del muro occidental de la granja; también comenzaban a refulgir, aunque los carros de los visitantes parecían no estar afectados aún por el tremendo fenómeno. Seguidamente se oyó una salvaje estampida en el camino, y cuando Ammi acercó la lámpara para ver mejor, todos se dieron cuenta de que el par de caballos enloquecidos habían arrancado el arbusto al que estaban atados y galopaban desbocados arrastrando el carruaje de las autoridades.

Aquel choque contribuyó a desatar algunas lenguas y se intercambiaron algunas palabras en voz baja:

—El fenómeno se está extendiendo a todas las materias orgánicas que existen por los alrededores de la casa —murmuró el forense.

Nadie replicó, pero el hombre que había bajado hasta el fondo del pozo sugirió que a lo mejor su largo palo había removido algo que era intangible.

—Era tremendo —agregó—; no había manera de encontrar el fondo; nada más que fango y chisporroteos y la impresión de que algo se escondía allá abajo.

El caballo de Ammi aún seguía piafando y relinchando locamente a orillas del camino y casi ahogaba las entrecortadas palabras de su amo:

—Eso salió de esa piedra… ha ido creciendo abajo… se traga todo lo viviente… se nutre de todo lo que vive, la mente y el cuerpo… Thaddeus y

Merwin, Zenas y Nabby… Nahum ha sido el último… todos ellos bebieron el agua del pozo… se ha vuelto más fuerte… ha venido del más allá, de donde las cosas no son iguales a como son aquí… y ahora se está marchando…

En ese preciso momento, cuando la columna de tinte desconocido se infló repentinamente y comenzó a ondear con unas formas fantásticas y sugeridoras que más tarde cada espectador describió de forma diferente, el pobre Hero, el caballo de Ammi exhaló un grito que nadie hasta entonces ni desde entonces pudo escuchar en un caballo. Todos los que se encontraban en el salón de techo bajo aguzaron los oídos y Ammi retrocedió, abandonando la ventana con una angustia horrorosa. No hay palabras capaces de describir la escena. Cuando Ammi volvió a mirar por la ventana, el pobre animal yacía inerte en el suelo lleno de luna entre las astillas de su charabán destrozado. Así acabó Hero hasta que al día siguiente lo enterraron. Pero no era ese el momento de lamentarse, ya que casi en ese mismo instante uno de los policías llamó la atención sin decir palabra sobre una cosa tremenda que ocurría en la misma habitación donde se encontraban. En ausencia de la lámpara era evidente que una débil fosforescencia había comenzado a penetrar en todo el apartamento. Relucía por el piso de madera y en los jirones de la alfombra, y relucía sobre los marcos de las ventanas. Poco a poco iba inundando e infectando cada rincón, cada puerta y cada mueble. Era cada vez más fuerte y finalmente estuvo claro que todos los que allí se encontraban sanos habían de dejar aquella casa.

Ammi les enseñó la puerta trasera y la senda que surcaba los campos hacia el pastizal de diez acres. Todos escaparon corriendo como en un sueño sin atreverse a volver la mirada mientras no estuvieron lejos sobre las altas tierras. Se alegraban de la existencia de la senda o no habrían podido salir por la puerta de la fachada sin pasar cerca de aquel pozo. También habría sido malo tener que pasar junto a la cuadra y al cobertizo y aquel vergel reluciente con sus árboles llenos de formas retorcidas e infernales; gracias a Dios las ramas habían desarrollado su maleficencia hacia arriba. La luna se escondió detrás de unos nubarrones muy oscuros en el momento

en que cruzaban el rústico puente sobre el Chapman’s Brook y tuvieron que caminar a ciegas desde allí hasta los prados.

Entonces fue cuando volvieron la vista hacia el valle y la casa de los Gardner a lo lejos y contemplaron una escena espantosa. Toda la granja relucía con una gama de colores desconocidos y odiosos; los árboles, los edificios y hasta la hierba que no se había convertido totalmente en aquel polvo gris y letal. Las ramas de los árboles ascendían hacia el cielo, lamidas con lenguas de fuego y aquel fuego monstruoso se iba extendiendo por toda la casa, la cuadra y el cobertizo. Era una escena salida de una visión de Fuseli y sobre todo lo demás reinaba aquella luminosidad amorfa y tumultuosa, aquel arco iris infernal y enorme de veneno manando del pozo, saltando, cayendo, lamiendo, relumbrando, retorciéndose y crepitando malévolamente con su cromatismo cósmico y desconocido.

De repente, sin ningún aviso, esa cosa espantosa se disparó hacia el cielo como un cohete o un meteoro, sin dejar ningún rastro tras ella, y desapareció por un agujero circular y extraño entre las nubes antes de que nadie tuviera el tiempo de dar un grito o decir una palabra. Ninguno de los espectadores pudo olvidar aquella visión; Ammi, pálido y desconcertado, se quedó mirando las estrellas de la constelación del Cisne donde Deneb relucía encima de las otras cuando el extraño color se desvaneció a través de la Vía Láctea. Pero seguidamente su mirada volvió hacia la Tierra, atraída por el chisporroteo y una crepitación de maderas, y no de una explosión como otros miembros del grupo sostenían. Pero el resultado fue el mismo ya que, en un abrir y cerrar de ojos, de aquella desgraciada y maldita granja manaba una erupción irradiante, un cataclismo de sustancias y chispas sobrenaturales, cegando la vista de cuantos presenciaban la escena y lanzando hacia el cénit una nube chisporroteante de fragmentos fantásticos y de un colorido jamás visto en nuestro universo. A través de los vapores que volvían a aglutinarse rápidamente pudieron divisar la gran morbidez que había desaparecido, pero al segundo también se había desvanecido. Tras ellos, en el fondo, solo quedaron las tinieblas; los hombres no se atrevieron a volver hacia el lugar; y se levantó un viento que parecía llegar desde los espacios siderales gélidos y negros; soplaba y aullaba, azotando los campos y retorciendo los bosques con una loca furia

cósmica, y muy pronto el grupo tembloroso se percató de que de nada valdría seguir esperando la aparición de la luna para ver lo que había quedado de la finca de Nahum allá abajo.

Demasiado espantados para intentar formular alguna teoría, los siete hombres caminaron apresuradamente hacia Arkham siguiendo el camino del norte. Ammi estaba peor que sus compañeros y les suplicó que entraran en su casa en lugar de marcharse directamente a la ciudad. No quería atravesar los bosques oscuros y azotados por el vendaval para llegar a su casa por la carretera principal. Ammi había sufrido un choque que los demás se habían ahorrado y fue presa para siempre de un temor ciego, que durante todos los años que siguieron ni se atrevió a mencionar. Mientras el resto del grupo abandonaba resueltamente la tormentosa colina y avanzaba hacia la carretera, Ammi volvió a mirar hacia atrás unos segundos, hacia el tenebroso valle de desolación que no hacía tanto tiempo había sido el lugar donde vivía su desgraciado amigo. Y en aquel sitio mortal y alejado había visto algo que ascendía lentamente, para hundirse de nuevo en el mismo punto en que el horror informe se había lanzado hacia el cielo. Solo quedaba un color, pero no era ningún color de la tierra o del cielo. Y como Ammi conocía ese color y sabía que aún podían quedar algunos restos escondidos dentro del pozo, nunca más se volvió a sentir tranquilo.

Ammi no quiso volver nunca más a aquel lugar siniestro. Hace ya cuarenta y cinco años que ese horror tuvo lugar, pero nunca volvió a visitar la antigua finca de su amigo Nahum, y se alegrará cuando el nuevo lago artificial borre toda la zona. Yo también me alegraré, pues no me gustó la manera en que la luz del sol cambiaba de color alrededor de la boca del viejo pozo cuando pasé por allí. Confío en que las aguas serán lo bastante profundas siempre, pero aun con eso nunca bebería el agua del lago. No pienso volver a visitar la ciudad de Arkham ni sus alrededores.

Tres de los hombres que estuvieron con Ammi volvieron a la mañana siguiente para ver las ruinas con la luz del día, pero allí ya no podía hablarse de ruinas verdaderas: solamente los ladrillos de la chimenea, las piedras de la bodega, algunos residuos minerales y metálicos aquí y allá, y el brocal del pozo nefando. El caballo muerto de Ammi fue arrastrado y enterrado un poco más lejos y le devolvieron lo que quedaba del charabán;

de todo lo demás que había existido, no quedaba nada. Solamente cinco acres espantosos de suelo desierto, grisáceo y polvoriento, en el que ya nada volvió a crecer desde entonces. Y hasta hoy se extiende bajo el cielo una mancha grande, roída por el ácido en medio de los campos y los bosques, y las pocas personas que se atrevieron a contemplar ese lugar pese a las historias que corren por allí, le dieron el nombre de «landa maldita».

Los cuentos rurales son muy extraños. Pero habrían sido aún más extraños si los hombres de la ciudad y los químicos de la universidad se hubieran interesado lo bastante como para analizar el agua del pozo abandonado o el polvo gris que ningún viento parece poder dispersar. Por su parte, los botánicos deberían examinar la achaparrada flora de las orillas de aquella mancha y podrían esclarecer la idea de la gente del lugar según la cual el añublo se va extendiendo poco a poco, quizá una pulgada por año. La gente afirma que el color de los pastizales vecinos no es enteramente como debería ser en primavera y que en el invierno los animales salvajes dejan unas huellas muy raras sobre la nieve. Y la nieve nunca es tan espesa en la landa maldita como en los demás lugares. Los caballos —los pocos que quedan en esta era del motor— se crían temerosos en el valle silencioso; y los cazadores no pueden confiar en sus perros cuando llegan cerca de la mancha de polvo grisáceo.

La gente dice también que la influencia mental es muy mala; son bastantes los que tuvieron la cabeza trastornada después de la desaparición de Nahum; y siempre les faltó la fuerza para escapar a otro sitio. Así que la gente resuelta acabó por abandonar la región, y solo los forasteros intentaron vivir en las fincas ruinosas. Pero no pudieron permanecer en ellas. Cabe asombrarse de que se dejaran influenciar por esas leyendas de brujas y esos encantamientos, pero no dejaban de protestar porque por las noches tenían unas pesadillas horribles en ese lugar absurdo, y es evidente que todo aquel reino sombrío bastaba para estimular las más mórbidas fantasías. Ningún transeúnte había escapado nunca a ese sentimiento de extrañeza que brotaba de los encajonados barrancos, y los artistas se estremecían al pintar los espesos bosques cuyo misterio influye más en la mente que en los ojos. Yo mismo siento curiosidad por la sensación que experimenté durante mi paseo solitario antes de que Ammi me contara su

historia. Al caer la noche, deseé vagamente que algunas nubes oscurecieran el cielo, pues una rara aprensión me había embargado el alma al contemplar el vacío celeste.

Y no me pregunten cuál es mi opinión; no sé nada, eso es todo. Allí no había más que Ammi para preguntarle, pues la gente de Arkham no quería hablar de aquellos días extraños, y los tres profesores que habían contemplado el aerolito y su glóbulo de color habían muerto. Es muy posible que existieran otros glóbulos; uno de ellos ya se había alimentado y había escapado, pero probablemente aparecería otro a no tardar mucho. No cabe duda de que aún está metido en el pozo; yo sé que allí había algo malo con la luz del sol cuando miré por encima del fétido brocal. Los campesinos afirman que el añublo se va extendiendo una pulgada cada año, y a lo mejor en este momento se está produciendo una especie de incremento o de nutrición. Pero cualquiera que sea el demonio que allí está incubándose, debe de estar encadenado por alguna cosa, pues de lo contrario pronto se extendería. ¿No estará pegado a las raíces de esos árboles que arañan el aire? Una de las leyendas más conocidas de Arkham se refiere a los recios robles que relucen y se mueven en la noche de un modo muy extraño.

Lo que hay en realidad, solo Dios lo sabe. En términos concretos, supongo que lo que Ammi describió puede definirse como un gas, pero dicho gas obedecía a unas leyes que no pertenecen a nuestro cosmos. No pertenecía a los mundos ni los soles que relucen en los telescopios ni en las fotografías de nuestros observatorios. No era una exhalación de los cielos cuyos movimientos y dimensiones suelen medir nuestros astrónomos o se suponen demasiado vastos para medirlos. Se trataba únicamente de un color de allende el espacio, del espantoso mensajero de unos reinos cuya mera existencia asombra al cerebro y nos entumece con los negros abismos ultracósmicos que se abren ante nuestros ojos delirantes.

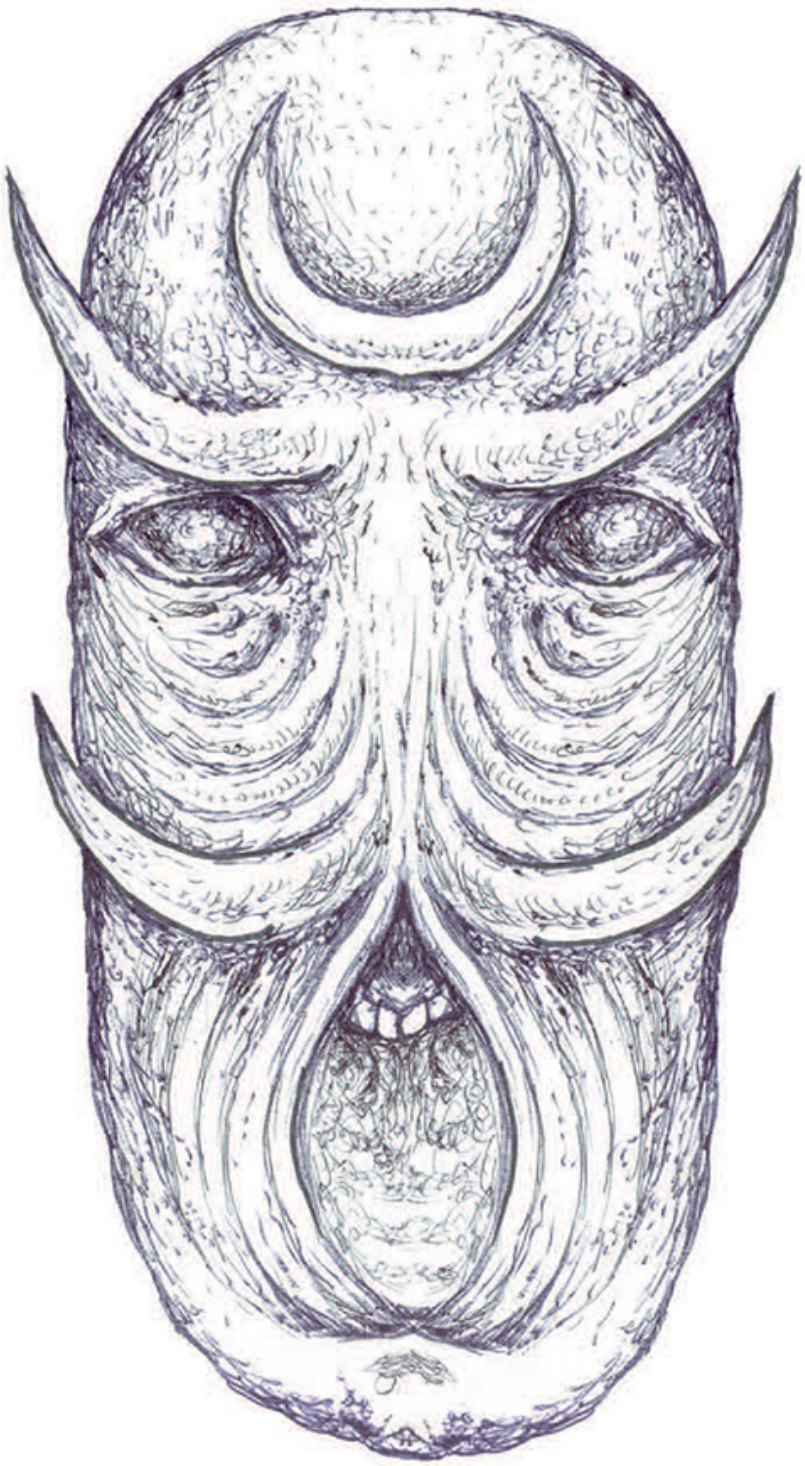
Dudo mucho de que Ammi me mintiera conscientemente y no creo que su historia fuera ni mucho menos una caprichosa locura suya como la gente de la ciudad me había anticipado. Algo terrible se abatió con aquel meteoro sobre las colinas y los valles, y algo tremendo —aunque ignoro en qué proporción— sigue quedando. Me sentiré muy satisfecho cuando el agua del nuevo lago lo cubra todo; al mismo tiempo espero que nada malo le

pase al viejo Ammi, pues sabe demasiado acerca de esa cosa horrorosa, y su influencia es tan insidiosa… ¿Por qué no fue capaz de marcharse nunca de allí? Recuerdo cuán claramente el anciano volvió a pronunciar las últimas palabras del agonizante Nahum: «No se puede escapar… te arrastra… sabemos cómo llegó aquel verano, pero no cómo lo corrompía todo».

Ammi es un hombre tan bueno, que cuando el equipo que ha de levantar la presa llegue al lugar, le escribiré al ingeniero jefe que cuiden mucho de él. Odio pensar en Ammi como en esa monstruosidad gris, quebradiza y retorcida que continúa turbándome cada vez más el sueño.

***OceanofPDF.com***

# EL CASO DE
# CHARLES DEXTER WARD



*OceanofPDF.com*

# EL CASO DE CHARLES DEXTER WARD

## UN RESULTADO Y UN PRÓLOGO

*Las sales esenciales de los animales se pueden preparar y conservar de tal manera que un hombre hábil puede tener el arca de Noé completa en su propio estudio, y reproducir a voluntad propia la forma de un hermoso animal partiendo de sus cenizas, y, por el mismo procedimiento, partiendo de las sales esenciales del polvo humano, un filósofo puede, sin ninguna nigromancia delictiva, reproducir la forma de cualquier antepasado que haya sido incinerado.*

**Borellus**

### 1

Recientemente desapareció una persona de características muy notables de una clínica mental privada situada cerca de Providence, Rhode Island. Se llamaba Charles Dexter Ward y había sido recluido allí, en contra de su voluntad, por un apenado padre que vio cómo su aberración iba convirtiéndose de una simple excentricidad a una peligrosa manía que implicaba, además, una posibilidad de tendencias asesinas y un particular cambio en el aparente contenido de su mente. Los médicos habían reconocido su desconcierto ante aquel caso, dado que presentaba anomalías de carácter general, fisiológico y psicológico al mismo tiempo.

En primer lugar, el paciente aparentaba ser mucho más viejo de lo que sus veintiséis años hacían esperar. Es cierto que los trastornos mentales lo envejecen a uno rápidamente, pero el rostro de aquel joven había adquirido una expresión que, en circunstancias ordinarias, no poseen más que las personas de muy avanzada edad. En segundo lugar, sus procesos orgánicos evidenciaban un extraño desequilibrio sin precedente en la experiencia

médica. El sistema respiratorio y el corazón actuaban con una desconcertante falta de simetría, la voz no era más que un susurro apenas audible, la digestión era increíblemente prolongada, y las reacciones nerviosas a los estímulos corrientes no guardaban ninguna relación con nada registrado hasta entonces, ni normal ni patológico. La piel tenía una morbosa sequedad, y la estructura celular de los tejidos parecía exageradamente áspera y desunida. Incluso un gran lunar de color oliváceo que tenía en la cadera derecha había desaparecido, mientras que en su pecho había aparecido una extraña mancha negruzca. En general, todos los médicos coincidían en que los procesos del metabolismo habían sufrido en Ward una recesión de alcance incalculable.

También psicológicamente Charles Ward era único. Su locura no tenía la menor similitud con ninguna de las formas registradas en los tratados más recientes y exhaustivos, e iba acompañada de una energía mental que hubiera hecho de él un genio o un líder si no hubiera asumido una forma retorcida y grotesca. El doctor Willett, que era el médico de la familia Ward, afirmaba que la capacidad mental del paciente, a juzgar por su respuesta a temas ajenos a la esfera de su demencia, había aumentado realmente desde su reclusión. Ward, que fue siempre un erudito en materia de antigüedades, nunca había demostrado, ni en el más brillante de sus trabajos anteriores, la prodigiosa inteligencia desplegada en el curso de las pruebas a las que lo sometieron los alienistas. En realidad, la mente del joven parecía tan lúcida que resultó muy difícil conseguir una orden legal para su reclusión, y únicamente el testimonio de otros y la existencia de muchos vacíos anormales en su fluida corriente intelectiva permitieron su internamiento. Hasta el momento de su desaparición fue un ávido lector y un gran conversador, en la medida en que se lo permitía la pérdida progresiva de la voz, y perspicaces observadores, sin prever la posibilidad de su fuga, predecían que no tardaría en salir curado de la clínica.

## 2

Solamente el doctor Willett, que había asistido a la madre de Charles Ward cuando este vino al mundo y lo había visto crecer física y espiritualmente desde entonces, parecía asustado al pensar en su futura libertad. Había tenido una terrible experiencia y había hecho un terrible descubrimiento que no se atrevió a revelar a sus escépticos colegas. En realidad, Willett representa un misterio menos importante en su relación con el caso. Fue el último que vio al paciente antes de que se escapara y salió de aquella última conversación con una mezcla de horror y de alivio en la expresión que más de uno recordó tres horas después cuando se conoció la noticia de la fuga de Ward.

Aquella fuga en sí es uno de los misterios no resueltos de la clínica del doctor Waite. Una ventana abierta a una altura de sesenta pies difícilmente la explicaría, pero la verdad es que después de aquella conversación con Willett el joven había desaparecido. El mismo Willett no tenía ninguna explicación pública que ofrecer, aunque parecía estar mucho más tranquilo que antes de la fuga. Algunos, es cierto, tenían la impresión de que Willett hubiera querido hablar, pero que no lo hacía por temor a no ser creído. Él había encontrado a Ward en su habitación, pero, poco después de su salida, los enfermeros llamaron a la puerta inútilmente y cuando abrieron la puerta, el paciente ya no se encontraba allí, y lo único que hallaron fue la ventana abierta y una helada brisa abrileña soplando en una nube de polvo gris azulado que casi los asfixió. Sí, los perros habían aullado poco antes, pero fue mientras Willett se hallaba todavía presente, y más tarde no habían cogido nada ni mostraron la menor inquietud. El padre de Ward fue informado inmediatamente por teléfono, pero se mostró más entristecido que sorprendido. Cuando el doctor Waite lo llamó personalmente, el doctor Willett ya había hablado con él, y ambos negaron cualquier conocimiento o complicidad en la fuga. Las únicas pistas que habían podido recogerse procedían de algunos amigos muy íntimos de Willett y del padre de Ward, pero eran demasiado descabelladas y fantásticas para que la gente les diera crédito. El único hecho positivo es que hasta el momento presente no ha sido encontrado ningún rastro del loco desaparecido.

Charles Ward se dedicó a las antigüedades desde su infancia; la afición le venía, sin duda, de la venerable ciudad que le rodeaba y de las reliquias

del pasado que llenaban todos los rincones de la mansión de sus padres, situada en Prospect Street, en la cima de la colina. Con los años, su afición a las cosas antiguas creció hasta el punto de que la historia, la genealogía y el estudio de la arquitectura colonial apartaron todas las demás cosas de su esfera de intereses. Es conveniente tener en cuenta aquellas aficiones al considerar su locura, ya que, a pesar de no formar su núcleo absoluto, desempeñan papel importante en su forma superficial. Todas las lagunas mentales que los alienistas habían advertido en Ward estaban relacionadas con asuntos modernos y quedaban compensadas por un conocimiento del pasado que parecía excesivo, puesto que en algunos momentos se hubiera asegurado que el paciente se trasladaba literalmente a una época muy remota, a través de una especie de autohipnosis. Lo más extraño era que Ward ya no parecía interesado en las antigüedades que tan bien conocía, como si la prolongada familiaridad con ellas les hubiera hecho perder atractivo, y todos sus esfuerzos finales tendían indudablemente a dominar aquellos hechos del mundo moderno que habían sido absolutos e indiscutiblemente eliminados de su cerebro. Ward intentaba disimularlo, pero todos los que lo observaban podían notar que su programa de lecturas y conversaciones estaba presidido por el frenético deseo de empaparse del conocimiento de su propia vida y de las perspectivas culturales del siglo veinte, perspectivas que tenían que ser las suyas porque había nacido en 1902 y se había educado en las escuelas de nuestra propia época. Los alienistas se preguntan ahora cómo podrá el paciente desenvolverse en el complejo mundo actual teniendo en cuenta su desarreglo psicológico; la opinión dominante es la de que permanecerá en una situación humilde y oscura hasta que haya digerido su provisión de información moderna.

Los inicios de la demencia de Ward son tema de debate entre los alienistas. El doctor Lyman, una eminente autoridad de Boston, los sitúa en 1919 o 1920, durante el último curso del joven en la Moses Brown School, donde repentinamente abandonó el estudio del pasado para dedicarse al estudio de las ciencias ocultas, negándose a graduarse con el pretexto de que debía realizar unas investigaciones individuales mucho más importantes. En aquella época, los hábitos de Ward sufrieron una alteración, y gastaba casi todo su tiempo en revisar los archivos de la ciudad y en

visitar antiguos cementerios en busca de una tumba de 1771, la tumba de un antepasado llamado Joseph Curwen, algunos de cuyos papeles decía haber hallado en el desván de una casa muy antigua de Olney Court donde Curwen había residido.

Es innegable que en el invierno de 1919-1920 Ward experimentó una gran transformación. A partir de entonces interrumpió bruscamente sus estudios y se sumergió de manera desesperada en temas de ocultismo, locales y generales, sin abandonar la persistente búsqueda de la tumba de su antepasado.

Sin embargo, el doctor Willett disiente sustancialmente de ese dictamen fundando su opinión en su íntimo y continuado conocimiento del paciente, y en ciertas investigaciones y descubrimientos que llevó a cabo hacia el final. Aquellas investigaciones y descubrimientos han dejado huellas en él, hasta el punto de que su voz tiembla cuando los menciona y su mano vacila cuando intenta escribir sobre ellos. Willett admite que el cambio de 1919-1920 marcaría en general el principio de una decadencia progresiva que desembocaría en la triste locura de 1928, pero, basándose en sus observaciones personales, opina que debe hacerse una distinción más sutil. Aceptando que el muchacho estuvo siempre temperamentalmente desequilibrado y que era anormalmente susceptible y entusiasta en sus reacciones frente a los fenómenos que le rodeaban, se niega a aceptar que aquella primera alteración señalara el auténtico paso de la cordura a la demencia; por el contrario, da crédito a la afirmación del propio Ward de que había descubierto o redescubierto algo cuyas consecuencias sobre el pensamiento humano tenían que ser maravillosas y profundas.

Willett cree firmemente que la verdadera locura llegó con un cambio posterior, después de ser desenterrados el retrato de Curwen y los documentos antiguos, después de que realizara un viaje a extraños lugares en el extranjero y de que recitara unas terribles invocaciones en circunstancias extrañas y secretas, después de recibir ciertas respuestas a aquellas invocaciones, después de la oleada de vampirismo y de las terribles murmuraciones de Pawtuxet, y después de que la memoria del paciente empezara a excluir las imágenes contemporáneas al tiempo que su voz se

apagaba y su aspecto físico sufría unos sutiles cambios observados posteriormente.

«Únicamente en aquella última época —afirma Willett en tono convencido— el estado mental de Ward se hizo inquietante», y el doctor está seguro de que hay suficientes pruebas que apoyan la pretensión del joven en lo que respecta a su crucial descubrimiento. En primer lugar, dos obreros bastante inteligentes vieron los antiguos documentos de Curwen encontrados por Ward. En segundo lugar, el joven le había mostrado aquellos documentos y una página del diario de Curwen, y todos ellos parecían auténticos. El agujero donde Ward decía haberlos encontrado es una realidad visible, y Willett había tenido ocasión de echarles una ojeada final en lugares cuya existencia resulta difícil de creer y quizás nunca pueda demostrarse. Además estaban los misterios y las coincidencias de los eruditos Orne y Hutchinson, el problema de la caligrafía de Curwen, y lo que los detectives descubrieron sobre el doctor Allen, todo ello más el terrible mensaje en caracteres medievales que Willett se encontró en el bolsillo cuando recobró el conocimiento después de su asombrosa experiencia.

Y lo más concluyente de todo: existían los dos espantosos resultados que el doctor obtuvo de cierto par de fórmulas durante sus últimas investigaciones, resultados que demostraban virtualmente la autenticidad de los documentos y de sus monstruosas implicaciones en el mismo instante en que aquellos documentos fueron arrancados para siempre del conocimiento humano.

## 3

La infancia y juventud de Charles Ward pertenecen al pasado tanto como las antigüedades que tan intensamente amara. En el otoño de 1918 y demostrando un considerable deleite por el adiestramiento militar del período, Ward se había matriculado en la Moses Brown School, situada muy cerca de su casa. El antiguo edificio, construido en 1819, le había atraído siempre, y el espacioso parque en el que se ubicaba la academia

satisfacía su afición a los paisajes campestres. Tenía poca actividad social; pasaba la mayor parte del tiempo en casa, paseando, en sus clases y excavaciones, y buscando datos arqueológicos y genealógicos en el Ayuntamiento, la biblioteca pública, el ateneo, la Sociedad Histórica, las bibliotecas John Carter Brown y John Hay de la Universidad Brown, y en la Biblioteca Shepley, recientemente inaugurada en Benefit Street. Podemos imaginárnoslo tal como era en aquella época: alto, delgado y rubio, con unos ojos pensativos, vestido con cierto descuido y produciendo una impresión de inofensiva torpeza.

Sus paseos lo llevaban siempre al terreno de las antigüedades y en ellos conseguía volver a capturar, de la multitud de reliquias de una atractiva ciudad vieja, un vívido y coherente cuadro de los siglos precedentes. Su casa era una gran mansión de estilo georgiano erigida en la cima de la colina que se alza al este del río, y desde las ventanas de la parte trasera se veían los chapiteles, las cúpulas, los tejados y los altos rascacielos de la ciudad, y las colinas púrpuras que se elevan más allá de los campos. Allí había nacido, y su niñera lo había sacado de paseo en su cochecito por el hermoso porche clásico de la fachada de ladrillo rojo hacia las suntuosas calles cuyas antiguas mansiones, ornadas con pesadas columnas dóricas, se erigían entre generosos patios y jardines.

Lo habían paseado también por la soñolienta Congdon Street, que partía de la falda de la colina y se extendía con todas sus casas orientadas a levante sobre altos terraplenes. Allí, las pequeñas casas de madera eran mucho más antiguas, ya que la ciudad había ido creciendo desde la falda de la colina, y, en aquellos paseos, Ward se había empapado del colorido de un fantástico poblado colonial. La niñera solía detenerse y sentarse en los bancos de la Prospect Terrace para charlar con los guardias, y uno de los primeros recuerdos del niño era el de un gran mar occidental de tejados y cúpulas y lejanas colinas que una tarde de invierno vio desde aquella terraza, todo violento y místico contra una febril y apocalíptica puesta de sol teñida de rojos, de dorados, de púrpuras y de sorprendentes verdes. La inmensa cúpula de mármol del ayuntamiento alzaba su maciza silueta contra las nubes diseminadas por el llameante cielo.

Al crecer empezaron sus famosos paseos, al principio con su niñera, impacientemente arrastrada, y después solo, en soñadora meditación. Se aventuraba cada vez más lejos por aquella colina casi perpendicular, alcanzando niveles cada vez más antiguos y más fantásticos de la vieja ciudad. Recorría Jenckes Street con sus paredes negras y sus frontispicios coloniales hasta el rincón de la sombreada Benefit Street, donde se alzaba la inmensa mansión del juez Durfee con sus derruidos restos de grandeza georgiana. Aquel sitio se estaba convirtiendo en un suburbio, pero los enormes olmos proyectaban una sombra reconfortante sobre el lugar, y el joven solía callejear hacia el sur, por delante de las largas filas de mansiones anteriores a la Independencia, dotadas con grandes chimeneas centrales y portales clásicos. El joven Charles podía imaginar aquellas casas tal como eran cuando la calle era nueva.

Al oeste se extendía la antigua Town Street que los fundadores de la ciudad habían abierto a lo largo de la orilla del río en 1636. Por allí pasaban numerosos senderos que llevaban a mansiones muy antiguas, y, a pesar de lo fascinado que se sentía, transcurrió mucho tiempo antes de que se atreviera a acercarse a su arcaica verticalidad por miedo a que resultara ser un sueño o la puerta de entrada a desconocidos terrores. Le parecía mucho menos arriesgado continuar por Benefit Street hasta alcanzar la verja de hierro de la escondida iglesia de San Juan y la parte trasera del ayuntamiento construido en 1761, y la ruinosa posada de la Bola de Oro, en la que se había alojado Washington. En Meeting Street —la famosa Gaol Lane y King Street de otros tiempos—, dirigía la mirada al este para ver el arqueado vuelo de escalones de piedra a que había tenido que recurrir la carretera general para subir por la ladera, y después al oeste, para contemplar la antigua escuela colonial de ladrillo que sonríe a través del camino al busto de Shakespeare que adorna la fachada del edificio donde se imprimió, antes de la Independencia, la *Providence Gazette y Country Journal*. Más tarde llegaba a la exquisita Primera Iglesia Baptista, de 1775, con su amplia escalinata y sus tejados y cúpulas georgianas. Hacia el sur, la vecindad iba mejorando de aspecto hasta desembocar en un maravilloso conjunto de mansiones modernas, pero hacia el oeste se desplegaba un

laberinto de callejas que conservaban sus primitivos nombres de Correo, Lingote, Oro, Plata, Moneda, Soberano, Libra, Dólar y Centavo.

A medida que crecía y se hacía más arriesgado, el joven Ward se atrevía a entrar en aquel laberinto hasta el antiguo muelle, para regresar dando un rodeo por el norte hasta la amplia plaza del Gran Puente, donde el mercado construido en 1773 se mantiene aún firme sobre sus viejos arcos. En aquella plaza se detenía a observar la sorprendente belleza de la parte oriental de la antigua ciudad, coronada por la vasta cúpula de la nueva Christian Science igual que Londres está coronada por la cúpula de San Pablo. Le gustaba llegar allí al atardecer, cuando el agonizante sol cubría de oro el mercado y los tejados de la colina. Tras una larga contemplación, se embriagaba con un amor de poeta ante el espectáculo y, sumido en aquella embriaguez, volvía a casa mientras las primeras sombras de la noche iban rodeando amorosamente la colina.

Otras veces, sobre todo en los años siguientes, prefería buscar los contrastes más vivos. Dedicaba la mitad de un paseo a las semiderruidas zonas coloniales situadas al noroeste de su casa, donde la colina desciende hasta la pequeña meseta de Stampers Hill, con su *ghetto* y su barrio negro arracimados en torno a la plaza donde se detenía la diligencia de Boston antes de la Independencia, y la otra mitad a la bella región meridional de las calles George, Benevolent, Power y Williams, donde siguen en pie las hermosas estatuas de una época feliz. Aquellos paseos y los diligentes estudios que los acompañaban contribuyeron a fortalecer la afición por lo antiguo, que acabó por borrar lo moderno de la mente de Ward, e ilustran el terreno mental sobre el cual cayó en aquel aciago invierno de 19191920, la semilla que dio tan extraños y terribles frutos.

El doctor Willett está convencido de que, hasta la primera alteración producida aquel invierno, la pasión de Charles Ward por las antigüedades careció de morbosidad. Las tumbas solo lo atraían por su posible interés histórico, y su carácter era pacífico y tranquilo. Luego, poco a poco, pareció desarrollarse en él una extraña secuela de uno de sus triunfos genealógicos del año anterior: el descubrimiento, entre sus antepasados maternos, de un hombre llamado Joseph Curwen que había llegado de Salem en marzo de 1692 y acerca del que se contaban unas inquietantes historias.

El tatarabuelo de Ward, Welcome Potter, se había casado en 1785 con una tal «Ann Tillinghast, hija de Mrs. Eliza, hija, a su vez, del capitán James Tillinghast». De quién fuera el padre de aquella joven, la familia no tenía la menor idea. En 1918, cuando examinaba un volumen manuscrito de los archivos de la ciudad, el joven genealogista encontró un asiento que describía un cambio legal de nombre según el cual, en 1772, una tal Eliza Curwen, viuda de Joseph Curwen, recuperaba, junto con su hija Ann, de siete años, su apellido de soltera, Tillinghast, alegando «que el nombre de su marido había quedado desprestigiado públicamente en virtud de lo que se había conocido después de su fallecimiento, lo cual confirmaba un antiguo rumor al que una esposa leal no podía dar crédito hasta que se comprobara por encima de cualquier duda». Aquel apunte puso de manifiesto la accidental separación de dos hojas que habían sido cuidadosamente pegadas y figuraban como una sola gracias a una laboriosa revisión de la paginación del libro.

Charles Ward se dio cuenta inmediatamente de que acababa de descubrir a un antepasado suyo cuya existencia ignoraba hasta aquel momento. El descubrimiento lo excitó aún más porque había oído ya unas vagas alusiones acerca de aquel hombre del que apenas existían datos concretos en los archivos, como si alguien hubiese tenido interés en que su recuerdo se borrara. El hecho o los hechos que habían dado origen a aquella actitud tenían que haber sido muy singulares, y no es extraño que Ward sintiera una gran curiosidad por conocer lo que los archiveros coloniales estaban tan empeñados en ocultar y olvidar.

Con anterioridad, Ward se había limitado a dejar que su imaginación divagara ligeramente sobre el viejo Joseph Curwen, pero cuando descubrió su propio parentesco con aquel personaje aparentemente tabú, se dedicó a la caza sistemática de todo lo que pudiera encontrar relacionado con él. Sus investigaciones resultaron más interesantes de lo que se había atrevido a esperar, y en antiguas cartas, diarios y memorias inéditas encontradas en buhardillas de Providence y de otros lugares, aparecían muchos párrafos reveladores que sus autores no se habían tomado la molestia de destruir. Un detalle muy importante procedía de un lugar tan lejano como Nueva York —concretamente en el Museo de la Taberna de Fraunces—, donde se

conservaban cartas de la época de Rhode Island. Sin embargo, el hecho realmente crucial y lo que, en opinión del doctor Willett, originó el desequilibrio de Ward fue el hallazgo de los documentos en la semiderruida casa de Olney Court en agosto de 1919. Sin ninguna duda, aquello fue lo que abrió una sima insondable en la mente de Charles Ward.

## UN ANTECEDENTE Y UN HORROR

### 1

Joseph Curwen, tal como lo describían las leyendas que Ward había oído y los documentos que había encontrado, era un individuo asombroso, misterioso, oscuramente horrible. Había huido de Salem, trasladándose a Providence —aquel paraíso universal para la gente rara, libre o disidente—, cuando comenzó el gran pánico provocado por la caza de brujas, temiendo ser acusado a causa de su vida solitaria y de sus raros experimentos químicos o alquimistas. Era un hombre de tez pálida que tenía unos treinta años. Su primera actuación como ciudadano de Providence fue la de adquirir unos terrenos en Olney Street, donde construyó su hogar.

El primer detalle extraño acerca de Joseph Curwen es que no pareció envejecer con el paso del tiempo. Montó un negocio de transportes fluviales, construyó un embarcadero cerca de Mile-End Cove, colaboró en la reconstrucción del Gran Puente en 1713, y la iglesia Congregacionista en 1723, y siempre conservó la apariencia de un hombre de entre treinta y treinta y cinco años. Con el transcurso de los años, aquel hecho empezó a llamar la atención de la gente, pero Curwen lo justificaba diciendo que el conservarse joven era una característica de su familia, y que él contribuía a conservarla llevando una vida sumamente sencilla. Por supuesto, la gente no sabía cómo conciliar aquella sencillez con las inexplicables idas y venidas del reservado comerciante ni con la extraña iluminación de sus ventanas a todas las horas de la noche, y empezó a atribuir a otras causas su eterna juventud y su longevidad. A juicio de la mayoría, los continuos cocimientos y mezclas de productos químicos que Curwen llevaba a cabo tenían mucha relación con su estado. Se murmuraba sobre las extrañas

sustancias que sus barcos traían de Londres o de la India, o que él mismo compraba en Newport, Boston y Nueva York, y cuando el anciano doctor Jabez Bowen llegó de Rehoboth y abrió su farmacia en la plaza del Gran Puente, hubo comentarios sobre las drogas, los ácidos y los metales que el taciturno solitario compraba sin cesar en aquella farmacia. Creyendo firmemente que Curwen poseía una maravillosa y secreta habilidad médica, muchos enfermos acudieron a él en busca de auxilio, pero, aunque intentó alentar, sin comprometerse, aquella creencia, y siempre les dio alguna pócima en respuesta a sus peticiones, se observó que lo que recetaba a los demás raramente les producía efectos beneficiosos. Cuando habían transcurrido más de cincuenta años desde que llegara a Providence sin que en su rostro y en su cuerpo se hubiera producido un cambio apreciable, los comentarios se hicieron más suspicaces y la gente empezó a compartir el deseo de aislamiento que el forastero siempre había demostrado.

Cartas particulares y diarios de la época también revelan muchos otros motivos por los que Joseph Curwen fue admirado, temido y, finalmente, repudiado. Su afición por los cementerios, en los cuales podía vérsele a todas horas y bajo todas las circunstancias era evidente, a pesar de que nadie había presenciado ningún hecho que pudiera ser calificado realmente de vampírico. Tenía una granja en el Pawtuxet Road en la que solía veranear, y frecuentemente era visto cabalgando hacia ella a distintas horas del día o de la noche. Sus únicos criados visibles eran una hosca pareja de indios narragansett, el marido mudo y con un rostro surcado de extrañas cicatrices, y la esposa con un aspecto achatado y repulsivo, probablemente debido a una mezcla de sangre negra. En el desván de aquella casa estaba el laboratorio donde se realizaban la mayor parte de los experimentos químicos. Los que habían entrado en él para entregar botellas, sacos o cajas, se hacían lenguas de los fantásticos alambiques, crisoles y hornos que habían podido entrever en la estancia y pronosticaban en voz baja que el misántropo «químico» —expresión que en boca de ellos significaba *alquimista*— no tardaría en descubrir la piedra filosofal. Los vecinos más cercanos de aquella granja —los Fenner, que vivían a un cuarto de milla de distancia— tenían cosas más raras que contar sobre ciertos ruidos que, según ellos, surgían de la casa de Curwen durante la noche. Se oían gritos,

decían, y unos prolongados aullidos, y no les gustaba el gran número de reses que pastaban alrededor de la granja, excesivas para proveer de carne y de leche a un hombre solitario y a un par de criados. Todas las semanas, Curwen compraba nuevas reses a los granjeros de Kingstown para reemplazar a las que desaparecían. También les preocupaba el edificio de piedra junto a la casa, que tenía una especie de estrechas troneras en lugar de ventanas.

Los desocupados del Gran Puente tenían mucho que decir de la casa de Curwen de Olney Court, no tanto de la que construyó en 1761, cuando ya debía tener casi un siglo de edad, como de la primera, con el ático sin ventanas y sus enigmas, de los cuales no era el menor la gran cantidad de provisiones aparentemente destinadas a los dos criados, a un ama de llaves francesa increíblemente anciana y al propio Curwen.

En círculos más selectos también se hablaba de la casa de Curwen, ya que, a medida que el recién llegado se introdujo en la vida comercial de la ciudad, había ido entablando relación con sus convecinos, disfrutando de su compañía y de su conversación. Se sabía que era de buena cuna, ya que los Curwen o Carwen de Salem no necesitaban ser presentados en Nueva Inglaterra. Se supo que Joseph Curwen había viajado mucho desde muy joven, viviendo algún tiempo en Inglaterra y realizando por lo menos dos viajes a Oriente, y su vocabulario, cuando decidía hablar, era el de un inglés instruido y culto. Pero, por alguna causa desconocida, a Curwen no le importaba la sociedad. A pesar de que nunca rechazaba de plano a una visita, se escudaba detrás de una reserva imposible de salvar.

En su conducta había una especie de sardónica arrogancia, como si encontrara estúpidos a todos los seres humanos después de haberse relacionado con entes extraños y más poderosos. Cuando el doctor Checkley, conocido por su talento, llegó de Boston en 1783 para ponerse al frente del rectorado de la King’s Church, no dejó de visitar a una persona de la que tanto había oído hablar, pero su visita fue muy breve a causa de un siniestro significado que captó en las palabras de su anfitrión. Charles Ward le dijo a su padre una noche de invierno en que hablaban de Curwen, que daría cualquier cosa por enterarse de lo que el misterioso anciano le había dicho al clérigo, pero que todos los redactores de diarios coincidían en

señalar la aversión del doctor Checkley a repetir lo que había oído. El buen hombre había quedado muy impresionado y nunca volvió a hablar de Joseph Curwen sin perder visiblemente el dominio de sí mismo que lo caracterizaba.

Más claro era el motivo que hizo que otro hombre de buena cuna y gran inteligencia evitara al misterioso eremita. En 1746, John Merritt, un caballero inglés muy versado en literatura y en ciencias, llegó a Providence desde Newport y edificó una hermosa casa en el istmo, en lo que ahora es el centro del mejor barrio residencial. Fue el primer ciudadano de Providence que vistió a sus criados de librea, y se mostraba muy orgulloso de su telescopio, su microscopio y su selecta biblioteca de libros ingleses y latinos. Cuando se enteró de que Curwen poseía la mejor biblioteca de Providence, Merritt no tardó en hacerle una visita, siendo recibido más cordialmente de lo que lo habían sido la mayoría de los otros visitantes. Su admiración por las repletas estanterías de su anfitrión, en las cuales se alineaban, además de los clásicos griegos, latinos e ingleses, una serie de obras filosóficas, matemáticas y científicas que incluían a autores como Paracelso, Agrícola, Van Helmont, Silvyus, Glauber, Boyle, Boerhaave, Becher y Stahl, impulsó a Curwen a invitarlo a visitar el laboratorio, que hasta aquel momento no había abierto para nadie, y ambos salieron inmediatamente hacia la granja en la calesa de Merritt.

El señor Merritt reconoció siempre que no había visto nada realmente horrible en la granja, pero sostenía que los títulos de los libros relativos a temas taumatúrgicos, alquimistas y teológicos que Curwen tenía en una estancia de la granja habían sido suficientes para producirle un temor imperecedero. Quizás la expresión de su propietario mientras se los mostraba había contribuido a inspirar a Merritt aquel sentimiento. Aquella extraña colección, además de un puñado de obras conocidas, comprendía prácticamente a todos los cabalistas, demonólogos y magos del mundo entero. Era un auténtico tesoro en lo que respecta al dudoso campo de la alquimia y la astrología. La *Turba Philosopharum*, de Hermes Trismegistus en la edición de Mesnard; la *Liber Investigationis*, de Geber; *La clave de la sabiduría*, de Artephous; el cabalístico *Zohar*; el *Ars Magna et Ultima*, de Raimundo Lulio en la edición de Zetsner; el *Thesaurus Chemicus*, de Roger

Bacon; la *Clavis Alchimiae*, de Fludd, y el *De Lapide Philosophico*, de Trithemius… Judíos y árabes medievales estaban profusamente representados, y el señor Merritt palideció cuando, al coger un volumen etiquetado como el *Qanoon-é-Islam*, descubrió que era en realidad el prohibido, el *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred, del cual había oído decir cosas monstruosas con motivo del descubrimiento de unos indescriptibles ritos en la extraña aldea de pescadores de Kingsport, en la provincia de la Bahía de Massachusetts.

Aunque, sorprendentemente, lo que más inquietó al caballero había sido un detalle sin importancia aparente. Sobre la enorme mesa de caoba había un volumen muy estropeado de Borellus, con numerosas anotaciones marginales de Curwen. El libro estaba abierto por la mitad, aproximadamente, y un párrafo aparecía subrayado con unos trazos tan gruesos y temblorosos que el visitante no pudo resistir la tentación de echar un vistazo. El párrafo le afectó tan profundamente que lo recordó hasta el fin de sus días, reproduciéndolo de memoria en su diario y, una vez, intentó recitárselo a su íntimo amigo el doctor Checkley, hasta que notó lo mucho que trastornaba al rector. Decía:

> *Las sales de los animales se pueden preparar y conservar de tal manera que un hombre hábil puede tener el arca de Noé completa en su propio estudio y reproducir la forma de un hermoso animal a voluntad partiendo de sus cenizas, y, por el mismo procedimiento, partiendo de las sales esenciales del polvo humano, un filósofo puede, sin ninguna nigromancia delictiva, reproducir la forma de cualquier antepasado muerto que haya sido incinerado.*

Sin embargo, era cerca de los muelles, a lo largo de la parte meridional de Town Street, donde se murmuraba lo peor sobre Joseph Curwen. Los marineros son gente supersticiosa y aquellos curtidos lobos de mar que transportaban el ron, los esclavos y las especias, se santiguaban furtivamente cuando veían la delgada y engañosamente juvenil figura con su pelo amarillento y sus hombros ligeramente encorvados entrando en el

almacén de Curwen de Doublon Street, o hablando con capitanes y contramaestres en el muelle donde los barcos de Curwen entraban y salían sin cesar. Incluso los empleados y capitanes de Curwen lo odiaban y lo temían, y todos sus marineros eran la escoria de la Martinica, La Habana o Port Royal. Hasta cierto punto, la parte más intensa y más tangible del temor que producía el anciano se debía a la frecuencia con que eran sustituidos aquellos marineros. La tripulación bajaba a tierra con permiso, algunos de sus miembros recibían la orden de hacer algún encargo, y cuando volvían a bordo, casi indefectiblemente faltaban uno o más hombres. La mayoría de los encargos estaban relacionados con la granja de Pawtuxet Road, y pocos marineros habían sido vistos regresando de aquel lugar, de modo que, con el tiempo, Curwen tuvo muchas dificultades para reclutar una tripulación. Muchos de sus miembros desertaban después de oír las habladurías de los muelles de Providence, y su sustitución en las Indias Occidentales llegó a ser un serio problema para el comerciante. En 1760, Joseph Curwen era virtualmente un proscrito sospechoso de vagos horrores y demoníacas alianzas mucho más amenazantes por el hecho de que no podían ser mencionadas, comprendidas ni demostradas. La gota que colmó el vaso pudo ser el asunto de los soldados desaparecidos en 1758, ya que en marzo y abril de aquel año, dos regimientos reales fueron acuartelados en Providence de camino hacia Nueva Francia produciéndose entre ellos una serie de inexplicables deserciones. Se comentaba en voz baja la frecuencia con que Curwen era visto hablando con los forasteros de la chaqueta roja, y, cuando desaparecieron varios de ellos, la gente recordó lo que ocurría entre los marineros de Curwen. Nadie puede decir lo que hubiera ocurrido si los regimientos no hubiesen recibido la orden de marcha.

Entretanto, los negocios del comerciante prosperaban. Tenía un virtual monopolio del comercio de la ciudad respecto al salitre, la pimienta negra y la canela, y superaba a todos los demás traficantes, excepto a los Brown, en la importación de cobre, algodón, lana, sal, hierro, papel, objetos de latón y toda clase de productos manufacturados ingleses. La mayoría de los almacenistas de Providence dependían de él para aprovisionarse, y sus convenios con los destiladores locales, los queseros, los criadores de

caballos narragansett y los fabricantes de velas de Newport, lo convertían en uno de los primeros exportadores de la colonia.

A pesar del ostracismo a que estaba condenado, no le faltaba cierto espíritu cívico. Cuando el ayuntamiento se incendió, contribuyó generosamente a las rifas que se organizaron para recaudar fondos con destino a la construcción del nuevo edificio. Aquel mismo año —1761— ayudó a reconstruir el Gran Puente después de la riada de octubre. Reemplazó muchos de los libros devorados por las llamas en el incendio del ayuntamiento y no escatimaba su dinero cuando se trataba de una mejora de la población.

La visión de aquel hombre extraño y pálido, de mediana edad por su aspecto, pero con más de un siglo de vida en realidad, intentando escapar de una nube de miedo y de aversión demasiado vaga para ser analizada, era a la vez patética, dramática y ridícula. No obstante, tal es el poder de la riqueza y de los gestos superficiales, que se produjo cierta remisión de los sentimientos de antipatía que Curwen despertaba, sobre todo cuando las súbitas desapariciones de sus marineros cesaron de repente. Tal vez rodeara sus expediciones a los cementerios de mayor cuidado y sigilo, ya que no volvieron a verlo en semejantes andanzas, mientras que los rumores sobre ruidos y maniobras misteriosos en su granja de Pawtuxet disminuyeron notablemente. Su consumo de alimentos y el sacrificio de reses continuó siendo extraordinariamente elevado, pero hasta la época actual, cuando Charles Ward revisó sus libros de cuentas en la Biblioteca Shepley, a nadie se le ocurrió comparar la gran cantidad de negros de Guinea que Curwen importó hasta 1766 y el número asombrosamente pequeño de ellos que pasaron a manos de los tratantes de esclavos del Gran Puente o de los plantadores del condado de Narragansett. Sin duda, la astucia y la candidez de aquel odiado individuo eran impresionantes.

Desde luego, el efecto que tuvo aquel cambio de actitud fue necesariamente pequeño. Curwen continuó siendo evitado y aborrecido, algo que el hecho de su eterno aspecto juvenil a pesar de sus años bastaba para justificar. Finalmente se dio cuenta de que su fortuna llegaría a resentirse por la generosidad con que intentaba conseguir el aprecio de sus vecinos. Sus investigaciones y experimentos, cualesquiera que fuesen,

requerían supuestamente de grandes cantidades de dinero para llevarse a cabo y, puesto que un cambio de ambiente le hubiera despojado de la ventajosa posición comercial que había alcanzado, no podía trasladarse a otra región y empezar de nuevo. El buen criterio indicaba la conveniencia de mejorar sus relaciones con la población de Providence, de manera que su aparición no fuera causa de que se interrumpieran las conversaciones y se creara un clima de tensión y de inquietud. Sus trabajadores, reducidos ahora a la condición de desempleados a los que nadie quería contratar, le causaban muchos problemas, aunque en la mayoría de los casos había sido lo bastante astuto como para adquirir sobre ellos algún ascendiente por medio de una hipoteca, una nota comprometedora o alguna información de carácter muy íntimo. En muchas ocasiones, como afirmaban espantados los redactores de algunos periódicos, Curwen demostraba tener casi el poder de un brujo desenterrando secretos familiares para utilizarlos en beneficio propio. Durante los últimos cinco años de su vida, se llegó a pensar que esos datos que manejaba solo se los podía haber proporcionado una conversación directa con los muertos.

En aquel tiempo realizó un último y desesperado intento para obtener un sitio en la comunidad. Misógino hasta entonces, decidió contraer un ventajoso matrimonio tomando como esposa a alguna dama cuya posición hiciera imposible todo ostracismo de su hogar. Es posible que tuviera otros motivos más profundos para desear una alianza, motivos tan ajenos a la esfera cósmica conocida que únicamente los documentos encontrados ciento cincuenta años después de su muerte pusieron de manifiesto.

Curwen, por supuesto, era consciente del horror y de la indignación con que hubiese sido recibido cualquier cortejo ordinario por su parte, y, en consecuencia, buscó una candidata sobre cuyos padres pudiera ejercer una adecuada presión. Tales candidatas no eran fáciles de encontrar, puesto que Curwen exigía en ellas unas condiciones especiales de belleza, prendas personales y posición social. Finalmente, sus miradas se dirigieron al hogar de uno de sus mejores y más antiguos capitanes, un viudo de muy buena familia llamado Dutie Tillinghast, cuya única hija, Eliza, parecía reunir todas las cualidades exigidas. El capitán Tillinghast estaba totalmente

dominado por Curwen y, después de una terrible entrevista en su casa de la colina de Power Lane, consintió en aprobar la sacrílega unión.

Eliza Tillinghast tenía entonces dieciocho años y había sido educada todo lo bien que la reducida fortuna de su padre le había permitido. Había asistido a la escuela Stephen Jackson y había sido diligentemente instruida por su madre en todas las artes y refinamientos de la vida doméstica. Desde el fallecimiento de la señora Tillinghast, ocurrido en 1757 a causa de la viruela, Eliza se había hecho cargo del gobierno de la casa ayudada únicamente por una anciana negra. Sus discusiones con su padre a propósito de la petición de Curwen debieron de ser muy penosas, pero lo cierto es que rompió su compromiso con el joven Ezra Weeden, segundo oficial del carguero de Crawford *Enterprise*, y que su unión con Joseph Curwen tuvo lugar el 7 de marzo de 1763 en la iglesia Baptista en presencia de una de las asambleas más distinguidas de que podía alardear la ciudad. La ceremonia fue oficiada por el vicario Samuel Winson. La *Gazette* comentó el acontecimiento muy brevemente, y, en la mayoría de los ejemplares supervivientes, la noticia en cuestión parecía haber sido cortada o arrancada. Ward encontró un ejemplar intacto después de rebuscar mucho en los archivos de un coleccionista privado, observando con regocijo la amorfa cortesía del lenguaje:

> *El pasado lunes por la tarde, el señor Joseph Curwen, de esta ciudad, comerciante, contrajo matrimonio con la señorita Eliza Tillinghast, hija del capitán Dutie Tillinghast, una joven de relevantes méritos, poseedora además de una gran belleza. Hacemos votos por su eterna felicidad.*

La correspondencia Durfee-Arnold, descubierta por Charles Ward poco antes de que presentara los primeros síntomas de locura en el museo particular de Melville L. Peters en Georgia Street, y que cubría aquella época y otra ligeramente anterior, arroja una vívida luz sobre la ofensa al sentimiento público general causada por aquella monstruosa alianza. Sin embargo, la influencia social de los Tillinghast era innegable, y, una vez más, Joseph Curwen vio frecuentada su casa por personas a las cuales

nunca hubiera podido inducir a entrar en ella. Su aceptación no era completa ni mucho menos, pero le había sido levantada la condena de ostracismo. En el comportamiento con su esposa, el extraño novio sorprendió a la comunidad y a ella misma portándose con el mayor miramiento y obsequiándola con toda clase de consideraciones. La nueva mansión de Olney Court estaba ahora completamente libre de manifestaciones inquietantes, y, aunque Curwen acudía habitualmente a la granja de Pawtuxet que su esposa nunca visitó, parecía un ciudadano mucho más normal que en cualquier otro período durante sus largos años de residencia. Solo una persona mantenía una abierta hostilidad hacia él: el joven cuyo compromiso con Eliza Tillinghast había sido roto tan bruscamente. Ezra Weeden había jurado vengarse y, a pesar de su temperamento normalmente tranquilo, alimentaba un odio que no presagiaba nada bueno para el hombre que le había arrebatado a Eliza.

El siete de mayo de 1765 nació la única hija de Curwen, Ann, que fue bautizada por el reverendo John Graves, de King’s Church, a cuya iglesia se habían adscrito ambos esposos poco después de su enlace como fórmula de compromiso entre sus respectivas afiliaciones: congregacionista y baptista. El certificado de aquel nacimiento, así como el del matrimonio celebrado dos años antes, había desaparecido de los archivos eclesiásticos y municipales. Ward lo localizó casualmente entre los papeles de los herederos del doctor Graves, quien se había llevado un duplicado de los archivos de su iglesia al abandonar la ciudad a comienzos de la Independencia. Ward había buscado en aquella fuente porque sabía que su tatarabuela, Ann Tillinghast Potter, había sido episcopalista.

Poco después del nacimiento de su hija, un acontecimiento que pareció recibir con un fervor que venía a desmentir su acostumbrada frialdad, Curwen decidió posar para un retrato. Lo pintó un escocés muy bien dotado llamado Cosmo Alexander, residente en Newport en aquella época y conocido como primer maestro de Gilbert Stuart. Se decía que el retrato había sido pintado sobre uno de los paneles de la biblioteca de la casa de Olney Court, pero ninguno de los dos diarios antiguos lo mencionaban ni proporcionaban ninguna pista acerca de su posterior destino. En aquel tiempo, Curwen demostró una inusual abstracción y pasaba el mayor

tiempo posible en su granja de Pawtuxet Road. Parecía encontrarse en un estado de reprimida excitación o de ansiedad, como si esperara algún acontecimiento extraordinario o estuviera a punto de lograr algún extraño descubrimiento. La química o la alquimia debieron de tener mucha relación con ello, ya que se llevó a la granja numerosos libros de la biblioteca de su casa que trataban sobre esos temas.

Su interés cívico no disminuyó, y no desperdició la ocasión de ayudar a hombres como Stephen Hopkins, Joseph Brown y Benjamin West en sus intentos de elevar el nivel cultural de la ciudad, que estaba entonces muy por debajo del nivel de Newport en su patronazgo de las artes liberales. Había ayudado a Daniel Jenkins a fundar su librería en 1763, y desde entonces fue su mejor cliente, extendiendo su ayuda a la combativa *Gazette*, que apareció poco después. En política apoyaba con fervor al gobernador Hopkins contra el partido de Ward, cuyo centro de poder se encontraba en Newport, y su elocuente discurso en el Hacher’s Hall, en 1765, contra la proclamación de North Providence como ciudad independiente según los deseos de Ward, contribuyó más que cualquier otra cosa a disipar los prejuicios existentes contra él. Pero Ezra Weeden, que lo vigilaba celosamente, sonreía con cinismo ante aquella actividad pública y no se recataba al afirmar que aquello era solo una máscara encubridora de un horrible comercio con las más negras potencias ocultas. El vengativo joven inició un sistemático estudio del hombre y de sus andanzas, pasando noches enteras en los muelles cuando veía los almacenes de Curwen iluminados y siguiendo al pequeño bote que a veces zarpaba silenciosamente en dirección a la bahía. Mantenía también una estrecha vigilancia sobre la granja de Pawtuxet y, en una ocasión, fue mordido salvajemente por los perros que le soltaron los criados indios.

## 2

En 1766 se produjo el cambio final en Joseph Curwen. Fue muy repentino y pudo ser observado por toda la población: el aire de ansiedad y de expectación cayó como una capa vieja, dando paso inmediato a una mal

disimulada exaltación de completo triunfo. Daba la sensación de que a Curwen le resultaba difícil contener su deseo de hacer público lo que había aprendido o hecho, pero, al parecer, era más importante y necesario guardar el secreto que el afán de compartir su alegría, ya que nunca ofreció ninguna explicación. Después de aquella transformación que tuvo lugar a primeros de julio, el siniestro erudito empezó a sorprender a la gente por poseer información que solo podían haberle suministrado unos antepasados suyos fallecidos muchos años antes.

Pero las actividades secretas de Curwen continuaron a pesar de aquel cambio. Incluso tendieron a aumentar. Abandonó el tráfico de esclavos alegando que sus beneficios eran cada vez menores. Pasaba casi todo el tiempo en la granja de Pawtuxet, aunque de vez en cuando se oían rumores de su presencia en lugares tan próximos a los cementerios que la gente se preguntaba hasta qué punto habían cambiado las antiguas costumbres del comerciante. Ezra Weeden, a pesar de que sus períodos de vigilancia eran necesariamente breves e intermitentes a causa de los viajes que le imponía su profesión, poseía una vengativa paciencia que no tenían los ciudadanos y granjeros y sometía los asuntos de Curwen a mayor escrutinio que nunca.

Muchas de las extrañas maniobras de los barcos del comerciante habían sido atribuidas a lo inestable de los tiempos cuando todos los colonos parecían dispuestos a eludir las normas del Acta del Azúcar. El contrabando era algo corriente en la bahía de Narragansett, y los atracos nocturnos de importaciones ilícitas estaban a la orden del día. Pero Weeden, que todas las noches seguía a los barcos que salían de los muelles de Curwen, no tardó en darse cuenta de que el siniestro traficante no solo quería evitar los barcos armados de su majestad. Antes del cambio de 1766, aquellos barcos habían transportado sobre todo negros encadenados, que eran conducidos a través de la bahía y desembarcados en un lugar de la costa situado al norte de Pawtuxet para ser llevados más tarde campo a través hasta la granja de Curwen, donde eran encerrados en aquel enorme edificio de piedra que tenía angostas troneras en lugar de ventanas. Sin embargo, después de aquel cambio, todo el programa se alteró. La importación de esclavos cesó inmediatamente, y, durante una temporada, Curwen abandonó sus embarques nocturnos. Después, en la primavera de 1767, las embarcaciones

volvieron a salir de los oscuros y silenciosos muelles para descender por la bahía hasta Nanquit Point, donde se encontraban con unos extraños buques de tamaño considerable y aspecto variado, de los que recibían cargamentos. Los marineros de Curwen transportaban la carga al habitual punto de la costa y desde allí lo llevaban a la granja, encerrándolo en el mismo edificio de piedra donde habían encerrado a los negros. El cargamento estaba compuesto casi completamente de cajas, de las cuales un gran número tenían una forma alargada, como si fueran ataúdes.

Weeden vigilaba la granja con incansable asiduidad, acudiendo allí cada noche durante largos períodos. Y para no faltar a la vigilancia durante las ausencias que le imponía su profesión, se puso de acuerdo con un compañero de taberna llamado Eleazar Smith para que lo sustituyera en esas ocasiones. Entre los dos habrían podido hacer circular unos rumores extraordinarios, pero no lo hacían porque sabían que dar a conocer ciertas cosas habría sido un aviso para Curwen imposibilitando cualquier descubrimiento posterior, y ellos deseaban averiguar algo concreto antes de emprender ninguna acción. De todos modos, lo que descubrieron debió de ser realmente asombroso, y Charles Ward se lamentó más de una vez de que Weeden hubiera quemado sus cuadernos de notas. Lo único que sabía de sus averiguaciones era lo que Eleazar Smith escribió en un diario bastante incoherente y lo que otros redactores de periódicos y corresponsales habían repetido tímidamente, es decir, que la granja únicamente servía para encubrir una peligrosa amenaza de carácter intangible.

Se deduce que Weeden y Smith se convencieron de que debajo de la granja se extendía un laberinto de túneles y de catacumbas habitados por una multitud de personas, además del viejo indio y su esposa. La casa era una antigua reliquia de mediados del siglo xvii, con una enorme chimenea central y unas ventanas enrejadas en forma de rombo, y el laboratorio se hallaba en la parte norte, donde el tejado llegaba casi al suelo. El edificio estaba totalmente aislado, pero, a juzgar por las diferentes voces oídas en su interior, se debía de poder acceder a él a través de secretos pasadizos subterráneos. Aquellas voces, hasta 1766, eran simples murmullos y susurros de negros acompañados de curiosos cánticos o invocaciones. Después de aquella fecha, se convirtieron en frenéticos estallidos de furor,

ávidos jadeos y gritos de protesta proferidos en diversas lenguas, todas conocidas por Curwen, cuyas réplicas contenían un acento de reproche o de amenaza.

A veces parecía como si hubiese varias personas en la casa: Curwen, algunos prisioneros y los guardianes de aquellos prisioneros. Había acentos que ni Weeden ni Smith habían oído nunca, a pesar de su gran conocimiento de los puertos extranjeros, y muchos otros que clasificaban como pertenecientes a esta o aquella nacionalidad. Aquellas conversaciones parecían siempre una especie de catequesis, como si Curwen estuviese arrancando cierta información a unos prisioneros aterrorizados o rebeldes.

Los idiomas más utilizados eran el inglés, el francés y el español, conocidos por Weeden, y este afirmaba que, aparte de unos pocos diálogos acerca de acontecimientos del pasado de algunas familias de Providence, la mayoría de las preguntas y respuestas que pudo entender se referían a cuestiones históricas o científicas, ocasionalmente pertenecientes a épocas y lugares muy remotos. En cierta ocasión, por ejemplo, un personaje que se mostraba enfurecido y adusto alternativamente fue interrogado en francés sobre la matanza del Príncipe Negro en Limoges, en 1370, como si existiera alguna información desconocida que él debiera saber. Curwen le preguntó al cautivo —si es que era un cautivo— si la orden de matar había sido dada a causa del Signo de la Cabra encontrado en el altar de la antigua cripta romana situada debajo de la catedral, o si el Hombre Oscuro del Alto Aquelarre de Viena había pronunciado las Tres Palabras. Como no obtuvo respuesta a sus preguntas, parece que el inquisidor había recurrido a otras medidas más drásticas, ya que se oyó un terrible grito seguido por un extraño silencio y el ruido de un cuerpo que caía.

En aquellos coloquios no hubo testigos oculares, pues las ventanas permanecían siempre cuidadosamente cerradas. Sin embargo, en cierta ocasión, durante un discurso en una lengua desconocida, Weeden vio una sombra a través de una cortina que lo dejó asombrado, pues le recordó un espectáculo que había presenciado en el otoño de 1764 en el Hatcher’s Hall, cuando un hombre de Germantown, Pennsilvania, había ofrecido una representación anunciada como «Vista de la famosa ciudad de Jerusalén, en la cual están representados Jerusalén, el templo de Salomón, su trono real,

las famosas torres y colinas, así como los sufrimientos de Nuestro Salvador desde el huerto de Getsemaní hasta la cruz, en el Gólgota, una valiosa obra de imaginería digna de verse». Entonces fue cuando el oyente, que se había acercado a la ventana de la que procedía el discurso más de lo que aconsejaba la prudencia, dio un respingo que alertó a la anciana pareja de indios, los cuales le soltaron los perros. Después de aquello no volvieron a oírse conversaciones en la casa, y Weeden y Smith dedujeron que Curwen había trasladado sus actividades a las zonas inferiores.

Que tales zonas habían existido parecía un hecho claramente probado. Débiles gritos y gemidos brotaban de vez en cuando de lo que parecía ser tierra sólida en sitios muy alejados de cualquier estructura, mientras que en la parte trasera, oculta entre los arbustos de la orilla del río donde el terreno descendía suavemente hasta el valle del Pawtuxet, se encontró una arqueada puerta de madera de roble encajada en un marco de pesada mampostería, la cual era, evidentemente, una entrada a las catacumbas situadas dentro de la colina. Weeden no podía precisar cuándo o cómo habían sido construidas aquellas cavernas, pero comentó con frecuencia lo fácil que les resultaría a grupos de trabajadores llegados por el río acceder a aquel lugar. Durante las intensas lluvias de la primavera de 1769, los dos jóvenes vigilaron atentamente la parte que daba a la orilla para comprobar si las aguas arrastraban algún secreto subterráneo, y fueron recompensados con el espectáculo de una gran cantidad de huesos humanos y de animales en lugares donde el agua había excavado unas profundas depresiones. Por supuesto, podía haber muchas explicaciones para estos hechos en la parte trasera de una granja en la que se criaba ganado y en un paraje donde abundaban los antiguos cementerios indios, pero Weeden y Smith sacaron sus propias conclusiones.

En enero de 1770, mientras Weeden y Smith se devanaban los sesos inútilmente buscando una explicación a aquel desconcertante asunto, se produjo el incidente del *Fortaleza*. El verano anterior se había incendiado el buque aduanero *Liberty* en Newport, y el almirante Wallace, que estaba al mando de la flota encargada de la vigilancia de aquellas costas, ordenó que se extremara el control de los buques extranjeros, a raíz de lo cual el cañonero de su majestad *Cygnet* capturó, tras una corta persecución, a la

chalana *Fortaleza* de Barcelona, España, al mando del capitán Manuel Arruda, procedente, según su diario de navegación, de El Cairo, Egipto. La chalana fue cuidadosamente registrada en busca de material de contrabando y reveló algo sorprendente: su cargamento consistía únicamente en momias egipcias consignadas a «Marinero A. B. C»., el cual debía acudir a recoger la carga a la altura de Nanquit Point y cuya identidad el capitán Arruda se negó a revelar. El vicealmirante Court, de Newport, no sabiendo cómo actuar ante la naturaleza de aquel cargamento que no podía calificarse de contrabando, dejó libre a la chalana, aunque le prohibió atracar en aguas de Rhode Island. Más tarde circuló el rumor de que había sido vista a la altura de Boston, a pesar de que no llegó a entrar en aquel puerto.

El extraño suceso fue tema de muchas conversaciones en Providence y no faltó quien relacionara el cargamento de momias con el inquietante Joseph Curwen. Conociendo sus exóticas investigaciones y sus importaciones de extraños productos químicos, junto con su afición a los cementerios, no era necesaria mucha imaginación para relacionarlo con un cargamento que no podía ir destinado a ninguna otra persona de Providence. Como si hubiera advertido aquel lógico razonamiento, Curwen intentó hablar en varias ocasiones, como por casualidad, del valor químico de los bálsamos contenidos en las momias creyendo, tal vez, que así podría conseguir que el asunto pareciera menos anormal, pero sin admitir su participación en él. Weeden y Smith, naturalmente, no tuvieron la menor duda sobre el significado del asunto y se permitieron las más locas teorías acerca de Curwen y sus monstruosas ocupaciones.

En la siguiente primavera, al igual que el año anterior, llovió mucho, y los dos jóvenes continuaron la estrecha vigilancia sobre la orilla del río situada detrás de la granja de Curwen. Las aguas arrastraron una gran cantidad de tierra y cierto número de huesos, pero no quedó a la vista ningún camino subterráneo. Sin embargo, se oyeron cosas en la aldea de Pawtuxet, situada a una milla de distancia y junto a la cual el río desciende por una serie de terraplenes rocosos formando pequeñas cascadas. En aquel lugar donde unos dispersos caserones antiguos trepan por la colina desde el rústico puente y las lanchas pesqueras se balancean ancladas a los soñolientos muelles, se habló de cosas que flotaban río abajo y que

permanecieron a la vista unos instantes mientras se deslizaban por las pequeñas cascadas. Desde luego, el Pawtuxet es un río muy largo que atraviesa muchas regiones habitadas en las que abundan los cementerios, y, aunque las lluvias primaverales habían sido muy intensas, a los pescadores de Pawtuxet no les agradó el aspecto de aquello que arrastraba el río. Los rumores llegaron a oídos de Smith —ya que Weeden estaba ausente—, quien acudió rápidamente a la orilla del río situada detrás de la granja, donde probablemente quedarían aún rastros de un corrimiento de tierras provocado por las lluvias. Sin embargo, sus esperanzas resultaron fallidas, puesto que el pequeño alud había dejado tras de sí una sólida pared de tierra mezclada con hierbajos. Smith empezó a cavar en algunos lugares, pero renunció a hacerlo por falta de éxito… o quizás por temor a un posible éxito. Sería interesante saber lo que el obstinado y vengativo Weeden hubiera hecho de haberse encontrado allí en aquellos momentos.

## 3

En el otoño de 1770, Weeden decidió que había llegado la hora de informar a otros de sus descubrimientos, ya que tenía un gran número de hechos que exponer y disponía de un segundo testigo ocular para desvirtuar la posible sospecha de que eran los celos y el deseo de venganza lo que le habían llevado a imaginar cosas que no existían. Como primer confidente eligió al capitán James Mathewson, del *Enterprise*, quien por una parte lo conocía lo suficiente como para no dudar de su palabra, y, por otra, tenía la suficiente influencia en la ciudad como para ser escuchado con respeto. El encuentro tuvo lugar en una habitación de la parte alta de la Taberna de Sabin, próxima a los muelles, con la presencia de Smith para confirmar todas las afirmaciones de Weeden. El capitán Mathewson quedó sumamente impresionado. Como casi todos en la ciudad, él también había sospechado del siniestro Joseph Curwen, por lo que fue suficiente aquella confirmación y ampliación de datos para convencerlo del todo.

Al final de la conferencia permaneció muy serio y pidió a los dos jóvenes que guardaran un absoluto secreto. Dijo que él se ocuparía de

informar individualmente a los ciudadanos más cultos e influyentes de Providence para recabar su opinión y seguir el consejo que pudieran ofrecerle. En todo caso, era crucial la mayor discreción, ya que el tema no podía ser confiado a las autoridades de la ciudad y era conveniente que los rumores no llegaran a oídos del excitable público para evitar una repetición de aquel horrible pánico de Salem, ocurrido hacía menos de un siglo y que había llevado a Curwen a escapar de aquella ciudad.

Las personas más adecuadas para conocer esa información eran, en su opinión, el doctor Benjamin West, cuyo artículo sobre el último tránsito de Venus demostraba que era un erudito y un ingenioso pensador; el reverendo James Manning, rector de la universidad, que había llegado hacía poco tiempo de Warren y se hospedaba provisionalmente en la nueva escuela de King Street en espera de que terminaran su propia vivienda en la colina situada sobre el Presbyterian Lane; el exgobernador Stephen Hopkins, que había sido miembro de la Sociedad Filosófica de Newport y era un hombre de percepciones muy amplias; John Carter, editor de la *Gazette*; los cuatro hermanos Brown, John, Joseph, Nicholas y Moses, que eran los magnates locales; el anciano doctor Jabez Bowen, cuya erudición era considerable y tenía información de primera mano acerca de las extrañas compras de Curwen, y el capitán Abraham Whipple, un hombre de fenomenal energía con el que podía contarse si había que tomar alguna medida «activa». Aquellos hombres, si todo iba bien, podían reunirse finalmente para llevar a cabo una deliberación conjunta y suya sería la responsabilidad de decidir si había que informar o no al gobernador de la colonia, Joseph Wanton, de Newport, antes de adoptar ninguna medida.

La misión del capitán Mathewson tuvo más éxito del esperado, y es que, a pesar de que un par de aquellos confidentes se mostraron algo escépticos en lo concerniente al posible carácter fantástico del relato de Weeden, todos coincidieron en la necesidad de tomar medidas secretas y coordinadas. Era evidente que Curwen constituía una imprecisa amenaza potencial para el bienestar de la ciudad y de la colonia, una amenaza que había que eliminar a cualquier precio. A finales de diciembre de 1770, unos cuantos ciudadanos notables se reunieron en la casa de Stephen Hopkins para discutir las posibles medidas a adoptar. Las notas que Weeden había

entregado al capitán Mathewson se leyeron atentamente, y tanto Weeden como Smith fueron convocados para que las confirmaran y añadieran algunos detalles. Algo muy parecido al miedo se apoderó de todos los reunidos antes de que terminara la conferencia, si bien por encima de aquel miedo se sentían animados por un firme propósito que el capitán Whipple se encargó de expresar con palabras. No informarían al gobernador, porque era evidente la necesidad de una acción fuera de la legalidad. Al parecer, Curwen era un hombre que poseía unos poderes ocultos de alcance insospechado y no se le podía invitar a que abandonara la ciudad por las buenas, pues la invitación podría acarrear terribles represalias y, en el mejor de los casos, la expulsión del siniestro individuo solo significaría el traslado de la amenaza que representaba a un lugar distinto. Lo más indicado sería sorprender a Curwen en su granja de Pawtuxet y darle una oportunidad para que se explicara. Si se demostraba que era un loco que disfrutaba con imaginarios diálogos imitando distintas voces, debía ser encerrado en una institución psiquiátrica; si se descubría algo más grave y los horrores subterráneos eran una realidad, él y todos los que estaban con él debían morir. Todo ello debía hacerse con discreción, sin informar siquiera a la viuda y a su padre de lo que había sucedido.

Mientras se discutían aquellas serias medidas, tuvo lugar en la ciudad un incidente tan terrible e inexplicable que durante algún tiempo no hubo otro tema de conversación en varias millas a la redonda. Una noche de luna llena del mes de enero resonaron sobre el río, colina arriba, una impresionante serie de gritos que llevaron somnolientas cabezas a todas las ventanas, y la gente alrededor de Weybosset Point vio una forma blanca sumergiéndose frenéticamente en el agua en el claro que se abre delante de la Cabeza del Turco. Unos perros ladraron a lo lejos, pero sus ladridos se extinguieron en cuanto el clamor de la despierta ciudad se hizo audible. Grupos de hombres con linternas y mosquetones salieron para ver lo que había ocurrido, pero su búsqueda resultó inútil. Sin embargo, a la mañana siguiente, un cuerpo gigantesco y musculoso, completamente desnudo, fue encontrado cerca de los muelles meridionales del Gran Puente, y la identidad de aquel sujeto se convirtió en tema de innumerables especulaciones y habladurías. Los más viejos intercambiaban furtivos

murmullos de asombro y de temor, ya que aquel rígido rostro con los ojos desorbitados por el horror despertaba en ellos un recuerdo: el de un hombre que había muerto hacía más de cincuenta años.

Ezra Weeden fue testigo del hallazgo y, recordando los ladridos de la noche anterior, se internó por Weybosset Street y por el puente de Muddy Dock, por donde se había oído el sonido. Al alcanzar el límite del barrio habitado, donde empezaba la carretera de Pawtuxet, no le sorprendió encontrar unas huellas muy extrañas en la nieve. El gigante desnudo había sido perseguido por perros y por muchos hombres calzados con pesadas botas, y el rastro de los animales y de sus dueños podía seguirse fácilmente. Habían interrumpido la persecución temiendo acercarse demasiado a la ciudad. Weeden sonrió torvamente y siguió el rastro hasta la granja de Joseph Curwen. El doctor Bowen, a quien Weeden informó inmediatamente de su descubrimiento, realizó la autopsia al extraño cadáver y descubrió unas particularidades que lo desconcertaron profundamente. El tubo digestivo parecía no haber sido usado nunca, mientras que la piel tenía una rugosidad que el doctor no sabía a qué atribuir. Impresionado por lo que los ancianos comentaban sobre el parecido de aquel cadáver con el herrero Daniel Green, fallecido hacía muchísimos años, y cuyo nieto, Aaron Hoppin, era un sobrecargo al servicio de Curwen, Weeden intentó averiguar el lugar donde estaba enterrado Green. Aquella noche un grupo de diez hombres acudió al antiguo cementerio del Norte y abrió una tumba. Tal como esperaban, la encontraron vacía.

Mientras tanto, se había dado aviso para que detuviesen la correspondencia del misterioso personaje. Poco después del hallazgo de aquel cuerpo desnudo fue a parar a manos de la junta de ciudadanos, interesados estos en el caso una carta escrita por un tal Jedediah Orne, vecino de Salem. Charles Ward encontró un fragmento de dicha correspondencia reproducida en el archivo privado de cierta familia. Decía lo siguiente:

> *Me satisface gratamente que continúe el estudio de las antiguas materias a su manera, y mucho dudo que el señor Hutchinson obtuviera unos resultados más óptimos. El*

*espanto que provocó en él la forma que evocó fue enorme. No tuvo los efectos deseados lo que usted nos envió, ya fuera porque faltaba algo, o porque las palabras no eran las justas y adecuadas, bien porque ya las expresara de forma errónea, bien porque se confundiera usted al transcribirlas. No hallo qué hacer. Carezco de los conocimientos de química necesarios para seguir a Borellus y no acierto a descifrar el Libro VII del Necronomicón que me recomendó. Quiero recomendarle gran cautela respecto a quién evoca y tenga siempre presente lo que el señor Mather escribió en sus acotaciones donde representa detalladamente tan terrible cosa. Le ruego que no llame a su presencia a nadie que no pueda dominar, es decir, a nadie que pueda conjurar a su vez algún poder contra el cual resulten ineficaces sus más poderosos recursos. Es necesario que llame a las Potencias Menores no sea que las Mayores no quieran responderle o le excedan en poder. Me da miedo saber que conoce cuál es el contenido de la caja de ébano de Ben Zarisnatnik, porque de la noticia deduzco quién le reveló el secreto. Le ruego nuevamente que se dirija a mí utilizando el nombre de Jedediah y no el de Simon. Peligrosa se convierte esta ciudad para el hombre que quiere sobrevivir y usted ya conoce cómo volví al mundo bajo la forma de mi hijo. Ardo en deseos de que me comunique lo que Sylvanus Codicus reveló al Hombre Negro en su cripta, bajo el muro romano. Le agradeceré que me envíe el manuscrito que menciona.*

Otra carta, esta procedente de Filadelfia sin firma, provocó igual preocupación, especialmente por el siguiente fragmento:

*Tal como me pide, le enviaré las cuentas por medio de sus naves, aunque nunca sé con certeza cuándo esperar su llegada. Necesito únicamente una cosa más, sobre el tema que hablamos, pero quiero cerciorarme de haber entendido*

*exactamente todos sus consejos. Dice usted que para conseguir el efecto deseado no debe faltar parte alguna, pero bien sabe lo difícil que es conseguir todo lo necesario. Juzgo tan complicado como peligroso sustraer la caja entera, y en las iglesias de la villa (ya sea la de San Pedro, la de San Pablo, la de Santa María o la del Santo Cristo), es de todo punto imposible hacer algo así. Sé bien que lo que logró evocar el octubre pasado tenía muchas imperfecciones y que hubo de utilizar innumerables especímenes hasta dar con la forma correcta en 1766. Por eso reitero que me dejaré guiar en todo momento por las instrucciones que usted me dé.*

Una tercera carta estaba escrita en idioma extranjero con alfabeto desconocido, y resultaba igualmente sospechosa. Smith había reproducido torpemente una determinada combinación de caracteres que vio repetida en el diario que hallara Dexter Ward. Los especialistas de la Universidad de Brown determinaron que tales caracteres correspondían al alfabeto amhárico o abisinio, aunque no lograrían identificar la palabra en cuestión. Ninguna de las tres cartas llegó a manos de Curwen. Sin embargo, el hecho de que Jedediah Orne desapareciera al poco tiempo, demuestra que los conjurados de Providence habían tomado ciertas medidas.

La Sociedad Histórica de Pensilvania posee también una interesante carta escrita por un tal doctor Shippen en que se menciona la llegada a Filadelfia de un extraño personaje, más o menos por aquella época. Mientras, algo más importante se tramaba. Los descubrimientos de Weeden resultaron de las reuniones secretas de marineros y mercenarios que tenían lugar durante la noche en los almacenes de Brown. Lentamente se iba elaborando un plan de campaña destinado a eliminar, sin dejar rastro, los macabros misterios de Joseph Curwen.

A pesar de todas las precauciones adoptadas para que Curwen no advirtiera la vigilancia a la que era sometido, el siniestro individuo pareció darse cuenta de que algo anormal estaba ocurriendo, ya que desde entonces presentó un aspecto de extraña preocupación. Su calesa podía verse a todas horas en la ciudad y en la carretera de Pawtuxet, y, poco a poco, abandonó

el aire de forzada amabilidad con que en los últimos tiempos había tratado de eliminar los prejuicios de la ciudad.

Los vecinos más próximos a su granja, los Fenner, observaron una noche un gran torrente de luz que surgía de alguna abertura del techo de aquel edificio de piedra que tenía troneras en vez de ventanas, un hecho del que informaron inmediatamente a John Brown, en Providence. El señor Brown se había puesto al mando del grupo decidido a acabar con Curwen y había comunicado sus propósitos a los Fenners, cosa que se había hecho necesaria debido a la imposibilidad de que los granjeros no presenciaran el ataque final. Justificó aquella operación diciendo que Curwen era un espía de los oficiales de aduanas de Newport, contra los cuales la mano de todo fletador, comerciante y granjero de Providence estaba levantada, abierta o clandestinamente, y les encargó la vigilancia de la granja de Curwen e informarle de cualquier incidente que allí se produjera.

## 4

La probabilidad de que Curwen estuviera alerta y planeara algo anormal, como hacía suponer aquel chorro de luz, precipitó finalmente la acción tan cuidadosamente proyectada por el grupo de ciudadanos. De acuerdo con el diario de Smith, casi cien hombres se reunieron a las diez de la noche del 12 de abril de 1771 en la gran sala de la Taberna Thurston, al otro lado del puente de Weybosset Point. Entre los jefes, además de John Brown, se encontraban el doctor Bowen, con su maletín de instrumentos quirúrgicos; el presidente Manning, sin la gran peluca (la mayor en las colonias) que lo había hecho famoso; el gobernador Hopkins, envuelto en su capa negra y acompañado por su hermano Eseh, al cual había iniciado en el último momento con autorización de sus compañeros; John Carter; el capitán Mathewson y el capitán Whipple, encargado de dirigir la expedición. Aquellos jefes deliberaron aparte en una habitación trasera; después, el capitán Whipple se presentó en la gran sala dando a los hombres allí reunidos las últimas instrucciones. Eleazar Smith se encontraba con los

jefes esperando la llegada de Ezra Weeden, encargado de no perder de vista a Curwen y de informar de la marcha de su calesa hacia la granja.

Alrededor de las diez y media se oyó el ruido de una calesa que cruzaba el Gran Puente, y no fue preciso aguardar a Weeden para saber que Curwen había partido en dirección a la siniestra granja. Un momento después, mientras la calesa se alejaba hacia el puente de Muddy Dock, apareció Weeden, y los hombres se alinearon silenciosamente en la calle empuñando los fusiles de chispa, las escopetas y los arpones balleneros que llevaban consigo. Weeden y Smith formaban parte del grupo, y, de los ciudadanos deliberantes, se encontraban allí para el servicio activo el capitán Whipple, en su calidad de jefe, el capitán Eseh Hopkins, John Carter, el presidente Manning, el capitán Mathewson y el doctor Bowen, junto con Moses Brown, que había llegado a las once, por lo que estuvo ausente de la sesión previa en la taberna. El grupo emprendió la marcha sin demora, dirigiéndose hacia la carretera de Pawtuxet. Poco más allá de la iglesia de Elder Snow, algunos de los hombres se volvieron a contemplar la ciudad dormida bajo las estrellas primaverales. Soplaba una leve brisa con regusto a sal.

Una hora y cuarto después, los expedicionarios llegaron, tal como estaba previsto, a la granja de los Fenner, donde escucharon un último informe de las actividades de Curwen. Había llegado a la granja media hora antes, y la extraña luz brilló inmediatamente a través del tejado del edificio de piedra, aunque las troneras que hacían las veces de ventanas permanecieron a oscuras. El capitán Whipple dispuso que sus fuerzas se dividieran en tres grupos: uno de veinte hombres al mando de Eleazar Smith, que se ocuparía de atacar por la parte de la playa; otros veinte hombres dirigidos por el capitán Eseh Hopkins penetrarían en el valle del río situado detrás de la granja y derribarían con hachas la puerta de madera de roble descubierta por Weeden, y el tercer grupo atacaría de frente la granja y los edificios contiguos. De este tercer grupo, una tercera parte, bajo las órdenes del capitán Mathewson, se dirigiría directamente al edificio de piedra, otra tercera parte seguiría al capitán Whipple hasta el edificio principal de la granja, y el resto formaría un círculo alrededor de todo el

conjunto de edificios para acudir adonde su presencia se hiciera más necesaria.

El grupo encargado de derribar la puerta entraría en acción a una señal convenida capturando a cualquiera que tratara de salir por ella. Otra señal indicaría el comienzo de la operación propiamente dicha, con todos los grupos dirigiéndose hacia sus respectivos objetivos. Poco antes de la una de la madrugada, los tres grupos salieron de la granja de los Fenner.

Eleazar Smith, acompañado del grupo que se dirigía al embarcadero, describió en su diario una sigilosa marcha y una larga espera en el arrecife que se erguía sobre la bahía. Luego se oyó la lejana señal de ataque, seguida por una explosión de rugidos y de gritos. Un hombre creyó oír algunos disparos, y el propio Smith captó los acentos de una voz atronadora resonando en el aire. Poco antes del amanecer, un asustadísimo mensajero con los ojos desorbitados y las ropas impregnadas de un horrible y desconocido hedor se presentó ante el grupo y dijo a los hombres que volvieran en silencio a sus hogares y no pensaran ni hablaran nunca de lo que había ocurrido aquella noche ni de quién había sido Joseph Curwen. El aspecto del mensajero produjo en aquellos hombres una impresión que sus palabras no habrían podido causar por sí solas; a pesar de que era un marinero conocido por la mayoría de ellos, había algo oscuramente perdido o ganado en su alma que lo colocaba en un mundo aparte. Y lo mismo sucedió después, al encontrar a otros antiguos compañeros que habían estado en aquella zona de horror. La mayoría de ellos habían perdido o ganado algo misterioso e indescriptible. Habían visto, oído o advertido algo que no estaba destinado al entendimiento humano y no podían olvidarlo. No hicieron nunca el menor comentario, y el grupo del embarcadero percibió, a través de aquel único mensajero, un indecible espanto que casi selló sus propios labios. Pocos son los rumores procedentes de ellos, y el diario de Eleazar Smith es el único informe escrito que ha sobrevivido de toda aquella expedición.

Charles Ward, sin embargo, descubrió otra vaga fuente de información en algunas cartas de los Fenner que encontró en New London, donde sabía que había residido otra rama de la familia. Según parece, los Fenner, desde cuya casa era visible la granja maldita, habían contemplado la partida de las

columnas de expedicionarios y habían oído claramente los furiosos ladridos de los perros seguidos por la primera explosión que precipitó el ataque. A aquella primera explosión la había seguido una repetición del gran chorro de luz procedente del edificio de piedra, y, poco después, empezaron a resonar disparos de mosquetón y de escopeta acompañados de unos horribles gritos que el autor de la carta, Luke Fenner, había representado así por escrito: «*Whaaaaarrr… Rwhaaarrr*». Sin embargo, aquellos gritos tenían características que la simple escritura no podía reproducir, y el corresponsal comentaba que su madre se había desmayado al oírlos. Después se repitieron con menos fuerza, mezclados con otros disparos y una sorda explosión del lado del río. Alrededor de una hora más tarde todos los perros empezaron a ladrar espantosamente y la tierra pareció temblar hasta el punto de que los candelabros oscilaron sobre la repisa de la chimenea. Se captó un intenso olor a azufre seguido de más disparos, y a continuación se oyó un grito menos agudo, pero más espantoso aún que los anteriores: una especie de tos o gorgoteo indescriptible.

Después de aquello se produjo un silencio que duró casi tres cuartos de hora; pasado aquel tiempo, el pequeño Arthur Fenner, hermano de Luke, exclamó que veía «una niebla roja» elevándose hacia las estrellas desde la funesta granja. Nadie más que el muchacho pudo atestiguar el hecho, pero Luke admitía la significativa coincidencia que implicaba que, en el mismo instante, el pánico arqueara los lomos y erizara los pelos de los tres gatos que se encontraban en la habitación.

Cinco minutos después sopló un viento gélido y el aire se llenó de un olor tan insoportable que solo la fuerte brisa del mar pudo impedir que lo percibiera el grupo apostado junto al embarcadero o cualquier alma despierta en la aldea de Pawtuxet. El olor no se parecía a ninguno que los Fenner hubieran conocido hasta entonces y producía una especie de temor vago, penetrante, mucho más intenso que el que pueda causar una tumba o un osario. Casi inmediatamente se escuchó la horrible voz que nadie que la hubiese oído podría olvidar jamás. Atronó el aire, y las ventanas rechinaron mientras sus ecos se extinguían. Era profunda y musical, poderosa como un órgano, pero maligna como los libros prohibidos de los árabes. Ningún hombre puede repetir lo que dijo, ya que habló en una lengua desconocida,

pero Luke Fenner intentó reproducirlo así: «DESMES… JESHET… BONEDOSEFEDUVEMA… ENTTEMOSS». Hasta el año 1919 nadie relacionó aquella burda transcripción con ninguna otra cosa conocida, pero Ward palideció al reconocer lo que Mirandola había denunciado, temblando, como el más definitivo de los horrores entre las invocaciones de la magia negra.

Un coro de gritos indudablemente humanos pareció contestar a aquella maligna invocación desde la granja de Curwen, y, después, el desconocido hedor se mezcló con otro igualmente insoportable. Un aullido distinto del griterío anterior se pudo oír, subiendo y bajando de tono en indescriptibles paroxismos. En ocasiones se hacía casi articulado, aunque ningún oyente podía entender ninguna palabra definida, y, en cierto momento, pareció acercarse a los límites de una risa histérica y diabólica. A continuación, un alarido aterrorizado y demencial surgió de numerosas gargantas humanas, un alarido que surgió fuerte y claro a pesar de la profundidad de la cual debía proceder. Más tarde todo fue oscuridad y silencio. Unas espirales de humo acre ascendieron hacia las estrellas, aunque no se vio ninguna llama y al día siguiente no se observó que ningún edificio hubiera desaparecido o resultado dañado en su estructura.

Hacia el amanecer, dos atemorizados mensajeros con las ropas impregnadas de un hedor espantoso e inclasificable llamaron a la puerta de los Fenner y pidieron un barrilito de ron que pagaron a muy buen precio, por cierto. Uno de ellos le dijo a la familia que el caso de Joseph Curwen estaba resuelto y que los acontecimientos de aquella noche no volverían a mencionarse. En definitiva, lo único que queda para contarnos lo que fue visto y oído son las furtivas cartas de Luke Fenner, las cuales debían ser destruidas por su pariente de Connecticut después de leerlas. El hecho de que aquel pariente no obedeciera la indicación de Luke Fenner impidió que el asunto cayera en un misericordioso olvido.

## 5

Ninguno de los hombres que participaron en aquella terrible expedición pudo ser convencido nunca de decir una sola palabra sobre ella, y todos los fragmentos de los vagos informes que han sobrevivido proceden de personas ajenas al grupo de atacantes. Hay algo espantoso en el cuidado con que aquellos expedicionarios destruyeron todo lo que mencionaba de cerca o de lejos el asunto.

Ocho marineros resultaron muertos, pero, aunque sus cadáveres no fueron presentados, sus familias quedaron satisfechas con la explicación de que se había producido un encuentro con los aduaneros. La misma explicación justificó los múltiples casos de heridas que fueron atendidas y vendadas por el doctor Jabez Bowen, que había acompañado a la expedición. Más difícil de explicar resultó el indecible hedor adherido al cuerpo de todos los expedicionarios, cosa que fue comentada durante semanas. Entre los jefes de la expedición, el capitán Whipple y Moses Brown resultaron gravemente heridos, y unas cartas de sus esposas atestiguan el desconcierto que les produjo la reticencia de sus maridos respecto a sus vendajes. Psicológicamente, todos los participantes sufrieron una fuerte impresión. Afortunadamente eran hombres de acción con convicciones religiosas sencillas y ortodoxas para quienes no existían cosas tales como la introspección y las complicaciones mentales. El más afectado fue el presidente Manning, pero incluso él pareció olvidar lo sucedido.

A la viuda de Joseph Curwen le fue entregado un ataúd de plomo de extraño diseño que había sido hallado en la granja y en el cual le dijeron que se encontraba el cadáver de su marido. Le explicaron que había muerto en un combate con los aduaneros y que no era conveniente dar más detalles sobre el acontecimiento. Nadie se atrevió a hablar del final de Joseph Curwen, y Charles Ward contó con un único indicio para elaborar su teoría. Aquel indicio era un simple párrafo de una carta que Jedediah Orne había enviado a Curwen desde Salem y que se encontró en poder de los descendientes de Ezra Weeden. El párrafo subrayado era el siguiente: «Vuelvo a decirle que no llame a su presencia a nadie a quien no pueda dominar, me refiero a alguien que a su vez pueda conjurar algún poder contra el cual sean ineficaces sus más poderosos recursos».

Leyendo aquel párrafo y pensando en los indescriptibles aliados que un hombre a punto de morir podía invocar en su ayuda, Charles Ward pudo muy bien preguntarse si algún ciudadano de Providence había matado a Joseph Curwen.

La deliberada eliminación de todos los vestigios del muerto de la historia de Providence fue facilitada ampliamente por la influencia de los jefes de la expedición. Al principio no se habían propuesto ser tan meticulosos y habían permitido que la viuda y su padre permanecieran ignorantes de las verdaderas circunstancias, pero el capitán Tillinghast era un hombre astuto y no tardaron en llegar a sus oídos rumores que lo llenaron de horror y lo impulsaron a solicitar el cambio de nombre para su hija y para su nieta. Además, quemó la biblioteca y todos los documentos y borró la inscripción que figuraba en la lápida de la tumba de Joseph Curwen. Conocía perfectamente al capitán Whipple y probablemente consiguió de aquel rudo marinero más información que nadie sobre el misterioso final del siniestro personaje.

A partir de entonces, el deseo de eliminar todo recuerdo de Curwen aumentó extraordinariamente y al final llegó a extenderse por común acuerdo a los archivos oficiales de la ciudad y a los de la *Gazette*. Aquel deseo solo puede compararse en espíritu al baldón que cayó sobre el nombre de Oscar Wilde durante una década después de su desgracia y, en extensión, a la suerte de aquel pecador rey de Runagur del cuento de lord Dunsay, al cual los dioses condenaron no solo a dejar de ser, sino también a dejar de haber sido.

La señora Tillinghast, como fue conocida la viuda después de 1772, vendió la casa de Olney Court y residió con su padre en Powers Lane hasta el fin de sus días, en 1817. La granja de Pawtuxet, evitada por toda alma viviente, permaneció solitaria a través de los años y empezó a desmoronarse con increíble rapidez. En 1780 solo quedaban en pie las piedras y la mampostería, y en 1800 el lugar era ya un montón de ruinas.

## UNA BÚSQUEDA Y UNA EVOCACIÓN

# 1

Charles Ward, como ya se ha visto, se enteró en 1918 de que descendía de Joseph Curwen. No es extraño que se tomara tanto interés por todo lo relacionado con el antiguo misterio, ya que los vagos rumores que había oído acerca de Curwen se habían convertido para él en algo vital desde que supo que por sus venas corría la misma sangre que había circulado por las de Curwen. Ningún genealogista excitable e imaginativo podría haber hecho otra cosa que iniciar una ávida y sistemática recogida de datos relativos a Curwen.

En sus primeras investigaciones no hubo la menor intención de mantenerlo en secreto, de manera que incluso el doctor Lyman duda en situar la locura del joven en un período anterior a 1919. Hablaba libremente con su familia —aunque a su madre no le agradaba demasiado tener un antepasado como Curwen— y con los funcionarios de los diversos museos y bibliotecas que visitaba. Cuando se dirigía a los particulares en demanda de la información o documentos que obraban en su poder, no ocultaba el objeto de su búsqueda y compartía la divertida incredulidad con que eran considerados los relatos de los antiguos redactores de diarios y de cartas. Con frecuencia expresaba una gran curiosidad por saber lo que había ocurrido en realidad siglo y medio antes en la granja de Pawtuxet, cuyo emplazamiento trató en vano de localizar, y qué clase de individuo había sido Joseph Curwen.

Cuando encontró el diario de Smith y la carta de Jedediah Orne, decidió visitar Salem e indagar cuáles habían sido las actividades que Curwen había realizado allí, cosa que hizo durante las vacaciones de Pascua de 1919. En el Instituto Essex, que ya conocía de anteriores estancias en la antigua ciudad puritana, fue recibido muy amablemente. Allí tuvo oportunidad de descubrir una considerable cantidad de datos sobre Curwen. Se enteró de que su antepasado había nacido en Salem-Village, actualmente Danvers, a siete millas de la ciudad, el dieciocho de febrero de 1662, y que se había embarcado a la edad de quince años para no reaparecer hasta nueve años más tarde, cuando regresó con el habla, el vestir y los modales de un inglés nativo para establecerse en Salem. En aquel tiempo casi no se relacionaba

con su familia y pasaba la mayor parte del tiempo con los libros que había traído de Europa y los extraños productos químicos que le llegaban en barcos procedentes de Inglaterra, Francia y Holanda. Algunos de sus viajes por la región dieron mucho que hablar y se asociaron con vagos rumores acerca de hogueras que ardían por la noche en las colinas.

Los únicos amigos íntimos de Curwen habían sido un tal Edward Hutchinson, de Salem-Village, y un tal Simon Orne, de Salem. Con frecuencia se le vio acompañado de aquellos hombres en los alrededores del parque, y las visitas entre ellos no eran menos frecuentes. Hutchinson era propietario de una casa próxima al bosque y se decía que por la noche se oían en ella unos extraños ruidos. Se comentaba también que recibía extraños visitantes y que las luces que se reflejaban en sus ventanas no eran siempre del mismo color. El conocimiento que demostraba tener sobre personas que habían muerto hacía mucho tiempo y sobre acontecimientos remotos era considerado como claramente sospechoso. Hutchinson desapareció en la época del gran pánico de Salem y nunca se volvieron a tener noticias suyas. También Joseph Curwen se marchó en la misma época, aunque se supo que se había establecido en Providence. Simon Orne residió en Salem hasta 1720, cuando el hecho de que no envejeciera empezó a llamar la atención. Entonces desapareció, pero treinta años más tarde se presentó su hijo reclamando sus propiedades. La reclamación prosperó debido a lo irrefutable de los documentos, de puño y letra de Simon Orne. Jedediah Orne vivió en Salem hasta 1771, cuando ciertas cartas de ciudadanos de Providence al reverendo Thomas Barnard y a otros hombres influyentes provocaron su sigiloso traslado a un lugar desconocido.

Algunos documentos que trataban de aquellos extraños asuntos se pudieron conseguir en el Instituto Essex, el Ayuntamiento y la Oficina del Registro de la Propiedad, incluyendo inofensivos títulos de propiedad o facturas de venta, y furtivos fragmentos de una naturaleza más misteriosa. En los archivos del juicio por brujería había cuatro o cinco alusiones inconfundibles a ellos, como cuando un tal Hepzibah Lawson juró, el 10 de julio de 1692, ante el Tribunal de Oyer y Terminen presidido por el juez Hathorne, que «cuarenta brujas y el Hombre Negro se reunieron en los bosques situados detrás de la casa del señor Hutchinson», y un tal Amity

How declaró, en una sesión del ocho de agosto ante el juez Gedney, que «G. B. (George Burroughs) fue marcado por el diablo la misma noche que lo fueron Bridget S., Jonathan A., Simon O., Deliverance W., Joseph C., Susan P., Mehitable C., y Deborah B».. Había un catálogo de la misteriosa biblioteca de Hutchinson tal como se encontró después de su desaparición, y un manuscrito inacabado, escrito por el propio Hutchinson en una clave que nadie pudo descifrar. Ward hizo sacar una copia fotostática del manuscrito y empezó a trabajar en la clave. A partir del mes de agosto su tarea se hizo intensa y febril, y, a juzgar por su comportamiento y sus palabras, puede suponerse que encontró la clave en octubre o noviembre de aquel mismo año. Sin embargo, Ward no aclaró nunca si había tenido éxito o no.

Pero el material de mayor y más inmediato interés era el de Orne. A Ward no le resultó muy difícil demostrar por la caligrafía una cosa que ya había dado por supuesta después de leer la carta dirigida a Curwen, es decir, que Simon Orne y su supuesto hijo eran la misma persona. Tal como Orne le decía a su corresponsal, continuar viviendo en Salem se había vuelto peligroso, y, por ello, decidió pasar treinta años en el extranjero y regresar a reclamar sus propiedades como representante de una nueva generación de la familia. Orne se había tomado la molestia de destruir la mayoría de su correspondencia, pero los ciudadanos que actuaron en 1771 encontraron y conservaron unas cuantas cartas y documentos que habían despertado su curiosidad. Eran fórmulas y diagramas en clave que Ward copió o fotografió cuidadosamente, y una carta sumamente misteriosa en una caligrafía que Ward reconoció como perteneciente a Joseph Curwen.

Aquella carta de Curwen, en la que no constaba el año en que fue escrita, evidentemente no era la que había dado lugar a la respuesta de Orne que había llegado a las manos de Ezra Weeden. Ward la fechó aproximadamente en 1750. No estará de más reproducir el texto completo como una prueba del estilo de un personaje cuya historia era tan oscura y tan terrible. El destinatario figura como «Simon», pero el nombre aparece tachado.

*Providence, 1 de mayo*

*Hermano:*

*Mi honorable y antiguo amigo, con los debidos respetos y buenos deseos a aquel a quien servimos para su eterno poder, quiero informarte de lo que debes saber sobre el último extremo. No estoy dispuesto a seguirte marchándome de aquí, ya que Providence no juzga con la dureza de otros lugares las cosas que se salen de lo ordinario. Me encuentro atado por mis negocios y no puedo actuar igual que tú. Además, mi granja de Pawtuxet tiene en sus entrañas lo que tú sabes, y no puedo abandonarlo.*

*Pero no estoy desprevenido para un momento difícil y he trabajado mucho en la forma de regresar después de la pérdida. Anoche descubrí las palabras que traen a YOGGESOTHOTHE y vi por primera vez aquel rostro de que habla Ibn Schacabac en el… Y dijo que el Salmo III del Liber Damnatus encierra la clave. Con el Sol en la V casa, y Saturno en la tercera, hay que dibujar el pentágono de fuego y recitar tres veces el versículo noveno. Y de las semillas de lo viejo nacerá lo nuevo que mirará hacia atrás sin saber qué buscar.*

*Nada ocurrirá si no tengo heredero y si el método para fabricar las sales no está dispuesto para él. Y llegado a este punto, confieso no haber dado todos los pasos imprescindibles ni encontrado lo mínimo preciso. El proceso de fabricación se alarga. Cada día se hace más difícil hallar y juntar los especímenes necesarios para ello, a pesar de todo lo que traigo de las Indias. Los vecinos muestran curiosidad, pero hasta el momento he conseguido aplacarla. Los caballeros son peores que los plebeyos, ya que aquellos son más sosegados en sus juicios y más dignos de crédito. Mucho me temo que hayan hablado ya Parson y Merritt, aunque de momento me considero libre. Por haber en la ciudad dos buenas boticas, todas las sustancias químicas esenciales son fáciles de obtener. Me guío siempre por lo que aconseja*

*Borellus y recurro con frecuencia al Libro VII de Abdul Al-Hazred. Lo que descubra te lo haré saber. Si deseas invocarlo, utiliza la fórmula que te envío con esta carta.*
*Me alegro de que estés de vuelta en Salem y deseo tener ocasión de verte. Si te decides a venir, puedes tomar la diligencia de Boston que pasa por Dedham, Wrentham y Attleborough. En todos esos pueblos hay buenas posadas. En Wrentham puedes dormir en la posada del señor Bolcom; sus camas son mejores que las de la posada del señor Hatch, pero te recomiendo que comas en esta última, ya que su cocina es mejor. Desde las cascadas llegarás con facilidad a Providence. Mi casa se halla al lado de la posada del señor Epenetus Olney, en Town Street, al lado norte de Olney's Court.*
*La distancia desde Boston es de unas cuarenta y cuatro millas.*
*Tu antiguo y sincero amigo y servidor en Almonsin-Metraton.*

*Josephus C.*

*A Simon Orne*
*William's Lane*
*Salem*

Aquella carta permitió a Ward ubicar exactamente el hogar de Curwen en Providence, ya que ninguno de los documentos que había encontrado anteriormente era tan específico. En realidad, estaba muy cerca de su propio hogar y allí residía una familia negra muy apreciada para eventuales trabajos domésticos tales como lavar la ropa, limpiar la casa o atender al servicio de calefacción. El hecho de encontrar en la lejana Salem tales evidencias del significado de aquella casa en la historia de su propia familia impresionó profundamente a Ward, el cual decidió explorarla inmediatamente después de su regreso a Providence.

## 2

El joven Ward regresó a Providence en un estado de agradable excitación y pasó el sábado siguiente en un largo y exhaustivo estudio de la casa de Olney Court. El lugar, ahora muy destartalado, no había sido nunca una mansión. Era una modesta casa de madera de dos plantas de tipo colonial con un tejado puntiagudo, una amplia chimenea central y un porche adornado con columnas dóricas. En el exterior había sufrido muy pocas modificaciones, y Ward sintió que estaba contemplando algo que tenía una relación muy cercana con el siniestro objetivo de su investigación.

Conocía a los negros que habitaban la casa y fue cortésmente invitado a verla por dentro por el viejo Asa y su gorda esposa Hannah. En el interior los cambios eran más profundos de lo que indicaba el exterior, y Ward se sintió un poco decepcionado al comprobarlo, aunque para él fue una experiencia emocionante encontrarse entre las atávicas paredes que habían albergado a un hombre tan enigmático como Joseph Curwen.

A partir de aquel día y hasta el cierre de la escuela, Ward se dedicó al estudio de la copia fotostática del manuscrito de Hutchinson y a recolectar datos locales sobre Curwen. La clave del manuscrito se le resistía, pero obtuvo tantos datos y tantas pistas para localizarlos en otros lugares que decidió realizar un viaje a New London y a Nueva York para consultar cartas antiguas cuya presencia en aquellos lugares estaba indicada. Aquel viaje fue muy provechoso, ya que le permitió descubrir las cartas de los Fenner, con su terrible descripción del asalto a la granja de Pawtuxet, y la correspondencia Nightingale-Talbot por las cual se enteró de la existencia del retrato pintado en un panel de la biblioteca de Curwen. El tema del retrato le interesó muy especialmente, puesto que deseaba conocer el aspecto que había tenido Joseph Curwen y decidió realizar otra visita a la casa de Olney Court por si le fuera posible encontrar algo que le hubiera pasado inadvertido la primera vez.

Ward realizó aquella segunda visita a principios de agosto, y en el curso de la misma revisó meticulosamente las paredes de todas las estancias que por su tamaño hubiesen podido contener la biblioteca de Curwen. Prestó especial atención a los paneles que se conservaban en su mayor parte cubiertos con sucesivas capas de pintura, y al cabo de una hora sus esfuerzos dieron resultado cuando descubrió, en una de las habitaciones

más amplias, una zona de la pared más oscura que las demás y, precisamente, situada encima de la repisa de la chimenea. La rascó cuidadosamente con un cuchillo y supo que había dado con un retrato al óleo de gran tamaño. El joven no se atrevió a dañar el cuadro tratando de descubrirlo inmediatamente y decidió pedir ayuda a un experto. Tres días después regresó con un artista de mucha experiencia, el señor Walter Dwight, cuyo estudio se encuentra cerca del College Hill, y aquel experto restaurador inició inmediatamente su trabajo con las sustancias químicas y los métodos adecuados. El viejo Asa y su esposa estaban muy excitados por todos aquellos manejos, y fueron convenientemente recompensados por la invasión de su hogar.

A medida que los trabajos de restauración progresaban, Charles Ward contemplaba con creciente interés las líneas y las sombras paulatinamente desveladas después de su largo olvido. Dwight había empezado por la parte de abajo, y, dado el tamaño del cuadro, el rostro no apareció hasta transcurrido algún tiempo. Entretanto, podía observarse que el sujeto era un hombre enjuto y bien formado que vestía un abrigo azul marino, un chaleco bordado y unas medias de seda blancas. Aparecía sentado en una silla de madera tallada, y tras él se abría una ventana a un paisaje de muelles y de buques. Cuando al fin se descubrió el rostro, Ward y el artista lo encontraron familiar sin que de momento supieran en qué consistía aquella familiaridad. Su sorpresa no tuvo límites al quedar terminado el delicado trabajo del restaurador: aquel rostro pálido, enjuto, era el del propio Charles Dexter Ward.

Ward llevó a sus padres a ver la maravilla que había descubierto, y su padre decidió inmediatamente comprar el retrato a pesar de que estaba pintado sobre un panel que habría que arrancar. El parecido con el muchacho, aunque los rasgos estaban más formados por la edad, era asombroso; después de siglo y medio, una broma de la ley de herencia había producido un doble idéntico de Joseph Curwen en la persona de Ward. A su madre, por el contrario, no le agradó el descubrimiento y le dijo a su marido que sería mejor que quemaran el cuadro en vez de traerlo a casa. Había en él algo malsano, no solo intrínsecamente, sino en su mismo parecido con Charles. Sin embargo, el señor Ward era un práctico hombre

de negocios que no se dejaba influir por los escrúpulos femeninos. El retrato lo había impresionado profundamente por su parecido con su hijo y creyó que el muchacho se lo merecía como regalo. No es necesario decir que Charles compartía la opinión de su padre, y, unos días después, el señor Ward localizó al propietario de la casa y adquirió el trozo de pared que contenía el retrato.

Faltaba ahora arrancar el cuadro y trasladarlo a la casa de Ward, donde quedaría instalado en el estudio-biblioteca de Charles. El propio Charles fue el encargado de supervisar el traslado y el veintiocho de agosto acudió junto a dos empleados de la firma Crooker, expertos en decoración, a la casa de Olney Court. El panel fue arrancado cuidadosamente para ser transportado por el camión de la compañía. Detrás del panel quedó al descubierto un espacio de mampostería que marcaba el curso de la chimenea, y el joven Ward advirtió en él un pequeño hueco situado exactamente detrás del lugar que había ocupado la cabeza del retrato. Impulsado por la curiosidad, el joven examinó aquel agujero y debajo de una espesa capa de polvo encontró algunos papeles amarillentos y un libro encuadernado con tapas negras. En la cubierta delantera se leía esta inscripción: «Diario y notas de Joseph Curwen, caballero de Providence-Plantations, natural de Salem».

Profundamente excitado por su hallazgo, Ward mostró el libro a los dos empleados que estaban a su lado. El testimonio de estos acerca de la naturaleza y la autenticidad del hallazgo es decisivo, y el doctor Willett funda en ellos su teoría de que el muchacho no estaba loco cuando empezó a cometer sus excentricidades. Todos los demás documentos eran también de puño y letra de Curwen, y uno de ellos parecía especialmente importante debido a su inscripción: «Al que vendrá después. Cómo podrá trasladarse a través del tiempo y de las esferas». Otro de los documentos estaba en clave, la misma, esperó Ward, que la del manuscrito de Hutchinson que tantos quebraderos de cabeza le estaba proporcionando. Un tercer documento, para regocijo de Ward, parecía ser la explicación de la clave, mientras que el cuarto y el quinto estaban dirigidos respectivamente a «Edw. Hutchinson, hidalgo» y «Jedediah Orne, cab»., «o a sus herederos o herederas, o a aquellos que los representen». El sexto y último llevaba la inscripción:

«Joseph Curwen. Su vida y sus viajes entre 1678 y 1687. De los lugares a los cuales viajó, de lo que vio, y de lo que aprendió».

## 3

Ya hemos llegado al punto a partir del cual la escuela más académica de médicos alienistas fija la locura de Charles Ward. Al efectuar su descubrimiento, el joven había hojeado inmediatamente algunas páginas del libro y de los manuscritos y, evidentemente, vio algo que le causó una profunda impresión. En realidad, al mostrar los títulos a los empleados, pareció reservarse el texto para sí mismo con extraño cuidado, manifestando una especie de zozobra no justificada por la importancia genealógica del descubrimiento. Cuando regresó a su casa, dio la noticia con un aire casi turbado, como si quisiera referirse a su gran importancia sin tener que mostrar la prueba en sí. A sus padres ni siquiera les enseñó los títulos, únicamente les dijo que había encontrado algunos documentos de puño y letra de Joseph Curwen, «la mayoría de ellos en clave», los cuales tendrían que ser estudiados minuciosamente antes de pronunciarse sobre su verdadero significado.

Aquella noche Charles Ward no se acostó. Se le fueron pasando las horas mientras leía los documentos y el libro recién descubiertos, y cuando se hizo de día continuó leyendo. Por la mañana su madre lo encontró trabajando frenéticamente en la copia fotostática del manuscrito de Hutchinson, el cual le había mostrado frecuentemente, pero, en respuesta a sus preguntas, se limitó a decir que no correspondía a la clave de Curwen. Por la tarde abandonó su trabajo para observar con fascinación a los obreros que habían venido a colocar el cuadro en su estudio. Cuando los obreros se marcharon, terminado su trabajo, el joven se sentó delante del cuadro con la mitad de su atención concentrada en el manuscrito y la otra mitad en el retrato que parecía devolverle su propia imagen como un espejo. Sus padres, al recordar su comportamiento en aquella época, daban interesantes detalles sobre la actitud de ocultamiento que practicaba. Delante de los criados raramente escondía algún documento que estuviera estudiando, ya

que suponía que la intrincada y arcaica caligrafía de Curwen no estaba a su alcance. Con sus padres, sin embargo, era más reservado y, a menos que el manuscrito en cuestión estuviera en clave o fuera un simple amasijo de jeroglíficos desconocidos (como el titulado *Al que vendrá después…)*, lo escondía bajo un papel hasta que el visitante se hubiera marchado. Por la noche guardaba bajo llave los documentos en una antigua consola, en la cual los dejaba también siempre que salía del estudio. No tardó en volver a su horario y a sus hábitos corrientes, y la única alteración fue que sus largos paseos quedaron interrumpidos. La reanudación de las clases no pareció agradarle y con frecuencia declaraba su intención de no asistir a ellas. Tenía, decía, importantes investigaciones especiales que llevar a cabo, las cuales le proporcionarían más conocimientos que los que pudiera darle ninguna universidad del mundo.

Naturalmente, solo alguien que había sido siempre más o menos estudioso, excéntrico y solitario podía llevar aquella vida durante muchos días sin llamar la atención. Sin embargo, Ward era un investigador y un eremita por naturaleza, de ahí que sus padres se sintieran menos sorprendidos que apenados por la reclusión y el sigilo que había adoptado el joven. A la vez, lo mismo su padre que su madre encontraban muy extraño que Charles no les hubiera mostrado los tesoros que había descubierto, ni les hablara de los datos que hasta entonces había descifrado. El joven explicaba esa reticencia con la excusa de que prefería esperar hasta poder anunciarles algo concreto, pero, a medida que transcurrían las semanas, iba estableciéndose una especie de tensión entre los miembros de la familia que, en el caso de su madre, se intensificaba por su evidente aversión a todo lo relacionado con Curwen.

Durante el mes de octubre, Ward volvió a visitar las bibliotecas, aunque ya no buscaba en ellas las mismas cosas que en épocas anteriores. Lo que ahora parecía interesarle era la brujería y la magia, el ocultismo y la demonología, y cuando las fuentes de Providence resultaban infructuosas, tomaba el tren de Boston y buscaba entre los tesoros de la gran Biblioteca de Copley Square, de la Biblioteca Wiedeher de Harvard, o de la Zion Research de Brookline, donde pueden consultarse algunas obras muy raras sobre temas bíblicos. Compraba muchos libros y tuvo que colocar nuevas

estanterías en su estudio para llenarlas con las obras recién adquiridas. Durante las vacaciones de Navidad realizó varios viajes a los pueblos de los alrededores, incluyendo uno a Salem para consultar ciertos archivos del Instituto Essex.

A mediados de enero de 1920, Ward empezó a mostrar una expresión de triunfo, al mismo tiempo que dejaba de trabajar en el manuscrito cifrado de Hutchinson. En cambio, se dedicó a una doble actividad de experimentos químicos y de buscador de archivos, instalando para los primeros un laboratorio en el ático de su casa y acudiendo para la segunda de estas actividades a todas las fuentes de estadísticas vitales de Providence. Los comerciantes locales de drogas y materiales científicos, interrogados más tarde, dieron unas listas asombrosamente raras de las sustancias e instrumentos que adquiría, pero los empleados del Ayuntamiento y de las distintas bibliotecas coincidían en lo que respecta al objetivo concreto de su segunda actividad: estaba buscando apasionada y frenéticamente la tumba de Joseph Curwen, de cuya lápida una generación más antigua había borrado prudentemente el nombre.

Paulatinamente, la familia de Ward fue dándose cuenta de que algo extraño sucedía. No era la primera vez que Charles se mostraba caprichoso y extravagante, pero sus rarezas actuales resultaban inconcebibles, incluso tratándose de él. Las tareas universitarias habían dejado de interesarle, y, a pesar de que no lo suspendieron en ninguna asignatura, resultaba obvio que su antigua aplicación había desaparecido del todo. Ahora tenía otras preocupaciones y cuando no estaba en su laboratorio rodeado de libros antiguos, sobre todo de alquimia, era porque estaba rebuscando en antiguos y empolvados archivos, o bien pegado a sus volúmenes de ciencias ocultas en su estudio, donde los sorprendentemente similares rasgos de Joseph Curwen lo contemplaban desde una de las paredes.

A finales de marzo, Ward acompañó su búsqueda de archivos con una fantástica serie de paseos por los distintos cementerios antiguos de la ciudad. La causa se conoció más tarde, cuando, a través de los empleados del Ayuntamiento, se supo que probablemente había encontrado una pista importante. Sus investigaciones le habían permitido averiguar casualmente que la tumba de Joseph Curwen estaba muy próxima a la de un tal Naphtali

Field. Efectivamente, examinados los archivos que Ward había estado consultando, los investigadores hallaron algo que había escapado al propósito de hacer desaparecer todo recuerdo de Curwen: un fragmento en el que se afirmaba que el ataúd de plomo había sido enterrado «10 pies al sur y 5 pies a oeste de la tumba de Naphtali Field, en el…». El hecho de que no se precisara el cementerio hacía muy difícil la búsqueda, y la tumba de Naphtali Field parecía tan esquiva como la de Curwen, pero en el caso de Field no había existido ninguna eliminación sistemática de datos, por lo que era de suponer que su tumba podría ser localizada. Y buena prueba de que Ward también pensaba así es el hecho de que las visitas que realizaba a los cementerios excluían diversos camposantos congregacionistas, ya que había averiguado que el único Naphtali Field (fallecido en 1729) a que podía hacer referencia la anotación había sido baptista.

## 4

Durante el mes de mayo, por solicitud del señor Ward y provisto de toda la información relacionada con Curwen que la familia había recabado de Charles en su época «normal», el doctor Willett mantuvo una conversación con el joven. La entrevista no le permitió llegar a ninguna conclusión definitiva, ya que Willett notó que Charles era perfectamente dueño de sus facultades y se dedicaba a asuntos de verdadera importancia, pero al menos obligó al reservado muchacho a ofrecer alguna explicación racional de su reciente comportamiento. Ward pareció dispuesto a hablar de sus actividades, pero no a desvelar su objetivo. Afirmó que los documentos de su antepasado contenían algunos importantes secretos de naturaleza científica, la mayoría en clave, y su alcance aparente solo era equiparable al de los descubrimientos del fraile Bacon, y tal vez los superaban. Sin embargo, no poseían ningún significado salvo que se relacionaran con un cuerpo de enseñanzas completamente anticuado, de modo que su inmediata presentación a un mundo provisto únicamente de ciencia moderna los despojaría de toda espectacularidad y no pondría en evidencia su dramático significado. Para que ocuparan su lugar en la historia del pensamiento

humano, tenían que ser correlacionados en primer lugar por alguien familiarizado con la época en la que se desarrollaron, y Ward estaba ocupado ahora en aquella tarea de correlación. Estaba estudiando para aprender lo más rápidamente posible aquellas olvidadas artes antiguas que un auténtico intérprete de los datos de Curwen necesitaba, y esperaba a su debido tiempo informar cumplidamente a la humanidad y al mundo del pensamiento. Ni siquiera Einstein, declaró, podía revolucionar de forma más absoluta las teorías científicas en boga.

En cuanto a las visitas a los cementerios, aunque sin especificar los progresos realizados, dijo que tenía motivos para creer que la mutilada lápida de la tumba de Curwen contenía ciertos símbolos místicos, grabados a indicación suya e ignorantemente omitidos por los que habían borrado el nombre, que eran absolutamente necesarios para la resolución de su sistema cifrado. En su opinión, Curwen había deseado guardar celosamente su secreto y, en consecuencia, había repartido los datos de un modo muy raro. Cuando el doctor Willet pidió ver los documentos místicos, Ward se mostró muy reticente e intentó eludirlo mostrándole la copia fotostática del manuscrito de Hutchinson y las fórmulas y diagramas de Orne, pero finalmente le permitió echar una ojeada a algunos de los documentos de Curwen: el Diario y Notas y el mensaje encabezado por «Al que vendrá después».

Abrió el Diario por una página escogida precisamente por su inocuidad, para que Willett pudiera ver la escritura de Curwen. El doctor la examinó atentamente y, por el estilo y la caligrafía, quedó convencido de que el documento era auténtico. El texto en sí era relativamente anodino, y Willett recordaba solo un fragmento:

> *Viernes, 16 de octubre de 1754. Hoy ha llegado el Wahefal con otros XX hombres recogidos en las Indias, españoles de Martinica y holandeses de Surinam. Los holandeses muestran una actitud de recelo, como si sospecharan algo raro, pero intentaré convencerlos de que se queden. El señor Knight Dexter me ha enviado 120 piezas de camelote, 100 piezas de camelotina, 20 piezas de siberiana azul, 100 piezas de chalón,*

*50 piezas de percal y 300 piezas de sarga. El señor Perrigot me ha enviado un juego de hachas. Anoche recité el SABAOTH tres veces, pero no apareció nadie. Tengo que saber algo más del señor H. de Transilvania, ya que me resulta extraño que a mí no me sirva lo que a él le ha servido perfectamente durante cientos de años. Simon no ha escrito estas últimas semanas, pero espero recibir noticias suyas muy pronto.*

Al llegar aquí el doctor Willett pasó la página, pero Ward intervino rápidamente, casi arrancándole el libro de las manos. El doctor solo pudo ver en la otra página un par de frases, las cuales, absurdamente, se grabaron de un modo obsesivo en su memoria. Eran estas: «Espero que el versículo del Liber Damnatus atraiga al que mora en el exterior de las esferas. Debo tener las sales dispuestas por si llega el caso».

Willet no pudo ver nada más, pero aquellas líneas bastaron para producirle un nuevo e impreciso terror relacionado con el hombre que lo contemplaba desde el cuadro colgado de una de las paredes del estudio. Desde entonces tuvo la extraña fantasía —su calidad de médico no le permitía creer que fuera otra cosa— de que los ojos del retrato tenían una especie de deseo, cuando no una verdadera tendencia, de seguir al joven Ward cuando se movía por la estancia. Antes de marcharse se acercó a examinar el cuadro, fascinado por el parecido de Joseph Curwen con Charles y grabando en su memoria los menores detalles del pálido rostro, especialmente una pequeña cicatriz en la ceja derecha. Decidió que Cosmo Alexander fue un pintor digno de la Escocia que produjo a Raeburn y un profesor digno de su ilustre discípulo Gilbert Stuart.

Tranquilizados por el doctor en el sentido de que la salud mental de Charles no estaba en peligro, y de que, por otra parte, estaba ocupado en unas investigaciones que podían ser verdaderamente importantes, los Ward se mostraron más permisivos con él de lo que lo hubieran sido en otras circunstancias al negarse este rotundamente, en el mes de junio, a asistir a la universidad, alegando que debía efectuar unos estudios mucho más importantes y expresando su deseo de hacer un viaje al extranjero a fin de

conseguir ciertos datos no disponibles en América. El señor Ward, aunque se opuso al viaje por encontrarlo absurdo para un muchacho de solo dieciocho años, transigió en el asunto de la universidad. De modo que, tras una graduación no demasiado brillante en la Moses Brown School, siguió para Charles un período de tres años de absorbentes estudios secretos e investigación en los cementerios. Se creó fama de excéntrico y se relacionó aún menos con su familia. Vivía para su trabajo, y solo de vez en cuando se permitía un viaje a otras ciudades para consultar antiguos archivos. En una ocasión fue al sur para hablar con un viejo y extraño mulato que vivía en un marjal y acerca del cual un periódico había publicado un curioso artículo. También viajó hasta una pequeña aldea de las Airondack para comprobar lo que había de cierto en las historias sobre las extrañas ceremonias rituales que allí se celebraban. Pero sus padres continuaron prohibiéndole el ansiado viaje a Europa.

En abril de 1923, cuando alcanzó la mayoría de edad y habiendo heredado previamente cierta cantidad de su abuelo materno, Ward decidió satisfacer el deseo que hasta entonces le había sido negado. No contó cuál era el itinerario que planeaba seguir, limitándose a decir que las exigencias de sus estudios lo llevarían a muchos lugares y prometiendo escribir a sus padres de un modo regular. Al ver que no podían disuadirlo, los Ward dejaron de oponerse al viaje y lo ayudaron en lo que pudieron, de modo que en el mes de junio el joven se embarcó para Liverpool con la bendición de sus padres, que lo acompañaron hasta Boston. Sus cartas no tardaron en contar su feliz llegada, el excelente alojamiento que tenía en Great Russell Street de Londres, donde pensaba permanecer hasta agotar todos los recursos del Museo Británico en un determinado aspecto. De su vida cotidiana hablaba muy poco, ya que había muy poco que contar. Dedicaba todo su tiempo a los estudios y los experimentos y mencionó un laboratorio que había instalado en una de sus habitaciones. El hecho de que no hablara de paseos por la antigua ciudad, tan llena de espectáculos atractivos para un aficionado a las cosas del pasado, acabó de convencer a sus padres de que los nuevos estudios de Charles ocupaban por completo su mente.

En junio de 1924 una breve nota les informó de la partida del muchacho hacia París, ciudad a la cual ya había hecho un par de rápidos viajes con

objeto de reunir cierto material en la Biblioteca Nacional. Durante los tres meses que siguieron, solo envió tarjetas postales dando una dirección de la *rue de Saint-Jacques* y refiriéndose a una búsqueda especial entre raros manuscritos en la biblioteca de un anónimo coleccionista particular. Evitaba a los conocidos y ningún turista pudo decir que lo había visto. Más tarde se produjo un brusco silencio, y, en octubre, los Ward recibieron una tarjeta postal fechada en Praga comunicándoles que Charles se encontraba en un antiguo pueblo con el objeto de entrevistarse con un hombre muy viejo que, al parecer, era el último poseedor vivo de determinada información medieval muy curiosa. Daba una dirección en el Neustadt y no volvió a escribir hasta el mes de enero siguiente, cuando envió varias postales desde Viena informando de su paso por aquella ciudad de camino hacia una región situada más al este, invitado por uno de sus amigos epistolares, aficionado como él a las ciencias ocultas.

La tarjeta siguiente procedía de Klausenburg, en Transilvania, y en ella comentaba los progresos de Ward hacia su meta. Iba a visitar a un tal barón Ferenczy, cuyas posesiones se encontraban en los montes situados al este de Rakus. Ward se dirigía a esta ciudad, adonde debían dirigirle las cartas a nombre de aquel noble. Una semana después llegó otra tarjeta procedente de Rakus diciendo que el carruaje de su anfitrión había acudido a recogerlo y que partía en dirección a la aldea montañosa. Aquel fue su último mensaje durante un largo período de tiempo. En realidad, no contestó a las frecuentes cartas de sus padres hasta el mes de mayo, cuando escribió para oponerse al plan de su madre de reunirse con él en Londres, París o Roma durante el verano, cuando los Ward pensaban efectuar un viaje a Europa. Charles explicó que sus investigaciones no le permitían abandonar su actual residencia y que la situación del castillo del barón de Ferenczy no era apropiada para las visitas; se encontraba en plena zona montañosa y la gente de aquellos contornos temía tanto a aquellas posesiones que no podía esperar obtener ninguna ayuda en caso de dificultades. Además, el barón no era una persona capaz de parecer simpático a unos perfectos y conservadores miembros de la sociedad de Nueva Inglaterra; su aspecto y sus modales eran muy peculiares, y el problema de su edad, que según parece era considerable, resultaba inquietante. Lo mejor, decía Charles,

sería que sus padres esperaran su regreso a Providence, el cual no tardaría en producirse.

Sin embargo, aquel regreso no tuvo lugar hasta el mes de mayo de 1925, cuando, tras unas tarjetas que lo anunciaban, el joven llegó a Nueva York en el *Homeric* y recorrió el largo camino hasta Providence en un automóvil, atravesando las verdes colinas de Connecticut: su primer contacto con la antigua Nueva Inglaterra después de casi cuatro años de ausencia.

¡La vieja Providence! Aquel lugar y las misteriosas fuerzas de su amplia historia eran los que lo habían traído a la vida y lo habían arrastrado hacia maravillas y secretos cuyos límites no podía fijarlos ningún profeta. Ahora tenían ante él la maravilla, el misterio o el horror para el cual se había estado preparando durante todos aquellos años de viajes y de estudios. Un taxi lo condujo por las calles que había recorrido con tanta frecuencia hasta la gran casa de fachada enjalbegada donde había nacido. Empezaba a oscurecer y Charles Dexter Ward había vuelto a casa.

## 5

Una escuela de alienistas un poco menos académica que la del doctor Lyman atribuye el inicio de la verdadera locura de Ward a su viaje a Europa. Admitiendo que estaba sano cuando partió, opinan que su conducta después de su regreso implicaba un desastroso cambio. Pero el doctor Willett se niega a compartir esta opinión, insistiendo en que la locura apareció algo más tarde y atribuyendo las extravagancias del joven en aquel período a la práctica de unos ritos aprendidos en el extranjero, los cuales resultaban bastante extraños, desde luego, pero no suponían una aberración mental por parte de su practicante. El propio Charles, aunque visiblemente envejecido y más duro de carácter, continuaba siendo normal en sus reacciones generales, y en varias entrevistas con Willett demostró un equilibrio que ningún loco —ni siquiera un loco precoz— era capaz de fingir de forma continuada. Lo que hizo pensar en la anormalidad de Ward durante aquel período fueron los sonidos que se oían continuamente en su laboratorio casero, donde permanecía encerrado la mayor parte del tiempo.

Eran cánticos, repeticiones y estruendosas recitaciones, y, aunque aquellos sonidos procedían siempre del propio Ward, había algo en la calidad de su voz y en los acentos de las fórmulas que recitaba que helaba la sangre de quien los oía. Se observó que Nig, el venerable y mimado gato negro de la casa, arqueaba el lomo con los pelos erizados cuando sonaban ciertos acentos.

Los olores que algunas veces brotaban del laboratorio eran también muy extraños. A veces ofendían al olfato, pero más frecuente era que tuvieran una calidad aromática que parecía poseer la virtud de inspirar fantásticas ideas. Aquellos que los olían mostraban una clara tendencia a imaginar escenas fantásticas, desarrolladas entre extrañas colinas o interminables avenidas de esfinges y de hipogrifos que se extendían hasta el infinito. Ward no retornó a sus paseos de otras épocas, se dedicaba exclusivamente a los misteriosos libros traídos de Europa y a los igualmente misteriosos experimentos en su laboratorio, explicando que las fuentes europeas habían ampliado considerablemente las posibilidades de su tarea y prometían grandes revelaciones en los años venideros. Su aspecto envejecido aumentaba de modo increíble su parecido con el retrato de Curwen colgado en su estudio, y el doctor Willett se detenía a menudo ante el cuadro después de una visita, maravillándose de la similitud y diciéndose que lo único que diferenciaba ahora a Charles de Joseph Curwen era la pequeña cicatriz en la ceja derecha. Aquellas visitas de Willett, hechas a petición de los padres del joven, eran muy curiosas. Ward no rechazaba nunca al doctor, pero este advirtió que era incapaz de penetrar en la psicología íntima del joven. Con frecuencia veía cosas muy raras a su alrededor: pequeñas imágenes de cera de grotesco diseño en las estanterías o en las mesas y los restos semiborrados de círculos, triángulos y pentágonos dibujados con tiza o carbón en el centro de la amplia estancia, y cada noche se escuchaban aquellos cánticos e invocaciones, hasta que resultó muy difícil retener en la casa a los criados o evitar que la gente comentara furtivamente la locura de Charles.

En enero de 1927 ocurrió un extraño incidente. Una noche, en torno a las doce, cuando Charles entonaba un cántico de desagradable cadencia, sopló repentinamente una ráfaga de viento helado procedente de la bahía al

mismo tiempo que se producía un leve temblor de tierra que pudo ser percibido por toda la vecindad. El gato manifestó un miedo espantoso, y los perros ladraron en una milla a la redonda. Aquello fue el anticipo de una brusca tormenta completamente inusual en aquella época del año. Con ella se produjo tal estruendo en la parte alta de la casa de los Ward que los padres de Charles creyeron que el edificio había sido alcanzado por un rayo. Corrieron escaleras arriba para comprobar si la casa había sufrido algún desperfecto, pero Charles les salió al paso en el rellano del desván, pálido, resuelto, con una mezcla casi horrorosa de triunfo y de seriedad en su rostro, asegurándoles que no había caído ningún rayo y que la tormenta no tardaría en amainar. El señor Ward miró a través de una ventana y comprobó que su hijo tenía razón: los relámpagos centelleaban cada vez más lejos, y los árboles volvían a inmovilizarse tras haber sido sacudidos por unas heladas ráfagas de viento. El estruendo del trueno se convirtió en un lejano murmullo y finalmente se extinguió. Salieron las estrellas, y el aire de triunfo en el rostro de Charles Ward se transformó en una expresión muy peculiar.

Durante un par de meses después de aquel incidente, Ward se recluyó menos de lo habitual en su laboratorio. Mostraba un desacostumbrado interés por el clima, haciendo extrañas preguntas sobre la época del deshielo primaveral. Una noche de finales de marzo salió de casa después de las doce y no regresó hasta el amanecer. Su madre, que estaba despierta, oyó el ruido de un coche. Alguien estaba refunfuñando, y la señora Ward se levantó y se asomó a la ventana viendo cuatro borrosas figuras que sacaban una caja alargada de una camioneta y, siguiendo las instrucciones de Charles, la introducían en la casa por una puerta lateral. La señora Ward oyó la agitada respiración de los hombres al subir la escalera y, finalmente, el ruido de algo pesado al ser depositado en el suelo del desván. Luego, oyó los pasos descendiendo, y los cuatro hombres reaparecieron en el exterior marchándose en la camioneta.

Al día siguiente, Charles volvió a su estricta reclusión en el ático, corriendo las oscuras cortinillas de las ventanas de su laboratorio. Al parecer, estaba trabajando con alguna sustancia metálica. No abrió la puerta a nadie y se negó a que le llevaran la comida. Alrededor del mediodía se

oyó un terrible grito y el sonido de una caída, pero cuando la señora Ward llamó a la puerta, su hijo le respondió débilmente que no pasaba nada, que el espantoso e indescriptible hedor que llenaba el aire era totalmente inofensivo y desgraciadamente necesario. Más tarde bajaría a almorzar.

Por la tarde, después de oírse unos extraños sonidos sibilantes que procedían del laboratorio, Charles se presentó ante sus padres con un aspecto sumamente macilento. Lo primero que dijo fue que nadie debía entrar en el laboratorio bajo ningún pretexto. Aquello fue el principio de otro período de impenetrable sigilo, ya que desde entonces no se le permitió a nadie visitar las habitaciones del desván. Charles instaló una cama en uno de los cuartos y dormía allí. Poco después compró un *bungalow* en Pawtuxet y trasladó a él todos sus efectos científicos.

Por la noche, Charles cogió el periódico antes que el resto de la familia y arrancó parte de una página, al parecer de forma accidental. Más tarde, el doctor Willett, habiendo fijado la fecha por las declaraciones de varios miembros de la familia, consiguió un ejemplar intacto en las oficinas del *Journal* y descubrió que en la página estropeada aparecía el siguiente texto:

**EXCAVADORES NOCTURNOS SORPRENDIDOS EN UN CEMENTERIO**

*Robert Hart, vigilante nocturno del North Burial Ground, sorprendió esta madrugada a un grupo de varios hombres con una camioneta en la parte más antigua del cementerio, pero, al parecer, su presencia los asustó antes de que pudieran llevar a cabo lo que se proponían.*

*El descubrimiento tuvo lugar alrededor de las cuatro de la madrugada, cuando el ruido del motor de un vehículo atrajo la atención de Hart. Se acercó a investigar, pero el ruido de sus pasos sobre la grava alertó a los desconocidos, los cuales introdujeron precipitadamente una caja alargada en la camioneta y huyeron a toda velocidad. Puesto que no había sido removida ninguna tumba, Hart cree que los individuos trataban de enterrar aquella caja.*

*Los excavadores llevaban trabajando largo rato antes de ser descubiertos, ya que Hart encontró un hoyo enorme a un lado del camino de Amosa Field, donde la mayoría de las antiguas lápidas han desaparecido hace mucho tiempo. El hoyo, tan amplio y tan profundo como una tumba, estaba vacío y no coincide con ninguna inhumación mencionada en los archivos del cementerio.*

*El sargento Riley, de la policía local, examinó el lugar y dijo que creía que el hoyo había sido excavado por unos contrabandistas de licores que buscaban un sitio seguro para esconder algún cargamento. Al ser interrogado, Hart opinó que la camioneta se había marchado en dirección a la avenida Rochambeau, aunque no podía asegurarlo.*

Durante los días siguientes, Charles Ward apenas fue visto por su familia. Ahora dormía en el ático y permanecía recluido allí, ordenaba que le subieran la comida hasta la puerta y no la recogía hasta que el criado se había marchado. El zumbido de monótonas fórmulas y los cánticos de ritmo extravagante resonaban a veces, en tanto que, en otras ocasiones, los oyentes podían percibir el sonido de vidrio tintineante, el gorgoteo de los productos químicos al hervir, el rumor del agua corriente o el de las rugientes llamas de gas. Unos olores completamente inclasificables, distintos a cualquier olor conocido, brotaban a veces alrededor de la puerta, y el aire de tensión visible en el joven recluso siempre que se aventuraba a salir por unos instantes provocaba las más descabelladas hipótesis. En una ocasión efectuó un apresurado viaje al ateneo en busca de un libro que necesitaba, y otro día contrató a un mensajero para que fuera a recoger un volumen muy raro a Boston.

La situación se estaba volviendo insoportablemente angustiosa y ni el doctor Willett ni los padres de Charles sabían qué hacer o qué pensar acerca de ella.

## 6

El 15 de abril la situación evolucionó de un modo muy extraño. Aunque las cosas seguían aparentemente igual, se podía detectar una terrible diferencia, y el doctor Willett atribuyó una gran importancia al cambio. Era el día de Viernes Santo, circunstancia esta que los criados no dejaron de comentar, mientras que otros la calificaban de desafortunada coincidencia. A última hora de la tarde, el joven Ward empezó a repetir una fórmula en voz más alta de lo que era habitual al tiempo que quemaba alguna sustancia tan acre que el olor se extendió por toda la casa. La fórmula era tan audible en el vestíbulo, al otro lado de la cerrada puerta, que la señora Ward terminó aprendiéndola de memoria mientras aguardaba y escuchaba ansiosamente, y más tarde pudo escribirla a petición del doctor Willett. Algunos expertos le han dicho al doctor Willett que la fórmula tiene una estrecha analogía con los escritos místicos de Eliphas Levi, aquel ser misterioso que se deslizó a través de una rendija por la puerta prohibida y contempló el espantoso panorama de la bóveda que se extiende más allá. Era esta:

Per Adonai Eloim, Adonai Jehova,
Adonai Sabaoth, Metraton Ou Agla Methon,
verbum pythonicum, mysterium salamandrae,
conventus silvorum, antra gnomorum,
daemonia Coeli God, Almonsin, Gibor,
Jehosua, Evam Zariatnatmik, veni, veni, veni.

Transcurridas dos horas sin cambios ni intermitencias, todos los perros de la vecindad iniciaron un horrible concierto de aullidos. Al mismo tiempo, un horrible hedor se extendió por toda la casa, un hedor que ninguno de sus moradores había captado nunca ni volvería a captar. En medio de aquella pestilencia se produjo un centelleo como el de un relámpago, que hubiese resultado cegador e impresionante de no ser por la luz del día que lo rodeaba, y luego se oyó aquella voz que ningún oyente podrá olvidar nunca debido a su atronadora lejanía, su increíble profundidad y su fantástica desemejanza con la voz de Charles Ward. Estremeció la casa y fue oída claramente por dos vecinos al menos, por encima del aullar de los perros. La señora Ward, que se había mantenido a la escucha delante del

cerrado laboratorio de su hijo, reconoció aquella voz como la que había retumbado en la siniestra granja de Pawtuxet la noche de la aniquilación de Joseph Curwen. No podía equivocarse, ya que Charles la había descrito claramente en la época en que hablaba sin reservas de sus investigaciones sobre Curwen. La voz clamó en un misterioso idioma:

«DIES MIES JESCHET BOENE DOESEF DOUVEMA ENITEMAUS».

Seguidamente tuvo lugar un momentáneo oscurecimiento de la luz del día, a pesar de que aún faltaba una hora para la puesta del sol, y luego una vaharada pestilente vino a añadirse a la primera, distinta en su calidad, pero igualmente desconocida e insoportable. Charles estaba cantando de nuevo, y su madre pudo oír unas sílabas que sonaban como «YinashYog-Sothot-he-Iglfi-throdag», finalizando con un «¡Yah!», cuya fuerza maníaca aumentaba en ensordecedor crescendo. Un segundo después todos los recuerdos anteriores quedaron borrados por el alarido que estalló con repentino frenesí para convertirse gradualmente en un paroxismo de diabólica e histérica risa. La señora Ward, mortalmente asustada, pero con el ciego coraje que infunde la maternidad, se acercó a la puerta del laboratorio y llamó a ella insistentemente sin recibir respuesta alguna. Insistió en sus llamadas, pero se interrumpió nerviosamente al oír otra voz, esta vez la de su hijo. De repente, la señora Ward se desmayó sin que pueda recordar la causa concreta e inmediata de su desvanecimiento. Hay ocasiones en que la memoria crea misericordiosas lagunas.

El señor Ward regresó de su oficina a las seis y cuarto y no encontró a su esposa en la planta baja, los asustados sirvientes le informaron de que probablemente estaba en el ático, atenta a los extraños acontecimientos que estaban sucediendo allí. El señor Ward subió apresuradamente y encontró a su esposa caída en el suelo del pasillo que conducía al laboratorio de Charles; al comprobar que se había desmayado, fue a buscar un vaso de agua y la vertió sobre el rostro de la señora Ward. Mientras contemplaba aliviado cómo su esposa abría unos ojos asombrados, un escalofrío recorrió su cuerpo amenazando con llevarlo al mismo estado del que la señora Ward

estaba saliendo. El aparentemente silencioso laboratorio no estaba tan silencioso como parecía. El señor Ward pudo oír los murmullos de una tensa y apagada conversación en tono demasiado bajo para ser comprendida, pero de una naturaleza profundamente inquietante para el alma.

El hecho de que Charles recitara fórmulas no era nuevo, pero aquel murmullo era evidentemente distinto. Se trataba indudablemente de un diálogo o de una imitación de inflexiones de voz sugiriendo preguntas y respuestas, afirmaciones y réplicas. Una de las voces era indiscutiblemente la de Charles, pero la otra tenía una profundidad que la hacía irreconocible. Había algo espantoso, sacrílego y anormal en todo aquello, y si su esposa no hubiera gritado, aclarando su mente al despertar su instinto protector, es poco probable que Theodore Howland Ward pudiera haber seguido manteniendo, durante casi un año más, su afirmación de que nunca se había desmayado. Reaccionó ante aquel grito cogiendo a su esposa en brazos y trasladándola a la planta baja para que no escuchara las voces que tanto lo habían trastornado a él mismo. Sin embargo, no escapó con la suficiente prontitud como para no oír algo que lo hizo tambalearse peligrosamente con su carga. Por lo visto, el grito de la señora Ward había sido escuchado por otros y, en respuesta a él, habían llegado desde detrás de la puerta las primeras palabras comprensibles tras el terrible coloquio precedente. Consistieron únicamente en una excitada advertencia proferida por Charles, pero lo que llenó de espanto a su padre fue lo que aquella advertencia implicaba. Charles se había limitado a decir: «¡Chist! ¡Escríbalo!».

El señor y la señora Ward conversaron prolongadamente después de cenar, y el primero decidió mantener una firme y seria charla con Charles aquella misma noche. Por importante que fuera el objetivo de sus investigaciones, semejante conducta no podía ser permitida por más tiempo, ya que los últimos acontecimientos traspasaban los límites de la cordura y constituían una amenaza para el orden y para el sistema nervioso de los habitantes de la casa. Naturalmente, el joven debía de haber perdido la razón, puesto que solo a un demente se le podía ocurrir gritar de aquella forma y simular que estaba hablando con otra persona imitando la voz de su interlocutor. Todo aquello tenía que acabar de una vez, pues, de no ser así,

la señora Ward enfermaría y conservar a los sirvientes en la casa se haría imposible.

Después de la cena, el señor Ward subió al laboratorio de Charles, pero, al llegar al tercer piso, se detuvo intrigado por los sonidos que surgían de la biblioteca de su hijo, ahora en desuso. Al parecer, alguien revolvía salvajemente libros y papeles. El señor Ward se asomó a la puerta y vio al joven con un montón de volúmenes en los brazos. Charles parecía muy excitado y, al oír la voz de su padre, dio un respingo y dejó caer toda su carga. Se sentó, obedeciendo la orden del anciano, y escuchó en silencio las reconvenciones paternas. No hubo ninguna escena. Al final de la reprimenda convino en que su padre tenía razón y en que sus voces, murmullos, invocaciones y experimentos químicos suponían una imperdonable molestia para los demás moradores de la casa. Prometió comportarse con más discreción, aunque insistiendo en prolongar su confinamiento. La mayor parte de su trabajo futuro, dijo, consistiría en consultas de libros, y podía buscarse un lugar más apartado para realizar los ritos vocales necesarios en una fase posterior. Manifestó su pesar por el susto y el desmayo de su madre y explicó que la conversación que había oído formaba parte de un elaborado simbolismo destinado a crear cierto clima mental. Su utilización de términos químicos ininteligibles sorprendió al señor Ward, pero la impresión que se llevó al terminar fue la de que su hijo estaba indudablemente cuerdo, a pesar de que sufría una misteriosa tensión. La conversación no tuvo ningún resultado práctico, y, mientras Charles recogía sus libros y abandonaba la habitación, el señor Ward continuaba sin saber qué pensar de todo aquel asunto. Era algo tan misterioso como la muerte del pobre Nig, cuyo rígido cadáver, con los ojos desorbitados y la boca torcida por el terror, había sido encontrado una hora antes en el sótano.

Impulsado por un vago instinto investigador, el confuso padre revisó con curiosidad los estantes vacíos para comprobar lo que su hijo se había llevado al ático. La biblioteca del joven estaba rigurosamente clasificada, de modo que resultaba fácil saber qué libros, o al menos qué tipo de libros, eran los que faltaban. El señor Ward quedó asombrado al descubrir que no se trataba de obras relacionadas con las ciencias ocultas ni con las

antigüedades, sino de tratados de historia y de geografía, manuales de literatura, obras filosóficas y algunos periódicos y revistas contemporáneos. Aquello implicaba una curiosa transformación en las aficiones de Charles, y su padre se quedó perplejo al comprobarlo. Al mirar a su alrededor, tuvo la sensación de que en la estancia había alguna anomalía que hasta entonces no había podido precisar. Finalmente se dio cuenta de lo que era: el retrato de Curwen, víctima del tiempo y del cambio de temperatura, había terminado por desintegrarse. Esparcido por el suelo como una capa de fino polvo gris azulado, el retrato de Joseph Curwen había interrumpido para siempre su tenaz vigilancia sobre el joven tan asombrosamente parecido a él.

## UNA MUTACIÓN Y UNA LOCURA

### 1

Durante la semana que siguió a aquel memorable Viernes Santo, Charles Ward fue visto más a menudo de lo acostumbrado. Continuamente transportaba libros desde su biblioteca al laboratorio del ático. Sus actos eran serenos y racionales, pero tenía un aspecto furtivo que a su madre no le agradaba y desarrolló un apetito increíblemente voraz, a juzgar por sus exigencias a la cocinera.

Se había informado al doctor Willett de los ruidos y acontecimientos de aquel viernes, por lo que el martes siguiente sostuvo una larga conversación con el joven en la biblioteca, donde no se veía ya el retrato de Curwen. La entrevista, como siempre, no condujo a nada positivo, pero Willett, aún en la actualidad, está dispuesto a jurar que entonces el joven estaba completamente cuerdo. Prometió una próxima revelación y habló de la necesidad de instalar un laboratorio en otro lugar. Concedió muy poca importancia a la pérdida del retrato, hecho que al doctor no dejó de extrañarle, teniendo en cuenta el entusiasmo que había demostrado al descubrirlo.

En la segunda semana Charles empezó a ausentarse de la casa durante largos períodos. En una ocasión en que la vieja Hannah acudió a casa de los

Ward para ayudar en la limpieza general de primavera, esta mencionó las frecuentes visitas del joven a la antigua mansión de Olney Court, donde aparecía con una gran maleta y efectuaba extrañas excavaciones en la bodega. Siempre se mostraba muy generoso con ella y con el viejo Asa, pero parecía estar más preocupado que de costumbre, cosa que apenaba mucho a la anciana Hannah, puesto que conocía a Charles desde que nació.

Otro informe de sus actividades llegó de Pawtuxet, donde algunos amigos de la familia lo vieron de lejos un sorprendente número de veces. Solía pasear a lo largo de la orilla del río, en dirección norte, y no reaparecía hasta pasado un buen rato.

En el mes de mayo se produjo una momentánea reactivación de los sonidos ritualistas en el laboratorio del ático, lo que provocó un severo reproche del señor Ward y una vaga promesa de enmienda por parte de Charles. Todo ocurrió una mañana y pareció constituir una repetición de la imaginaria conversación que se había mantenido en aquel turbulento Viernes Santo. El joven estaba discutiendo acaloradamente consigo mismo, ya que de pronto estallaron una serie de gritos en distintos tonos, como una alternancia de preguntas y negativas. Aquello impulsó a la señora Ward a subir al tercer piso y a pegar el oído a la puerta. Solo pudo oír unas palabras: «Debemos tenerlo rojo dentro de tres meses». Cuando llamó, todos los sonidos cesaron inmediatamente. Más tarde, al ser interrogado por su padre, Charles dijo que existían ciertos conflictos de esferas de conciencia que solo se podían evitar con mucha habilidad, pero que él trataría de transferir a otros reinos.

A mediados de junio, una noche ocurrió un extraño incidente. Al atardecer se habían oído algunos ruidos procedentes del laboratorio del ático, y el señor Ward estaba dispuesto a subir a investigar cuando se restableció súbitamente el silencio. A medianoche la familia se había retirado a descansar, y el mayordomo se disponía a cerrar la puerta de la calle cuando se presentó Charles llevando una gran maleta y haciendo señas de que deseaba salir. El joven no pronunció una sola palabra, pero el mayordomo advirtió la febril expresión de sus ojos y quedó muy impresionado. Abrió la puerta, y el joven Ward salió, pero por la mañana el mayordomo presentó su renuncia a la señora Ward. Dijo que en la mirada

que Charles le dirigió había algo diabólico. Un joven caballero no debía mirar de aquel modo a una persona honrada, y él no estaba dispuesto a pasar otra noche en la casa. La señora Ward dejó que el hombre se marchara, pero no concedió demasiado crédito a sus afirmaciones. Imaginar a Charles en un estado salvaje aquella noche era completamente ridículo, ya que mientras ella había permanecido despierta había oído leves sonidos procedentes del laboratorio, situado encima de su habitación, sonidos como si alguien sollozara y paseara de un lado a otro, y suspiros que solo indicaban una profunda desesperación. La señora Ward se había acostumbrado a estudiar los sonidos nocturnos, ya que el misterio de su hijo no la dejaba pensar en otra cosa.

A la noche siguiente, tal como había ocurrido en otra ocasión hacía casi tres meses, Charles Ward se apresuró a coger el periódico y arrancó un trozo de un modo aparentemente accidental. El hecho no fue recordado hasta más tarde, cuando el doctor Willett empezó a atar los cabos sueltos y a buscar los eslabones que faltaban aquí y allá. En la oficina del *Journal* encontró el fragmento que Charles había arrancado y señaló dos noticias como posiblemente significativas. Eran las siguientes:

**MÁS EXCAVACIONES EN EL CEMENTERIO**

*Esta mañana, Robert Hart, vigilante nocturno del North Burial Ground, descubrió que alguien había vuelto a profanar la parte antigua del cementerio. La tumba de Ezra Weeden, nacido en 1740 y fallecido en 1824, según puede leerse en la lápida salvajemente destrozada, apareció excavada y saqueada. Los profanadores utilizaron, según se cree, una azada que robaron de un cobertizo contiguo en el cual se guardan herramientas.*

*Todo lo que podía contener la tumba después de más de un siglo había desaparecido, excepto unos cuantos trozos de madera podrida. No había huellas de ningún vehículo, pero la policía ha localizado en los alrededores una serie de pisadas*

*producidas por un solo individuo que, a juzgar por las botas que calzaba, era un hombre de buena posición.*

*Hart se inclina a relacionar este incidente con el ocurrido en marzo pasado, cuando él mismo descubrió y puso en fuga a un grupo de hombres que iban en una camioneta y que habían estado excavando en un sector cercano del cementerio, pero el sargento Riley no comparte esa opinión y señala diferencias esenciales entre los dos casos. En marzo, la excavación tuvo lugar en un paraje en el cual no está indicada la existencia de ninguna tumba; sin embargo, en esta ocasión, una tumba perfectamente señalada y cuidada ha sido saqueada con un propósito deliberado y con una consciente perversidad demostrada por el destrozo causado en la lápida que el día anterior estaba intacta.*

*Los miembros de la familia Weeden, informados del acontecimiento, han expresado su sorpresa y su pesar, y no consiguen explicarse quién puede haberse molestado en profanar la tumba de su antepasado.*

*Hazard Weeden, del 598 de Angel Street, recuerda una leyenda familiar que cuenta que Ezra Weeden estuvo implicado en unos extraños acontecimientos, que en nada afectaban a su moralidad, poco antes de la Revolución, pero no comprende la relación que pudieran tener aquellos hechos remotos con la violación de la tumba. La resolución del caso se le ha encomendado al inspector Cunningham, quien espera descubrir algunas valiosas pistas en un plazo muy breve.*

***OceanofPDF.com***

## EXCITACIÓN CANINA EN PAWTUXET

*Hoy, alrededor de las tres de la madrugada, los habitantes de Pawtuxet fueron despertados por un ensordecedor aullar de perros que parecía proceder de la orilla del río, un poco al norte de Rhodes-on-the-Pawtuxet. El volumen y la intensidad de los aullidos eran extraordinariamente intensos, según la mayoría de las personas que los oyeron, y Fred Lemdin, vigilante nocturno de Rhodes, ha declarado que estaban mezclados con algo muy parecido a los alaridos de un hombre presa de mortal terror y agonía. Una repentina tormenta, de escasa duración, terminó con la anomalía. La gente cree que existe relación entre este incidente y unos extraños y desagradables olores probablemente procedentes de los tanques de petróleo situados en la bahía, ya que es posible que hayan contribuido a excitar a los perros.*

Desde entonces, el aspecto de Charles se hizo más macilento y deprimido que nunca. Y, al recordar ahora aquel período, todos coinciden en que por entonces el joven tal vez deseara hacer alguna declaración o confesión acerca del terror que lo poseía. La morbosa escucha nocturna de su madre puso de manifiesto el hecho de que Charles efectuaba frecuentes salidas amparado por la oscuridad, y la mayoría de los alienistas más académicos coinciden en atribuirle los repugnantes casos de vampirismo que la prensa divulgó con todo sensacionalismo en aquella época sin que se haya descubierto nunca al verdadero autor. Aquellos casos, demasiado recientes y conocidos para que sea preciso comentarlos en detalle, tuvieron por víctimas a personas de todas las edades y características y parecieron localizarse en dos localidades distintas: la colina residencial y el North End, en las cercanías del hogar de los Ward, y los distritos suburbanos a lo largo de la línea de Cranston, cerca de Pawtuxet. Fueron atacadas personas que regresaban tarde a casa o que dormían con las ventanas abiertas, y las que vivieron para contarlo coincidían en hablar de un monstruo alto, delgado, de

ojos ardientes, que clavaba sus dientes en la garganta o en el hombro y chupaba ávidamente.

El doctor Willett, que se niega a situar la locura de Charles Ward en una fecha tan antigua, se muestra muy cauteloso al tratar de explicar aquellos horrores. Tiene, dice, sus propias teorías, y limita sus afirmaciones positivas a un tipo peculiar de negación. «No voy a decir quién o qué perpetró aquellos ataques y asesinatos en mi opinión —manifiesta—. Pero aseguro que Charles Ward no es culpable de ellos. Tengo motivos para afirmar que ignora el sabor de la sangre, y su estado anémico y su creciente palidez son la mejor prueba de que estoy en lo cierto. Ward estuvo mezclado con cosas terribles, pero lo pagó muy caro y nunca fue un monstruo ni un villano. En cuanto al presente, prefiero no opinar. Se ha producido un cambio y me alegra poder creer que el antiguo Charles Ward ha muerto con él. Su espíritu, de todos modos, ha muerto, ya que aquella carne demente que ha desaparecido del hospital de Waite tenía diferente alma».

Willett habla con autoridad, ya que a menudo acudía a casa de los Ward a visitar a la dueña de la casa, cuyos nervios habían empezado a flaquear a causa de los continuos disgustos. Los desvelos nocturnos de la señora Ward habían provocado en ella algunas morbosas alucinaciones de las que le habló al doctor. Willett las ridiculizaba al hablar con la señora Ward, aunque lo hacían meditar profundamente cuando estaba solo. Las alucinaciones estaban siempre relacionadas con los leves sonidos que la madre de Charles imaginaba oír en el laboratorio y en el dormitorio del ático, y subrayaban la existencia de apagados suspiros y sollozos en los momentos más imposibles. A principios de julio, Willett le prescribió a la señora Ward un viaje a Atlantic City, donde debía permanecer por tiempo indefinido, advirtiendo al señor Ward y al evasivo Charles que se limitaran a escribirle cartas cariñosas que la animaran. Es probable que la señora Ward deba su vida y su cordura a aquel obligado viaje que emprendió tan a disgusto.

## 2

Poco después de la marcha de su madre, Charles Ward empezó a hacer gestiones para adquirir el bungalow de Pawtuxet. Era una pequeña construcción de madera con un garaje de hormigón, situada cerca de la orilla del río, un poco más arriba de Rhodes, y, por algún inexplicable motivo, el joven quería comprarlo a cualquier precio. No dejó tranquilos a los corredores de fincas hasta que uno de ellos le consiguió el bungalow a un precio exorbitante, puesto que el propietario se negaba en principio a venderlo. Tan pronto como quedó vacío, Charles se trasladó a él al amparo de la oscuridad, trasladando en un gran camión cerrado todo lo que contenía su laboratorio, incluyendo los libros antiguos y modernos que había sacado de su biblioteca. Después de aquello, el joven volvió a ocupar sus habitaciones en el tercer piso, abandonando definitivamente el ático.

Charles trasladó al *bungalow* de Pawtuxet el secreto que había rodeado su mundo del ático, aunque ahora compartía sus misterios con dos personas: un mestizo portugués de aspecto siniestro que actuaba como criado, y un desconocido, delgado, de aspecto intelectual, que usaba gafas oscuras y tenía una espesa barba, probablemente teñida, cuya situación en el *bungalow* era evidentemente la de un colega. El mulato Gomes hablaba muy poco inglés, y el hombre barbudo, que se identificaba a sí mismo como el doctor Allen, seguía voluntariamente su ejemplo. El propio Ward intentaba mostrarse más amable, pero lo único que conseguía era provocar una creciente curiosidad. No tardaron en circular extraños rumores sobre las luces que se veían toda la noche en el *bungalow*, y, algo más tarde, cuando aquella iluminación nocturna cesó repentinamente, circularon rumores todavía más extraños acerca de los enormes pedidos de carne que recibía el carnicero y de los apagados gritos, declamaciones y cánticos rítmicos que surgían de alguna bodega situada debajo del *bungalow*. El lugar era visto con evidente recelo por los habitantes de aquellos alrededores, y más de uno relacionaba el siniestro *bungalow* con la oleada de ataques y asesinatos vampíricos, especialmente teniendo en cuenta que la plaga parecía limitada ahora a Pawtuxet y a las cercanas calles de Edgewood.

Ward pasaba la mayor parte del tiempo en el *bungalow*, pero ocasionalmente dormía en su casa, considerada aún como su hogar. En dos ocasiones se ausentó de la ciudad durante una semana sin que haya podido

conocerse todavía el destino de aquellos viajes. Tenía un aire más pálido y más macilento que nunca, y, cuando repetía al doctor Willett su antiguo relato sobre investigaciones vitales y futuras revelaciones, parecía mucho menos seguro de sí mismo. Willett lo interrogaba a menudo en casa de su padre, ya que el señor Ward estaba profundamente preocupado y confuso, y deseaba que el doctor no lo perdiera de vista en lo posible. Willett insiste en que en aquella época el joven todavía estaba cuerdo.

Aproximadamente en septiembre, el vampirismo disminuyó, pero en el mes de enero siguiente, Ward estuvo a punto de verse seriamente comprometido. Desde hacía algún tiempo se comentaba el tránsito nocturno de camiones que descargaban en el *bungalow* de Pawtuxet, y, en aquella ocasión, un hecho imprevisto puso al descubierto la naturaleza de la carga de un vehículo. En un paraje solitario cerca de Hope Valley, unos ladrones asaltaron un camión suponiendo que transportaba licor de contrabando. El susto que recibieron fue terrible, ya que las grandes cajas contenían en realidad una mercancía horrenda, tan horrenda que el asunto fue objeto de muchos comentarios entre los ciudadanos del bajo mundo. Los ladrones enterraron apresuradamente lo que encontraron, pero cuando la Policía del Estado tuvo noticia de lo ocurrido, efectuó una exhaustiva investigación. Uno de los asaltantes, después de asegurarle que no se tomarían medidas contra él, aceptó guiar a un grupo de agentes hasta el lugar donde había sido enterrada la «mercancía». No sería conveniente al sentido de la decencia nacional —e incluso al internacional— que el público se enterase de lo que descubrió aquel horrorizado grupo. Desconcertados, los oficiales de la Policía se apresuraron a telegrafiar a Washington.

Las cajas iban dirigidas a Charles Ward en su *bungalow* de Pawtuxet, y el jefe de la Policía le hizo inmediatamente una visita oficial. Lo encontró pálido y preocupado, con sus dos extraños compañeros, y recibió de él lo que parecía ser una explicación válida y una prueba de inocencia. Ward dijo que necesitaba determinados ejemplares anatómicos para un programa de investigación de cuya profundidad y autenticidad podían dar fe los que lo habían conocido en la última década, y como consecuencia había hecho el correspondiente pedido a las agencias que podían suministrárselos, en su opinión de forma legal. Acerca de la identidad de los ejemplares no sabía

absolutamente nada y mostró su preocupación cuando el jefe de Policía mencionó la monstruosa impresión que causaría en el público general y en la dignidad nacional el conocimiento del caso. En su declaración, Ward fue firmemente apoyado por su barbudo colega, el doctor Allen. Por todo esto, el oficial no tomó ninguna medida, limitándose a enviar a Nueva York los nombres y las direcciones que Ward les facilitó como punto de partida para una investigación que no llevó a ninguna parte. Es preciso añadir que los ejemplares fueron devueltos inmediatamente y con discreción a sus lugares de procedencia y que el público no llegó a conocer los detalles del asunto.

El 9 de marzo de 1928, el doctor Willett recibió una carta de Charles Ward a la que concede una importancia extraordinaria y que ha provocado más de una discusión con el doctor Lyman. Mientras este opina que la nota constituye una evidencia clara de un caso de *dementia praecox*, Willett la considera como la última muestra de cordura del desgraciado muchacho. El texto es el siguiente:

*Providence, Rhode Island*
*100 Prospect Street*
*8 de marzo de 1928*

*Estimado doctor Willett:*
*Comprendo que finalmente ha llegado el momento de hacerle las revelaciones que desde hace tanto tiempo le vengo prometiendo y que usted me ha apremiado a hacer con frecuencia. Nunca dejaré de apreciar la paciencia y la confianza en mi cordura y en mi integridad que ha demostrado siempre.*
*Y ahora que estoy preparado para hablar, debo reconocer humillado que el triunfo que perseguía no lo alcanzaré nunca. En vez de triunfo he encontrado terror, y mi conversación con usted no será un alarde de victoria, sino una solicitud de ayuda y de consejo para salvarme a mí mismo y salvar al mundo de un horror que traspasa las fronteras de cualquier concepto o cálculo humano. Recordará usted lo que decían*

*las cartas de Fenner sobre la expedición contra la granja de Pawtuxet. Hay que realizar una expedición como aquella lo más pronto posible. De nosotros depende, más de lo que pueda expresarse con palabras, toda la civilización, todas las leyes naturales, quizás incluso el destino del sistema solar y del universo. He sacado a la luz una monstruosa anormalidad, pero lo he hecho en aras del conocimiento. Ahora, por el bien de la vida y de la naturaleza, debe usted ayudarme a devolverla de nuevo a la oscuridad.*

*He abandonado para siempre el bungalow de Pawtuxet, y debemos eliminar todo lo que hay allí, vivo o muerto. No voy a regresar a aquel lugar, y si oye usted decir que estoy allí, no lo crea. Le explicaré por qué digo esto cuando nos veamos. Estoy en mi casa y deseo que venga usted a visitarme tan pronto como disponga de cinco o seis horas para escuchar lo que tengo que contarle. Necesitaré todo ese tiempo… y tiene que creerme cuando le digo que nunca ha tenido un deber profesional más auténtico que este. Mi vida y mi cordura son las cosas menos importantes que están en juego.*

*No me he atrevido a hablar con mi padre porque sé que no me comprendería. Pero le he dicho que corro peligro y ha contratado a cuatro hombres de una agencia de detectives para que vigilen la casa. No sé hasta qué punto será eficaz su vigilancia, puesto que tienen contra ellos unas fuerzas cuyo poder no es posible imaginar. Venga rápidamente si quiere encontrarme vivo y oír cómo puede ayudar a salvar el universo del desastre total.*

*Venga en cualquier momento, puesto que yo no saldré de casa. No llame por teléfono, ya que no puedo asegurar quién o qué es capaz de interceptarlo. Y roguemos para que nada impida que nos veamos.*

*Con la mayor seriedad y desesperación,*

*Charles Dexter Ward*

*P.D. Disparen contra el doctor Allen en cuanto lo vean y disuelvan su cadáver en ácido. No lo quemen.*

El doctor Willett recibió la carta hacia las diez y media de la mañana, e inmediatamente lo arregló todo para poder estar libre a primera hora de la tarde. Esperaba llegar a la residencia de los Ward sobre las cuatro, y durante toda la mañana realizó maquinalmente la mayor parte de sus tareas, sumido en pensamientos descabellados. La carta de Charles Ward, aparentemente, era obra de un maníaco, pero Willett conocía demasiado bien al muchacho para compartir aquella opinión. Estaba totalmente seguro de que algo horrible estaba sucediendo, algo de naturaleza antigua y secreta, y la referencia al doctor Allen parecía comprensible en vista de lo que se rumoreaba en Pawtuxet acerca del misterioso colega de Ward. Willett no había visto nunca al hombre, aunque había oído hablar de su aspecto, y se preguntaba qué clase de ojos trataban de ocultar aquellas comentadísimas gafas oscuras.

A las cuatro en punto, el doctor Willett se presentó en la casa de los Ward, pero descubrió con gran disgusto que Charles no había mantenido su promesa de quedarse en casa. Los detectives estaban allí, pero dijeron que parecía como si el joven hubiera perdido parte de su timidez. Uno de ellos dijo que se había pasado parte de la mañana hablando por teléfono, discutiendo y protestando, contestando a una voz desconocida con frases tales como «Estoy muy fatigado y tengo que descansar una temporada», «No puedo recibir a nadie durante algún tiempo, tendría usted que disculparme», «Le ruego que aplace toda acción definitiva hasta que podamos establecer alguna clase de compromiso», o «Lo siento mucho, pero he de tomarme unas vacaciones sin ocuparme de nada; hablaré con usted más tarde». Charles parecía asustado en aquellos momentos. Después, como si la reflexión le hubiese infundido cierta osadía, se había deslizado fuera de la casa tan sigilosamente que nadie lo vio salir ni supo que había salido hasta que regresó, alrededor de la una de la tarde, entrando en la casa sin pronunciar una sola palabra. Subió al tercer piso y allí parecieron volver sus temores, puesto que se le oyó gritar en tono aterrorizado después de entrar en su biblioteca. Sin embargo, cuando el mayordomo subió a

averiguar la causa de aquellos gritos, Charles se asomó a la puerta con aire resuelto e hizo un ademán silencioso despidiendo al hombre, que quedó profundamente impresionado. Un poco después volvió a salir de la casa. Willett preguntó si había dejado algún mensaje, pero la respuesta fue negativa. El mayordomo parecía muy afectado por algo que percibió en el aspecto y en los modales de Charles, y preguntó si cabía esperar la curación de sus desequilibrados nervios.

Durante casi dos horas, el doctor Willett aguardó en vano el regreso de Charles Ward en la biblioteca contemplando las polvorientas estanterías con sus amplios espacios vacíos en los lugares que ocuparon los libros que el joven se había llevado y mirando ceñudo la pared donde un año antes estuvo el retrato de Joseph Curwen.

Poco a poco la estancia se llenó de sombras preludiando la oscuridad nocturna. Cuando llegó el señor Ward, manifestó sorpresa e ira ante la ausencia de su hijo después de todas las molestias que se habían tomado para protegerlo. No sabía nada de la cita que Charles había concertado con el doctor y prometió avisar a Willett tan pronto como el joven regresara. Al despedirse del doctor, expresó su desconcierto ante el estado de su hijo y rogó a su visitante que hiciera todo lo que pudiera para devolver al muchacho a la normalidad.

Willett se alegró de salir de aquella biblioteca cuya atmósfera resultaba irrespirable, como si el desaparecido retrato hubiera dejado tras de sí una herencia de maldad. Nunca le agradó aquel cuadro, e incluso ahora, a pesar de lo bien templado de sus nervios, sentía una urgente necesidad de salir al aire libre lo antes posible.

## 3

A la mañana siguiente, Willett recibió un mensaje del señor Ward en el cual le decía que Charles continuaba ausente. Mencionaba también el hecho de que el doctor Allen lo había telefoneado para comentarle que Charles permanecería en Pawtuxet durante algún tiempo y que no debía ser molestado. Esto era necesario debido a que el propio Allen debía ausentarse

por un período indefinido de tiempo, dejando encargado a Charles de las investigaciones en curso. Este enviaba sus mejores deseos y lamentaba cualquier molestia que su repentino cambio de planes pudiera producir. Al escuchar aquel mensaje, el señor Ward oyó por primera vez la voz del doctor Allen, lo que pareció despertar en él algún vago y huidizo recuerdo que no pudo precisar con exactitud, pero que le había dejado una evidente inquietud.

Confuso por aquellos informes contradictorios, el doctor Willett no sabía qué hacer. La febril ansiedad de la carta de Charles no se podía negar, pero ¿qué opinar de su inmediato cambio de intenciones? El joven Ward había escrito que sus investigaciones se habían vuelto sacrílegas y amenazadoras, que ellas y su barbudo colega debían ser eliminados a cualquier precio, y que él mismo no regresaría nunca al *bungalow* de Pawtuxet, pero, de acuerdo con las últimas noticias, había olvidado todo aquello volviendo al centro del misterio. El sentido común le aconsejaba que se olvidara del joven y sus caprichos, pero un instinto más profundo no dejaba que se borrara la impresión de aquella frenética carta. Willett la leyó otra vez: el terror de Charles era demasiado intenso, demasiado real, y, juntamente con lo que el doctor sabía ya, evocaba sugerencias demasiado vívidas de monstruosidades procedentes de más allá del tiempo y del espacio para permitir cualquier explicación cínica.

Durante más de una semana, el doctor Willett meditó sobre el dilema que se le planteaba, y se sentía cada vez más inclinado a visitar a Charles en el *bungalow* de Pawtuxet. Ningún amigo del joven se había atrevido nunca a invadir aquel refugio, e incluso su padre conocía el *bungalow* solo a través de las descripciones que el propio Charles quiso hacerle; pero el doctor Willett consideraba necesaria una conversación directa con su paciente. El señor Ward había estado recibiendo unas breves notas mecanografiadas de su hijo, lo mismo que la señora Ward en su retiro de Atlantic City. De modo que finalmente el doctor decidió pasar a la acción y, a pesar de una curiosa sensación inspirada por las antiguas leyendas sobre Joseph Curwen y de las más recientes revelaciones y advertencias de Charles Ward, se dirigió osadamente al *bungalow* situado a orillas del río.

Impulsado por una extraña curiosidad, Willett había visitado anteriormente el lugar, aunque nunca había entrado en la casa ni advertido a nadie de su presencia, y, por tanto, conocía exactamente el camino a seguir. Una tarde de finales de febrero, mientras conducía su pequeño automóvil por Broad Street, pensaba en el grupo de hombres que habían tomado aquel mismo camino hacía ciento cincuenta años en una terrible expedición que había quedado envuelta en el misterio más impenetrable.

Al llegar a Lockwood Street, Willett giró a la derecha y condujo su automóvil por aquel camino rural hasta donde le fue posible; luego descendió del vehículo y empezó a andar hacia el norte. Allí las casas estaban muy dispersas, y el aislado *bungalow*, con su garaje de hormigón, era claramente visible en una pequeña elevación del terreno. Recorriendo con paso vivo el descuidado camino de grava, el doctor llamó a la puerta con mano firme y habló en tono resuelto al mulato portugués que respondió a su llamada.

Willett dijo que tenía que ver a Charles Ward inmediatamente para un asunto de vital importancia. No aceptaría ninguna excusa, y una negativa significaría únicamente un informe completo del caso al señor Ward. El mulato dudaba y se apoyó contra la puerta cuando Willett intentó abrirla, pero el doctor alzó la voz repitiendo su petición. Luego, desde el oscuro interior, llegó un ronco susurro que le heló la sangre en las venas sin saber por qué.

—Déjalo entrar, Tony —dijo la voz—. Lo mismo da que hablemos ahora que en cualquier otro momento.

Pero, por inquietante que resultara el susurro, fue peor lo que siguió a continuación. El suelo crujió, y el hombre que había hablado se hizo visible: el dueño de aquella extraña y susurrante voz no era otro que Charles Dexter Ward.

La precisión con que el doctor Willett recordó y registró la conversación de aquella tarde se debe a la importancia que él atribuye a aquel período particular, ya que, al final, admite un cambio crucial en la mentalidad de Charles Dexter Ward y cree que el joven hablaba en ese momento a través de un cerebro irremediablemente ajeno al cerebro que él había visto crecer durante veintiséis años. La controversia con el doctor Lyman lo ha obligado

a ser muy específico, y fija el comienzo de la locura de Charles Ward en la época en que empezó a enviar las notas mecanografiadas a sus padres. Aquellas notas no corresponden al estilo habitual de Charles, tampoco al estilo de aquella última y frenética carta que le escribió a Willett. En realidad, son extrañas y antiguas, como si el desquiciamiento mental del autor hubiera dejado salir una corriente de tendencias e impresiones adquiridas inconscientemente a través de su juvenil afición a las antigüedades. Existe un evidente esfuerzo por parecer moderno, pero el espíritu y ocasionalmente el lenguaje pertenecen al pasado. El pasado también era evidente en el tono y en los gestos de Ward cuando recibió al doctor en aquel sombrío *bungalow*. Se inclinó, indicó un asiento a Willett y empezó a hablar bruscamente en aquel extraño susurro que, por lo visto, se consideró obligado a explicar.

—Este maldito aire del río me está destrozando los pulmones —empezó —. Tendrá que disculpar mi modo de hablar. Imagino que le ha enviado mi padre para que compruebe cómo me encuentro, y espero que no le dirá nada que pueda alarmarle.

Willett estaba estudiando aquel tono ronco con suma atención, pero atendía todavía más al rostro de su interlocutor. Tenía la impresión de que en aquella escena había algo anormal y recordó lo que la familia le había contado sobre la fuerte impresión que recibió una noche el mayordomo de la casa. Hubiera preferido que la estancia no estuviera tan oscura, pero no pidió que fuera descorrida ninguna cortina. Se limitó a preguntar a Ward por qué le había enviado aquella frenética carta hacía poco más de una semana.

—Precisamente iba a hablarle de eso —replicó Ward—. Como usted ya sabe, el estado de mis nervios no es demasiado bueno, y hago y digo cosas muy raras que no se me pueden tener en cuenta. Le he dicho a usted más de una vez que estoy ocupado en unas investigaciones de gran importancia, y la misma trascendencia del asunto llega a trastornarme en más de una ocasión. Cualquier hombre se hubiera asustado de lo que yo he descubierto, pero, una vez alcanzado este punto, tengo que seguir avanzando. Mi sitio está aquí.

»Sé que no tengo buena reputación entre mis murmuradores vecinos, y tal vez la debilidad me indujo a creer yo mismo lo que se comenta sobre mí. No hay nada de malo en lo que hago, siempre que lo haga rectamente. Tenga la bondad de esperar seis meses y entonces le mostraré algo que recompensará sobradamente su paciencia.

»Ahora solo puedo decirle que cuento con un medio de adquirir determinados conocimientos más seguro que los libros, y dejaré que juzgue por sí mismo la trascendencia de lo que puedo ofrecer a la historia, a la filosofía y a las artes gracias a las puertas que me han sido abiertas. Mi antepasado tenía acceso a ellas cuando aquellos estúpidos ciudadanos vinieron a asesinarlo. Pero ahora no ocurrirá lo mismo. Le ruego que olvide todo lo que le decía en mi carta y que no tema a este lugar ni a nada de lo que hay en él. El doctor Allen es una persona excelente y le debo una disculpa por las tonterías que escribí sobre él. Ojalá estuviera aquí, pero su presencia era necesaria en otra parte. Su celo es igual al mío en las investigaciones que llevamos a cabo, y su ayuda es inapreciable.

Ward guardó silencio y el doctor no supo qué decir ni qué pensar. Experimentaba una sensación de desconcierto ante aquella tranquila repudiación de la carta, y, sin embargo, no podía olvidar el hecho de que, mientras el actual discurso era raro e indudablemente demencial, la carta había sido trágica en su naturalidad y semejanza con el Charles Ward que él conocía. Willett intentó llevar la conversación hacia otros temas recordando al joven algunos hechos del pasado que pudieran restablecer una atmósfera familiar, pero sus esfuerzos obtuvieron unos resultados grotescos. Lo mismo les ocurrió posteriormente a todos los alienistas. Importantes sectores del almacén de imágenes mentales de Ward, especialmente aquellas relacionadas con los tiempos modernos y su propia vida personal, habían sido incomprensiblemente borrados, en tanto que los conocimientos de la antigüedad acumulados en su juventud habían surgido de lo profundo de su subconsciente para anular lo contemporáneo y lo individual. Su perfecto conocimiento de cosas antiguas era anormal y espantoso y hacía grandes esfuerzos para disimularlo. Cuando Willett mencionaba algún tema preferido de su época de estudiante, Ward lo aclaraba como por casualidad,

dando una cantidad de detalles que ningún mortal podía concebiblemente conocer, haciendo estremecer con ello al doctor.

Sin embargo, Ward no se dejaba llevar muy lejos por aquel camino. Los tópicos modernos y personales los rechazaba de raíz, en tanto que los temas antiguos, aun siendo más de su agrado, parecían molestarle. Evidentemente, lo único que deseaba era que su visitante quedara lo bastante satisfecho como para que se marchara sin la intención de regresar. Con este fin se ofreció a mostrarle a Willett toda la casa, e inmediatamente procedió a guiar al doctor por todas las estancias, desde la bodega al ático. Willett lo observaba todo con mirada aguda, pero observó que había muy pocos libros a la vista y que eran demasiado vulgares para haber llenado los amplios espacios vacíos de la biblioteca de Ward, y que el llamado «laboratorio» no era más que una especie de tapadera. Obviamente, tenían que existir una biblioteca y un laboratorio en otra parte, aunque resultaba imposible adivinar dónde. Esencialmente derrotado en su búsqueda de algo a lo que no podía dar nombre, Willett regresó a la ciudad antes de anochecer y le contó al señor Ward todo lo sucedido. Coincidieron en que el joven había perdido la razón, pero decidieron no tomar ninguna medida drástica en aquel momento. Por encima de todo, convenía que la señora Ward ignorara aquellas tristes circunstancias.

El señor Ward decidió visitar personalmente a su hijo presentándose por sorpresa en el *bungalow*. Una noche, el doctor Willett lo llevó en su automóvil hasta las inmediaciones del edificio y aguardó pacientemente su regreso. La entrevista fue muy larga, y el padre salió de ella entristecido y desconcertado. Su encuentro se había desarrollado de un modo muy semejante al de Willett, con la diferencia de que Charles había tardado bastante tiempo en presentarse después de que el visitante se hubo abierto paso hasta el vestíbulo y despedido al portugués con una imperativa exigencia, y en la conducta del alterado hijo no hubo el menor rastro de afecto filial. Apenas había luz, pero, aun así, el joven se había quejado de que la claridad le molestaba espantosamente. No había hablado en voz alta en ningún momento pretextando que le dolía mucho la garganta, pero en su ronco susurro había algo tan vagamente inquietante que el señor Ward no podía quitárselo de la cabeza.

Definitivamente aliados para hacer todo lo que pudieran por la salvación mental del joven, el señor Ward y el doctor Willett empezaron a reunir toda la información del caso. Lo primero que estudiaron fueron los rumores de Pawtuxet, lo que resultó relativamente fácil ya que ambos tenían buenos amigos en aquella zona. El doctor Willet recogió la mayor parte de los comentarios, pues la gente hablaba más francamente con él que con el padre del protagonista y, por todo lo que oyó, pudo concluir que la vida del joven Ward se había vuelto realmente extraña. Casi todo el mundo relacionaba su *bungalow* con los casos de vampirismo del verano anterior, y las idas y venidas nocturnas de los camiones eran objeto de suspicaces comentarios. Los comerciantes locales hablaban de lo raro de los pedidos que les hacía el criado mulato, y en especial de las grandes cantidades de carne y de sangre fresca que encargaba a los dos carniceros de la inmediata vecindad. Para una casa en la que solo vivían tres personas, tales cantidades resultaban completamente absurdas.

Además, estaba el asunto de los ruidos subterráneos. Los informes sobre ellos eran más difíciles de conseguir, pero todos coincidían en ciertos detalles básicos. A veces, cuando el *bungalow* estaba a oscuras, existían ruidos de carácter ritual. Desde luego, podían proceder de la bodega conocida, pero los rumores insistían en que había criptas más profundas y más amplias. Recordando las antiguas habladurías acerca de las catacumbas de Joseph Curwen y dando por hecho que el actual *bungalow* había sido escogido a causa de su emplazamiento sobre la antigua granja de Curwen revelado por alguno de los documentos encontrados detrás del cuadro, Willett y el señor Ward prestaron mucha atención a aquellos comentarios y buscaron afanosamente, aunque también infructuosamente, la puerta que se abría junto a la orilla del río mencionada por los viejos manuscritos. En cuanto a la opinión popular sobre los habitantes del *bungalow*, no cabía duda de que el mulato portugués era detestado, el barbudo doctor Allen temido, y el pálido y joven erudito aborrecido profundamente. Durante las dos últimas semanas, Ward había cambiado mucho, abandonando sus intentos de parecer agradable y hablando solo en roncos y extrañamente repelentes susurros en las pocas ocasiones en que se aventuraba a salir.

Tales fueron los cabos y fragmentos reunidos aquí y allí, y sobre ellos el señor Ward y el doctor Willett sostuvieron largas y graves conferencias. Se esforzaron por relacionar todos los hechos conocidos de la vida de Charles, incluida la frenética carta que el doctor mostró ahora al padre, con la escasa documentación de que disponían acerca de Joseph Curwen. Hubieran dado cualquier cosa por echar una ojeada a los documentos que Charles había encontrado, ya que era evidente que la clave de la locura del joven se hallaba en lo que había descubierto del siniestro morador de la granja de Pawtuxet.

## 4

Y, sin embargo, el siguiente movimiento en aquel caso tan singular no procedió de ninguna medida adoptada por el señor Ward ni por el doctor Willett. El padre y el médico, desconcertados y confusos debido a una sombra demasiado intangible para poderla combatir, habían permanecido con los brazos cruzados, como quien dice, mientras las notas mecanografiadas del joven Ward a sus padres se hacían cada vez menos frecuentes. Cuando llegó el primero de mes, con sus habituales ajustes financieros, los empleados de algunos bancos empezaron a sacudir la cabeza extrañados y a telefonearse unos a otros. Oficiales que conocían a Charles Ward de vista se presentaron en el bungalow para preguntar por qué todos los cheques que había firmado últimamente el joven eran una burda falsificación, lo que Ward justificó diciendo que en las últimas semanas su mano se había visto tan afectada por un shock nervioso que le resultaba imposible escribir normalmente, y que podía demostrarlo por el hecho de que se había visto obligado a mecanografiar todas sus cartas, incluso las que enviaba a sus padres, los cuales confirmarían aquel punto.

Lo que confundió e intrigó a los investigadores no fue aquella circunstancia, ya que no faltaban precedentes ni resultaba fundamentalmente sospechosa, ni siquiera las habladurías de Pawtuxet, cuyos ecos habían llegado a sus oídos. Lo que llamó su atención fue la charla del joven demostrando una pérdida total de la memoria en lo

referente a importantes asuntos monetarios de los que se había ocupado personalmente un par de meses antes. Algo no marchaba bien, ya que, a pesar de la aparente coherencia y racionalidad de sus palabras, no podía existir ningún motivo lógico para aquella brusca ignorancia de detalles vitales. Además, aunque ninguno de aquellos hombres conocía a Ward íntimamente, no pudieron dejar de observar la transformación que se había producido en su lenguaje y en sus modales. Habían oído hablar de su afición a las antigüedades, pero ni siquiera el más apasionado de los anticuarios utilizaba esa fraseología y esos ademanes propios de épocas pretéritas. La única explicación que podía darse era la de que el joven se hallaba gravemente enfermo, y los oficiales decidieron que era imprescindible una reunión con el señor Ward.

El 6 de marzo de 1928 se celebró una prolongada y seria entrevista en la oficina del señor Ward, tras la cual el abatido padre recurrió al doctor Willett. Este examinó las extrañas firmas de los cheques y las comparó mentalmente con la caligrafía de aquella última y frenética carta. Desde luego, el cambio era radical y profundo, aunque en la nueva escritura no dejaba de haber algo terriblemente familiar. Los rasgos tenían una clara tendencia arcaizante y eran completamente distintos a los que el joven había utilizado siempre. Pero lo más raro del caso era que el doctor Willett tenía la impresión de haberlos visto antes. En conjunto, no cabía duda de que Charles estaba loco. Y puesto que no estaba en condiciones de administrar su hacienda ni de relacionarse con el mundo exterior, debía tomarse rápidamente alguna medida para su internamiento y posible curación. Entonces se acudió a los alienistas Peck y Waite, de Providence, y Lyman, de Boston, para una consulta. El señor Ward y el doctor Willett les contaron lo más exhaustivamente posible la historia del caso y juntos examinaron los libros y documentos que el joven había dejado en su biblioteca con el fin de localizar los que se había llevado y deducir por ellos la línea seguida por su pensamiento. Después de revisarlo todo cuidadosamente y de analizar la carta que el joven había escrito al doctor Willett, convinieron en que los estudios de Charles Ward habían sido de una naturaleza capaz de desequilibrar o, al menos, de trastornar profundamente a cualquier intelecto normal. Les hubiera gustado examinar los volúmenes y documentos más

íntimos del joven, pero sabían que solo podrían hacerlo, en el mejor de los casos, después de una desagradable escena en el propio *bungalow*. Willett se dedicó a revisar el caso con frenético empeño, y fue entonces cuando obtuvo las declaraciones de los obreros que habían presenciado el hallazgo de los documentos de Curwen por parte de Charles y cuando relacionó los incidentes de los periódicos mutilados acudiendo a las oficinas del *Journal* para averiguar el contenido de los artículos que el joven había destruido.

El jueves ocho de marzo, los doctores Willett, Peck, Lyman y Waite, junto con el señor Ward, visitaron al joven sin ocultar el objeto de su presencia y sometiendo al que ya consideraban su paciente a un minucioso interrogatorio. Charles, a pesar de que se demoró un tiempo considerable en acudir a la llamada y llevaba las ropas impregnadas de extraños olores de laboratorio cuando finalmente hizo su agitada aparición, no se mostró como un sujeto recalcitrante ni mucho menos. Reconoció sin reservas que su memoria y su equilibrio se habían visto afectados por su apasionada dedicación a unas complicadas investigaciones. No ofreció ninguna resistencia cuando los visitantes insistieron en que debía cambiar de alojamiento y, en realidad, a pesar de la pérdida de memoria, demostró un alto grado de inteligencia. Su comportamiento hubiera engañado por completo a los alienistas de no haber sido por la tendencia arcaizante de su lenguaje y por la indiscutible sustitución de ideas modernas por ideas antiguas en su mente, lo cual indicaba una indudable y flagrante anormalidad mental. De su trabajo no dijo más de lo que había dicho anteriormente a su familia y al doctor Willett, y en cuanto a su frenética carta de un mes antes, la atribuyó a los nervios y a la histeria. Insistió en que su sombrío *bungalow* no disponía de ningún laboratorio ni biblioteca aparte de los visibles y no quiso explicar la ausencia en la casa de los olores que impregnaban todas sus ropas. Acerca del paradero del doctor Allen, dijo que no era libre de hablar de un modo concreto, pero aseguró a sus visitantes que el barbudo extranjero de las gafas oscuras regresaría cuando fuera necesario. Cuando despidió al impasible mulato, el cual resistió sin parpadear el interrogatorio al que lo sometieron los visitantes, y cuando cerró el *bungalow* que parecía albergar aún oscuros secretos, Ward no mostró el menor nerviosismo, aparte de una tendencia apenas perceptible a

detenerse a escuchar, como si tratara de percibir algún sonido muy débil. Aparentemente estaba animado por una sosegada resignación filosófica, como si su traslado fuera un incidente sin importancia crucial. Era evidente que confiaba en salir con bien de la prueba a que iba a ser sometido. Se decidió no informar a su madre del cambio: el señor Ward se ocuparía de enviarle notas mecanografiadas en nombre de su hijo. Ward fue conducido al tranquilo hospital privado del doctor Waite, pintorescamente situado en la isla de Conanicut, en plena bahía, y allí fue sometido a un riguroso examen e interrogado por todos los médicos relacionados con el caso. Fue entonces cuando se advirtieron las anomalías físicas: el lento metabolismo, la alterada epidermis y las desproporcionadas reacciones nerviosas. El doctor Willett fue el más desconcertado de todos los examinadores, ya que había tratado a Ward toda su vida y podía apreciar mejor que ellos el alcance de su desorganización física. Incluso la marca de nacimiento en su cadera había desaparecido, en tanto que en su pecho había una alargada cicatriz negra que nunca había estado allí y que hizo que Willett se preguntara si el joven se había sometido al «marcado» que se solía infligir en ciertas sacrílegas reuniones nocturnas en lugares agrestes y solitarios. El doctor no pudo evitar el recuerdo de cierto fragmento de un juicio por brujería celebrado en Salem que Charles le había mostrado en la época anterior a su demencia y que decía: «El señor G. B. puso aquella noche la Marca del Diablo sobre Bridget S., Jonathan A., Simon O., Deliverance W., Joseph C., Susan P., Mehitable C. y Deborah B».. También el rostro de Ward lo intranquilizaba horriblemente, hasta que finalmente descubrió de repente por qué estaba horrorizado. Encima del ojo derecho del joven había algo que nunca había estado allí: una pequeña cicatriz exactamente igual a la que aparecía en el retrato de Joseph Curwen, tal vez atestiguando alguna espantosa ceremonia ritual a la cual se habían sometido ambos en una etapa determinada de sus exploraciones en el terreno del ocultismo.

Mientras Ward intrigaba a todos los médicos del hospital, se mantenía una estrecha vigilancia sobre todo el correo dirigido a él o al doctor Allen, correspondencia que debía ser entregada al señor Ward. Willett había previsto que aquella vigilancia serviría de muy poco, ya que lo más probable era que toda la información vital fuera transmitida a través de un

mensajero, pero a finales de marzo llegó una carta de Praga dirigida al doctor Allen que dio mucho que pensar al doctor y al padre de Charles. La caligrafía era muy arcaica, y el estilo recordaba extrañamente el lenguaje actual del joven Ward. Decía:

*Kleinstrasse, 11*
*Alstadt, Praga*
*11 de febrero de 1928*

*Hermano en Almousin-Metraton:*
*En este día recibo noticias del resultado que dieron las sales que le envié. Estaban equivocadas, y eso significa claramente que las lápidas habían sido cambiadas cuando Barnabus me entregó el ejemplar. Sucede con mucha frecuencia, como usted recordará por lo que obtuvo del cementerio de la King's Chapel en 1769. Por mi parte, hace 75 años me llegó una cosa semejante de Egipto, de la cual procede la cicatriz que el muchacho vio que yo tenía en 1924. Tal como le he dicho en repetidas ocasiones, no debe usted invocar a lo que luego no pueda dominar, lo mismo en lo que respecta a las sales muertas que a las esferas del más allá. Debe detenerse en cuanto tenga la menor duda acerca de quién ha respondido a las palabras.*
*En la actualidad, las lápidas están cambiadas en nueve cementerios de cada diez. Hace unos días recibí noticias de H., el cual había tenido dificultades con los soldados. Lamenta mucho que Transilvania haya pasado de Hungría a Rumanía y trasladaría su sede si el castillo no estuviera tan lleno de lo que nosotros sabemos. Pero es seguro que ya le habrá escrito a usted contándole acerca de todo eso. En mi próximo envío habrá algo de una tumba del este que le complacerá mucho. Entretanto, recuerde que estoy ansioso por disponer de B. F. si es que puede usted procurármelo. Conoce usted a G., de Filadelfia, mejor que yo. Póngase en*

*contacto con él si quiere, pero no lo utilice de modo que se vea en dificultades, ya que tengo que hablar con él al final.*

*Yogg-Sothoth Neblod Zin*
*Simon O.*

*A J. C.*
*Providence*

El señor Ward y el doctor Willet quedaron profundamente impresionados por la increíble locura que representaban aquellas líneas. Solo gradualmente asimilaron lo que parecían implicar. ¿De modo que el ausente doctor Allen, y no Charles Ward, había llegado a ser el espíritu dominante en Pawtuxet? Eso explicaría la salvaje referencia al misterioso personaje en la última y frenética carta del joven. ¿Y el hecho de dirigirse al barbudo extranjero como a «J. C».? La deducción era evidente, pero existen límites a la monstruosidad posible. ¿Quién era Simon O.?, ¿el anciano al que Ward había visitado en Praga cuatro años antes? Tal vez, pero siglos atrás había existido otro Simon O.: Simon Orne, alias Jedediah, de Salem, que desapareció en 1771 y cuya peculiar escritura acababa de reconocer el doctor Willett por las copias fotostáticas de las fórmulas de Orne que Charles le había mostrado en cierta ocasión. ¿Qué horrores y misterios, qué contradicciones y violaciones de la naturaleza habían vuelto después de un siglo y medio para turbar la paz de la antigua Providence?

El padre y el anciano médico, sin saber qué hacer ni qué pensar, fueron a visitar a Charles al hospital y lo interrogaron con la mayor delicadeza posible acerca del doctor Allen, acerca de su viaje a Praga y acerca de lo que sabía sobre Simon o Jedediah Orne, de Salem. El joven contestó cortésmente a todas las preguntas sin comprometerse, limitándose a ladrar con su ronco susurro que había descubierto que el doctor Allen tenía una notable relación mental con determinados espíritus del pasado y que cualquier corresponsal que el barbudo doctor pudiera tener en Praga estaría igualmente capacitado. Al marcharse, el señor Ward y el doctor Willett advirtieron que, en realidad, los interrogados habían sido ellos, ya que, sin

revelar nada esencial acerca de sí mismo, el joven les había sonsacado hábilmente todo lo que contenía la carta recibida de Praga.

Los doctores Peck, Waite y Lyman no eran partidarios de conceder demasiada importancia a la extraña correspondencia del compañero de Ward, ya que conocían la tendencia de los excéntricos y monomaníacos a agruparse y creían que Charles o Allen simplemente habían descubierto a un chiflado expatriado, tal vez un individuo que había tenido ocasión de ver la escritura de Orne y la imitaba con el fin de hacerse pasar por una reencarnación de aquel personaje. Allen podía también encontrarse en una situación similar, y tal vez había convencido al joven para que lo aceptara como una reencarnación del fallecido Joseph Curwen. No era la primera vez que ocurrían semejantes cosas, y, sobre esta base, los testarudos doctores desecharon la creciente inquietud del doctor Willett sobre la actual escritura de Charles Ward, estudiada a través de muestras obtenidas usando diversas tretas. Willett creía haber localizado por fin la extraña familiaridad que encontraba en aquella escritura y que no era otra cosa que su semejanza con la caligrafía del propio Joseph Curwen, pero los demás médicos consideraron aquella semejanza como una fase imitativa muy propia de una manía como la que padecía el joven y se negaron a concederle mayor importancia, ni favorable ni desfavorable. Reconociendo aquella prosaica actitud en sus colegas, Willett aconsejó al señor Ward que no les mostrara la carta que había llegado de Rakus, Transilvania, el 2 de abril, dirigida al doctor Allen con una escritura tan parecida a la del volumen en clave de Hutchinson que el padre y el médico se detuvieron unos instantes, espantados, antes de abrir el sobre. La carta decía lo siguiente:

*Castillo Ferenczy*
*7 de marzo de 1928*

*Querido C.:*
*Un escuadrón de 20 milicianos ha venido a investigar acerca de los rumores que circulan entre los campesinos. Tendré que excavar más profundamente y hacer menos ruidos. Esos rumanos son muy pegajosos y no se dejan sobornar con la*

*con la misma facilidad que los húngaros. El pasado mes, M. me envió los sarcófagos de las cinco esfinges de la acrópolis, y he mantenido tres conversaciones con lo que estaba inhumado en ellos. Se los enviaré directamente a S.O. a Praga, y desde allí le llegarán a usted. Son obstinados, pero usted conoce el modo de tratar con ellos. Me alegro de que no trafique tanto con los exteriores, ya que en ello hay incluso un peligro mortal, y ya sabe usted lo que sucedió cuando le pidió protección a alguien que no estaba dispuesto a darla. Usted me supera en la obtención de fórmulas para que otro pueda recitarlas con éxito. ¿Las utiliza el muchacho con frecuencia? Lamento la actitud que ha adoptado recientemente, pero estoy seguro de que usted sabrá manejarlo adecuadamente. O. me informa de que le ha prometido usted a B. F. Después debo tenerlo yo. B. le visitará pronto y es posible que le proporcione aquella cosa oscura hallada debajo de Memphis. Le ruego que ponga el mayor cuidado en sus invocaciones y que cuide del muchacho. Dentro de un año estará maduro para levantar a las legiones subterráneas y entonces nuestro poder no tendrá ningún límite. Tenga fe en lo que digo y recuerde que O. y yo hemos dispuesto de 150 años más que usted para estudiar esas materias.*

Nephreu-Ka nai Hadoth
E. H.

*A J. Curwen*
*Providence*

Pero, aunque Willett y el señor Ward no quisieron mostrar aquella carta a los alienistas, no por ello dejaron de actuar por sí mismos. Nada podía contradecir el hecho de que el barbudo doctor Allen, al cual se había referido Charles en su frenética carta como una terrible amenaza, estaba en estrecho y siniestro contacto con dos inexplicables seres visitados por Ward en el curso de sus viajes y que se proclamaban supervivientes o

reencarnaciones de los antiguos colegas de Curwen en Salem, que el doctor Allen se consideraba a sí mismo como la reencarnación de Joseph Curwen, y que albergaba unas siniestras intenciones con respecto a un «muchacho» que no podía ser otro que Charles Ward. Aquello era un horror organizado y, al margen de quién lo hubiera comenzado, el ausente doctor Allen se encontraba ahora en el centro de él. En consecuencia, dando gracias al cielo porque Charles se encontraba a salvo en el hospital, el señor Ward se apresuró a contratar a unos detectives para que averiguasen todo lo que pudieran acerca del barbudo doctor: el lugar de donde procedía, lo que en Pawtuxet se sabía de él, y, a ser posible, descubrir sus actuales andanzas. Les entregó una llave del bungalow que le había sido confiscada a Charles a su ingreso en el hospital, y les encargó que registraran cuidadosamente el cuarto vacío del doctor Allen, el cual había sido identificado cuando fueron a recoger los objetos personales del paciente. El señor Ward habló con los detectives en la antigua biblioteca de su hijo, y, al marcharse, aquellos hombres experimentaron una rara sensación de alivio, ya que en aquella habitación parecía existir una vaga atmósfera diabólica. Tal vez se debía a lo que habían oído acerca del siniestro personaje cuyo retrato había colgado de una de las paredes de la biblioteca, o tal vez se debía a algo distinto y demencial, pero, en cualquier caso, todos ellos habían percibido algo en el ambiente que a veces alcanzaba la intensidad de una emanación material.

## UNA PESADILLA Y UN CATACLISMO

### 1

Muy poco tiempo después de ocurrir los hechos mencionados, sucedió la espantosa experiencia que dejó una imborrable huella de temor en el alma de Marinus Bicknell Willett, añadiendo diez años a la edad aparente de alguien cuya juventud había quedado muy atrás. El doctor Willett se había entrevistado largamente con señor Ward conviniendo con él sobre diversos puntos que ambos sabían que los alienistas encontrarían ridículos. Admitían que existía en el mundo un terrible movimiento, cuya conexión directa con una nigromancia más antigua incluso que la brujería de Salem

era indiscutible. Que por lo menos dos hombres vivos —y otro en el cual ni siquiera se atrevían a pensar— estaban en absoluta posesión de mentes o personalidades que habían funcionado en una época tan remota como 1690 o antes, era, asimismo, algo casi indiscutiblemente demostrado, a pesar de todas las leyes naturales conocidas. Lo que aquellos horribles seres —así como Charles Ward— estaban haciendo o tratando de hacer parecía bastante evidente a juzgar por sus cartas y por todos los rayos de luz antiguos y nuevos que habían iluminado el caso. Estaban saqueando las tumbas de todas las épocas, incluyendo las de los hombres más sabios y más eminentes del mundo, con la esperanza de recuperar de sus cenizas algún resto de la conciencia y de la erudición que habían poseído en otros tiempos.

Un terrible tráfico se llevaba a cabo entre aquellos seres de pesadilla que adquirían huesos ilustres con el frío cálculo de un estudiante que compra libros de texto, y aquel polvo de siglos estaba destinado a proporcionarles un poder y una sabiduría muy superiores a los que el universo había visto nunca concentrados en un hombre o en un colectivo. Habían descubierto unos métodos sacrílegos para conservar vivos sus cerebros, bien en el mismo cadáver o en cadáveres distintos, y era evidente que habían encontrado el modo de reavivar y absorber la conciencia de los muertos. Por lo visto, algo había de verdad en lo que escribió el utópico Borellus acerca de la preparación, incluso con los restos más antiguos, de ciertas «sales esenciales» capaces de reavivar la sombra de un ser muerto hacía mucho tiempo. Existía una fórmula para evocar a la sombra en cuestión y otra para hacerla desaparecer de nuevo, y ahora había sido tan perfeccionada que podía ser aplicada con éxito. Había que ser muy cuidadoso con las evocaciones, ya que las tumbas antiguas no estaban siempre correctamente señaladas.

Willett y el señor Ward se estremecían mientras pasaban de una conclusión a otra. Otras cosas —presencias o voces de alguna clase— podían ser atraídas de lugares desconocidos igual que de la tumba, y en aquel proceso había que ser también muy cuidadoso. Joseph Curwen, sin duda, había evocado muchas cosas prohibidas, y en cuanto a Charles… ¿qué podía pensarse de él? ¿Qué fuerzas del «exterior de las esferas» habían

llegado procedentes de la época de Joseph Curwen para trastornar su mente? Había sido inducido a encontrar ciertas instrucciones y las había seguido. Había hablado con el hombre de Praga y permanecido largo tiempo con el ser de las montañas de Transilvania. Y finalmente debió de encontrar la tumba de Joseph Curwen. Aquel artículo del periódico y lo que su madre había oído durante la noche eran hechos demasiado significativos para no tenerlos en cuenta. Charles había invocado a alguien, y ese alguien había acudido. Aquella poderosa voz que resonó el Viernes Santo, y aquellos tonos distintos en el cerrado laboratorio del ático… ¿no constituían acaso una espantosa prefiguración del temido doctor Allen con su espectral voz de bajo? Sí, aquello era lo que el señor Ward había intuido con vago horror en su única conversación telefónica con el hombre, si es que era un hombre.

¿Qué diabólica conciencia o voz, qué morbosa sombra o presencia se había presentado en respuesta a las invocaciones secretas de Charles Ward detrás de aquella puerta cerrada? Aquellas voces discutiendo que se habían oído: «debemos tenerlo rojo durante tres meses…». ¡Santo cielo! ¿No fue justamente entonces cuando estalló la epidemia de vampirismo, cuando se había profanado la antigua tumba de Ezra Weeden, cuya mente había planeado la venganza y descubierto la sede de los siniestros misterios? Y luego el *bungalow*, y el barbudo extranjero, y las habladurías, y el miedo. Ni el señor Ward ni el doctor podían explicar la locura final de Charles, pero estaban seguros de que la mente de Joseph Curwen había vuelto a la tierra y continuaba con sus antiguas morbosidades. ¿Realmente era posible la posesión demoníaca? Allen tenía algo que ver con ello y los detectives debían descubrir algo más acerca de alguien cuya existencia amenazaba la vida del joven. Entretanto, puesto que la existencia de alguna cripta debajo del *bungalow* parecía virtualmente demostrada, tenían que procurar encontrarla. Willett y el señor Ward, conocedores de la actitud incrédula de los alienistas, decidieron, durante su conferencia final, efectuar una exploración de una minuciosidad sin precedentes y acordaron encontrarse a la mañana siguiente en el *bungalow* provistos de herramientas y de accesorios apropiados para la tarea que se proponían llevar a cabo.

La mañana del seis de abril amaneció clara y los dos exploradores se encontraron en el *bungalow* a las diez en punto. Abrieron con la llave del señor Ward y efectuaron un registro superficial en el edificio. Por el desorden que reinaba en la habitación del doctor Allen era evidente que los detectives ya habían pasado por allí, y el señor Ward manifestó su esperanza de que hubieran encontrado alguna pista valiosa. Desde luego, lo más interesante era la bodega, de modo que los exploradores descendieron a ella sin demorarse demasiado, volviendo a recorrer el mismo camino que ambos habían recorrido ya inútilmente en presencia de Charles.

El suelo de tierra y las paredes de piedra de la bodega tenían un aspecto tan sólido y tan inocuo que la idea de que allí pudiera haber una abertura parecía casi absurda. Willett reflexionó sobre el hecho de que la bodega original había sido excavada sin saber que debajo existían unas catacumbas y que, en consecuencia, el comienzo del pasadizo tenía que ser obra del joven Ward y de sus asociados.

El doctor intentó ponerse en el lugar de Charles en el momento de iniciar la excavación de aquel pasadizo, pero el método no le aportó ninguna idea nueva. A continuación se decidió por el sistema de eliminación y examinó meticulosamente toda la superficie del subterráneo en sentido vertical y horizontal, pulgada a pulgada. No tardó en encontrarse ante la pequeña plataforma situada delante de los lavaderos, la cual ya había tratado de levantar antes inútilmente. Ahora, probando en todos los sentidos posibles y ejerciendo una doble presión, acabó por descubrir que la plataforma giraba y se deslizaba horizontalmente sobre un eje situado en una esquina. Debajo de la plataforma había una superficie de hormigón con una argolla de hierro hacia la cual se precipitó inmediatamente el señor Ward muy excitado. Tiró con fuerza de la argolla, levantando lo que parecía ser una trampilla. En aquel momento Willett se dio cuenta de lo extraño del aspecto de su acompañante. Había palidecido espantosamente y parecía haber perdido sus fuerzas. El doctor no tardó en encontrar la causa: del agujero que el señor Ward acababa de dejar al descubierto brotaba una corriente de aire fétido. El señor Ward se tambaleó a punto de desmayarse, el doctor Willett lo apartó rápidamente del agujero e intentó reanimarlo rociándole el rostro con agua fría. El señor Ward reaccionó débilmente,

pero no cabía duda de que el aire pestilente de la cripta le había afectado seriamente. Willett, que no deseaba correr riesgos inútiles, fue rápidamente a Broad Street en busca de un taxi, en el cual envió a casa al padre de Charles a pesar de sus protestas. Luego sacó una linterna eléctrica, se tapó boca y nariz con una venda de gasa esterilizada, y descendió a las profundidades recién descubiertas. Iluminando con su linterna el interior del agujero, vio que era un pozo cilíndrico de paredes de hormigón con una escalerilla de hierro. En el fondo del pozo había un tramo de antiguos escalones de piedra, los cuales debieron de emerger originalmente a la superficie un poco más al sur del actual edificio.

## 2

Willett reconoce sinceramente que, por un momento, el recuerdo de las historias acerca de Curwen le impidió bajar solo por aquel maloliente agujero. No pudo evitar pensar en lo que Luke Fenner había escrito sobre aquella última y monstruosa noche. Luego, el sentido del deber se impuso, y Willett descendió llevando una gran maleta para recoger los documentos importantes que pudiera encontrar. Lentamente, como correspondía a alguien de su edad, bajó la escalerilla de hierro y alcanzó los resbaladizos peldaños situados debajo. Su linterna le descubrió que la mampostería era muy antigua, y sobre las húmedas paredes vio el insalubre musgo de siglos. Los peldaños se hundían en las entrañas de la tierra, no en espiral, sino en tres bruscos giros, y eran tan estrechos que dos hombres no hubieran pasado sino con grandes dificultades. Había contado unos treinta peldaños cuando escuchó un leve sonido, y después de aquello no se sintió animado a seguir contándolos.

Era un sonido impío; darle el nombre de apagado lamento, de desesperanzado aullido o de gemido angustiado de un cuerpo sin espíritu sería omitir su asquerosa quintaesencia. ¿Era aquello lo que Ward parecía escuchar el día que salió del *bungalow* en dirección al hospital? Era lo más impresionante que Willett había oído nunca y continuaba llegando desde ningún punto determinado mientras el doctor llegaba al pie de la escalera y

dirigía la luz de su linterna hacia las paredes de un pasadizo remontado por unas cúpulas ciclópeas y taladrado por numerosos arcos oscuros. El vestíbulo en el cual se encontraba tenía unos catorce pies de altura y de diez a doce pies de ancho. El pavimento era de grandes losas lascadas, y las paredes y el techo de mampostería revocada. Willett no podía imaginar su longitud, ya que se extendía hacia delante indefinidamente en la oscuridad. Algunos de los arcos tenían puertas de tipo colonial, mientras que otros no tenían ninguna.

Superando el miedo provocado por el olor y los extraños gemidos, Willett empezó a explorar aquellos arcos uno a uno, encontrando tras ellos estancias con el techo de piedra, todas de tamaño mediano; la mayor parte de ellas tenían hogares cuyas chimeneas hubieran constituido un interesante estudio de ingeniería. Willett no había visto nunca unos instrumentos, o sugerencias de instrumentos, como los que allí descubría a cada paso a través del polvo y de las telarañas de un siglo y medio, en muchos casos evidentemente destrozados por los antiguos asaltantes de la granja, ya que la mayoría de las estancias no parecían haber sido holladas por pies modernos y debían de haber albergado las fases más primitivas y más anticuadas de los experimentos de Joseph Curwen. Finalmente, llegó a una habitación claramente moderna, o al menos de reciente ocupación. Había en ella estufas de petróleo, estanterías de libros, mesas, sillas y armarios, y un escritorio sobre el cual se amontonaban los libros y revistas, antiguos y modernos. Había varios candelabros y lámparas de petróleo, y, al encontrar una caja de cerillas a mano, Willett encendió las que estaban listas para ser usadas.

La luz reveló que aquella estancia era nada menos que el estudio o biblioteca de Charles Ward. El doctor vio que muchos de los libros y una buena parte de los muebles procedían de la mansión de Prospect Street. El sentimiento de familiaridad se hizo tan fuerte que Willett casi olvidó la pestilencia y los extraños sonidos, los cuales eran más intensos allí de lo que lo habían sido al pie de la escalera. Su primera tarea, tal como había planeado, era la de encontrar y recoger todos los documentos que le parecieran de vital importancia, especialmente los que Charles había descubierto detrás del cuadro de Joseph Curwen en Olney Court. Mientras

buscaba, se dio cuenta del ímprobo trabajo que significaría el clasificar y descifrar todo aquel material. En un cajón encontró varios paquetes de cartas con el matasellos de Praga y de Rakus con la caligrafía característica de Orne y de Hutchinson y las colocó todas ellas en su maleta para llevárselas.

Finalmente, Willett descubrió los documentos de Curwen en un secreter de caoba que en otros tiempos había adornado el hogar de los Ward. Los reconoció gracias a que, años atrás, Charles le había permitido echarles un breve vistazo. El joven los había conservado unidos, tal como estaban cuando los encontró, puesto que estaban presentes todos los títulos mencionados por los obreros, excepto los documentos dirigidos a Orne y a Hutchinson y la clave con su contracifra. Willett colocó todo el lote en su maleta y continuó su búsqueda. Puesto que lo más importante era el estado más reciente del joven Ward, la investigación más rigurosa tuvo como objeto los últimos materiales, y entre tan abundantes manuscritos contemporáneos destacaba un hecho asombroso: lo más reciente escrito por Charles se remontaba a dos meses antes. En cambio, había un montón de símbolos y fórmulas, notas históricas y comentarios filosóficos en una caligrafía totalmente idéntica a la de los antiguos escritos de Joseph Curwen, aunque fechados hacía muy poco tiempo. Evidentemente, Charles se había dedicado a imitar la escritura de su antepasado alcanzando en ello una increíble perfección. De una tercera mano, que podía haber sido la de Allen, no había ni rastro. Si en realidad era el jefe, debió de obligar al joven Ward a que actuara como su escribano.

Entre aquel nuevo material, una fórmula mística, o mejor dicho un par de fórmulas, aparecían con tanta frecuencia que Willett la conocía de memoria antes de dar por terminada su búsqueda. Eran dos columnas paralelas, la de la izquierda encabezada por el símbolo arcaico llamado Cabeza de Dragón y utilizado en los almanaques para señalar el nodo ascendente, y la de la derecha precedida por un signo de Cola de Dragón o nodo descendente. De un modo casi inconsciente, el doctor se dio cuenta de que la segunda mitad no era más que la primera escrita silábicamente al revés, a excepción de los monosílabos finales y del extraño nombre Yog-Sothoth.

| | |
|---|---|
| Y’AI’NG’NGAH | OGTHROD AI’F |
| YOG-SOTHOTH | GEB’L-EE’H |
| H’EE-L’GEB | YOG-SOTHOTH |
| F’AI THRODOG | ‘NGAH’NG AI’Y |
| UAAAH | ZHRO |

Las fórmulas se repetían tanto que, sin darse cuenta, el doctor empezó a recitarlas en voz baja. Eventualmente, sin embargo, creyó haber recogido ya todos los documentos que tenían un interés especial; por lo tanto, decidió no examinar nada más hasta que pudiera traer a todos los escépticos alienistas para una investigación más extensa y sistemática. Todavía tenía que encontrar el laboratorio oculto, de modo que, dejando su maleta en la estancia iluminada, se adentró de nuevo por el oscuro pasadizo en cuyas bóvedas resonaban sin cesar aquellos apagados y espantosos lamentos.

Las siguientes salas estaban abandonadas o llenas de cajas rotas y ataúdes de plomo de aspecto abominable, pero lo impresionó profundamente la magnitud de las primitivas operaciones de Joseph Curwen. Pensó en los esclavos y marineros que habían desaparecido, en las tumbas que habían sido saqueadas en todas las partes del mundo, y en lo que debió de ser aquella expedición final contra la granja, y luego decidió que lo mejor era no pensar más en ello. De repente, se encontró ante una gran escalera de piedra y dedujo que debía conducir a uno de los edificios contiguos a la granja —tal vez aquel famoso edificio de piedra con estrechas troneras en vez de ventanas—. La fetidez y los extraños lamentos se hicieron más intensos. Willett comprobó que había llegado a un amplio espacio abierto, tan grande que la luz de su linterna no alcanzaba a iluminarlo, y, mientras avanzaba, tropezó con algunas recias columnas que sostenían los arcos del techo.

Poco después llegó a un círculo de columnas agrupadas como los monolitos de Stonehenge, con un gran altar sobre una base de tres peldaños en el centro. Las tallas de aquel altar eran tan curiosas que Willett se acercó a examinarlas con su linterna. Pero, cuando vio lo que eran, retrocedió temblando y no se detuvo a investigar las manchas oscuras que decoloraban la superficie superior y que se habían extendido hacia los lados en pequeños regueros. Continuando su marcha, encontró la pared opuesta perforada por

ocasionales arcos y mellada por una miríada de pequeñas celdas con verjas de hierro y argollas de diversos tamaños al extremo de unas cadenas sujetas a la roca. Aunque las celdas estaban vacías, la horrible pestilencia y los desalentados gemidos continuaban más insistentes ahora que nunca.

## 3

Willett no podía ya pensar en otra cosa que en aquel espantoso hedor y en aquellos pavorosos lamentos más claros y más horribles en el gran vestíbulo de las columnas que en cualquier otra parte, sugiriendo vagamente su procedencia de alguna zona más profunda, incluso de aquel sombrío mundo de misterio subterráneo. Antes de cruzar alguno de los arcos en busca de unos peldaños descendentes, el doctor dirigió la luz de su linterna hacia el suelo de losas. A intervalos irregulares, una de las losas aparecía taladrada por unos pequeños agujeros de distribución caprichosa, en tanto que en un punto había una larga escalerilla de mano tirada en el suelo. De aquella escalerilla parecía desprenderse una importante cantidad del nauseabundo olor que lo llenaba todo. Mientras avanzaba lentamente, a Willett le pareció notar que los sonidos y la fetidez eran mucho más intensos directamente encima de las losas perforadas, como si estas fueran burdas trampillas que llevaban hasta alguna zona de horror todavía más hundida en la tierra. Se puso de rodillas junto a una de ellas e intentó levantarla. A su contacto los lamentos subieron de tono, y Willett se estremeció mientras perseveraba en su intento de alzar la pesada piedra. Un hedor insoportable surgía a través de los agujeros, y la cabeza del doctor pareció vacilar cuando finalmente apartó a un lado la losa y enfocó su linterna sobre el oscuro cuadrado que había dejado al descubierto.

Si esperaba encontrar un tramo de peldaños que descendieran hacia un abismo abominable, Willett quedó decepcionado, porque solo pudo ver la pared de ladrillo de un pozo cilíndrico de un metro y medio de diámetro aproximadamente, que carecía de cualquier medio de descenso. Mientras la luz buscaba el fondo de aquel pozo, los lamentos se convirtieron de pronto en una serie de horribles aullidos. El explorador se estremeció, incapaz de

imaginar el espanto que podía acechar en aquel abismo, pero reaccionó inmediatamente reuniendo el valor necesario para asomarse al pozo e introducir la linterna en su interior, hasta donde le alcanzaba el brazo, para comprobar lo que había en el fondo. Durante unos segundos no pudo distinguir nada aparte de la viscosa pared de ladrillo cubierta de musgo hundiéndose sin fin en aquel miasma de lobreguez y angustia casi palpable, y después advirtió que algo oscuro saltaba torpe y frenéticamente en el fondo del estrecho pozo que debía de encontrarse a veinte o veinticinco pies de profundidad. La linterna tembló en su mano, pero volvió a mirar para ver qué especie de ser vivo podía morar en la oscuridad de aquel pozo artificial, abandonado allí por el joven Ward cuando los médicos se lo habían llevado al hospital y, evidentemente, uno de los muchos prisioneros en los múltiples pozos excavados en el suelo de la amplia caverna abovedada. Fuera lo que fuese, no podía tenderse en el pequeño espacio de que disponía en el fondo del pozo. Durante todas aquellas espantosas semanas desde que su dueño lo había abandonado, debía de haber estado saltando, gimiendo y esperando.

Pero Marinus Bicknell Willett se arrepintió de haber mirado de nuevo porque, a pesar de su larga experiencia como cirujano y de su calidad de veterano de las salas de disección, desde entonces no ha vuelto a ser el mismo. Resulta difícil explicar cómo la simple visión de un objeto tangible de dimensiones mensurables pudo impresionar y cambiar a un hombre hasta ese extremo; lo único que podemos decir es que alrededor de ciertos perfiles y entidades hay un poder de simbolismo y de sugestión que actúa sobre la razón de un pensador sensible y susurra terribles alusiones a oscuras relaciones cósmicas e indescriptibles realidades más allá de lo natural. En aquella segunda mirada, Willett contempló uno de esos perfiles o entidades, y durante unos instantes estuvo tan incurablemente loco como cualquiera de los internos del hospital del doctor Waite. Su mano, desprovista de poder muscular y de coordinación nerviosa, dejó caer la linterna sin que sus oídos captaran el crujir de dientes que siguió a su caída al fondo del pozo. Gritó y gritó con una aguda voz que ninguno de sus amigos hubiera reconocido y, a pesar de que era incapaz de ponerse en pie, rodó desesperadamente sobre sí mismo por el húmedo pavimento donde docenas de pozos tartáreos vertían sus exhaustos lamentos y aullaban en

respuesta a sus gritos demenciales. Desgarró sus manos en las ásperas losas y se hirió la cabeza contra las numerosas columnas, pero continuó avanzando. Lentamente fue recobrando el dominio de sí mismo; estaba empapado en sudor, a oscuras y atormentado por un recuerdo que nunca podría borrar de su mente. Debajo de él, docenas de aquellos seres vivos continuaban gimiendo.

Nunca podría saber lo que eran aquellos seres. Se parecían a las tallas del diabólico altar, pero estaban vivos. La naturaleza no les había dado aquella forma, ya que eran seres sin acabar. Las deficiencias eran de lo más sorprendentes y las anormalidades de proporción eran indescriptibles. Willett solo se atreve a decir que aquel tipo de ser debió de representar a entidades a las cuales Ward había invocado utilizando sales imperfectas y que conservaba con fines serviles o ritualistas. Si no hubieran tenido algún significado, su imagen no hubiera estado tallada en aquel maldito altar. No era la cosa peor que se describía en el ara, pero Willett no abrió los otros pozos.

Luego recordó las antiguas habladurías acerca de un ser quemado y retorcido que se encontró en el campo una semana después de la expedición contra la granja de Curwen. Charles Ward le habló en cierta ocasión de lo que el viejo Slocum había dicho de aquel sujeto: no era ni completamente humano, ni completamente semejante a ningún animal que los moradores de Pawtuxet hubieran visto nunca.

Aquellas palabras zumbaban en la mente del doctor mientras se arrastraba por el húmedo suelo. Trató de apartarlas y murmuró una oración alternándola con la fórmula doble que había encontrado en la biblioteca subterránea de Ward: «Y’ai’ng’ngah, Yog-Sothoth», hasta el «Zhro» final. Aquello pareció tranquilizarlo y, transcurridos unos instantes, se puso en pie tambaleándose, lamentando amargamente la pérdida de la linterna y mirando desesperadamente a su alrededor en busca de algún rayo de luz entre la impenetrable oscuridad. Había decidido no pensar y se esforzaba mirando en todas direcciones intentando localizar algún leve reflejo de la brillante iluminación que había dejado en la biblioteca. Después de un rato, creyó percibir una leve claridad infinitamente lejos y se arrastró hacia ella apoyándose en sus manos y rodillas rodeado por la espantosa pestilencia y

los horribles gemidos, tropezando continuamente con las numerosas columnas y temiendo caer en el abominable pozo que había destapado.

En cierto momento, sus temblorosos dedos tocaron algo que se figuró que serían los peldaños que conducían al diabólico altar y retrocedió precipitadamente. Más tarde tropezó con la losa que había levantado, y su sobresalto no puede describirse. Pero lo que había en el pozo no emitió ningún sonido ni se movió. Por lo visto, el tragarse la linterna no le había sentado bien. Cada vez que Willett tocaba una losa perforada, se estremecía. A veces, su paso por encima de ella provocaba un aumento en la intensidad de los gruñidos que resonaban debajo, pero en general no producía el menor efecto, ya que se movía muy sigilosamente.

En varias ocasiones durante su avance, la leve claridad hacia la cual se dirigía disminuyó perceptiblemente, y comprendió que las diversas velas y lámparas que había dejado encendidas debían de estar apagándose una a una. La idea de encontrarse perdido en medio de la más completa oscuridad, sin fósforos, en aquel laberinto subterráneo de pesadilla, le dio fuerzas para ponerse en pie y echar a correr, lo cual podía hacer con seguridad ahora que había sobrepasado el pozo abierto. Willett sabía que, cuando se apagaran las luces, su única esperanza de rescate y supervivencia residiría en la expedición que el señor Ward pudiera enviar si transcurría demasiado tiempo sin tener noticias suyas.

De repente, el doctor se encontró de nuevo en el estrecho pasillo que desembocaba en la amplia caverna y localizó definitivamente la claridad como procedente de una puerta que se encontraba a su derecha. Al cabo de unos instantes había alcanzado aquella puerta y entraba una vez más en la biblioteca secreta del joven Ward temblando de alivio y contemplando el chisporroteo de aquella última lámpara que lo había conducido hasta la salvación.

## 4

Un momento después estaba llenando apresuradamente de petróleo las lámparas apagadas y, cuando la habitación volvió a estar brillantemente

iluminada, miró a su alrededor en busca de una linterna con la cual continuar sus exploraciones. A pesar del sentimiento de horror que lo embargaba, estaba firmemente resuelto a no dejar una piedra sin remover en su búsqueda de los espantosos hechos ocultos tras la extraña demencia de Ward. No encontró ninguna linterna, por lo que cogió la más pequeña de las lámparas, se llenó los bolsillos de velas, fósforos, y también una lata de petróleo, la cual se proponía utilizar si encontraba el laboratorio secreto más allá del terrible espacio abierto con su diabólico altar y sus horribles pozos. Atravesar otra vez aquel terrible lugar exigiría una gran fortaleza de ánimo, pero Willett sabía que tenía que hacerlo. Afortunadamente, ni el maldito altar ni el pozo descubierto estaban cerca de la pared taladrada de celdas que rodeaba la caverna y cuyos oscuros y misteriosos arcos constituían los siguientes objetivos de una investigación lógica.

De modo que Willett regresó a aquel vestíbulo de fetidez y angustiados gemidos, bajó la luz de su lámpara para evitar ver ni de lejos el diabólico altar o el pozo abierto. La mayoría de los arcos conducían a pequeñas cámaras, algunas vacías y otras evidentemente utilizadas como almacén, y en varias de las últimas vio una acumulación muy curiosa de diversos objetos. Una estaba llena de ropa semipodrida y cubierta de polvo, y el explorador se estremeció al comprobar que aquellas prendas habían sido utilizadas hacía siglo y medio. En otra habitación encontró numerosas prendas de una época más reciente, como si hubieran sido amontonadas allí para vestir a un numeroso grupo de hombres. Pero lo que más le desagradó fueron los enormes toneles de cobre con unas siniestras incrustaciones que encontró diseminados por varias de las cámaras. Le gustaron incluso menos que los cuencos de plomo con extraños residuos en su interior y que despedían un hedor repugnante, perceptible incluso por encima de la fetidez general de la cripta. Cuando hubo completado casi la mitad del camino de la pared, Willett descubrió otro pasillo parecido al que daba entrada a la cripta y al cual se abrían numerosas puertas.

Después de penetrar en tres habitaciones de tamaño mediano y de contenido insignificante, llegó a una extensa habitación de forma oblonga llena de cubetas, de crisoles y de instrumentos modernos, de libros y de estanterías ocupadas por recipientes y botellas de todos los tamaños. Se

encontraba, sin ninguna duda, en el laboratorio de Charles Ward, que era también el que había utilizado Joseph Curwen siglo y medio antes que él.

Tras encender las tres lámparas que encontró llenas y preparadas, el doctor Willett revisó el lugar y todo lo que contenía con el mayor interés, advirtiendo que, a juzgar por los numerosos reactivos que aparecían en las estanterías, la principal preocupación del joven Ward había estado relacionada con alguna rama de la química orgánica. Del equipo científico, que incluía una mesa de disección de aspecto siniestro, podían sacarse muy pocas conclusiones, de modo que la estancia decepcionó al doctor. Entre los libros había un ejemplar muy usado de un libro de Borellus, y resultaba interesante observar que Ward había subrayado el mismo párrafo que ciento cincuenta años antes había impresionado tanto al bueno del señor Meritt en la granja de Curwen. Aquel ejemplar más antiguo debió de ser destruido con el resto de los libros de la biblioteca secreta de Curwen durante la expedición contra la granja. En las paredes del laboratorio se abrían tres arcos, y el doctor procedió a examinarlos sucesivamente. Dos de ellos conducían a pequeños almacenes repletos de ataúdes en diversas fases de descomposición y de numerosas prendas de ropa. También había varias cajas nuevas y muy bien clavadas, las cuales no se detuvo a examinar. Lo más interesante de todo, quizás, eran algunos aparatos estropeados que Willett supuso que habían sido utilizados por Joseph Curwen en su laboratorio. Habían sido dañados por los asaltantes de la granja, pero no era difícil identificarlos como instrumentos químicos de la época georgiana.

El tercer arco daba a una sala un poco más grande cuyas paredes estaban repletas de estanterías; en el centro había una mesa sobre la cual reposaban dos lámparas. Willett las encendió y a su brillante luz estudió las interminables estanterías que lo rodeaban. Algunas de ellas estaban completamente vacías, pero la mayoría del espacio estaba ocupado por unos pequeños recipientes de plomo de dos tipos generales: unos altos y sin asas, semejantes a un *lekythos* griego, y otros con una sola asa, como un *phaleron*. Todos tenían tapaderas de metal y estaban cubiertos de extraños símbolos modelados en bajorrelieve. Después de un momento el doctor advirtió que aquellos recipientes estaban clasificados rigurosamente; todos los *lekythos* estaban en un lado de la habitación con un gran cartel de

madera encima de ellos en el que aparecía la palabra «Custodios», y todos los *phaleron* en el otro lado, con otro cartel encima en el que aparecía la palabra «Materia». Cada uno de los recipientes llevaba una etiqueta con un número que, al parecer, hacía referencia a un catálogo. Willett decidió buscar dicho catálogo. De momento, sin embargo, estaba más interesado en el contenido de aquellos recipientes. Abrió varios de ellos al azar con el mismo resultado. Todos contenían una pequeña cantidad de una sola clase de sustancia: un polvo muy fino y muy ligero de color neutro, aunque de distintos matices. Los matices, que constituían la única diferencia, estaban distribuidos de un modo irregular, un polvo gris azulado podía estar junto a otro blanco rosado, y el polvo contenido en un *phaleron* podía tener su duplicado exacto en un *lekythos*. La característica más singular de los polvos era su falta de adherencia. Willett podía verter el polvo en su mano y, después de devolverlo a su recipiente, descubría que no había quedado ningún resto en su palma.

El significado de los dos letreros le intrigó y se preguntó por qué motivo aquellas sustancias químicas estaban tan radicalmente separadas de las que se hallaban en recipientes de vidrio en el laboratorio propiamente dicho. «Custodios», «Materia»… De repente, Willett recordó haber visto la palabra «custodios» —o lo que es lo mismo: guardianes— en relación con aquel espantoso asunto. En la época en que Ward le hablaba libremente de sus investigaciones, le había contado que en el diario de Eleazar Smith se mencionaban unas conversaciones oídas en la granja, terribles coloquios en los cuales figuraban Curwen, algunos cautivos suyos, y los guardianes de aquellos cautivos.

De modo que aquello era lo que contenían los *lekythos*: el monstruoso fruto de sacrílegos ritos, las «sales» a que aludía Borellus. Willett se estremeció al pensar en lo que había tenido en sus manos, y, por un momento, lo asaltó el impulso de huir de aquella caverna de espantosas estanterías con sus silenciosos y quizás vigilantes centinelas. Luego pensó en la «materia», en los múltiples recipientes *phaleron* que había al otro lado de la estancia. Sales, también… pero si no eran sales de «guardianes», ¿qué clase de sales podían ser? ¡Santo cielo! ¿Sería posible que estuvieran allí las reliquias mortales de la mitad de los grandes pensadores de todos los

tiempos, arrancados por manos sacrílegas de unas tumbas donde el mundo los creía seguros, y sometidos a la llamada y al interrogatorio de unos locos que pretendían asimilar sus conocimientos con algún propósito que, como había sugerido el pobre Charles, afectaría a «toda la civilización, a todas las leyes naturales, quizás incluso al futuro del sistema solar y del universo»? ¡Y él, Marinus Bickell Willett, había tamizado su polvo a través de sus manos!

Luego advirtió la existencia de una pequeña puerta en el extremo más alejado de la habitación y se calmó lo suficiente como para acercarse a ella y examinar la burda señal grabada encima. Solo era un símbolo, pero verlo lo llenó de un vago temor espiritual, ya que un amigo suyo, morboso y soñador, había dibujado una vez aquel signo en un papel y le había explicado lo que significaba en los oscuros abismos del sueño. Era el signo de Koth, aquel que los soñadores ven encima del arco de entrada de determinada torre negra que se yergue solitaria en el crepúsculo… y a Willett no le gustó lo que su amigo Randolph Carter había dicho de sus poderes. Pero poco después olvidó el signo al notar un nuevo y acre hedor en el pestilente aire. Se trataba de un hedor químico más que animal y procedía de la habitación situada detrás de la puerta. Era, sin ninguna duda, el mismo olor que impregnaba las ropas de Charles Ward el día que los médicos se lo habían llevado. ¿De modo que era aquí donde el joven se hallaba cuando fue interrumpido por la visita de los alienistas? Se había mostrado más prudente que Joseph Curwen, ya que no ofreció la menor resistencia. Willett, decidido a investigar todas las rarezas y pesadillas que el siniestro subterráneo pudiera contener, asió la pequeña lámpara y cruzó el umbral. Lo envolvió una oleada de terror indescriptible, pero luchó denodadamente para no gritar. Allí no había nada vivo que pudiera causarle daño, y el doctor se sentía obligado a desgarrar la enigmática niebla que rodeaba a su paciente.

La habitación en la que se hallaba tenía un tamaño mediano y carecía de muebles, a excepción de una mesa, una silla y dos grupos de extrañas máquinas con abrazaderas y ruedas que Willett reconoció como instrumentos medievales de tortura. A un lado de la puerta había un montón de látigos, encima de los cuales se alineaban unas estanterías que contenían

varios recipientes de plomo semejantes a los *kylykes* griegos. Al otro lado se encontraba la mesa, con una potente lámpara de Argand, un bloc de notas, un lápiz y dos de los *lekythos* de las estanterías de la otra habitación. Willett encendió la lámpara y examinó minuciosamente el bloc para comprobar qué clase de notas estaba tomando el joven Ward cuando fue interrumpido, pero no encontró nada más inteligible que los siguientes fragmentos escritos con la caligrafía peculiar de Curwen, que no arrojaban ninguna luz sobre el caso en su conjunto:

> «B. no habló. Se escapó y encontró el lugar situado debajo».
> «Vi al viejo V. decir el Sabaoth y aprendí el camino».
> «Recité el Yog-Sothoth tres veces y al día siguiente quedó libre».
> «F. debe ser obligado a decir todo lo que sepa acerca del modo de evocar a los del exterior».

La potente lámpara de Argand iluminaba toda la habitación, y el doctor vio que la pared situada enfrente de la puerta, entre los dos grupos de instrumentos de tortura de los rincones, estaba cubierta de pequeñas estacas de las cuales colgaban varias túnicas de un color blanco amarillento. Pero mucho más interesantes eran las dos paredes vacías, cubiertas de símbolos místicos y de fórmulas burdamente grabadas en la lisa piedra. En el húmedo suelo también aparecían símbolos tallados, y Willett descifró un enorme pentágono que había en el centro con un círculo de unos tres pies de diámetro a medio camino entre el pentágono y cada uno de los rincones. En uno de aquellos cuatro círculos, cerca del lugar donde una túnica amarillenta había caído al suelo, aparecía un recipiente como los que estaban en las estanterías alineadas encima del montón de látigos, y en el exterior del círculo aparecía uno de los recipientes *phaleron* de la otra habitación con una etiqueta que llevaba el número 118. Este recipiente estaba destapado, y Willett vio que no había nada en su interior, pero comprobó también, con un estremecimiento, que el otro recipiente no estaba vacío: contenía una pequeña cantidad de polvo seco de color verdoso. Un escalofrío recorrió el cuerpo del doctor mientras relacionaba

mentalmente los elementos y antecedentes de la escena. Los látigos y los instrumentos de tortura, el polvo o sales de los recipientes de «Materia», los dos *lekythas* de las estanterías de los «Custodios», las túnicas, las fórmulas grabadas en las paredes, las notas del bloc, las sugerencias de cartas y relatos, y los millares de atisbos, dudas y suposiciones que habían atormentado a los amigos y a los padres de Charles Ward… todo aquello envolvió al doctor en una ola de horror mientras contemplaba el polvo verdoso contenido en el recipiente de plomo.

No obstante, y gracias a un esfuerzo sobrehumano, Willett consiguió dominarse y empezó a examinar las fórmulas grabadas en las paredes. Era evidente que habían sido esculpidas en la época de Joseph Curwen, y su contenido debía resultarle vagamente familiar a alguien que hubiera leído mucho sobre Curwen o hubiera profundizado en la historia de la magia. El doctor reconoció en una de ellas la misma que la señora Ward había oído recitar a su hijo aquel terrible Viernes Santo el año anterior, y que, según le había dicho una autoridad en la materia, era una invocación terrible dirigida a dioses secretos que habitan más allá de las esferas normales. No era exactamente igual a la que la señora Ward había repetido, ni siquiera a la que le había mostrado aquella autoridad en las páginas prohibidas de «Eliphas Levi», pero su identidad era indiscutible, y palabras tales como Sabaoth, Metraton, Almonsin y Zariatnatmik provocaron a Willett un estremecimiento de horror.

La fórmula en cuestión aparecía en la pared situada a mano derecha de la puerta. La pared de la izquierda estaba igualmente llena de fórmulas, y Willett reconoció un par de ellas por las notas que había encontrado en la biblioteca. Eran, por así decirlo, las mismas, con los antiguos símbolos de Cabeza de Dragón y Cola de Dragón encabezándolas, igual que en las notas de Ward. Pero la ortografía era muy diferente de la de las versiones modernas, como si el viejo Curwen hubiera tenido un modo distinto de registrar el sonido, o como si un estudio posterior hubiera desarrollado unas variantes más poderosas y más perfeccionadas de las invocaciones en cuestión. El doctor trató de conciliar la versión esculpida con la que él recordaba, pero no pudo lograrlo. La versión de Ward empezaba «Y’ai’ng’ngah, Yog-Sothoth», mientras que la esculpida se iniciaba con

«Aye, cngengah, Yogge-Sothotha», lo cual interfería en la mente de Willett con el silabeo de la segunda palabra.

Aquella discrepancia lo desconcertó y se encontró a sí mismo recitando en voz alta la primera de las fórmulas, esforzándose por encajar el sonido que él conocía con las letras que había encontrado esculpidas. Su voz sonó extraña y amenazadora en aquel abismo de siniestro misterio, formando un raro contrapunto a los inhumanos lamentos que llegaban hasta él a través de la fetidez del aire y de la oscuridad.

«YAI'NG'NGAH
YOG-SOTHOTH
H'EE-L'GEB
F'AI THRODOG
UAAAH».

Pero ¿qué era aquel frío viento que se había levantado al compás de la invocación? Las lámparas temblaron como si fueran a apagarse y, por unos instantes, la oscuridad se hizo tan intensa que las palabras cinceladas en la pared casi se borraron de la vista de Willett. También había humo y un olor acre que ahogó por completo el hedor procedente de los lejanos pozos, un olor como el que Willett había notado antes, pero infinitamente más intenso y más penetrante. Se volvió de espaldas a las inscripciones para enfrentarse con la habitación y su extraño contenido, y vio que el recipiente que estaba en el suelo y que contenía el ominoso polvo de color verdoso despedía una nube de vapor espeso, verde negruzco, de sorprendente volumen y opacidad.

¡Santo cielo! ¡Aquel polvo que procedía de las estanterías de «Materia»! ¿Qué estaba pasando ahora y qué lo había iniciado? La fórmula que Willett había estado recitando, la primera de las dos, la que correspondía a la Cabeza de Dragón, al nodo ascendente… ¡Dios del cielo! ¿Podría ser…? El doctor se estremeció una vez más y por su mente cruzaron en vertiginosa sucesión las imágenes dispersas de todo lo que había visto, oído y leído respecto al espantoso asunto de Joseph Curwen y Charles Dexter Ward. «Te repito de nuevo que no invoques a alguien a quien después no puedas

dominar… Ten siempre dispuestas las palabras, pero no acabes de pronunciarlas cuando alimentes alguna duda acerca de lo que has invocado… Tres conversaciones con lo que estaba inhumado allí…». ¡Dios mío! ¿Qué forma es la que se alza detrás del disperso humo?

## 5

Marinus Bicket Willett no espera que su historia sea creída salvo por unos pocos amigos íntimos y, en consecuencia, no ha intentado repetirla fuera de su círculo familiar. Los pocos ajenos a ese círculo que la han oído se han limitado a sonreír y a hacer notar que el doctor empieza a envejecer. Le han aconsejado que se tome unas largas vacaciones y que en el futuro no intervenga en casos de desequilibrio mental. Pero el señor Ward sabe que el veterano médico solo dice una horrible verdad. ¿Acaso no vio él con sus propios ojos la fétida abertura en la bodega del *bungalow*? ¿Acaso el doctor Willett no lo envió a casa, trastornado y enfermo, a las once de aquella maldita mañana? ¿Acaso no telefoneó inútilmente al doctor aquella noche y al día siguiente? ¿Y no había acudido él mismo al *bungalow*, encontrando a su amigo inconsciente, aunque ileso, en una de las camas de la vivienda? Willett respiraba con dificultad, y cuando el señor Ward le hizo beber un poco de coñac abrió lentamente los ojos. Luego se estremeció y gritó: «¡Esa barba! ¡Esos ojos! ¡Dios mío! ¿Quién es usted?», una cosa muy extraña para ser dicha a un hombre de ojos azules y rostro rasurado al que se conoce desde la infancia.

A la brillante claridad del mediodía, el *bungalow* no había cambiado desde la mañana anterior. Las ropas de Willett no mostraban ningún destrozo salvo algunas rozaduras en codos y rodillas, y solo un leve olor acre le recordó al señor Ward el olor que desprendían las ropas de su hijo el día que fue trasladado al hospital. Faltaba la linterna del doctor, pero su maleta estaba allí, tan vacía como cuando la había traído. Antes de dar explicaciones, y evidentemente con un gran esfuerzo moral, Willett descendió tambaleándose a la bodega y empujó hacia un lado la losa de la plataforma. La piedra no se movió. Acercándose al lugar donde el día

anterior había dejado su saquito de herramientas, Willett cogió una escarpa e insistió en sus esfuerzos con la pesada losa. Al fin, consiguió levantarla. Debajo de ella no había más que una capa de hormigón sin el menor rastro de que allí hubiera habido una abertura. Esta vez, el asombrado padre, que había seguido al doctor, no tuvo ocasión de marearse con las emanaciones del horrible agujero: ni pozo fétido, ni universo de horrores subterráneos, ni biblioteca secreta, ni documentos de Curwen, ni laboratorio, ni estanterías, ni fórmulas grabadas. Nada. El doctor Willett palideció y se aferró a su compañero.

—Ayer —murmuró— lo vio usted aquí y lo olió, ¿no es así?

Y cuando el señor Ward, asombrado y aturdido, encontró las fuerzas para asentir con un gesto, el médico suspiró y asintió a su vez.

—Entonces voy a contárselo —dijo.

Por espacio de una hora, en la estancia más iluminada por el sol que hallaron, el médico susurró su fantástica historia al sorprendido padre. No había nada que contar después de la aparición de aquella forma, cuando el vapor verde negruzco del recipiente de plomo empezó a disolverse, y Willett estaba demasiado cansado para preguntarse a sí mismo lo que había ocurrido.

Cuando Willett hubo concluido su relato, el señor Ward sugirió tímidamente:

—¿Cree usted que una excavación serviría de algo?

El doctor guardó silencio, ya que no creía que un cerebro humano estuviera preparado para contestar cuando unos poderes de esferas desconocidas se habían filtrado a este lado del Gran Abismo.

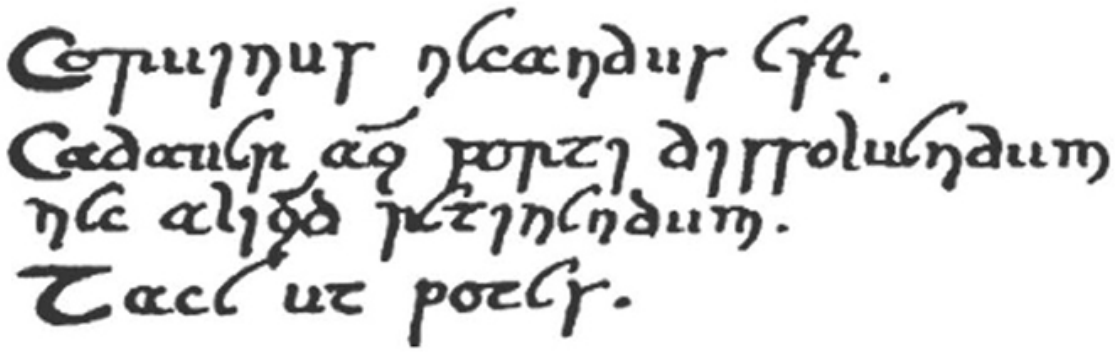
El señor Ward insistió:

—Pero ¿adónde habrá ido? Lo trajo a usted aquí, desde luego, y tuvo que sellar la abertura…

Y Willett dejó de nuevo que el silencio contestara por él.

Pero, después de todo, aquella no fue la última fase del caso. Al introducir la mano en su bolsillo en busca de un pañuelo antes de abandonar el lugar, los dedos del doctor Willett rozaron un trozo de papel que no estaba allí cuando entró en el *bungalow* y que iba acompañado por las velas y los fósforos que había cogido en la desaparecida biblioteca. Era una

cuartilla ordinaria, arrancada sin duda del bloc de notas que Willett había encontrado en aquella subterránea sala de horror, y los trazos estaban hechos con lápiz, indudablemente el lápiz que acompañaba al bloc. El texto resultó incomprensible para los dos hombres, ya que los rasgos pertenecían a una escritura de una época muy remota, aunque había en ella combinaciones de símbolos vagamente familiares:



El doctor Willett y el señor Ward se dirigieron aquella misma tarde a la Biblioteca John Hay. Allí no les resultó difícil encontrar buenos manuales de paleografía, y en ellos descubrieron lo que buscaban. Las letras no eran una fantástica invención, sino la escritura corriente de una época muy lejana. Y el texto, redactado en un latín bárbaro, decía lo siguiente: «*Corwinus necandus est. Cadaver aqua forti dissolvendum, nec aliquid retinendum. Tace ut potes*», que podía traducirse como: «Curwen debe morir. El cadáver debe ser disuelto en agua fuerte sin que quede ningún resto. Guarde el mayor silencio posible».

Willett y el señor Ward quedaron mudos y desconcertados. Se habían encontrado con lo desconocido y descubrían que les faltaban emociones para responder a ello tal como suponían vagamente que debían hacerlo. En Willett especialmente, la capacidad de recibir nuevas impresiones de horror estaba completamente agotada, y los dos hombres permanecieron sentados en silencio hasta que la hora de cierre de la biblioteca los obligó a marcharse. Se dirigieron a la mansión de los Ward en Prospect Street. El doctor se quedó en la casa y estaba todavía allí el domingo cuando llegó un

mensaje telefónico de los detectives encargados de la vigilancia del doctor Allen.

El señor Ward, que estaba paseando nerviosamente de un lado a otro, respondió personalmente a la llamada y, al enterarse de que ya tenían el informe casi preparado, concertó un encuentro en su casa con los detectives para primera hora del día siguiente. Willett y él se alegraban de que el asunto llegara a su fin, ya que cualquiera que fuese el origen del extraño mensaje que el doctor había hallado en su bolsillo, una cosa parecía cierta: el «Curwen» que debía ser destruido no podía ser otro que el barbudo extranjero de las gafas oscuras. Charles había tenido miedo de aquel hombre y en su frenética carta había dicho que debían matarlo y disolver su cadáver en ácido. Además, Allen había estado recibiendo cartas de los extraños brujos de Europa bajo el nombre de Curwen, y era evidente que se consideraba a sí mismo como una reencarnación del desaparecido nigromante. Y ahora, procedente de un origen nuevo y desconocido, había llegado un mensaje diciendo que Curwen debía morir y ser disuelto en ácido. La relación era demasiado evidente para ignorarla. Por otra parte, ¿acaso Allen no planeaba asesinar al joven Ward aconsejado por el individuo llamado Hutchinson? Desde luego, la carta que ellos habían interceptado no llegó a manos del barbudo extranjero, pero, por su contenido, se deducía que Allen había proyectado ya deshacerse del joven si se convertía en una molestia. Por consiguiente, Allen tenía que ser detenido y, aun en el caso de que no se adoptaran contra él las medidas más drásticas, debía ser encerrado en un lugar en el cual no pudiera causar ningún daño a Charles Ward.

Aquella tarde, esperando contra toda esperanza conseguir alguna información sobre aquel misterio de la única persona capaz de proporcionarla, el señor Ward y el doctor Willett fueron a visitar a Charles al hospital de la bahía. El doctor comentó al joven todo lo que había descubierto y pudo ver cómo la palidez cubría el rostro de Charles a medida que sus descripciones avalaban la veracidad del descubrimiento. El médico utilizó al máximo los efectos dramáticos y observó atentamente el semblante del joven esperando descubrir en él algún parpadeo cuando mencionó los pozos y los indescriptibles seres inacabados que había en su

interior. Pero Charles no parpadeó. Willett hizo una pausa y su voz adquirió un tono indignado al hablar de aquellos seres que se estaban muriendo de hambre. Acusó al joven de falta de humanidad y se estremeció al oír la irónica risa que obtuvo como respuesta, ya que Charles, renunciando a seguir negando la existencia de la cripta, parecía encontrar algo siniestramente cómico en el asunto y se reía roncamente de algo que parecía divertirle mucho. Luego susurró con acento doblemente terrible a causa de lo cascado de su voz:

—¡Malditos sean! Esos seres comen, pero no necesitan hacerlo. ¡Eso es lo más raro del caso! ¿Un mes sin comida, dice usted? ¿Y si yo le dijera que esos malditos seres se han estado quejando en los pozos desde que Curwen murió hace ciento cincuenta años?

Pero aquello fue lo único que Willett pudo obtener del joven. Horrorizado, aunque casi convencido contra su voluntad, continuó con su historia con la esperanza de que algún hecho pudiera sobresaltar a su oyente y sacarlo de la demencial compostura que mantenía. Contemplando el rostro del joven, el doctor no pudo evitar un estremecimiento de horror ante los cambios que los últimos meses habían provocado en él. Cuando mencionó la habitación de las fórmulas y el polvo verdoso, Charles empezó a demostrar cierta curiosidad. Una expresión desdeñosa asomó a sus ojos al oír lo que Willett había leído en el bloc de notas, y afirmó que aquellas notas eran muy antiguas y carecían de significado para cualquiera que no estuviera profundamente iniciado en la historia de la magia.

—Pero —añadió— si hubiera conocido usted las palabras evocadoras de lo que yo guardaba en el recipiente, no estaría aquí para contármelo.

Era el número 118, y supongo que le hubiera impresionado muchísimo consultar el catálogo guardado en la otra habitación. Nunca lo había llamado, pero iba a hacerlo el día que me sacaron de allí.

Luego, Willett le habló de la fórmula que había recitado y del humo verde negruzco que se había levantado y, mientras lo hacía, observó cómo el terror desfiguraba por primera vez las facciones de Charles Ward.

—¡Acudió y está usted aquí, vivo! —murmuró el muchacho.

Willett, asaltado por una repentina inspiración, replicó, recordando una carta que había leído:

—¿El número 118, dices? No olvides que nueve de cada diez lápidas de los cementerios están cambiadas…

Y luego, sin previo aviso, colocó ante los ojos del paciente el misterioso mensaje. No podía haber deseado un efecto más categórico, ya que Charles Ward perdió el conocimiento. Toda aquella entrevista, desde luego, se había mantenido en el máximo secreto para que los alienistas del hospital no pudieran acusar al padre y al médico de animar a un loco en sus fantasías. Sin pedir ayuda a nadie, el doctor Willett y el señor Ward cogieron al joven en brazos y lo acostaron sobre la cama. Al recobrar el sentido, el paciente murmuró repetidas veces que debía escribir inmediatamente a Orne y a Hutchinson para que lo informaran sobre cierta invocación, de modo que, cuando pareció haber recobrado plenamente la conciencia, el doctor le dijo que al menos uno de aquellos extraños seres era su enemigo mortal y había aconsejado al doctor Allen que lo asesinara. Aquella revelación no produjo ningún efecto visible, y ya antes de hacerla los visitantes pudieron darse cuenta de que su interlocutor parecía un hombre acosado. Después de aquello no quiso seguir hablando, y el señor Ward y el doctor no tardaron en marcharse, no sin prevenir al paciente contra el barbudo Allen, a lo cual el joven se limitó a replicar que aquel individuo no estaba ya en condiciones de hacer daño a nadie. La diabólica sonrisa que acompañó a aquellas palabras resultó muy penosa de ver. En cuanto a cualquier comunicación que Charles pudiera tratar de establecer con aquella monstruosa pareja de Europa, ni al señor Ward ni al doctor les preocupaba, puesto que sabían que las autoridades del hospital censuraban minuciosamente toda la correspondencia y no darían curso a ninguna misiva cuyo contenido les pareciera anormal.

Existe, sin embargo, una curiosa secuela al caso de Orne y de Hutchinson. Impulsado por un vago presentimiento en medio de los horrores de aquel período, Willett acudió a una oficina internacional de recortes de prensa para que le facilitaran noticias de los crímenes y accidentes más notables ocurridos en Praga y en la Transilvania oriental, y al cabo de seis meses creyó encontrar algo importante entre los numerosos artículos que había recibido y traducido. Uno de ellos trataba de la completa destrucción de una casa durante la noche en el barrio más antiguo de Praga

y de la desaparición de un anciano de muy mala fama llamado Joseph Nadeh, el cual había vivido allí solo desde tiempos inmemoriales. El otro hablaba de una tremenda explosión que había tenido lugar en los montes de Transilvania, al este de Rakus, con la subsiguiente desaparición del Castillo Ferenczy con todos sus habitantes. El castillo tenía una pésima reputación en la comarca y su propietario era odiado y temido por los campesinos de aquella zona. Precisamente en aquellas fechas debía presentarse en Bucarest para ser interrogado seriamente por las autoridades, pero el accidente había acabado con una carrera de maldades, al decir de la gente, que se remontaba también a épocas muy lejanas.

Willett sostiene que la mano que escribió aquel mensaje era también capaz de empuñar armas más poderosas y que supo localizar y dar cuenta de Orne y de Hutchinson, dejándole a él la tarea de acabar con Curwen.

## 6

A la mañana siguiente, el doctor Willett se presentó muy temprano en la mansión de los Ward para estar allí cuando llegaran los detectives. Consideraba que la destrucción o reclusión de Allen —o de Curwen si podía darse como válida la teoría de la reencarnación— era una necesidad vital que había que satisfacer a cualquier precio, y así se lo hizo saber al señor Ward mientras aguardaban la llegada de los policías. Se encontraban en la planta baja, ya que las plantas superiores de la casa empezaban a ser aborrecidas a causa de la fetidez que se respiraba en ellas, una fetidez que los criados más antiguos relacionaban con alguna maldición dejada por el desaparecido retrato de Curwen.

A las nueve llegaron los tres detectives e inmediatamente dieron su informe. Por desgracia, no habían conseguido encontrar al mulato Tony Gomes, ni habían hallado el menor rastro del lugar de procedencia del doctor Allen ni de sus actuales andanzas. Pero habían obtenido un considerable número de impresiones y hechos locales acerca del extraño extranjero. La gente de Pawtuxet consideraba a Allen un ser vagamente sobrenatural, y existía la creencia de que su barba era teñida o postiza, una

creencia avalada por el hallazgo de una barba postiza junto con un par de gafas oscuras en su habitación del *bungalow*. Su voz —y el señor Ward podía atestiguarlo por la conversación telefónica que había sostenido con él — tenía una cavernosidad que no podía olvidarse, y su mirada parecía maligna incluso a través de sus gafas ahumadas. En el curso de las investigaciones, un comerciante había declarado que pudo ver su escritura y que era muy extraña y enmarañada, dato confirmado por las notas a lápiz encontradas en su habitación e identificadas por el tendero.

En relación con los casos de vampirismo del verano anterior, la mayoría de la gente opinaba que el verdadero vampiro era Allen y no Ward. También se obtuvieron declaraciones de los oficiales que habían visitado el *bungalow* después del desagradable incidente del asalto del camión. No observaron nada particularmente siniestro en el doctor Allen, pero lo habían reconocido como la figura dominante en la sombría vivienda. El lugar estaba demasiado oscuro para que pudieran examinarlo detalladamente, pero estaban seguros de poder identificarlo si volvían a verlo. Habían advertido algo raro en su barba y les pareció notar que tenía una pequeña cicatriz encima del ojo derecho. En cuanto al registro de la habitación de Allen, no aportó nada concreto salvo la barba y las gafas y varias notas garabateadas a lápiz con una escritura idéntica a la de los antiguos manuscritos de Curwen y a la de las recientes notas del joven Ward encontradas en las desaparecidas criptas de horror.

El doctor Willett y el señor Ward se sintieron invadidos por un profundo, sutil e insidioso temor cósmico a medida que aquellos datos iban siendo revelados, y casi temblaron al seguir la vaga y descabellada teoría que se les había ocurrido simultáneamente. La barba postiza y las gafas, la enmarañada caligrafía de Curwen, el antiguo retrato y su diminuta cicatriz, el transformado joven en el hospital con una cicatriz semejante, la voz profunda y cavernosa del teléfono… ¿Quién había visto a Charles y a Allen juntos? Sí, los oficiales los habían visto juntos en su visita al *bungalow*, pero ¿y después? ¿No había coincidido la desaparición de Allen con la de los temores de Charles y con su instalación definitiva en el *bungalow*? Curwen, Allen, Ward… ¿En qué impía y abominable fusión estaban implicadas dos épocas y dos personas? Aquel detestable parecido del

cuadro con Charles, los ojos del retrato siguiendo al muchacho por toda la habitación… ¿Y por qué Allen y Charles imitaban la escritura de Joseph Curwen incluso cuando estaban solos? Y luego la espantosa obra de aquella gente: la perdida caverna de horrores que había envejecido al doctor en una noche, los monstruos hambrientos en los pestilentes pozos, la horrible fórmula que había producido tan indescriptibles resultados, el mensaje que Willett encontró en su bolsillo, los documentos, las cartas, todas las menciones a tumbas, a misteriosas «sales» y a descubrimientos… ¿Adónde conducía todo aquello?

Finalmente, el señor Ward hizo algo inesperado. Sin detenerse a pensar por qué lo hacía, entregó a los detectives una fotografía para que la mostraran a todos los comerciantes de Pawtuxet que hubieran visto al misterioso doctor Allen. La fotografía era de su hijo con el aditamento de una barba y unas gafas oscuras, como las que había utilizado el doctor Allen, dibujadas a pluma.

Durante dos horas, el señor Ward aguardó junto al doctor en la opresiva casa hasta que los detectives regresaron. Sí, la fotografía retocada guardaba una notable semejanza con el doctor Allen. El señor Ward palideció y Willett se secó la húmeda frente con su pañuelo. Allen, Ward, Curwen… ¿A quién había invocado el muchacho y con qué resultados para él? ¿Quién era aquel Allen que planeaba acabar con Charles y por qué había dicho su presunta víctima en la posdata de aquella frenética carta que Allen debía ser disuelto en ácido? ¿Por qué el mensaje que Willett se encontró en el bolsillo, y en cuyo origen nadie se atrevía a pensar, decía también que Curwen debía ser disuelto en ácido? ¿Cuál era el cambio y cuándo se había producido la fase final? El día en que fue recibida su frenética carta, Charles había estado muy nervioso durante toda la mañana. Luego se produjo una alteración. Se había deslizado fuera de la casa sin ser visto por los hombres que tenían que vigilarlo. Fue entonces, mientras estuvo fuera. Pero no… ¿Acaso no había gritado de terror al regresar a su estudio? ¿Qué había encontrado allí? O, ¿qué lo había encontrado a él? ¿No había hablado el mayordomo de unos extraños ruidos?

Willett fue en busca del hombre y le hizo algunas preguntas en voz baja. Desde luego, había sido un asunto muy desagradable. Sí, se oyeron unos

ruidos: un grito, un jadeo y una serie de crujidos muy raros. Y el señorito Charles no era el mismo cuando salió del estudio sin pronunciar una sola palabra. El mayordomo se estremecía al hablar y olfateó el aire que soplaba a través de alguna ventana abierta en la parte alta de la casa. El terror se había instalado definitivamente en la mansión. Incluso los detectives estaban intranquilos, ya que aquel caso tenía algunos elementos que no les gustaban en absoluto. El doctor Willett estaba pensando profunda y rápidamente, y sus pensamientos eran terribles. De vez en cuando casi rompía en murmullos mientras discurría por su cerebro una nueva, agobiante y cada vez más concluyente serie de hechos de pesadilla.

Luego, el señor Ward dio por terminada la conferencia y los tres detectives se marcharon. El dueño de la casa se quedó a solas con el doctor. Era ya mediodía, pero la mansión parecía envuelta en sombras, como si se acercara la noche. Willett empezó a hablar muy seriamente con su anfitrión, insistiendo para que dejara en sus manos las futuras investigaciones. Se descubrirían, predijo, ciertos elementos del caso que un amigo podría soportar mejor que un pariente. Como médico de la familia, debía tener una absoluta libertad de movimientos, y lo primero que exigía era encerrarse en la abandonada biblioteca del ático por un período indeterminado sin que nadie lo molestara.

El señor Ward, confundido por la evolución de una situación cada vez más compleja, asintió de buena gana y media hora después el doctor estaba encerrado en la antigua biblioteca de Charles. El padre, escuchando desde fuera, oyó unos raros sonidos en el interior de la habitación seguidos de un ruido chirriante, como si acabara de abrirse la puerta de una alacena mal engrasada. A continuación se oyó un grito apagado y la puerta recién abierta se cerró de nuevo rápidamente. Poco después apareció Willett en el vestíbulo, pálido y descompuesto, y pidió un poco de leña para encender fuego en el hogar. Dijo que la estufa no era suficiente. Sin atreverse a hacer preguntas, el señor Ward dio las órdenes necesarias a un criado, el cual subió unos cuantos trozos de pino, temblando al entrar en la biblioteca para colocarlos en el emparrillado del hogar. Entretanto, Willett había subido al desmantelado laboratorio bajando con una cesta sin que el señor Ward alcanzara a ver lo que contenía.

Después, el doctor volvió a encerrarse en la biblioteca y por las nubes de humo que empezaron a surgir por la chimenea se supo que había encendido el fuego. Más tarde, después de un gran crujido de periódicos, se oyó de nuevo el ruido chirriante de la misteriosa puerta seguido de un baquetazo que a ninguno de los oyentes le gustó. Luego, Willett profirió un par de gritos ahogados, y a continuación se produjo un chisporroteo que resonó siniestramente en medio del profundo silencio que llenaba la mansión. Finalmente, el humo que surgía de la chimenea se hizo muy espeso y muy acre, y los criados se reunieron en un rincón, aterrorizados ante aquellas nocivas emanaciones, en tanto que el señor Ward temblaba como un azogado.

Tras una prolongada espera, los vapores parecieron aclararse y detrás de la puerta cerrada volvieron a oírse unos extraños ruidos, como si el doctor rascara algo y luego barriera el hogar. Por fin, después de cerrar de nuevo la puerta de la alacena, Willett apareció muy serio, pálido y triste, llevando la cesta que había bajado del laboratorio envuelta en un trapo.

Había dejado la ventana abierta, y en la siniestra habitación penetraba ahora a raudales el aire puro para mezclarse con un nuevo y raro olor a desinfectante. Encima de la chimenea, el recuadro donde había estado el retrato de Joseph Curwen parecía haber perdido su maligno significado. Caían las primeras sombras de la noche, pero esta vez no traían consigo ningún terror latente, sino únicamente una suave melancolía. El doctor no habló de lo que había estado haciendo en el interior de la habitación. Acercándose al señor Ward, se limitó a decirle:

—No puedo contestar a ninguna pregunta, pero diré que existen distintas clases de magia. He llevado a cabo una gran purificación. A partir de ahora, los habitantes de esta casa dormirán mucho mejor.

## 7

La «purificación» realizada por el doctor Willett debió de constituir algo tan espantoso como su paseo nocturno por la desaparecida cripta, a juzgar por el abatimiento que provocó en el anciano médico. Durante tres días no

salió de su habitación, aunque los criados murmuraron que en la noche del miércoles, después de las doce, oyeron abrirse la puerta de la calle silenciosamente y luego volver a cerrarse con el mismo sigilo. Por fortuna, la imaginación de los criados es muy limitada, ya que de otro modo podía haber sido excitada por un texto aparecido en el *Evening Bulletin* del jueves:

**LOS PROFANADORES DE TUMBAS RENUEVAN SU ACTIVIDAD**

*Tras un respiro de diez meses desde el último acto de vandalismo en la tumba de Weeden del North Burial Ground, a primera hora de esta mañana, el vigilante nocturno del mismo cementerio, Robert Hart, ha sorprendido a otro merodeador. Alrededor de las dos de la madrugada, Hart advirtió el reflejo de una linterna en la parte norte del camposanto y, al dirigirse hacia allí, vio la figura de un hombre que empuñaba una pala, cuya silueta era evidente contra una luz eléctrica próxima. Hart emprendió una veloz carrera, pero la figura se había dirigido ya rápidamente hacia la entrada principal perdiéndose entre las sombras antes de que el vigilante pudiera alcanzarla.*

*Del mismo modo que el primero de los profanadores que actuó el pasado año, el intruso, aparentemente, no había causado daño alguno antes de ser descubierta su presencia. Una parte desocupada del terreno que los Ward poseen en el cementerio parecía haber sido excavada superficialmente sin que pueda decirse que sí se había tratado de excavar una fosa.*

*Hart, que no puede describir al intruso, se limita a afirmar que se trataba de un hombre de baja estatura y probablemente barbudo. Piensa que las tres intrusiones proceden de la misma fuente, pero la Policía opina de otro modo, teniendo en cuenta el carácter salvaje del segundo*

*incidente, en el cual fue robado un antiguo ataúd y destrozada la lápida de la tumba correspondiente.*
*El primero de los incidentes, según parece con una tentativa frustrada de enterrar algo, ocurrió en el mes de marzo del pasado año y ha sido atribuido a unos contrabandistas de licor que buscaban un escondrijo para su mercancía. Es posible, dice el sargento Riley, que este tercer caso sea de una naturaleza similar. La policía está desplegando una gran actividad con el fin de localizar a los responsables de esas reiteradas profanaciones.*

El jueves, el doctor Willett descansó durante todo el día como si se recuperase de un reciente y agotador esfuerzo. Por la noche escribió una carta para que se la entregaran al señor Ward a la mañana siguiente, que provocó profundas meditaciones en el desconcertado padre. El señor Ward no había sido capaz de volver a su trabajo desde el domingo en que tuvo lugar la siniestra «purificación», pero encontró algo tranquilizador en la carta del doctor, a pesar de la desesperación que parecía prometer y de los nuevos misterios que parecía evocar.

*10, Barnes St.*
*Providence, R. I.*
*12 de abril de 1928*

*Querido Theodore:*
*Creo que es mi obligación hablar contigo antes de llevar a cabo lo que pienso hacer mañana. Voy a acabar con el terrible asunto con el que nos hemos enfrentado (ya que tengo la impresión de que ninguna azada podrá alcanzar nunca aquel monstruoso lugar que los dos conocemos), pero temo que tu espíritu no encontraría reposo si no te asegurara explícitamente lo concluyente de la acción que me propongo emprender.*
*Nos conocemos desde que éramos niños, por lo que supongo que confiarás en mí si te digo que hay cosas que es mejor no*

*investigar a fondo. Es mejor que no intentes especular acerca del caso de Charles, y no debes decirle a su madre más de lo que ya sospecha. Cuando yo vaya a visitarte mañana, Charles se habrá fugado. Esto es lo que todo el mundo debe creer. Estaba loco y se fugó. Mi consejo es que vayas a reunirte con tu esposa en Atlantic City y te tomes también un descanso. Dios sabe que lo necesitas urgentemente después de esta impresión, tanto como yo mismo. Por mi parte, he decidido ir al sur y pasar allí una temporada.*

*De modo que no debes hacerme preguntas. Puede que algo falle y, si es así, te lo diré. Aunque espero que no haya ocasión. No habrá nada más de que preocuparse, ya que Charles estará completamente a salvo de todo. No debes temer nada en lo que respecta a Allen o quienquiera que sea. Ya forma parte del pasado, igual que el cuadro de Joseph Curwen, y cuando mañana llame a tu puerta, puedes tener la completa seguridad de que ya no existirá esa persona.*

*Pero debes prepararte para algo muy triste y preparar también a tu esposa. La fuga de Charles no significa que vayáis a recuperarlo. Se ha visto afectado por una terrible enfermedad, como has podido comprender por los sutiles cambios físicos y mentales que ha sufrido, y tienes que resignarte a no volver a verlo. Te queda el consuelo de saber que nunca fue un malvado, ni siquiera un loco, sino únicamente un muchacho aficionado al estudio y excesivamente curioso en materias que encerraban un gran peligro. Se ocupó de cosas que ningún mortal debe investigar y esa fue su desgracia.*

*Dentro de un año, si lo deseas, puedes poner una lápida en el North Burial Ground, a una distancia de diez pies en dirección oeste de la tumba de tu padre, para indicar el último lugar de descanso de tu hijo. Las cenizas enterradas en aquella tumba serán las del Charles Dexter Ward, cuya mente vigilaste desde la infancia, las del verdadero Charles, con la*

*marca de nacimiento en su cadera y sin la señal negra en el pecho ni la cicatriz en la ceja derecha. El Charles que nunca fue un malvado y que habrá pagado con su vida una excesiva curiosidad.*

*Esto es todo. Charles se fugará del hospital y dentro de un año puedes colocar su lápida. No me hagas preguntas y ten la seguridad de que el honor de tu familia continúa intacto.*

*Con la más profunda simpatía y deseándote que encuentres la fuerza, la calma y la resignación necesarias, me declaro, una vez más, el más sincero de tus amigos.*

*Marinus B. Willett*

El viernes 13 de abril de 1928, Marinus Bickell Willett visitó a Charles Dexter Ward en su habitación del hospital Waite, en la isla de Conanicut. El joven, a pesar de que no intentó evitar a su visitante, estaba de muy mal humor y no parecía dispuesto a llevar la conversación al terreno que Willett deseaba. El descubrimiento de la cripta por parte del doctor había creado entre ellos una especie de tensión. Finalmente, Willett se decidió a romper el fuego.

—He descubierto algo más, Charles —dijo—. Algo muy grave.

—¿Otros animalitos medio muertos de hambre? —fue la irónica respuesta. Era evidente que el joven quería mostrarse jactancioso hasta el último momento.

—No —respondió Willett lentamente—. Se trata de otra cosa. Encargamos a unos detectives que investigaran sobre el doctor Allen, y han encontrado la barba postiza y las gafas ahumadas en el *bungalow*.

—Bueno —dijo Ward encogiéndose de hombros—, supongo que un hombre tiene derecho a disfrazarse si ese es su gusto.

Willett, que lo observaba fijamente, notó que el joven había perdido parte de su seguridad anterior.

—Por supuesto —asintió el doctor—. Puede hacerlo, siempre que tenga derecho a existir y siempre que no destruya lo que invocó de más allá del espacio.

Ward se sobresaltó violentamente.

—Bueno, ¿qué es lo que ha descubierto y qué quiere de mí?

El doctor dejó transcurrir cierto tiempo antes de contestar, como si escogiera sus palabras para una respuesta eficaz.

—He encontrado —dijo al fin— algo en una alacena disimulada en el mismo sitio donde hubo un cuadro encima de una chimenea y lo he quemado; después he enterrado las cenizas en el lugar donde estará la tumba de Charles Dexter Ward.

El loco se levantó de un salto de la silla en la cual había estado sentado.

—¡No es posible! —exclamó—. ¡No es posible!

Willett tranquilizó al paciente con un gesto.

—No he hablado con nadie de este asunto —dijo—. No se trata de un caso corriente. Se trata de una locura inconcebible y de un horror procedente de más allá de las esferas que ningún alienista ni ningún tribunal podrían juzgar. ¡Pero a mí no puede engañarme, Joseph Curwen, porque sé que su maldita magia es verdadera!

»Sé cómo preparó usted el hechizo que perduró a través de los años y actuó sobre su doble y descendiente. Sé cómo lo arrastró usted al pasado y consiguió que lo sacara de su detestable tumba. Sé cómo lo tuvo escondido a usted en su laboratorio mientras usted estudiaba cosas modernas y salía por las noches como un vampiro y cómo más tarde utilizó usted la barba y las gafas para que nadie se sorprendiera de su asombroso parecido con él. Sé lo que proyectó hacer cuando él le reprochó su monstruoso saqueo de las tumbas del mundo y sé cómo lo hizo.

»Se quitó la barba y las gafas y engañó a los guardianes que vigilaban la casa. Creyeron que el que entraba era él, y creyeron que el que salía era él cuando usted ya lo había estrangulado y ocultado en aquella alacena. Pero usted fue un estúpido, Curwen, al suponer que una simple identidad visual sería suficiente. ¿No pensó usted en el lenguaje, en la voz y en la escritura? Finalmente ha fracasado. Usted sabe mejor que yo quién escribió el mensaje que encontré en mi bolsillo, y debo advertirle que no fue escrito en vano. Hay abominaciones y sacrilegios que deben ser extirpados, y creo que quien escribió aquellas palabras alcanzará a Orne y a Hutchinson. Uno de esos individuos le escribió a usted en cierta ocasión: “No invoques a lo que

luego no puedas dominar”. Tenía mucha razón, Curwen. Un hombre no puede jugar con la naturaleza más allá de ciertos límites, y todos los horrores que usted ha invocado se levantarán en contra suya…

El doctor se vio interrumpido por un grito convulsivo del ser que tenía delante. Indefenso, sin armas, y sabiendo que cualquier violencia física atraería a un ejército de enfermeros en auxilio del doctor, Joseph Curwen había decidido recurrir a su antiguo aliado, y para ello inició una serie de movimientos cabalísticos con los dedos mientras su voz cavernosa aullaba las palabras de una terrible fórmula:

«PER ADONAI ELOIM, ADONAI JEHOVA,
ADONAI SABAOTH, METRATON…».

Pero Willett fue más rápido que él. Los perros de la vecindad habían empezado a ladrar frenéticamente y un viento helado había empezado de pronto a soplar sobre la bahía; sin embargo, el doctor estaba recitando ya la fórmula que había memorizado en la siniestra cripta del *bungalow* de Pawtuxet, la fórmula del ojo por ojo, magia por magia… La fórmula que había invocado al autor de aquel mensaje encabezada por la Cola del Dragón, símbolo del nodo descendente:

«OGTHROD AI’F
GEB’L-EE’H
YOG-SOTHOTH
‘NGAH’NG AI’Y
ZHRO».

Cuando la primera palabra surgió de la boca de Willett, el paciente interrumpió en seco su empezada fórmula. Incapaz de hablar, el monstruo agitó salvajemente los brazos. Cuando fue pronunciado el nombre de Yog-Sothoth, comenzó la espantosa metamorfosis. No fue simplemente una disolución, sino más bien una transformación o recapitulación, y Willett cerró los ojos para no desmayarse antes de que fuera pronunciado el resto de la invocación.

Pero no se desmayó, y aquel hombre de siglos impíos y prohibidos secretos no volvió a trastornar al mundo. El caso de Charles Dexter Ward estaba cerrado. El doctor Willett abrió los ojos antes de salir tambaleándose de aquella habitación de horror y vio que, tal como había previsto, no había sido necesario usar ningún ácido: al igual que su abominable retrato un año antes, Joseph Curwen yacía ahora esparcido por el suelo como una delgada capa de fino polvo gris azulado.

***OceanofPDF.com***

# LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH



*OceanofPDF.com*

# LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH

## I

Durante el invierno de 1927-28, agentes del gobierno Federal llevaron a cabo una extraña y secreta investigación de ciertas circunstancias que afectaban al antiguo puerto de Innsmouth, Massachussets. El público tuvo la primera noticia de ello en febrero, cuando se produjeron numerosas razzias y detenciones, seguidas del deliberado incendio y dinamitado —tomando las debidas precauciones— de una gran cantidad de destartaladas y supuestamente vacías casas a lo largo del muelle abandonado. Las almas despreocupadas atribuyeron lo sucedido a una acción más enérgica que de costumbre contra los traficantes de alcohol.

Sin embargo, los que siguen con más atención los acontecimientos públicos, se extrañaron del prodigioso número de detenciones, de la anormal cantidad de agentes utilizados para efectuarlas, y del secreto con que se rodeó el destino de los prisioneros. No se informó de que hubieran sido sometidos a juicio, ni siquiera de que se hubieran presentado cargos concretos contra ellos, ni se vio más tarde a ninguno de los cautivos en los presidios oficiales de la nación. Se habló vagamente de cuarentenas y campos de concentración, y posteriormente de dispersión en diversas prisiones navales y militares, pero esos rumores no pudieron ser confirmados nunca. El propio Innsmouth quedó casi despoblado, y solo ahora empieza a dar señales de existencia renovada.

Las protestas de numerosas organizaciones liberales dieron pie a prolongadas conversaciones confidenciales, y finalmente sus representantes fueron llevados a visitar ciertos campamentos y prisiones. Como resultado de ello, aquellas sociedades adoptaron una actitud sorprendentemente pasiva y reticente. Los periodistas resultaron más difíciles de manejar, pero al final parecieron colaborar ampliamente con el gobierno. Solo un periódico —el de menor circulación— mencionó al submarino que dejó

caer cargas de profundidad en el abismo oceánico inmediatamente más allá del Arrecife del Diablo. La noticia, captada en una taberna frecuentada por marineros, no llamó demasiado la atención, dado que el negro arrecife se encuentra a milla y media de distancia del puerto de Innsmouth.

Las gentes de la región y de los pueblos contiguos murmuraron mucho entre sí, pero le dijeron muy poco al mundo exterior. Habían hablado del moribundo y casi abandonado Innsmouth durante un siglo, y nada podía ser más horrible ni más espantoso que lo que habían susurrado y sugerido años antes. Muchas cosas les habían enseñado a callar, y no hubo necesidad de ejercer presión sobre ellas. Además, en realidad sabían muy poco; ya que unos vastos marjales salinos, desolados y deshabitados, mantenían a los vecinos alejados de Innsmouth, en tierra más firme.

Pero al fin voy a desafiar la prohibición de hablar de este asunto. Estoy convencido de que la alusión a lo que encontraron en Innsmouth aquellos horrorizados agentes federales solo producirá en el público la lógica repulsión, sin más daño. Además, lo que fue encontrado posiblemente podría tener más de una explicación. Ignoro hasta qué punto me ha sido contada —incluso a mí— la totalidad de la historia, y tengo muchos motivos para no desear investigar más a fondo. Ya que mi contacto con este asunto ha sido más íntimo que el de cualquier otro lego y he sufrido impresiones que me conducirán a tomar medidas drásticas.

Fui yo quien huyó frenéticamente de Innsmouth a primeras horas de la mañana del 16 de julio de 1927, provocando con mis desesperados llamamientos que el gobierno investigara todo aquel episodio y actuara en consecuencia. No tuve inconveniente en guardar silencio mientras el asunto era reciente e incierto; pero ahora que es una vieja historia, desvanecidos el interés y la curiosidad del público, siento una extraña ansiedad por hablar de aquellas horribles horas en el hostil puerto de sacrílega anormalidad. El simple hecho de contarlo me ayudará a recobrar la confianza en mis propias facultades, a convencerme a mí mismo de que no fui simplemente el primero en sucumbir a una contagiosa alucinación de pesadilla. Me ayudará, también, a ratificar mi decisión en lo que respecta a un paso terrible que me veré obligado a dar.

Nunca había oído hablar de Innsmouth hasta un día antes de verlo por primera y —hasta ahora— última vez. Estaba celebrando mi mayoría de edad con una gira a través de Nueva Inglaterra —turística, arqueológica y genealógica—, y había planeado ir directamente desde el antiguo Newburyport a Arkham, de donde procede la familia de mi madre. No tenía automóvil, de modo que viajaba en tren, en autobús e incluso en carro, buscando siempre el medio de transporte más barato. En Newburyport me dijeron que para ir a Arkham debía tomar el tren de vapor; y en la oficina donde expedían los billetes, y en la que permanecí indeciso ante lo elevado del importe, oí hablar de Innsmouth. El robusto empleado, que por su acento parecía ser tan forastero como yo, pareció simpatizar con mis esfuerzos por ahorrar y me hizo una sugerencia que ninguno de mis otros informadores me había ofrecido.

—Podría tomar usted el viejo autobús, supongo —dijo, en tono poco convencido—, aunque por aquí nadie se lo aconsejaría. Pasa a través de Innsmouth, ¿sabe?, y a la gente no le gusta la idea de pasar por allí. Lo conduce un individuo de Innsmouth —un tal Joe Sargent—, pero nunca recoge clientes aquí, y creo que tampoco en Arkham. Me extraña que siga funcionando. Es bastante barato, supongo, pero nunca lo he visto con más de tres o cuatro pasajeros, todos ellos vecinos de Innsmouth. Sale de la Plaza —enfrente del Drug Store de Hammond— a las diez de la mañana y a las siete de la tarde, a menos que hayan cambiado el horario últimamente. Su aspecto es realmente destartalado… Yo no lo he tomado nunca. Aquella fue la primera vez que oí hablar de Innsmouth. Cualquier referencia a un pueblo que no figura en los mapas corrientes ni en las recientes guías me habría interesado, y lo que había dicho el empleado despertó mi curiosidad. Un pueblo capaz de inspirar tal aversión en sus vecinos, pensé, tiene que ser algo fuera de lo corriente y digno de la atención de un turista. Si se encontraba camino de Arkham me detendría allí. De modo que le rogué al empleado que me contara algo acerca de Innsmouth. Habló en tono muy deliberado, y con un aire de sentirse ligeramente superior a lo que decía.

—¿Innsmouth? Bueno, es un pueblo un poco raro, situado en la desembocadura del Manuxet. Era casi una ciudad —un puerto importante antes de la guerra de 1812—, pero en los últimos cien años ha decaído por

completo en vez de crecer. Ahora ni siquiera tiene ferrocarril; la B & M nunca pasó por allí, y el ramal procedente de Rowley fue suprimido hace años.

«Hay más casas vacías que habitantes, sospecho, y ninguna industria aparte de la pesca y de los viveros de langostas. Todo el mundo efectúa la mayoría de sus compras aquí, o en Arkham o Ipswich. En otra época había bastantes fábricas, pero ahora no queda nada, excepto una refinería de oro que está parada la mayor parte del tiempo.

»Por cierto, esa refinería era muy importante, y el viejo Marsh, su propietario, tiene que ser más rico que Creso. Pero es un tipo raro y vive encerrado en su casa. Se supone que su aislamiento se debe a que contrajo alguna enfermedad de la piel o alguna deformación física. Es nieto del capitán Obed Marsh, que fundó el negocio. Al parecer, su madre era extranjera —dicen que una isleña de los Mares del Sur—, de modo que a nadie le sentó bien que se casara con una muchacha de Ipswich, hace cincuenta años. Lo cierto es que por estos andurriales nadie simpatiza con la gente de Innsmouth, y la gente que tiene algún parentesco con ese Publio procura ocultarlo. Pero los hijos y los nietos de Marsh tienen un aspecto completamente normal, por lo que he podido ver. A menudo me los han señalado cuando vienen aquí… aunque ahora caigo en la cuenta de que el mayor de los hijos lleva mucho tiempo sin aparecer por Newburyport. Al viejo no lo he visto nunca.

»¿A qué se debe la antipatía que inspira Innsmouth? Bueno, joven, no debe tomar muy en cuenta lo que dice la gente. Tarda mucho en empezar a hablar, pero una vez ha empezado no hay quien la pare. Han estado contando cosas acerca de Innsmouth —susurrándolas, mejor dicho— durante los últimos cien años, y he llegado a la conclusión de que están más asustados que cualquier otra cosa. Algunas de las historias le harían reír —acerca del capitán Marsh, el abuelo, haciendo tratos con el diablo y sacando demonios del infierno para traerlos a vivir a Innsmouth, o acerca de un culto demoníaco con horrendos sacrificios en algún lugar cercano a los muelles—, pero yo procedo de Panton, Vermont, y ese tipo de historias no me impresionan.

»Sin embargo, tendría usted que oír lo que algunos de los más ancianos cuentan acerca del arrecife negro que hay junto a la costa; lo llaman el Arrecife del Diablo. Asoma sobre la superficie del agua la mayor parte del tiempo, y casi nunca queda cubierto del todo, pero no es lo que usted llamaría una isla. Cuentan que a veces se ha visto a toda una legión de demonios en ese arrecife… entrando y saliendo de una especie de cuevas cerca de la cumbre. Es un promontorio escabroso, a más de una milla de distancia de la costa, y los barcos mercantes solían dar grandes rodeos solo para evitarlo.

»Es decir, los escasos barcos que seguían atracando en Innsmouth. Una de las cosas que le reprochaban al viejo capitán Marsh era que a veces atracaba en el arrecife de noche, cuando la marea era favorable. Tal vez lo hiciera, si se dedicaba a la piratería o al contrabando; pero lo que se decía era que iba allí para tratar con el diablo. Lo cierto es que la mala reputación del arrecife se debe al viejo capitán.

»Eso fue antes de la gran epidemia de 1846, cuando más de la mitad de los habitantes de Innsmouth perdieron la vida. Nunca llegaron a saber exactamente en qué había consistido la epidemia, pero probablemente se trataba de alguna enfermedad infecciosa traída de China o de alguna otra parte por los barcos mercantes. Desde luego, acabó con la vida del pueblo, que nunca se repuso del golpe; en la actualidad, Innsmouth solo cuenta con 300 ó 400 habitantes.

»Pero lo que en realidad hay detrás de los sentimientos de la gente es prejuicio racial… y no seré yo quien se lo reproche a los que lo sustentan. Yo mismo detesto a esa gente de Innsmouth, y por nada del mundo iría a su pueblo. Supongo que no ignora usted —aunque por su acento deduzco que procede del Oeste— que numerosos barcos de Nueva Inglaterra solían comerciar con extraños puertos de África, Asia y los Mares del Sur, y que a veces traían a gentes muy raras. Probablemente habrá oído hablar del hombre de Salem que se presentó con una esposa china, y tal vez sepa que todavía hay un numeroso grupo de indígenas de las Islas Fiji en alguna parte cerca del Cabo Cod.

»Bueno, tiene que haber algo de ese tipo detrás de la gente de Innsmouth. El lugar siempre ha estado aislado del resto de la región por

marismas y esteros, y no podemos estar seguros de nada; pero es evidente que el viejo capitán Marsh debió traerse algunos ejemplares raros cuando sus tres barcos navegaban continuamente entre 1820 y 1830. Lo cierto es que la gente de Innsmouth tiene algo especial… no sé cómo explicarlo, algo que le pone a uno la piel de gallina. Fíjese en Sargent si toma su autobús. Algunos de ellos tienen la cabeza muy estrecha, la nariz aplastada y unos ojos saltones, de mirada fija, que no parecen parpadear nunca, y su piel no es normal. Es áspera y postillosa, y tienen los lados del cuello como fruncidos o arrugados. Se quedan calvos muy jóvenes, también. Los individuos más viejos son los que tienen peor aspecto… aunque lo cierto es que no creo haber visto nunca un tipo de esos demasiado viejo. ¡Supongo que se mueren al mirarse al espejo! Los animales los detestan: tenían muchos problemas con los caballos antes de que aparecieran los automóviles.

»Nadie de aquí, ni de Arkham o de Ipswich quiere tener tratos con ellos, y por su parte ellos adoptan la misma actitud cuando vienen al pueblo o cuando alguien trata de pescar en sus aguas. Es curioso cómo abunda siempre el pescado en aguas de Innsmouth cuando escasea en todos sus alrededores… Pero, trate usted de pescar allí, y verá lo que tardan en echarle. Esa gente solía venir aquí en tren —iban andando a tomarlo a la estación de Rawley después de que el ramal fue suprimido—, pero ahora utilizan ese autobús.

»Sí, hay un hotel en Innsmouth —llamado Gilman House—, pero no creo que valga gran cosa. Yo no le aconsejaría que se alojara allí. Es mejor que se quede aquí y tome el autobús de las diez de la mañana; en Innsmouth puede tomar otro autobús que sale de allí hacia Arkham a las ocho de la tarde. Conocí a un inspector de fábricas que se hospedó en el Gilman hace un par de años y contó un montón de cosas desagradables acerca del lugar. Parece ser que se reúne allí gente muy extraña, ya que ese inspector oyó voces en otras habitaciones —a pesar de que la mayoría de ellas estaban desocupadas— que le hicieron estremecer. Hablaban un idioma extranjero, según él, pero dijo que lo peor de todo era la voz que de cuando en cuando tomaba la palabra. Tenía un sonido tan anormal —la calificó de “cenagosa”—, que el inspector no se atrevió a desvestirse y acostarse.

Esperó a que se hiciera de día y se marchó del hotel. Dijo que la conversación se había prolongado durante la mayor parte de la noche.

»Aquel inspector —se llamaba Casey— tuvo mucho que contar acerca de cómo lo miraba la gente de Innsmouth, que parecía ejercer sobre él una continua vigilancia. La refinería de Marsh le pareció un lugar muy raro… Se encuentra en un antiguo molino, cerca de la desembocadura del Manuxet. Lo que él dijo coincidía punto por punto con lo que yo había oído contar. Entre otras cosas, no se llevaba ninguna contabilidad de las operaciones comerciales realizadas por la empresa. Siempre ha sido un misterio la procedencia del oro que los Marsh refinan. Nunca se ha sabido dónde lo compraban, pero hace años embarcaron una enorme cantidad de lingotes.

»Solía hablarse de unas joyas exóticas que los marineros y los trabajadores de la refinería vendían a veces bajo mano, y que fueron vistas en un par de ocasiones en mujeres de la familia Marsh. La gente suponía que el viejo capitán Obed las adquiría en algún puerto pagano, especialmente cuando se supo que encargaba grandes cantidades de abalorios y de chucherías de las que se utilizaban para comerciar con los pueblos indígenas. Otros creían y siguen creyendo que descubrió el antiguo escondrijo de un pirata en el Arrecife del Diablo. Pero sucede algo muy curioso. El viejo capitán murió hace sesenta años, y no ha salido del puerto de Innsmouth un barco digno de ese nombre desde la Guerra Civil, pero los Marsh continúan comprando aquel tipo de chucherías, según me han dicho. Tal vez sean para la gente de Innsmouth… En mi opinión, son tan salvajes como los caníbales de los Mares del Sur o los antropófagos de la Guinea.

»La epidemia del 46 debió llevarse a la mejor sangre del lugar. De todos modos, constituyen una comunidad más que sospechosa, y los Marsh y otros elementos ricos son tan malos como cualquiera. Como ya le he dicho, probablemente no hay más de 400 habitantes en todo el pueblo, a pesar de tantas calles como dicen que existen. Supongo que son lo que en el Sur llaman “basura blanca”, gente al margen de la ley, astuta y solapada. Exportan una gran cantidad de pescado y langostas en camiones. El pescado abunda allí más que en ninguna otra parte.

»Nadie ha podido controlar nunca a esa gente, y los funcionarios del Estado que se han presentado allí en cumplimiento de sus funciones —los agentes del censo, por ejemplo— las han pasado moradas. Puede usted apostar lo que quiera a que los forasteros fisgones no son bien recibidos en Innsmouth. Sé de más de uno que ha desaparecido allí, y se habla de un funcionario del gobierno que se volvió loco y ahora está encerrado en Danvers. Imagine la clase de susto que debieron prepararle…

»Por eso yo, en su lugar, no iría allí de noche. Nunca he estado en Innsmouth ni pienso ir, pero supongo que un viaje a la luz del día no significaría ningún peligro para usted. Si es usted un simple aficionado a visitar lugares raros y comprar antigüedades, no podría escoger nada mejor que Innsmouth para satisfacer su curiosidad».

De modo que pasé parte de aquella noche en la Biblioteca Pública de Newburyport buscando datos acerca de Innsmouth. Cuando había tratado de interrogar a los nativos en las tiendas, el restaurante, los garajes y el cuartelillo de bomberos, había descubierto que eran mucho más reacios a empezar a hablar de lo que el expendedor de billetes había predicho; y me di cuenta de que no disponía de tiempo para vencer su instintiva reticencia. Manifestaban una especie de oscura suspicacia, como si se encontraran a disgusto con alguien demasiado interesado en Innsmouth. En el local de la Y.M.C.A. donde pasé la noche, el conserje se limitó a aconsejarme que no fuera a un lugar tan lúgubre y decadente; y el personal de la Biblioteca se manifestó en el mismo sentido. Evidentemente, a los ojos de las personas cultas, Innsmouth era un caso exagerado de degeneración cívica.

Las historias del Condado de Essex que encontré en la Biblioteca tenían muy poco que decir, excepto que el pueblo fue fundado en 1643, que destacó por sus construcciones navales antes de la Revolución, que fue sede de un intenso comercio marítimo a comienzos del XIX, y más tarde un centro fabril que utilizaba el Manuxet como fuente de energía. La epidemia de 1846 y los acontecimientos posteriores eran citados muy de pasada, como si constituyeran un descrédito para el condado.

Las referencias a la decadencia eran escasas, aunque el significado de la última crónica era inconfundible. Después de la Guerra Civil, toda la vida industrial quedó reducida a la Marsh Refining Company, y la venta de

lingotes de oro constituía el único comercio de cierta importancia que quedaba en pie, aparte de la sempiterna pesca. La pesca resultaba cada vez menos remuneradora debido a la baja del precio del producto y a la competencia de las grandes compañías pesqueras, pero nunca hubo escasez de pescado en aguas de Innsmouth. Los extranjeros no lograban establecerse allí, y se aludía discretamente a cierto número de polacos y portugueses que lo habían intentado y que tuvieron que desistir de su empeño ante las medidas peculiarmente drásticas adoptadas contra ellos.

Lo más interesante de todo era una breve referencia a las extrañas joyas vagamente relacionadas con Innsmouth. Era evidente que habían impresionado a toda la región, ya que se mencionaban algunas piezas que se encontraban en el Museo de la Universidad de Miskatonic de Arkham, y en la sala de exposiciones de la Sociedad Histórica de Newburyport. Las fragmentarias descripciones de aquellas piezas eran desabridas y prosaicas, pero me produjeron una extraña impresión. Había en ellas algo tan singular y provocativo que no pude apartarlas de mi mente, y a pesar de lo relativamente tardío de la hora decidí ver la muestra local —mencionada como «una especie de tiara»—, suponiendo que la cosa pudiera arreglarse.

El bibliotecario me dio una nota de presentación para la conservadora de la Sociedad, una tal Miss Anna Milton, que vivía muy cerca, y tras una breve explicación aquella anciana señorita fue lo bastante amable como para acompañarme al cerrado edificio, dado que la hora no era exageradamente tardía. La colección era realmente notable, aunque yo solo tuve ojos para el fantástico objeto que resplandecía en una vitrina bajo las luces eléctricas.

No se requería una excesiva sensibilidad a la belleza para quedar literalmente boquiabierto ante el extraño y sobrenatural esplendor de la opulenta fantasía que reposaba sobre un almohadón de terciopelo púrpura. Incluso ahora apenas puedo describir lo que vi, aunque era evidente que se trataba de una especie de tiara, tal como decía la descripción. Era alta en la parte delantera, con una periferia muy ancha y curiosamente irregular, como diseñada para una cabeza de contorno casi elíptico. El material parecía ser predominantemente oro, aunque lo fantástico de su brillo sugería alguna extraña aleación con un metal igualmente bello y difícilmente identificable.

Su estado de conservación era casi perfecto, y podían pasarse horas enteras estudiando los llamativos e intrigantes dibujos —algunos simplemente geométricos, y algunos claramente marinos— engastados o vaciados en relieve sobre su superficie con una maestría insuperable.

Cuanto más miraba la joya, más me fascinaba; y en aquella fascinación había un elemento curiosamente inquietante difícil de definir o de clasificar. Al principio decidí que lo que provocaba mi inquietud era la cualidad ultraterrena de la obra de arte. Todos los otros objetos artísticos que había visto hasta entonces pertenecían a alguna corriente racial o nacional conocida, o bien eran deliberados desafíos modernistas a todas las corrientes reconocidas. Aquella tiara no era ninguna de las dos cosas. Pertenecía claramente a alguna técnica establecida de madurez y perfección infinitas, aunque se trataba de una técnica completamente ajena a cualquier otra —oriental u occidental, antigua o moderna— de la que yo hubiese oído hablar o hubiese visto ejemplificada. Era como si la manufactura fuese la de otro planeta.

Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que mi inquietud tenía una segunda fuente, tal vez de la misma potencia, en la sugestión pictórica y matemática de los extraños dibujos. Las figuras geométricas sugerían secretos remotos y abismos inimaginables en el tiempo y en el espacio, y la naturaleza monótonamente acuática de los relieves se hacía casi siniestra. Entre aquellos relieves había monstruos fabulosos de horrenda extravagancia y malignidad —medio peces, medio batracios—, que no podían ser disociados de cierta acuciante y molesta sensación de seudomemoria, como si me evocaran alguna imagen en células y tejidos profundos, cuyas funciones retentivas son completamente primarias y pavorosamente ancestrales. A veces imaginaba que cada contorno de aquellos sacrílegos peces–rana derramaba la definitiva quintaesencia de una maldad desconocida e inhumana.

El aspecto de la tiara contrastaba con su breve y prosaica historia, tal como la contó Miss Tilton. Había sido empeñada por una suma ridícula en una casa de préstamos de la State Street, en 1872, por un hombre de Innsmouth borracho que poco después había resultado muerto en una reyerta. La Sociedad la había adquirido directamente del prestamista, y la

había clasificado como de procedencia probablemente indo–oriental o indochina, aunque la clasificación era puramente hipotética.

Miss Tilton, comparando todas las teorías acerca de su origen y su presencia en Nueva Inglaterra, se inclinaba a creer que formaba parte de algún exótico botín pirata descubierto por el viejo capitán Obed Marsh. Esta opinión se veía apoyada por las insistentes ofertas de compra a un elevado precio que los Marsh empezaron a hacer cuando se enteraron de su presencia, y que habían venido repitiendo hasta la fecha a pesar de la invariable determinación de la Sociedad de no vender.

Mientras me acompañaba a la salida del edificio, la buena señora me explicó que la teoría del origen pirático de la fortuna de los Marsh estaba muy extendida entre las personas cultas de la región. Su propia actitud hacia Innsmouth —donde no había estado nunca— era de desagrado ante una comunidad cada vez más degradada desde el punto de vista cultural, y me aseguró que los rumores acerca del culto al diablo estaban parcialmente justificados por la existencia de un peculiar culto secreto que había adquirido fuerza allí, desbancando a todas las iglesias ortodoxas.

Aquel culto, dijo, se llamaba «La Orden Esotérica de Dagón», y era sin duda una religión adulterada y semipagana importada del Este un siglo antes, en una época en la que las aguas de Innsmouth parecían haberse despoblado de peces. Su persistencia entre una gente sencilla era muy lógica teniendo en cuenta el súbito y permanente retorno de una gran abundancia de peces, por lo que no tardó en ejercer una gran influencia en el pueblo, reemplazando a la francmasonería y ocupando incluso los locales de esta última hermandad.

Todo esto, para la piadosa Miss Tilton, constituía un motivo excelente para mantenerse alejado del antiguo pueblo decadente y desolado; en cambio, para mí, era simplemente un incentivo más. A mis anticipaciones arquitectónicas e históricas se añadía ahora un agudo celo antropológico, y apenas pude dormir en mi pequeño cuarto de la «Y» mientras la noche se iba desgastando.

## II

Poco antes de las diez de la mañana siguiente me encontraba con una pequeña maleta delante del Drug Store de Hambond en la antigua Plaza del Mercado, esperando el autobús de Innsmouth. A medida que se acercaba la hora de su llegada observé que los transeúntes evitaban deliberadamente pasar por las inmediaciones de la parada, aunque eso significara tener que dar un rodeo por el otro lado de la plaza. Evidentemente, el expendedor de billetes no había exagerado al hablar de la antipatía que las gentes de Newburyport sentían hacia Innsmouth y sus ciudadanos. Poco después, un pequeño y decrépito autobús, de un sucio color gris, bajó por la State Street y vino a detenerse delante de mí. Supe inmediatamente que era el que esperaba, y pude confirmarlo al leer el letrero que ostentaba en el parabrisas:

Arkham - Innsmouth - Newburyport.

Había únicamente tres pasajeros —unos hombres morenos y desgreñados, de rostros adustos y estampa juvenil— y, cuando el vehículo se detuvo, se apearon con cierto desmaño y echaron a andar hacia State Street de un modo silencioso y casi furtivo. También el conductor se apeó, y lo contemplé mientras entraba en el *drug store* para efectuar alguna compra. Pensé que aquel debía ser el Joe Sargent mencionado por el expendedor de billetes, e incluso antes de fijarme en los detalles de su persona me invadió una ola de espontánea aversión que no podía controlar ni explicar. Súbitamente me pareció muy natural que la gente de Newburyport no deseara viajar en un autobús conducido por aquel hombre ni visitar el lugar en el que residían sus conciudadanos.

Cuando el conductor salió de la tienda lo observé con más atención y traté de localizar la fuente de mi desagradable impresión. Era un hombre delgado, algo cargado de espaldas, de una estatura un poco inferior al metro ochenta, que vestía un raído traje azul y se cubría la cabeza con una gorra de visera a tono con el traje en lo que a vejez se refiere. Podía tener unos treinta y cinco años, aunque los extraños y profundos pliegues de su piel a ambos lados del cuello le hacían parecer mucho más viejo. Tenía una cabeza estrecha, unos ojos saltones de color azul acuoso que no parecían

parpadear nunca, una nariz aplastada, una frente y una barbilla hundidas y unas orejas singularmente subdesarrolladas. Sus grisáceas mejillas parecían casi imberbes, salvo por algunos pelos amarillos y ralos que se agrupaban en parches irregulares; y a trechos la superficie parecía extrañamente desigual, como pelándose a causa de alguna enfermedad cutánea. Sus manos eran anchas y de venas abultadas, y tenía un color gris–azulado muy poco corriente. Los dedos eran asombrosamente cortos en proporción con el resto de la estructura, y parecían tender a curvarse sobre la enorme palma. Mientras andaba hacia el autobús observé su paso vacilante y vi que sus pies eran anormalmente grandes. Cuanto más los examinaba, más me maravillaba que pudiera encontrar zapatos a su medida.

El hombre desprendía un tufo que aumentaba mi aversión. Por lo visto, frecuentaba mucho los muelles de pescado y se le había pegado su olor característico. No hubiera podido decir hasta qué punto había en él sangre extranjera. Su aspecto no era ciertamente asiático, polinesio, levantino ni negroide, pero pude comprender el motivo de que la gente lo encontrara ajeno a nuestra raza. Por mi parte, me inclinaba a creer en una degeneración biológica más que en una extranjería.

Lamenté comprobar que no habría otros pasajeros en el autobús. No me gustaba la idea de viajar a solas con aquel conductor. Pero hice de tripas corazón y seguí al hombre a bordo, entregándole un billete de dólar y murmurando una sola palabra: «Innsmouth». Por espacio de unos segundos, el hombre me miró con una expresión de curiosidad; luego me entregó el cambio —cuarenta centavos— sin decir nada. Me senté en la parte de atrás, lo más lejos posible del conductor, aunque en el mismo lado del autobús, ya que deseaba contemplar la orilla del mar durante el viaje.

Por fin, el decrépito vehículo se puso en marcha con una sacudida y avanzó ruidosamente a lo largo de los edificios de ladrillo de State Street, soltando una nube de humo por el tubo de escape. Mirando a la gente estacionada en las aceras, me pareció detectar en ella un curioso deseo de evitar mirar el autobús… o al menos un deseo de evitar que pareciera que lo miraban. Luego giramos a la izquierda en Hihg Street, donde el terreno era más llano; pasamos por delante de antiguas mansiones de los primeros tiempos de la República y de otras todavía más antiguas de la época

colonial, cruzamos el Green Inferior y el río Parker, y finalmente salimos a una larga y monótona extensión de campo abierto.

El día era cálido y soleado, pero el paisaje de arena, juncias y arbustos canijos se hacía cada vez más desolado a medida que avanzábamos. A través de la ventanilla pude ver las aguas azules y el contorno arenoso de la isla Plum, y no tardamos en circular muy cerca de la playa cuando la estrecha carretera se desvió de la principal que conducía a Rowley y a Ipswich. No había ninguna casa a la vista, y por el estado de la carretera deduje que el tráfico era muy escaso. Los carcomidos postes del teléfono solo contenían dos cables. De cuando en cuando cruzábamos rudimentarios puentes de madera tendidos sobre riachuelos que se llenaban con la marea, hundiéndose tierra adentro y contribuyendo al aislamiento general de la región.

Ocasionalmente veía tocones muertos y restos de paredes sobre la arena amontonada por las corrientes, y recordé la antigua tradición citada en una de las historias que había leído, según la cual esta había sido en otro tiempo una región fértil y muy poblada. El cambio, se decía, se produjo simultáneamente a la epidemia de 1846, y las gentes sencillas creyeron que tenía una oscura conexión con las fuerzas ocultas del mal. En realidad, fue provocado por la imprudente tala de árboles cerca de la playa, con lo cual se privó al terreno de su mejor protección y abrió el camino a las oleadas de arena empujadas por el viento.

Por fin perdimos de vista la isla de Plum y a nuestra izquierda solo quedó la vasta inmensidad del Atlántico. La estrecha carretera empezó a ascender bruscamente y experimenté una singular sensación de inquietud al ver delante de nosotros la solitaria cresta en la que nuestro camino se unía con el cielo. Era como si el autobús se dispusiera a abandonar la tierra para trepar a arcanos desconocidos en las capas superiores del aire. El olor del mar adquirió ominosas inferencias, y la rígida espalda y la estrecha cabeza del silencioso conductor se me hicieron cada vez más odiosas. Al mirarlo vi que la parte posterior de su cabeza estaba casi tan despoblada de pelo como su cara, mostrando únicamente unos mechones amarillentos sobre la áspera superficie gris.

Luego alcanzamos la cresta y contemplé el valle que se extendía más allá, en la confluencia del Manuxet con el mar al norte de la larga hilera de arrecifes que culmina en la Cabeza de Kingsport y gira hacia Cabo Ann. En el lejano horizonte brumoso solo pude percibir el difuminado perfil de la cabeza, rematada por la extraña casa antigua de la cual se han contado tantas leyendas; pero de momento toda mi atención estaba dedicada al panorama más cercano, inmediatamente debajo de mí. Me di cuenta de que me encontraba ante el tristemente célebre Innsmouth.

Era un pueblo de amplia extensión con abundantes construcciones, pero al mismo tiempo con una asombrosa escasez de vida visible. De las numerosas chimeneas no brotaba ninguna columna de humo, y los tres altos campanarios se erguían rígidos y sin pintar contra el horizonte marino. Uno de ellos se estaba desmoronando por la parte superior y, en él y en otro, los lugares que habían ocupado los relojes eran ahora negros agujeros. Mientras nos acercábamos a lo largo de la carretera en descenso, pude ver que muchos tejados estaban hundidos. También había algunas grandes y cuadradas casas georgianas, con tejados de copete, cúpulas y miradores circulares rodeados por una barandilla. Estaban muy lejos del agua, y un par de ellas parecían encontrarse en condiciones relativamente buenas. Extendiéndose a lo largo de ellas vi las líneas del abandonado ferrocarril invadidas por la maleza, con postes telegráficos inclinados y desprovistos de cables, y el trazado medio borrado de los antiguos caminos de carro a Rowley y a Ipswich.

El deterioro era más acusado cerca del muelle, aunque en su mismo centro pude atisbar la blanca torre de una estructura de ladrillo bastante bien conservada que parecía una pequeña fábrica. El puerto, invadido por la arena desde hacía mucho tiempo, estaba rodeado por un antiguo rompeolas de piedra, sobre el cual pude empezar a percibir las diminutas formas de unos cuantos pescadores sentados, y en cuyo extremo se veían lo que parecían los restos de un faro desaparecido. Una lengua de arena había formado una barrera, y sobre ella vi unas cuantas cabañas destartaladas, unos botes amarrados y unos dispersos viveros de langostas. La única agua profunda parecía encontrarse en el lugar donde el río giraba hacia el sur para unirse al océano al final del rompeolas.

Aquí y allá asomaban las ruinas de desembarcaderos, siendo los más deteriorados los que se encontraban más al sur. Y mar adentro, a pesar de la marea alta, divisé una larga línea negra que apenas se alzaba por encima del agua pero que estaba cargada de sugerencias de latente maldad. Se trataba, sin duda, del Arrecife del Diablo. Mientras lo miraba, la primera impresión de repulsión fue trocándose en una curiosa y sutil sensación mucho más inquietante: la de que algo me estaba llamando.

No habíamos encontrado a nadie en la carretera, pero de pronto empezamos a pasar por delante de abandonadas casas de labor en diversas fases de ruina. Luego vi unas cuantas viviendas habitadas con trapos embutidos en las ventanas rotas y conchas y pescados esparcidos por los patios llenos de escombros. En un par de ocasiones vi a personas de aspecto indiferente trabajando en raquíticos huertos o escarbando en la arena de la playa en busca de almejas, y grupos de niños sucios, de rostros simiescos, jugaban alrededor de umbrales invadidos por la maleza. En aquellas personas había algo más inquietante que las semiderruidas casas, ya que casi todas tenían ciertas particularidades de rostro y de movimientos que me produjeron una instintiva repulsión, aunque no pudiera definirlas ni comprenderlas. Por un instante pensé que aquel físico típico sugería algún cuadro o grabado que yo había visto, tal vez en un libro, en circunstancia de horror o melancolía particulares; pero el seudo-recuerdo se desvaneció rápidamente.

Cuando el autobús llegó a un nivel más bajo empecé a percibir la nota sostenida de un salto de agua a través del anormal silencio. Las casas sin pintar se hicieron más frecuentes, alineadas a ambos lados de la carretera, y mostraban más tendencias urbanas que las que habíamos dejado atrás. Todas las casas estaban aparentemente deshabitadas, y había ocasionales baches en lugares en los que los edificios se habían derrumbado del todo. Y todo estaba invadido por el más nauseabundo hedor a pescado que se pueda imaginar.

Pronto empezaron a aparecer cruces y bifurcaciones de calles; las de la izquierda conducían a reinos de inmundicia y descomposición, en tanto que las de la derecha mostraban residuos de pasado esplendor. Hasta entonces no había visto a nadie en el pueblo, pero ahora empezaba a distinguir

señales de que estaba realmente habitado: ventanas con visillos aquí y allá, y un ocasional y destartalado vehículo a motor estacionado junto a la acera. El pavimento y las aceras eran cada vez más normales, y aunque la mayoría de las casas eran muy antiguas —estructuras de madera y ladrillo de comienzos del siglo xix— se mantenían evidentemente aptas para ser habitadas. En mi calidad de aficionado a las antigüedades casi olvidé mi repugnancia olfativa y la sensación de amenaza entre aquella abundante e inalterada supervivencia del pasado.

Pero no llegaría a mi destino sin experimentar antes una impresión muy fuerte de cariz intensamente desagradable. El autobús había llegado a una especie de punto radial con iglesias a ambos lados y los restos de un pequeño prado circular en el centro, y yo estaba mirando un amplio pórtico sostenido por columnas en la bifurcación de la derecha. La pintura que en otro tiempo había sido blanca era ahora gris, con grandes desconchados, y las letras negras y doradas del frontón estaban tan borrosas que me costó un gran trabajo reconstruir las palabras «Orden Esotérica de Dagón». Por lo tanto, aquel era el antiguo Masonic Hall dedicado ahora a un culto degradado. Mientras me esforzaba por descifrar aquella inscripción, mi atención fue distraída por los roncos tonos de una campana agrietada procedentes del otro lado de la calle, y me volví rápidamente a mirar por la ventanilla.

El sonido procedía de una iglesia de fecha visiblemente posterior a la de la mayoría de las casas, construida en lo que pretendía ser estilo gótico y con una planta baja desproporcionadamente elevada, en comparación con la achaparrada torre, con ventanas cubiertas por persianas. Aunque faltaban las manecillas de su reloj en el lado de la torre hacia el que miré, supe que estaban dando las once. Luego, súbitamente, toda idea del tiempo quedó borrada por una imagen de penetrante intensidad y horror indecible que se apoderó de mí antes de que supiera lo que era en realidad. La puerta de la iglesia se abrió, dejando ver un rectángulo de negrura en el interior. Mientras miraba, cierto objeto cruzó o pareció cruzar aquel oscuro rectángulo, encendiendo en mi cerebro un momentáneo concepto de pesadilla que resultaba más enloquecedor debido a que el análisis no podía revelar en ello ninguna cualidad irreal.

Era un objeto viviente —el primero, a excepción del conductor, que había visto desde que entramos en la parte compacta del pueblo—, y si mi estado de ánimo hubiese sido más plácido, no habría visto en él nada aterrador. Tal como comprobé un momento después, se trataba del pastor; sus vestiduras eran muy raras, introducidas sin duda desde que la Orden de Dagón había modificado el ritual de las iglesias locales. Lo que probablemente había captado mi primera ojeada subconsciente y suministrado la pincelada de fantástico horror era la alta tiara que llevaba, un duplicado casi exacto de la que Miss Tilton me había mostrado la noche anterior. Esto, actuando sobre mi imaginación, había proporcionado cualidades indeciblemente siniestras al rostro indeterminado y a la forma envuelta en una toga que se movía debajo. No tardé en decidir que no había ningún motivo para que experimentara aquella estremecedora sensación de seudorrecuerdo. ¿No era lógico que un culto local adoptara entre sus prendas sacerdotales un tipo único de tocado para la cabeza que había llegado a ser familiar para la comunidad por alguna desconocida circunstancia… tal vez como parte de un tesoro encontrado?

Unos cuantos individuos de aspecto juvenil y repelente se hicieron visibles ahora en las aceras, solos o en silenciosos grupos de dos o tres. Los pisos más bajos de las destartaladas casas albergaban de trecho en trecho pequeñas tiendas con deslucidas muestras, y vi un par de camiones estacionados a lo largo de nuestro recorrido. El sonido de los saltos de agua se hizo cada vez más audible, y de pronto vi ante nosotros la ancha garganta de un río, cruzada por un puente de hierro con barandillas, más allá del cual se abría una amplia plaza. Mientras atravesábamos el puente miré a ambos lados y observé algunos edificios con aspecto de fábricas en las orillas cubiertas de hierba. El agua bajaba con mucha abundancia, y pude ver dos saltos corriente arriba a mi derecha, y al menos uno corriente abajo a mi izquierda. En aquel lugar el ruido resultaba ensordecedor. Luego penetramos en la amplia plaza semicircular al otro lado del río y fuimos a detenernos delante del alto edificio rematado por una cúpula con restos de pintura amarilla y una muestra medio borrada proclamando que era la Gilman House.

Me alegré de apearme de aquel autobús, e inmediatamente procedí a entrar mi maleta en el destartalado vestíbulo del hotel. Había una sola persona a la vista —un hombre de edad madura con lo que yo había dado en llamar el «aspecto Innsmouth»—, y decidí no formularle ninguna de las preguntas que me atosigaban; recordando las extrañas cosas que habían sido observadas en este hotel. En vez de eso, salí a dar un paseo por la plaza, de la cual se había marchado ya el autobús, y examiné el escenario que me rodeaba minuciosa y especulativamente.

Un lado del empedrado espacio abierto era la línea recta del río; el otro era un semicírculo de edificios de ladrillo de principios del siglo xix, del cual irradiaban varias calles hacia el sudeste, el sur y el sudoeste. Los faroles eran pocos y pequeños, y me alegré de haber planeado marcharme antes de que oscureciera, a pesar de que sabía que brillaría la luna. Todos los edificios estaban en buen estado e incluían una docena de tiendas abiertas al público: una abacería de la cadena «First Nacional», un lúgubre restaurante, un *drugstore*, un almacén de pescado y, en el extremo oriental de la plaza, cerca del río, una oficina de la única industria del pueblo, la Marsh Refining Company. Había quizá diez personas a la vista, y cuatro o cinco automóviles y camiones estacionados. No necesitaba que me dijeran que aquello era el centro cívico de Innsmouth. Hacia el este pude percibir las azules aguas del muelle, contra el cual se erguían los deteriorados restos de tres campanarios georgianos que en su día fueron muy bellos. Y en la orilla opuesta del río vi la blanca torre rematando lo que supuse sería la refinería de Marsh.

Decidí iniciar mis investigaciones en la abacería, ya que al tratarse de una tienda perteneciente a una gran cadena nacional, lo más probable sería que el personal no fuese nativo de Innsmouth. Encontré a un muchacho de unos diecisiete años a cargo de la tienda, y me complació la animación y la amabilidad con que me recibió, lo cual prometía una información dada de buena gana. En efecto, el muchacho parecía excepcionalmente deseoso de hablar, y no tardé en saber que no le gustaba el pueblo, ni su olor a pescado, ni sus furtivos habitantes. Poder conversar con cualquier forastero era un alivio para él. Era de Arkham, estaba hospedado con una familia que procedía de Ipswich, y a sus padres no les gustaba que trabajara en

Innsmouth. Pero la cadena le había trasladado aquí y no deseaba quedarse sin empleo.

En Innsmouth, dijo, no había ninguna biblioteca pública ni cámara de comercio, pero yo encontraría probablemente lo que buscaba. Ahora me encontraba en la calle Federal. Al este se hallaban las calles residenciales —Broad, Washington, Lafayette y Adams—, y al oeste el barrio portuario. En aquel barrio —a lo largo de Main Street— encontraría las antiguas iglesias georgianas, aunque todas ellas estaban abandonadas desde hacía mucho tiempo. No debía dejarme ver demasiado por aquellos andurriales —especialmente al norte del río—, dado que la gente era arisca y hostil. Incluso habían desaparecido algunos forasteros.

Ciertos parajes eran casi territorio prohibido, como él había aprendido a su costa. No había que rondar mucho, por ejemplo, en torno a la refinería de Marsh, ni en torno a ninguna de las iglesias que todavía funcionaban, ni en torno a la Nueva Iglesia de la Orden de Dagón. Aquellas iglesias eran muy raras: al parecer, sus ceremonias eran tan extrañas como las vestiduras de los clérigos. Sus creencias eran heterodoxas y misteriosas, incluyendo alusiones a ciertas maravillosas transformaciones que conducían a la inmortalidad corporal —de un determinado tipo— sobre esta tierra. El propio pastor del joven —el Dr. Wallace, de la Iglesia de Asbury M. E., en Arkham— le había apremiado seriamente a que no se uniera a ninguna iglesia en Innsmouth.

En cuanto a los habitantes de Innsmouth, el joven estaba desesperado con ellos. Eran tan furtivos y se dejaban ver tan poco como animales que viven en madrigueras subterráneas, y resultaba difícil adivinar cómo pasaban el tiempo aparte de los ratos que dedicaban a la pesca. Tal vez —a juzgar por la cantidad de licor de contrabando que consumían— permanecían tumbados la mayor parte del día, sumidos en un sopor alcohólico. Parecían despreciar el mundo, como si tuvieran acceso a otras esferas mucho mejores. Su aspecto —en especial aquellos ojos de mirada fija, que nunca parpadeaban— impresionaba desagradablemente, lo mismo que sus voces. Resultaba horrible oírles cantar en sus propias iglesias por la noche, y especialmente durante sus principales festividades, dos veces al año: el 30 de abril y el 31 de octubre.

Eran muy aficionados al agua y nadaban mucho, lo mismo en el río que en el muelle. Las carreras a nado hasta el Arrecife del Diablo eran muy frecuentes, y todo el mundo parecía muy bien dotado para practicar la natación. Pensándolo bien, por regla general solo aparecía en público la gente joven, y los mayores de entre ellos eran los que tenían la tez más oscura. Cuando se producían excepciones, afectaban casi siempre a personas sin ningún rastro de aberración, como el anciano conserje del hotel. Uno se preguntaba qué ocurría con la masa de la gente más vieja, y si el «aspecto Innsmouth» no sería producto de una rara e insidiosa enfermedad cuyos síntomas empeoraban a medida que el paciente envejecía.

Desde luego, solamente una enfermedad muy rara podía provocar cambios anatómicos tan amplios y radicales en un individuo después de la madurez —cambios que afectaban a factores óseos tan básicos como la forma del cráneo—, pero incluso así este aspecto no era más desconcertante y sin precedentes conocidos que las características visibles de la enfermedad en su conjunto. Resultaba difícil, admitió el joven, llegar a conclusiones definitivas acerca de tal cuestión, ya que uno no llegaba nunca a conocer personalmente a los nativos, por mucho tiempo que llevara viviendo e Innsmouth.

El joven estaba convencido de que muchos ejemplares, todavía peores que los peores visibles, vivían encerrados en algunos lugares. A veces se oían unos sonidos que no se podían describir. Era imposible saber qué clase de sangre extranjera tenían aquellos seres… si es que tenían alguna. A veces, cuando agentes del gobierno u otras personas procedentes del mundo exterior llegaban al pueblo, los nativos mantenían ocultas ciertas características especialmente repulsivas.

Sería inútil, dijo mi informador, interrogar a los nativos acerca del lugar. El único que hablaría era un hombre muy viejo pero de aspecto normal que vivía en un asilo situado a la orilla septentrional del pueblo y que pasaba la mayor parte del tiempo paseando por los alrededores del cuartelillo de bomberos. Este canoso personaje, Zadok Allen, tenía 96 años y estaba algo chiflado, además de ser el borrachín del pueblo. Era un ser extraño y furtivo que continuamente miraba por encima del hombro como si temiera algo, y

cuando no estaba borracho se negaba en redondo a hablar con los forasteros. Sin embargo, era incapaz de resistir una invitación a beber y, una vez borracho, recitaba los más asombrosos fragmentos de susurradas reminiscencias.

Aunque, después de todo, pocos datos útiles podían obtenerse de él, puesto que sus historias eran descabelladas, alusiones incompletas a maravillas y horrores imposibles que no podían tener otra fuente que su propia desordenada fantasía. Nadie lo creía, pero a los nativos no les gustaba que bebiera y hablara con forasteros, y no siempre era seguro ser visto interrogándole. Probablemente, algunas de las leyendas más absurdas acerca del pueblo procedían del viejo borrachín.

Varios residentes no nativos habían informado de monstruosas vislumbres de cuando en cuando, pero entre las historias del viejo Zadok, y los deformes habitantes no era de extrañar que tales fantasías fuesen corrientes. Ninguno de los no nativos salía a la calle después de anochecer, puesto que estaba muy extendida la impresión de que no era prudente hacerlo. Además, las calles no se distinguían precisamente por su brillante iluminación.

En cuanto a los negocios… la abundancia de pescado era ciertamente casi sobrenatural, pero los nativos se aprovechaban cada vez menos de ella. Además, los precios bajaban y la competencia iba en aumento. Desde luego, el verdadero negocio del pueblo era la refinería, cuya oficina comercial se encontraba en la plaza, solo unas puertas más al este de donde nosotros estábamos. El viejo Marsh no se dejaba ver nunca, aunque a veces salía en un automóvil cerrado y con espesas cortinillas.

Circulaban toda clase de rumores acerca del aspecto que había llegado a adquirir Marsh. En otros tiempos había sido un hombre muy elegante, y la gente decía que aún llevaba la levita de la época de Eduardo VII curiosamente adaptada a ciertas deformidades. Sus hijos habían estado dirigiendo la oficina de la plaza, pero últimamente se dejaban ver muy poco y el manejo de los negocios corría ahora a cargo de la generación más joven. Los hijos y sus hermanas habían adquirido un aspecto muy raro, especialmente los mayores; y se decía que su salud dejaba mucho que desear.

Una de las hijas de Marsh era una mujer repelente, con aspecto de reptil, sobrecargada siempre de extrañas joyas del mismo tipo que la famosa tiara. Mi informador las había visto muchas veces, y había oído decir que procedían de un tesoro secreto, que había pertenecido a unos piratas… o a unos demonios. Los clérigos —o sacerdotes, o como quiera que se les llamase— llevaban aquella clase de tiara, aunque rara vez podía vérseles.

Los Marsh, así como las otras tres familias importantes del pueblo —los Waite, los Gilman y los Eliot—, llevaban una vida muy retirada. Habitaban en unas inmensas casas a lo largo de Washington Street, y se afirmaba que mantenían ocultos en ellas a ciertos parientes vivos cuyo aspecto personal les prohibía presentarse en público, y cuyas muertes habían sido declaradas y registradas.

Advirtiéndome que en la mayoría de las calles faltaban los letreros con sus nombres, el joven dibujó para mí una especie de plano con las características más sobresalientes del pueblo. Tras estudiarlo unos instantes me convencí de que me sería de gran ayuda, y me lo guardé en un bolsillo agradeciéndole efusivamente al muchacho la molestia que se había tomado en beneficio de un desconocido. El restaurante por delante del cual había pasado anteriormente era el único del pueblo y su aspecto de suciedad y abandono me había resultado repulsivo; de modo que compré unos panecillos y un poco de queso para sustituir al almuerzo, más tarde. Mi programa, decidí, sería recorrer las calles principales, hablar con todos los no nativos que encontrase, y tomar el autobús de las ocho hacia Arkham. El pueblo, desde luego, constituía un significativo y exagerado ejemplo de degradación comunitaria; pero yo no soy sociólogo y limitaría mis observaciones al campo de la arquitectura.

Así empecé mi sistemático aunque semiaturdido recorrido de las angostas y sombrías calles de Innsmouth. Cruzando el puente y girando en dirección al rugido de los saltos de agua, pasé muy cerca de la refinería de Marsh, la cual parecía extrañamente silenciosa tratándose de una industria. El edificio se erguía a orillas del río y cerca de un puente y de una abierta confluencia de calles, las cuales supuse que serían el primitivo centro cívico, desplazado después de la Revolución por la actual Town Square.

Volviendo a cruzar el río por el puente de Main Street, me encontré en una zona completamente abandonada que, sin saber por qué, hizo que me estremeciera. Las casas semiderruidas formaban una enmarañada y fantástica silueta, sobre la cual se erguía el decapitado campanario de una antigua iglesia. Algunas casas a lo largo de Main Street estaban habitadas, pero la mayoría carecían de inquilinos. En las calles laterales sin pavimentar vi las negras ventanas abiertas de viviendas abandonadas, muchas de las cuales se inclinaban en peligrosos e increíbles ángulos debido al hundimiento de parte de los cimientos. Aquellas ventanas parecían mirarle a uno de un modo tan espectral que hacía falta mucho valor para girar hacia el este en dirección al muelle. Desde luego, el terror que inspira una casa desierta crece en progresión geométrica, más bien que aritmética, a medida que las casas se multiplican hasta formar una ciudad de absoluta desolación, despertando temores y aversiones ancestrales que ni siquiera el más intrépido de los filósofos es capaz de controlar.

Fish Street aparecía tan desierta como Main Street, con la diferencia de que en la primera había muchos almacenes de piedra y ladrillo que se conservaban en excelente estado. Water Street era casi su duplicado, salvo que en esta se veían amplios trechos vacíos en los espacios que habían ocupado los muelles. No vi un solo ser viviente aparte de los dispersos pescadores en el lejano rompeolas, y no oí un solo ruido aparte del chapoteo de las olas y el rugido de los saltos de agua en el Manuxet. El pueblo me estaba desquiciando cada vez más los nervios, y miré furtivamente detrás de mí mientras retrocedía por el bamboleante puente de Water Street. Según el plano, el puente de Fish Street estaba derruido.

Al norte del río había rastros de una escuálida vida —activas casas conserveras de pescado en Water Street, humeantes chimeneas y tejados remendados aquí y allá, ocasionales sonidos procedentes de fuentes indeterminadas, e infrecuentes formas moviéndose con pasos vacilantes por las calles sin adoquinar—, pero esto me pareció mucho más opresivo que el abandono meridional. Aquí, la gente era más horrenda y anormal que la del centro del pueblo, hasta el punto de que en varias ocasiones recordé algo completamente fantástico que no pude identificar del todo. Indudablemente, la extranjería de los habitantes de Innsmouth era más acusada aquí que en

cualquier otra zona del pueblo… a menos que el «aspecto Innsmouth» fuese una enfermedad más que una herencia de sangre, en cuyo caso este distrito podría estar destinado a albergar a los enfermos más graves.

Un detalle que me incomodó fue la distribución de los escasos y débiles sonidos que oía. Lógicamente, tendrían que haber procedido de las casas habitadas, pero en realidad eran más fuertes detrás de las fachadas de las viviendas desiertas. Consistían en crujidos, pasos precipitados y otros ruidos difíciles de identificar; y de pronto me encontré preguntándome a mí mismo cómo serían las voces de aquellos ciudadanos. Hasta entonces no había oído hablar en este barrio, y estaba absolutamente ansioso por que no se produjera tal circunstancia.

Deteniéndome solo lo suficiente para echar una ojeada a las dos antiguas iglesias, hermosas pero en ruinas, de las calles Main y Church, me apresuré a salir de aquel siniestro suburbio. Mi siguiente objetivo lógico era la sede de la Orden de Dagón, pero por algún motivo ignorado se me hizo insoportable la idea de volver a pasar por delante de la iglesia en la que había percibido de un modo fugaz la forma inexplicablemente aterradora de aquel sacerdote o pastor tocado con la extraña tiara. Además, el joven de la abacería me había dicho que las iglesias, así como la sede de la Orden de Dagón, no eran vecindades aconsejables para los forasteros.

En consecuencia, continué hacia el norte a lo largo de Main Street hasta Marin Street, luego giré hacia el interior, cruzando Federal Street y penetrando en el barrio patricio de las calles septentrionales Broad, Washington, Lafayette y Adams. Aunque aquellas antiguas avenidas aparecían descuidadas y llenas de baches, su dignidad no había muerto del todo. Casa tras casa reclamaban mi atención, la mayoría de ellas decrépitas y desiertas entre descuidados parques, aunque un par de ellas en cada calle mostraban señales de ocupación. En Washington Street había una hilera de cuatro o cinco muy bien conservadas, con céspedes y jardines perfectamente cuidados. La más suntuosa de ellas —con amplios parterres que se extendían hasta Lafayette Street— supuse que sería el hogar del viejo Marsh, el atribulado propietario de la refinería.

En todas aquellas calles no había a la vista ningún ser viviente, y me maravilló la ausencia absoluta de gatos y perros en Innsmouth. Otra cosa

que me intrigaba e inquietaba, incluso en algunas de las mansiones mejor conservadas, era que las ventanas de los pisos altos y de los áticos estaban herméticamente cerradas. Lo furtivo y lo oculto parecían universales en esta silenciosa ciudad de alienación y muerte, y no pude escapar a la sensación de ser espiado desde muchos escondrijos por unos ojos taimados, de mirada fija, que nunca parpadeaban.

Me estremecí cuando, a mi izquierda, el reloj de un campanario dio las tres de la tarde. Recordaba demasiado bien la achaparrada iglesia de la cual procedían aquellas notas. Siguiendo Washington Street en dirección al río, me enfrenté con una nueva zona que antiguamente fuera industrial y comercial, observando las ruinas de una fábrica delante de mí, y viendo otras, con los rastros de una antigua estación de ferrocarril y un puente cubierto más allá, a mi derecha.

El inseguro puente ante el cual me encontraba ahora tenía a la entrada una señal de peligro, pero me arriesgué y crucé de nuevo hacia la orilla meridional donde reaparecieron las manifestaciones de vida. Seres furtivos y anadeantes espiaron solapadamente mis pasos, y rostros más normales me contemplaron con fría curiosidad. Innsmouth se me estaba haciendo insoportable, y enfilé Paine Street en dirección a la plaza con la esperanza de encontrar algún vehículo que me llevara a Arkham antes de la todavía lejana hora de salida del siniestro autobús.

Fue entonces cuando vi el destartalado cuartelillo de bomberos a mi izquierda, y percibí al anciano de rostro enrojecido, ojos acuosos y barba descuidada, vestido con unos harapos indescriptibles, sentado en un banco delante del cuartelillo y hablando con un par de bomberos de aspecto desaliñado, aunque no anormal. El anciano, desde luego, tenía que ser Zadok Allen, el nonagenario chiflado y borrachín cuyas historias del antiguo Innsmouth eran tan espantosas e increíbles.

## III

Algún impulso sardónico procedente de fuentes oscuras y ocultas me hizo cambiar de plan. Mucho antes había decidido limitar mis

observaciones a la arquitectura, e incluso me estaba dirigiendo apresuradamente hacia la Plaza en un intento de encontrar un medio de transporte que me alejara rápidamente de esta ciudad de muerte y desolación; pero al ver al viejo Zadok Allen mis pensamientos cambiaron de rumbo y aminoré instintivamente la rapidez de mis pasos.

Me habían asegurado que el anciano no hacía más que aludir a absurdas, inconexas e increíbles leyendas, y me habían advertido que a los nativos no les gustaba ver a alguien hablando con él. Pero aquel selecto testigo de la decadencia del pueblo, con recuerdos que se remontaban a la época de la navegación y de las fábricas, era un cebo que ningún razonamiento podía hacerme eludir. Después de todo, los más extraños y descabellados de los mitos son a menudo simples símbolos o alegorías basados en la verdad, y el viejo Zadok tenía que haber presenciado todo lo que había ocurrido en Innsmouth en los últimos noventa años. La curiosidad se impuso al sentido común, y en mi juvenil petulancia imaginé que sería capaz de hilvanar una historia coherente y real a base de las confusas y extravagantes explicaciones que probablemente extraería con la ayuda de unos tragos de whisky.

Sabía que no podía abordarle allí en aquel momento, ya que los bomberos seguramente se darían cuenta y formularían alguna objeción. En consecuencia, empezaría por adquirir una botella de licor de contrabando en un lugar que el muchacho de la abacería me había indicado. Luego me situaría cerca del cuartelillo procurando no llamar la atención, y cuando el viejo Zadok se levantara para dar uno de sus acostumbrados paseos, me haría el encontradizo con él. El joven había dicho que Zadok era muy inquieto, y que nunca permanecía sentado junto al cuartelillo más de un par de horas.

Obtuve fácilmente —aunque no a buen precio— una botella de whisky en la trastienda de un establecimiento de Elliot Street, cerca de la Plaza. El individuo que me atendió tenía indudables rasgos del «aspecto Innsmouth», pero se mostraban muy cortés en su trato, tal vez porque estaba acostumbrado a que visitaran su establecimiento, dedicado a la venta de una gran variedad de artículos, los forasteros que acudían ocasionalmente al pueblo en viaje de negocios: compradores de oro, camioneros, etcétera.

Al cruzar de nuevo la plaza vi que la suerte me acompañaba, ya que por la Paine Street, arrastrando los pies al andar, avanzaba el alto y delgado Zadok Allen. De acuerdo con mi plan, atraje su atención agitando en el aire mi recién adquirida botella; y no tardé en comprobar que había echado a andar detrás de mí cuando enfilé Waite Street en dirección a la zona más desierta que recordaba.

Me orientaba por el plano que el muchacho de la abacería me había dibujado, y me dirigía a la abandonada franja del muelle meridional que había visitado anteriormente. Las únicas personas a la vista habían sido los pescadores en el lejano rompeolas; y avanzando un poco más al sur podía situarme fuera del alcance de su mirada, encontrar un par de asientos en un desembarcadero abandonado e interrogar al viejo Zadok por tiempo indefinido sin testigos molestos. Antes de llegar a Main Street pude oír un leve y cuchicheante «¡Eh, señor!» detrás de mí, y permití que el anciano se acercara y bebiera un generoso trago de la botella.

Empecé a tirarle de la lengua mientras andábamos entre las omnipresentes ruinas, pero descubrí que no se soltaba con tanta rapidez como yo había esperado. Por fin vi una abertura cubierta de hierba en dirección al mar entre semiderruidas paredes de ladrillo. Unos montones de piedras tapizadas de musgo cerca del agua prometían asientos tolerables, y el paraje quedaba oculto a toda posible mirada por las altas paredes de lo que había sido un almacén, al norte. Pensé que aquel era un lugar ideal para un coloquio secreto, de modo que guié a mi compañero hacia un montón de piedras donde tomamos asiento. La atmósfera de muerte y abandono resultaba opresiva, y el olor a pescado era casi insoportable; pero yo estaba decidido a no dejarme arredrar por nada.

Quedaban casi cuatro horas para conversar si quería tomar el autobús de las ocho hacia Arkham, y empecé por invitar a otro trago al anciano, mientras yo me disponía a dar cuenta de mi frugal refrigerio. Por otra parte, no quería que Zadok abusara en sus libaciones, a fin de que no se sumiera en un sopor alcohólico que lo estropearía todo. Al cabo de una hora, su furtiva taciturnidad pareció desvanecerse, aunque me sentí muy decepcionado al comprobar que continuaba eludiendo todas mis preguntas acerca de Innsmouth y de su sombrío pasado. Solo hablaba de tópicos

corrientes, revelando una gran familiaridad con los periódicos y una clara tendencia a filosofar en un sentencioso estilo pueblerino.

Al término de la segunda hora temía que mi provisión de whisky no sería suficiente para producir resultados positivos, y empecé a preguntarme si no sería conveniente dejar allí al viejo Zadok para ir en busca de otra botella. Sin embargo, en aquel preciso instante la casualidad creó inesperadamente lo que la apertura que mis preguntas no habían logrado establecer; y la susurrante cháchara del anciano adquirió un giro que me impulsó a inclinarme ávidamente hacia delante y escuchar con la mayor atención. Yo estaba sentado de espaldas al mar, pero el viejo Zadok lo tenía enfrente, y algo le había inducido a fijar su mirada hasta entonces errabunda en la baja y lejana línea del Arrecife del Diablo, para deslizarse luego casi fascinada por encima de las olas. Lo que veía pareció desagradarle profundamente, ya que estalló en una sarta de maldiciones que finalizaron en un confidencial susurro y una risita mordaz. Se inclinó hacia mí, agarró la solapa de mi chaqueta y empezó a hablar en términos inconfundibles.

—Allí se inició todo… en aquel maldito lugar donde comienzan las aguas profundas. Es la puerta del infierno… situada en un lugar tan hondo que ningún ser normal puede alcanzarlo. El capitán Obed lo hizo, gracias a lo que descubrió en las islas de los Mares del Sur.

«En aquella época, todo el mundo lo pasaba mal. Por si la crisis económica no fuera suficiente, nuestros mejores hombres murieron en la Guerra de 1812 o desaparecieron con el bergantín Elizy y la chalana Ranger, los dos barcos de Gilman. Obed Marsh tenía tres barcos navegando: la goleta Columby, el bergantín Hetty y la barca de tres palos Sumatry Queen. Fue el único que mantuvo el comercio con las Indias Orientales y el Pacífico, aunque la goleta Malay Bride de Esdras Martin navegaba todavía en el veintiocho».

«Nunca supo nadie cómo el capitán Obed… carne y uña con Satanás… ¡Je, je! llamaba estúpida a la gente que acudía a las iglesias cristianas y que soportaba su miseria con resignación. Decía que deberían adorar a otros dioses mejores, como algunos que adoraban en las Indias: dioses que les traerían buena pesca a cambio de sus sacrificios, y que atendían de veras las peticiones de sus fieles.

»Matt Eliot, su segundo de a bordo, también hablaba mucho, solo que él estaba en contra de la gente pagana. Hablaba de una isla situada al este de Othaheite en la que había un montón de ruinas de piedra más antiguas que todas las conocidas en cualquier parte, semejantes a las de Ponape, en las Carolinas, pero con rostros cincelados parecidos a las grandes estatuas de la isla de Pascua. Muy cerca había otra pequeña isla volcánica, con otras ruinas desgastadas como si hubiesen permanecido mucho tiempo en las profundidades marinas, con espantosos monstruos esculpidos en ellas».

«Matt decía que los nativos de aquellas dos islas tenían todo el pescado que querían, y llevaban brazaletes y ajorcas y cofias de una extraña clase de oro, con grabados de monstruos como los esculpidos sobre las ruinas de la isla pequeña: una especie de ranas-pez o de peces-rana, dibujados en toda clase de posturas como si fueran seres humanos. Nadie sabía dónde habían conseguido todas aquellas joyas, y los nativos de las demás islas se preguntaban cómo era posible que encontraran tanta abundancia de pescado, cuando en las islas contiguas las capturas eran insignificantes. Matt también se lo preguntó, lo mismo que el capitán Obed. Este último observó, además, que muchos de los nativos jóvenes, de bella estampa física, dejaban de ser vistos en público de un año para otro, y que en la isla había muy pocos viejos. Observó asimismo que algunos de los nativos tenían un aspecto sumamente raro, incluso tratándose de canacos».

«Obed se empeñó en enterarse de lo que había detrás de todo aquello. Ignoro cómo lo consiguió, pero empezó a comprarles las extrañas joyas que llevaban. Les preguntó dónde las obtenían, y si podían traerle más, y finalmente le sonsacó la historia al anciano jefe, llamado Walakea. Nadie, aparte de Obed, creyó lo que contaba el viejo diablo, pero el capitán sabía leer en la gente como en un libro abierto. ¡Je, je! Nadie me cree a mí cuando lo cuento, y supongo que tampoco usted va a creerlo, mi joven amigo… aunque desde el primer momento me he dado cuenta de que tiene usted unos ojos tan penetrantes como los del capitán Obed, capaces de leer en la gente como en un libro».

El susurro del anciano se hizo más débil, y me encontré a mí mismo estremeciéndome ante lo ominoso de su entonación, a pesar de saber que su historia solo podía ser producto de la fantasía de un borracho.

—Bueno, Obed aprendió que hay cosas en este mundo de las que la inmensa mayoría de la gente no ha oído hablar nunca… y que se negarían a creer si las oyeran. Parecer ser que aquellos canacos sacrificaban muchos de sus jóvenes y doncellas a unos dioses que vivían en las profundidades marinas, y que a cambio de ello obtenían toda clase de favores. Habían encontrado a aquellos seres en la pequeña isla volcánica con las extrañas ruinas, y, al parecer, los horribles grabados de monstruosos peces-rana o ranas-pez eran reproducciones de aquellos seres. Tenían toda clase de ciudades en el fondo del mar, y aquella isla había brotado del océano. Al parecer, los seres vivían en el edificio de piedra cuando la isla ascendió súbitamente a la superficie. Y allí los encontraron los canacos. Empezaron hablando por señas y no tardaron en entenderse perfectamente, hasta el punto de poder hacer un trato.

«A los seres les gustaban los sacrificios humanos. Los habían tenido siglos antes, pero desde hacía mucho tiempo habían perdido contacto con el mundo superior. Lo que hacían con las víctimas no soy yo quien para decirlo, y supongo que Obed no se molestó demasiado en preguntarlo. Pero a los paganos les pareció bien, porque estaban pasando una época muy difícil y abocados a la miseria y a la desesperación. De modo que entregaban cierto número de jóvenes a los dioses del mar dos veces al año: los días 30 de abril y 31 de octubre. También les daban alguna de las chucherías que tallaban en madera. A cambio, los seres les proporcionarían una gran abundancia de pescado y unas cuantas joyas de vez en cuando».

«Los nativos se encontraban con los seres en la pequeña isla volcánica: acudían allí en canoas con los sacrificios y las chucherías talladas, y regresaban con las joyas que los seres les regalaban. Al principio, los seres no querían ir a la isla principal, pero con el paso del tiempo llegaron a desearlo. De modo que empezaron a alternar con los nativos, y a celebrar con ellos las ceremonias de las dos grandes fiestas anuales. Podían vivir en el agua y fuera de ella: eran eso que llaman anfibios, creo. Los canacos les dijeron que los habitantes de las demás islas podían querer expulsarlos si se enteraban de su presencia allí, pero los seres les dijeron que no había nada que temer, puesto que ellos podían borrar a la raza humana de la faz de la tierra si se proponían fastidiarla… es decir, a todos los seres humanos que

no tuvieran determinadas señales como los que en otros tiempos utilizaron los desaparecidos Antiguos, quienesquiera que fuesen. Pero no deseaban fastidiar a nadie, y se ocultaban cuando alguien visitaba la isla».

«Cuando se trató de aparearse con aquellos peces-sapo, los canacos fruncieron el ceño, pero finalmente se enteraron de algo que cambió el aspecto de la cuestión. Parece ser que los seres humanos tienen una especie de parentesco con tales animales acuáticos, que todos los seres vivientes salieron del agua en otro tiempo, y solo necesitan un pequeño cambio para volver a ella. Los seres dijeron a los canacos que si mezclaban sus sangres nacerían hijos que al principio tendrían aspecto humano, pero que más tarde irían pareciéndose más y más a los seres, hasta que finalmente serían capaces de vivir debajo del agua. Y esto es lo más importante, mi joven amigo: los que se convirtieran en seres-peces y entraran en el agua no morirían nunca. Los seres no morían nunca… salvo de muerte violenta».

«Bueno, parece ser que en la época en que Obed conoció a los isleños, habían nacido muchos hijos como fruto del apareamiento de los canacos con los seres de las aguas profundas. Cuando llegaban a la madurez y empezaban a manifestar los síntomas del cambio se los mantenía ocultos hasta que estaban preparados para entrar en el agua y abandonar el lugar. Algunos eran más diestros que otros, y algunos no cambiaban nunca lo bastante para entrar en el agua; pero la mayoría experimentaron la transformación tal como los seres habían dicho. Solían permanecer en la isla hasta los setenta años, aproximadamente, aunque antes de entrar definitivamente en el agua efectuaban algunos viajes “de prueba”. Los que ya habían entrado en el agua salían con frecuencia a visitar a sus parientes, de modo que no era raro que un hombre estuviera hablando con el abuelo de su retatarabuelo que había abandonado la tierra firme doscientos años antes».

«Todo el mundo encontraba aceptable la idea de no morir —excepto en guerras de canoas con los otros isleños, o como sacrificios a los dioses de las profundidades marinas, o de una mordedura de serpiente, una epidemia o algo por el estilo antes de que pudieran entrar en el agua—, y el cambio no resultaba tan horrible cuando uno se acostumbraba a él. Creían que lo que obtenían valía lo que ellos tenían que dar… y supongo que Obed llegó

a la misma conclusión cuando rumió la historia que el viejo Walakea le había contado. Aunque Walakea era uno de los pocos que no tenía sangre de pez, ya que pertenecía a una dinastía real que solo contraía matrimonio con dinastías reales de otras islas».

«Walakea le explicó a Obed muchos ritos y conjuros relacionados con los seres del mar, y le permitió ver a algunos de los nativos cuya forma humana había cambiado bastante. Sin embargo, por algún motivo desconocido, nunca dejó que viera a uno de los seres que salían del agua. Al final le dio una especie de amuleto hecho de plomo o algo parecido, diciéndole que podía atraer a los seres-pez en cualquier lugar del mar donde pudieran tener un nido. Había que dejar caer el amuleto en el agua y recitar al mismo tiempo el conjuro apropiado. Walakea aseguró que los seres estaban esparcidos por todo el mundo, de modo que cualquiera que deseara atraer a los seres a la superficie podía encontrar un nido con relativa facilidad».

«A Matt no le gustaba nada aquel asunto, y quería que Obed se mantuviera apartado de la isla; pero el capitán solo pensaban en enriquecerse, y descubrió que los nativos estaban dispuestos a venderle sus extrañas joyas a un precio tan bajo que la transacción podía convertirse en un fabuloso negocio. Efectivamente, al cabo de unos años Obed había reunido tal cantidad de aquellas joyas que puso en marcha su refinería en el antiguo molino de Waite. No se atrevía a vender las piezas tal como eran, ya que la gente no habría cesado de formular preguntas. De todos modos, sus marineros conseguían alguna pieza y la vendían por su cuenta de vez en cuando, a pesar de que se habían comprometido bajo juramento a guardar silencio; y el propio capitán dejó que las mujeres de su familia lucieran algunas de las joyas que tenían más semejanza con las normales».

«Bueno, alrededor del año 1838 —cuando yo tenía siete años—, Obed se encontró con que toda la gente de la isla había desaparecido entre dos de sus viajes. Al parecer, los otros isleños habían tenido conocimiento de lo que estaba ocurriendo y habían actuado por su cuenta: no dejaron nada en pie ni en la isla principal ni en el islote volcánico, a excepción de aquellas partes de las ruinas que eran demasiado grandes para ser derribadas. No quedó ni rastro de los nativos, ni de sus extrañas joyas, y ninguno de los

canacos de las islas contiguas dijo una sola palabra acerca del asunto. Ni siquiera admitieron que aquella isla había estado habitada».

«Naturalmente, aquello fue un rudo golpe para Obed, puesto que daba al traste con su negocio. Y perjudicó a todo Innsmouth, también, ya que lo que beneficiaba al propietario de un barco solía beneficiar proporcionalmente a la tripulación. La mayoría de la gente del pueblo aceptó los malos tiempos con bovina resignación a pesar de que su situación era francamente desesperada, con la pesca reducida casi a cero y los negocios en plena quiebra».

«Por aquella época Obed empezó a insultar a la gente, diciendo a voz en grito que en Innsmouth no había más que una manada de borregos rezándole a un Dios cristiano que no les ayudaba en nada. Y añadió que él conocía a unas gentes que rezaban a unos dioses que les daban lo que necesitaban, y que si él contara con un grupo de hombres que le apoyaran podría atraer a ciertos poderes que proporcionarían al pueblo una pesca abundante y mucho oro. Desde luego, los que habían navegado en el *Sumatry Queen* y visitado la isla sabían a qué se refería, y ninguno de ellos estaba demasiado ansioso por establecer contacto con los seres del mar de los que habían oído hablar. Pero los que ignoraban aquella historia se sintieron atraídos por las palabras de Obed y empezaron a pedirle que les instruyera en la nueva fe…».

El anciano se interrumpió, murmuró algo ininteligible y se sumió en un silencio taciturno y aprensivo; dirigiendo nerviosas ojeadas por encima de su hombro y volviéndose luego a contemplar con ojos fascinados el lejano arrecife negro. Cuando le dirigí la palabra no me contestó, de modo que comprendí que tendría que dejarle terminar la botella. La absurda historia que estaba escuchando me interesaba profundamente, ya que imaginaba que contenía una especie de burda alegoría basada en la rareza de Innsmouth y elaborada por una imaginación que en otro tiempo fue creadora y llena de retazos de leyendas exóticas. Ni por un momento creí que el relato tuviera alguna base realmente sustancial, pero de todos modos había en él pinceladas de auténtico terror, aunque solo fuera por las referencias a unas extrañas joyas emparentadas indudablemente con la maléfica tiara que había visto en Newburyport. Tal vez los ornamentos, después de todo,

procedían de alguna isla lejana; y posiblemente las absurdas historias eran mentiras del difunto Obed, más bien que del que había sido su segundo de a bordo.

Le alargué la botella a Zadok, que acabó de vaciarla sin dejar ni una gota. Resultaba curioso comprobar la capacidad del anciano para ingerir whisky sin que el alcohol trabara su lengua ni una sola vez. Lamió el gollete de la botella y se la guardó en un bolsillo, y luego empezó a asentir con la cabeza y a susurrar en voz baja como hablando consigo mismo. Me incliné para captar cualquier palabra articulada que pudiera pronunciar, y creí percibir una sonrisa sardónica detrás de las sucias y pobladas patillas. Sí… estaba formando palabras, y pude captar la mayoría de ellas.

«El pobre Matt, que estaba en contra de todo aquello, trató de poner a la gente de su parte, y conversó largamente con los predicadores… Todo fue inútil… Echaron del pueblo al pastor congregacionista, y el metodista se marchó sin que le echaran… Nadie volvió a ver nunca al Reverendo Babcock, el pastor baptista… ¡Ira de Jehová! Yo era entonces un chiquillo, pero oí lo que oí y vi lo que vi… Dagón y Astorech… Belial y Belcebú… El Becerro de Oro, y los ídolos de Canaán, y los Filisteos… abominaciones babilónicas… Mene, mene tekel, upharsin…».

Se interrumpió de nuevo, y por la expresión de sus ojos temí que estuviera próximo al sopor alcohólico después de todo. Pero cuando sacudí suavemente su hombro se volvió hacia mí con asombrosa vivacidad y añadió otras frases oscuras.

«No me cree, ¿eh? ¡Je, je, je! Entonces, mi joven amigo, dígame por qué el capitán Obed y otros veinte individuos se dirigían al Arrecife del Diablo en plena noche y entonaban cánticos que podían ser oídos desde todo el pueblo cuando el viento era favorable… Dígame eso, ¿eh? Y dígame por qué Obed arrojaba continuamente cosas pesadas en las aguas profundas al otro lado del arrecife, y qué hizo con aquel amuleto de plomo que Walakea le dio… ¿Eh, muchacho? ¿Y por qué aullaron tanto el 30 de abril por la noche, y de nuevo la víspera del 1 de noviembre? ¿Y por qué los nuevos pastores de las iglesias —unos individuos que hasta entonces habían sido marineros— llevaban unos extraños ropajes y se cubrían la cabeza con las extrañas tiaras que Obed había traído? Dígamelo, ¿eh?».

Los acuosos ojos azules tenían ahora una expresión salvaje, casi maníaca, y la sucia barba blanca se erizó eléctricamente. El viejo Zadok observó probablemente mi instintivo gesto de repulsión, ya que cloqueó maliciosamente:

«¡Je, je, je! Empieza usted a abrir los ojos, ¿eh? Tal vez le habría gustado estar conmigo en aquellos días, cuando veía cosas desde la cúpula de mi casa. ¡Oh! Los chiquillos tienen el oído muy fino, y yo no me perdía nada de lo que se murmuraba acerca del capitán Obed y de sus compañeros en el arrecife… ¡Je, je, je! De modo que por la noche cogía los prismáticos de mi padre, subía a la cúpula y observaba a las formas que se movían sobre el arrecife a la luz de la luna… ¿Se imagina usted a un chiquillo solo en una cúpula contemplando formas que no eran formas humanas? ¿Eh? ¡Je, je, je!».

El anciano estaba al borde del histerismo, y yo empecé a temblar poseído de un extraño temor. Cuando Zadok apoyó una nudosa mano sobre mi hombro y me sacudió ligeramente, tuve la impresión de que no estaba tratando de divertirse a mi costa.

«Supongamos que una noche ve usted caer algo pesado por encima de la borda del bote de Obed, y que al día siguiente se entera de la desaparición de un joven del pueblo… ¿Eh? Irma Gilman desapareció de la noche a la mañana como si se lo hubiera tragado la tierra… o el mar. Lo mismo que Nick Pierce, y Luelly Waite, y Adoniram Southwitch, y Henry Garrison… ¿Eh? ¡Je, je, je! Formas hablando por señas con sus manos… las que tenían verdaderas manos…».

«Bueno, llegó el momento en que Obed volvió a levantar cabeza. La gente vio a sus tres hijas luciendo unas joyas que nadie había visto hasta entonces, y el humo volvió a brotar de la chimenea de su refinería. También otros individuos empezaron a prosperar… y la pesca volvió a ser tan abundante que podíamos enviar cargamentos de pescado a Newburyport, a Arkham e incluso a Boston. Obed hizo tender entonces el antiguo ramal del ferrocarril. Algunos pescadores de Kingsport se enteraron de lo abundante que era la pesca en Innsmouth y trataron de aprovecharse de ella, pero todos desaparecieron. Nadie volvió a verlos. Entonces fue cuando se organizó la Orden Esotérica de Dagón, y Obed compró el Masonic may para instalar

allí su sede… ¡Je, je, je! Matt Eliot era francmasón y se opuso a la venta, pero no tardó en desaparecer, también él».

«Cuidado, no estoy diciendo que Obed se propusiera llevar las cosas al extremo a que había llegado en aquella isla de los canacos. No creo que al principio pensara en mezclar las sangres y engendrar retoños que más tarde pudieran entrar en el agua y convertirse en peces con vida eterna. Lo único que deseaba eran objetos de oro y estaba dispuesto a pagar por ellos, y supongo que los demás se sintieron satisfechos durante una temporada…».

«Pero alrededor del cuarenta y seis el pueblo abrió los ojos y empezó a pensar por su cuenta. Demasiadas personas desaparecidas… demasiadas habladurías acerca de aquel arrecife. Supongo que yo contribuí un poco a la nueva situación al contarle al Concejal Mowry lo que había visto desde la cúpula. Una noche formaron un pelotón y siguieron a Obed y a sus compañeros hasta el arrecife. Oí que se intercambiaban disparos… Al día siguiente, Obed y otros treinta y dos individuos estaban en la cárcel, y todo el mundo se preguntaba qué iba a pasar y qué acusación podrían formular contra los detenidos para retenerles. ¡Dios! Si hubiesen sabido lo que iba a ocurrir un par de semanas más tarde, cuando nada había sido arrojado al mar durante aquellos días…».

Zadok daba muestras de terror y de agotamiento, y dejé que guardara silencio unos instantes, aunque sin dejar de consultar aprensivamente mi reloj. La marea empezaba a subir y el sonido de las olas pareció despertar al anciano. Me alegré de aquella marea, ya que al ascender el nivel del agua el olor a pescado sería menos desagradable. Me incliné de nuevo para captar sus susurros.

«Aquella espantosa noche… los vi. Yo estaba en la cúpula… llegaron por hordas… por enjambres… encima del arrecife y nadando en el puerto hacia el Manuxet… ¡Dios, lo que ocurrió en las calles de Innsmouth aquella noche! Llamaron a nuestra puerta, pero mi padre no abrió… luego salió por la ventana de la cocina con su mosquetón para ir en busca del Concejal Mowry… Gemidos de los moribundos… disparos y gritos… la puerta de la cárcel abierta… Cuando se comprobó que faltaba la mitad de nuestra gente, dijeron que había sido una epidemia… Solo quedaron los que estaban de

acuerdo con Obed y los que habían mantenido la boca cerrada… Mi padre fue uno de los que desaparecieron para siempre…».

El anciano estaba jadeando y sudaba copiosamente. Aferró mi hombro con más fuerza.

«A la mañana siguiente había terminado todo… pero quedaban rastros… Obed asumió el mando y dijo que las cosas iban a cambiar… los otros participarían con nosotros en las funciones religiosas, y algunas casas tendrían que acoger a unos huéspedes… Los seres deseaban mezclarse con nosotros como habían hecho con los canacos, y no había modo de evitarlo. Obed había llegado demasiado lejos… Sin embargo, se limitó a decir que los seres nos proporcionarían abundante pesca y tesoros, callándose lo que ambicionaban a cambio…».

«Nada sería diferente de puertas para afuera, y si sabíamos lo que nos convenía deberíamos mostrarnos más que discretos con los forasteros. Todos tuvimos que prestar el Juramento de Dagón, y más tarde algunos prestaron un segundo y un tercer Juramento. Era inútil sublevarse, porque había millones de seres en las profundidades del mar. Preferían no tener que subir y liquidar a la raza humana, pero si se veían obligados a hacerlo todos tendríamos motivos para lamentarlo. Ignorábamos cómo habían logrado librarse de ellos los isleños de los Mares del Sur, y nunca lo sabríamos».

«Si les ofrecíamos suficientes sacrificios, y chucherías de las que nosotros fabricábamos, y alojamiento en el pueblo cuando lo desearan, nos dejarían en paz. Todos los que aceptaron el nuevo culto —la Orden de Dagón— y sus hijos no morirían nunca, sino que retornarían al seno de la Madre Hidra y el Padre Dagón de los cuales procedíamos todos. ¡Iä! ¡iä! ¡Cthulhu fhtagn! Ph’nglui mglw’nafh Cthulhu R’lyeh wgah-nagl fhtaga…».

El viejo Zadok hablaba ahora en una especie de paroxismo, y contuve el aliento. Los efectos del licor, unidos al odio que le inspiraban la desolación y la miseria que veía a su alrededor, ponían en marcha su fértil e imaginativo cerebro… De pronto empezó a sollozar, y las lágrimas descendieron por sus arrugadas mejillas para ir a ocultarse en las profundidades de su barba.

«¡Dios, lo que vi cuando tenía quince años! Mene, mene tekel, upharsin… La gente desaparecía, y se suicidaba… y los que contaban cosas

en Arkham, en Ipswich o en otros lugares, eran calificados de locos, como usted me está calificando a mí en este momento… Pero, ¡Dios, lo que vi! Hace mucho tiempo que me habrían matado por lo que sé, pero presté el primero y el segundo Juramentos de Dagón ante Obed, de modo que estaba protegido a menos de que un jurado demostrara que yo contaba cosas a sabiendas y deliberadamente… Pero no presté el tercer Juramento… hubiese muerto antes que prestarlo…».

«Las cosas empeoraron en la época de la Guerra Civil, cuando los niños nacidos después del cuarenta y seis empezaron a crecer. Yo estaba asustado… no volví a espiar después de aquella espantosa noche, y no he visto nunca a uno de ellos de cerca. Es decir, a ninguno completamente desarrollado. Fui a la guerra, y si hubiese tenido valor o sentido común no habría regresado, sino que me habría establecido lejos de aquí. Pero la familia me escribió que las cosas habían mejorado mucho. Supongo que eso se debía al hecho de que después del sesenta y tres había en el pueblo agentes del gobierno encargados del reclutamiento. Después de la guerra, la situación volvió a empeorar. La población empezó a disminuir… las fábricas y las tiendas cerraban sus puertas… la navegación se interrumpió y el puerto quedó muerto… el ferrocarril fue suprimido… Pero ellos… ellos nunca dejaron de nadar arriba y abajo por el río desde aquel maldito arrecife de Satanás… y cada vez se tapiaban más ventanas de los áticos, y cada vez se oían más ruidos en casas supuestamente deshabitadas…».

«Las gentes del exterior contaban sus historias acerca de nosotros —supongo que usted ha oído algunas de ellas, en vista de las preguntas que ha formulado—, historias acerca de cosas que veían de vez en cuando, y acerca de las extrañas joyas cuya procedencia es un misterio… Pero nadie sabía nada concreto. Se supone que las joyas formaron parte del botín de un pirata, y se supone que la gente de Innsmouth está afectada por una enfermedad exótica o algo por el estilo. Además, los que viven aquí procuran reprimir su curiosidad, especialmente por la noche. Antes, los animales, caballos y mulas, se rebelaban contra los seres y sus descendientes… pero desde que aparecieron los automóviles el problema quedó resuelto».

«En el cuarenta y seis, el capitán Obed tomó una segunda esposa a la que nadie del pueblo había visto nunca. Algunos dicen que él no quería hacerlo, pero que fue obligado a ello por los seres a los que había invocado. Tuvo tres hijos con ella: dos desaparecieron en plena juventud, pero el tercero, que era una chica, tenía un aspecto completamente normal y fue educada en Europa. A su regreso, Obed consiguió casarla con un individuo de Arkham que no sospechaba nada. Barnabas Marsh, que dirige ahora la refinería, es nieto de Obed por su primera esposa, e hijo de Onesiphorus, su primogénito, pero su madre era otra de ellos y nunca fue vista en público».

«Barnabas está cambiando ahora. Ya no puede cerrar los ojos y se está deformando. Dicen que aún viste ropas normales, pero que no tardará en entrar en el agua. Tal vez lo ha intentado ya: antes de entrar para siempre pasan cortas temporadas abajo. Hace diez años que no ha sido visto en público. No sé cómo se sentirá su pobre esposa; procede de Ipswich y estuvieron a punto de linchar a Barnabas cuando la cortejaba, hace cincuenta años. Obed murió el setenta y ocho, y toda la generación siguiente ha desaparecido: los hijos de la primera esposa muertos, y el resto… solo Dios lo sabe…».

El ruido de las olas se había hecho ahora muy insistente, y poco a poco pareció cambiar el estado de ánimo del anciano, cuya lacrimosa sensiblería se convirtió en vigilante temor. De cuando en cuando se interrumpía para mirar nerviosamente por encima de su hombro o en dirección al arrecife, y a pesar de lo absurdo de su relato, no pude evitar el empezar a compartir su vaga aprensión. La voz de Zadok se hizo ahora chillona, como si tratara de ahuyentar sus propios temores hablando en voz alta.

«¡Eh! ¿Por qué no dice usted algo? ¿Le gustaría vivir en un pueblo como este, cada vez más podrido, lleno de monstruos que se arrastran, chillan, ladran y saltan en oscuros áticos y bodegas? ¿Eh? ¿Le gustaría oír los aullidos, noche tras noche, que surgen de las iglesias de la Orden de Dagón, y saber lo que provoca esos aullidos? ¿Le gustaría oír lo que llega de aquel espantoso arrecife cada 30 de abril y 31 de octubre? ¿Eh? Piensa que el viejo está loco, ¿eh? Bueno, permítame decirle que eso no es lo peor…».

Zadok hablaba ahora a gritos, y el demencial frenesí de su voz me impresionaba más de lo que yo me atrevía a admitir.

«¡Maldito sea! No me mire usted con esos ojos… Le digo a usted que Obed Marsh está en el infierno, y allí seguirá hasta la consumación de los siglos… ¡Je, je! ¡He dicho en el infierno! No puede alcanzarme… yo no he hecho nada ni he dicho nada a nadie…».

«Bueno, aunque no haya dicho nunca nada a nadie, ahora voy a hacerlo… De modo que ponga mucha atención, muchacho, porque esto es lo que no he contado nunca a nadie… Antes le he dicho que no volví a espiar después de aquella noche… pero incluso así descubrí muchas cosas…».

«¿Quiere saber cuál es el verdadero horror, eh? Bueno, es este: no es lo que los diabólicos peces han hecho, sino lo que están a punto de hacer. Desde hace muchos años están invadiendo el pueblo. Las casas situadas al norte del río entre las calles Water y Main están llenas de ellos… de esos diablos y de lo que traen de las profundidades… Y cuando estén preparados… he dicho cuando estén preparados… ¿Ha oído hablar alguna vez de un shoggoth?».

«¡Eh! ¿Me oye usted? Le repito que sé muchas cosas acerca de ellos… Los vi una noche cuando… ¡eh-ahhh-ah! ¡e'yahh…».

La horrible e inhumana intensidad del alarido del anciano casi me hizo perder el sentido. Sus ojos, mirando por encima de mí hacia el maloliente mar, estaban completamente desorbitados, en tanto que su rostro era una máscara de terror digna de una tragedia griega. Su huesuda mano se hundió monstruosamente en mi hombro, y no hizo ningún movimiento mientras yo volvía la cabeza para mirar lo que él acababa de percibir.

No había nada que yo pudiera ver. Solo la marea cada vez más alta, con unas olas más ruidosas y alborotadas que nunca. Pero ahora Zadok me estaba sacudiendo, y me volví a contemplar cómo aquel rostro helado por el terror se licuaba en un caos de párpados aleteantes y encías balbucientes. De pronto, el anciano recobró la voz… apenas un tembloroso susurro: «¡Vámonos de aquí! ¡Vámonos de aquí! Nos han visto… ¡Vámonos, si aprecia en algo su vida! Ahora están enterados… Vámonos… deprisa… fuera de este pueblo…».

Una ola más ruidosa que las demás se estrelló contra la pared en ruinas del desaparecido embarcadero y trocó el susurro del anciano en otro alarido inhumano que me heló la sangre en las venas:

«¡E’yaahhhh!… ¡yhaaaaaa!…».

Antes de que pudiera reponerme de la impresión Zadok había soltado mi hombro y corría salvajemente tierra adentro hacia la calle, girando hacia el norte en torno a la ruinosa pared del almacén.

Miré de nuevo hacia el mar, pero no vi nada. Y cuando llegué a Water Street y la recorrí con los ojos en toda su extensión, no percibí ni rastro de Zadok Allen.

## IV

Apenas puedo describir el estado de ánimo en que me dejó aquel horripilante episodio: un episodio a la vez absurdo y lamentable, grotesco y aterrador. El muchacho de la abacería me había preparado para ello, pero incluso así la realidad superó todo lo que había sido capaz de imaginar. Por pueril que resultara su historia, el viejo Zadok me había transmitido una creciente intranquilidad que venía a sumarse a la primera impresión desagradable que me había producido el pueblo y su roña de intangible sombra.

Más tarde podría tamizar el relato y extraer algún núcleo de alegoría histórica; por el momento, solo deseaba olvidarlo. Se había hecho peligrosamente tarde: mi reloj marcaba las siete y cuarto, y el autobús de Arkham salía de la Plaza a las ocho, de modo que traté de poner un poco de orden en mis excitados pensamientos mientras andaba rápidamente a través de las desiertas calles hacia el hotel donde había dejado mi maleta y delante del cual encontraría mi autobús.

Aunque la luz dorada del atardecer ponía en los antiguos tejados y en las decrépitas chimeneas una pátina de místico encanto, no pude evitar el mirar por encima de mi hombro de vez en cuando. Desde luego, sería para mí un alivio alejarme del maloliente y siniestro Innsmouth, y ojalá hubiera otro vehículo que no fuese el autobús conducido por aquel individuo,

Sargent, de aspecto tan siniestro como el del pueblo. Sin embargo, no me apresuré excesivamente, ya que había detalles arquitectónicos dignos de ser contemplados en cada silenciosa esquina; y calculaba que podía recorrer la distancia necesaria en media hora.

Estudiando el plano del joven de la abacería y buscando un trayecto que no hubiera recorrido antes, escogí Marsh Street en vez de State Street para encaminarme a la Plaza. Cerca de la esquina de Fall Street empecé a ver grupos dispersos de gente que intercambiaba cuchicheos, y cuando finalmente llegué a la Plaza vi que casi todos los ociosos se habían congregado alrededor de la puerta de la Gilman House. Me pareció que numerosos ojos saltones, acuosos e inmóviles, se clavaban en mí mientras pedía mi maleta en el vestíbulo del hotel, y confié en que ninguno de aquellos desagradables individuos sería compañero de viaje mío en el autobús.

Con unos minutos de adelanto sobre la hora prevista, el autobús se presentó en la Plaza con tres pasajeros, y un individuo de aspecto repulsivo se acercó al vehículo y le susurró al conductor unas cuantas palabras que no pude captar. Sargent descargó una saca de correo y un fajo de periódicos y entró en el hotel; en tanto que los pasajeros —los mismos hombres a los que había visto llegar a Newburyport por la mañana— se apeaban e intercambiaban unas palabras guturales con uno de los ociosos en un idioma que podría jurar que no era inglés. Subí al vehículo y me instalé en el asiento que había ocupado antes, pero apenas me había sentado cuando reapareció Sargent y empezó a murmurar con voz gutural y singularmente repulsiva.

Al parecer, la suerte no me acompañaba. El motor tenía algún fallo, y el autobús no podría completar el viaje hasta Arkham. No, aquella noche no podría ser reparado, y no había ninguna posibilidad de conseguir un medio de transporte hacia Arkham ni hacia ninguna otra parte. Sargent lo lamentaba mucho, pero tendría que pasar la noche en el Gilman. Probablemente el conserje me haría un precio especial… Aturdido por aquel inesperado contratiempo, y abrumado ante la perspectiva de tener que pasar la noche en el siniestro Innsmouth, me apeé del autobús y volví a

entrar en el hotel, donde el conserje me dijo que podría ocupar la habitación 428 del penúltimo piso —grande, pero sin agua corriente— por un dólar.

A pesar de lo que me habían contado de este hotel en Newburyport, firmé en el registro, pagué mi dólar, dejé que el conserje se hiciera cargo de mi maleta y seguí a aquel lúgubre y solitario empleado a lo largo de tres crujientes tramos de escalera y de polvorientos pasillos que parecían absolutamente desprovistos de vida. Mi habitación, un cuartucho interior con dos ventanas y pobremente amueblado, se asomaba a un desolador paisaje de decrépitos tejados más allá de los cuales se abría una extensión de marjales. Al final del pasillo había un cuarto de baño, una desalentadora reliquia con un antiguo lavabo de mármol, una bañera de estaño y una bombilla que proyectaba más sombras que claridad.

No había anochecido aún, de modo que bajé a la plaza en busca de algún lugar en el que pudiera cenar. No dejé de observar las extrañas miradas que me dirigían los ociosos que continuaban reunidos en pequeños grupos en la Plaza y sus alrededores. Como la abacería estaba cerrada, me vi obligado a acudir al restaurante que tan mala impresión me había producido al verlo por primera vez; lo atendía un hombre cargado de espaldas, de cabeza estrecha y alargada, con unos ojos que no parecían parpadear nunca, una nariz aplastada y unas manos torpes e increíblemente macizas. Solo servían en el mostrador, y me alivió descubrir que casi todo lo que despachaban eran conservas y alimentos empaquetados. Una lata de sopa de verduras y un paquete de galletas fueron suficientes para mí, y no tardé en regresar a mi inhospitalaria habitación del Gilman, cogiendo al pasar un periódico de la tarde y una revista de fecha muy atrasada del pequeño mostrador que había junto a la garita del conserje.

Cuando las sombras del crepúsculo empezaron a espesarse encendí la bombilla que colgaba sobre el camastro con barandillas de hierro y traté de continuar la lectura que había iniciado. Me pareció aconsejable mantener mi mente ocupada, ya que de ese modo no cavilaría en las anomalías del antiguo y siniestro Innsmouth. La demencial historia que había oído de labios del viejo borrachín no prometía precisamente unos sueños agradables, y comprendí que debía mantener lo más lejos posible de mi imaginación la estampa de sus ojos desorbitados y acuosos.

Asimismo, no debía tener en cuenta lo que aquel inspector de fábricas le había contado al expendedor de billetes de Newburyport acerca de la Gilman House y las voces de sus inquilinos nocturnos. Ni eso, ni el rostro debajo de la tiara en el oscuro umbral de la iglesia. Tal vez me hubiera resultado más fácil apartar de mi cerebro todas aquellas ideas inquietantes si la habitación no hubiese estado tan enmohecida; su lúgubre atmósfera coincidía horriblemente con la atmósfera de desolación y muerte de todo el pueblo, incluido el repulsivo olor a pescado.

Otra cosa que me inquietó fue la ausencia de un cerrojo en la puerta de mi habitación. Había habido uno, como demostraban claramente los agujeros de las tuercas, pero lo habían quitado recientemente. Sin duda había quedado inservible, como tantas otras cosas en aquel decrépito edificio. En mi nerviosismo, miré a mí alrededor y descubrí un cerrojo sobre el armario ropero, que parecía ser del mismo tamaño, a primera vista, que el que había estado en la puerta. Tratando de aliviar un poco la tensión general, me dediqué a volver a colocar el cerrojo en el lugar que había ocupado, con la ayuda de un cortaplumas que incluía un pequeño destornillador. El cerrojo encajaba perfectamente, y experimenté cierto alivio al saber que podría cerrar la puerta por dentro al acostarme. No es que tuviera una verdadera aprensión de su necesidad, pero aquel símbolo de seguridad no estaba de más en un ambiente de aquella clase. Las dos puertas laterales que comunicaban con las habitaciones contiguas estaban provistas de cerrojos, y comprobé que estaban echados.

No me desvestí, sino que decidí leer hasta que me entrara el sueño y que entonces me acostaría quitándome solamente la chaqueta, el cuello de la camisa y los zapatos. Saqué una linterna del bolsillo de mi maleta y la guardé en el bolsillo del pantalón, de modo que pudiera consultar mi reloj si me despertaba más tarde a oscuras. El sueño, sin embargo, se negaba a acudir a mis ojos, y cuando me detuve a analizar mis pensamientos, descubrí con inquietud que en realidad estaba escuchando inconscientemente… esperando oír algo que me inspiraba temor pero a lo que no podía dar nombre. La historia de aquel inspector debía de haber calado en mi imaginación más profundamente de lo que yo mismo había

sospechado. Intenté de nuevo leer, pero descubrí que no hacía ningún progreso en la lectura.

Al cabo de un rato me pareció oír que las escaleras y los pasillos crujían a intervalos como si alguien anduviera por ellos, y me pregunté si las demás habitaciones estaban empezando a llenarse. Sin embargo, no se oía hablar a nadie, y de repente creí captar algo sutilmente furtivo en aquellos crujidos. La cosa no me gustó, y la idea de intentar dormir se me hizo menos apetecible. En el pueblo había una gente muy rara, y era indudable que se habían producido varias desapariciones. ¿Sería esta una de aquellas posadas en las que los viajeros eran asesinados por su dinero? Desde luego mi aspecto no reflejaba una excesiva prosperidad… ¿O acaso los habitantes del pueblo odiaban hasta tal punto a los visitantes curiosos? Mi deambular, con frecuentes consultas del plano, ¿había despertado acaso una atención desfavorable? Se me ocurrió que mis nervios tenían que estar muy desquiciados para permitir que unos simples crujidos provocaran tan absurdas especulaciones… aunque no por ello dejé de lamentar el estar desarmado.

Al final, experimentando una fatiga que no tenía nada que ver con el sueño, eché el cerrojo que acababa de colocar, apagué la luz y me tumbé en la cama… con chaqueta, cuello y zapatos. En la oscuridad, los leves ruidos nocturnos resultaban más audibles, y una oleada de desagradables pensamientos me invadió. Lamenté haber apagado la luz, pero me sentía demasiado cansado para levantarme y volver a encenderla. Luego, al cabo de un prolongado intervalo, y precedido por un nuevo crujir de las escaleras y del pasillo, capté un inconfundible sonido que pareció una maléfica materialización de todas mis aprensiones. Sin la menor sombra de duda, alguien hurgaba en la cerradura de mi habitación —cautelosa y furtivamente— con una llave.

Mis sensaciones después de reconocer aquella señal de verdadero peligro fueron quizá menos tumultuosas debido a mis vagos temores precedentes. Yo había estado, aunque sin motivo definido, instintivamente en guardia… y ello representó una ventaja en la nueva y verdadera crisis, consistiera en lo que consistiera. De todos modos, el cambio en la amenaza, de vaga premonición a realidad inmediata, fue un profundo choque, y cayó

sobre mí con la fuerza de un auténtico golpe. Ni por un momento se me ocurrió que aquel hurgar pudiera ser un simple error. Solo podía pensar en un propósito maligno y permanecí completamente inmóvil y silencioso, esperando el siguiente movimiento del intruso.

Al cabo de un rato cesaron los cautelosos sonidos, y poco después oí que se abría la habitación situada al norte de la mía. Luego, alguien empujó la puerta de comunicación con mi cuarto. El cerrojo no cedió, desde luego, y oí crujir el suelo mientras el merodeador salía de la habitación. La operación se repitió con la habitación situada al sur. Esta vez, los crujidos se alejaron a lo largo del pasillo y escaleras abajo, de modo que supe que el merodeador había comprobado que todas mis puertas estaban cerradas por dentro y había renunciado a su tentativa, posponiéndola para más o menos tarde, como demostraría el futuro.

La facilidad con la cual establecí un plan de acción evidencia que yo había estado temiendo subconscientemente alguna amenaza y ponderando posibles vías de escape durante horas. Desde el primer momento tuve la impresión de que el invisible hurgador significaba un peligro que no debía afrontar, sino huir de él lo más precipitadamente que me fuera posible. Lo único que podía hacer era intentar salir vivo de aquel hotel con toda la rapidez que las circunstancias me permitieran, y a través de algún camino que no fuera el de las escaleras y el vestíbulo.

Levantándome silenciosamente e iluminando el interruptor con mi linterna, fui a encender la luz a fin de escoger y guardar en mis bolsillos algunas pertenencias para una rápida huida sin maleta. Pero la luz no se encendió, y comprendí que habían cortado la corriente. Así pues, era evidente que estaban planeando algo desagradable y no precisamente en beneficio mío. Mientras meditaba con la mano apoyada en el ahora inútil interruptor, oí unos apagados crujidos en el piso inferior y creí percibir el sonido de unas voces que conversaban. Un momento después me sentí menos seguro de que los sonidos fueran voces, dado que aquellos roncos ladridos y cloqueos tenían muy poca semejanza con el lenguaje humano. Luego pensé con renovada intensidad en lo que el inspector de fábricas había oído durante la noche en este mohoso y pestilente edificio.

Habiendo llenado mis bolsillos con la ayuda de la linterna, me puse el sombrero y caminé de puntillas hasta las ventanas para estudiar las posibilidades de descenso. A pesar de las normas de seguridad que regían en el Estado, en aquella parte del hotel no había ninguna escalera de incendios, y vi que mis ventanas daban directamente sobre un patio interior empedrado, tres pisos más abajo. Sin embargo, a derecha e izquierda se erguían las paredes de unos edificios adosados al hotel, y sus tejados en declive quedaban a una distancia razonable para ser alcanzados de un salto desde una de las ventanas de mi piso… aunque tendría que ser una ventana de la habitación situada dos puertas más allá de la mía, hacia el norte o hacia el sur, indistintamente. En seguida empecé a calcular qué posibilidades tenía de alcanzar una de aquellas habitaciones.

No podía arriesgarme a salir al pasillo, donde mis pasos serían oídos con toda seguridad, y donde las dificultades para entrar en la deseada habitación serían insuperables. Mi avance, caso de realizarse, tendría que seguir el camino de las puertas de comunicación de las habitaciones, cuyas cerraduras y cerrojos me vería obligado a hacer saltar violentamente, utilizando mi hombro como ariete si ofrecían demasiada resistencia. Pensé que esto sería posible gracias al estado ruinoso de la casa y de sus instalaciones, pero al mismo tiempo me di cuenta de que no podría hacerlo en silencio. Tendría que actuar con gran rapidez y confiar en la posibilidad de llegar a una de aquellas ventanas antes de que cualquier fuerza hostil lograra acceder a la habitación utilizando una llave maestra. Reforcé la puerta de mi propia habitación adosando contra ella el pesado escritorio, poco a poco, a fin de hacer un mínimo de ruido.

Comprendía que mis probabilidades de éxito eran muy escasas y estaba completamente preparado para cualquier calamidad. Aún en el caso de que alcanzara otro tejado no tendría resuelto el problema, ya que entonces me enfrentaría con la tarea de llegar a la calle y escapar del pueblo. Una cosa en mi favor era la condición ruinosa de los deshabitados edificios, y el gran número de tragaluces abiertos en cada hilera.

Deduciendo por el plano del muchacho de la abacería que el mejor camino para salir del pueblo se encontraba hacia el sur, estudié en primer lugar la puerta de comunicación del lado sur de la habitación. Se abría en

dirección a mí, de modo que comprendí —después de descorrer el cerrojo y descubrir que estaba cerrada también por la otra parte— que no se prestaba a ser forzada. En consecuencia, prescindí de aquella vía de escape y adosé cautelosamente contra ella el pesado lecho para obstaculizar cualquier ataque posterior desde la habitación contigua. La puerta del lado norte, en cambio, se abría hacia el interior de la otra habitación, y aunque también estaba cerrada por la otra parte, supe que tendría que escapar por allí. Si lograba alcanzar los tejados de los edificios de Paine Street y descender con éxito hasta el nivel del suelo, tal vez pudiera deslizarme hasta Washington Street y, dirigiéndome hacia el sur, salir rápidamente de la zona de la Plaza. El peligro estaba en la propia Paine Street, dado que en ella se encontraba el cuartelillo de bomberos que podía permanecer abierto toda la noche.

Mientras pensaba en todo esto contemplé el escuálido mar de tejados en descomposición debajo de mí, iluminado ahora por los rayos de una luna apenas salida de la plenitud. A la derecha, la negra cinta del río hendía el paisaje, con fábricas abandonadas y lo que había sido estación del ferrocarril pegadas a sus costados. Más allá, la oxidada vía férrea y la carretera de Rowley discurrían a través de un terreno llano y pantanoso, salpicado de islotes de tierra más seca y más elevada cubierta de maleza. A la izquierda, los campos cruzados por el río aparecían más cercanos, y la estrecha carretera de Ipswich resplandecía en blanco a la luz de la luna. Desde aquella parte del hotel no podía ver la carretera meridional que conducía a Arkham y que había decidido tomar.

Estaba especulando indeciso acerca del momento más oportuno para atacar la puerta del lado norte, y acerca de cómo podría hacerlo del modo menos ruidoso posible, cuando observé que los vagos sonidos del piso inferior habían dado paso a nuevos y más pesados crujidos en la escalera. Un chorro de luz oscilante dibujó una raya luminosa debajo de la puerta de mi habitación, y las tablas del pasillo empezaron a gruñir bajo una pesada carga. Se aproximaron unos apagados sonidos de posible origen vocal, y al final resonó una recia llamada en la puerta de mi habitación.

Por un instante me limité a contener la respiración y a esperar. Parecieron transcurrir eternidades, y el nauseabundo olor a pescado de mi entorno se intensificó súbita y espectacularmente. Luego, la llamada se

repitió… de un modo continuado y con creciente insistencia. Supe que había llegado el momento de actuar, y descorrí apresuradamente el cerrojo de la puerta de comunicación del lado norte, preparándome para la tarea de forzarla. Los golpes en la puerta que daba al pasillo arreciaron, y confié en que su volumen cubriría el ruido de mis esfuerzos. Me lancé contra la puerta de comunicación con el hombro izquierdo por delante, una y otra vez, insensible al dolor. La puerta resistía más de lo que yo había esperado, pero no me di por vencido. Entretanto, el clamor en el pasillo iba en aumento.

Por fin cedió la puerta de comunicación, pero con tal estrépito que supe que los que estaban fuera tenían que haberlo oído. Inmediatamente, los golpes en la puerta del pasillo se convirtieron en violentas embestidas, mientras sonaban ominosamente unas llaves en las puertas de las habitaciones contiguas a la mía. Precipitándome a través del paso que acababa de forzar, logré echar el cerrojo a la puerta de la otra habitación antes de que la llave girase en la cerradura; pero mientras lo hacía oí que la puerta de la tercera habitación —aquella desde cuya ventana esperaba saltar al tejado— estaba siendo forzada con una llave maestra.

Por un instante me sentí dominado por la desesperación, puesto que parecía tener cortadas todas las salidas. Una oleada de horror casi anormal me alcanzó de lleno, e invistió de una terrible aunque inexplicable singularidad las huellas, entrevistas a la luz de la linterna, que había dejado en el polvo el intruso que había tanteado mi puerta desde esta habitación. Luego, de un modo completamente maquinal, me precipité hacia la siguiente puerta de comunicación y la empujé ciegamente, en un esfuerzo por pasar al otro lado y —suponiendo que los cierres estuvieran tan providencialmente intactos como en esta segunda habitación— echar el cerrojo a la puerta del pasillo antes de que pudieran abrirla desde fuera.

Esta vez, la suerte se alió conmigo… ya que la puerta de comunicación solo estaba entornada. Un segundo más tarde me encontraba al otro lado, apoyando la rodilla derecha y el hombro contra la puerta del pasillo que empezaba a abrirse hacia dentro. Mi presión pilló desprevenido al que abría, ya que dejó de empujar y yo pude correr el cerrojo como había hecho en la otra puerta. Mientras ganaba ese respiro oí que aporreaban las otras dos

puertas, al mismo tiempo que llegaba un clamor desde la otra parte de la puerta de comunicación que había bloqueado con la cama. Evidentemente, el grueso de mis asaltantes había penetrado en la habitación del lado sur y se lanzaba a un ataque lateral. Pero en aquel momento una llave maestra sonó en la puerta contigua del lado norte, y supe que me acechaba un peligro más próximo.

La puerta de comunicación con la habitación del lado norte estaba abierta de par en par, pero no disponía de tiempo para bloquear la puerta del pasillo que ya empezaba a abrirse. Lo único que podía hacer era cerrar y echar el cerrojo a la puerta de comunicación, así como la del lado contrario… bloqueando la primera con la cama y la segunda con una mesa, y apoyando una silla ladeada contra la puerta del pasillo. Debía confiar en que aquellas improvisadas barreras me protegerían el tiempo suficiente para saltar por la ventana y alcanzar el tejado de un edificio de Paine Street. Pero incluso en aquel momento crucial, mi horror principal era algo un poco al margen de la inmediata debilidad de mis defensas. Me estremecía debido a que ninguno de mis perseguidores, a pesar de algunos horribles jadeos, gruñidos y amortiguados ladridos a intervalos desiguales, pronunciaba un solo sonido vocal inteligible.

Mientras empujaba los muebles y me precipitaba hacia las ventanas oí una horrible carrera a lo largo del pasillo hacia la habitación situada al norte de aquella en la que me encontraba, y noté que los golpes en el lado sur habían cesado. Era evidente que mis adversarios iban a concentrarse contra la débil puerta de comunicación que sabían que se abría directamente sobre mí. En el exterior, la luna rielaba sobre la parhilera del edificio situado debajo, y me di cuenta de que el salto sería desesperadamente aventurado debido a lo inclinado de la superficie sobre la cual debía aterrizar.

Sopesando rápidamente las posibilidades, escogí la más meridional de las dos ventanas como vía de escape; planeando aterrizar sobre la vertiente interior del tejado y buscar la claraboya más próxima. Una vez dentro de una de las decrépitas estructuras de ladrillo tendría que hacer frente a la persecución; pero confiaba en descender y salir por uno de los abiertos portales a lo largo del oscuro patio, llegar eventualmente a la Washington Street y deslizarme fuera del pueblo hacia el sur.

Los golpes contra la puerta de comunicación septentrional eran ahora terribles, y vi que la madera empezaba a astillarse. Al parecer, mis perseguidores utilizaban algún objeto pesado como ariete. Sin embargo, la cama de hierro seguía resistiendo, de modo que me quedaba una leve posibilidad de éxito en las fugas. Al abrir la ventana observé que estaba flanqueada por pesados cortinajes de terciopelo colgados de una barra por anillas de latón, y también que en la parte exterior había dos ganchos de hierro para colgar la persiana, inexistente entonces. Viendo un posible medio para evitar el peligroso salto, descolgué los cortinajes, incluida la barra, introduje rápidamente dos de las anillas en los ganchos de hierro y dejé que los cortinajes colgaran al exterior. Los pesados pliegues llegaban hasta el tejado, y confié en que los ganchos y las anillas soportaran mi peso. De modo que, encaramándome a la ventana y descendiendo por la improvisada escalerilla, dejé detrás de mí para siempre la siniestra Gilman House infestada de horrores.

Aterricé sin novedad sobre las tejas de pizarra y logré alcanzar la primera claraboya sin resbalar ni una sola vez. Mirando hacia la ventana por la que acababa de salir observé que seguía a oscuras, aunque más allá de las ruinosas chimeneas, hacia el norte, pude ver las luces que ardían ominosamente en la sede de la Orden de Dagón, la iglesia baptista y la iglesia congregacionista, cuyo recuerdo aún me hacía estremecer. No parecía haber nadie abajo, en el patio, y confié en que tendría la posibilidad de alejarme antes de que se diera una alarma general. Proyectando la luz de mi linterna en el interior de la claraboya vi que no había ningún peldaño para bajar. Sin embargo, la distancia era corta, de modo que me dejé caer sobre un suelo polvoriento atestado de cajas y barricas en plena desintegración.

El lugar tenía un aspecto fantasmal, pero en aquel momento no podía dejarme impresionar por tales nimiedades y me dirigí directamente hacia la escalera revelada por mi linterna… después de una apresurada mirada a mi reloj que me indicó que eran las dos de la mañana. Los peldaños crujieron, pero no se hundieron bajo mi peso, de modo que descendí sin ningún tropiezo hasta la planta baja. La desolación era completa, y solo los ecos contestaban a mis pisadas. Finalmente localicé el vestíbulo, a un extremo

del cual vi un rectángulo débilmente luminoso marcando el derruido portal de Paine Street. Me dirigí al otro extremo y encontré también abierta la puerta trasera; cinco peldaños de piedra me condujeron a las losas cubiertas de hierba del patio.

Los rayos de la luna no iluminaban el lugar, pero la claridad era suficiente para que pudiera orientarme sin necesidad de utilizar mi linterna. Algunas de las ventanas del lado de Gilman House despedían un débil resplandor, y me pareció oír confusos sonidos detrás de ellas. Andando cautelosamente del lado de Washington Street, vi varios zaguanes abiertos y escogí el más próximo como vía de escape. El interior del zaguán estaba a oscuras, y cuando llegué al otro extremo comprobé que la puerta de la calle estaba cerrada y sólidamente atrancada. Decidí probar suerte en otro edificio. Retrocedí en dirección al patio, pero me paré en seco al final del zaguán. Ya que de una puerta abierta en el Gilman House surgía una gran muchedumbre de formas confusas. Unas linternas oscilaban en la oscuridad, y unas voces horribles intercambiaban exclamaciones en un lenguaje que no se parecía ni remotamente al inglés. Las figuras se movían indecisas, y comprobé con alivio que ignoraban dónde me encontraba, aunque no por ello dejaron de infundirme una sensación de indecible horror. Sus facciones eran indistinguibles, pero sus pasos bamboleantes resultaban abominablemente repulsivos. Y, lo peor de todo, observé que una de las figuras llevaba una extraña toga y, en la cabeza, una alta tiara de un diseño inconfundible que había llegado a serme familiar. Mientras las figuras se esparcían por el patio, noté que mis temores aumentaban. ¿Y si no lograban encontrar ninguna salida de este edificio por el lado de la calle? El olor a pescado era detestable y me pregunté si podría soportarlo sin desmayarme. Retrocedí de nuevo hacia la calle, abrí una puerta y entré en una habitación vacía cuyas ventanas estaban provistas de persianas de madera, muy bien cerradas, pero que carecían de marco. Hurgando a la luz de mi linterna, descubrí que podía abrir las persianas; y unos segundos más tarde había saltado al exterior.

Me encontraba ahora en Washington Street, y de momento no veía a ningún ser viviente ni ninguna luz, salvo la de la luna. Sin embargo, desde varias direcciones a lo lejos podía oír el sonido de voces roncas, de pasos

precipitados y de un curioso pataleo que no sonaba del todo como pasos. No tenía tiempo que perder. Los puntos cardinales eran claros para mí, y me alegré de que las luces de la calle estuvieran apagadas, como suele ocurrir en las noches de luna en zonas rurales pobres. Algunos de los sonidos procedían del sur, pero yo no renuncié a mi proyecto de escapar en aquella dirección. Sabía que allí encontraría numerosos zaguanes desiertos para refugiarme en caso de que tropezara con cualquier persona o grupo que tuvieran aspecto de perseguidores.

Eché a andar rápida, silenciosamente, y pegado a las casas en ruinas. Aunque sin sombrero y despeinado después de mi azarosa fuga, mi aspecto no llamaba especialmente la atención; y tenía muchas posibilidades de pasar inadvertido si me cruzaba con algún transeúnte casual. En Bates Street me oculté en un oscuro vestíbulo mientras dos figuras que andaban con paso tambaleante cruzaban por delante de mí, pero no tardé en acercarme al espacio abierto donde Elliot Street atraviesa oblicuamente Washington Street. Aunque no había visto nunca aquel espacio, me había parecido peligroso en el plano del joven de la abacería, dado que en él daría de lleno la luz de la luna. Era inútil tratar de eludirlo, ya que cualquier trayecto alternativo implicaría rodeos de visibilidad posiblemente desastrosa y efectos dilatorios. Lo único que cabía hacer era cruzarlo osada y abiertamente, imitando el típico paso bamboleante de la gente de Innsmouth lo mejor que pudiera, y confiando en que nadie —al menos ningún perseguidor mío— estuviera allí.

No tenía la menor idea de lo organizada que podía estar la persecución… ni del propósito que se ocultaba detrás de ella en realidad. En el pueblo parecía haber una actividad anormal, pero calculé que la noticia de mi fuga de la Gilman House no se había extendido todavía. Desde luego, pronto tendría que desviarme de la Washington Street para enfilar alguna otra calle que se dirigiera al sur, ya que aquel grupo del hotel iría sin duda en mi seguimiento. Tenía que haber dejado huellas en el polvo en aquel último edificio, reveladoras de cómo había alcanzado la calle.

El espacio abierto, tal como esperaba, estaba iluminado de lleno por la luz de la luna; y vi los restos de lo que había sido un jardín público rodeado por una barandilla de hierro en el centro. Por fortuna no había nadie a la

vista, aunque un curioso zumbido, o rugido, parecía aumentar de intensidad procedente de la Plaza. South Street era muy ancha; conducía directamente en leve declive hacia el muelle y dominaba una gran extensión de mar; confié en que nadie estaría mirando hacia ella desde lejos mientras la cruzaba a la brillante luz de la luna.

Mi avance no encontró ningún obstáculo, y ningún nuevo sonido vino a sugerir que había sido espiado. Mirando a mí alrededor, aflojé el paso involuntariamente durante unos segundos para contemplar el mar al final de la calle, plateado su lomo por los rayos de la luna. Lejos, más allá del rompeolas, se extendía la oscura línea del Arrecife del Diablo, y en aquel momento no pude evitar el pensar en todas las espantosas leyendas que había oído en las últimas treinta y cuatro horas… leyendas que describían aquella agreste roca como la puerta de acceso a reinos de insondable horror e inconcebible anormalidad.

Entonces, inesperadamente, vi los intermitentes parpadeos luminosos en el lejano arrecife. Eran definidos e inconfundibles, y despertaron en mi mente un ciego terror más allá de toda medida racional. Mis músculos se tensaron para una huida aterrorizada, reprimida únicamente por cierta cautela inconsciente y una fascinación semihipnótica. Y para empeorar las cosas, los parpadeos luminosos brotaron ahora de la alta cúpula de la Gilman House, desde donde contestaban, evidentemente, a las señales del arrecife.

Controlando mis músculos, dándome cuenta de lo visible que resultaba ahora, continué avanzando con mi fingido paso bamboleante, aunque sin perder de vista aquel infernal y ominoso arrecife al final y mucho más allá de la South Street. No podía imaginar lo que significaban aquellas señales; a menos que estuvieran relacionadas con algún extraño rito, o que alguna expedición hubiera desembarcado en aquella siniestra roca. Me desvié a la izquierda en torno a los restos del jardín, sin dejar de mirar hacia el océano que ardía bajo la espectral luna de verano y contemplando las inexplicables señales luminosas.

Fue entonces cuando nació en mí la impresión más horrible de todas, la impresión que destruyó mi último vestigio de autocontrol y me envió corriendo frenéticamente hacia el sur a lo largo de los oscuros zaguanes y

de las ventanas de mirada fija, piscícola, de aquella desierta calle de pesadilla. Ya que una mirada más atenta me permitió comprobar que las aguas bañadas de luna entre el arrecife y la playa distaban mucho de estar vacías. Hervían con una horda de formas que nadaban hacia el pueblo; e incluso desde aquella distancia y en mi único momento de percepción observé que las oscilantes cabezas y los chapoteantes brazos eran monstruosos en un sentido difícil de expresar o de formular conscientemente.

Mi frenética carrera se interrumpió antes de haber cubierto una manzana, ya que a mi izquierda empecé a oír algo semejante a la alarma de una persecución organizada. Ruido de pisadas y sonidos guturales, y el zumbido de un motor a lo largo de Federal Street. En un segundo todos mis planes quedaron completamente modificados, ya que si la carretera que discurría delante de mí hacia el sur estaba bloqueada, tenía que encontrar otra salida de Innsmouth. Me detuve y me oculté en un oscuro portal, reflexionando en lo afortunado que había sido al haber abandonado el espacio abierto iluminado por la luna antes de que mis perseguidores llegaran a la calle paralela.

Una segunda reflexión resultó menos consoladora. Puesto que la persecución discurría por otra calle, era evidente que el grupo no me estaba siguiendo directamente. No me habían visto, sino que se limitaban a obedecer a un plan general para cortar mis vías de escape. Sin embargo, esto suponía que todos los caminos que conducían fuera de Innsmouth estaban igualmente vigilados, ya que mis perseguidores no podían saber la ruta que me proponía seguir. En tal caso, tendría que huir a campo través y apartándome de cualquier camino o carretera. Pero, ¿cómo podría hacerlo teniendo en cuenta la naturaleza pantanosa y surcada de arroyos de la zona circundante? Por un instante me sentí invadido por el más profundo desaliento… estimulado por un rápido incremento del omnipresente olor a pescado.

Luego pensé en la abandonada vía férrea a Rowley que se extendía hacia el noroeste desde la estación en ruinas a orillas del río sobre un terreno bien asentado y cubierto de maleza. Existía una probabilidad de que la gente del pueblo no hubiera pensado en aquella posible salida, teniendo

en cuenta su estado de abandono que la convertía en casi intransitable. Yo la había visto claramente desde la ventana del hotel, y sabía por dónde discurría. En su mayor parte era peligrosamente visible desde la carretera de Rowley, y desde los lugares más altos del propio pueblo, pero tal vez me resultara posible deslizarme sin llamar la atención a través de la maleza. En cualquier caso, constituiría mi única posibilidad de liberación, y no podía desaprovecharla.

Introduciéndome en el zaguán de mi desierto refugio, consulté una vez más el plano del muchacho de la abacería con la ayuda de mi linterna. El problema inmediato era el de alcanzar la antigua vía férrea, y vi que el trayecto más seguro sería seguir la calle Babson y luego la calle Lafayette, al oeste —bordeando allí, sin cruzarlo, un espacio abierto igual al que ya había cruzado—, y a continuación avanzar hacia el norte y el oeste a través de una línea zigzagueante por las calles Lafayette, Bates, Adams y Bank —esta última siguiendo el curso del río— hasta la abandonada y ruinosa estación que había visto desde mi ventana. El motivo que tenía para escoger la calle Babson era que no deseaba ni volver a cruzar el espacio abierto, ni iniciar mi avance hacia el oeste a lo largo de una calle tan ancha como South.

Poniéndome en marcha una vez más, crucé al lado derecho de la calle a fin de alcanzar Babson Street lo más inadvertidamente posible. Los ruidos continuaban en Federal Street, y al mirar detrás de mí me pareció ver el resplandor de una luz cerca del edificio a través del cual había escapado. Ansioso por dejar Washington Street, aligeré el paso y lo convertí en un silencioso trote, confiando en la suerte para librarme de cualquier mirada indiscreta. Cerca de la esquina de Babson Street observé con la natural alarma que una de las casas estaba habitada, como lo atestiguaban los visillos de las ventanas, pero no había luces en el interior y pasé por delante de ella sin que ocurriera nada.

En Babson Street, que cruzaba Federal Street y, en consecuencia, podía hacerme visible a mis perseguidores, avancé literalmente aplastado contra las desconchadas paredes de los edificios, parándome dos veces en un portal mientras los ruidos de detrás de mí se acrecentaron momentáneamente. El espacio abierto más adelante brillaba amplio y

desolado bajo la luna, pero por fortuna no me vería obligado a cruzarlo. Durante mi segunda pausa empecé a detectar una nueva distribución de vagos sonidos, y asomando cautelosamente la cabeza vi un vehículo a motor que cruzaba rápidamente el espacio abierto y se adentraba en Elliot Street, la cual se cruza allí con las calles Babson y Lafayette.

Mientras vigilaba, sofocado por una súbita intensificación del olor a pescado después de una breve remisión del mismo, vi un grupo de formas grotescas y encorvadas avanzando con pasos bamboleantes en la misma dirección, y supe que aquella era la pandilla destinada a vigilar la carretera de Ipswich dado que esta última es una prolongación de Elliot Street. Dos de las figuras que percibí llevaban unas pesadas togas, y una de ellas se cubría la cabeza con una diadema puntiaguda que resplandecía intensamente a la luz de la luna. El modo de andar de aquella figura era tan raro que provocó en mí un escalofrío… ya que me pareció que avanzaba dando pequeños saltos.

Cuando el último grupo se perdió de vista reanudé mi camino, doblando la esquina de Lafayette Street y cruzando Elliot Street rápidamente, ya que no podía descartar la posibilidad de que algún miembro del grupo se hubiese quedado rezagado. Oí voces y ruidos procedentes de la Plaza, pero llegué al otro lado de la calle sin novedad. Lo que más me asustaba era tener que volver a cruzar la ancha e iluminada South Street —perpendicular al océano—, y tuve que reunir todo mi valor para afrontar la prueba. Era más que probable que alguien estuviera mirando, y los que controlaban la Elliot Street podían verme fácilmente desde cualquiera de sus dos extremos. En el último momento decidí que sería preferible aflojar el paso y volver a fingir el andar bamboleante de la mayoría de los nativos de Innsmouth.

Cuando el mar estuvo a la vista —esta vez a mi derecha—, estaba casi decidido a no mirar en aquella dirección. Sin embargo, no pude resistir, y eché una ojeada de soslayo mientras avanzaba con paso bamboleante hacia las sombras protectoras. No se veía ningún barco, lo cual me sorprendió un poco. En cambio, vi una pequeña embarcación a remos que avanzaba hacia los abandonados muelles cargada con un voluminoso objeto cubierto con una lona. Los remeros, a pesar de que los percibía desde muy lejos y con poca claridad, tenían un aspecto especialmente repulsivo. Varios nadadores

eran todavía visibles, en tanto que en el lejano y negro arrecife pude ver un leve resplandor inmóvil, muy distinto al parpadeo luminoso que había captado antes, y de un extraño color que me resultó imposible identificar con exactitud. Por encima de los tejados en declive y a mi derecha se erguía la alta cúpula de la Gilman House, pero estaba completamente a oscuras. El olor a pescado, dispersado un instante por una misericordiosa brisa, se imponía de nuevo con enloquecedora intensidad.

No había terminado de cruzar la calle cuando oí los inconfundibles sonidos de un grupo que avanzaba a lo largo de la Washington Street desde el norte. Cuando llegaron al amplio espacio abierto desde el cual había echado mi primera ojeada a las aguas iluminadas por la luna, pude verlos claramente a solo una manzana de distancia… y quedé horrorizado por la bestial anormalidad de sus rostros y de su modo de desplazarse. Un hombre avanzaba de un modo positivamente simiesco, con los largos brazos tocando con frecuencia el suelo, en tanto que otra figura —que llevaba toga y tiara— se movía hacia delante dando pequeños saltos, como un enorme sapo. Calculé que aquel grupo era el que había visto en el patio de la Gilman House, es decir, el que me perseguía más de cerca. Cuando algunas de las figuras se volvieron a mirar en dirección a mí el terror traspasó mis carnes, pero logré mantener el paso bamboleante que había asumido. Nunca sabré si me vieron o no. En el primero de los casos, mi estratagema debió engañarles, ya que pasaron a través del espacio iluminado por la luna sin cambiar de dirección… y sin dejar de murmurar y farfullar en algún dialecto gutural que no pude identificar.

Una vez más en la sombra, reemprendí mi anterior trote por delante de las decrépitas casas que se erguían como monstruos horriblemente mutilados en medio de la noche. Después de cruzar a la acera del lado oeste, doblé la esquina más próxima y penetré en Bates Street, donde me mantuve pegado a los edificios del lado meridional. Pasé por delante de dos casas aparentemente habitadas, una de ellas con las ventanas del último piso débilmente iluminadas, pero no tropecé con ningún obstáculo. Al adentrarme en Adams Street me sentí mucho más seguro, pero se me encogió el corazón al ver a un hombre que salía de un portal oscuro directamente enfrente de mí. Sin embargo, resultó estar demasiado borracho

para constituir una amenaza, de modo que llegué sano y salvo a las desoladas ruinas de los almacenes de Bank Street.

Nadie se movía en aquel callejón sin salida que discurría junto al río, y el rugido de los saltos de agua ahogaba por completo el ruido de mis pasos. Había una larga distancia hasta la estación en ruinas, y las altas paredes de ladrillo de los almacenes que me rodeaban me parecían mucho más aterradoras que las fachadas de las casas particulares. Por fin vi la antigua estación —o lo que quedaba de ella—, y me encaminé directamente hacia la vía férrea que empezaba en su extremo más apartado.

Los raíles estaban oxidados pero intactos en casi toda su longitud, y no más de la mitad de las traviesas se habían podrido. Andar o correr sobre una superficie semejante resultaba muy difícil, pero me esforcé al máximo y avancé con razonable rapidez. Durante un trecho, la línea se mantenía pegada a la orilla del río, pero al final me encontré ante el largo puente cubierto que cruzaba la sima a una altura de vértigo. El estado del puente decidiría lo que habría de hacer a continuación. Si era humanamente posible, lo utilizaría; en caso contrario tendría que arriesgarme a retroceder y a recorrer calles en busca del puente de carretera intacto y más próximo.

La vasta longitud del viejo puente brillaba espectralmente a la luz de la luna, y vi que las traviesas eran seguras al menos hasta la distancia de unos cuantos pies. Adentrándome en él, empecé a utilizar mi linterna… y casi fui derribado por la nube de murciélagos que volaron en dirección a mí. Hacia la mitad del puente había un peligroso hueco en las traviesas que por un momento creí que interrumpiría mi avance; pero al final me arriesgué a un desesperado salto que por fortuna me salió bien.

Me alegré al ver de nuevo la luz de la luna cuando salí de aquel macabro túnel. Después de cruzar River Street, la vía férrea se adentraba en una zona eminentemente agrícola en la que casi era imperceptible el horrendo olor a pescado de Innsmouth. Aquí, la maleza y los espinos obstaculizaban mi avance y desgarraban mis ropas, pero no por ello dejaba de alegrarme de que estuvieran allí para permitirme ocultarme en caso de peligro. Sabía que la mayor parte de mi trayecto tenía que ser visible desde la carretera de Rowley.

La zona pantanosa empezaba poco más allá, con la vía única sobre un terraplén en el que la maleza era menos espesa. Luego venía una especie de isla de terreno más elevado, donde la línea pasaba a través de una hondonada cubierta de matojos y zarzales. Me alegré mucho de encontrar aquel refugio parcial, ya que la carretera de Rowley se hallaba peligrosamente cerca de allí, según lo que había podido apreciar desde mi ventana. Al final de la hondonada, la carretera cruzaba la vía férrea y discurría a mayor distancia de ella; pero entretanto debía mostrarme sumamente cauteloso. Por fortuna, había podido convencerme de que mis perseguidores no vigilaban la línea férrea.

Antes de penetrar en la hondonada miré detrás de mí, pero no vi a nadie. Los antiguos campanarios y tejados del decadente Innsmouth irradiaban un resplandor etéreo a la mágica luz amarilla de la luna, y pensé en cuál habría sido su aspecto en los tiempos antiguos, antes de que cayera la sombra. Luego, mientras mi mirada se desplazaba en semicírculo, algo menos tranquilo atrajo mi atención y me mantuvo inmóvil por espacio de unos segundos.

Lo que vi —o imaginé que veía— fue una inquietante insinuación de movimiento ondulante a lo lejos, hacia el sur; una insinuación que me hizo deducir que una numerosa horda estaba saliendo del pueblo a lo largo de la carretera de Ipswich. La distancia era muy grande, y no pude distinguir nada en detalle, pero no me gustó en absoluto el aspecto de aquella columna en movimiento. Ondulaba demasiado, y brillaba demasiado bajo los rayos de la luna que ahora se encaminaba hacia poniente. Había una insinuación de sonido, también, aunque el viento soplaba en dirección contraria: una insinuación de bramidos bestiales mucho más horribles que los murmullos y chapurreos que había oído antes.

Toda clase de desagradables conjeturas cruzaron por mi mente. Pensé en aquellos individuos que, según se decía, permanecían ocultos detrás de las tapiadas ventanas de algunos edificios de Innsmouth. Pensé, también, en aquellos nadadores que había visto. Contando los grupos que había entrevisto, así como los que presumiblemente cubrían otras salidas, el número de mis perseguidores tenía que ser anormalmente grande para un pueblo tan despoblado como Innsmouth.

¿De dónde podía proceder el numeroso personal de una columna como la que ahora contemplaba? ¿Habría desembarcado de un buque invisible una legión de forasteros desconocidos en aquel infernal arrecife? ¿Quiénes eran? ¿Por qué estaban aquí? Y si una columna semejante recorría la carretera de Ipswich, ¿habrían aumentado de un modo similar las patrullas en las otras carreteras?

Había penetrado en la hondonada y me abría paso a lo largo de ella con mucha lentitud, cuando aquel maldito olor a pescado volvió a intensificarse. ¿Había cambiado súbitamente la dirección del viento, de modo que ahora soplaba desde el mar hacia el pueblo? Tenía que ser así, puesto que empecé a oír murmullos guturales desde aquella dirección hasta entonces silenciosa. Se oía otro sonido, también: una especie de aleteo o de pataleo colosal, que evocaba imágenes detestables. Me hizo pensar ilógicamente en aquella desagradable columna ondulante sobre la lejana carretera de Ipswich.

Y luego el olor y los sonidos se hicieron más intensos, de modo que me detuve temblando y agradeciendo una vez más la protección que me ofrecía la hondonada. Recordé que aquí era donde la carretera de Rowley se acercaba más a la antigua línea férrea antes de cruzarla hacia el oeste y separarse de ella. Algo se estaba acercando a lo largo de aquella carretera, y yo debía permanecer oculto hasta que pasara y se desvaneciera a lo lejos. Afortunadamente, aquellos individuos no utilizaban perros para rastrear… aunque tal vez les hubiese resultado imposible en medio del omnipresente olor a pescado. Agachado entre los arbustos de la hondonada me sentí razonablemente a salvo, aunque sabía que mis perseguidores tendrían que cruzar la vía férrea delante de mí a menos de cien metros de distancia. Yo les vería a ellos, pero ellos no podrían verme a mí… a no ser que se produjera un diabólico milagro.

Inmediatamente empecé a temer el mirarles mientras pasaban. Veía el espacio iluminado por la luna por el cual iban a surgir, y me asaltaron unos extraños pensamientos acerca de la irremisible contaminación de aquel espacio. Serían quizá los peores de todos los tipos Innsmouth, algo que uno no se molestaría en recordar.

El hedor se hizo insoportable y los ruidos se hincharon hasta convertirse en una bestial babel de graznidos, aullidos y ladridos que no tenían nada

que ver con el lenguaje humano. ¿Eran aquellas realmente las voces de mis perseguidores? ¿Utilizaban perros, después de todo? Hasta entonces no había visto perros ni gatos en Innsmouth. El aleteo o pataleo era monstruoso; no podía mirar a los seres degenerados que lo producían. Mantendría los ojos cerrados hasta que el sonido se alejara hacia el oeste. La horda estaba ahora muy cerca; el suelo casi retemblaba con sus arrítmicas pisadas. Casi dejé de respirar, y concentré toda mi fuerza de voluntad en la tarea de mantener los párpados cerrados.

No estoy aún en condiciones de decir si lo que siguió fue una espantosa realidad o una simple alucinación. La posterior acción del gobierno, después de mis frenéticos llamamientos, tendería a confirmarlo como una monstruosa verdad, pero ¿no podría haberse repetido una alucinación bajo el semihipnótico hechizo de aquel pueblo antiguo, embrujado y siniestro? Tales lugares poseen extrañas propiedades, y la herencia de la demencial leyenda podría haber actuado sobre más de una imaginación humana entre aquellas calles muertas y pestilentes en las que todo era descomposición. ¿No es posible que el germen de una locura contagiosa aceche en las profundidades de aquella sombra sobre Innsmouth? ¿Quién puede estar seguro de la realidad después de oír unos relatos como el del viejo Zadok Allen? Los agentes del gobierno no encontraron al pobre Zadok, ni tienen la menor idea de lo que pudo ocurrirle. ¿Dónde termina la locura y empieza la realidad? ¿Es posible que incluso mi temor más reciente sea una simple quimera?

Pero debo intentar decir lo que creí ver aquella noche bajo la burlona luna amarilla, surgiendo y brincando en la carretera de Rowley a plena vista delante de mí, mientras permanecía agachado entre los zarzales de aquella desolada hondonada. Desde luego, mi decisión de mantener los ojos cerrados se vino abajo. Estaba condenada de antemano al fracaso… ya que ¿quién puede permanecer agachado y a ciegas mientras una legión de aullantes seres de fuente desconocida pasa ruidosamente a menos de cien metros de distancia?

Creí que estaba preparado para lo peor, y en realidad tenía que haber estado preparado considerando lo que había visto antes. Mis otros perseguidores habían sido abominablemente anormales; en consecuencia,

¿por qué no habría de estar dispuesto a enfrentarme con una exacerbación del elemento anormal; a mirar unas formas en las cuales no había mezcla alguna de lo normal? No abrí los ojos hasta que el ronco clamor llegó, estridente, de un punto situado directamente frente a mí. Entonces supe que la mayor parte de ellos tenían que ser claramente visibles en el lugar en el que los bordes de la hondonada se aplastaban y la carretera cruzaba la vía férrea… y no pude resistir por más tiempo el impulso de contemplar el horror que la burlona luna amarilla pudiera mostrarme.

Fue el fin, para lo que me queda de vida sobre la superficie de esta tierra, de todo vestigio de paz mental y de confianza en la integridad de la naturaleza y de la mente humana. Nada que pudiera haber imaginado —nada, incluso, que pudiera haber inferido si hubiera prestado crédito a la absurda historia del viejo Zadok en su sentido más literal— habría sido comparable a la demoníaca y sacrílega realidad que vi… o creí ver. He tratado de sugerir lo que era a fin de posponer el horror de describirlo. ¿Puede ser posible que este planeta haya engendrado tales seres? ¿Qué unos ojos humanos hayan visto realmente, como carne objetiva, lo que el hombre ha conocido hasta ahora únicamente en febril fantasía y leyenda sutil?

Y, sin embargo, los vi en una corriente sin límites… aleteando, graznando, balando… surgiendo inhumanamente a través de la espectral luz de la luna en una grotesca y maligna zarabanda de fantástica pesadilla. Y algunos de ellos llevaban altas tiaras… y algunos vestían extrañas togas… y uno, el que encabezaba el grupo, cubría su joroba con una chaqueta negra y sus miembros inferiores con unos pantalones a rayas, y el bulto deforme que correspondía a la cabeza con un sombrero de fieltro.

Creo que su color predominante era un gris verdoso, aunque tenían los vientres blancos. La mayor parte de su cuerpo era brillante y viscosa, pero los bordes de sus hombros estaban cubiertos de escamas. Sus formas sugerían vagamente al antropoide, en tanto que sus cabezas eran cabezas de pez, con unos grandes ojos saltones que nunca cerraban. A los lados de sus cuellos había agallas palpitantes, y sus largos dedos estaban unidos por una membrana. Brincaban de un modo irregular, a veces sobre dos patas y a veces sobre cuatro. Sin saber exactamente por qué, me alegré de que no tuvieran más de cuatro extremidades. Sus graznidos y sus ladridos,

evidentemente utilizados como lenguaje articulado, contenían todos los oscuros matices de expresión de que carecían sus rostros.

Sin embargo, a pesar de su monstruosidad, no me resultaban desconocidos del todo, ya que ¿acaso no era reciente el recuerdo de la maléfica tiara en Newburyport? Eran los sacrílegos peces–rana del indescriptible dibujo —vivos y horribles— y mientras los veía supe también lo que aquel sacerdote jorobado y tocado con la alta tiara que había entrevisto en la oscura iglesia me había recordado. Su número era incontable. Me pareció que había enjambres ilimitados de ellos… y ciertamente mi momentánea ojeada solo podía haber captado a una pequeña fracción. Un instante después todo quedó borrado por un misericordioso desmayo; el primero que padecía en toda mi vida.

## V

Cuando recobré el conocimiento entre los arbustos de la hondonada era de día y una mansa lluvia había empapado mis ropas. Eché a andar con paso vacilante hasta la carretera, y no vi ninguna huella en el barro. El olor a pescado se había desvanecido, los tejados y los campanarios semiderruidos de Innsmouth se erguían, grises, hacia el sudeste, pero no vi a un solo ser viviente en toda la desolada extensión de marjales que me rodeaba. Mi reloj seguía funcionando, y me dijo que eran las doce del mediodía.

La realidad de lo que me había ocurrido era muy insegura en mi mente, pero tenía la impresión de que contenía algo espantoso. Debía alejarme del siniestro Innsmouth… y en consecuencia empecé a someter a prueba mis entumecidas y fatigadas piernas. A pesar de la debilidad, del hambre, del horror y del aturdimiento, descubrí que era capaz de andar; de modo que me puse en marcha a lo largo de la embarrada carretera de Rowley. Antes del atardecer estaba en el pueblo, y me había procurado una comida caliente y unas ropas presentables. Tomé el tren de la noche hacia Arkham, y al día siguiente hablé largo y tendido con los funcionarios del gobierno, conversaciones que más tarde repetí en Boston. El público conoce ahora el resultado principal de aquellos coloquios, y yo deseo, en beneficio de la

normalidad, que no haya nada más que decir. Tal vez la locura me está dominando… o tal vez un supremo horror —o una suprema maravilla— se está acercando.

Como puede imaginarse, renuncié a la mayoría de los planes que había trazado para el resto de mi excursión: no quise saber nada de arquitectura ni de antigüedades. Ni siquiera me atrevía a ir a ver aquella extraña joya que me habían dicho que se encontraba en el Museo de la Universidad de Miskatonic. Sin embargo, aproveché mi estancia en Arkham para recoger algunos datos genealógicos que desde hacía mucho tiempo deseaba poseer, datos confusos y apresurados, es cierto, pero que me serían útiles más tarde, cuando dispusiera de tiempo para relacionarlos y codificarlos. El conservador de la Sociedad Histórica de Arkham —Mr. E. Lapham Peabody— se mostró muy amable y muy servicial, y manifestó un interés especial cuando le dije que era nieto de Eliza Orne, de Arkham, que había nacido en 1867 y se había casado con James Williamson, de Ohio, a la edad de diecisiete años.

***OceanofPDF.com***

Parece ser que un tío materno mío había estado allí muchos años antes ocupado en una investigación muy semejante a la que yo llevaba a cabo; y que la familia de mi abuela había sido objeto de muchos chismorreos. Según Mr. Peabody, la boda de Benjamín Orne, padre de Eliza, inmediatamente después de la Guerra Civil, había provocado muchos comentarios, dado que el linaje de la novia resultaba algo enigmático. Había sido una Marsh de New Hampshire —prima de los Marsh del Condado de Essex—, pero se había educado en Francia y sabía muy poco acerca de su familia. Huérfana desde muy niña, un tutor había depositado fondos en un banco de Boston para mantenerla a ella y a su institutriz francesa; pero el nombre de aquel tutor no era familiar a la gente de Arkham, y con el tiempo el hombre desapareció y la institutriz asumió su papel por decisión judicial. La francesa —que había muerto hacía mucho tiempo— era muy taciturna, y más de uno afirmaba que, si se hubiese decidido a hablar, podría haber contado muchas cosas.

Pero lo más desconcertante era el hecho de que nadie podía situar a los padres de la joven —Enoch y Lydia (Meserve) Marsh— entre las familias conocidas de New Hampshire. Posiblemente, sugerían algunos, era hija natural de algún Marsh importante; desde luego, tenía los ojos de los Marsh. Murió a una edad muy temprana, a raíz del nacimiento de mi abuela, su única hija. Habiéndome formado un concepto más bien desfavorable del nombre de Marsh, no acogí con agrado la noticia de que figuraba en mi propio árbol genealógico, y no me gustó el comentario de Mr. Peabody cuando sugirió que también yo tenía los ojos de los Marsh. Sin embargo, le estaba agradecido por haberme ayudado a reunir unos datos que habrían de ser muy valiosos. Tomé abundantes notas acerca de la familia Orne.

Desde Boston regresé directamente a mi hogar en Toledo, y más tarde pasé un mes en Maumee, reponiéndome de mi aventura. En septiembre ingresé en Oberlin para cursar mi último año, y desde entonces hasta junio del año siguiente estuve ocupado con mis estudios y otras absorbentes actividades… recordando mis pasados terrores solo por las ocasionales visitas de agentes del gobierno en relación con la campaña que mis alegatos y llamamientos habían puesto en marcha. A mediados de julio —un año

después de la experiencia Innsmouth— pasé una semana con la familia de mi difunta madre en Cleveland; cotejando algunos de mis nuevos datos genealógicos con las diversas notas y tradiciones recopiladas allí.

La tarea no era precisamente de mi agrado, ya que la atmósfera del hogar de los Williamson siempre me había deprimido. El ambiente tenía algo de morboso, y mi madre nunca me había estimulado a visitar a sus padres cuando era niño, aunque ella siempre acogía cariñosamente a su padre cuando venía a Toledo. Mi abuela, nacida en Arkham, siempre me había parecido una mujer rara y casi aterradora, y su desaparición no me apenó demasiado. Entonces tenía yo ocho años, y se dijo que ella había pedido el juicio a consecuencia del suicidio de mi tío Douglas, su primogénito, el cual se había volado la tapa de los sesos después de un viaje a Nueva Inglaterra: el mismo viaje, sin duda, por el que le recordaban en la Sociedad Histórica de Arkham.

Tío Douglas se parecía a su madre, y a mí no me habían gustado nunca ninguno de los dos. Su mirada fija, obsesiva, me producía una vaga inquietud. Mi madre y mi tío Walter eran muy distintos. Se parecían a su padre, aunque el pobre primo Lawrence —hijo de Walter— había sido una copia casi perfecta de su abuela, antes de que su estado de salud, mental y física, obligaran a recluirle permanentemente en un sanatorio de Canton. Hacía cuatro años que yo no le había visto. Y aquella preocupación había sido probablemente un factor decisivo en la muerte de su madre, ocurrida dos años antes.

Mi abuelo y su hijo viudo, Walter, constituían ahora la familia de Cleveland, pero el recuerdo de otros tiempos gravitaba pesadamente sobre aquel lugar. A mí seguía desagradándome el lugar, y traté de completar mis investigaciones lo más rápidamente posible. Los datos y tradiciones de los Williamson eran suministrados en abundancia por mi abuelo; aunque para el material Orne dependía de mi tío Walter, el cual puso a mi disposición el contenido de todos sus archivos, incluyendo notas, cartas, recortes de periódicos, testamentos, fotografías y miniaturas.

Repasando las cartas y las fotografías de la línea Orne empecé a adquirir una especie de horror a mi propio linaje. Como ya he dicho, mi abuela y mi tío Douglas siempre me habían inquietado. Ahora, años

después de su fallecimiento, contemplaba sus rostros en las fotografías con una acrecentada sensación de repugnancia. Al principio no pude comprender el cambio, pero paulatinamente una horrible comparación empezó a imponerse a mi mente inconsciente, a pesar de la obstinada negativa de mi conciencia a admitir la más leve sospecha de ella. Era evidente que la expresión de aquellos rostros me sugería ahora algo que nunca me había sugerido… algo que provocaría en mí una explosión de pánico si pensaba demasiado abiertamente en ello.

Pero la peor impresión llegó cuando mi tío me mostró las joyas de los Orne guardadas en una caja fuerte. Algunas de las piezas eran verdaderas obras de arte, pero había un estuche que contenía piezas muy antiguas que habían pertenecido a mi bisabuela y que mi tío se mostraba siempre reacio a exhibir. Era, dijo, de un diseño grotesco y casi repulsivo, y que él supiera no habían sido llevadas nunca en público; aunque mi abuela solía disfrutar contemplándolas. Al parecer estaban relacionadas con vagas leyendas de mala suerte, y la institutriz francesa de mi bisabuela había dicho que no debían ser exhibidas en Nueva Inglaterra, aunque sería completamente seguro llevarlas en Europa.

Mientras mi tío empezaba a desempaquetar las joyas, con evidente mala gana, me advirtió que no debía dejarme impresionar demasiado por lo singular, e incluso horrendo, de los diseños. Artistas y arqueólogos que las habían visto las proclamaron productos de una artesanía superlativa y exóticamente exquisita, aunque nadie había sido capaz de definir con exactitud la clase de metal utilizado, ni atribuirlas a una tradición artística específica. Había dos brazaletes, una tiara y una especie de pectoral con algunas figuras en relieve de un desvarío casi insoportable.

Durante esta descripción yo había tratado de refrenar mis emociones, pero mi rostro debió traicionar mis crecientes temores. Mi tío pareció preocupado, e interrumpió su tarea para estudiar mi semblante. Le hice un gesto para que continuara, y él lo atendió con visible reticencia. Parecía esperar alguna exclamación por mi parte cuando la primera pieza —la tiara — quedó al descubierto, pero lo que en realidad ocurrió le pilló de sorpresa. Lo que hice fue desmayarme silenciosamente, lo mismo que en aquella hondonada de las afueras de Innsmouth un año antes.

Desde aquel día mi vida ha sido una pesadilla de cavilaciones y de aprensión, e ignoro lo que hay en ella de espantosa verdad y lo que hay en ella de locura. Mi bisabuela había sido una Marsh de fuente desconocida cuyo marido vivía en Arkham… ¿Y acaso el viejo Zadok no había dicho que la hija de Obed Marsh y de una madre monstruosa se casó mediante engaño con un hombre de Arkham? ¿Qué había murmurado el anciano borrachín acerca del parecido de mis ojos con los del capitán Obed? También en Arkham el conservador de la Sociedad Histórica me había dicho que yo tenía los ojos de los Marsh… ¿Fue Obed Marsh mi propio tatarabuelo? En tal caso, ¿quién —o qué— fue mi tatarabuela? Pero quizás todo esto era locura. Aquellas joyas podían haber sido compradas a algún marinero de Innsmouth por el padre de mi bisabuela, quienquiera que fuese. Y aquella expresión en los rostros de mi abuela y de mi tío suicida podían ser un producto de mi fantasía, estimulada por la sombra de Innsmouth que había hecho planear nubes oscuras sobre mi imaginación. Pero, ¿por qué se había suicidado mi tío después de una investigación genealógica en Nueva Inglaterra?

Durante más de dos años luché contra aquella idea con éxito parcial. Mi padre me buscó un empleo en una empresa de seguros, y me enterré en la rutina tan profundamente como me fue posible. Sin embargo, en el invierno de 1930–31 empezaron los sueños. Al principio muy espaciados e insidiosos, pero aumentando en frecuencia y en intensidad a medida que transcurrían las semanas. Grandes espacios acuáticos se abrían delante de mí, y me parecía vagar a través de titánicos pórticos sumergidos y laberintos de ciclópeas paredes con grotescos peces por compañeros. Luego empezaron a aparecer las otras formas, llenándome de indecible horror en el momento de despertar. Pero durante los sueños no me inspiraban ningún terror; yo era uno de ellos; llevaba sus inhumanos aderezos, hollaba sus caminos acuáticos, rezaba monstruosamente en sus maléficos templos del fondo del mar.

Podía recordar muchas más cosas, pero incluso lo que recordaba cada mañana sería suficiente para calificarme de loco o de genio si algún día me atreviera a escribirlo. Notaba que alguna horrible influencia me poseía paulatinamente para arrancarme del mundo de la vida normal y hundirme

en insondables abismos de oscuridad y alienación, y el proceso me afectó profundamente. Mi salud y mi aspecto empeoraron a ojos vista, hasta que me vi obligado a renunciar a mi empleo y a adoptar la estática y recluida existencia de un inválido. Alguna extraña enfermedad nerviosa se había apoderado de mí, y a veces me descubría a mí mismo casi incapaz de cerrar los ojos.

Fue entonces cuando empecé a estudiar el espejo con creciente alarma. Los lentos estragos de la enfermedad no resultan agradables de contemplar, pero en mi caso había algo más sutil y más intrigante en el trasfondo. Mi padre pareció darse cuenta también, ya que empezó a mirarme con un aire de curiosidad y casi de susto. ¿Qué extraño fenómeno se estaba produciendo en mí? ¿Sería posible que llegara a parecerme a mi abuela y a mi tío Douglas?

Una noche tuve un terrible sueño en el cual encontré a mi abuela en el fondo del mar. Vivía en un palacio fosforescente de muchas terrazas, con jardines de extraños corales lazarinos y grotescas eflorescencias branquiadas, y me acogió con una cordialidad que podía haber sido sardónica. Había cambiado —como cambian los que entran en el agua—, y me dijo que nunca había muerto. Había desaparecido para ir a un lugar del que su hijo había oído hablar, y había entrado en un reino cuyas maravillas —destinadas también para él— había rechazado con una pistola humeante. Este sería también mi reino; no podía escapar a mi destino. Nunca moriría, sino que viviría con aquellos que han vivido desde antes de que el hombre pisara la tierra.

Conocí también a la que había sido su abuela. Durante ochenta mil años Pth’thya-l’yi había vivido en Y’ha-nthlei, y allí había regresado después de la muerte de Obed Marsh. Y’ha-nthlei no fue destruido cuando los hombres de la tierra firme sembraron la muerte en el mar. Resultó dañado, pero no destruido. Los Profundos no podrían ser destruidos nunca… Ahora, descansarían; pero algún día, si recordaban, se alzarían de nuevo para ir en busca del tributo que el Gran Cthulhu anhelaba. La próxima vez sería una ciudad mayor que Innsmouth. Habían planeado extenderse, y disponían de lo que les ayudaría a conseguirlo, pero ahora debían esperar una vez más. Por haber inducido a los hombres de la tierra a sembrar la muerte en el mar,

yo tendría que someterme a un castigo, aunque no sería pesado. Aquel fue el sueño en el cual vi un shoggoth por primera vez y la visión me despertó en un frenesí de alaridos. Aquella mañana, el espejo me dijo definitivamente que había adquirido el aspecto Innsmouth.

Pero no me suicidé como hizo mi tío Douglas. Compré una automática y estuve a punto de utilizarla, pero ciertos sueños me hicieron desistir. Los tensos extremos de horror se están suavizando y me siento extrañamente atraído hacia las desconocidas profundidades del mar en vez de temerlas. Oigo y hago cosas singulares en sueños, y despierto con una especie de exaltación en vez de terror. No creo que necesite esperar a que se produzca el cambio completo como ha esperado la mayoría. Si lo hiciera, mi padre me encerraría probablemente en un sanatorio, igual que encerraron a mi pobre primo. Abajo me aguardan esplendores magníficos que nadie podría describir, y no tardaré en empaparme de ellos. Iü. R'lye! Cthulhu Fhtagn! Iä! Iä! No, no voy a suicidarme: no puedo estar hecho para suicidarme…

Planearé la fuga de mi primo de aquel manicomio de Canton, y juntos iremos al maravilloso Innsmouth. Nadaremos hasta aquel acogedor arrecife mar adentro, y descenderemos a través de oscuros abismos hasta el ciclópeo Y'hanthlei, el de las múltiples columnas, y en aquel hogar de los Profundos moraremos entre maravillas y gloria para siempre.

***OceanofPDF.com***

# LOS SUEÑOS DE LA CASA DE LA BRUJA





*OceanofPDF.com*

# LOS SUEÑOS DE LA CASA DE LA BRUJA

Walter Gilman no sabía si los sueños fueron los que provocaron la fiebre o si la fiebre fue la causa de los sueños. Detrás de todo acechaba el hiriente y mohoso horror de la antigua ciudad y de la detestable buhardilla donde escribía, estudiaba y se peleaba con cifras y fórmulas cuando no estaba dando vueltas en su pobre cama de hierro. Sus oídos estaban cobrando una sensibilidad poco natural e intolerable; además, hacía mucho tiempo que el reloj barato de la repisa de la chimenea se había detenido, lo mismo que su tictac, que había llegado a antojársele como cañonazos de artillería. De noche, los rumores de la ciudad en penumbra, el siniestro correteo de las ratas por las débiles paredes y el crujido de las tablas ocultas en la casa centenaria eran suficientes para que él tuviese la sensación de confusión. Las tinieblas siempre estaban plagadas de ruidos inexplicables y, pese a ello, Gilman se estremecía en ocasiones temiendo que aquellos sonidos enmudeciesen y le permitiesen oír otros rumores más sutiles que se agazapaban detrás de ellos.

Se hallaba en la inalterable ciudad de Arkham,[17] plagada de leyendas, de tejados apiñados al estilo holandés que basculaban sobre desvanes donde las brujas se escondieron de los hombres del Rey en los lejanos tiempos de las colonias. Y no existía en toda la ciudad un lugar más lleno de macabros recuerdos que el desván donde vivía Gilman, pues fue en aquella casa y en esta estancia donde se había escondido Keziah Mason, cuya fuga de la cárcel de Salem continuaba siendo a día de hoy un misterio. Aquello sucedió en 1692. El carcelero se había vuelto loco y desvariaba sobre algo peludo, pequeño y de colmillos blancos que había salido corriendo de la celda de Keziah. Ni siquiera Cotton Mather pudo explicar lo que eran las curvas y ángulos dibujados sobre las grises paredes de piedra con un líquido rojizo y pegajoso.

Probablemente Gilman no debería haber estudiado tanto. El cálculo no euclidiano y la física cuántica son suficientes para alterar cualquier mente.

Si encima se mezclan con tradiciones del folclore y se intenta buscar un extraño trasfondo de realidad multidimensional detrás de las sugerencias terriblemente crueles de las leyendas góticas y de los susurros fantásticos junto a un rincón de la chimenea, casi es imposible esperar que nadie quede del todo libre de alguna tensión mental.

Gilman era de Haverhill, pero únicamente después de matricularse en la universidad de Arkham se puso a asociar sus conocimientos matemáticos con las leyendas fantásticas de la magia antigua. Algo en el ambiente de vieja ciudad ejercía una gran influencia sobre su imaginación y lo hacía de una forma turbia. Los profesores de la Universidad de Miskatonic[18] le habían recomendado que se tomase todo con más calma y habían reducido voluntariamente sus estudios en algunos puntos. También le habían prohibido consultar los dudosos tratados antiguos sobre arcanos ocultos que se encontraban guardados bajo llave en la biblioteca de la Universidad. Pero aquellas precauciones llegaron demasiado tarde y Gilman pudo encontrar algunos terribles datos del temido *Necronomicón* de Abdul Alhazred, del inacabado *Libro de Eibon*, y del prohibido *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt,[19] los cuales cotejó con sus fórmulas abstractas sobre las propiedades del espacio y la vinculación de dimensiones conocidas y desconocidas.

Sabía que su habitación estaba en la antigua casa de la bruja; en realidad, la había alquilado por ese motivo. Los archivos del condado de Essex recogían multitud de datos sobre el juicio contra Keziah Mason y lo que aquella mujer había confesado bajo la presión del tribunal de Oyer y Terminer fascinó a Gilman hasta un extremo irracional. Keziah había hablado al juez Hawthorne sobre líneas y curvas que podían dibujarse a través de los muros del espacio para indicar direcciones hacia otros espacios del más allá. Sugirió que aquellas líneas y curvas a menudo se utilizaban en ciertas reuniones celebradas a medianoche en el lúgubre valle de la piedra blanca, situado más allá del Cerro del Prado, y en el islote desierto del río. Había hablado también del Hombre Negro, del juramento que había prestado ella misma y de su nuevo nombre secreto, Nahab. A continuación trazó aquellas figuras en las paredes de su celda y se esfumó.

Gilman creía cosas extrañas sobre Keziah, y notó una conmoción de lo más raro cuando supo que la casa donde había morado la anciana seguía en pie doscientos treinta y cinco años después. Decidió vivir allí como fuera como fuese cuando oyó los rumores que corrían entre susurros por todo Arkham sobre la persistente presencia de Keziah en la antigua casa y en los callejones angostos, sobre las marcas irregulares, como hechas por dientes humanos, que se habían visto en quienes dormían en aquella y en otras casas, sobre los gemidos de niños oídos la Noche de Walpurgis[20] y en el Día de Todos los Santos, del mal olor percibido en el ático del viejo edificio justo después de aquellos temidos días, y sobre la cosa pequeña y peluda, de dientes afilados, que merodeaba por la vieja casa y por la ciudad, rozando a la gente curiosamente con el hocico en las horas más negras previas al alba. Era fácil conseguir una habitación, pues la casa no era muy popular y resultaba difícil de alquilar nada allí, así que desde hacía ya tiempo se dedicaba a dar alojamiento por precios muy módicos. No habría podido decir qué esperaba hallar en aquel lugar, pero sí sabía que quería estar en aquel edificio donde alguna circunstancia había dado, de una forma más o menos súbita y a una simple anciana del siglo xvii, un atisbo de profundidades matemáticas tal vez más allá de las más modernas elucubraciones de Planck, Heisenberg, Einstein y De Sitter.[21]

Estudió las maderas y las paredes de yeso buscando dibujos crípticos en los puntos accesibles donde el papel se había caído. Menos de una semana después logró alquilar el ático orientado al este, donde decían que Keziah se había dedicado a practicar la brujería. Había estado vacío desde el principio porque nadie había querido ocuparlo durante mucho tiempo, pero el patrón, un hombre polaco, tenía miedo de alquilarlo. Sin embargo, nada le sucedió a Gilman hasta que tuvo un episodio de fiebre. Ninguna espectral Keziah vagó por los sombríos pasillos ni por las estancias, ninguna cosa pequeña y peluda entró en el tétrico dormitorio para pasear su hocico por Gilman, ni él halló rastros de los hechizos de la bruja a pesar de lo mucho que los buscó. En ocasiones se paseaba por el oscuro laberinto de callejuelas de tierra batida que olían a moho, donde las misteriosas casas de color pardo y edad indefinida se inclinaban, vacilaban y hacían muecas burlonas a través de sus ventanas de cristales pequeños. Sabía que antaño habían sucedido allí cosas

raras, y en el aire flotaba una vaga sugerencia de que tal vez no se había desvanecido todo lo perteneciente a aquel extraño pasado, al menos en las callejuelas más tenebrosas, angostas e intrincadas. En dos ocasiones también fue en barca hasta el maldito islote del río y trazó un mapa de los sorprendentes ángulos que describían las filas de piedras grises tapizadas por el musgo que allí había y cuyo origen era desconocido e inmemorial.

La habitación de Gilman era grande, pero su forma no era en cambio regular. La pared norte se inclinaba ostensiblemente hacia el interior y el techo, de escasa altura, bajaba suavemente en la misma dirección. Al margen de un boquete que correspondía sin duda a una madriguera de ratas y los rastros de otros agujeros ya tapados, no había entradas ni tampoco señales de que hubiese existido ninguna al espacio que debía abrirse entre el muro inclinado y la pared exterior recta de la fachada norte de la casa, si bien desde el exterior se veía una ventana que hacía ya mucho tiempo había sido tapiada. El desván sobre el techo, que seguramente tuvo el suelo inclinado, también era inaccesible. Cuando Gilman subió con una escalera a aquel lugar lleno de telarañas que estaba justo sobre su cuarto, halló vestigios de una antigua trampilla hermética, clausurada con antiguos tablones y asegurada con estacas de madera, habituales en la carpintería de la época colonial. No obstante y pese a sus insistentes ruegos, el casero no le permitió investigar lo que había detrás de aquellos dos espacios cerrados.

Conforme transcurría el tiempo, su interés por la pared y el techo de su cuarto aumentó, pues empezó a ver en los caprichosos ángulos de la construcción un sentido matemático que parecía ofrecer oscuros indicios a su objetivo. La vieja hechicera podía haber tenido buenos motivos para ocupar una estancia de extraños ángulos. ¿No aseguraba ella que había traspasado a través de ciertos ángulos los límites del mundo espacial conocido? Su interés se desvió poco a poco de los espacios vacíos situados hacia otro lado de las paredes inclinadas, pues ahora parecía que el propósito de aquellas superficies correspondía al lado en el cual se hallaba él.

A principios de febrero dieron inicio la fiebre y los sueños. Parece que los caprichosos ángulos del cuarto de Gilman tuvieron durante algún tiempo un extraño efecto casi hipnótico sobre él. Conforme avanzaba el sombrío

invierno, se encontró observando cada vez con más intensidad el rincón donde el techo descendente se unía a la pared inclinada. Por aquel entonces, le preocupó seriamente su incapacidad para centrarse en sus estudios y comenzó a temer por las notas de los exámenes parciales. Le molestaba además el agudo sentido del oído que había desarrollado. La vida era para él ahora una eterna y casi insoportable cacofonía, y tenía la continua y amedrentadora impresión de que percibía otros sonidos quizá procedentes de regiones situadas más allá de la vida, que tremolaban al borde de la percepción. En cuanto a ruidos concretos, los peores eran los de las ratas en los antiguos tabiques. En ocasiones parecía que rascaban no solo furtivamente, sino con deliberación. Cuando el sonido procedía de más allá de la pared inclinada del norte, se mezclaba con una especie de castañeteo seco; sin embargo, cuando procedía del desván sobre el techo inclinado, cerrado hacía ya más de cien años, Gilman se preparaba siempre para lo peor, como si aguardase algo horrendo que estuviese esperando a que llegase su momento antes de bajar para liquidarlo.

Los sueños sobrepasaban los límites de la cordura. Gilman creía que eran el resultado de sus estudios de matemáticas, unidos a sus lecturas sobre leyendas populares. Había pensado demasiado en las confusas regiones que, según sus fórmulas, debía haber más allá de las tres dimensiones conocidas, y en la posibilidad de que la anciana Keziah Mason, guiada por una influencia que no se podía inferir, hubiese dado con la puerta de entrada a esas regiones. Los amarillentos legajos del juzgado del distrito que recogían el testimonio de aquella anciana y el de sus acusadores sugerían con aire terrible cosas más allá del alcance de la experiencia humana. Además, las descripciones del furioso y pequeño objeto peludo que le servía de demonio familiar eran desagradablemente realistas, y eso que no eran asombrosamente pormenorizadas.

Aquella criatura, no más mayor que una rata de gran tamaño y a la que los habitantes del pueblo llamaban caprichosamente «Brown Jenkin», parecía haber constituido un conocido caso de sugestión colectiva, ya que al menos doce personas aseguraron haberlo visto en 1692. Los rumores recientes sobre ese ser también coincidían de una sorprendente e incomprensible forma. Los testigos declaraban que tenía el pelaje largo y su

forma era la de una rata; sin embargo, la cara era diabólicamente humana a pesar de sus colmillos afilados y la barba, mientras que sus zarpas eran como manitas diminutas. Llevaba los recados de la bruja al diablo y se alimentaba chupándole la sangre a la hechicera como un vampiro. Su voz era una especie de odiosa risita y podía hablar cualquier lengua. De todas las aberraciones que Gilman veía en sus pesadillas ninguna le causaba tanto terror y asco como aquel híbrido ser, malévolo y diminuto, cuya imagen se le aparecía de una forma mil veces más detestable de lo que su mente en vigilia habría podido colegir por los viejos legajos y los rumores de la época actual.

Las pesadillas de Gilman en general eran sueños durante los cuales caía en infinitos abismos de un enigmático crepúsculo coloreado y donde reverberaban vagos sonidos; eran simas cuyas propiedades materiales y de gravedad ni siquiera podía concebir Gilman. En sus sueños no caminaba, pero tampoco trepaba, volaba nadaba o reptaba; no obstante, siempre experimentaba una sensación de movimiento que en parte era voluntaria y en parte no lo era. No podía emitir un juicio correcto sobre su propio estado, pues siempre le resultaba imposible verse los brazos, las piernas y el torso, que se hallaban desvanecidos por algún tipo de alteración de la perspectiva; aun así, notaba que su organización física y sus facultades se transmutaban por arte de magia y se proyectaban oblicuamente, si bien conservaban determinada relación grotesca con sus proporciones y propiedades normales.

Aquellos abismos no estaban vacíos, sino poblados de inexpresables masas con ángulos de una sustancia cuyo colorido era ajeno a este mundo; algunas de ellas parecían orgánicas y otras inorgánicas. Algunos de los objetos orgánicos tendían a despertar confusos recuerdos latentes, aunque era incapaz de formarse una idea consciente de lo que remedaban o sugerían con aire burlón. En los últimos sueños comenzó a discernir categorías independientes en las cuales se diría que los objetos se dividían y en cada caso suponían una especie radicalmente diferente de reglas de comportamiento y de motivación fundamental. De aquellas categorías, le pareció que una incluía objetos ligeramente menos ilógicos y descabellados en sus movimientos que los correspondientes a las otras.

Tanto los objetos orgánicos como los inorgánicos eran del todo indescriptibles e incluso incomprensibles. Gilman comparaba en ocasiones los inorgánicos con prismas, laberintos, conjuntos de cubos y planos, y ciclópeos edificios. Las cosas orgánicas le producían sensaciones variadas, de grupos de burbujas, pulpos, ciempiés, ídolos indios vivos e intrincados arabescos vivificados por una especie de animación ofidia. Todo lo que veía era amenazador y terrible de una forma que no podía describir. Si alguno de los entes orgánicos parecía por su manera de moverse haberse fijado en él, sentía un pavor tan cerval y horrible que por lo general se despertaba sobresaltado. En cuanto a la manera en que se movían los entes orgánicos, no podía decir mucho más que sobre cómo se movía él mismo. Con el transcurso del tiempo se percató de otro misterio: la tendencia de ciertos entes a aparecer de pronto desde el espacio vacío o a desaparecer con la misma rapidez. El desconcierto de gritos y rugidos que resonaba en los abismos se resistía a cualquier estudio en cuanto al tono, el timbre o la cadencia; sin embargo, parecía estar en sincronía con vagos cambios visuales de todos los objetos indefinidos, tanto los orgánicos como los inorgánicos. Gilman sentía el temor constante de que pudiese elevarse hasta un grado de intensidad insoportable durante alguna de sus fluctuaciones oscuras y despiadadas.

Pero no veía a Brown Jenkin en estas vorágines de total enajenación. Aquel execrable horror era propio de ciertos sueños más ligeros y reales que le asaltaban justo antes de quedarse profundamente dormido. Gilman permanecía tumbado en la oscuridad, tratando de mantenerse despierto, cuando una tenue claridad parecía relumbrar alrededor de la centenaria estancia, mostrando en un vapor violáceo la convergencia de los planos angulados que tan insidiosamente se habían adueñado de su mente. El horror parecía proceder del boquete de las ratas que se abría en el rincón, que avanzaba hacia él, deslizándose por las tablas del suelo alabeado, con un afán malvado en su diminuto rostro humano con barba. Sin embargo y por suerte, el sueño siempre se disipaba antes de que la aparición se le aproximase demasiado para tocarlo con el hocico. Tenía los colmillos diabólicamente largos, afilados y perrunos. Gilman intentaba taponar todos los días el boquete de las ratas, pero una noche tras otra los auténticos

habitantes de los tabiques roían el tapón, daba igual lo que pusiese. En cierta ocasión hizo que el casero clavase una pieza de hojalata sobre el boquete, pero a la noche siguiente las ratas ya habían abierto uno nuevo; además, al hacerlo, habían empujado o arrastrado un curioso fragmento de hueso.

Gilman no le habló de su fiebre al médico, ya que sabía que si lo ingresaban en la enfermería de la universidad no podría asistir a los exámenes, para cuyo estudio necesitaba todo su tiempo. No obstante, suspendió Cálculo diferencial y Psicología general superior, si bien aún le quedaba la esperanza de recuperar aquellas asignaturas antes de que terminase el curso. En el mes marzo, entró a formar parte de su sueño preliminar un nuevo elemento y la figura pesadillesca de Brown Jenkin empezó a ir acompañada por una sombra vaporosa que se fue pareciendo cada vez más a una anciana encorvada. Aquel nuevo elemento lo alteró mucho más de lo que podía explicar, pero finalmente decidió que era como una vieja con la que se había cruzado dos veces en el oscuro dédalo de callejuelas de los muelles abandonados. En tales ocasiones, la mirada ladina, mordaz y aparentemente injustificada de la vieja, casi le había hecho estremecer, sobre todo la primera vez, cuando una enorme rata atravesó la umbría entrada de un callejón vecino y le hizo pensar sin motivo racional en Brown Jenkin. Pensó entonces que aquellos temores nerviosos ahora estaban reflejándose en sus sueños desordenados.

No podía negar que el influjo de la vieja casa era pernicioso, pero los restos de su morboso interés lo retenían allí. Se dijo que las fantasías nocturnas no se debían más que a la fiebre, que cuando esta remitiese se libraría de las espantosas visiones. Sin embargo, las apariciones eran de un realismo tan absorbente que resultaban convincentes, pues al despertar siempre le quedaba una vaga sensación de haber vivido una buena parte de lo que recordaba. Albergaba la horrenda certidumbre de haber hablado en sueños olvidados con Brown Jenkin y con la hechicera, que ellos le habían conminado para que los acompañase a algún sitio para encontrarse con un tercer ser más poderoso que ellos.

Hacia finales de marzo comenzó a mejorar en matemáticas, si bien las demás asignaturas le resultaban cada vez más cargantes. Estaba adquiriendo

una habilidad intuitiva para resolver las ecuaciones riemannianas,[22] y dejó de una pieza al profesor Upham con su comprensión de la cuarta dimensión y de otros problemas que sus compañeros ignoraban. Una tarde se debatió la posible existencia de curvaturas al azar en el espacio y de puntos teóricos de aproximación, incluso de contacto, entre nuestra zona del cosmos y otras regiones diferentes tan alejadas como las estrellas más remotas o los propios vacíos entre galaxias, e incluso a distancias tan asombrosas como unidades cósmicas hipotéticamente concebibles más allá del continuo tiempo-espacio de Einsten. La forma en que Gilman abordó el tema dejó pasmado a todo el mundo, aunque algunas de sus ilustraciones hipotéticas fueron la causa de un aumento de las siempre abundantes habladurías sobre su irritable y solitaria extravagancia. Lo que hizo a los estudiantes mover la cabeza fue su teoría enunciada en términos más que sobrios de que alguien con conocimientos matemáticos más allá del alcance de la mente humana podría ir desde la Tierra hasta otro cuerpo astral que se hallase en alguno de los infinitos puntos del patrón cósmico.

Dijo que para eso, serían únicamente necesarias dos etapas: en primer lugar, salir de la esfera tridimensional que conocemos; en segundo lugar, volver a la esfera de las tres dimensiones en otro punto que quizá esté infinitamente lejos. Poder hacer esto sin perder la vida era en muchos casos concebible. Cualquier ser procedente de un lugar del espacio tridimensional probablemente podría sobrevivir en la cuarta dimensión; la supervivencia en la segunda etapa dependería de la parte foránea del espacio tridimensional escogida para volver a entrar. Los habitantes de algunos planetas podían vivir en otros, incluso en cuerpos celestes pertenecientes a otras galaxias o a fases dimensionales similares de otro continuo espacio-tiempo, si bien y como es natural debería existir un gran número de ellos mutuamente habitables, aunque fuesen cuerpos o zonas espaciales matemáticamente yuxtapuestos.

También era posible que los habitantes de una determinada zona dimensional pudieran soportar la entrada en muchos lugares desconocidos e incomprensibles de dimensiones más numerosas, o multiplicadas de manera indefinida, de dentro o de fuera del continuo tiempo-espacio dado, y también podría darse lo opuesto. Aquello era una conjetura, aunque se

podía tener la certeza casi absoluta de que el tipo de mutación que implicaría pasar de un plano dimensional concreto al inmediatamente superior no destruiría la integridad biológica en los términos que la entendemos nosotros. Gilman no podía explicar con demasiada claridad los motivos que tenía para expresar esta última suposición, pero su indefinición en este punto quedaba compensada de sobra por su claridad cuando trataba otros temas muy complejos. Al profesor Upham le produjo un especial placer su demostración de la relación existente entre las matemáticas superiores y determinadas fases de la magia transmitidas durante miles de años desde tiempos de una indescriptible antigüedad, humanos o prehumanos, cuando los conocimientos sobre el cosmos y sus leyes eran mucho mayores.

Sobre el 1 de abril, Gilman estaba muy preocupado porque la fiebre no remitía. También le preocupaba lo que sus compañeros de pensión decían de su sonambulismo. Según parecía se levantaba a menudo de la cama, y los crujidos de las tablas del suelo de su habitación a ciertas horas de la noche despertaron en más de una ocasión al huésped de la habitación que estaba debajo. Aquel huésped también habló del ruido de zapatos durante la noche; sin embargo, Gilman estaba seguro de que se equivocaba en aquello, pues sus zapatos y el resto de su ropa estaban siempre colocados en su sitio por la mañana. En aquella vieja y deteriorada edificación podían experimentarse las más absurdas sensaciones. Y es que, ¿no estaba acaso seguro el propio Gilman de oír, en pleno día, algunos ruidos, al margen del que hacían las ratas al arañar, procedentes de las oscuras bóvedas situadas más allá del tabique inclinado y del techo descendente? Sus oídos, con una sensibilidad enfermiza, comenzaron a captar leves pasos en el desván, clausurado desde tiempos inmemoriales, justo encima de su habitación, y en ocasiones la ilusión de tales pasos era de un realismo angustioso.

Lo que sí sabía es que su sonambulismo era real, pues dos noches habían encontrado su habitación vacía y con toda la ropa colocada en su sitio. Se lo había asegurado Frank Elwood, un compañero de estudios cuyos escasos medios lo habían obligado a hospedarse en aquella miserable casa tan impopular en toda la ciudad. Elwood había estado estudiando hasta muy entrada la noche, subió al cuarto de Gilman para que le ayudase a resolver

una ecuación diferencial y se encontró con que no estaba allí. Había sido un tanto osado de su parte abrir la puerta, que no tenía echada la llave, después de tocar y no recibir respuesta. Pero necesitaba ayuda y creyó que a Gilman no le importaría mucho si lo despertaba sin brusquedad. Sin embargo, Gilman no estaba allí. No estuvo ninguna de las dos veces. Cuando Elwood le contó lo que había ocurrido se preguntó por dónde podía haber estado deambulando, descalzo y nada más que con la ropa de dormir. Gilman decidió entonces investigar aquello si se repetían las noticias sobre sus paseos sonámbulos, y se le ocurrió la idea de esparcir harina sobre el suelo del pasillo para averiguar hacia dónde iban sus pisadas. No había más salida concebible que la puerta, ya que el ventanuco daba al vacío.

A mediados del mes de abril, llegaron a los oídos estimulados por la fiebre de Gilman los lastimeros rezos de un hombre supersticioso que reparaba telares. Se llamaba Joe Mazurewicz y su cuarto estaba en la planta baja. Mazurewicz había contado ridículas historias sobre el fantasma de la vieja Keziah y de aquella criatura husmeante, peluda y de afilados colmillos. Aseguraba que a veces lo perseguían de tal forma que solo su crucifijo de plata —que le había regalado el padre Iwanicki, de la iglesia de San Estanislao, con ese propósito— podía proporcionarle cierto alivio. Ahora rezaba porque se acercaba el Sabbat[23] de las brujas. La víspera del uno de mayo era la Noche de Walpurgis, cuando los espíritus infernales se paseaban por la tierra y todos los esclavos de Satanás se reunían para entregarse a indescriptibles ritos y actos. Siempre era una mala fecha en Arkham, aunque la gente pudiente de Miskatonic Avenue y de las calles High y Saltonstall fingía no saber nada de aquello. Sucederían cosas desagradables, y probablemente uno o dos niños desaparecerían. Joe sabía de estas cosas porque su abuela, en su país de origen, se lo había oído decir a la suya. Lo más prudente era rezar el rosario durante aquel período. Hacía ya tres meses que ni Keziah ni Brown Jenkin se habían acercado al cuarto de Joe, ni al de Paul Choynski, ni a ningún otro sitio, lo cual era una mala señal. Debían estar tramando alguna maldad…

El día 16, Gilman acudió a la consulta del médico y le sorprendió que su temperatura no fuese tan alta como se había temido. El médico le preguntó a fondo y le aconsejó que acudiese a un especialista de los nervios. Gilman

se alegró de no haber consultado al médico de la Universidad, pues era un hombre más preguntón. El viejo Waldron, que con anterioridad le había limitado el trabajo, le habría obligado a tomarse un descanso, cosa que ahora era imposible porque estaba a punto de lograr grandes resultados con sus ecuaciones. No cabía duda de que se hallaba cerca de la frontera entre el universo conocido y la cuarta dimensión, sin que nadie fuese capaz de predecir hasta dónde podría llegar.

En ocasiones se preguntaba el porqué de aquella extraña confianza, incluso cuando pensaba así. ¿Procedía este peligroso sentido de inminencia de las fórmulas con las que llenaba tantos papeles un día tras otro? Los pasos apagados, furtivos e imaginarios del desván cerrado lo turbaban. Además, ahora tenía la sensación creciente de que alguien quería persuadirlo en todo momento de que hiciese algo espantoso que no podía hacer. Y ¿el sonambulismo? ¿A dónde iba algunas noches? ¿Qué era esa leve sugerencia de sonido que en ocasiones parecía vibrar a través del barullo de rumores identificables, incluso a plena luz del día cuando no dormía? Su cadencia no era como nada terreno, salvo el compás de uno o dos cantos de aquelarre innombrables, y a veces se temía que en realidad fuesen ciertos atributos de los confusos gritos o rugidos oídos en aquellos abismos totalmente extraños con los que soñaba.

Mientras, los sueños iban haciéndose crueles. En la primera etapa, la malvada anciana se le aparecía con claridad. Gilman supo que era la que lo había atemorizado en las barriadas miserables. La espalda encorvada, la nariz ganchuda y la barbilla surcada de arrugas eran inconfundibles, y su atuendo pardo y deforme era el que recordaba. El rostro de la vieja mostraba una expresión de terrible odio y regocijo. Cuando Gilman despertaba podía recordar una voz cascada que convencía y amenazaba. Gilman tenía que conocer al Hombre Negro y acompañarlos al trono de Azathoth,[24] en el centro justo del caos esencial. Esto decía la hechicera. Tendría que firmar en el libro de Azathoth con su propia sangre y escoger un nuevo nombre secreto ahora que había llegado tan lejos con sus investigaciones independientes. Lo que le impedía acompañarlos a ella, a Brown Jenkin y al otro hasta el trono del caos, en torno al cual suenan con descuido las agudas flautas, era que había visto el nombre de «Azathoth» en

el *Necronomicón*, y que sabía que se correspondía con un mal primigenio demasiado espantoso como para ser descrito.

La anciana se materializaba siempre cerca del rincón donde se juntaban el tabique inclinado y el techo descendente. Parecía cristalizarse en un lugar más cercano al techo que al suelo, y cada noche se iba aproximando un poquito más y era más visible antes de que se despertase del sueño. Brown Jenkin también estaba un poco más próximo del fin, y sus colmillos amarillentos refulgían odiosamente en la fosforescencia sobrenatural de color violáceo. Su repugnante risita aguda resonaba siempre en la cabeza de Gilman, y por la mañana recordaba que había pronunciado las palabras «Azathoth» y «Nyarlathotep».[25]

Cuanto más profundos eran los sueños, más visibles eran también todas las cosas. Gilman tenía la impresión de que las simas en penumbra crepuscular que lo rodeaban eran las de la cuarta dimensión. Los entes orgánicos, cuyos movimientos no parecían tener congruencia alguna ni causa, probablemente fuesen proyecciones de formas vitales provenientes de nuestro propio planeta, incluidos los seres humanos. No se atrevía a pensar lo que pudiesen ser los otros en su propia esfera o esferas dimensionales. Dos de las cosas movedizas menos incoherentes —un grupo bastante grande de alargadas burbujas esferoides e iridiscentes, y un poliedro mucho más pequeño de colores desconocidos y ángulos formados por superficies que cambiaban rápidamente— parecían observarlo e ir tras él de aquí para allá o flotar delante de él según cambiaba de posición entre enormes prismas, laberintos, racimos de cubos y planos, y formas que eran casi edificios. Mientras tanto y en todo momento, los gritos y los rugidos se tornaban cada vez más estentóreos, como si con ellos se aproximase un monstruoso culmen de insoportable intensidad.

La noche del 19 al 20 de abril ocurrió algo nuevo. Gilman estaba moviéndose medio involuntariamente por las simas en penumbra, con la masa burbujeante y el pequeño poliedro flotando delante de él, cuando vio que los bordes de unos enormes grupos de prismas vecinos formaban ángulos de extraña regularidad. Unos segundos más tarde se hallaba fuera del abismo. Estaba tembloroso, de pie sobre una ladera rocosa bañada por una fuerte y difusa luz verde. Estaba descalzo, con la ropa de dormir, y

cuando quiso caminar descubrió que apenas podía levantar los pies. Un torbellino de vapor lo velaba todo menos la pendiente cercana, y se estremeció al pensar en los sonidos que podían salir de aquel vapor.

Entonces fue cuando vislumbró dos formas que se aproximaban a él arrastrándose trabajosamente: la vieja y la pequeña cosa peluda. La hechicera se puso de rodillas con gran esfuerzo y logró cruzar los brazos de una manera muy singular, mientras que Brown Jenkin señalaba en cierta dirección con una zarpa espantosamente antropoide que levantó con signos de evidente dificultad. Impulsado por un movimiento que escapaba a su voluntad, Gilman se arrastró hacia el punto que señalaba el ángulo formado por los brazos de la hechicera y la garrita del diabólico engendro, pero aún no había dado tres pasos arrastrando los pies cuando se vio de nuevo en las tenebrosas simas. A su alrededor rebullían formas geométricas y cayó. Lo hizo de una forma vertiginosa y sin fin para acabar despertando en su cama, en la buhardilla absurdamente inclinada de la vieja casa embrujada.

Por la mañana sintió que estaba sin fuerzas para nada y no asistió a ninguna clase. Alguna fuerza desconocida atraía su vista como un imán en una dirección al parecer incongruente, ya que no podía dejar de mirar fijamente un punto vacío del suelo. A medida que transcurría el día, su mirada perdida cambió de situación. Al mediodía había dominado el impulso de mirar el vacío. Sobre las dos de la tarde salió a comer y, mientras recorría las callejuelas de la ciudad, se dio cuenta de que siempre giraba hacia el sudeste. Se detuvo haciendo un gran esfuerzo en una cafetería de Church Street y sintió el extraño impulso con más intensidad después del almuerzo.

Al final tendría que consultar a un especialista de los nervios, pues es posible que aquello guardase relación con su sonambulismo, pero entretanto al menos podría tratar de romper por sí solo el morboso sortilegio. Sin duda, aún era capaz de resistir el misterioso impulso, así que se dirigió intencionadamente y con toda su resolución hacia el norte por Garrison Street. Al llegar al puente que cruza el Miskatonic estaba bañado en un sudor frío. Se aferró entonces a la barandilla de hierro mientras contemplaba el malhadado islote, cuyas hilera regulares de antiguas piedras puestas de pie parecían meditar sombríamente bajo el sol vespertino.

En ese mismo instante algo le sobresaltó. Había un ser vivo claramente visible en el islote deshabitado. Al mirar de nuevo se percató de que era la extraña vieja cuyo siniestro aspecto tanta impresión le había causado en sus sueños. Las altas hierbas cerca de ella también se movían, como si otro ser vivo se arrastrase por el suelo. Cuando la vieja comenzó a girarse hacia él, Gilman huyó corriendo del puente y buscó refugio en el laberinto de callejuelas del muelle. Aunque el islote estaba lejos, sintió que de la cáustica mirada de aquella figura encorvada y vieja vestida de marrón podía brotar un monstruoso e invencible maleficio.

La atracción hacia el sudeste continuaba. Gilman tuvo que esforzarse mucho para arrastrarse hasta la vieja casa y subir las desvencijadas escaleras. Pasó varias horas sentado, en silencio y enajenado, mientras su mirada poco a poco se iba volviendo hacia poniente. Sobre las seis de la tarde, su agudo oído percibió las dolientes plegarias de Joe Mazurewicz dos pisos más abajo. Desesperado, agarró el sombrero y salió a la calle dorada bajo la luz del atardecer, dejando que el impulso que lo inducía a ir hacia el sudeste lo guiase a donde gustase. Una hora después la oscuridad lo encontró en los campos abiertos que se extendían más allá de Hangman's Brook, mientras sobre su cabeza titilaban las estrellas primaverales. El fuerte impulso de caminar se estaba transformando poco a poco en ansia por lanzarse místicamente al espacio; entonces, de pronto, supo de dónde provenía aquella fuerte atracción.

Era del cielo. Un punto definido entre las estrellas lo dominaba y lo llamaba. Según parecía era un punto situado en el espacio que media entre las constelaciones de Hidra y Argo Navis. Entonces comprendió que se había sentido impulsado hacia allí desde que despertó poco después de amanecer. Por la mañana había estado debajo, ahora se hallaba casi hacia el sur, pero deslizándose hacia el oeste. ¿Qué significaba esta novedad? ¿Estaba enloqueciendo? ¿Cuánto duraría? Más firme en su resolución, dio la vuelta y enfiló una vez más hacia la siniestra casa.

Mazurewicz lo esperaba en la puerta. Parecía ansioso y a la vez reacio a susurrarle alguna nueva historia supersticiosa. Se trataba de la luz maléfica. Joe había participado en los festejos de la víspera —el Día del Patriota en Massachusetts—[26]y había vuelto a casa después de medianoche. Al mirar

arriba desde fuera, creyó al principio que la ventana de Gilman estaba a oscuras, pero entonces vio un débil resplandor de color violáceo en el interior. Quería advertirle sobre aquello, pues en Arkham todos sabían que era el halo embrujado que rodeaba a Brown Jenkin y al fantasma de la bruja. No se lo había mencionado antes, pero ahora tenía que decírselo, ya que significaba que Keziah y su familiar de largos colmillos iban detrás del joven. En ocasiones Paul Choynski, Dombrowski, el casero, y él mismo habían creído ver el resplandor filtrándose entre las rendijas del desván clausurado que estaba sobre la habitación que ocupaba Gilman, pero los tres habían acordado no mencionarlo. Así pues, más le valdría al señor buscarse un cuarto en algún otro sitio y pedir un crucifijo a un buen sacerdote como el padre Iwanicki.

Mientras charlaba el buen hombre, Gilman sintió cómo un terror nuevo se le agarraba a la garganta. Sabía que Joe debía estar tan borracho como una cuba cuando volvió a casa la noche anterior, pero la mención de una luz violácea en la ventana de la buhardilla sí que tenía una horrenda importancia. Esa clase de luz era la que siempre envolvía a la vieja y la pequeña cosa peluda en los sueños más leves y claros, previos a su hundimiento en ignotas simas, y la idea de que alguien despierto pudiese ver la soñada luminosidad le parecía inconcebible. Pero ¿de dónde había sacado aquel hombre semejante idea? ¿Es que no se había limitado él a deambular sonámbulo por la casa, sino que también había hablado? No, Joe le dijo que no. Pero tendría que averiguarlo. A lo mejor Frank Elwood podría decirle algo, aunque no le gustaba en absoluto preguntarle.

Fiebre… sueños delirantes…, sonambulismo…, alucinaciones de ruidos… atracción hacia un punto del cielo… y ahora la sospecha de que estando dormido decía las cosas que diría un demente… Tenía que dejar de estudiar, acudir a consultar a un psiquiatra y tratar de dominarse. Cuando llegó al segundo piso se paró ante la puerta de Elwood, pero vio que el otro estudiante había salido. Continuó subiendo de mal grado hasta su cuarto y allí se sentó a oscuras. Su mirada continuaba siendo atraída hacia el sur, pero también se vio aguzando el oído para captar algún sonido en el desván cerrado de arriba, medio imaginando que una maligna luz violácea se colaba a través de una rendija diminuta del techo inclinado y bajo.

Aquella noche, mientras Gilman dormía, la luminosidad violácea cayó sobre él con una intensidad insospechada. La hechicera y la pequeña cosa peluda se acercaron más que nunca a él y se rieron con agudos chillidos inhumanos y muecas diabólicas. A Gilman le alegró sumirse en las simas crepusculares, aunque la persecución del grupo de burbujas iridiscentes y del poliedro pequeño y caleidoscópico era amenazadora e irritante. Después se produjo un cambio, cuando grandes superficies convergentes de una sustancia de aspecto escurridizo surgieron encima y debajo de él. Aquel cambio terminó con una llamarada de delirio y un fulgor de luz desconocida y extraña, en la cual se mezclaban de una forma demencial e inextricable los tonos amarillos, el carmesí y el índigo.

Estaba medio tumbado en una alta azotea con una fantástica balaustrada, desde donde se dominaba una selva interminable de exóticos y asombrosos picos, superficies planas equilibradas, cúpulas, minaretes, discos horizontales en equilibrio sobre pináculos y un sinfín de formas aún más locas, algunas de piedra, otras metálicas, que lucían con esplendor en medio de la compuesta y casi cegadora luz que derramaba un cielo polícromo sobre todo aquello. Al dirigir la mirada hacia arriba, vio tres prodigiosos discos ígneos, todos ellos de distinto color y situados a distinta altura sobre un horizonte curvo, infinitamente lejano, de montes bajos. Detrás se alzaban filas de terrazas más altas hasta donde la vista alcanzaba. La ciudad se extendía a sus pies hasta perderse de vista. Gilman deseó que no brotase de ella ningún sonido.

El piso del cual se levantó sin dificultad era de una piedra veteada y pulida que no pudo identificar. Las baldosas estaban cortadas con formas tan irregulares que, más que asimétricas, le pareció que estaban basadas en alguna simetría irracional cuyas leyes no era capaz de comprender. La balaustrada le llegaba al pecho y su forja era un trabajo exquisito y cuidadoso. A lo largo de aquella barandilla se intercalaban, de vez en cuando, figuritas de diseño grotesco y delicada talla. Las figuras y la balaustrada parecían hechas de un metal brillante, cuyo color era imposible de determinar en la confusión de fulgores entremezclados y cuya naturaleza contradecía cualquier conjetura. Representaban un objeto acanalado con forma de tonel y finos brazos horizontales que salían como radios de una

rueda de un anillo central y con prominencias o bulbos que partían de la cabeza y de la base. Cada uno de estos bultos era el eje de un grupo de cinco brazos, largos, planos, terminados en triángulos y dispuestos en torno al eje, igual que los brazos de una estrella de mar, casi horizontales, pero levemente curvados desde el barril central. La base del abultamiento inferior se fundía en la larga barandilla con un punto de contacto tan fino que varias figuras se habían partido y desprendido. Estas medirían unas cuatro pulgadas y media de altura, y los brazos tendrían un diámetro de unas dos pulgadas y media como máximo.

Cuando Gilman se levantó, las losas le transmitieron sensación de calor a los pies. Estaba completamente solo, así que lo primero que hizo fue arrimarse a la balaustrada y contemplar con vértigo la gigantesca ciudad sin límites que se extendía a unos dos mil pies por debajo de la terraza. Mientras escuchaba, le pareció que desde las angostas calles de abajo ascendía una acompasada confusión de débiles sonidos musicales que recorrían una amplia escala diatónica, y deseó ser capaz de ver a los lugareños. Pasado un rato se le nubló la vista, y habría caído al suelo si no se hubiese agarrado maquinalmente a la refulgente balaustrada. Su mano derecha alcanzó una de las figuras que sobresalían y su contacto pareció infundirle cierta fortaleza. Sin embargo, la presión fue demasiado intensa para la exótica delicadeza de aquel objeto metálico y la figura erizada se le quebró en la mano. Todavía medio mareado, continuó presionándola mientras con la otra mano se aferraba a un espacio vacío que se abría en la balaustrada lisa.

Sin embargo, en aquel momento sus oídos hipersensibles captaron algo a sus espaldas. Gilman giró la cabeza y miró a través de la terraza horizontal. Vio a cinco figuras aproximarse en silencio, aunque sus movimientos no eran furtivos. Dos de ellas eran la siniestra vieja y el animalucho peludo y de afilados colmillos. Las otras tres figuras fueron las que lo dejaron inconsciente, ya que eran representaciones vivas, de unos ocho pies de altura, de las figuras de la balaustrada, que avanzaban con las vibraciones de los brazos inferiores de estrella de mar, que agitaban como las arañas cuando mueven las patas…

Gilman despertó en su cama, empapado en un sudor frío, con la sensación de que le escocían la cara, las manos y los pies. Tras saltar al suelo, se lavó y se vistió con una rapidez frenética, como si tuviese que salir de la casa como fuese y lo antes posible. No sabía adónde quería ir, pero supo que tendría que volver a sacrificar las clases. La extraña atracción hacia aquel punto situado entre las constelaciones de Hidra y el Argo Navis no era ya tan intensa, pero otra fuerza aún más poderosa la había sustituido. Ahora sentía que debía dirigirse hacia el norte, siempre hacia el norte. Experimentó una sensación de miedo ante la idea de cruzar el puente desde donde se veía el islote en medio del río Miskatonic, así que se encaminó al puente de Peabody Avenue. Tropezaba con frecuencia, pues sus ojos y oídos seguían encadenados a un punto muy alto del vacuo cielo azul.

Tras casi una hora, logró un mayor dominio de sí mismo y vio que se había alejado mucho de la ciudad. Cuanto le rodeaba tenía la estéril tristeza de las salinas, y el estrecho camino que continuaba delante de él se dirigía a Innsmouth,[27] ese antiguo pueblo abandonado que curiosamente la gente de Arkham estaba poco dispuesta a visitar. Aunque no hubiese disminuido la atracción hacia el norte, la resistió como había hecho con la otra. Finalmente terminó descubriendo que casi podía compensar una con otra. Volvió a la ciudad y, tras tomarse una taza de café en un bar, se arrastró hasta la biblioteca pública y allí estuvo hojeando una serie de revistas amenas sin fijarse en ninguna en concreto. Unos amigos vieron lo quemado que estaba por el sol, pero Gilman no les mencionó su paseo. A las tres comió algo en un restaurante y notó que la atracción se había atenuado o se había dividido. Fue a un cine barato a matar el tiempo, y vio varias veces la misma película sin prestar la más mínima atención.

Sobre las nueve de la noche regresó a casa y entró lentamente en ella. Joe Mazurewicz estaba allí, musitando sus oraciones, y Gilman subió deprisa a su buhardilla sin detenerse a ver si Elwood estaba o no en casa. Entonces, al encender la débil luz, vino la sorpresa. Vio de inmediato que sobre el escritorio había algo que no debería estar allí; un segundo vistazo disipó cualquier duda. Tumbada sobre un costado, pues no podía mantenerse de pie, estaba la figurita exótica y erizada que había arrancado de la fantástica balaustrada durante su monstruoso sueño. No le faltaba

detalle alguno. El centro abombado en forma de tonel, los brazos delgados en forma de radios, los bulbos en los dos extremos y los finos brazos de estrella de mar, levemente curvados hacia fuera, que sobresalían de aquellas prominencias; todo estaba allí. A la luz de la bombilla, el color se asemejaba a una especie de gris iridiscente con vetas verdes. Sumido en su horror y su asombro, Gilman pudo ver que uno de los bultos terminaba en un borde irregular y mellado que se correspondía con el punto donde se unía con la balaustrada soñada.

Si no gritó fue porque estaba próximo al estupor. Aquella fusión de sueño y realidad no era soportable. Aturdido, tomó el extraño objeto y bajó tambaleándose a la habitación de Dombrowski, el casero. Las afligidas rogativas del supersticioso Mazurewicz aún se oían en los húmedos pasillos, pero a Gilman no le importaban un comino. Dombrowski estaba en casa y lo recibió con amabilidad. No, nunca había visto aquel objeto y ni sabía nada de aquello. Pero su mujer le había dicho que había visto una cosa rara de hojalata en una de las camas cuando estuvo limpiando al mediodía, que a lo mejor sería aquello. Dombrowski llamó a su mujer, que entró contoneándose como un pato. Sí, eso era. Lo había encontrado en la cama del señor, en el lado más pegado a la pared. Le había parecido raro, pero, bueno, el señor tenía tantas cosas raras en su cuarto: libros, objetos curiosos, cuadros… Desde luego, ella no sabía nada de aquella figurita.

Así pues, Gilman volvió a subir las escaleras. Estaba más atónito que nunca, convencido de que aún soñaba o de que su sonambulismo lo había llevado a extremos demenciales y a robar en lugares desconocidos. ¿Dónde habría recogido aquel curioso objeto? No recordaba haberlo visto en ningún museo de Arkham… pero de algún sitio habría tenido que salir, claro está. Verlo mientras se lo llevaba en sueños debía haber sido la causa de la escena de la terraza con la balaustrada. Al día siguiente haría algunas discretas indagaciones, y también acudiría a consultar al especialista en enfermedades nerviosas.

Mientras tanto, intentaría vigilar su sonambulismo. Al ir al piso de arriba y cruzar el pasillo de la buhardilla, esparció en el suelo un poco de harina que había pedido al casero tras explicarle sin rodeos para qué la quería. Entró en su habitación, puso el objeto erizado sobre el escritorio y se

tumbó en la cama, tan exhausto mental y físicamente que ni se detuvo a desvestirse. Desde el cerrado desván le llegó el amortiguado ruido de uñas y pasos de patitas muy pequeñas, pero se encontraba demasiado agotado para preocuparse de nada de ello. Aquella enigmática atracción hacia el norte volvía a ser fuerte una vez más, pero ahora parecía proceder de un punto mucho más cercano del cielo.

Con la cegadora luz violácea del sueño se presentaron nuevamente la vieja y la pequeña criatura peluda de afilados colmillos, en esta ocasión con mayor claridad que nunca antes. Esta vez llegaron hasta él. Gilman sintió cómo las garras secas de la bruja lo asían. También sintió que lo sacaban con violencia de la cama y lo llevaban al espacio vacío. Durante un instante oyó los rugidos rítmicos y vio el amorfo crepúsculo de las difusas simas que bullían a su alrededor. Pero el momento fue breve, pues de inmediato se vio en un recinto pequeño y abandonado, limitado por vigas y tablones bastos que se elevaban para unirse en ángulo sobre su cabeza y formaban un curioso declive bajo sus pies. Sobre el suelo había cajones planos y atestados de libros muy antiguos en distintos estados de conservación; en el centro había un pupitre y un banco, atornillados al suelo según parecía. Sobre los cajones había una serie de objetos pequeños de formas y para usos desconocidos. Bajo la brillante luz violácea Gilman creyó ver una copia de la figura erizada que tanto le había intrigado. A la izquierda, el suelo descendía bruscamente, dejando un hueco negro y triangular por donde surgió, tras un instante haciendo secos ruidos, la abominable criatura peluda de colmillos amarillentos y rostro humano con barba.

La bruja aún lo tenía agarrado y hacía una espantosa mueca. Al otro lado del pupitre estaba de pie una figura que Gilman jamás había visto: un hombre alto y flaco de negrísima piel, aunque sin ningún rasgo negroide en las facciones. Carecía de cabello o barba y su única vestimenta consistía en una túnica sin forma definida de una tupida tela negra. No se le veían los pies porque los cubrían el pupitre y el banco, pero debía ir calzado, pues se oía un ruido como de zapatos cuando se movía. No hablaba y su rostro carecía de expresión. Solo señaló un libro de colosal tamaño, abierto sobre el pupitre, mientras que la bruja le ponía a Gilman en la mano derecha una enorme pluma de ave de color gris. Se respiraba una atmósfera de miedo

pavoroso, que llegó a la culminación cuando la criatura peluda fue trepando hasta el hombro de Gilman, aferrándose a su ropa, bajó por su brazo izquierdo y finalmente le clavó los colmillos en la muñeca, exactamente por debajo del puño de la camisa. Gilman se desmayó cuando manó la sangre.

Se despertó el día 22. Le dolía la muñeca izquierda y vio que el puño de la camisa tenía una mancha de sangre reseca. Sus recuerdos eran muy vagos, pero la escena del hombre negro en el espacio desconocido se mantenía indeleble en su memoria. Supuso que las ratas le habrían mordido mientras dormía y aquello había provocado el desenlace de la pesadilla. Abrió la puerta y vio que la harina esparcida sobre el suelo del pasillo estaba intacta, a excepción de las pisadas del hombre que se hospedaba en el extremo opuesto de la buhardilla. Así que esta vez no había caminado sonámbulo. No obstante, tenía que hacer algo para acabar con las ratas. Hablaría con el dueño. Trató de tapar de nuevo el boquete de la zona baja de la pared inclinada. Para ello introdujo a presión una vela que parecía ser del tamaño adecuado. Los oídos le zumbaban de una forma espantosa, como con el eco de algún horrible ruido captado en sueños.

Mientras se aseaba y se mudaba la ropa, intentó recordar lo que había soñado después de la escena que vio en el espacio iluminado de violeta, pero en su mente no se concretó nada en especial. La escena debía haber correspondido al desván cerrado que estaba encima y que con tanta violencia había comenzado a obsesionarle; sin embargo, las impresiones posteriores eran débiles y confusas. Notó señales de simas confusas sumidas en una luz crepuscular, y de otras aún más grandes y oscuras que estaban más allá, simas que carecían de sugerencias fijas. Lo habían llevado allí los grupos de burbujas y el pequeño poliedro que siempre se le escapaba; pero ellos, como él mismo, habían terminado convertidos en jirones de niebla en aquel posterior vacío de tinieblas definitivas. Algo lo había precedido, un jirón mayor que en ocasiones se condensaba y adquiría una forma confusa. Gilman pensó que no había avanzado en línea recta, sino más bien a lo largo de las curvas y espirales de algún remolino incorpóreo que respondía a leyes que no conocían la física ni las matemáticas de cualquier cosmos concebible. Finalmente se produjo una insinuación de gigantescas sombras que saltaban, de una monstruosa

pulsación semiacústica y del tañido monótono de flautas invisibles; pero eso fue todo. Gilman llegó a la conclusión de que esto último era fruto de lo que había leído en el *Necronomicón* sobre la insensata entidad, Azathoth, que reina sobre el tiempo y el espacio desde un negro trono situado en el centro del caos.

Cuando Gilman se limpió la sangre de la muñeca, vio que la herida era muy superficial y sintió curiosidad por la situación de dos pinchazos minúsculos. Comprobó que no había sangre en las sábanas donde había estado acostado, algo muy extraño si se tenía en cuenta la gran cantidad que manchaba su piel y el puño de la camisa. ¿Habría estado caminando sonámbulo por el cuarto y la rata le había mordido mientras se hallaba sentado en una silla o quieto en alguna postura poco lógica? Miró bien por todos los rincones en busca de manchas de sangre, pero no halló ni una sola. Pensó que tendría que esparcir harina en su cuarto además de en el pasillo, aunque, con todo, ya no le hacían falta más pruebas de su sonambulismo. Sabía que caminaba dormido y debía curarse. Tendría que pedirle ayuda a Frank Elwood. Aquella mañana, los extraños impulsos procedentes del espacio no parecían tan fuertes, aunque los sustituyó otra sensación todavía más inexplicable. Era un impulso vago y constante de escapar de su actual estado, pero no había ninguna sugerencia sobre la dirección concreta en que deseaba huir. Cuando tomó la extraña figurita que estaba sobre la mesa, le pareció que la antigua atracción del norte perdía intensidad; sin embargo, aun así, era dominada por la nueva y asombrosa necesidad.

Llevó la figurita erizada a la habitación de Elwood mientras intentaba no escuchar las afligidas plegarias del reparador de telares, que llegaban desde la planta baja. Gracias a Dios, Elwood estaba allí y se movía por su cuarto según parecía. Tendrían tiempo para charlar un rato antes de ir a desayunar e ir a la facultad. Gilman le relató del tirón sus recientes sueños y temores. Su amigo se mostró muy comprensivo y estuvo de acuerdo en que era necesario hacer algo. Le impresionó el aspecto enfermizo de su compañero y se dio cuenta de que estaba muy quemado por el sol, al igual que lo habían notado la semana anterior otras personas. Aun así, poco pudo decirle. No había visto a Gilman andar sonámbulo, y no tenía ni idea de qué

podía ser la extraña imagen. Sin embargo, había oído al franco-canadiense que se hospedaba debajo de Gilman charlar con Mazurewicz una noche. Hablaban del temor que les inspiraba la inminente Noche de Walpurgis, para la que faltaban nada más que unos cuantos días, y cambiaban comentarios compasivos sobre el pobre y predestinado Gilman. Desrochers había hablado de los pasos de pies calzados y descalzos que resonaban por la noche en el techo de su habitación, que estaba debajo del cuarto de Gilman. También habló de la luz violácea que había visto una noche que había subido para fisgar a través del ojo de la cerradura de la puerta de Gilman. Sin embargo, no se había atrevido a mirar al ver aquella luz por las rendijas de la puerta, según le dijo a Mazurewicz. También había oído hablar en susurros, pero cuando empezó a describir lo que escuchó, bajó la voz hasta convertirla en un bisbiseo inaudible.

Elwood no podía imaginar qué era lo que había movido a los supersticiosos a murmurar, pero se figuraba que sus imaginaciones respondían al trasnoche constante de Gilman, a su sonambulismo y a la cercanía de la Noche de Walpurgis, una noche tradicionalmente temida. Sin duda Gilman hablaba dormido y Desrochers había imaginado lo de la luz violácea cuando escuchaba por el ojo de la cerradura. La gente ignorante siempre estaba dispuesta a suponer que habían visto cualquier cosa extraña de la que hubiesen oído contar algo. Por lo que se refiere a un plan de acción, lo mejor sería que Gilman se mudase a la habitación de Elwood y tratase de no dormir solo. Si se ponía a hablar o se levantaba sonámbulo, Elwood lo despertaría si él estaba despierto en ese momento. Además, debería acudir a consultar a un psiquiatra cuanto antes. Mientras tanto, dirían que habían encontrado la figurita en un montón de escombros y la llevarían a varios museos y se la mostrarían a algunos catedráticos para tratar de identificarla. Dombrowski tendría que poner veneno para exterminar a aquellas ratas.

Reconfortado por la compañía de Elwood, aquel día Gilman asistió a clase. Aún lo asaltaban extraños impulsos, pero consiguió vencerlos con mucho éxito. Durante un receso mostró la extraña figurita a algunos catedráticos que manifestaron un gran interés, si bien ninguno de ellos pudo arrojar luz sobre su naturaleza u origen. Aquella noche durmió en un diván

que Elwood le pidió al patrón que subiese a su cuarto. Por primera vez en varias semanas. Gilman durmió sin una sola pesadilla. No obstante, aún estaba febril y los rezos de Mazurewicz lo irritaban.

En los siguientes días, Gilman se vio casi del todo sin síntomas de enfermedad. Elwood le dijo que no había mostrado ninguna tendencia a hablar o a levantarse sonámbulo; mientras, el patrón estaba poniendo veneno para ratas en todas partes. El único elemento inquietante era la charla de los supersticiosos forasteros, cuya imaginación bullía. Mazurewicz insistía en que se hiciese con un crucifijo y al final logró que aceptase uno bendecido por el padre Iwanicki. También Desrochers insistió en que había oído pasos sigilosos en el cuarto vacío que estaba encima de su habitación las primeras noches que Gilman no había dormido allí. Paul Choynski creía oír ruidos de noche en los pasillos y escaleras, y aseguró que alguien había tratado de abrir suavemente la puerta de su habitación. La señora Dombrowski juraba que había visto por primera vez desde la Noche de Todos los Santos a Brown Jenkin. Pero aquellos ingenuos informes eran minucias y Gilman dejó el barato crucifijo metálico colgado del pomo de un cajón de la cómoda de Elwood.

Durante tres días Gilman y Elwood recorrieron los museos de la ciudad tratando de identificar la extraña figurita erizada, pero fue en vano. Sin embargo, provocaba un enorme interés, pues la completa rareza del objeto constituía un gran desafío para la curiosidad científica. Uno de los pequeños brazos radiados se partió y fue sometido a un análisis químico. El catedrático Ellery encontró platino, hierro y telurio en la aleación, pero con ellos había mezclados al menos otros tres elementos de un elevado peso atómico que la química no pudo clasificar. No solo no correspondían a ningún elemento conocido, sino que tampoco encajaban en los lugares reservados para probables elementos en el sistema periódico. El misterio aún sigue sin ser desentrañado, aunque la figura está expuesta en el museo de la Universidad de Miskatonic.

La mañana del 27 de abril apareció un nuevo boquete abierto por las ratas en la habitación donde se hospedaba Gilman, pero Dombrowski lo tapó ese mismo día. El veneno no estaba siendo muy efectivo, pues seguían oyéndose carreras y rasgueos por el interior de las paredes. Aquella noche

Elwood regresó tarde y Gilman se quedó levantado a esperarle. No quería dormir él solo en una habitación, sobre todo porque al caer la tarde había creído ver a la siniestra vieja cuya imagen se había trasladado de una manera tan horrenda a sus sueños. Se preguntó quién sería y qué es lo que habría estado cerca de ella, golpeando una lata en una pila de desperdicios que se acumulaban a la entrada de un patio cochambroso. La bruja pareció verle y dedicarle una maliciosa mueca, aunque tal vez esto fuese fruto de su imaginación.

Al día siguiente, ambos muchachos estaban agotados y comprendieron que dormirían a pierna suelta cuando llegase la noche. Esa tarde hablaron de los estudios matemáticos que tan completa y tal vez perjudicialmente habían absorbido a Gilman. Especularon sobre su relación con la antigua magia y el folclore, lo cual parecía oscuramente probable. Hablaron de la bruja Keziah Mason. Fue entonces cuando Elwood admitió que Gilman tenía fundados motivos científicos para pensar que la vieja podía haber tropezado por casualidad con extraños e importantes conocimientos. Los cultos secretos a los cuales se entregaban estas mujeres a menudo guardaban y transmitían secretos sorprendentes desde épocas antiguas y olvidadas. No sería en absoluto imposible que Keziah hubiera dominado el arte de atravesar los muros dimensionales. La tradición recalca la inutilidad de las barreras materiales para restringir los movimientos de una hechicera, y ¿quién puede decir qué es lo que se oculta en el fondo de todas esas antiguas leyendas que hablan de viajes sobre una escoba a través de la noche?

Quedaba por ver si un estudiante de nuestra época podía adquirir poderes semejantes solo con investigaciones matemáticas. Según Gilman, lograrlo podía dar pie a situaciones peligrosas e inconcebibles porque, ¿quién podría predecir las condiciones reinantes en una dimensión adyacente, pero que no es alcanzable normalmente? Por otra parte, eran enormes las posibilidades más pintorescas. Podía no existir el tiempo en ciertas zonas del espacio y, al entrar y permanecer en ellas, la vida y la edad podrían conservarse indefinidamente, sin que el metabolismo se alterase en absoluto o se produjese deterioro orgánico alguno, salvo en cantidades insignificantes y como consecuencia de las visitas al planeta de origen u

otros parecidos. Por ejemplo, podría pasarse a una dimensión atemporal y regresar de ella tan joven como antes en un período lejano de la historia de la Tierra.

No se podía conjeturar si alguien había intentado hacerlo. Las leyendas son confusas y ambiguas, y a lo largo de la historia todo intento de cruzar espacios prohibidos parece mezclarse con extrañas y terribles alianzas con criaturas y mensajeros del exterior. Existía la inmemorial figura del delegado o mensajero de poderes ocultos y terribles, el «Hombre Negro» de los aquelarres y el «Nyarlathotep» del *Necronomicón*. También se planteaba el desconcertante problema de los mensajeros inferiores o intermediarios, esas criaturas medio animales y extraños híbridos que la leyenda nos presenta como familiares de las brujas. Cuando Gilman y Elwood fueron a acostarse, demasiado agotados ya para continuar hablando, oyeron entrar en la casa a Joe Mazurewicz. Iba tambaleándose, medio borracho, y ambos se estremecieron al oír los tonos angustiados de sus rezos.

Aquella noche Gilman vio de nuevo la luz violácea. Oyó en sueños cómo rascaban y mordisqueaban al otro lado de la pared, e incluso le pareció que alguien trataba torpemente de abrir la puerta. Entonces vio a la hechicera y a la pequeña criatura peluda que avanzaban por la alfombra hacia él. El rostro de la bruja estaba iluminado por una alegría inhumana y el monstruito de colmillos amarillentos emitía su risita burlona y apagada mientras señalaba la silueta de Elwood, dormido como un tronco en el sofá del extremo opuesto de la habitación. El temor paralizó a Gilman y no le permitió gritar. Como en otra ocasión, la espantosa bruja lo agarró por los hombros, lo arrancó de la cama de un tirón y lo dejó flotando. Una vez más, una infinidad de simas rugientes pasaron delante él como un relámpago, pero al cabo de unos instantes creyó encontrarse en un callejón oscuro, embarrado, desconocido y pestilente con los muros de casas viejas ya medio podridas alzándose por todos los lados a su alrededor.

Ante él estaba el hombre negro con sus ropajes flotantes que había visto en el espacio lleno de montañas de su otro sueño. La bruja, más cerca de él, le hacía señas y muecas imperiosas para que se aproximase. Brown Jenkin se restregaba con una especie de cariño juguetón contra los tobillos del hombre negro que en gran parte quedaban tapados por el fango. A la

derecha había una puerta abierta que el hombre negro señaló en silencio. La bruja se puso a andar sin que se borrase su mueca, arrastrando a Gilman por las mangas de la ropa de dormir. Subieron una escalera que emitía amenazadores crujidos, sobre la que la bruja parecía proyectar una débil luz violácea, hasta que finalmente se detuvieron ante una puerta que se abría en un rellano. La bruja trasteó con el picaporte y empujó el batiente, indicó a Gilman que esperase y desapareció en el interior.

El hipersensible oído del muchacho captó un terrorífico grito ahogado. Al cabo de unos segundos, la hechicera salió por la puerta llevando en la mano una pequeña cosa inerte que tendió a Gilman, como si le ordenase que la agarrara. Al ver aquello y la expresión de su rostro, el encanto se rompió. Todavía demasiado aturdido para gritar, corrió sin ningún cuidado por la ruidosa escalera hasta el fango de la calle. No se detuvo hasta que lo halló y lo sofocó el hombre negro que aguardaba allí. Poco antes de perder el conocimiento, oyó la aguda risita del monstruito de afilados colmillos, que se parecía a una rata deforme.

La mañana del día 29, Gilman se despertó en medio de un torbellino de horror. En el mismo momento en que abrió los ojos supo que había ocurrido algo espeluznante, pues se hallaba en su vieja buhardilla de paredes y techo inclinados, tumbado sobre su cama deshecha. Le dolía el cuello y no sabía el porqué. Cuando haciendo un gran esfuerzo se sentó en la cama, vio espantado que tenía los pies y el dobladillo del pantalón de dormir manchados de barro reseco. Pese a lo nebuloso de sus recuerdos, supo que había estado caminando sonámbulo. Elwood debía estar tan profundamente dormido que no pudo oír nada y detenerlo. Vio sobre el suelo borrosas pisadas y manchas de barro que, cosa extraña, no llegaban hasta la puerta. Cuanto más las miraba, más curiosas le parecían porque, además de unas que reconoció como suyas había otras marcas más pequeñas, casi redondas. Eran como las que podían dejar las patas de una silla o de una mesa, salvo por el hecho de que la mayor parte estaban hendidas por la mitad. También había extraños rastros de barro dejados por ratas que partían de un nuevo boquete en la pared y regresaban al mismo. Gilman estaba totalmente asombrado. El miedo a la locura lo atormentaba cuando se dirigió a la puerta, tambaleándose, para descubrir que al otro lado no había huellas.

Cuanto más recordaba su espantoso sueño, mayor era el terror que sentía. Los sombríos rezos de Mazurewicz más abajo aumentaron su desesperación.

Fue al cuarto de Elwood, lo despertó y se puso a contarle lo ocurrido, pero su amigo no podía imaginar lo que había sucedido. ¿Dónde podía haber estado Gilman? ¿Cómo había vuelto a su habitación sin dejar huellas en el pasillo? ¿Cómo se habían mezclado las manchas de barro con aspecto de marcas de muebles con las suyas en la buhardilla? Eran preguntas sin respuesta. Después estaban las marcas amoratadas del cuello, como si hubiese intentado ahorcarse. Se las tocó con las manos y vio que ni siquiera aproximadamente se ajustaban a ellas. En ese momento entró Desrochers para decirle que habían oído un estrépito terrible en el piso de arriba muy tarde aquella noche. No, nadie había subido por la escalera después de las doce, aunque algo antes había oído pasos amortiguados en la buhardilla, y otros que bajaban con sigilo y que habían despertado sus sospechas. Añadió que aquella época del año era muy mala para Arkham. Lo mejor sería que Gilman llevase siempre encima el crucifijo que Joe Mazurewicz le había regalado. No se estaba seguro ni siquiera de día. Después del amanecer se habían oído unos ruidos de lo más raro, sobre todo el grito agudo de un niño, que había sido rápidamente acallado.

Aquella mañana Gilman asistió a clase maquinalmente, pero no pudo concentrarse en los estudios. Sentía que lo atenazaba un temor indescriptible y una especie de expectación. Además, parecía estar a la espera de algún golpe demoledor. A mediodía comió en el University Spa, y cogió un periódico del asiento que estaba junto al suyo mientras esperaba el postre. Sin embargo, jamás llegó a comérselo, ya que una noticia de la portada del periódico lo tan dejó exánime y con la mirada tan enajenada que solo fue capaz de pagar la cuenta y regresar al cuarto de Elwood con pasos titubeantes.

La noche anterior se había producido en Ornes Gangway un extraño rapto. Había desaparecido sin dejar ni rastro un niño de dos años, hijo de una mujer llamada Anastasia Wolejko, que trabajaba en una lavandería. Según parecía, la madre temía un suceso así desde hacía un tiempo, pero las razones aducidas para explicar sus temores fueron tan absurdas que nadie la

tomó en serio. Aseguró haber visto a Brown Jenkin merodeando su casa de vez en cuando desde principios de marzo, y que por sus muecas y sus risitas sabía que su pequeño Ladislas estaba siendo señalado para ser sacrificado en el aquelarre de la Noche de Walpurgis. Le había pedido a su vecina, Mary Czanek, que durmiese en su habitación e intentase proteger a la criatura, pero la otra no se había atrevido. No pudo acudir a la policía porque los agentes no creían en esas cosas. Desde que ella tenía memoria, todos los años se llevaban a algún niño de esta manera. Y por si eso fuese poco, su novio, Pete Stowacki, se había negado a ayudarla porque deseaba quitarse de encima al niño.

Pero lo que más sobrecogió a Gilman fueron las declaraciones de dos juerguistas que pasaron caminando frente a la boca del callejón poco después de la medianoche. Reconocieron que iban borrachos, pero ambos aseguraron haber visto a tres personas vestidas de una forma muy grotesca entrando en el callejón. Dijeron que una de ellas era un negro enorme envuelto en una túnica, la otra era una vieja astrosa y el tercero un muchacho blanco que iba vestido con ropa de dormir. La vieja llevaba a rastras al chico, y una rata mansa iba restregándose contra los tobillos del negro mientras se hundía en el fango oscuro.

Gilman pasó toda la tarde sentado, sumido en un estado de estupor. Elwood, que ya había leído los periódicos e inferido las más terribles ideas con lo que decía, se lo encontró de esta guisa al llegar a casa. Ahora no podían dudar de que algo muy grave hubiese sucedido y los estaba amenazando. Entre los fantasmas de las pesadillas y las realidades del mundo objetivo se estaba materializando una relación monstruosa e inconcebible, y únicamente una vigilancia muy intensa podría evitar sucesos aún más espantosos. Gilman debía acudir a un psiquiatra antes o después, pero no ahora, en el momento en que todos los periódicos recogían el rapto.

Lo ocurrido era muy misterioso y de momento Gilman y Elwood suponían en voz baja las cosas más absurdas. ¿Tal vez Gilman había conseguido sin ser consciente un éxito mayor del que suponía con sus estudios sobre el espacio y sus dimensiones? ¿Realmente se había salido de nuestro entorno terrestre para llegar a sitios no adivinados ni imaginables?

¿Dónde había estado, si es que había estado en alguna parte, aquellas noches de demoníaco destierro? Las simas en penumbra con ecos de sonidos terribles, el cerro verde, la terraza abrasadora, la atracción de las estrellas, la negra vorágine final, el hombre negro, el callejón lleno de fango y la escalera, la vieja hechicera y el bicho peludo de afilados colmillos, los grupos de burbujas y el pequeño poliedro, el extraño broceado de su piel, la herida de la muñeca, la imagen sin explicar, los pies embarrados, las marcas en el cuello, las leyendas y temores de los extranjeros supersticiosos…, ¿qué quería decir todo aquello? ¿Hasta qué punto podían aplicarse las leyes de la cordura a un caso así?

Aquella noche ninguno de los dos pudo dormirse, pero al día siguiente no asistieron a clase y pasaron horas dormitando. Eso fue el 30 de abril y con el ocaso llegaría la diabólica hora del aquelarre que los extranjeros y los viejos supersticiosos tanto temían. Mazurewicz volvió a casa a las seis de la tarde con la noticia de que todos susurraban en la tejeduría que el aquelarre se celebraría en el oscuro barranco situado más allá de Meadow Hill, donde se levanta la antigua piedra blanca, en un paraje sorprendentemente desnudo de cualquier vegetación. Algunos habían dicho a la policía que buscaran allí al niño desaparecido de la señora Wolejko, aunque no creían que se hiciera nada. Joe insistió en que el joven estudiante no se quitase de encima el crucifijo que colgaba de la cadena de níquel. Gilman obedeció para taparle la boca, dejando que le quedase por debajo de la camisa.

Ya tarde en la noche, los dos muchachos estaban sentados en sus sillas, medio dormidos por el arrullo de los rezos del mecánico de telares que subía desde el piso de abajo. Gilman escuchaba mientras daba cabezadas; sus oídos, aguzados de una forma sobrenatural, parecían afanarse por captar algún débil y temido murmullo casi apagado por los ruidos de la vieja casa. En su mente surgieron recuerdos enfermizos de cosas leídas en el *Necronomicón* y en el *Libro Negro*. Entonces y de pronto se encontró meciéndose y ajustando los movimientos a detestables cadencias supuestamente pertenecientes a las ceremonias más desagradables del aquelarre, cuyo origen se remontaba a un tiempo y a un espacio que no eran los nuestros, según se decía.

En ese instante notó que estaba tratando de escuchar los infernales cánticos de los participantes en el lejano y tenebroso valle. ¿Cómo sabía él tanto sobre aquella cuestión? ¿Cómo sabía la hora en que Nahab y su secuaz iban a aparecer con la vasija llena de agua que iría después del gallo y de la cabra de color negro? Vio que Elwood se había quedado dormido y trató de llamarlo para que se despertase. Sin embargo, algo le cerró la garganta. No era dueño de sí mismo. ¿Es que al final había firmado en el libro del hombre negro?

Fue en ese momento cuando su febril y extraordinario sentido del oído captó las lejanas notas que traía el viento. A través de millas de lomas, prados y callejones, llegaron hasta él y, a pesar de todo, las reconoció. La hoguera estaría encendida a esas horas y los danzantes ya dispuestos a comenzar el baile. ¿Cómo podía evitar su marcha hacia aquel lugar? ¿En qué red había sido atrapado? Las matemáticas, las leyendas, la casa, la vieja Keziah, Brown Jenkin… ahora supo que había un nuevo boquete abierto por las ratas en la pared, cerca de su sofá. Por encima de los cánticos lejanos y de las oraciones más cercanas de Mazurewicz oyó un ruido diferente: era el sonido de algo que escarbaba furtiva pero resueltamente en la pared. Temió que fuese a apagarse la luz eléctrica. En ese momento vio la carita con colmillos y barba asomando por el boquete de las ratas, aquel maldito rostro que terminó por darse cuenta de que era sorprendente y burlonamente similar al de la bruja. Entonces oyó el rumor de alguien que andaba en la puerta.

Ante él hubo una explosión de oscuras simas plagadas de gritos, y se sintió desarmado en la garra sin forma de los grupos iridiscentes de burbujas. Delante de él corría a toda velocidad el pequeño poliedro caleidoscópico y en todo el vacío rodeado por turbulencias se sintió un aumento y una aceleración de la confusa configuración tónica que parecía anunciar un apogeo inexpresable e insoportable. Creyó saber lo que iba a suceder: la tremenda explosión de la cadencia de Walpurgis, en cuyo timbre cósmico se concentrarían todas las primitivas y postreras vorágines del espacio-tiempo que hay más allá de las masas de materia y en ocasiones trascienden en reverberaciones mensuradas y se adentran ligeramente en

todos los niveles de entidad dando un horrendo significado en todos los mundos a algunos periodos temidos.

Pero todo aquello se esfumó en un instante. Ahora estaba de nuevo en el espacio estrecho y picudo bañado por una luz violácea, con el suelo inclinado, las cajas de libros, el banco y el pupitre, los extraños objetos y el abismo triangular a cada lado. Sobre el pupitre había una figurita blanca, la figura de un niño desnudo e inconsciente. Al otro lado estaba la horrenda vieja de siniestra expresión con un brillante cuchillo de mango grotesco en la mano derecha y, en la izquierda, un cuenco metálico de color claro, de raras proporciones, extraños dibujos trazados con un cincel y finas asas laterales. Entonaba una especie de cántico ritual en una lengua que Gilman no fue capaz de entender, pero que parecía algo citado de pasada en el *Necronomicón*.

A medida que la escena se iba aclarando, Gilman vio cómo la bruja se inclinaba hacia delante y extendía el cuenco vacío a través del pupitre. Incapaz de dominar sus propias emociones, Gilman alargó los brazos, lo recibió con ambas manos y notó que apenas pesaba. En ese instante, el repulsivo Brown Jenkin trepó sobre el borde del vacío negro triangular de la izquierda. La bruja le hizo señas a Gilman para que sostuviese el cuenco en cierta posición, mientras ella elevaba sobre la pequeña víctima el enorme y grotesco cuchillo hasta donde le permitió la mano derecha. La criatura peluda de afilados colmillos prosiguió el ritual desconocido riendo entre dientes, mientras que la hechicera musitaba repulsivas respuestas. Gilman sintió que su parálisis mental y emocional era dominada por una profunda repugnancia, y que el cuenco metal le temblaba entre las manos. Un segundo más tarde el rápido descenso del cuchillo rompía el ensalmo. Gilman dejó caer el cuenco con un ruido como el tañido de una campana mientras que sus manos se agitaban con furia para detener aquel monstruoso sacrificio.

Tardó un instante en llegar al borde del suelo en declive, rodeando el pupitre, y arrancó el cuchillo de las garras de la hechicera para lanzarlo hacia el agujero del estrecho abismo triangular. Transcurridos unos instantes, las garras asesinas se cerraron en torno a su cuello y el rostro surcado de arrugas adquirió una expresión de cólera enloquecida. Sintió que

la cadena del crucifijo barato se le clavaba en la carne. En medio del peligro imaginó cómo afectaría la visión del objeto a la diabólica bruja. La fuerza de esta era del todo sobrehumana, pero mientras ella trataba de estrangularlo, Gilman se abrió la camisa con gran esfuerzo, tiró del símbolo metálico, rompió la cadenita y lo dejó libre.

La hechicera pareció sufrir un ataque de pánico al ver la cruz y aflojó su presa lo bastante como para que Gilman pudiera quitársela de encima. Se zafó de las garras que le aprisionaban el cuello y habría arrastrado a la hechicera hasta el borde de la sima si sus garras no hubiesen recuperado las fuerzas para volver a cerrarse sobre su cuello. Entonces Gilman decidió responder haciendo lo mismo y agarró la garganta de la bruja con sus manos. Antes de que ella pudiese darse cuenta de lo que estaba haciendo él, le rodeó el cuello con la cadenita del crucifijo y un instante después apretó lo bastante como para cortarle la respiración. Cuando la resistencia de la bruja comenzaba a ceder, Gilman sintió que algo le mordía el tobillo y vio que Brown Jenkin había acudido a auxiliar a su secuaz. Dando un brutal puntapié arrojó a aquel engendro al interior del abismo y oyó cómo gemía desde el fondo de algún lugar distante.

No sabía si habría acabado con la hechicera, pero la dejó en donde había caído. Al girarse vio sobre el pupitre algo que casi acabó con lo poco que le quedaba de juicio. Brown Jenkin, dotado de vigorosos músculos y cuatro manitas de demoníaca maña, había estado ocupado mientras la hechicera intentaba estrangularlo. Los esfuerzos de Gilman no habían servido de nada. Lo que había impedido que hiciese el cuchillo en el pecho del niño, lo habían conseguido los colmillos amarillentos del monstruo peludo en una muñeca. El cuenco, que había caído al suelo, estaba lleno junto al cuerpecito exangüe.

En su delirio quimérico Gilman oyó la letanía diabólica del ritmo inhumano del aquelarre llegando desde la lejanía, y fue consciente de que el hombre negro debía estar allí. Los vagos recuerdos se mezclaron con las matemáticas, y se figuró que su inconsciente conocía los ángulos que necesitaba para guiarse y volver al mundo normal, solo y sin ninguna ayuda por primera vez. Se sintió seguro cuando se vio en el desván, herméticamente cerrado desde hacía mucho tiempo, encima de su cuarto,

pero le parecía bastante dudoso que pudiese escapar a través del suelo inclinado o de la trampilla clausurada hacía tantos años. Por otra parte, si huía de un desván onírico, ¿no terminaría sencillamente en una casa imaginada, en una anómala proyección del lugar que buscaba en realidad? Se hallaba completamente confuso en cuanto a la relación sueño-realidad de lo que había experimentado.

El tránsito por aquellas confusas simas sería espantoso, pues estaría vibrando la cadencia de Walpurgis, y finalmente tendría que oír el latido cósmico que tanto temía y que había estado oculto hasta ahora. Podía notar incluso una apagada sacudida monstruosa cuyo ritmo sospechaba con demasiada claridad. En la noche del Sabbat siempre se hacía más sonora y repicaba a través de los mundos para convocar a los iniciados a indescriptibles ritos. La mitad de los cánticos de la noche del Sabbat se ajustaban al compás de aquel latido suavemente escuchado que ningún oído humano podría soportar en su expuesta plenitud espacial. Gilman se preguntó si podría confiar en sus instintos para volver a la zona espacial que le correspondía. ¿Cómo podía estar seguro de no que no iba a aterrizar en la ladera de luz violácea de un planeta lejano, en la terraza almenada sobre la ciudad de monstruos dotados de tentáculos, en algún lugar situado más allá de nuestra galaxia, o en los oscuros torbellinos de ese último vacío caótico, donde reina Azathoth, el demonio-sultán sin mente?

Justo antes de lanzarse, la luz violácea se extinguió y Gilman quedó sumido en la más completa oscuridad. La bruja, la vieja Keziah, Nahab, aquello debía significar su muerte. Entremezclados con los cánticos lejanos de la noche del Sabbat y los gimoteos de Brown Jenkin en el abismo inferior, creyó oír otros gemidos más frenéticos que llegaban desde honduras ignotas. Joe Mazurewicz, sus rezos contra el Caos Reptante, que ahora era un aullido de triunfo, mundos de irónica realidad que invadían los torbellinos de sueños intranquilos, ¡là!, ¡Shub-Niggurath!,[28] la Negra Cabra de los Bosques con sus Diez Mil Vástagos…

Encontraron a Gilman en el suelo de la buhardilla de extraños rincones mucho antes del alba, pues un terrible grito había hecho que Desrochers, Choynski, Dombrowski y Mazurewicz acudiesen de inmediato; incluso había despertado a Elwood, que dormía en su sillón. Estaba vivo, con los

ojos abiertos y fijos en un punto, pero parecía medio inconsciente. Tenía en el cuello las marcas dejadas por las manos asesinas, y una rata le había mordisqueado en el tobillo. Tenía la ropa muy arrugada y el crucifijo de Joe había desaparecido. Elwood pensó con temor, no queriendo ni imaginar la respuesta, qué nuevo cariz había tomado el sonambulismo de su amigo. Mazurewicz estaba medio mareado por una «señal» que decía haber recibido en respuesta a sus oraciones y se persignó con vehemencia cuando se oyó el chillido de una rata desde el otro lado del tabique inclinado.

Una vez acostado Gilman en la cama de la habitación de Elwood, enviaron a buscar al doctor Malkowski, un médico del barrio, conocido por su discreción. Le puso dos inyecciones que lo relajaron tanto que se sumió en un sueño reparador. El enfermo recobró el conocimiento varias veces durante el día y le contó a Elwood algunos fragmentos de sus pesadillas más recientes. Fue un proceso muy lento y desde el primer momento fue obvio algo desconcertante.

Gilman, cuyos oídos últimamente habían mostrado tener una agudeza fuera de lo normal, se había quedado sordo como una tapia. Llamaron de nuevo al doctor Malkowski sin demora y dijo que Gilman tenía los tímpanos rotos como resultado de un estruendo muy superior al que un ser humano pudiera imaginar o soportar. Cómo había podido oír un ruido semejante en las últimas horas sin que todo el valle del Miskatonic se despertara, era algo que el honrado médico no podía decir.

Elwood escribió su parte de la conversación y ambos amigos pudieron comunicarse de este modo. Ninguno de los dos podía explicarse aquel asunto tan caótico y decidieron que cuanto menos pensasen en ello, mejor sería. También estuvieron de acuerdo en marcharse lo antes posible de aquella maldita casa. Los periódicos de la noche informaron de una batida llevada a cabo por la policía poco antes del amanecer por un desfiladero situado más allá de Meadow Hill, donde alborotaban unos curiosos noctámbulos. Se mencionaba que desde hacía mucho tiempo la piedra blanca había sido objeto de supersticiones. No se habían practicado detenciones, pero entre los que huyeron se creyó ver a un enorme negro. En otra columna se decía que no se había hallado ningún rastro del niño desaparecido, Ladislas Wolejko.

El horror que lo culminó todo se produjo esa misma noche. Elwood jamás lo olvidaría, y no pudo volver a clase durante el resto del curso a causa de la crisis nerviosa que sufrió como consecuencia de aquello. Durante toda la velada le pareció oír a las ratas del otro lado del tabique, pero apenas les prestó atención. Fue después, mucho después de que Gilman y él se hubiesen acostado, cuando comenzaron los atroces gritos. Elwood saltó de la cama, encendió la luz y se acercó al sofá en donde dormía su amigo. Gilman daba gritos realmente inhumanos, como si estuviese siendo sometido a un indescriptible tormento. Se retorcía bajo las sábanas, y una gran mancha roja comenzó a extenderse por las mantas. Elwood apenas se atrevió a tocarlo; sin embargo, los gritos y la agitación fueron disminuyendo lentamente. Para entonces, Dombrowski, Choynski, Desrochers, Mazurewicz y el huésped del piso alto se habían congregado en la puerta del cuarto, y el casero había dicho a su mujer que llamase por teléfono al doctor Malkowski. Entonces a todos se les escapó un grito cuando algo parecido a una rata de gran tamaño saltó de la cama ensangrentada y huyó corriendo por el suelo hasta un nuevo boquete recién abierto en la pared. Cuando llegó el médico y comenzó a retirar la ropa de la cama, Walter Gilman estaba muerto.

Sería una barbaridad hacer algo más que insinuar lo que provocó la muerte a Gilman. Tenía casi un túnel abierto por el cuerpo y algo le había roído el corazón. Desesperado porque el veneno que había puesto contra las ratas no había surtido efecto, Dombrowski rescindió su contrato de arrendamiento y en menos de una semana se había marchado con todos sus huéspedes a una casa destartalada pero no tan vieja, situada en Walnut Street. Durante un tiempo lo más difícil fue mantener callado a Mazurewicz, pues el desconsolado mecánico de telares nunca estaba sobrio y siempre iba por ahí gimiendo y mascullando sobre espectros y cosas espantosas.

Según parece, aquella última y aciaga noche Joe se había agachado para ver de cerca las huellas rojas dejadas por la rata desde la cama de Gilman hasta el boquete de la pared. Sobre la alfombra se veían confusas, pero había un tramo de suelo al descubierto desde el orillo de la alfombra hasta el borde del tabique. Mazurewicz encontró allí algo monstruoso o creyó

haberlo encontrado, pues nadie estuvo de acuerdo con él pese a la inconfundible extrañeza de las huellas. Las marcas del suelo eran muy distintas de las que dejan normalmente las ratas, pero ni siquiera Choynski y Desrochers quisieron reconocer que eran como las huellas que habrían dejado cuatro manos humanas minúsculas.

Nunca se volvió a arrendar la casa. En cuando la abandonó Dombrowski, empezó a cubrirla el manto de la tristeza definitiva, pues todos la rehuían, tanto por su mala fama como por el pésimo olor que salía de allí. Es posible que el veneno contra las ratas del inquilino anterior hubiese surtido efecto al fin y al cabo, pues poco después de su marcha, la casa se convirtió en la pesadilla del vecindario. Los funcionarios del departamento sanidad descubrieron que el hedor provenía de los huecos cerrados que rodeaban la buhardilla oriental del edificio y dedujeron que la cantidad de ratas muertas debía de ser tremenda. No obstante, decidieron que no merecía la pena abrir y desinfectar un lugar tanto tiempo cerrado, pues pronto desaparecería el mal olor y el vecindario tampoco era muy exigente. De hecho, siempre hubo rumores sobre una inexplicable fetidez en la casa de la bruja justo después de la Noche de Walpurgis y de la Noche de Todos los Santos. Los vecinos se resignaron por indolencia, pero el mal olor fue un elemento más en contra del lugar. Con el tiempo, las autoridades declararon la casa inhabitable.

Los sueños de Gilman y las circunstancias en torno a ellos jamás han sido explicados. Elwood, cuyas ideas sobre aquel episodio en ocasiones son casi demenciales, volvió a la Universidad el siguiente otoño y se graduó en el mes de junio. A su regreso se dio cuenta de que los comentarios habían disminuido en la ciudad. En efecto, aunque todavía corrían rumores sobre risas fantasmales que resonaban en la casa abandonada, rumores que duraron mientras el propio edificio estuvo en pie, no se ha vuelto a murmurar nada de las apariciones de la vieja Keziah o de Brown Jenkin desde que murió Gilman. Fue una suerte que Elwood no estuviese en Arkham más adelante, el año en que ciertos sucesos hicieron que se reanudaran bruscamente los rumores sobre pasados horrores. Como es natural, oyó hablar de todo eso más tarde y sufrió los inexpresables tormentos de conjeturas oscuras y trastornadas, pero peor habría sido que

hubiese estado allí para terminar viendo las cosas que probablemente habría visto.

En marzo de 1931, un fuerte vendaval arrancó el tejado y la gran chimenea de la casa de la bruja, ya abandonada en aquel entonces. Muchos ladrillos, tejas mohosas, tablones medio podridos y vigas se vinieron abajo sobre el desván y atravesaron el suelo. El piso de la buhardilla quedó cubierto de escombros, pero nadie se molestó en limpiar aquello hasta que a la casa le llegó la hora de ser demolida. Esto sucedió en diciembre y cuando se procedió a desescombrar lo que fue el cuarto de Gilman y se encargó esta tarea a unos albañiles, que se mostraron bastante aprensivos al respecto y poco deseosos de hacerla, los rumores dieron comienzo.

Entre los escombros caídos a través del techo inclinado que se había derrumbado, los obreros descubrieron algunas cosas que les hicieron interrumpir sus tareas y llamar a la policía. Esta solicitó entonces que se personase un juez de primera instancia y varios catedráticos de la Universidad. Allí había huesos, triturados y astillados, pero fácilmente identificables como pertenecientes a seres humanos. Eran huesos cuya edad evidente no coincidía con la fecha remota en que tuvieron que ser introducidos en el desván de bajo techo inclinado, clausurado mucho tiempo atrás a todo ser humano. El médico forense dictaminó que algunos de los huesos eran de un niño pequeño, mientras que otros, que se encontraron mezclados con jirones de tela podrida de color oscuro, pertenecían a una mujer de pequeña estatura y edad avanzada. El examen minucioso de los escombros permitió encontrar también una gran cantidad de huesos de ratas atrapadas durante el derrumbamiento, además de otros huesos más antiguos roídos de tal manera por unos colmillos pequeños que fueron de controversia y reflexión y siguen siéndolo.

También hallaron trozos de libros y papeles, además de un polvillo amarillento producido por la completa desintegración de libros y documentos más antiguos. Todos los volúmenes y papeles parecían ser sin excepción de magia negra en sus formas más avanzadas y horrendas, y la fecha sin duda reciente de algunos todavía es un misterio tan inexplicable como la presencia de huesos humanos en ese lugar. Un enigma incluso mayor es la completa homogeneidad de la complicada y arcaica caligrafía

hallada en una gran cantidad de papeles cuyo estado y filigrana hacen pensar en diferencias de tiempo de al menos ciento cincuenta o doscientos años. Para algunos, el mayor de todos los enigmas es la variedad de objetos, completamente inexplicables, hallados entre los escombros en distinto estado de conservación y deterioro, cuya forma, materiales, fabricación y finalidad ha sido imposible de aclarar. Uno de los objetos que interesó muchísimo a varios catedráticos de la Universidad de Miskatonic es una reproducción muy deteriorada y semejante a la extraña imagen que Gilman donó al museo del centro universitario, salvo que es de gran tamaño, está tallada en una extraña piedra azul en vez de metal, y que tiene un pedestal con insólitos ángulos que tiene grabados unos jeroglíficos indescifrables.

Los arqueólogos y los antropólogos aún intentan explicar los inauditos dibujos grabados sobre un cuenco aplastado, de metal ligero, en cuya parte interior se hallaron unas sospechosas manchas de color oscuro. Los extranjeros y las crédulas vecinas también están asombrados por un moderno crucifijo de níquel con la cadenita rota. Fue encontrado entre los escombros y Joe Mazurewicz lo identificó entre temblores diciendo que era el que le había regalado al pobre Gilman muchos años atrás. Algunos creen que las ratas arrastraron el crucifijo hasta el desván clausurado, pero otros creen que simplemente debió quedarse tirado por algún rincón de la habitación que ocupó Gilman. Incluso hay otros, entre ellos el mismo Joe, que defienden teorías demasiado extravagantes y fantásticas para que nadie en su sano juicio pueda creerlas.

Cuando se derribó el tabique inclinado de la habitación de Gilman, se vio que el espacio triangular cerrado que quedaba entre la pared y el muro norte de la casa tenía una cantidad mucho menor de escombros, aun teniendo en cuenta sus dimensiones, que la propia buhardilla. Pero allí fue donde se encontró un horrendo almacén de materiales más antiguos que dejaron a los obreros paralizados por el horror. En resumidas cuentas, el suelo era un auténtico osario de huesos de niños, unos muy recientes y otros se remontaban en una interminable gradación hasta un período tan lejano que casi estaban totalmente pulverizados. Sobre aquella profunda capa de huesos reposaba un gran cuchillo muy antiguo a todas luces, de forma

caprichosa y exótica, con mucha decoración, sobre el cual se habían acumulado los escombros.

En medio de esos desechos, a presión entre un tablón caído y un montón de ladrillos de la chimenea, había un objeto que causaría en Arkham una mayor perplejidad, un terror mal disimulado y rumores supersticiosos que no los habría despertado ninguna otra cosa hallada en cualquier casa encantada o maldita. Era un esqueleto parcialmente aplastado de una gigantesca rata enferma cuyas anomalías anatómicas siguen siendo motivo de debate y de singular reticencia entre los miembros del departamento de anatomía de la Universidad. Poco se ha contado sobre ese esqueleto, pero los albañiles que lo descubrieron susurran con conocimiento de causa sobre los largos pelos de color castaño oscuro relacionado con él.

Según se rumorea, los huesos de las patitas traen a la mente la capacidad prensil típica de un mono pequeñito más que de una rata, mientras que el pequeño cráneo con sus afilados colmillos amarillentos es extraordinariamente anómalo. Además, visto desde determinados ángulos, es como el remedo de un cráneo humano, degradado de una forma bestial y en miniatura. Los albañiles se persignaron con terror al hallar este blasfemo resto; sin embargo, después encendieron velas de agradecimiento en la iglesia de San Estanislao, pues pensaron que ya nunca más volverían a oír la risita aguda y fantasmal.

***OceanofPDF.com***

# EL MONSTRUO EN EL UMBRAL



*OceanofPDF.com*

# EL MONSTRUO EN EL UMBRAL

## I

Reconozco que he disparado seis balas a la cabeza de mi mejor amigo. Sin embargo, y a pesar de esta confesión, mi intención es demostrar que no puedo considerarme un asesino. Muchos dirán que estoy chiflado, tal vez bastante más que el hombre a quien maté en una de las celdas del manicomio de Arkham. Espero que quien me lea juzgue los puntos que iré narrando, los contraste con las pruebas conocidas y se pregunte si alguien podría haberse comportado de una forma distinta a la mía frente a un horror como el que tuve que soportar ante aquel ser en el umbral.

Hasta cierto momento, muy al principio, solo vi locura en las singulares historias que poco a poco fueron envolviéndome. Aún hoy me pregunto si mi percepción era la correcta o si, pese a mi convicción, no seré yo también presa de la locura. No puedo saberlo con seguridad, pero hay otros que pueden contar, si lo desean, cosas muy extrañas sobre Edward y Asenath Derby. Ni siquiera los pragmáticos agentes de policía pueden explicar aquella visita final cuyo recuerdo tratan de olvidar. Han elaborado de forma rutinaria la frágil teoría de un terrible escarmiento o venganza de unos criados despedidos, pero incluso ellos saben en su fuero interno que la verdad es infinitamente más terrible y casi increíble.

Como decía, declaro que no soy el asesino de Edward Derby. Por el contrario, he sido un vengador y con mi acto le ahorré al mundo un horror que, si aún viviese, podría haber desencadenado una inaudita destrucción en toda la humanidad. Junto a nuestros habituales caminos cotidianos existen regiones de sombras; a veces hay un alma maligna que avanza hacia nosotros desde allí. Si alguien nota esa incursión, está moralmente obligado a aniquilarla sin piedad para no exponerse a pagar un inmenso y terrible precio.

Yo conocía a Edward Pickman Derby de toda la vida. Aunque fuese ocho años más joven que yo, lo cierto era que cuando yo contaba dieciséis años, ya teníamos muchos intereses en común. Jamás he conocido a un estudiante tan genial como él. A los siete años era ya un poeta consumado de versos tenebrosos, fantásticos y morbosos, que eran el asombro de sus profesores. Tal vez su precocidad se deba buscar en la esmerada educación privada que recibió desde muy niño y en los mimos excesivos que le prodigaron durante su vida. Fue hijo único, con una fragilidad física que fue motivo para que lo cuidasen con excesivo celo sus padres, que en ningún momento dejaban que estuviese fuera del alcance de su vista y de su atención. Nadie lo vio jamás fuera de su casa sin la compañía su niñera y podría decirse que nunca en su vida jugó libremente con los demás niños. Como es natural, todos aquellos factores actuaron para crear en el joven Derby una peculiar vida interior, reservada y reprimida, cuya única vía de escape era la imaginación.

Así pues, sus estudios revelaron que era un joven asombroso, de noble capacidad, y su pasión por escribir me maravilló desde un principio, y eso que le llevaba casi diez años. En aquel entonces a mí mismo me atraían unas singulares inclinaciones artísticas hacía lo grotesco, un rasgo que me hizo encontrar un alma gemela en aquel joven. Compartíamos el mismo entusiasmo por lo tenebroso y lo fantástico, una pasión que inicialmente centrábamos en la vetusta, decrépita y sin duda amenazante ciudad en la que vivíamos los dos: la encantada y mágica Arkham, cuyos apiñados y destartalados tejados de tipo holandés y desgastadas balaustradas georgianas desmenuzaban el paso del tiempo junto a las orillas de las susurrantes y oscuras aguas del río Miskatonic.

Con el paso del tiempo, me decanté por estudiar arquitectura y aparqué el proyecto de ilustrar un libro con los siniestros poemas de Edward, renuncia que no empañó para nada nuestra amistad. El pródigo talento del joven Derby continuó manifestándose con el mismo brillo de su primera época y apenas cumplió los dieciocho años, la crítica reaccionó con virulencia ante una recopilación de sus oníricos poemas, titulada *Azathoth and Other Horrors*.[29] Yo entonces mantenía una nutrida correspondencia con el famoso poeta baudelairiano Justin Geoffrey,[30] el autor de *The*

*People of the Monolith*, el mismo que murió en un manicomio profiriendo grandes alaridos en 1926, tras haber visitado un siniestro pueblo de Hungría cuya recuerdo es mejor no conservar.

Sin embargo, cuando se trata de autoestima y decisión de cuestiones prácticas, la vida de niño consentido a la que se había acostumbrado convertía a Edward en toda una calamidad. Con el tiempo su salud fue a mejor, cosa que no ocurrió precisamente con sus costumbres de dependencia infantil inculcadas por unos padres sobreprotectores hasta la exageración. Así pues, era natural que de adulto mostrase una exasperante incapacidad para cosas tales como viajar él solo, adoptar decisiones o asumir responsabilidades. Rápidamente supo sin duda que su futuro no residía en el mundo de los negocios o en el profesional. Sin embargo, ni él ni su familia se preocuparon demasiado, ya que el patrimonio familiar era lo bastante cuantioso como para molestarse siquiera en preocuparse por ello. En su madurez conservaba el aspecto de juventud lozana y engañosa de su época de estudiante. Rubio, de ojos azules, con el cutis de un niño, únicamente tras muchos sacrificios lograba que los demás se diesen cuenta de cómo intentaba dejarse crecer el bigote. Su voz era suave y clara. La vida sosegada que llevaba le permitía conservar un sano y elegante aspecto juvenil sin que tuviese la proverbial barriga que casi siempre delataba una madurez prematura. Tenía una adecuada estatura y sus bellas facciones le habrían permitido ser un galán muy cotizado si su timidez no hubiese constituido una barrera infranqueable para semejantes trivialidades que él siempre mantenía bien alejadas con una prudente reclusión en el universo de los libros.

Todos los veranos sus padres se lo llevaban a Europa, de modo que pronto captó con agudeza los rasgos más nítidos del pensamiento y la expresión artística del viejo continente. De igual modo, su talento, cuyo origen claramente podía asociarse a Poe, se fue corrompiendo mientras nacían en él otros fantasmas e inclinaciones artísticas. Era la época en que nos enzarzábamos en discusiones sin fin. Por entonces yo ya había conseguido licenciarme en Harvard, había trabajado en un estudio de arquitectura en Boston, me había casado y había regresado a Arkham a ejercer la profesión. Me había instalado en la casa familiar de Saltonstall

Street, pues mi padre decidió mudarse a Florida por motivos de salud. Todas las tardes recibía la visita de Edward, de modo que enseguida fue considerado uno más de la casa. Su manera de tocar el timbre o golpear con la aldaba era inconfundible, lo que con el tiempo hizo que aquello se convirtiese en su contraseña. Así pues, todos nos preparábamos después de cenar para escuchar los tres golpes secos que, tras una pausa, iban seguidos de otros igualmente secos. Yo iba a su casa con mucha menos frecuencia y allí me distraía admirando los antiguos volúmenes que con un ritmo constante acrecentaban su biblioteca.

Derby se licenció en la Universidad de Miskatonic, lo cual era natural porque sus padres no le habrían dejado vivir por nada del mundo lejos del alcance de sus cuidados personales. Llegó a la Universidad a los dieciséis años y tres años después ya se había licenciado en literatura francesa e inglesa, con sobresaliente en todas las asignaturas menos en matemáticas y ciencias. Apenas hizo amistades con los demás estudiantes, y eso que se le pudo ver una cierta admiración por ese grupo de jóvenes a los que se podría denominar «audaces», «bohemios» y «vanguardistas», cuyas costumbres dudosas, lenguaje ingenioso y poses irritantes le habría gustado imitar.

El paso por aquellas regiones literarias lo empujó hacia los rincones esotéricos y mágicos, conocimientos sobre los cuales existen y existían tantos volúmenes en la biblioteca de Miskatonic que la han hecho famosa. Se convirtió en un lector voraz de estos temas. Sin que sus padres lo supiesen, se entregaba a leer cosas como el horrible *Book of Echinoderm,* el *Unaussprechlichen Kulten* de von Junzt y el ancestral *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred. Edward contaba con veinte años cuando nació mi primer y único hijo, y pareció encantado cuando supo que como homenaje a él le pondría de nombre Edward Derby Upton.

A los veinticinco años, Edward era hombre célebre por su amplia cultura, como poeta y narrador de relatos muy conocidos entre el público, si bien su obra mostraba sin lugar a dudas la falta de relaciones humanas y el exceso de formación puramente académica que tenía su autor. Obviamente yo era su amigo más cercano. Él me aportaba una inagotable fuente de temas teóricos. Por su parte, él buscaba mi opinión sobre los temas que no quería consultar con sus padres. Seguía soltero, aunque debo indicar que era

más por timidez, descuido y sobreprotección paterna que porque hubiese escogido el celibato. Cuando estalló la guerra, su frágil salud y su patente timidez hicieron que se quedara en casa. Mi destino inicial fue Plattsburg, aunque al final nunca llegué a salir del país.

Así transcurrió el tiempo. Cuando Edward contaba treinta y cuatro años de edad, su madre murió y aquello lo hundió en una especie de bloqueo psicológico que provocó en él una completa inactividad. Su padre se lo llevó una vez más a Europa, donde parece que se repuso totalmente de la enfermedad. Poco después sintió que lo acometía una extraña euforia, como si se hubiese librado de un angustioso cautiverio. En aquella época se le veía siempre unido al grupo de estudiantes que eran considerados «vanguardistas» y llegó a participar en algunos actos bastante turbulentos. En cierta ocasión fue víctima de un chantaje y tuvo que pagar, con un dinero que yo le presté, una importante suma para que alguien no revelase a su padre que había participado en un asunto bastante turbio. Los rumores que corrían sobre la violenta banda de Miskatonic eran realmente alarmantes. Incluso se habló de nigromancia y de ejecución de actos más allá de todo lo creíble.

## II

Asenath Waite apareció en la vida de Edward cuando él contaba treinta y ocho años. Por aquella época ella tendría unos veintitrés y estaba haciendo un curso especial sobre la metafísica durante el Medievo en la Universidad de Miskatonic. La hija de un buen amigo mío era amiga de infancia de esta chica, pues habían ido la dos al colegio Hall de Kingsport, pero últimamente debía evitarla debido a la mala fama que había adquirido la joven. Era morena, pequeña y muy atractiva a pesar de sus ojos saltones; no obstante, algo indefinible de su expresión hacía que las personas sensibles evitasen tratarla. Al resto de la gente, le espantaba el origen de la joven y los temas que siempre monopolizaban su conversación. Descendía de la rama de los Waite de Innsmouth. Una generación tras otra se habían contado docenas de sombrías leyendas sobre el derruido y medio

abandonado pueblo de Innsmouth y sus habitantes. A día de hoy aún se oye hablar de nefandos pactos firmados en torno a 1850 y de un odioso elemento «no del todo humano» que se introdujo en las familias más antiguas del actualmente casi desaparecido puerto de pescadores. Son historias que solo un yanqui de antiguo linaje puede elucubrar y difundir con el correspondiente sentimiento de horror.

Pero volviendo a Asenath, su situación genealógica se complicaba aún más porque era hija de Ephraim Waite y el fruto de las sórdidas relaciones que había mantenido siendo ya anciano con una desconocida a la que nadie logró ver jamás. Ephraim vivía en una mansión destartalada de Washington Street. Quienes conocen el lugar —recordemos que los ciudadanos de Arkham hacen todo lo posible para evitar su paso por Innsmouth— decían que las ventanas de la buhardilla permanecían cegadas en todo momento con gruesos tablones burdamente clavados y que cuando llegaba la noche se oían extrañas voces en el interior de la casa. El viejo Waite tenía fama de haber sido un gran conocedor de los temas de magia cuando era joven y se cuenta que por aquella época era capaz de provocar temporales en el mar o hacerlos amainar. Por mi parte, yo lo había visto una o dos veces en mi juventud, cuando había acudido a Arkham a consultar unos volúmenes muy antiguos que recogían conocimientos secretos que enriquecían la biblioteca universitaria. Recuerdo que no me gustaron en absoluto su mirada patibularia y melancólica, así como la barba completamente descuidada que le colgaba de la cara. Murió de un ataque de locura en unas circunstancias que nunca fueron aclaradas como es debido, poco antes de que la hija llegase al colegio Hall. La chica tenía rasgos del padre, en especial su mirada de aire a veces diabólico.

El amigo cuya hija había sido compañera de Asenath recordó muchos episodios curiosos cuando empezó a divulgarse la relación entre ella y Edward. Según parece, Asenath se hacía pasar por maga en el colegio y, es cierto, asombraba a sus compañeros con algunos trucos realmente inexplicables. Aseguraba que podía desencadenar tormentas, pero su habilidad más notable era la capacidad de predecir con exactitud las cosas. Los animales huían de ella y, con unos movimientos de la mano derecha casi imperceptibles, era capaz de hacer aullar a cualquier perro. Otras veces

hacía alarde de unos conocimientos extraordinarios y hablaba lenguas del todo inusuales para una adolescente.

Lo más alarmante eran los casos completamente verificados de cómo era capaz de influir sobre otras personas. Manejaba el hipnotismo como si se tratase de un juego de niños. La compañera a la cual mirada fijamente Asenath a los ojos tenía la sensación de estar experimentando una transmutación de la personalidad, como si quien estuviese siendo hipnotizado pasase a habitar el cuerpo de la hipnotizadora y lograse mirar desde un punto distinto hacia su cuerpo, punto donde destacaban unos ojos siempre brillantes con una expresión de demencia. Eran muy conocidas las afirmaciones de Asenath sobre la naturaleza de la conciencia y su independencia con respecto a la estructura física. La única insatisfacción que manifestaba era no haber nacido hombre porque, decía, el cerebro masculino poseía unas facultades cósmicas singulares, de alcance infinito. Aseguraba que si tuviera el cerebro de un hombre, estaría en situación de igualar e incluso superar a su padre en el manejo de las fuerzas cósmicas.

Edward conoció a Asenath en una de las reuniones de la «vanguardia» universitaria. Cuando vino a verme al día siguiente, no era capaz de hablar de nada que no fuese la joven Waite. Me dijo que compartían idénticos intereses e inclinaciones intelectuales y que, además, le encantaba su aspecto físico. Por mi parte, yo nunca había la visto, pero tenía referencias sobre ella que hacían que me pareciese muy triste que Edward estuviese tan perdidamente enamorado de una mujer así, pero me guardé de decirle nada porque sé que estos encaprichamientos suelen reforzarse con las críticas. El joven Derby parecía dispuesto por su parte a no hablar de aquello a su padre.

Las semanas siguientes, Derby las dedicó a hablarme únicamente de Asenath. Para entonces el amor otoñal de Edward ya era del dominio público, y eso que él distaba mucho de representar su edad real y no desempeñaba un mal papel junto a tan peculiar belleza. No importaba demasiado una incipiente barriguita debido a su descuido físico, pero en el rostro no había ni una sola arruga. En cambio, Asenath tenía a los lados de los ojos las típicas patitas de gallo que se ven normalmente en las

personalidades férreas debido a las tensiones constantes a las que están expuestas.

Finalmente, Edward vino a verme un día acompañado de la muchacha y pude comprobar entonces que la corriente de afecto entre ambos no era de una sola dirección.

Ella casi se lo comía con la mirada y supe que aquella relación sabría superar cualquier obstáculo que se le opusiera. Pocos días después de aquella visita vino a mi casa el anciano señor Derby, un hombre que me inspiraba el mayor respeto y admiración del mundo. Al enterarse de la nueva amistad de su hijo, había podido sonsacarle la verdad al joven. Edward ya pensaba en el matrimonio y había comenzado a buscar una casa en el barrio residencial de la ciudad. Puesto que estaba al tanto de la influencia que yo solía ejercer sobre el joven Derby, el padre acudía a mí para rogarme que hiciese algo para evitar semejante desatino. Sin embargo, yo decidí ser más honesto que caritativo y compartí con él mis serias dudas de que fuese a tener ningún éxito en aquel sentido. En ocasiones el problema no era el carácter débil de Edward, sino el extraordinariamente fuerte talante de Asenath. El eterno niño que era Edward había transferido la dependencia de la imagen paterna a otra mucho más fuerte y nada cabía hacer sobre ese punto.

Un mes después el juez de paz celebró la boda, por deseo de la novia. Convencí al señor Derby para que no se opusiese, de modo que él, mi mujer y yo asistimos al enlace. Los demás invitados eran unos cuantos estudiantes universitarios «sofisticados» bastante exaltados. Asenath compró la vieja finca de Crowninshield, situada al final de High Street, en campo abierto, donde la pareja de recién casados pensaba instalarse, tras un breve viaje a Innsmouth, de donde se traerían tres criados, libros y algunos utensilios para el nuevo hogar. Se diría que lo que empujó a Asenath hacia Arkham no fue tanto una cortesía hacia Edward y su padre, sino más bien ver satisfecho su deseo de estar cerca de la Universidad, de la biblioteca y de su grupo de jóvenes universitarios.

Cuando vi a Edward después de su luna de miel, lo noté un poco cambiado. Se había afeitado el naciente bigote por complacer a su esposa, pero había otros cambios perceptibles. Se mostraba más reservado, más

ensimismado y más taciturno. Al principio no pude decidir si me gustaba o no el cambio que se había operado en mi amigo, pero sin duda parecía haber madurado. Tal vez el matrimonio fuese algo que lo ayudaría. Me contó que Asenath se había quedado en casa, ya que estaba muy ocupada con la pila de libros y el montón objetos que se habían traído desde Innsmouth —se estremeció al pronunciar este nombre—, además de que se estaba ocupando ella misma de arreglar la casa y la finca de Crowninshield.

La casa de ella en la ciudad tenía un aspecto bastante repulsivo, pero Edward había aprendido cosas sorprendentes a partir de determinados objetos que se hallaban allí. Con la ayuda de Asenath hacía grandes progresos en materia de conocimientos esotéricos. Varios de los experimentos que le enseñaba ella eran sin duda drásticos —hasta el punto de que Edward nunca quiso detallármelos—, pero no albergaba dudas sobre las intenciones de su esposa. Los tres criados eran muy raros. Dos de ellos eran francamente ancianos y habían trabajado para el viejo Ephraim; de vez en cuando se referían a él y a la madre de Asenath de un modo que nadie se podía entender. La tercera persona era una joven trigueña con los rasgos deformes y que despedía siempre olor a pescado.

## III

A partir de ese momento fui viendo a Edward cada vez menos. Al principio pasaban hasta tres semanas sin que en mi puerta resonasen los tres golpes familiares seguidos de los otros dos. Cuando me visitaba —o cuando iba yo a su casa de manera muy ocasional— era evidente su falta de interés por charlar de los temas que hasta en entonces habíamos tenido en común. Se mostraba muy reservado cuando tocaba los estudios esotéricos que antes solía describir y discutir siempre con tanto entusiasmo, y jamás mencionaba a su esposa. Ella tenía un aspecto terriblemente avejentado desde el día de la boda. Tanto era así que ahora parecía ser la mayor de la pareja. La decisión se había marcado mucho más en su cara y había toda una serie de detalles en sí imposibles de describir que se unían para conferirle un aspecto decididamente repugnante. Esa impresión fue muy fuerte tanto en

mi esposa como en mí hijo, de modo que al cabo de poco tiempo no volvimos a visitarlos, lo cual, según Edward y con su proverbial falta de tacto, era un gran alivio para Asenath. De vez en cuando, los Derby emprendían algún viaje; en general decían que con destino a Europa, pero en ocasiones Edward sugería lugares bastante más lúgubres.

Un año después del matrimonio, los cambios experimentados por Edward eran algo que iba de boca en boca. Si bien el cambio advertido era de carácter psicológico fundamentalmente, los rumores no dejaban pasar por alto algunos otros datos de interés. Se decía que a veces Edward adoptaba conductas que eran del todo incompatibles con su naturaleza tan poco robusta. Por ejemplo, se contaba que antes de casarse no sabía conducir, pero que ahora se le veía entrar y salir constantemente de Crowninshield conduciendo el potente Packard de Asenath e incorporarse con una destreza envidiable al enmarañado tráfico de la ciudad. En aquellos momentos daba la sensación de estar regresando de algún lugar o de disponerse a iniciar un viaje, si bien nadie podía establecer el lugar de partida ni el de llegada. La gente únicamente podía asegurar que la mayoría de las veces que lo veían iba circulando siempre por la carretera que conduce a Innsmouth.

Aquella metamorfosis no gustó nada. La gente decía que ahora Edward se parecía mucho a su mujer y al viejo Ephraim, por lo menos en algunos momentos. Otras veces lo veían volver varias horas después de haberse ido. Regresaba con un aspecto ausente y tirado a la bartola en el asiento posterior del coche, que conducía un chófer contratado ex profeso para aquella tarea. Quienes lo conocían desde hacía mucho tiempo advertían cómo se había acentuado la pusilanimidad que lo había acompañado desde niño. Mientras el rostro de Asenath mostraba signos de un acelerado envejecimiento, el de Edward los mostraba de una mayor inmadurez, excepto en los escasos momentos en que aparecían esporádicas sombras de tristeza. Era difícil de comprender. A esas alturas, los Derby ya casi no frecuentaban los ambientes de universitarios más liberales y no porque aquellas formas de vida los hubiesen aburrido ya, sino más bien porque los estudios e inclinaciones a los cuales dedicaban su tiempo espantaban incluso a los estudiantes más atrevidos.

Durante el tercer año de matrimonio, Edward comenzó a desahogarse muy esporádicamente y a decirme que sentía temor e insatisfacción. En ocasiones dejaba caer el misterioso comentario de que «las cosas habían ido demasiado lejos» y con más frecuencia se refería a cierta necesidad de «recuperar la identidad». Al principio no hice demasiado caso de aquellas palabras, pero como él insistió, me animé a hacerle preguntas con mucho tacto, en especial porque no podía sacarme de la cabeza lo que había oído a la hija de mi amigo acerca de la capacidad que tenía Asenath de controlar por hipnosis a sus compañeras de estudios, que aseguraban que durante los trances sentían que se hallaban en otro cuerpo desde el cual miraban el suyo propio, que se encontraba en otro lugar de la estancia. Edward escuchaba mis preguntas con una mezcla de alarma y tranquilidad, pero cuando llegábamos a cierto punto de la charla, la cortaba con la promesa de que más adelante ya hablaríamos de todo aquello sin ninguna clase de trabas.

Poco después falleció el padre de Edward Derby. En aquel entonces no supe que llegaría un momento en el cual yo me alegraría de que hubiese abandonado este mundo en ese instante. Como es natural, Edward se sintió afectado por aquella pérdida, pero dentro de un grado que solo podría denominarse normal. Desde su boda, no había visto a su padre más que unas cuantas veces. Asenath se las había ido apañando para concentrar en ella sola toda la necesidad que tuviese Edward de volcar en alguien los vínculos familiares. La gente rumoreaba que en realidad apenas le había importado la muerte del padre y vinculaban la pérdida del afecto filial al aumento de la arrogancia que mostraba cuando iba sentado tras el volante del coche. Mi amigo sintió una honda necesidad de mudarse a la vieja casa familiar; sin embargo, no fue capaz de convencer a Asenath, que dijo sentirse muy cómoda en Crowninshield.

El matrimonio Derby apenas si conservaba una amistad, la de una mujer que también era amiga de mi esposa. En cierta ocasión ella le confió que recientemente iba caminando un poco más allá del final de High Street con intención de visitar a los Derby, cuando se sorprendió al cruzarse con Edward, que estaba haciendo una de sus veloces y ostentosas salidas en coche. Se acercó a la puerta de la casa, tocó el timbre y salió la horrenda criada para decirle que Asenath tampoco se encontraba en la casa. Mientras

se iba, pudo ver el interior de la casa. Junto a la biblioteca de Edward le pareció divisar fugazmente un rostro que expresaba un dolor y una desesperanza que no se pueden describir. En principio creyó que era Asenath, pues eran los rasgos de la mujer de Edward, pero más tarde a la amiga de mi esposa no le cupo alguna duda de que los ojos de aquel rostro eran evidentemente los tristes y melancólicos del propio Edward.

Aumentó la frecuencia de las visitas de mi amigo y a veces pudo explayarse sobre alguna de sus enigmáticas aseveraciones. Lo que dijo en aquellas raras ocasiones no es fácil de creer ni siquiera en Arkham, pero la lógica con que vertió entonces los problemas esotéricos que lo preocupaban, amenazaban con alterar el equilibrio mental del más sensato. Hablaba de macabras reuniones en sitios apartados, de asombrosas ruinas en el corazón de Maine, debajo las cuales se abrían escaleras sin fin que conducían a abismos inenarrables, a curiosos ángulos que permitían adentrarse en otras dimensiones del tiempo y del espacio, a transmutaciones de la personalidad, a otros mundos, a otros continuos del espacio-tiempo.

Para apuntalar su discurso, de vez en cuando me traía objetos que me dejaban del todo perplejo. Eran artefactos de colores y texturas muy extraños, con curvas o planos que chocarían con cualquier geometría conocida Ante mi curiosidad, se limitaba simplemente a informarme de que procedían del exterior y que era Asenath quien sabía cómo se conseguían. Con una voz cargada de temor solía mencionar al viejo Ephraim Waite, a quien había visto nada más que un par de veces en la biblioteca de la Universidad. Su miedo giraba en torno a la duda de si el viejo realmente había muerto, en sentido físico y espiritual.

En algunos momentos Derby se callaba abruptamente y se quedaba como suspendido en el vacío. Entonces yo no podía dejar de pensar que aquella interrupción era cosa de Asenath, que, desde la distancia y por algún procedimiento extraordinario, lo dejaba sin habla porque le molestaba lo que mi amigo me contaba. Y es que sin duda algo debió sospechar, ya que poco después sus palabras y miradas hacia mí estaban claramente cargadas de una terrible ferocidad. También comenzó Derby a tener grandes dificultades para llegar a mi casa. Aunque dijese que iba a ir a otro lugar, al encaminarse hacia mi casa, una inexplicable fuerza lo paralizaba o su mente

quedaba en blanco, de modo que no podía discernir adónde se dirigía. Únicamente era capaz de llegar hasta mi casa cuando Asenath se encontraba lejos, «lejos dentro de su propio cuerpo», como dijo en cierta ocasión. Pero al final ella siempre se enteraba de los movimientos de Edward, pues para eso tenía a unos criados que vigilaban celosamente los desplazamientos de su marido.

Esto demuestra que nunca consideró necesario adoptar medidas más drásticas para cortar de raíz nuestra relación.

## IV

Un día de agosto, recibí un telegrama enviado desde Maine. Hacía ya unos dos meses que no veía a Edward y solo sabía que estaba fuera por negocios. Creía que Asenath lo habría acompañado, pero se rumoreaba que se vislumbraba a alguien en la casa, tras las cortinas de las ventanas del primer piso. También se hablaba de las compras que realizaban los criados. El telegrama era del alguacil de Chesuncook y en él me hablaba de un chiflado con la ropa hecha jirones que había salido del bosque, delirando y gritando mi nombre para pedirme ayuda.

Chesuncook es una zona boscosa y abrupta que rodea a Maine. Pasé una jornada entera siendo zarandeado mientras viajaba por el borde de impresionantes barrancos antes de llegar en coche al lugar que citaba el alguacil. Encontré a Edward encerrado en una habitación de la granja que servía de cárcel; estaba entre el delirio y la apatía. No tardó en reconocerme y me obsequió con un torrente de palabras cuyo sentido no pude comprender.

—¡Por el amor de Dios! ¡El infierno de los shoggoths![31] Hay que descender los seis mil escalones… allí está la abominación de lo abominable… ¡là!… ¡Shub-Niggurath!… La figura en el altar… el aullido de quinientos… el encapuchado decía «Kamog, Kamog»… es el nombre secreto de Ephraim en el aquelarre… y yo estaba allí… Asenath prometió que jamás me llevaría… Un instante antes estaba encerrado bajo llave en la biblioteca… y de pronto estaba ella allí con mi cuerpo…, el peor de los

infiernos…, el reino de las tinieblas…, el cancerbero guarda la puerta…, apareció un shoggoth… y vi cómo cambiaba de forma…, no lo pude aguantar… La mataré si vuelve a enviarme a ese lugar…, lo mataré a él…, mataré lo que sea… Lo haré con mis propias manos…

Pasé más de una hora tratando de calmarlo hasta que finalmente lo conseguí. Le compré ropa en el pueblo y al día siguiente regresamos a Arkham. El delirio furioso había cedido para dejar en su lugar un silencio reconcentrado, pero cuando pasamos por Augusta se puso a farfullar, como si el simple hecho de ver una ciudad le despertase recuerdos odiosos. Era indudable que no deseaba volver a su casa y, teniendo en cuenta los delirios que le inspiraba su mujer —los cuales yo atribuí a alguna experiencia hipnótica a la cual ella lo habría sometido—, decidí que lo más conveniente sería no llevarlo de regreso a su hogar. Así pues, lo alojé en mi casa durante algún tiempo, pese a ser consciente de los problemas que aquella decisión podría acarrearme con Asenath. Más adelante le ayudaría con los trámites para solicitar el divorcio, pues lo que era indudable es que continuar con aquella mujer supondría el suicidio para Edward. Mientras meditaba sobre todos estos asuntos, mi amigo echaba una cabezada en el asiento del acompañante mientras yo conducía.

Ya era de noche cuando pasábamos por Portland, entonces Derby volvió a farfullar una violenta andanada de insultos contra Asenath. No se podía negar que la esposa había quebrantado el equilibrio nervioso de mi amigo, que ahora no lograba zafarse de una red de alucinaciones que tejía alrededor de ella. En voz queda y con mucha claridad, me confió que la situación por la que entonces estaba pasando no era sino una dentro de una larga serie de ellas. Se quejaba de que llegaría un día en que ya no podría escapar de las redes tendidas por su esposa. Si lo soltaba en estos momentos, sin duda se debía a que no podía hacer otra cosa, ya que todavía no era capaz de aprisionarlo durante demasiado tiempo. Casi siempre se apoderaba de su cuerpo, después se marchaba a cualquier parte para participar en singulares ritos y a él lo dejaba encerrado en el piso de arriba, dentro de su cuerpo femenino. A veces no conseguía tenerlo sometido demasiado rato. Y así, de pronto, Edward se reencontraba con su cuerpo en cualquier lugar, por lo general horrible. Eso fue lo que ocurrió cuando lo halló el alguacil en la

linde del espeso bosque. Supe entonces que no era la primera vez que se veía obligado a volver a su casa desde muy lejos, suplicándole a alguien de buena voluntad que se ocupase de conducir el coche.

Con el tiempo, los lapsos durante los cuales se apoderaba de su cuerpo eran mayores. Asenath trataba de ser un hombre y esto explicaba sus intentos con el pobre Edward. El joven Derby tenía las características perfectas para sus proyectos: una inteligencia lúcida con una débil voluntad. Quizá no estuviese lejos el día en el que se apropiaría para siempre de su cuerpo y se transformaría en un gran brujo, como su padre, mientras que Edward quedaría encerrado dentro de aquella carcasa femenina que ni siquiera podía ser considerada humana.

Derby hablaba y farfullaba en el asiento del copiloto. En un momento dado volví la cabeza y lo contemplé. Entonces pude corroborar una impresión previa que había recibido. Aunque parezca un sinsentido, daba la sensación de que se encontraba en unas condiciones físicas inmejorables. Se le veía más robusto y no se notaba en su cuerpo la flacidez habitual de su indolencia cuando se trataba del cuidado físico. Era como si por primera vez en su sosegada vida estuviese obligado a llevar a cabo alguna actividad física constante, circunstancia que me llevó a deducir que Asenath estaba detrás de aquel nuevo dinamismo corporal y mental de mi amigo. Ahora bien, en aquel preciso momento las manifestaciones de su mente eran más bien lamentables, ya que de su boca solo salían incongruencias sobre su mujer, sobre magia negra, el viejo Ephraim y otras barbaridades. En ocasiones reconocía algunos de los nombres que pronunciaba por el recuerdo que aún conservaba de consultas inconsistentes y esporádicas de volúmenes dedicados al esoterismo. El hilo de la conversación —más bien un monólogo— de Edward no era coherente. Cada poco tiempo se callaba y parecía como si estuviese tomando aliento para confesar una revelación final y agobiante.

—Dan, Dan, ¿recuerdas sus ojos feroces, aquella barba descuidada que nunca se llenó de canas? Una vez me clavó su mirada terrible. Jamás lo olvidaré porque ahora esa mirada está en los ojos de ella. Sé el motivo. El viejo encontró la fórmula en el *Necronomicón*. No sé muy bien en qué página estará, pero cuando lo averigüe podrás leerlo y enterarte. Sabrás

entonces por qué se me ve en este estado lamentable. Pasó de… de… de un cuerpo a otro y después a otro… Así nunca morirá… El fuego de la vida… él sabe cómo apagarlo…, sabe cómo hacerlo brillar aunque el cuerpo haya muerto… Si te doy algunas pistas, podrás adivinar… Escúchame Dan… ¿Te haces una idea de por qué mi mujer trata de no escribir inclinando las letras hacia la izquierda? ¿Viste alguna vez algo escrito por el viejo Ephraim? ¿Sabes por qué sentí que me moría cuando vi la forma de escribir de Asenath?

»Asenath… ¿Existe realmente una persona con ese nombre?… ¿Por qué dijeron que habían hallado veneno en las vísceras del viejo Ephraim? ¿Oíste alguna vez los rumores de los Gilman sobre cómo gritaba el viejo cuando enloqueció y Asenath lo encerró en el cuarto acolchado de la buhardilla, el mismo donde había estado el otro?… a lo mejor allí solo estaba encerrada el alma del viejo… ¿Se puede determinar quién recluyó a quién? ¿Recuerdas que el viejo estuvo buscando durante mucho tiempo a alguien que tuviese una inteligencia preclara y una voluntad muy débil? ¿Recuerdas cómo maldecía a su hija por no haber nacido hombre? ¿Puedes decirme, Daniel Upton, qué siniestro cambio se produjo en aquella casa de pesadilla en la que el despiadado monstruo manejaba a su antojo a aquella criatura confiada, medrosa y no del todo humana? ¿Es que no se operó un cambio como el que ahora se está produciendo conmigo? ¿Sabes por qué ese ser llamado Asenath escribe de una manera tan extraña cuando nadie la ve, de una manera en que es totalmente imposible distinguir su escritura de la de…?

En ese mismo instante sucedió. La voz de Derby se estaba haciendo cada vez más estridente conforme avanzaba en su monólogo hasta rayar en el grito histérico, cuando de pronto se apagó tras una especie de chasquido en apariencia metálica. Recordé que también en mi casa en ocasiones se había interrumpido imprevistamente, como si obedeciese órdenes; no me cupo ninguna duda de que le ordenaba callar alguna poderosa onda mental de Asenath. Ahora bien, esta vez la situación resultaba mucho más terrible porque los rasgos del rostro de Edward se retorcieron hasta que este se volvió prácticamente irreconocible. Mientras tanto, su cuerpo fue presa de unas horrendas convulsiones. Era como si todos sus huesos y músculos y

nervios se viesen forzados a adoptar violentamente una posición, una tensión y una personalidad que no eran las suyas.

Me invadió el horror. Sentí un malestar indescriptible, una aguda repulsión y mis manos dejaron de sostener el volante. El ser que tenía en el asiento de al lado ya no era mi amigo de toda la vida, sino una monstruosa criatura que parecía proceder de los espacios siderales e irradiaba desconocidas y malsanas fuerzas.

Durante mi momento de horrorizada indecisión, mi nuevo compañero de viaje me arrebató el volante de las manos y me obligó a cambiar el asiento con él. Era una noche sin luna y las luces de Portland brillaban tenuemente detrás de nosotros, por lo que apenas si pude verle la cara. Percibí el brillo que irradiaban sus ojos y comprobé que la gente tenía razón al asegurar que a veces se convertía en un soberbio sin freno al mando del volante. No podía creer que el apático y timorato Edward Derby estuviese dándome órdenes y mostrando una soberbia tan arrogante como conductor, precisamente él, que jamás se atrevía a entablar una discusión y que siempre se jactaba de no saber conducir. Sin embargo, esa era entonces la situación y en medio de mi desazón lo único que me calmaba era que todo aquello estuviese sucediendo sin que él se decidiese a abrir la boca.

Al pasar por Biddeford y Saco, las luces me permitieron ver que mantenía la boca apretada con fuerza y mi estremecido horror se renovó al hallar de nuevo el fulgor de sus ojos. También pude comprobar algo que había oído: que durante aquellos trances se parecía mucho a su esposa y al viejo Ephraim. Sus actitudes eran desagradables, sus gestos no parecían naturales, pero lo más inquietante era la clara conciencia de que aquel hombre a quien durante toda mi vida había conocido como Edward Pickman Derby, no era más que un extraño, una presencia endemoniada procedente de algún infierno sideral. Al adentrarnos en un tramo oscuro de la carretera habló de nuevo con una voz que apenas pude reconocer como la de mi amigo. Era mucho más áspera, cortante y tanto su entonación como el énfasis de la pronunciación no se parecían en nada a los que yo podía recordar. En el fondo de aquella voz había una veta de ironía agresiva que era diametralmente opuesta a la falsa ironía desenfadada y algo desmañada

con la que Edward solía obsequiar al mundo. Ahora estaba cargado de algo siniestro, malévolo y corrosivo.

—Espero que no te preocupes por el ataque que he sufrido hace un rato, mi querido Upton —me dijo mi acompañante—. Ya sabes cómo son mis nervios. Te pido disculpas por las molestias que estoy causando y te agradezco mucho que me lleves a casa.

»Te ruego que olvides todas las sandeces que haya podido decir sobre mi mujer y, en general, todos las ideas descabelladas con las que te haya abrumado. Son las consecuencias de pasar demasiado tiempo embebido en una materia como la mía. Mi filosofía se fundamenta en conceptos y nociones muy extraños, así que cuando la mente no resiste, se pone a imaginar todo tipo de delirios. Voy a tomarme unas vacaciones prolongadas. Es posible que pasemos algún tiempo sin vernos, pero no creas que es por culpa de Asenath.

»Es posible que este viaje te parezca incomprensible en muchos de aspectos, pero la verdad es que tiene una explicación de lo más sencillo. En los bosques del norte hay unas ruinas que pertenecen a los indios, en general piedras, que son muy valiosas para el folclore. Asenath y yo nos hemos dedicado a estudiarlas muy a fondo. Ha sido un trabajo agotador que puede hacer que uno pierda por momentos la cabeza. Cuando llegue a casa enviaré a alguien para que vaya a buscar el coche. Y me tomaré al menos un mes de vacaciones, como acabo de decirte.

No sé si yo llegué a decir alguna palabra, pues la transmutación de mi amigo me tenía paralizado. Experimentaba una sensación creciente de estar frente a un horror cósmico inexplicable y lo único que me obsesionaba era que aquel viaje terminase de una vez por todas. Derby insistía en no soltar el volante y sentí con cierto alivio la velocidad con que dejábamos atrás Portsmouth y Newburyport.

Cuando llegamos al cruce donde la carretera principal se desvía para no tener que ir por Innsmouth, temí que el conductor optase por desviarse a ese funesto lugar. Por suerte no lo hizo, sino que pasamos velozmente por Rowley y por Ipswich hasta que por fin llegamos a nuestro destino. Era poco antes de la medianoche cuando llegamos a Arkham y vimos que aún estaba encendida la luz en la vieja casa de Crowninshield. Derby se bajó y

yo me volví apresuradamente a mi casa con una eufórica sensación de alivio, como también me causaba alivio la noticia de Derby de que pasaría un tiempo antes de que volviésemos a vernos.

## V

Los dos meses después de aquel viaje terrible fueron una época de rumores desatados. Todo el mundo decía que ahora se veía a Edward cada vez más en su versión dinámica y arrogante y que casi nunca se veía a Asenath, en cambio. Derby me visitó únicamente una vez. Llegó como un rayo en el coche de Asenath para recoger unos libros que me había prestado. Me dirigió unas cuantas palabras de cortesía, pues cuando se hallaba en su papel dinámico y petulante no tenía nada que decirme, y en aquellos momentos tampoco hacía gala de la costumbre de los tres golpes en la puerta seguidos por los otros dos. Me volvió a suceder lo mismo que la noche en que lo dejé frente a su puerta: cuando se marchó sentí un gran alivio.

A mediados de septiembre, Edward se ausentó durante una semana; uno de los integrantes más activos del grupo decadente de estudiantes dejó caer la hipótesis de que habría ido hasta Nueva York a ver al cabecilla de un culto prohibido en Inglaterra. Por mi parte, no podía sacarme de la cabeza el horrendo viaje que hicimos desde Maine. La transmutación de la que fui testigo me afectó mucho y no dejaba de tratar de dar con una explicación a aquel espantoso misterio.

La gente del vecindario comenzó a hablar de los lastimeros sollozos que se oían en la vieja casa de Crowninshield. Parecían de mujer y, según algunos, pertenecían a Asenath, que las pocas veces en que se dejaba ver daba la sensación de estar sometida a una fuerte represión. Llegó a hablarse de la posibilidad de avisar a la policía para que iniciase una investigación de los hechos, pero la idea se abandonó cuando apareció por sorpresa la propia Asenath en la calle conversando animadamente con un grupo de conocidos a los que pidió disculpas por las molestias que podría haber ocasionado un reciente ataque de histeria que había afectado a una visitante que habían

tenido. En todo caso la palmaria y convincente presencia de la mujer bastó y sobró como para disipar toda duda y acabar con cualquier suposición.

Una tarde de mediados de octubre, oí en mi puerta la sucesión de tres golpes seguidos por los otros dos. Abrí y me encontré con el Edward de los viejos tiempos, al cual no había vuelto a ver desde el preciso instante en que sufrió el cambio durante el viaje a Maine. Se le notaba tenso, presa de emociones muy dispares. Cuando cerré la puerta tras él vi que echaba una mirada temerosa a sus espaldas.

Fuimos a mi despacho y me pidió un trago para calmarse. Preferí no preguntarle nada y dejé que fuese él quien marcara las pautas de la conversación. Pasó un rato antes de empezar a monologar con voz sobresaltada. —Asenath se ha marchado. Anoche, mientras los criados estaban fuera, hablé con ella y le obligué a prometer que dejaría de acosarme. Claro que tengo ciertas garantías que todavía no te he contado. La obligué a que me deje en paz. Se puso hecha una furia, pero no tuvo más remedio que hacerlo. Guardó un poco de ropa en las maletas y se marchó a Nueva York. Casi no llegó al expreso de las ocho y veinte para Boston. Ahora todos volverán a murmurar, como siempre, pero me tiene al fresco. No le cuentes a nadie que discutimos; será mejor que digas solo que Asenath ha emprendido un largo viaje de estudios. Probablemente se quedará a vivir con esos fanáticos. ¡Ojalá que se quede en la costa oeste y me pida el divorcio! Al menos me prometió que se mantendrá alejada de mí y que no me molestará más. No sabes lo espantoso que era, Dan… me robaba el cuerpo…, estaba tomando mi lugar…, me había convertido en un prisionero. Opté por dejarle hacer y que llevase la delantera, pero tenía que estar siempre en guardia. Podía conseguirlo si ponía mucho cuidado porque ella es incapaz de leer mis pensamientos con mucho detalle. A duras penas podía saber que estaba tramando una rebelión, pero me ha salvado el hecho de que ella creyese que soy más cobarde de lo que realmente soy. Jamás supuse que podría dominarla…, pero me había reservado uno o dos conjuros que por suerte funcionaron.

Derby repitió el gesto de la mirada aterrada por encima del hombro y apuró un generoso trago de whisky.

—Esta mañana eché a esos malditos criados. Fue cuando regresé y protestaron con energía, pero se marcharon. Son de Innsmouth y obedecen ciegamente a Asenath. Voy a buscar a los antiguos criados de mi padre porque he decidido mudarme a casa cuanto antes.

»Sé que debo parecerte un tarado, Dan; pero piensa en las historias de Arkham y estarás de acuerdo conmigo que en ella hay elementos más suficientes como para respaldar lo que te he contado… y lo que te voy a contar porque tú mismo viste una de esas mutaciones. ¿Te acuerdas? Fue en tu propio coche. En un momento determinado Asenath se apoderó de mí… y me expulsó de mi propio cuerpo. Recuerdo que fue en el momento en que iba a contarte la clase de ser que es Asenath. Ahí fue cuando se apoderó de mí y yo me vi instalado de pronto en mi biblioteca, que los malditos criados cerraban con llave y dentro de ese cuerpo diabólico que ni es humano. Era ella, no yo, quien te acompañó el resto del viaje; ella, que era como un lobo feroz dentro de mi cuerpo. No pudiste dejar de notar la diferencia.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras continuaba. Claro que había notado el cambio. ¿Cómo no iba a notarlo? Pero ¿era creíble esa explicación? El monólogo de Edward era incontenible.

—Salvarme, Dan; mi único objetivo era salvarme. Debía hacerlo. El plan de Asenath era apoderarse de mí para siempre cuando llegase el día de Todos los Santos. Ese día celebraban un aquelarre más allá de Chesuncook y con el sacrificio ritual yo ya no tendría escapatoria porque quedaría en manos de ella para siempre… Ella habría sido yo para siempre y yo habría sido ella hasta el fin de los tiempos. Habría cumplido así su sueño de ser un hombre de carne y hueso. Me figuro que luego intentaría deshacerse de mí dando muerte a su antiguo cuerpo conmigo dentro, como hizo antes.

Llegado a este punto de su relato, el semblante de Edward fue presa de una descomunal tensión; se inclinó más hacia mí y, bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro, prosiguió:

—Estando en el coche se me ocurrió que ella no es en realidad Asenath, sino el viejo Ephraim en persona. Lo cierto es que ya antes lo había sospechado, pero entonces tuve la prueba. Se puede comprobar en su caligrafía cuando la pillas desprevenida. A veces escribe textos muy largos con la misma letra del viejo. Él se refugió en el cuerpo de su hija cuando

sintió que iba a morir. Ella fue la única persona a mano con una mente despierta pero una personalidad tímida. Se apoderó de su cuerpo de forma permanente, como pretendió hacer conmigo Asenath. Después envenenó el anciano cuerpo donde había alojado a su hija. ¿No has visto relucir docenas de veces los diabólicos ojos del viejo en los de Asenath? ¿No te has dado cuenta de que esa misma mirada aparece en mis ojos cuando ella se apodera de mí?

Derby tuvo que detenerse para tomar aliento. No me atrevía a decir una palabra. Al cabo de un momento el tono de su voz recuperó la normalidad. Para mí, Edward estaba como una cabra, pero lo cierto es que no sería yo quien lo llevase a un manicomio. Tal vez las aguas volviesen a su cauce con el paso del tiempo y la ausencia de Asenath. Era más que evidente que mi amigo estaba lo bastante escaldado como para retomar sus prácticas de ocultismo.

—Con el tiempo te contaré más cosas que desconoces. Ahora me siento agotado. Ya te contaré los horrores en los que me metí por culpa de Asenath, horrores que aún se alientan entre nosotros debido a unos cuantos fanáticos que se encargan de mantenerlos vivos. Hay personas capaces de hacer ciertas cosas que nadie debería hacer. He sido uno de ellos, pero todo eso ya se ha terminado para mí. Si estuviese a mi cargo la biblioteca de Miskatonic, reduciría a cenizas con mis propias manos el maldito *Necronomicón* y todos los libros de su calaña.

»Pero Asenath ya no podrá apoderarse de mí a partir de ahora. No tardaré en irme de esa casa y volver a mi hogar. Sé que puedo contar contigo. Te he hablado de esos diabólicos criados… sobre todo de lo que son capaces de hacer si la gente insiste en preguntar por el paradero de Asenath. ¿Has visto que no puedo dar las señas de ella? Quien desee indagar podría malinterpretar nuestra separación y sé muy bien que algunos de esos fanáticos albergan ideas y métodos de lo más expeditivo. Sé que estarás de mi parte si llegase a pasar algo… incluso si tengo que decirte cosas que te provocarán una gran alteración…

Casi como es natural, Edward se quedó aquella noche en casa, en una de las habitaciones de huéspedes. Por la mañana parecía mucho más sereno. Examinamos sus planes para volver al hogar de su familia. Yo, por mi parte,

sentía la necesidad de que no perdiese ni un segundo en la puesta en práctica del proyecto. Durante las siguientes semanas nos vimos muy a menudo. En nuestras reuniones no se habló de casi ninguna cosa extraña; la conversación se centraba casi exclusivamente en las tareas de restauración que se estaban llevando a cabo en la casa de los Derby y en los viajes que planeábamos realizar el verano siguiente.

Asenath había desaparecido por completo de nuestras conversaciones; por cierto que era un tema que desagradaba profundamente a Edward. Mientras, en la ciudad se rumoreaba sobre la extraña pareja que vivía en Crowninshield, aunque a aquellas alturas esto no implicase novedad alguna. Sin embargo, no me gustó nada lo que en cierta ocasión le oí decir al banquero de Derby en el club de Miskatonic: que Edward enviaba con frecuencia cheques a unos vecinos de Innsmouth llamados Moses y Abigail Sargent y Eunice Babson. Temí que mi amigo estuviese siendo la víctima de un chantaje por parte de los malditos criados. Sin embargo, Edward nunca me dijo nada al respecto.

Yo esperaba con muchas ganas la llegada del verano y de las vacaciones para realizar los viajes que habíamos planeado Edward y yo. No obstante, la salud de mi amigo no mejoraba con la rapidez que hubiese sido deseable. Incluso en sus raros momentos de alegría, asomaban matices de histeria y la sucesión de estados depresivos y aprensivos que ocupaban una buena parte de su jornada. En el mes diciembre, la vieja casa de la familia Derby quedó en condiciones de volver a ser ocupada, pero inexplicablemente Edward iba retrasando la mudanza. Odiaba y temía la casa de Crowninshield, pero algo misterioso lo mantenía atado a ella. Todos los días se buscaba un nuevo pretexto para aplazar el traslado de sus cosas a la casa de la familia. En cierta ocasión se lo hice notar y entonces pareció más asustado de lo habitual. El viejo mayordomo de su padre —a quien había localizado y contratado— llegó a hablarme de los extraños paseos que daba Edward por la casa, sobre todo por el sótano, y de los malos presentimientos que aquello le causaba. Le pregunté entonces si su amo había recibido alguna carta de Asenath, pero el anciano me aseguró que no había visto carta alguna en el buzón.

# VI

Debió ser por Navidad cuando Derby sufrió un ataque mientras se hallaba de visita una tarde en mi casa. Yo dirigía la conversación hacia el viaje que planeábamos hacer el siguiente verano cuando Derby lanzó un súbito grito y saltó de la silla en que estaba sentado y su rostro adquirió un aspecto de temor espantoso e irrefrenable; su semblante mostraba el pánico y la aversión que únicamente las peores pesadillas pueden producir en una mente sana.

—¡Mi cabeza! ¡Mi cerebro! ¡Dios mío, Dan!… tira con fuerza… desde lejos… me golpea… me desgarra… esa bruja… ahora mismo… Ephraim… ¡Kamog! ¡Kamog! ¡El averno de los shoggoths!… ¡là! ¡Shub-Niggurath! ¡La Negra Cabra de los Bosques con sus Diez Mil Vástagos!… La llama…, la llama… más allá del cuerpo, más allá de la vida…, en las profundidades de la tierra… ¡Oh, Dios mío!…

Volví a sentarlo en la silla y le hice beberse un vaso de vino mientras su agitación daba paso a una lánguida apatía. No opuso ninguna resistencia, pero no dejaba de mover los labios, como si estuviese hablando consigo mismo. De inmediato noté que trataba de hablarme a mí, así que pegué el oído a su boca en un intento de captar sus débiles palabras.

—Otra vez, otra vez…, trata de hacerlo de nuevo…, debí suponerlo., nada puede detener esa fuerza, ni la distancia, ni los conjuros, ni la muerte…, se lanza sobre mí una y otra vez, en especial por la noche… No puedo escapar… Es horrible… ¡Oh, Dios mío! Dan, si pudieses hacerte una mínima idea de lo espantoso que es todo esto…

Luego se sumió en una especie de sopor, le puse unos almohadones debajo del cuerpo y dejé que conciliase el sueño. No hice buscar al médico porque sabía muy bien lo que diría sobre su estado mental y yo quería dejar obrar a la naturaleza… si es que aún cabía albergar alguna clase de esperanza. Edward se despertó ya a medianoche y entonces lo acosté en el piso de arriba; sin embargo, cuando me levanté a la mañana siguiente, ya se había marchado. Había salido sin hacer ningún ruido, y cuando lo llamé por teléfono a su casa, el mayordomo me comunicó que estaba dando vueltas por la biblioteca.

La salud de Edward empeoró mucho a partir de aquella noche. Ya no venía a hacerme visitas, aunque ahora era yo quien iba a visitarlo a diario. Siempre me lo encontraba en la biblioteca, sentado con la mirada perdida en el vacío, como si estuviese oyendo algo anormal. En ocasiones hablaba juiciosamente, pero siempre sobre cosas triviales. Cualquier mención a su enfermedad, a planes futuros o a Asenath hacía que se enfureciese. Su mayordomo dijo que por la noche sufría horrendos ataques, durante los cuales incluso llegaba a producirse lesiones. Tras consultar detenidamente con su médico de cabecera, su banquero y su abogado, finalmente decidí que lo visitasen su médico y dos especialistas.

Tras formularle las primeras preguntas, Edward sufrió unos espasmos tan violentos que lo hicieron digno de la mayor compasión. Aquella misma tarde se lo llevaron en un coche cerrado, entre forcejeos, al sanatorio de Arkham. Tuve que hacerme cargo de su tutela y lo visitaba dos veces por semana. Sus gritos ensordecedores, sus terroríficos murmullos y su horrible e inagotable repetición de frases como: «Tuve que hacerlo…, tuve que hacerlo… Se apoderará de mí…, se apoderará de mí… Allí abajo…, allí abajo en las tinieblas… ¡Madre! ¡Madre! ¡Dan! ¡Salvadme!… ¡Salvadme!», casi hacía que se me saltasen las lágrimas. Si existían posibilidades de recuperación, eso es algo que nadie se atrevía a pronosticar, pero en cualquier caso me esforcé por no abandonar el optimismo. Si lograba salir de aquella situación, Edward necesitaría una casa, así que ordené trasladar a todos sus criados a la mansión de la familia Derby que, sin duda alguna, sería el lugar que él escogería para conservar su sano juicio. No supe qué hacer con la finca de Crowninshield, con todos sus muebles y las colecciones de las cosas más inexplicables que pueda imaginarse. Así pues, por el momento opté por no hacer nada con la casa y simplemente les dije a los criados de Derby que se pasasen por allí una vez por semana a quitar el polvo de las habitaciones principales y a que el encargado de la calefacción encendiese la caldera esos mismos días.

La pesadilla definitiva se produjo unos días antes de la Candelaria y, cruel ironía, fue precedida por un falso destello de esperanza. A última hora de una mañana de enero, llamaron por teléfono del sanatorio para decir que Edward había recobrado de pronto el juicio. Según explicaron, su memoria

se había visto muy afectada, pero no cabía duda: se encontraba en sus cabales. Como es natural, durante un tiempo debería seguir en observación, pero casi con toda probabilidad podía vaticinarse el desenlace. Si todo seguía como hasta entonces, le darían el alta en una semana. Loco de alegría por la noticia que acababan de comunicarme, fui al hospital tan deprisa como pude, pero me quedé atónito cuando entré tras una enfermera en la habitación de Edward. El paciente se levantó para saludarme y me alargó la mano con una cordial sonrisa, pero de inmediato me di cuenta de que se hallaba en aquel estado extrañamente sobreexcitado que no se parecía en nada a su forma de ser natural. Mostraba aquella personalidad fanfarrona que tan inefablemente horrible me había resultado y sobre la que el propio Edward dijo en cierta ocasión que era el alma intrusa de su esposa. Era exactamente la misma mirada abrasadora —idéntica a la de Asenath y del viejo Ephraim— y aquella expresión firme de la boca. Cuando hablaba pude advertir en su voz la misma tétrica y aguda ironía, aquella profunda ironía que hacía pensar de una forma tan insistente en un mal en ciernes. Me hallaba nuevamente ante la persona que había conducido mi coche aquella noche de hacía cinco meses, la que no había vuelto a ver desde aquella breve visita en la que se olvidó de la vieja señal del timbre y me despertó unos vagos temores y ahora me provocaba la misma sensación tenebrosa de pavoroso delirio e indescriptible horror cósmico.

Me habló en tono amable sobre los trámites que debía llevar a cabo para sacarlo de allí, ante lo cual solo pude asentir pese a sus fallos de memoria sobre hechos muy recientes. No obstante, tuve la impresión de que algo terrible, inexplicable, erróneo y anormal le ocurría. Aquella criatura guardaba dentro de sí horrores que yo no podía comprender. Estaba en su sano juicio, eso era indudable, pero ¿era el mismo Edward Derby que había conocido? En caso contrario, ¿quién o qué era y dónde estaba el auténtico Edward? ¿Estaría en libertad o encerrado en algún lugar? ¿O a lo mejor habría desaparecido de la faz de la tierra? Se podía notar una sensación de repugnante sarcasmo en todo lo que aquella criatura decía. Sus ojos, muy semejantes a los de Asenath, dejaban traslucir una ironía de lo más desconcertante cuando aludía a ciertas palabras sobre la libertad ganada

hacía años gracias a una reclusión muy severa. Debí comportarme de una forma muy torpe, pero lo cierto es que salir de allí fue un verdadero alivio.

Aquel día y el siguiente no dejé de devanarme los sesos pensando en el problema. ¿Qué había pasado? ¿Qué inteligencia miraba a través de aquellos ojos ajenos al rostro de Edward? Casi no podía pensar en otra cosa que no fuese en ese terrible y complicado misterio, hasta el punto de que tuve que dejar de lado mi trabajo. Al día siguiente por la mañana telefonearon del hospital para decirme que el estado del paciente no había experimentado cambios. Ya avanzada la tarde a punto estuve de padecer un ataque de nervios; reconozco que fue algo, pero otros dirán que matizó la visión que después experimenté. No tengo nada que decir sobre ese punto, excepto que ninguna de mis demencias puede explicar toda la evidencia.

## VII

Fue durante la noche —tras aquella segunda tarde— cuando se cernió sobre mí el más espantoso de los horrores, que me sumió en un pánico cruel y atenazador del que jamás me libraré. Todo empezó con una llamada telefónica cerca de la medianoche. Yo era la única persona que estaba levantada en toda la casa, así que, medio dormido, descolgué el auricular que había en la biblioteca. No parecía haber nadie al otro lado de la línea. Yo ya estaba a punto de colgar e ir a acostarme cuando mi oído creyó captar un débil sonido. ¿Tal vez sería alguien con grandes dificultades para hablar? Escuché atentamente y creí oír una especie de chapoteo medio líquido —una especie de glub…, glub…, glub…— que daba la rara impresión de evocar una palabra inarticulada e ininteligible o una serie de sílabas entrecortadas. Entonces pregunté «¿Quién es?», pero la respuesta que volví a oír fue aquel «glub…, glub…, glub…, glub». No me quedó otro remedio que suponer sería algún ruido automático. Sin embargo, al imaginar que quizá fuese debido a que el aparato estuviese averiado y que solo podían escucharme, pero no hablar, añadí: «No puedo oírle. Por favor, cuelgue y llame a la centralita». Oí entonces cómo colgaban de inmediato el auricular al otro extremo de la línea.

Como decía, esto debió ser sobre la medianoche más o menos. Cuando se investigó más tarde la procedencia de la llamada, se supo que la habían hecho desde la vieja casa de Crowninshield, pese a que todavía faltaba media semana hasta el día en que la criada debía pasarse por allí. Solamente daré una idea aproximada de lo que se halló cuando entraron en la casa: un desbarajuste en el trastero más escondido del sótano, huellas, tierra, un armario desvalijado a toda prisa, unas huellas misteriosas en el teléfono, papel de escribir utilizado sin ningún cuidado y un tufo asqueroso que impregnaba cada rincón de la casa. Estos ineptos agentes de policía han elaborado sus teorías —ya muy vistas— y van tras los criados despedidos, los cuales se han esfumado teniendo en cuenta el actual estado de cosas. La policía habla de una terrible venganza por lo que les hicieron, y aseguran que me incluyeron a mí porque era el mejor amigo de Edward y su consejero.

¡Imbéciles! ¿Cómo pueden pensar siquiera que esa panda de majaderos inútiles supo imitar aquella escritura? ¿Es que se figuran que fueron ellos los culpables de lo que ocurriría después? Pero ¿acaso están tan ciegos que no ven los cambios que se operaron en el cuerpo que fue de Edward? En cuanto a mí, ahora creo todo lo que me dijo Edward Derby. Existen horrores que van más allá de los límites mismos de la vida y que ni siquiera nos podemos imaginar, y solo a veces, cuando la maligna curiosidad humana nos los pone al alcance. Ephraim…, Asenath…, el diablo los atrapó en sus redes, y ellos liquidaron a Edward y ahora quieren hacer lo mismo conmigo.

Y ¿tengo yo garantías de estar a salvo? Esos poderes sobreviven a la vida del cuerpo. Al día siguiente —ya por la tarde y tras recuperarme del estado de postración en que me hallaba y cuando conseguí ponerme en pie y articular algunas palabras coherentes— fui al sanatorio mental y maté a Edward disparándole varios tiros por su bien y el de toda la humanidad. Pero ¿cómo estar seguro hasta que no lo incineren? Conservan el cuerpo para que varios médicos le realicen una absurda autopsia, pero insisto en que deben cremarlo. Deben reducir a cenizas a aquel que no era Edward Derby cuando le disparé. Enloqueceré si no lo hacen, pues muy probablemente yo sea la próxima víctima. Pero no me falta el valor, y no

permitiré que se apoderen de mí los monstruosos miedos que acechan continuamente. Ephraim, Asenath, Edward, ¿cuál de los tres vive? Pero a mí no me robarán mi cuerpo… ¡No permitiré que me cambien por ese cadáver acribillado a balazos que reposa en el sanatorio!

De todos modos, trataré de contar con coherencia el espanto final y definitivo. No voy a hablar de lo que la policía se empeña en desoír, ni de las historias que corren sobre esa criatura raquítica, fachosa y pestilente con la que se toparon por lo menos tres transeúntes que iban por High Street sobre las dos de la madrugada y de las huellas que se han hallado en algunos lugares. Solo diré que sobre las dos me despertaron el timbre y la aldaba. Fueron el timbre y la aldaba, los dos, uno tras otro, con un repique vacilante, como una desesperación ahogada, en ambos casos tratando de imitar la antigua señal de Edward de tres llamadas seguidas de otras dos.

Desperté de un profundo sueño y mi cerebro se vio inmerso en un mar de confusión. Derby en la puerta… ¡y se acordaba de la vieja contraseña! Pero si en su nueva personalidad parecía no recordarla… ¿Habría vuelto Edward a su estado normal? ¿Le habrían dado el alta antes de lo previsto o habría escapado? Posiblemente, pensé mientras me ponía la bata y bajaba corriendo las escaleras, al recobrar su identidad se habría sentido irritado y había sido presa de un ataque de delirio, tras lo cual habrían anulado el alta obligándolo a emprender una huida desesperada en busca de la libertad. Fuera lo que fuese, volvía a ser mi buen y viejo amigo Edward, ¡claro que podía contar con mi ayuda!

Al abrir la puerta a la negrura arqueada por la sombra de los olmos, una vaharada de viento insoportablemente maloliente casi me tiró al suelo. Ahogado por la náusea que me invadió todo el cuerpo, pude distinguir una figura raquítica y jorobada en el umbral. Los golpes en la puerta eran de Edward, de eso no cabía duda; pero ¿quién era aquel ser hediondo y canijo? ¿Dónde podría haberse metido Edward en tan poco tiempo? El último timbrazo que había dado apenas sonó un segundo antes de que yo abriese la puerta.

Quien llamaba al timbre llevaba puesto un abrigo de Edward. El dobladillo de los bajos rozaba el suelo. Las mangas, que estaban bien vueltas, le cubrían las manos. Llevaba un sombrero de ala plegada y una

bufanda de seda negra que le tapaba la cara. Al dirigirme hacia él con paso vacilante, emitió una especie sonido semilíquido parecido al que había oído por teléfono… «glub…, glub…» y, clavado en la punta de un largo lápiz, me alargó un papel grande, escrito con una letra apretujada. Incluso bajo los efectos de aquel asqueroso y extraño tufo, tomé el papel y traté de leerlo bajo la luz de la puerta.

No me cabía ninguna duda de que aquella letra era de Edward. Pero ¿por qué habría escrito la nota si podía llamar al timbre? Y ¿por qué su escritura era tan zafia, fea y temblorosa? Apenas podía descifrar nada en aquella penumbra, así que retrocedí unos pasos para entrar en el vestíbulo mientras aquel mensajero canijo me seguía instintivamente con gran esfuerzo, deteniéndose una vez franqueado el umbral. La fetidez que despedía aquella extraña criatura era verdaderamente insufrible y rogué —a Dios gracias no en vano—que mi mujer no se despertase y se viese frente a semejante engendro.

Después, conforme leía el papel, sentí cómo mis piernas empezaban a flaquear y mi vista se nublaba del todo. Cuando recobré el sentido yacía en el suelo, todavía con aquella maldita hoja de papel en las manos, crispadas por el horror que me había atenazado. Esto es lo que decía:

> *Dan, ve al sanatorio y mátalo. ¡Acaba con él! Ya no es Edward Derby. Asenath se apoderó de mí, pero hace ya tres meses y medio que está muerta. Mentí al decirte que se había ido. La maté. Tuve que hacerlo. Sucedió en un abrir y cerrar de ojos, pero en ese momento estábamos solos y yo me hallaba metido en mi auténtico cuerpo. Vi un candelabro y le golpeé con él la cabeza. Si hubiese seguido con vida, se habría apoderado definitivamente de mí el día de Todos los Santos. La enterré en el trastero más escondido del sótano, debajo de unas viejas cajas, y borré cualquier rastro. A la mañana siguiente, los criados sospecharon lo que había ocurrido, pero son tantos los secretos que esa gente oculta dentro de sí mismos que no se atrevieron a acudir a la policía para presentar una denuncia. Los despedí, pero solo Dios*

*sabe qué intentarán hacer, al igual que otros miembros de su culto.*

*Por momentos pensé que todo iría bien, pero al cabo de un rato sentí como si me estuviesen desgarrando el cerebro. Sabía perfectamente de qué se trataba, debía haberlo recordado. Un alma como la de Asenath —o la de Ephraim— solo se separa a medias y continúa viva hasta después de la muerte, mientras dure el cuerpo. Asenath estaba apoderándose de mí —intercambiaba su cuerpo con el mío—, estaba usurpando mi cuerpo al mismo tiempo que me introducía en su cadáver enterrado en el sótano. Sabía muy bien lo que me esperaba, por ese motivo perdí el control y tuvieron que encerrarme en el sanatorio. Luego pasó lo que tanto temía. Me sentí asfixiado por las tinieblas dentro del cadáver en putrefacción de Asenath, que estaba sepultado en el sótano debajo de unas cajas. Ella debía estar usurpando mi cuerpo en el sanatorio para siempre, pues ya había pasado Todos los Santos y el sacrificio sería* válido *aunque ella no estuviese delante… Ella estaría sana, recuperada y lista para llevar a cabo su amenaza sobre el mundo. Estaba desesperado y, a pesar de todo, conseguí escapar de allí.*

*Me siento demasiado débil para hablar —ni siquiera pude hablar por teléfono—, pero sí que me quedan fuerzas para escribir. Confío en que me recuperaré y que se escucharán estas palabras y la recomendación que te hago: mata a ese astuto demonio si valoras en algo la paz y el bienestar del mundo. Asegúrate de que quemen el cadáver. Si no lo haces, seguirá viviendo porque irá pasando eternamente de un cuerpo a otro, y no es necesario que te diga lo que puede hacer. No dejes que te atrape nunca la magia negra, Dan; es algo realmente diabólico. Hasta siempre, has sido un gran amigo. Cuéntale a la policía cualquier patraña que se te ocurra, algo que puedan tragarse. No sabes cuánto lamento haberte metido en todo este lío. Espero disfrutar pronto de*

*paz, pues la vida de este monstruo que me asfixia no puede prolongarse mucho más. Espero que esta nota llegue a tus manos. ¡Y ejecuta a ese monstruo! ¡Acaba con él!*

*Tuyo, Ed.*

Tardé un buen rato en leer la segunda mitad de una carta tan desconcertante, pues al terminar el tercer párrafo me desvanecí. Volví a perder el conocimiento al ver y oler aquello que bloqueaba el umbral, por donde se filtraba el aire caliente. El mensajero no se moverá más ni recobrará el conocimiento.

El mayordomo, un hombre bastante más duro que yo, no desfalleció ante el espectáculo que vio en el vestíbulo al día siguiente, sino que llamó a la policía. Cuando llegaron los agentes a mí ya me habían metido en la cama, en el cuarto de arriba; pero lo otro, la masa informe, seguía donde se había desplomado por la noche. Era tan horrenda la fetidez que despedía que los agentes tuvieron que cubrirse la nariz con un pañuelo.

Lo que encontraron finalmente dentro de la extraña y desparejada ropa de Edward fue básicamente un horror licuado. También hallaron unos huesos… y un cráneo aplastado. Posteriormente y por una prótesis dental que llevaba, aquel cráneo pudo ser identificado como perteneciente a Asenath.

***OceanofPDF.com***

# EL MODELO DE PICKMAN





*OceanofPDF.com*

# EL MODELO DE PICKMAN

No es preciso afirmar que me he vuelto loco, Eliot; hay mucha gente con prejuicios más estrafalarios que este. ¿Por qué no te ríes del abuelo de Oliver, por ejemplo, que nunca se ha subido a un vehículo a motor? Si no puedo soportar ese maldito ferrocarril metropolitano, eso es cosa mía; por otra parte, hemos llegado mucho más deprisa que si hubiésemos venido hasta aquí en un taxi. Si hubiésemos ido en el metro, habríamos tenido que subir a pie la colina de Park Street.

Confieso que estoy más inquieto que el año pasado, cuando me viste; pero dudo que sea motivo suficiente como para que me recomiendes el manicomio. Bien sabe el Señor que tengo razones más que de sobra para estar conmovido, y creo que tengo mucha suerte por haber conservado la lucidez hasta este momento. ¿Por qué el tercer grado? Antes no eras tan cruel.

Vale, si tienes que escucharlo, no veo motivo para que no lo hagas. A lo mejor hasta tienes derecho a saberlo, puesto que fuiste el único que me escribió, como si fueses un pariente enojado, cuando supiste que yo ya no iba por el Art Club y que me había distanciado de Pickman. Ahora que él ya no está, a veces me doy una vuelta por el club, pero mis nervios no son ya los de antaño.

No, no tengo ni la más remota idea de qué ha sido de Pickman y tampoco me gusta conjeturar. Pudiste sospechar que yo sabía algo importante cuando me alejé de él… y por este mismo motivo me niego a pensar a dónde habrá ido. Dejemos que la policía investigue lo que pueda. No creo que pueda ser mucho si tenemos en cuenta que sigue sin saberse nada sobre la casa que arrendó en el North End a nombre de un tal Peters. Tampoco estoy muy seguro de que yo mismo fuese capaz de volver a dar con ella… ni siquiera de que tenga intención de ir a encontrarla, aunque sea a plena luz del día. Sí, creo que sé para qué la alquiló. Sobre esto sí que puedo hablarte. Así sabrás, mucho antes de que haya terminado, el motivo

por el cual no acudo a la policía. Me obligarían a que los llevara allí, y lo cierto es que no podría volver a esa casa aunque me supiese el camino. Bueno, por eso mismo no puedo ir en metro, ni bajar a ningún sótano o bodega, y esto también te provocará la risa.

Me figuré que tú podrías entender que mi desapego hacia Pickman no se debió a los mismos absurdos motivos que produjeron la misma reacción en hombres como el doctor Reid o Joe Minot o Rosworth. El arte que se ocupa de lo enfermizo no me interesa para nada, pero cuando alguien está dotado del genio que tenía Pickman, para mí es un honor conocerlo, al margen de los derroteros que tome su obra. Boston jamás ha tenido un pintor tan notable como Richard Upton Pickman. Yo lo dije desde el primer momento y sigo diciéndolo; también lo sostuve cuando presentó aquel *Vampiro alimentándose*. Según recordarás, Minot dejó de saludarlo por culpa de esa.

Para crear obras como las de Pickman, hay que tener un profundo dominio del arte y una percepción no menos profunda del interior de la naturaleza. Cualquier ilustrador de portadas puede volcar sin ton ni son colores sobre un papel y anunciar que nos está brindando una pesadilla, un aquelarre o un retrato del diablo. Pero solo un gran artista puede alcanzar un resultado que nos impresione por su verosimilitud y que nos amedrente. Esto solo es posible porque un artista genuino puede reconocer la verdadera anatomía de lo terrible y la fisiología del miedo. Un artista así es el único que conoce la clase de líneas precisas que despiertan los instintos latentes o los recuerdos del miedo que hemos heredado. Es el único capaz de seguir los contrastes precisos de los colores y los efectos luminosos que incitan en su espectador el sentido adormecido de lo anormal. No tengo que explicarte por qué nos produce escalofríos un Fuseli,[32] mientras que la portada de una revista de fantasmas solo nos provoca la hilaridad. Hay algo que sí son capaces de captar esos seres excepcionales, algo que se sitúa más allá de la vida, y tienen la capacidad de trasmitírnoslo aunque sea de una manera fugaz. Es el don que distingue a Gustave Doré. También lo tienen Sidney Sime; Angarola, de Chicago, y Pickman lo poseía en grado máximo, como nadie antes de él y como nadie lo tendrá de nuevo ni aunque lo desee el mismísimo Señor.

Es mejor que no sepas lo que ven esos hombres. En la práctica artística se nota una gran diferencia entre las obras que captan estos seres esenciales arrancados a la naturaleza y los productos industriales que se fabrican en un estudio. Resumiendo, debería decir que el artista fantástico en sentido estricto está dotado de una clase de visión que le permite captar motivos auténticos de un mundo espectral.

Por eso obtiene unos resultados que están a años luz de las representaciones dulzonas de sueños, igual las obras de un pintor vitalista se alejan de los plagios de alguien que ha aprendido a dibujar por correspondencia. ¡Si alguna vez yo hubiese podido ver lo mismo vio que Pickman…! Pero no… Mejor vayamos a echarnos un trago al coleto antes de ahondar en este tema. ¡Dios mío! No estaría vivo si hubiese visto lo que ese hombre —si es que realmente era un hombre— vio.

Como recordarás, el punto fuerte de Pickman eran las caras. Creo que desde Francisco de Goya nadie ha sido capaz de plasmar tanta intensidad en unos rasgos o en una expresión. Y antes de Goya habría que buscar entre los artistas medievales anónimos que esculpieron las gárgolas o las quimeras de Notre Dame o del Mont Saint Michel. Ellos creían que las criaturas que plasmaban en sus obras eran reales… y a lo mejor es que veían esa clase de seres, sobre todo si recordamos que la Edad Media tuvo etapas muy curiosas.

Recuerdo bien que en cierta ocasión le preguntaste a Pickman que de dónde demonios sacaba esas ideas y visiones. La respuesta fue una más que desagradable carcajada. Da la casualidad de que esa carcajada fue el motivo por el que Reid se disgustó con él. Reid venía de graduarse en patología comparada y estaba lleno de grandes ideas sobre el significado biológico o evolutivo de cualquiera de los síntomas mentales o físicos que se puedan imaginar. Su odio por Pickman era cada vez más evidente y casi terminó en miedo al pintor. Aseguraba que la expresión de Pickman e incluso sus rasgos estaban tomando un rumbo progresivo que no le gustaba nada, que se desarrollaban en un sentido que no era humano. Si te has carteado con Reid, supongo que le habrás dicho que su error consistió en dejar que los cuadros de Pickman actuasen directamente sobre sus nervios o su imaginación. Eso es lo que yo le dije en ese momento.

Puedes tener por seguro que no me alejé de Pickman por nada de eso. Por el contrario, mi admiración por el maestro fue en aumento, pues no cabía ninguna duda de que aquel *Vampiro alimentándose* era una obra maestra. Ya sabes que el club se negó a exhibirlo y el Museo de Bellas Artes ni siquiera lo aceptó como donación. Tampoco quiso comprarlo nadie, así que el cuadro terminó olvidado en casa de Pickman hasta que él se fue. Ahora lo tiene su padre, en la casa familiar de Salem. También sabes que Pickman procede de la antigua Salem. Uno de sus antepasados fue condenado a la hoguera en 1692, acusado de brujería.

Me acostumbré a visitar a Pickman con cierta frecuencia, sobre todo después de que me pusiera a buscar material para preparar una monografía sobre el arte fantástico. A lo mejor fue su propia obra la que me sugirió la idea. Aun así, debo confesar que su obra fue una auténtica mina de sugerencias y datos para aquello. Me dio acceso a todos sus trabajos, a todos los cuadros y dibujos que tenía, incluidos algunos bocetos hechos a tinta que habrían hecho que lo expulsasen de inmediato del club si llegan a ser vistos por sus miembros. En poco tiempo me había transformado en una especie de adepto que se pasaba las horas muertas pendiente de unas teorías artísticas y unas especulaciones filosóficas tan descabelladas que, por sí mismas, habrían justificado que ingresasen a Pickman en el sanatorio psiquiátrico de Danvers.

El pintor comenzó a hacerme confidencias, seguramente por mi admiración probada y porque casi toda la gente había comenzado a rehuirlo. Una tarde me dijo que si estuviese seguro de mi discreción y de mi entereza me enseñaría algo diferente a lo que yo estaba acostumbrado a ver, algo mucho más perturbador que cualquiera de las piezas que tenía en casa.

Me confió que había algunas cosas intolerables para Newbury Street, que allí estarían fuera de lugar y que tampoco podrían ser concebidas. Me dijo: «Mi misión consiste en captar las armonías del alma y esto es claramente imposible de practicar en una serie de aburridas calles de reciente construcción. Back Bay no es Boston… aún sigue sin ser nada porque no ha tenido bastante tiempo como para reunir recuerdos y poblarse de espíritus locales. Los fantasmas de aquí están domesticados y han olvidado su hogar inicial en un pantano o en una cueva de cierta

profundidad. Yo necesito fantasmas humanos, fantasmas de criaturas lo bastante fuertes como para haber resistido un vistazo al infierno y lo bastante aptos como para haber regresado con el significado de lo que han visto».

Continuó diciendo que el mejor lugar para que viva un artista es el North End. Dijo que si fuese coherente y sincero consigo mismo y con su obra, un artista solo viviría en los barrios pobres, pues es allí donde se acumulan las tradiciones. «Esos lugares, además de haber sido construidos, se han desarrollado. En esos lugares han vivido generaciones y generaciones que han disfrutado de la vida y han muerto en épocas en que la gente se atrevía a vivir, sentir y morir. ¿Sabías que en 1632 existía un molino en Copp's Hill y que la mitad de las calles actuales se trazaron ya en 1650? Puedo mostrarte edificios que se mantienen en pie desde hace ya más de doscientos cincuenta años siglos, casas que han soportado cosas que harían derrumbarse a los edificios modernos. ¿Qué sabe la gente de hoy sobre la vida y las fuerzas que las mueven? Hoy le llamas fantasías a la brujería de Salem, pero mi retatarabuela podría haber usado otras palabras. La ahorcaron en Gallow Hill, bajo la atenta mirada santurrona de Cotton Mather. El maldito Mather estaba siempre obsesionado con que alguien consiguiera fugarse de aquella diabólica cárcel de monotonía. ¡Lástima que no le echasen un encantamiento o que le chupasen toda la sangre durante la noche!».

«Puedo mostrarte uno de los lugares donde vivió —continuó Pickman —, y puedo llevarte a otra casa a la que no se atrevía a entrar a pesar de sus bravuconadas. Sabía cosas que no quiso escribir en aquel aburrido *Magnalia* ni en el infantil *Maravillas del mundo invisible*. Por cierto, ¿sabías que en cierta época todo el North End estaba horadado por una red de túneles que permitía a ciertas personas ir a ciertas casas, al cementerio y al mar? Si estudiamos diez casas construidas antes de 1700, estoy seguro de que en ocho de ellas puedo enseñarte algo raro en la cava. No hay mes en que no leamos en los periódicos que un grupo de albañiles ha dado con pasadizos subterráneos que no conducen a ninguna parte. Hace poco encontraron uno en Henchman Street. Había brujas y la invocación de sus hechizos, contrabandistas, piratas y lo que recogían del mar. Te aseguro que

en otras épocas la gente sabía cómo vivir y cómo hacer para ampliar los límites de la vida. Por cierto que no era este el único mundo que podía conocer un hombre imaginativo y valeroso. Y pensar que hoy, sin embargo, las mentes están tan embotadas que hasta un club de supuestos artistas tiembla y se escandaliza si una pintura traspone los sentimientos que pudo experimentar un feriante de Beacon Street».

Afirmaba el pintor que el presente solo se salva por su propia estupidez, ya que lo incapacita para interrogar al pasado. «¿Qué nos cuentan en realidad los mapas, los archivos y las guías sobre el North End? —me dijo —. Puedo llevarte a treinta o cuarenta callejuelas situadas al norte de Prince Street cuya existencia no conocen ni siquiera diez personas, salvo los forasteros que viven en ellas. ¿Y qué saben de su naturaleza esos hombres morenos? Nada, Thurber, porque esos antiguos lugares están llenos de horror, de maravillas y de puertas que permiten acceder a mundos distintos de los vulgares. Sin embargo, no existe nadie que sepa comprenderlos o sacarles el provecho necesario. Dicho con otras palabras, hay una sola alma capaz… o crees que he estado estudiando el pasado en vano».

«Por lo que veo —me decía—, te interesa este tipo de cosas. Bueno, ¿qué me dirías si te confío que tengo otro estudio por esa zona, donde puedo captar el espíritu sombrío de horrores pasados y pintar cosas que de otra forma nunca se me habrían venido a la imaginación en Newbury Street? Claro que no haría esta revelación a los idiotas mojigatos del club…, empezando por Reid…, el maldito…, siempre cuchicheando como si yo fuese una especie de bicho monstruoso. Thurber, puedes creerme si te digo que hace mucho tiempo que decidí pintar el terror de la vida, igual que se pinta su belleza, así que llevé a cabo algunas investigaciones en lugares sobre los que tenía motivos fundados para saber que allí habitaba el terror».

«Hallé un sitio —murmuró Pickman—, que solo han visto tres hombres nórdicos aún vivos aparte de mí mismo. No está muy lejos del metro pero está a siglos de él por lo que se refiere a espíritu. Decidí alquilarlo por el extraño pozo con paredes de ladrillo que tiene en el sótano. El edificio está casi en ruinas, así que a nadie se le ocurriría irse allí a vivir. Me da vergüenza contarte lo que pago por él. He cegado las ventanas porque no necesito luz natural para mi trabajo. He instalado el taller en el sótano, que

es el sitio donde la inspiración es más intensa, pero también tengo más habitaciones amuebladas en la planta baja. El edificio es de un siciliano y he usado el nombre de Peters para arrendárselo».

Pickman terminó diciéndome: «Si quieres, te llevaré esta noche. Estoy seguro de que los cuadros te encantarán porque contienen lo mejor de mí. No tendremos que caminar mucho. Siempre voy a pie para no llamar la atención con un taxi en un lugar como ese. Tomaremos el metro en South Station e iremos hasta Battery Street. Luego hay una pequeño trecho y nos plantaremos allí».

Como comprenderás, Eliot, después de ese discursito habría acompañado a Pickman hasta el infierno. Tomamos el metro en South Station y sobre las doce ya estábamos en Battery Street, caminando a lo largo del muelle.

A continuación enfilamos toda una callejuela desierta y en cuesta que era la más vieja y más cochambrosa que había visto en mi vida, salpicada por casas de tejados hundidos, ventanas astilladas y chimeneas torcidas medio derruidas que, a pesar de todo, aún se erguían contra el cielo. Tuve la impresión de que todas esas casas que yo veía en ese momento también las había visto Cotton Mather.

Al llegar a una esquina mal iluminada giramos a la izquierda y nos metimos en un callejón mucho más estrecho y silencioso, pero esta vez sin ninguna luz. De pronto nos detuvimos y Pickman se sacó de algún lugar de sus ropas una linterna con la que proyectó un haz de luz que iluminó una puerta antediluviana de madera tan podrida que parecía imposible que se mantuviese todavía en pie. Pickman la abrió y me invitó a entrar a un vestíbulo vacío que conservaba aún los vestigios de lo que antaño fue un rico artesonado de roble. Como es natural, era simple, pero indicaba claramente de la época de Andros, Phipps[33] y la brujería. Luego me hizo franquear una puerta a la izquierda, encendió un quinqué de petróleo y me invitó a que me pusiese cómodo, como si me encontrase en mi propia casa.

Ya sabes, Eliot, que soy lo que llaman un tipo duro, pero te confieso que lo que me mostraron las paredes de aquella casa hizo que se me encogiesen el alma y el estómago. Eran los cuadros de Pickman —los que no podía

pintar y mucho menos exhibir, en la Newbury Street— y… ¡qué puedo decirte! Será mejor que nos tomemos otro trago porque lo necesito.

Comprenderás que es inútil que intente describirte esos lienzos. ¿Cómo se puede describir el horror más terrible y herético, la más pestilente putrefacción moral con unas simples pinceladas de color trazadas sobre una tela? Esas obras carecían de la técnica sofisticada que se ve en Sidney Sime, o bien los paisajes o la vegetación cósmica que emplea Clark Ashton Smith para infundir el terror. En general, los contornos recogían los rasgos borrosos de antiguos cementerios, bosques tenebrosos, rocas colindantes con el mar, túneles de ladrillo, viejas habitaciones artesonadas o sencillas criptas de mampostería. El escenario favorito era el cementerio de Copp's Hill, que seguramente no estaba muy lejos de dónde nos hallábamos.

La locura y la deformidad eran el rasgo principal de las figuras del primer plano porque, como ya sabes, en la pintura de Pickman predomina un tipo de retrato satánico. Las figuras no eran del todo humanas, sino que trataban de acercarse a distintos grados de lo humano. La mayoría de las criaturas, a duras penas bípedos, mostraban un aire canino. ¡Me parece estar viéndolos! Sus ocupaciones… no me pidas que sea preciso… En general estaban alimentándose. No te diré en qué consistía su dieta. En ocasiones se congregaban en cementerios o pasadizos subterráneos y a veces se peleaban por su presa… o, mejor dicho, su querido botín. Pero, sobre todo, estaba esa maldita expresividad de la que Pickman sabía dotar a los rostros ciegos del macabro botín. En algunos cuadros esos seres saltaban a través de una ventana abierta hacia el corazón de la noche o anidaban en el pecho de algún durmiente para distraerse con su garganta. Una de las pinturas retrataba una jauría de esas asquerosas bestias aullando alrededor de una bruja, cuya fisonomía era notablemente parecida a la de los seres estaban en torno a ella, empalada en Gallows Hill.

Pero no creas que lo que me impresionó hasta la náusea fueron los temas de aquellos, cuadros. Ya no soy ningún niño pequeño y desde luego que he visto cuadros como esos muchas veces. Fueron las caras, Eliot, unas caras que parecían escapar de la tela, como si las moviese un hálito vital. Ahora mismo podría jurarte que estaban vivas. Ponme otra copa, Eliot.

Recuerdo una pintura titulada *La lección*… ¡Dios mío! ¿Puedes imaginar a un grupo de seres de esos agazapados formando un semicírculo en un cementerio, ocupados en enseñarle a un niño a alimentarse como ellos? Me figuro que se trataría de los términos de algún intercambio… Seguro que conoces el viejo mito sobre las horribles sustituciones que llevan a cabo las criaturas sobrenaturales, que dejan en las cunas a sus crías y se llevan a los niños que duermen. Los cuadros de Pickman mostraban lo que pasa con esos niños robados, cómo se desarrollan… y a partir de ese momento empecé a notar un horrible parecido entre los rostros de las figuras humanas y las no humanas. Pickman se dedicaba fundamentalmente a establecer, con todo grado posible de morbosidad, un siniestro vínculo evolutivo entre lo cabalmente humano y lo depravadamente inhumano. ¡El origen de aquellas criaturas caninas eran los propios seres humanos!

Se me pasó por la cabeza la incógnita de qué es lo que ocurriría con las crías que dejaban en las cunas a modo de intercambio. Entonces un cuadro que apareció de pronto ante mis ojos me dio la respuesta. La tela representaba el interior de una casa puritana, decorada con mobiliario del siglo xvii, y una reunión familiar en torno al padre, que leía las Escrituras. Todos los rostros menos uno trasmitían integridad y solemnidad; el que era distinto exhalaba la burla más repugnante. Era un joven, por lo que se podía deducir, hijo de aquel piadoso padre, si bien era indudable su parentesco con los seres infrahumanos. Era el producto de uno de aquellos intercambios… y en un impulso de ironía máxima, Pickman había dotado a las facciones del joven con una perturbadora semejanza con las suyas.

Entretanto, Pickman había dejado encendida una lámpara en la habitación de al lado y me invitó a pasar para enseñarme sus últimos estudios. Todavía no había abierto la boca para comunicarle mis impresiones sobre lo que había visto porque el terror y la emoción me habían dejado mudo; sin embargo, él notó mi estado anímico y eso le halagó. Eliot, quiero que tengas muy en cuenta que no soy ningún timorato que se pone a gritar delante de cualquier espectáculo que no entre en eso que solemos llamar normal. Soy ya mayorcito como para no dejarme impresionar con facilidad. Pero lo que vi en aquella habitación me hizo gritar y tuve que agarrarme al quicio de la puerta para no caerme redondo al

suelo. La primera de las habitaciones era el reino de una enorme cantidad de vampiros y brujas poblando el mundo de nuestros antepasados, pero esta habitación estaba dedicada al horror que anida en nuestra vida cotidiana.

¡Cómo podía pintar Pickman esas cosas! Había un bosquejo llamado *Accidente en el Metro*. En él se veía una jauría de criaturas malignas saliendo de una descomunal catacumba por una grieta del suelo y atacando a los viajeros que aguardaban en el andén. Otro mostraba una danza en Copp's Hill entre las sepulturas, pero la acción se situaba en la actualidad. También había varias vistas de cavas con monstruos saliendo de boquetes y grietas de la mampostería, haciendo siniestros gestos sin dejar de mantenerse agazapados tras barriles o calderas, aguardando a la primera víctima que descendiese por la escalera.

Un cuadro repulsivo parecía centrado en un amplio sector de Beacon Hill, con hordas de monstruos infectos que brotaban de los miles de agujeros que se abrían en el suelo. También había trabajos con danzas en cementerios actuales, pero lo que más me estremeció fue una escena en una cripta perdida donde una multitud de bestezuelas se apelotonaba en torno a otra que tenía una conocida guía de Boston en sus manos y la leía a todas luces en voz alta. Todas las bestezuelas señalaban un mismo pasaje y sus semblantes mostraban crispación por una risa epiléptica, cuya reverberación casi me pareció oír. El título de la tela era *Holmes, Lowell y Longfellow están enterrados en Mount Auburn*.

Mientras recuperaba un poco de aplomo y serenidad a medida que me iba adaptando a la segunda habitación diabólica y enfermiza, empecé a analizar mi estado de ánimo. Para comenzar, supe que todo aquello me repugnaba porque demostraba la falta de humanidad y la brutalidad impasible de Pickman. Estaba claro que debía de ser un ineludible enemigo del género humano para disfrutar de ese modo con la tortura del espíritu y la carne, y con la humillación de lo humano. Por otra parte, todas esas pinturas eran terroríficas debido a su grandeza. Su arte persuadía porque al mirar sus cuadros veíamos a los demonios en persona y, como es natural, nos inspiraban miedo. Pero lo más curioso de todo era que Pickman pintaba con trazos lineales, sin recurrir a trucos o efectismos, sin difuminar de la luz

o distorsionar lo real. Los perfiles eran nítidos y los detalles estaba lamentablemente bien definidos. ¡Y qué puedo decirte de aquellos rostros!

Lo que se apreciaba en aquellos cuadros era algo más que la simple interpretación de un artista. Era el propio infierno reflejado con la mayor fidelidad que nadie pueda imaginar. No se podía confundir a Pickman con un soñador o un romántico porque su tarea se limitaba a plasmar un mundo horrendo que él veía cristalinamente. Solo Dios sabe dónde había captado todas esas heréticas formas que se veían en los cuadros. Ahora bien, fuera cual fuese la fuente de sus imágenes, era más que evidente que en lo que a concepción y ejecución se refiere, Pickman era un pintor realista que rayaba en lo científico.

A continuación bajé detrás de mi anfitrión al verdadero estudio, el que se encontraba en el sótano. Cuando llegamos al pie de la escalera húmeda, Pickman dirigió el haz de luz de su linterna a un rincón, donde había un círculo de ladrillos que sin duda marcaba el brocal de un pozo de grandes dimensiones que había sido excavado en el suelo. Vi al acercarnos que la oquedad mediría en torno a un metro y medio de diámetro, las paredes tendrían un palmo y medio de espesor, y sobresalían un palmo sobre el nivel del suelo. Tenía todo el aspecto de ser una de esas sólidas construcciones del siglo xvii. Pickman me explicó que era un acceso para conectarse con la red de túneles que horadaba el interior de la colina y de la que ya me había hablado hacía tiempo. Noté que el pozo estaba tapado con un disco de madera bastante recio. Cuando imaginé los sitios a donde debía llevar ese pozo, si es que tenían algo de verdad las descabelladas revelaciones de Pickman, todo mi cuerpo tembló. Sin embargo, seguimos avanzando y mi anfitrión me hizo pasar a través de una carcomida puerta a una habitación bastante amplia, con el piso de tarima y equipada adecuadamente para ser el estudio de un pintor. Una instalación de gas acetileno daba la luz necesaria para trabajar allí.

Los cuadros inacabados, colocados sobre caballetes o sencillamente apoyados contra la pared, provocaban el mismo terror que los que había visto arriba y daban una vez más fe de la meticulosidad característica del artista. El esbozo de las escenas era muy cuidadoso y las líneas a lápiz mostraban con qué cuidado trataba Pickman de lograr la perspectiva y las

proporciones exactas. Era un gran pintor y, pese a todo lo que sé, puedo seguir diciéndolo ahora. Me llamó la atención una gran cámara fotográfica que se hallaba sobre una mesa. Pickman me explicó que la utilizaba para fotografiar paisajes que luego pasaban a formar el fondo de sus obras. Con este método se ahorraba tener que cargar con todos sus bártulos de aquí para allá hasta dar con el paisaje adecuado. Según él, una fotografía era tan buena como paisaje o modelo real y por eso recurría habitualmente a ellas.

Había algo estremecedor en los repulsivos bocetos y en las monstruosidades sin terminar que se acurrucaban en cada rincón del estudio. Pero cuando de repente Pickman descubrió una enorme tela puesta sobre un caballete, no pude reprimir un nuevo grito de horror, el segundo de aquella noche. Sus ecos reverberaron en todas y cada una de las oscuras bóvedas de aquella húmeda y salina bodega, y tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme y no prorrumpir en carcajadas histéricas. ¡Dios mío! A día de hoy sigo sin saber hasta qué punto me hallaba delante de una realidad o de una fantasía.

El cuadro retrataba un gigantesco e indescriptible monstruo de ojos llameantes y enrojecidos. Sostenía con sus garras afiladas algo que había sido un hombre. Mordisqueaba su cabeza con el mismo deleite con que un niño roe una golosina. Estaba en cuclillas. Cuando lo mirabas, tenías la atroz sensación de que en cualquier momento podía dejar su presa para saltar en busca de otra golosina más sólida.

Pese a todo, lo que causaba una sensación de frío terror no era su rostro canino de orejas puntiagudas, tampoco sus ojos sanguinolentos, ni la nariz deforme, ni sus fauces, de las cuales chorreaba una baba rosácea, ni las garras con escamas, ni la asquerosa pelambrera que le cubría el corpachón, ni los pies casi ungulados, aunque es verdad que cualquiera de esas características por sí solas podría haber alterado a un hombre que fuese de natural impresionable.

Eliot, lo que aturdía era su técnica, esa maldita, implacable y deshumanizada técnica. Hasta esa noche jamás había podido ver sobre un lienzo el ímpetu vital de una manera tan impíamente real. El monstruo estaba delante de nosotros —miraba con ferocidad y roía con fruición— y supe que tan solo un cortísimo paréntesis en la vigencia de las leyes de la

naturaleza había permitido que un hombre pintase una cosa semejante a aquella sin tener un modelo… y sin haber estado en ese mundo infrahumano que ningún mortal ha logrado ver sin haberle vendido su alma al diablo.

Pegado sin ningún cuidado a una parte del lienzo aún sin pintar se veía un trozo de papel muy arrugado. Al principio creí que sería una de las fotografías que Pickman utilizaba para dibujar algún fondo tan horrendo como el motivo central del cuadro. Cuando iba a alisarlo para observarlo con más atención, Pickman se sobresaltó de repente y con gran violencia. Me di cuenta de que desde que mi grito provocó unos ecos imprevistos en aquel lóbrego sótano, mi anfitrión había actuado como si prestase mucha atención a cualquier posible ruido de respuesta. Ahora él también parecía presa del pánico, aunque a diferencia del que yo sentía, el suyo parecía más físico que espiritual. Se sacó un revólver del bolsillo y me recomendó mediante una seña que me mantuviese en silencio. Avanzó hacia el interior del sótano, cerró la puerta y me dejó a solas en aquel estudio.

Sentí que se apoderaba de mí la parálisis. Agucé el oído y me pareció percibir un débil sonido en alguna parte. Era como si alguien se deslizase por el suelo. Después vinieron muchos chillidos agudos y varios golpes fuertes en una dirección que no fui capaz de determinar. Mi imaginación alterada creó la imagen de ratas gigantescas. Un nuevo ruido logró ponerme la carne de gallina. Era el estrépito de una madera muy pesada al caer sobre una piedra o ladrillo. ¿Madera sobre ladrillo? Esa combinación no me resultaba del todo ajena.

Una vez más se oyó el ruido, pero ahora con más intensidad y seguido por una vibración como si la madera hubiese caído mucho más lejos que la primera vez. Aún reverberaban las vibraciones cuando sonaron, uno seguido de otro, seis disparos de revólver, disparados de un modo especial, como cuando un domador de leones está deseoso de impresionar a su público. Momentos después la puerta se abrió y Pickman entró con su arma todavía humeante y maldiciendo a las ratas que pululaban por el viejo pozo.

«El diablo sabe lo que comerán allí, Thurber —gruñó con sarcasmo—. Esos túneles tan antiguos comunican con cementerios, antros de bruja y con el mar. Lo más seguro es que tus gritos las haya excitado. Al fin y al cabo,

no hay que quejarse demasiado, le dan un poco más de atmósfera y color al ambiente, ¿no te parece?».

Así terminó la aventura de aquella noche. La promesa de Pickman de mostrarme el lugar se había cumplido debidamente. Abandonamos aquel dédalo de callejuelas siguiendo otra dirección porque enseguida me encontré en la muy familiar Charter Street, aunque estaba muy nervioso como para reconocer la forma en que habíamos llegado hasta allí. Era demasiado tarde para tomar el metro, así que volvimos a pie por Hannover Street. Recuerdo perfectamente la caminata. Giramos en Tremont y después de subir por Beacon llegamos hasta la esquina de Joy, donde Pickman me abandonó. Desde entonces no volví a verlo.

¿Que por qué dejé de ver a Pickman? No seas impaciente y deja que pida otro poco de café. No… no fue por los cuadros que vi en ese sitio. Aunque es cierto que habrían sido motivo más que suficiente para que a Pickman le hubiesen negado el acceso a nueve de cada diez hogares de Boston. Espero que ahora comprendas el porqué de mi fobia a bajar a los túneles del metro o a los sótanos.

Me aparté de él por algo que encontré en uno de los bolsillos de mi abrigo a la mañana siguiente. Sí, era el papel arrugado que estaba prendido al horrendo lienzo del sótano, eso que yo había pensado que era una fotografía con algún paisaje que Pickman pensaba utilizar como fondo para el monstruo. Probablemente, cuando Pickman tuvo aquel súbito sobresalto, me guardé sin darme cuenta el papel en el bolsillo antes de mirarlo siquiera. Bueno, aquí está el café, Eliot; te aconsejo que lo tomes a palo seco.

En efecto, fue ese papel lo que provocó mi distanciamiento de Pickman, de Richard Upton Pickman, el artista más notable que haya conocido jamás… y el ser más detestable que haya traspasado los límites de la vida para zambullirse de cabeza en el mito y la demencia. Reid estaba en lo cierto al decir que Pickman no era estrictamente humano.

No me pidas que te explique o que haga conjeturas sobre aquel papel que quemé. Hay secretos que se remontan a la época de Salem y no olvides que Cotton Mather habla de cosas mucho más extrañas incluso. Ya sabes lo endiabladamente expresivos que eran las pinturas de Pickman y cuántas veces que nos preguntamos de dónde habría sacado aquellos rostros.

Bueno… debo confesarte que el papel no era la fotografía de un paisaje para ser utilizado como fondo. En la imagen se veía únicamente al ser monstruoso que estaba pintando en aquel horrendo cuadro. Era el modelo que le había servido de inspiración y el fondo era solo la pared del sótano reproducida con todo lujo de detalles. ¡Eliot, por Dios, la foto era un retrato del natural!

***OceanofPDF.com***

# AZATHOTH





*OceanofPDF.com*

# AZATHOTH

Cuando este mundo se sumió en la vejez, y la maravilla logró rehuir la muerte de los hombres; cuando grisáceas ciudades elevaron altas torres —temibles y grotescas, a cuyas sombras no era posible soñar sobre el sol ni sobre las floridas praderas primaverales—, hacia los cielos enmascarados por el humo; cuando el conocimiento logró despojar a la tierra de su toca de belleza, y los poetas no cantaban más que a fantasmas distorsionados, observados a través de unos ojos fatigados e introspectivos; cuando dichas cosas tuvieron lugar y se esfumaron para siempre los anhelos infantiles, hubo un hombre que dedicó toda su vida a la búsqueda de los espacios hacia los que los sueños mundanos habían escapado.

Pocas cosas se conservan sobre el nombre y la procedencia de este hombre, pues aquello tan solo correspondía a ese despierto mundo, aunque se piensa que los dos eran oscuros. Nos basta con decir que residía en una ciudad con los muros altos donde reinaba un estéril crepúsculo; afanándose toda la jornada entre sombras y ruidos, volviendo a casa cada tarde, a un aposento cuyas ventanas no miraban a campos y arboledas, sino a un patio en penumbra hacia el que una multitud de otras ventanas se abrían bajo una luctuosa desesperación. Desde aquel alféizar no se divisaban más que muros y ventanas, a no ser que uno se inclinara lo suficiente para poder escudriñar en todo lo alto, en dirección de las pequeñas estrellas que pasaban. Y como esos desnudos muros y ventanas conducen inmediatamente a la locura humana del hombre que sueña y lee en demasía, el inquilino de esta habitación tenía la costumbre de asomarse por allí una noche tras otra, escrutando a lo alto para poder divisar alguna fracción de cosas que se encontraban algo más allá del mundo despierto y de la capa gris de la elevada ciudad. Con el transcurso del tiempo, fue conociendo a las estrellas de órbita lenta por su nombre, y a seguirlas mediante la fantasía cuando, con desazón, se deslizaban fuera del alcance de su vista; hasta que

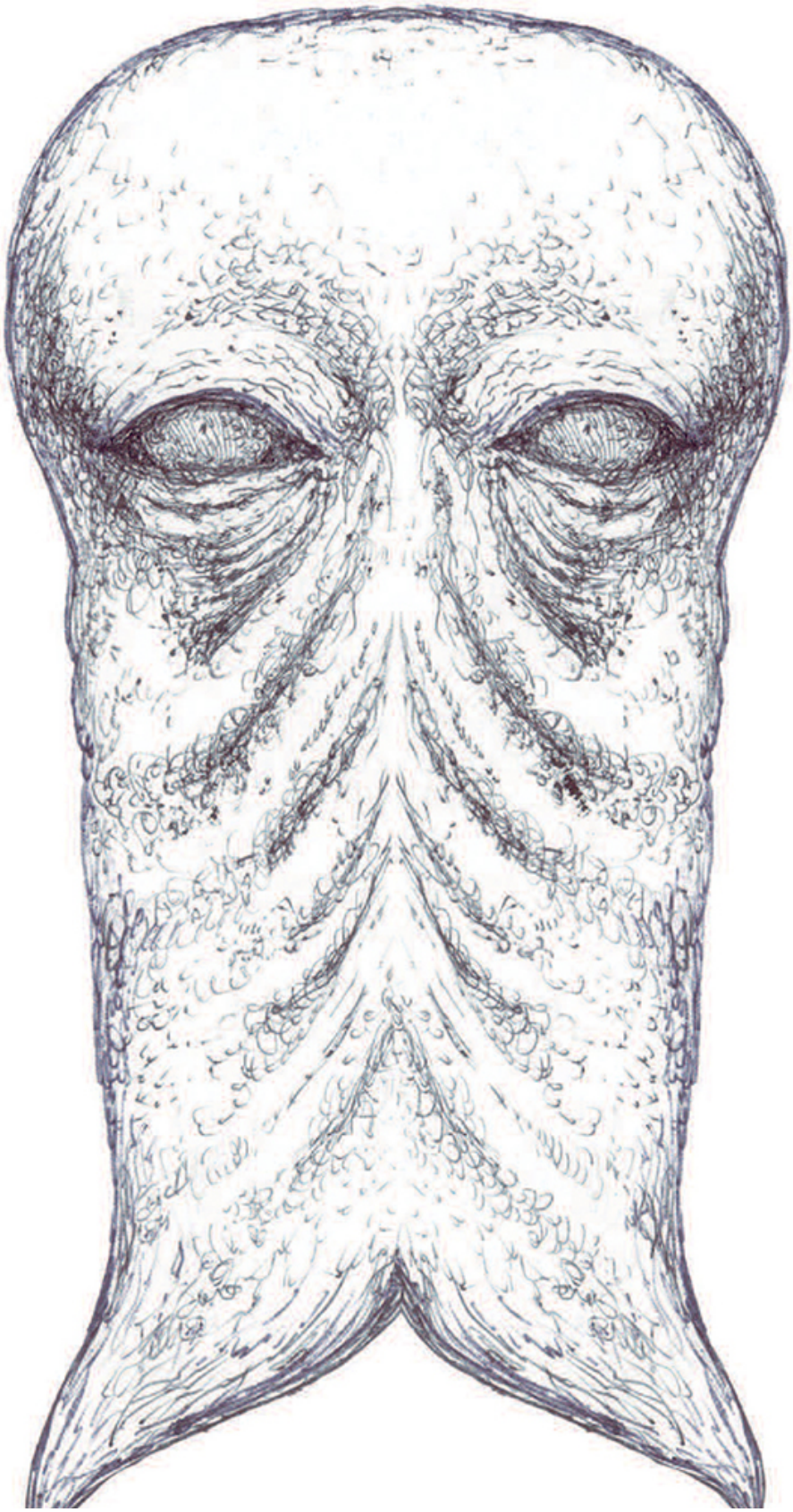
por fin su mirada pudo abrirse a la multitud de secretos paisajes cuya existencia ni siquiera logra sospechar el ojo humano.

Y cierta noche logró salvar un tremendo abismo, y cielos colmados de sueños se abalanzaron en dirección a la ventana de aquel solitario observador hasta conseguir confundirse con la viciada atmósfera de su alcoba, haciéndole así partícipe de sus fabulosas maravillas.

A la habitación llegaron así extrañas corrientes violentas de medianoche, resplandeciendo con su polvo dorado; torbellinos de oro y fuego se arremolinaron desde los espacios más alejados, llenos de perfumes procedentes de más allá de aquellos mundos. Allí se derramaron océanos de opio, alumbrados a través de soles que jamás han contemplado ojos humanos, albergando extraños delfines y ninfas marinas de olvidadas profundidades entre sus remolinos. La silenciosa infinidad daba vueltas alrededor del soñador, y lo arrebataba sin ni siquiera tocar el cuerpo que se asomaba rígidamente a la solitaria ventana; y durante jornadas que no estaban consignadas en ningún calendario humano, las mareas de las lejanas esferas lo transportaron para reunirse con aquellos sueños por los que tanto habían luchado, aquellos sueños que el hombre había perdido. Y durante ese transcurso de infinidad de ciclos, con cierta ternura, lo dejaron dormitando sobre una verde playa al amanecer; una ribera colmada de verdor, perfumada por capullos de loto y sembrado de calamitas rojizas…

***OceanofPDF.com***

# DAGÓN





*OceanofPDF.com*

# DAGÓN

Escribo esto bajo una tensión mental excesiva, pues esta misma noche habré dejado de existir. Sin un solo céntimo y cuando se acaba mi provisión de droga, que es lo único que me hace tolerable la vida, no puedo soportar más esta tortura, y me precipitaré por la ventana de la buhardilla a la sórdida calle de abajo. No crean que, por mi esclavitud a la morfina, soy un degenerado. Cuando hayan leído estas páginas, garabateadas apresuradamente, quizá puedan imaginar, aunque nunca por completo, por qué debo encontrar el olvido o la muerte.

Fue en uno de los lugares más abiertos y menos frecuentados del ancho Pacífico donde el carguero del que yo era contramaestre cayó víctima de un corsario alemán. La Gran Guerra estaba recién iniciada, y las fuerzas oceánicas de los hunos no habían caído aún en su posterior degradación; así que nuestro navío fue apresado de forma legal, mientras que los miembros de aquella tripulación éramos tratados con toda la consideración y buenas maneras que se nos debían como prisioneros navales. Hasta tal punto llegó esa liberalidad en la disciplina de nuestros captores que cinco días después de que fuéramos apresados logré escapar, en solitario, en un pequeño bote lleno con agua y provisiones para un largo periodo.

Cuando me encontré libre finalmente y a la deriva, apenas tenía idea de dónde me encontraba. Nunca había sido un buen navegante, y solo podía suponer remotamente, por el sol y las estrellas, que me hallaba en algún lugar al sur del ecuador. Nada sabía de mi longitud y no podía ver isla o costa alguna. El buen tiempo seguía, y durante incontables días navegué sin rumbo bajo un ardiente sol, esperando que pasase por allí algún barco o llegar a las costas de alguna tierra adecuada. Pero no aparecieron ni el barco ni la costa, y comencé a desesperar en mi soledad bajo la inmensa inmensidad de aquel azul sin límites.

El cambio ocurrió mientras estaba durmiendo. Nunca sabré los detalles, ya que mi sueño, aunque inquieto y repleto de pesadillas, era continuo.

Cuando me desperté al fin, fue para hallarme medio tragado por una viscosa extensión de infernal cieno negro que me estaba rodeando, llegaba en sus monótonas ondulaciones hasta tan lejos como era capaz de divisar, y allí se encontraba encallado mi bote, a una cierta distancia.

Aunque debería imaginarse que mi primera sensación debiera haber sido de asombro ante una transformación del paisaje tan prodigiosa e inesperada, en realidad me sentí mucho más horrorizado que anonadado, pues en aquel aire y en aquella corrompida ciénaga se percibía una atmósfera siniestra que me heló la sangre de las venas. La región era fétida debido a los restos en descomposición de peces y de otras cosas menos descriptibles que vi surgiendo del sucio cieno de aquella llanura sin límites. Quizá no debería esperar poder expresar con simples palabras la innombrable repugnancia que puede sentirse en ese absoluto silencio y esa yerma inmensidad. Imperaba el silencio más absoluto, y tan solo se divisaba una enorme extensión de lodo negro. No obstante, el mismo hecho de que aquel silencio fuese absoluto y la homogeneidad del paisaje me oprimían con un nauseabundo terror.

El sol deslumbraba en todo lo alto de un cielo que casi me parecía negro por su crueldad, sin nubes, como si reflejase un estigio barrizal bajo mis pies. Mientras me arrastraba hacia el bote encallado me percaté de que únicamente una teoría podía explicar aquella situación. A través de algún inusitado cataclismo volcánico, una porción del fondo oceánico debía haber sido lanzada hasta la superficie, exponiendo regiones que durante innumerables millones de años habían permanecido ocultas bajo las insondables profundidades del océano. Tan ciclópea era la extensión de la nueva tierra que se había alzado bajo mis pies que, por mucho que aguzara mis oídos, no era capaz de detectar el más mínimo murmullo del oleaje del océano. No había pájaro marino alguno que descendiese a devorar las cosas muertas.

Permanecí sentado durante varias horas pensando en el bote, que yacía de costado y me daba un poco de sombra mientras el sol se movía por los cielos. A medida que el día progresaba, el suelo perdió algo de viscosidad, y posiblemente pareció que se secaría lo suficiente como para permitir caminar sobre él en un breve tiempo. Aquella misma noche dormí muy

poco, y me preparé un paquete al siguiente día que contenía agua y alimentos, preparándome a un viaje en busca del desaparecido mar y de un posible rescate.

A la tercera mañana me encontré que el terreno estaba lo bastante seco como para poder caminar por él fácilmente. El hedor a pescado era bastante insoportable, pero yo estaba muy preocupado con cosas más importantes como para molestarme por un mal de segundo orden, y partí con audacia hacia una desconocida meta. Durante todo el día caminé sin pausa hacia el oeste, guiado por un montículo lejano que se alzaba más alto que cualquier otra elevación de aquel ondulado desierto. Aquella noche acampé, y al día siguiente proseguí mi viaje hacia el montículo, aunque este parecía un poco más cercano que cuando lo había divisado la primera vez. En la cuarta mañana había alcanzado la base del montículo, que resultó ser bastante más alto de lo que parecía en la distancia; y un valle intermedio lo hacía destacar con mayor relieve aún sobre la superficie general. Estaba ya demasiado cansado para ascender y me dormí a la sombra de la colina.

No sé por qué tuve unos sueños tan locos aquella noche, pero en cuanto la pálida, fantasmagórica y deformada luna se alzó sobre la llanura del este, me desperté bañado en un sudor frío, determinado a no continuar durmiendo. Las visiones que acababa de experimentar eran demasiado fuertes para soportarlas otra vez. Y bajo el brillo de la luna me percaté de lo poco sensato que había sido al viajar de día. Sin el ardor de aquel omnipresente sol, mi jornada me hubiese costado algunas energías menos; de hecho, me sentía ahora con las fuerzas suficientes como para realizar la ascensión que me había parecido imposible la noche anterior. Recogiendo mi paquete empecé a subir hacia la cima de aquel promontorio.

Ya he comentado que aquella monotonía ilimitada de la llanura ondulada era una vaga fuente de horror para mí; pero creo que mi terror fue aún mayor cuando alcancé la cúspide del montículo y pude mirar al otro lado, hacia un abismo o cañón inconmensurable que la luna, aún no demasiado alta, no llegaba a iluminar en toda su profundidad. Me creí en el límite del mundo, atisbando sobre su margen hacia un caos sin fondo de noche eterna. Mi terror estaba bañado de reminiscencias muy curiosas del

Paraíso Perdido, y de la terrible ascensión de Satanás desde los deformes reinos de la noche.

Cuando la luna se levantó en el cielo, empecé a observar que las laderas de aquel abismo no eran tan perpendiculares como yo me había imaginado. Los salientes y pitones de la roca proporcionaban asideros bastante cómodos para un descenso, y tras unas decenas de metros su declive se suavizaba. Urgido por cierto impulso que no podía analizar con claridad, descendí con cierta facilidad por la pared rocosa, hasta llegar a la pendiente más suave de debajo, mirando hacia esas estigias profundidades en las que ninguna luz había penetrado aún.

De inmediato mi atención se posó en un enorme y bastante curioso objeto situado en la ladera de enfrente, que se alzaba verticalmente a un centenar de metros. Era un objeto que brillaba blanquecinamente ante los rayos de la luna que allí se alzaba. Pronto me convencí de que era solo una gigantesca masa de piedra, pero tuve la impresión también de que su contorno y su disposición no eran solo obra de la naturaleza. Un escrutinio algo más concienzudo me produjo unas sensaciones que no puedo expresar, pues a pesar de su enorme magnitud y su curiosa posición sobre un abismo que ya se abría desde el fondo del mar cuando el mundo era joven, me di cuenta, sin lugar a ninguna duda, de que aquel extraño objeto era un monolito cuya tremenda masa había sido la obra y quizá el objeto de culto de seres vivos y pensantes.

Asombrado y con bastante miedo, aunque sin embargo con la emoción de algún arqueólogo u otro científico parecido, examiné los alrededores con mayor cuidado. La luna, cercana a su cénit en ese momento, brillaba extraña y luminosa sobre los despeñaderos vertiginosos que bordeaban el abismo revelando así una especie de corriente de agua que fluía por el fondo, perdiéndose entre meandros en ambas direcciones y que casi llegaba hasta mis pies, allí donde me encontraba situado sobre aquella pendiente. Al otro lado del abismo unas pequeñas olas lamían la base del ciclópeo monolito, en cuya superficie ahora podía divisar tanto inscripciones como toscas esculturas. La escritura se encontraba trazada en un sistema de jeroglíficos desconocidos para mí, y diferente a cualquier otra cosa que hubiese podido estudiar en los libros; en su mayor parte consistía en

símbolos acuáticos muy estilizados: peces, anguilas, pulpos, crustáceos, moluscos, ballenas y otros. Los diversos caracteres que allí había representaban obviamente a seres marinos desconocidos para el mundo moderno, pero cuyas formas en descomposición ya había podido observar en la llanura surgida del mar.

Sin embargo, las esculturas fueron lo que más atrajo mi atención. Visibles con claridad al otro lado del riachuelo, dado su gran tamaño, había en ellas una serie de bajorrelieves cuyos motivos habrían causado la envidia de cualquier Doré[34]. Creo que aquellas cosas intentaban representar a hombres, al menos a un cierto tipo de hombres; aunque aquellas criaturas tenían más bien la actitud de peces bajo las aguas de alguna gruta marítima, o se inclinaban como adoradores frente a algún monolítico túmulo que también parecía encontrarse bajo las aguas. De sus rostros y sus formas no me atrevo a hablar con mucho detalle; pues su solo recuerdo me produce desmayo. Eran más grotescos de lo que se pudo imaginar un Poe[35] o un Bulwer,[36] pero infernalmente humanos en su trazado general, a pesar de sus manos y pies palmeados, sus repugnantemente gruesos y fláccidos labios, sus ojos vidriosos y prominentes, y otros rasgos de un recuerdo todavía más desagradable. Algo muy curioso era que parecían haberse esculpido fuera de toda proporción con el resto de la escena, pues se veía a una de esas criaturas en el acto de matar a una ballena que se representaba solo como algo mayor que él mismo. Como comenté, especialmente me fijé en lo grotescos que eran y en su singular tamaño; pero al instante siguiente decidí que se trataba simplemente de los dioses imaginarios de alguna primitiva tribu de pescadores o navegantes, alguna tribu cuyo último descendiente ya había desaparecido eras antes de que naciese el primer antepasado de los hombres de Piltdown o Neandertal. Desanimado por esta visión inesperada de un pasado más allá de toda concepción del más imprudente de los antropólogos, me quedé pensativo mientras la luna producía unos extraños reflejos en el silencioso canal que se encontraba delante.

Entonces lo vi súbitamente. Su ascenso hacia la superficie solo fue precedido por una ligera agitación, y de repente aquella cosa apareció a la vista sobre las oscuras aguas. Enorme, polifémica y nauseabunda, como un

colosal monstruo de pesadilla se abalanzó sobre el monolito, rodeándolo con sus gigantescos brazos escamosos, al mismo tiempo que inclinaba su cabeza repugnante y emitía sonidos modulados.

Creo que entonces fue cuando enloquecí. De mi escalada delirante por la pendiente y el acantilado, y de mi agitado viaje de regreso al bote embarrancado recuerdo muy poco. Creo que pasé largo tiempo cantando, y que reí en una extraña forma cuando ya no pude cantar más. Tengo recuerdos inconexos de una fuerte tormenta algún tiempo después de alcanzar el bote; lo que sí tengo por seguro es que escuché un retumbar de truenos y otros sonidos que la naturaleza tan solo emite en sus momentos más demenciales.

Cuando salí de todas aquellas sombras, me encontraba en un hospital de San Francisco. Allí fui llevado por el capitán de un buque norteamericano que había recogido mi bote en mitad del océano. En mi delirio, había dicho muchas cosas, pero me di cuenta de que se había prestado escasa atención a mis palabras. Mis salvadores nada sabían acerca de movimientos de tierras por el Pacífico, y no pensé que fuera necesario insistirles en algo que jamás se iban a creer. En cierta ocasión fui a visitar a un célebre etnólogo y lo acosé con preguntas extrañas acerca de la antigua leyenda filistea sobre Dagón, el Dios-Pez, pero al percatarme enseguida de que se trataba de un hombre convencional hasta la médula, no proseguí con mi investigación.

Es durante la noche, especialmente en el momento en que la luna brilla pálida y se ve deformada fantasmagóricamente, cuando vuelvo a ver aquella cosa. He probado incluso la morfina, pero la droga solo me ha facilitado un pasajero alivio y me ha atrapado entre sus garras convirtiéndome en su indefenso esclavo.

Así que, tras haber completado mi relato, ahora acabaré con todo, para información o desdeñosa diversión de mis semejantes. A menudo me pregunto si aquello no pudo ser todo una simple fantasía, una alucinación producto de la fiebre mientras yacía, presa de la insolación y el delirio, en el bote, tras mi huida del buque de guerra alemán.

Sí, me hago constantemente esa pregunta, pero siempre me llega como respuesta una visión aterradoramente vívida. No soy capaz de pensar en el profundo océano sin estremecerme ante la idea de los entes sin nombre que

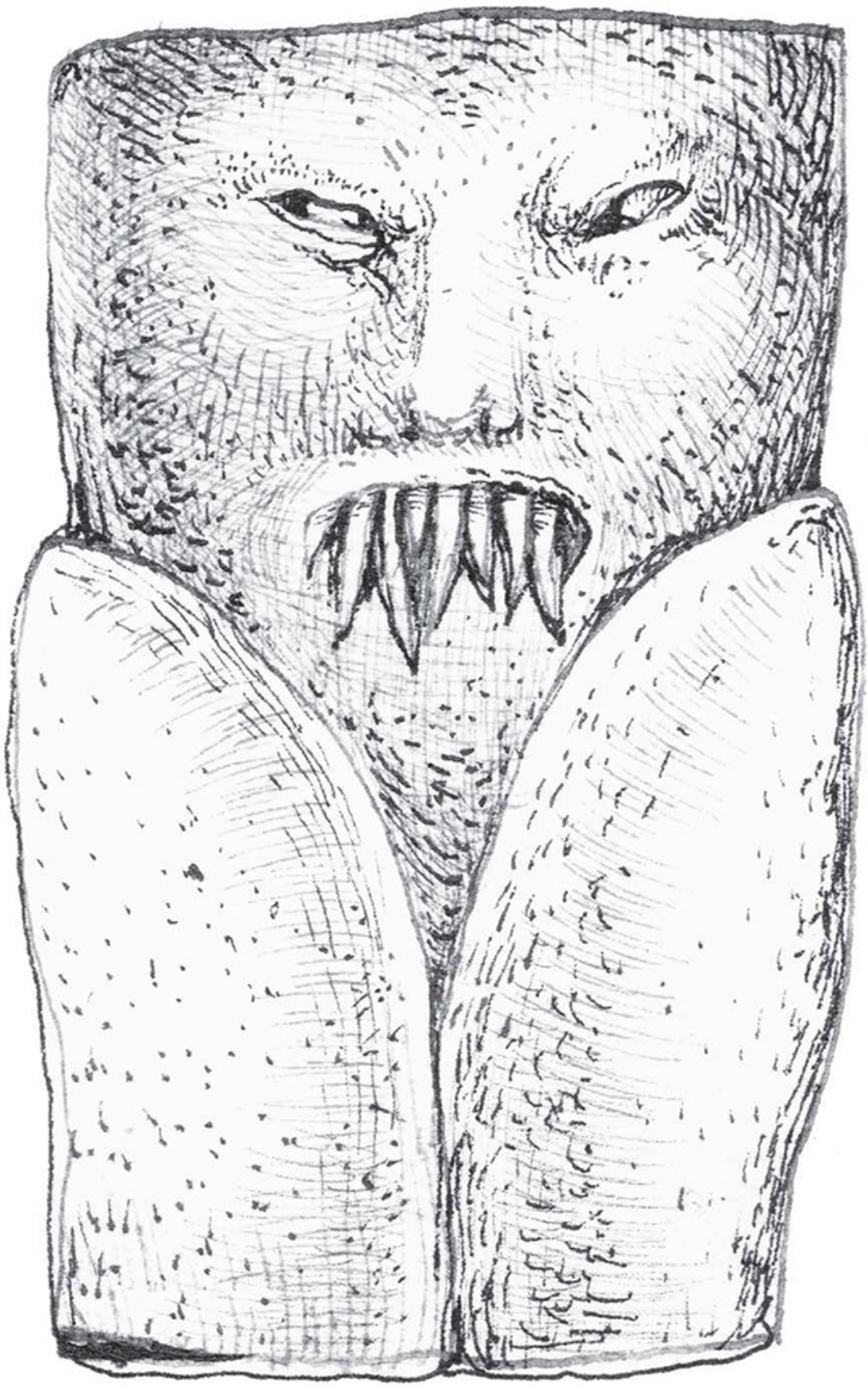
pueden estar arrastrándose y revolcándose, en este mismo momento, en su fondo cenagoso, adorando a sus antiguos ídolos de piedra y esculpiendo sus propias y detestables imágenes en obeliscos submarinos de húmedo granito.

Sueño con algún día en el que tal vez se alcen sobre enormes olas para llevarse arrastrando en sus fétidas garras los restos de una inerme humanidad fatigada por las guerras… un día en que las tierras se hundirán, y el oscuro suelo oceánico se levantará entre un pandemonio universal.

El fin está muy cerca. Oigo sonidos en la puerta, como los de un inmenso cuerpo escurridizo que intentase forzarla. Nunca me encontrará, ¡Dios…, esa mano! ¡La ventana! ¡La ventana…!

***OceanofPDF.com***

# EL
# EXTRAÑO



*OceanofPDF.com*

# EL EXTRAÑO

Infeliz es aquel a quien su etapa infantil solo le trae recuerdos de miedo y tristeza. Desgraciado el que vuelve su vista hacia las horas solitarias pasadas en vastos y sombríos ambientes de pardos cortinajes e hileras alucinantes de libros antiguos, o hacia las horrendas vigilias a la sombra de ciclópeos y estrambóticos árboles, repletos de enredaderas, que agitan en silencio por las alturas sus retorcidas ramas. Esto es lo que los dioses me destinaron… a mí, el aturdido, el frustrado, el improductivo, el insolvente; sin embargo, me siento raramente satisfecho y me agarro con cierta desesperación a esos decadentes recuerdos cada vez que mi mente me amenaza con ir más allá, hacia el otro.

Desconozco el lugar donde nací, salvo que el castillo era incomparablemente horroroso, todo lleno de pasadizos oscuros y con techos altos y planos, donde la mirada solo podía encontrar telarañas y sombras. Las piedras de los corredores agrietados estaban siempre odiosamente húmedas y por todas partes podía percibirse un maldito olor, como de cúmulos de cadáveres procedentes de generaciones muertas. Nunca había luz, por lo que tenía la costumbre de encender velas y quedarme observándolas fijamente en busca de algún alivio; fuera tampoco brillaba el sol, pues unas espantosas arboledas crecían por encima de la torre más alta. Una sola, una sola torre negra, sobrepasaba aquel ramaje y salía a cielo abierto y desconocido, pero estaba casi en ruinas y solo se podía acceder a ella a través de un escarpado muro casi imposible de escalar.

Debo haber vivido varios años en ese lugar, pero soy incapaz de contar el tiempo. Algún ser debió atender a mis necesidades; pero no puedo recordar a persona alguna excepto a mí mismo, ni ninguna cosa con vida excepto las ratas, los murciélagos y las arañas, todos silenciosos. Creo que quienquiera que me haya cuidado debió de ser tremendamente viejo, ya que mi primera visión mental de una persona viva fue la de algo muy parecido a mí, pero algo retorcido, consumido y deteriorado, como el mismo castillo.

Para mí no tenían nada chocante aquellos huesos y esqueletos esparcidos entre las criptas de piedra excavadas en las profundidades de los cimientos. En mi propia fantasía solía asociar estas cosas con los hechos cotidianos y los encontraba más reales que las imágenes coloreadas de seres vivos que solía ver en los abundantes y mohosos libros. En aquellos libros pude aprender todo lo que sé. Ningún maestro me apremió o me guio, y no recuerdo haber escuchado voces humanas durante todos esos años…, ni siquiera la mía; ya que, aunque había leído acerca de la palabra hablada jamás se me pasó por la cabeza hablar en voz alta. Mi aspecto era además una cuestión lejana a mi mente, pues no existían espejos en el castillo y me limitaba, por mero instinto, a verme a mí mismo como un semejante a esas figuras juveniles que veía dibujadas o pintadas en los libros. Solo tenía conciencia de mi juventud a causa de lo poco que podía recordar.

En el exterior, acostado en el foso fétido, bajo los árboles tétricos y silenciosos, solía pasarme las horas enteras soñando sobre lo que había leído en los libros; añoraba poder verme entre gentes alegres, en el soleado universo situado más allá de la interminable espesura. Una vez intenté escapar de aquel bosque, pero a medida que me alejaba del castillo las sombras se volvían más densas y el aire se impregnaba aún más de crecientes temores, de manera que comencé a correr frenéticamente por el camino ya andado, no fuera a perderme en aquel laberinto de fúnebre silencio.

Y de esa forma, a través de crepúsculos sin fin, me veía obligado a soñar y esperar, sin saber exactamente qué. Hasta que en mi oscura soledad el deseo de luz se hizo tan patente que ya no fui capaz de quedarme inactivo y mis suplicantes manos se alzaron hacia esa única torre en ruinas que, por encima de la arboleda, se acercaba a un cielo exterior y desconocido. Y por fin me decidí a escalar aquella torre aunque me cayera, ya que para mí ya era mejor apreciar unos segundos el cielo y perecer que seguir viviendo sin poder contemplar jamás el día.

Bajo la húmeda luz del crepúsculo ascendí aquellos viejos peldaños de piedra hasta llegar a un nivel en el que se interrumpían, y de allí en adelante, trepando por pequeñas hendiduras en las que apenas entraba un pie, continué mi peligrosa ascensión. Horrible y espantoso era aquel

cilindro de roca inerte y sin peldaños, oscuro, en ruinas y solitario, todo siniestro con el mudo aleteo de los espantados murciélagos. Pero aún más lamentable era la lentitud de mi avance, ya que por más alto que trepase, no se disipaban las tinieblas que me rodeaban, y me invadió un renovado frío, como de algún respetable y embrujado moho. Tiritando a causa del frío me preguntaba por qué no alcanzaba la claridad y, si me hubiera atrevido, habría mirado hacia abajo. Me pareció que la noche había caído de repente sobre mí y palpé sin éxito con la mano libre buscando el parapeto de alguna ventana por la que poder espiar hacia el exterior y hacia arriba, y calcular la altura a la que me encontraba.

Así pues, después de una interminable y espeluznante ascensión a ciegas por ese precipicio cóncavo, ya desalentado sentí cómo mi cabeza tocaba algo sólido; entonces me di cuenta que debía haber llegado a la terraza o, al menos, a algún tipo de piso. Alcé mi mano libre y, entre la oscuridad, toqué un obstáculo, percatándome de que era de piedra y que no podría moverlo. Luego di un mortal rodeo a aquella torre, agarrándome a cualquier soporte que me pudiera ofrecer su pringosa pared, hasta que al final mi mano, siempre tanteando, halló un punto en el que cedía la valla y pude reanudar mi marcha hacia arriba empujando aquella loseta o puerta con mi cabeza, pues utilizaba las dos manos en mi prudente avance. Arriba no había luz alguna y, a medida que mis manos ascendían más y más alto, supe que, por el momento, mi subida había concluido, ya que aquella puerta daba a un resquicio que llevaba a una superficie de piedra plana, de una mayor circunferencia que la de la torre inferior, y que era sin duda el suelo de algún elevado y extenso recinto de observación.

Me deslicé con sigilo por aquella cámara intentando que la pesada losa no volviera a su lugar, pero no tuve éxito en mi intento. Y mientras yacía exhausto sobre el suelo de piedra, oí el impresionante eco de su caída, pero aun así conservé la esperanza de poder volver a levantarla cuando me fuese oportuno.

Creyendo que me encontraba ya a una altura importante, por encima de las odiadas ramas del bosque, me incorporé con mucho esfuerzo y palpé las paredes buscando alguna ventana que me permitiese contemplar por primera vez el cielo, la luna y las estrellas sobre las que tanto había leído.

Pero ambas manos me decepcionaron, pues todo lo que encontré fueron extensas estanterías de mármol cubiertas de odiosas cajas alargadas de unas dimensiones inquietantes. Cuanto más reflexionaba más me preguntaba qué extraños secretos podía guardar aquel alto lugar construido a tan grande distancia del castillo inferior.

De repente e inesperadamente mis manos tocaron el marco de una puerta del que colgaba una plancha de piedra de rugosa superficie a causa de las raras incisiones que la cubrían. Aquella puerta estaba cerrada, pero haciendo un esfuerzo supremo pude superar todos los obstáculos y la logré abrir hacia dentro. Una vez hecho todo esto, me invadió el éxtasis más puro jamás conocido. A través de una verja de hierro decorada, y en uno de los extremos de una corta escalera de piedra que ascendía desde aquella puerta recién descubierta, y brillando plácidamente con todo su esplendor, se encontraba la luna llena, que nunca había visto antes, salvo en mis sueños y en unas peregrinas visiones que nunca me atrevía a llamar recuerdos.

Ahora estaba convencido de que había llegado a la cima del castillo, y ascendí muy rápidamente los escasos peldaños que me separaban de la verja. Pero entonces una nube ocultó la luna y me hizo tropezar y, ya en la oscuridad, me vi obligado a avanzar con una mayor lentitud. Todavía se encontraba todo muy oscuro cuando llegué a la verja, que me encontré abierta tras una meticulosa exploración, pero no quise atravesarla por miedo a precipitarme desde aquella imponente altura que había alcanzado. Luego volvió a aparecer la luna.

De todos los impactos que se puedan imaginar, ninguno es tan diabólico como el de lo inescrutable y groseramente inconcebible. Nada de que había soportado hasta entonces se podía comparar al terror que producía lo que ahora estaba viendo; y ni que decir de las maravillas extraordinarias que aquel espectáculo implicaba.

El panorama era en sí tan sencillo como asombroso, ya que consistía solamente en lo siguiente: en lugar de una deslumbrante perspectiva de las copas de los árboles vistas desde una solemne altura, a mi alrededor se extendía, al nivel mismo de la verja, nada menos que la tierra firme, separada en distintos sectores por medio de losas de mármol y de columnas,

y bajo la sombra de una antigua iglesia de piedra cuyo capitel desolado brillaba espectralmente bajo la luz de la luna.

Medio inconsciente, pude abrir aquella verja y avanzar dando tumbos por la senda de gravilla blanca que se extendía en dos direcciones. Por aturdida y confusa que estuviera mi mente, aún perduraba en ella aquel anhelo frenético de luz; ni el asombroso descubrimiento de hacía unos minutos podía detenerme. No sabía, y ni siquiera me importaba, si aquella experiencia era locura, demencia o magia, pero estaba decidido a ir en busca de luminosidad y alegría a cualquier precio. No sabía ni quién ni qué era, ni cuáles podían ser mi espacio y mis circunstancias; sin embargo, a medida que continuaba mi marcha titubeante, se asomaba en mí un recuerdo apocado pero latente que hacía mi avance no fortuito del todo, sin un rumbo fijo por campo abierto; en ocasiones sin perder de vista el camino, y otras abandonándolo para poder internarme, lleno de toda curiosidad, por unas praderas en las que apenas alguna ruina ocasional revelaba la presencia, en tiempos remotos, de una olvidada cañada. En cierto momento me vi obligado a cruzar a nado un rápido río, en el que unos restos agrietados y mohosos hablaban de cierto puente que mucho tiempo atrás había desaparecido.

Ya habían transcurrido algo más de dos horas cuando alcancé lo que en apariencia era mi meta: un honorable castillo recubierto de hiedras, situado en un gran parque con una espesa arboleda, de una alucinante familiaridad para mí, y a pesar de ello repleto de novedades intrigantes.

Observé cómo el foso había sido rellenado y que algunas de las torres, que tan bien conocía, se habían demolido, al mismo tiempo que se levantaban nuevas alas que confundían al observador. Pero lo que contemplé con el máximo interés y disfrute fueron sus ventanas abiertas, inundadas de una radiante claridad, que enviaban al exterior los ecos del más alegre de los banquetes. Aproximándome a una de ellas observé su interior y contemplé a un grupo de personas vestidas de manera muy rara, que conversaban entre sí con una gran algarabía.

Como nunca había oído voz humana alguna, no podía adivinar lo que decían. Algunos de sus rostros mostraban expresiones que despertaban en mí recuerdos muy distantes y otros me eran totalmente ajenos.

Salté por aquella ventana y entré en la habitación, iluminada brillantemente, a la vez que mi mente pasaba del único momento de ilusión a la más oscura de las desesperanzas. Aquella pesadilla apenas tardó en llegar, ya que, nada más entrar, se produjo una de las reacciones más espeluznantes que yo habría podido imaginar. Apenas había terminado de cruzar aquel umbral cuando entre todos los presentes se produjo un inesperado y repentino pánico, de terrible intensidad, que distorsionaba sus rostros y arrancaba de todas aquellas gargantas los gritos más aterradores. La desbandada fue general y, en medio de aquel griterío y terror, algunos se desvanecieron y fueron arrastrados por los que huían despavoridos. Muchos se tapaban los ojos con las manos y corrían a ciegas llevándose por delante todo lo que encontraban a su paso, derribando muebles y golpeándose contra las paredes en un desesperado intento de llegar a alguna de las múltiples puertas.

Solo y aturdido en aquel radiante lugar, escuchando los ecos cada vez más lejanos de aquellos horrorosos gritos, comencé a temblar pensando en qué podía ser lo que me acechaba sin que yo lo pudiese ver.

A primera vista el lugar parecía estar vacío, pero cuando me dirigí a una de las habitaciones creí detectar cierta presencia… una especie de amago de movimiento al otro lado de un arco dorado que llevaba a otra habitación, parecida a la primera. A medida que me acercaba al arco comencé a percibir la presencia con mayor nitidez; después, con el primer y último sonido que jamás emití, un terrible aullido que me repugnó casi tanto como la morbosa causa que lo provocaba, pude contemplar en toda su horrible intensidad al inconcebible, indescriptible e inaudito monstruo que, con su mera aparición, había transformado una alegre tertulia en una riada de fugitivos delirantes.

Ni siquiera puedo decir a qué se parecía, pues era una especie de combinación de todo lo que considero impuro, aterrador, indeseado, anormal y abominable. Era como una sombra fantasmagórica de podredumbre, decadencia y desolación; una fétida y pringosa imagen de todo lo pernicioso; una desnudez impía de algo que la misericordiosa tierra debería haber ocultado para siempre. Dios sabe que no era nada de este mundo —o por lo menos ya había dejado de serlo— y, sin embargo,

cometiendo un enorme horror, pude contemplar entre sus carcomidos rasgos, con unos huesos que se podían entrever, una reminiscencia lejana y repulsiva de antiguas formas humanas; y en sus enmohecidos y lacerados ropajes, una inenarrable cualidad que me estremeció más aún si cabe.

Yo me encontraba casi paralizado, pero no tanto como para impedir un débil esfuerzo para intentar salvarme; di un traspié hacia atrás que fue incapaz de romper el hechizo en que me tenía atado aquel monstruo carente de voz y nombre. Mis ojos, cautivados por aquellos asquerosos ojos vítreos que miraban fijamente, se negaban a cerrarse, aunque aquel horrible objeto se veía ahora aún más confuso tras el primer impacto.

Intenté alzar una mano y disipar aquella visión, pero me encontraba tan derrotado que el brazo no respondió del todo a mi voluntad. No obstante, ese intento bastó para alterar mi equilibrio y, tambaleándome, tuve que dar algunos pasos hacia delante para no caerme. Mientras lo hacía, adquirí de repente la angustiosa sensación de proximidad de aquella cosa, cuya nauseabunda respiración tenía la impresión de oír. Casi enloquecido, pude no obstante mover una mano para detener a la pestilente imagen, que cada segundo se aproximaba más y más, cuando de pronto mis dedos tocaron una putrefacta extremidad que el monstruo estiraba por debajo del arco dorado.

No pude gritar, pero todos los malignos vampiros que volaban al viento de la noche lo hicieron en mi lugar, a la vez que llevaron a mi mente una avalancha de abatidos recuerdos. En ese mismo momento supe todo lo que había ocurrido; recordé incluso más allá del terrorífico castillo y de sus árboles; recordé aquel edificio en el que me encontraba; reconocí, lo más terrible, la pagana abominación que se alzaba ante mí, mirándome de lado mientras apartaba de los suyos mis deslustrados dedos.

Pero en el universo también existe el alivio además del sufrimiento, y ese alivio es el olvido. En el eminente terror de aquel instante me olvidé de lo que me había espantado y el estallido de aquel recuerdo se evaporó entre una anarquía de imágenes reiteradas. Como si estuviera en un sueño, salí de aquel edificio fantasmal y maldito y corrí rápidamente y en silencio a la luz de la luna.

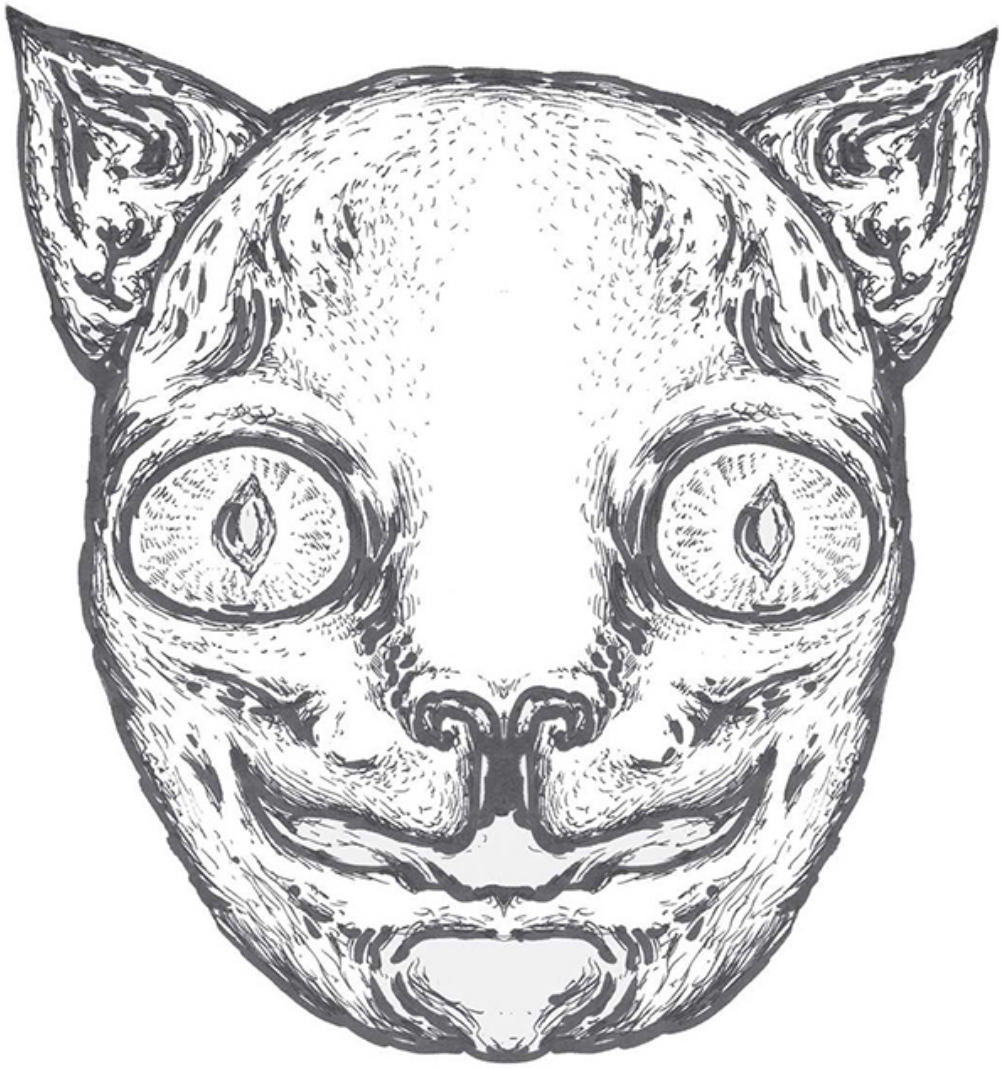
Cuando regresé al sepulcro de mármol y bajé los peldaños, me encontré incapaz de mover la trampa de piedra; pero no me quejé, ya que había

llegado a aborrecer aquel viejo castillo y todos sus árboles. Ahora cabalgo al lado de los fantasmas, sarcásticos y cordiales, bajo el viento de la noche, y juego durante todo el día entre las catacumbas de Nefre-Ka[37], en el oculto y desconocido valle de Hadoth, a las orillas del río Nilo. Sé que la luz no está hecha para mí, salvo la luz de la luna sobre las tumbas de roca de Neb. Tampoco es para mí la alegría, excepto en las fiestas sin nombre de Nitokris[38] bajo la Gran Pirámide[39]; y, sin embargo, bajo mi nueva y bárbara libertad casi agradezco el tormento de la enajenación.

Porque aunque el olvido me ha proporcionado la calma, no por eso puedo ignorar que soy un extranjero, un extraño para este siglo y para todos aquellos que aún son hombres. Esto es lo que conocí cuando extendí mis dedos hacia esa abominable cosa surgida de aquel gran marco dorado; desde que extendí mis dedos y pude tocar la fría e infalible superficie de ese pulido espejo.

***OceanofPDF.com***

# LOS GATOS DE ULTHAR



*OceanofPDF.com*

# LOS GATOS DE ULTHAR

Se comenta que en Ulthar, una villa situada más allá del río Skai, ningún hombre puede matar a un gato; cosa que creo con total convicción cuando observo al que en este mismo instante está ronroneando frente a la lumbre, pues los gatos son muy enigmáticos y se hallan cerca de extrañas cosas que el hombre es incapaz de ver. Constituyen el alma del antiguo Egipto y son los portadores de las leyendas de las ciudades olvidadas de Meroé y Ofir. Es el descendiente de los señores de la selva y el heredero de los misterios de la antigua y siniestra África. La esfinge es prima suya, y hablan una misma lengua, pero él aún es más antiguo y puede recordar todo lo que ella ha olvidado.

En Ulthar, antes de que los caciques prohibieran las matanzas de gatos, residían un anciano campesino y su mujer que se divertían poniendo trampas a los gatos de sus vecinos para matarlos después. Desconozco cuáles eran sus motivos, pero hay muchos que aborrecen sus maullidos durante las noches, y les disgusta que anden por patios y jardines de manera furtiva cada atardecer. Fuera la razón que fuese, el asunto es que este anciano y su esposa disfrutaban cazando y matando a todo gato que rondase por su miserable tugurio, y por los ruidos que se escuchaban durante la noche, muchos de sus vecinos sospechaban que la forma con que los eliminaban debía ser de lo más peculiar. Pero los habitantes de la comarca no hablaban de ellos con el anciano y su mujer, por la expresión que sus rostros marchitos mostraban siempre, y a que su cabaña era muy pequeña y siempre estaba sombría bajo las sombras de unos enormes olmos que crecían en la parte posterior de un patio descuidado. En verdad, aunque los dueños de los mininos odiaban e estos repulsivos personajes, aún les tenían un mayor temor; y en vez de acusarles de brutales asesinos, se limitaban a evitar que sus amadas mascotas pudieran acercarse al apartado cobertizo oculto bajo aquellos árboles tan sombríos. Cuando un gato desaparecía tras un inevitable descuido, y sus maullidos de oían en la noche, el dueño

suspiraba con impotencia, o le daba gracias a Dios porque no hubiese sido uno de sus vástagos. Pues los habitantes de Ulthar eran personas sencillas, y desconocían de dónde habían llegado aquellos gatos.

Cierto día llegó a las empedradas y angostas callejuelas de Ulthar una extraña caravana de vagabundos que procedían del sur. Eran individuos bronceados y errantes, diferentes de otros nómadas que llegaban un par de veces al año a aquella villa. Adivinaban el futuro en la plaza del mercado a cambio de unas monedas, y compraban vistosos abalorios a los mercaderes. Nadie conocía su procedencia, pero se percataron de que solían rezar extrañas plegarias y que tenían dibujados en los laterales de sus carromatos unas insólitas figuras de cuerpos humanos, cabezas gatunas, de halcones, carneros o leones. Y el jefe de la caravana vestía un tocado con un par de cuernos con un curioso disco en medio.

En aquella singular caravana había un niño, huérfano de padre y madre, cuyo único acompañante era un gatito negro muy pequeño al que cuidaba. La peste no fue muy amable con él, pero le concedió a aquel ser diminuto y peludo que amortiguara sus penas; y, cuando uno es muy joven, se encuentra siempre un enorme alivio en las pícaras aventuras de un gatito negro. Así, aquel pequeño al que los sujetos bronceados denominaban Menes, sonreía cada vez con una mayor frecuencia y lloraba cada vez menos mientras se sentaba a jugar con su gatito travieso en los peldaños de un carromato repleto de extrañas pinturas.

Durante la mañana del tercer día desde que llegaron a Ulthar los vagabundos, Menes fue incapaz de encontrar a su gatito, y cuando los habitantes de la comarca le vieron llorando en la plaza del mercado, le hablaron del anciano y de su mujer, y de esos maullidos que se podían oír por las noches. Y cuando el muchacho escuchó todo aquello sus llantos se tornaron reflexión, y pasó después a las plegarias.

Extendió sus brazos al sol y rezó en una lengua que ningún aldeano fue capaz de entender; pero, en verdad, tampoco hicieron demasiados esfuerzos en entenderla, ya que el cielo había acaparado toda su atención, así como las curiosas formas que las nubes iban adoptando. Resultó muy extraño, pero en cuanto el niño acabó sus plegarias, unas figuras nebulosas y oscuras de unos exóticos seres parecieron perfilarse en lo alto, unas híbridas

criaturas coronadas con cuernos y un disco intermedio. La Naturaleza se encuentra llena de ilusiones parecidas que tanto fascinan a los seres imaginativos.

Aquella misma noche los vagabundos abandonaron Ulthar, y no se les volvió a ver jamás. Y los habitantes se sintieron muy consternados al descubrir que ya no quedaba ni un solo gato en toda la región. El gato familiar había desaparecido de todos los hogares; gatos grandes y pequeños, negros, grises, con rayas, blancos o amarillos. El viejo Kranon, el burgomaestre, juró que aquellos morenos vagabundos se habían llevado a todos los animales en venganza por la muerte del gatito de Menes, maldiciendo a aquella caravana y al pequeño. Pero el notario, Nith, declaró que el viejo campesino y su esposa eran los auténticos sospechosos, pues todos conocían bien su odio a los gatos que aumentaba cada día. Pero nadie se atrevió a acusar a la extraña pareja, pese a que el pequeño Atal, el hijo del posadero, aseguró haber visto a todos los gatos de la aldea en aquel maldito patio bajo la arboleda, marchando en círculos, lenta y ceremoniosamente, en filas de a dos, alrededor del tugurio, como llevando a cabo algún extraño ritual propio de los gatos. Los campesinos no sabían si creer a un niño tan pequeño, y aunque tenían miedo a que la siniestra pareja hubiese hechizado a todos los gatos para provocar su muerte, prefirieron no tener que hacer frente al anciano campesino hasta que saliese de su repulsivo y sombrío habitáculo.

Y así el pueblo de Ulthar se durmió embargado por una impotente rabia; pero cuando todos se levantaban al alba ¡cada gato ya había regresado a su casa respectiva! Los grandes y los pequeños, los negros y los grises, los rayados, los amarillos y los blancos; no faltaba ni uno solo. Todos parecían lustrosos y vigorosos, y ronroneaban colmados de satisfacción. Los aldeanos hablaron entre ellos y no quedaron poco asombrados. El viejo Kranon volvió a insistir en que aquellos morenos vagabundos se los habían llevado, ya que los gatos no habrían regresado vivos jamás del chamizo del anciano matrimonio. Pero todos coincidieron en algo: que la negativa de sus mascotas a comer sus raciones o a beber su platito de leche resultaban extraordinariamente peculiares. Y durante un par de días enteros, los

horondos y perezosos gatos de Ulthar no probaron ningún alimento y se conformaron con arrullarse al amor de la lumbre o bajo el sol.

Pasó toda una semana hasta que los lugareños se percataron de que ninguna luz se encendía al anochecer en las ventanas de la casucha oculta entre los árboles. Después, el consumido Nith comentó que nadie había logrado ver a la marchita pareja desde la noche en la que todos los mininos desaparecieron. A la siguiente semana, el burgomaestre tomó la decisión de superar sus miedos y así visitar, como era su deber, aquella extrañamente silenciosa choza, aunque tuvo la suficiente prudencia de llevarse como testigos a Shang, el herrero, y a Thul, el picapedrero. Y tras derribar la frágil puerta no pudieron encontrar más que un par de esqueletos humanos, limpios e impecables, recostados sobre el suelo de tierra, así como un montón de cucarachas que correteaban por los oscuros rincones de la choza.

Se habló después mucho entre los habitantes de Ulthar. Zath, el corregidor, discutió mucho tiempo con Nith, el enclenque notario. Hasta el pequeño Atal, hijo del posadero, fue interrogado intensamente, y se le regaló después un dulce como compensación. Hablaron sobre el anciano campesino y su esposa, de la caravana de bronceados vagabundos, del pequeño Menes y de su negro gatito, de las oraciones de Menes y del aspecto del cielo mientras las recitaba, de las acciones de los gatos la noche de la marcha de los carromatos, y de lo que más tarde encontraron en aquella choza bajo los árboles sombríos del patio repulsivo.

Y al final, los mandatarios acabaron aprobando esa famosa ley de la que tanto comentan los mercaderes de Hatheg y de la que discuten los peregrinos en Nir: que en Uthar ningún hombre puede matar a un gato.

***OceanofPDF.com***

# DESDE EL
# MÁS ALLÁ



*OceanofPDF.com*

# DESDE EL MÁS ALLÁ

El cambio que se había producido en Crawford Tillinghast, mi mejor amigo, era inconcebiblemente espantoso. No lo había visto desde hacía dos meses y medio, desde el día que me explicó el objeto de sus investigaciones físicas y matemáticas. Cuando respondió a mis temeroso y casi asustado rapapolvo expulsándome de su laboratorio y de su casa en un arranque de cólera fanática, supe que en lo sucesivo se encerraría la mayor parte de su tiempo en el laboratorio del ático, con aquella dichosa máquina eléctrica, sin apenas comer y prohibiendo la entrada a los criados. Sin embargo, jamás creí que un período de solo diez semanas pudiese alterar así a un ser humano. No es agradable ver que un hombre fornido enflaquece de pronto, y es aún menos agradable ver que la piel hinchada se le vuelve amarillenta o gris, se le hunden los ojos y se tornan ojerosos y extrañamente relucientes, se le arruga la frente y se le cubre de venas, y le tiemblan las manos y se le crispan. Si agregamos a eso una repugnante falta de aseo, un abandono total de la vestimenta, una cabellera negra que comienza a blanquear por la raíz, y una barba cana crecida en un rostro antaño afeitado, el efecto general es horrendo. Pero ese era el aspecto de Crawford Tillinghast la noche en que su mensaje casi confuso me llevó ante su puerta, después de mis semanas de destierro. Aquel espectro me abrió, tembloroso, vela en mano, y miró furtivamente por encima del hombro como si temiese a los seres invisibles de la vieja casa solitaria, retirada de la hilera de edificios que jalonaban Benevolent Street.

Fue una equivocación que Crawford Tillinghast se dedicase a estudiar ciencia y filosofía. Estas materias deben ser para el investigador frío e impersonal, pues brindan dos alternativas igualmente trágicas para hombre sensible e intrépido: la desesperación, si fracasa en sus investigaciones; y un terror inenarrable e inaudito, si triunfa. Tillinghast había sido en una ocasión víctima del fracaso, solitario y melancólico. Sin embargo, comprendí con angustioso temor que ahora era víctima del éxito. Yo le

había avisado diez semanas antes, cuando me contó la historia de lo que intuía que estaba a punto de descubrir. Entonces se emocionó y se alteró, hablando con voz aguda y afectada pero pedante.

—¿Qué sabemos nosotros, del mundo y del universo circundantes? —dijo—. Nuestros medios de percepción son muy escasos y nuestra noción de los objetos que nos rodean es muy estrecha. Vemos las cosas dependiendo de la estructura de los órganos con los cuales las percibimos, así que no podemos hacernos una idea sobre su naturaleza real. Queremos abarcar un cosmos complejo e ilimitado con solo cinco débiles sentidos, cuando otros seres dotados de una gama más amplia y vigorosa de sentidos, o simplemente diferente, no solo podrían ver de un modo muy distinto las cosas que vemos nosotros, sino que podrían percibir y estudiar mundos completos de materia, energía y vida que están al alcance de la mano y no son perceptibles para nuestros actuales sentidos.

»Siempre he creído firmemente que esos mundos extraños e inaccesibles están cerca de nosotros, pero creo que ahora he descubierto un medio de cruzar la barrera. No estoy de broma. Dentro de veinticuatro horas, esa máquina que está junto al escritorio producirá ondas que actuarán sobre ciertos órganos sensoriales nuestros que se hallan en estado rudimentario o están atrofiados. Esas ondas nos abrirán muchas perspectivas ignoradas por el hombre, algunas de ellas son desconocidas para lo que consideramos la vida orgánica. Veremos qué es lo que hace aullar a los perros de noche, o enderezar las orejas a los gatos después de las doce. Veremos esas cosas y otras más que nadie ha visto hasta ahora. Traspasaremos el espacio, el tiempo y las tres dimensiones; nos asomaremos al fondo de la creación sin desplazarnos.

Cuando oí hablar así a Tillinghast, lo reprendí, pues lo conocía bastante bien como para asustarme más que divertirme; sin embargo, era un fanático y me echó de su casa. Ahora se mostraba igual de fanático, pero su deseo de hablar había superado su rencor y me había escrito imperiosamente, con una letra que yo apenas reconocí. Al entrar en la casa del amigo, de pronto metamorfoseado en una gárgola temblorosa, me sentí invadido por el terror que parecía acechar en cada sombra. Las palabras y convicciones expresadas diez semanas antes parecían materializadas en la penumbra

reinante más allá del halo de luz de la vela, y me sobresaltó la voz cavernosa y alterada de mi amigo. Deseé tener cerca a los criados, y no me gustó oírle decir que todos ellos se habían despedido hacía tres días. Era muy raro que al menos el viejo Gregory hubiese dejado a su señor sin decírselo a un buen amigo como yo. Él era quien me había tenido al corriente sobre el estado Tillinghast desde que me había expulsado con furia.

No obstante, pronto subordiné todos los terrores a mi curiosidad y fascinación cada vez mayores. No sabía bien qué quería ahora de mí Crawford Tillinghast, pero no dudaba que tenía algún asombroso secreto o descubrimiento que mostrarme. Anteriormente lo había censurado por sus anormales incursiones en lo que no podía concebirse; pero ahora que de alguna manera había triunfado, casi compartía su estado anímico, aunque era espantoso el precio de aquel triunfo. Fue escaleras arriba por la penumbra hueca de la casa, siguiendo la llama vacilante de la vela que sostenía la mano de aquel tembloroso remedo de hombre. Según parece, la corriente estaba desconectada y, cuando pregunté por aquello, mi amigo dijo que era por un motivo concreto.

—Sería demasiado…, no me atrevería —murmuró.

Observé en concreto su nueva costumbre de murmurar, pues no era habitual en él hablar consigo mismo. Entramos en el laboratorio del ático, donde vi la odiosa máquina eléctrica, que relucía con una tenue y siniestra luminosidad violácea. Estaba conectada a una potente batería química; sin embargo, no recibía corriente. Lo sabía porque recordé cómo, en su fase experimental, chisporroteaba y vibraba cuando estaba en marcha. En respuesta a mi pregunta, Tillinghast musitó que aquel resplandor permanente no era eléctrico según lo entendía yo. Después me sentó junto a la máquina, de manera que quedaba a mi derecha y pulsó un interruptor que había debajo de una constelación de lámparas. Los acostumbrados chisporroteos dieron comienzo, se tornaron en un rumor y por último en un zumbido tan leve que se habría dicho que se había quedado nuevamente en silencio. Mientras, la luminosidad había aumentado, bajado y adquirido una pálida y extraña coloración —o mezcla de colores— indefinible e

indescriptible. Tillinghast me había observado y se percató de mi expresión atónita.

—¿Sabes qué es eso? —susurró—. ¡Rayos ultravioleta! —dijo y rio con aire extraño ante mi sorpresa—. Creías que eran invisibles… y lo son, pero ahora pueden verse, como muchas más cosas invisibles. ¡Escucha! Las ondas de esta máquina están despertando los mil sentidos adormecidos que tenemos. Se trata de sentidos que heredamos durante los milenios de evolución entre el estado de los electrones inconexos al de humanidad orgánica. Yo he visto la verdad y quiero mostrártela. ¿Te gustaría saber cómo es? Te lo voy a decir. —Tillinghast se sentó frente a mí, sopló la vela para apagarla, y me miró fijamente a los ojos—. Tus órganos sensoriales, yo diría que en primer lugar los oídos, captarán muchas impresiones, pues están estrechamente conectados con los órganos adormecidos. Después lo harán los otros. ¿Has oído hablar de la glándula pineal? Me dan risa esos endocrinólogos tan superficiales, que son solo colegas de los estafadores y advenedizos freudianos. Esa glándula es el principal órgano sensorial…, lo he descubierto. Es como la vista y transmite representaciones visuales al cerebro. Si eres normal, será la forma en que debes captarlo casi todo… Quiero decir casi todo el testimonio del más allá.

Miré el enorme del ático, con su pared sur inclinada, tenuemente iluminada por los rayos que son incapaces de captar los ojos corrientes. Los rincones estaban en penumbra. Toda la habitación tenía una brumosa irrealidad que difuminaba su naturaleza e invitaba a la imaginación a volar y a las figuraciones. Mientras Tillinghast estuvo en silencio, me vi en un gigantesco e increíble templo de dioses desaparecidos hace mucho tiempo. Era un edificio difuso con multitud de columnas de piedra oscura que se alzaban desde un suelo de losas húmedas hacia unas alturas brumosas que la vista no podía captar. La imagen fue muy real durante un rato, pero fue dando paso lentamente a una concepción más terrible: la de una absoluta soledad en el espacio sin límites, en donde no había visiones ni sonidos. Era como un vacío, solo eso. Sentí un miedo infantil que me empujó a sacar del bolsillo el revólver que siempre llevo conmigo de noche, desde que me robaron en East Providence. A continuación, el ruido fue ganando poco a poco realidad desde las regiones más lejanas. Era muy débil, sutilmente

vibrante, sin duda musical; pero era de tal incomparable frenesí que sentí su impacto como un suave tormento por todo mi cuerpo. Experimenté la sensación que nos, produce el arañazo fortuito sobre un cristal esmerilado. Simultáneamente, noté algo así como una corriente de aire frío que pasó junto a mí, al parecer en dirección al ruido distante. Aguardé conteniendo el aliento y sentí que el ruido y el viento crecían, produciéndome la extraña sensación de estaba atado a unos raíles por donde se aproximaba una enorme locomotora. Empecé a hablarle a Tillinghast y de inmediato desaparecieron todas estas insólitas impresiones. Volví a ver al hombre, los aparatos brillantes y la estancia en penumbra. Tillinghast me dedicó una sonrisa repulsiva al ver el revólver que había sacado casi sin darme cuenta; pero su expresión me hizo comprender que había visto y oído lo mismo que yo o incluso más. Le conté en voz baja mis sensaciones, y me rogó que me mantuviese lo más quieto y receptivo que pudiese.

—No te muevas —me advirtió—, con estos rayos pueden vernos, igual que nosotros podemos ver. Ya te he dicho que los criados se han marchado, aunque no te he contado por qué. Fue a causa de esa mentecata del ama de llaves, que encendió las luces de abajo a pesar de haberle advertido yo que no lo hiciera, así que los hilos captaron vibraciones simpáticas. Debió ser horrendo. Desde aquí pude oír los gritos, pese a que estaba pendiente de lo que veía y oía en otra dirección. Cuando descubrí más tarde montones de ropa vacía por toda la casa me quedé espantado. Las ropas de la señora Updike estaban en el vestíbulo, junto al interruptor de la luz…, por eso sé que fue ella quien lo tocó. Pero no correremos peligro si no nos movemos. Recuerda que nos enfrentamos a un mundo terrible en donde estamos como quien dice desprotegidos… ¡Quédate quieto!

El impacto de la revelación, unido a aquella brusca orden, me provocó una especie de parálisis. En medio de aquel pavor, mi mente se abrió de nuevo a las impresiones que venían de eso que Tillinghast llamaba «el más allá». Ahora yo me hallaba en un torbellino de ruido y movimiento mezclados con vagas representaciones visuales. Veía los vagos perfiles de la estancia. Sin embargo, parecía brotar de algún punto del espacio una columna hirviente de nubes o figuras que no podía identificar y que atravesaban el techo sólido sobre mí, a mi derecha. Luego tuve de nuevo la

impresión de que me hallaba en un templo, aunque ahora los pilares llegaban hasta un luminoso océano aéreo del cual caía un rayo cegador a lo largo de la columna brumosa que había visto con anterioridad. A continuación, la escena se volvió casi del todo caleidoscópica. En la mezcla de imágenes, sonidos e impresiones sensoriales inenarrables, sentí que iba a diluirme o a perder mi forma sólida de algún modo. Siempre recordaré una cegadora y fugaz visión. Durante una fracción de segundo creí ver un fragmento de extraño cielo nocturno lleno de brillantes esferas que giraban sobre sí mismas. Mientras desaparecía, vi que los relucientes soles creaban una constelación o galaxia de contornos claros formando así el rostro distorsionado de Crawford Tillinghast. Un momento después, sentí que unos seres enormes y animados pasaban a veces rozándome y otras caminando o deslizándose sobre mi cuerpo en teoría sólido. Me dio la impresión de que Tillinghast los observaba como si sus sentidos, más aguzados que los míos, pudiesen captarlos con los ojos. Recordé lo que había dicho sobre la glándula pineal y me pregunte qué estaría viendo con ese ojo sobrenatural.

Entonces noté que yo también poseía una especie de visión aumentada. Por encima del maremágnum de luces y sombras surgió una escena difusa, pero dotada de solidez y estabilidad. Era de alguna manera familiar, pues lo inusitado se superponía al habitual escenario terrestre, igual que la escena cinematográfica se proyecta sobre el telón liso de un teatro. Vi el laboratorio del ático, la máquina eléctrica, y la figura poco atractiva de Tillinghast frente a mí; pero ni la más mínima fracción del espacio entre todos estos objetos familiares se hallaba vacía. Entre medias se mezclaban en una repulsiva confusión un sinnúmero de formas indescriptibles, vivas o no. Junto a cada objeto conocido, se movían mundos enteros y entidades extrañas e ignotas. Además, era como si los objetos cotidianos entrasen en la composición de otros no conocidos, y viceversa. Y lo más importante es que entre las entidades vivas había monstruosidades nigérrimas y gelatinosas que temblaban con flacidez, al compás de las vibraciones procedentes de la máquina. Estaban allí en una asquerosa abundancia y, para mi terror, descubrí que se superponían. Eran semifluidas y podían penetrarse entre ellas y atravesar lo que conocemos como cuerpos sólidos.

No estaban quietas en ningún momento, sino que parecían moverse con algún designio malévolo. En ocasiones se devoraban entre ellas, lanzándose la atacante sobre la víctima y eliminándola de inmediato de la vista. Con un estremecimiento imaginé qué había hecho desaparecer a los desafortunados criados, y no fui capaz de sacarme a aquellos entes de la mente, mientras intentaba captar nuevos detalles de este mundo recientemente visible que está a nuestro alrededor. Pero Tillinghast me había observado y decía algo.

—¿Los ves? ¿Los ves? ¡Ves a esos seres que flotan y aletean a tu alrededor, y a través de ti, en todo momento de tu vida? ¿Ves las criaturas que habitan eso que los hombres llaman el aire puro y el cielo azul? ¿No he logrado romper la barrera y enseñarte mundos que ningún hombre vivo ha visto? —lo oí gritar a través del caos y vi su rostro insultantemente cerca del mío.

Sus ojos eran pozos de fuego que me miraban con lo que ahora sé que era un odio sin límite. La máquina zumbaba de una forma odiosa.

—¿Crees que esos seres que se contorsionan sin gracia son los que acabaron con los criados? ¡Idiota, esos son inofensivos! Pero los criados se han esfumado, ¿no? Tú intentaste detenerme. Me desanimabas cuando necesitaba todo el apoyo posible. Te daba miedo enfrentarte a la verdad cósmica, maldito cobarde, pero ¡ahora estás a mi merced! ¿Qué es lo que acabó con los criados? ¿Qué les hizo dar aquellos gritos?… No lo sabes, ¿eh? Pues ahora lo vas a saber. Mírame y escucha lo que voy a decirte. ¿Crees que las nociones de espacio, tiempo y magnitud son reales? ¿Crees que existen cosas como la forma y la materia? Pues ya te digo yo que he alcanzado profundidades que tu pequeño cerebro es incapaz de imaginar. Me he asomado más allá de los límites del infinito y he invocado a los demonios de las estrellas… He cabalgado sobre las sombras que van de un mundo a otro, sembrando la muerte y la locura… Soy dueño del espacio, ¿lo oyes? Ahora hay entes que me buscan, seres que devoran y disuelven; pero cómo evitarlos. Es a ti a quien atraparán, como a los criados… ¿se agita el caballero? Ya te he dicho que es peligroso moverse. Antes te he salvado al advertirte que permanecieras inmóvil… para que vieses más cosas y escuchases lo que tengo que decir. Si te hubieses movido, ya hace rato que se habrían lanzado sobre ti. Tranquilo porque no hacen daño. No se

lo hicieron a los criados. Esos pobres diablos gritaron de aquella forma al verlos. No son bonitos, mis animales predilectos. Vienen de un lugar cuyo canon de belleza es… muy diferente. La desintegración no duele para nada, te lo aseguro; pero quiero que los veas. Yo casi los vi, pero supe detener la visión. ¿No te pica la curiosidad? Siempre he sabido que no eras científico. Tiemblas, ¿verdad? Tiemblas de ansiedad por ver los últimos entes que he podido descubrir. ¿Por qué no te mueves? ¿Estás cansado? Bueno, tranquilo, amigo mío, ya vienen… Mira, mira, maldito; mira… ahí, en tu hombro izquierdo.

Lo que queda por contar es breve. Tal vez lo sepáis por las notas aparecidas en los periódicos. La policía oyó un disparo en la casa de Tillingbast y nos descubrió allí a los dos: Tillinghast, muerto; yo, inconsciente. Me detuvieron porque tenía el revólver en la mano. Sin embargo, me soltaron tres horas después cuando se descubrió que Tillinghast había muerto de un ataque de apoplejía, y se comprobó que yo había dirigido el disparo contra la dañina máquina que ahora había quedado inservible en el suelo del laboratorio. No dije nada sobre lo que había visto por si el forense me tomaba por loco. No obstante, por la vaga explicación que di, el facultativo dijo que había sido hipnotizado a todas luces por el homicida y vengativo demente.

Quisiera creerlo porque se calmarían mis nervios a flor de piel si dejase de pensar lo que pienso sobre el aire y el cielo que tengo sobre mí y a mi alrededor. Nunca me siento a solas ni cómodo. En ocasiones, cuando estoy cansado, tengo la horrible sensación de que me siguen. Lo que me impide creer al doctor es que la policía jamás halló los cuerpos de los criados que Crawford Tillinghast los mató, según dicen.

***OceanofPDF.com***

ARTHUR
JERMYN



*OceanofPDF.com*

# ARTHUR JERMYN

## I

La vida es algo aterrador y desde el telón de fondo de lo que conocemos de ella asoman indicios demoníacos que a veces la vuelven mucho más aterradora. La ciencia, opresiva en sus terribles revelaciones, quizá sea la que aniquile definitivamente nuestra especie humana, si es que somos una especie distinta, pues los cerebros mortales jamás podrán abarcar su reservorio de inusitados horrores si se desatan en el mundo. Si supiéramos qué somos, haríamos lo mismo que Arthur Jermyn, que una noche empapó sus ropas de petróleo y se prendió fuego. Nadie guardó sus restos carbonizados en una urna, ni le dedicó un monumento funerario, pues aparecieron unos documentos y un objeto dentro de una caja que han hecho que sus semejantes prefieran olvidar. Algunos de sus conocidos incluso niegan que haya existido jamás.

Arthur Jermyn salió al páramo y se prendió fuego tras ver el objeto de la caja, llegado de África. Fue este objeto, no su extraño aspecto personal, lo que lo movió a suicidarse. Muchos no habrían soportado la vida si hubiesen tenido los extraños rasgos de Arthur Jermyn, pero él era un poeta y un hombre de ciencia, jamás le importó su aspecto físico. Llevaba el saber en la sangre. Su bisabuelo, el barón Robert Jermyn, había sido un famoso antropólogo. Su tatarabuelo, Wade Jermyn, fue uno de los primeros exploradores de la región del Congo, y autor de eruditos estudios sobre sus tribus animales y sus supuestas ruinas. Wade estuvo dotado de un celo intelectual que casi rayaba en la manía. Su estrafalaria teoría sobre una civilización congoleña blanca le valió sarcásticos ataques cuando se publicó su libro, *Reflexiones sobre las diversas partes de África*. En 1765, este intrépido explorador fue recluido en un manicomio de Huntingdon.

Todos los Jermyn poseían una vena de locura y la gente se alegraba de que fueran pocos. La familia carecía de ramas y Arthur fue el último

descendiente. Si no hubiese sido así, no se sabe qué habría llegado a ocurrir cuando llegó aquel objeto. Los Jermyn jamás tuvieron un aspecto del todo normal y había algo raro en ellos, si bien en el caso de Arthur fue peor, y los antiguos retratos de familia de los Jermyn anteriores a Wade mostraban rostros bastante hermosos. La locura empezó sin duda con Wade, cuyas excéntricas historias sobre África encantaban y aterrorizaban a sus nuevos amigos. Quedó reflejada en su colección de trofeos y especímenes, muy diferentes de los que un hombre normal coleccionaría y conservaría. También se manifestó sorprendentemente en la reclusión en que mantuvo a su esposa. Decía él que era la hija de un comerciante portugués al que había conocido en África y no compartía las costumbres inglesas. La había traído al volver del segundo y más largo de sus viajes, junto con un hijo pequeño nacido en África. Ella lo acompañó después en el tercero y último, y no volvió. Debido a su carácter extraño y violento nadie la había visto de cerca, ni siquiera los criados. Durante su corta estancia en la mansión de los Jermyn, la mujer ocupó un ala remota y solo fue atendida por su marido. Wade fue muy extraño en las atenciones que prodigaba a la familia porque no consintió que nadie atendiese a su hijo cuando volvió de África, salvo una repugnante negra de Guinea. A su regreso, tras la muerte de lady Jermyn, él asumió todo los cuidados del niño.

Pero fueron las palabras de Wade, en especial cuando estaba ebrio, las que hicieron suponer a sus amigos que estaba chiflado. En una época de la razón, como el siglo xviii, era una locura que un científico hablase de visiones insensatas y extraños paisajes bajo la luna del Congo; de colosales murallas y pilares de una ciudad olvidada, en ruinas y comida por la vegetación, de húmedas y secretas escaleras que conducían sin fin a la subterránea oscuridad de criptas abismales e inconcebibles catacumbas. Era sobre todo una locura hablar de forma delirante de las criaturas que habitaban esos lugares: seres mitad de la jungla, mitad de esa antigua y pagana ciudad… seres que Plinio[40] habría descrito con escepticismo, que pudieron surgir después de que los grandes simios invadiesen la agonizante ciudad de las murallas y los pilares, de las criptas y las misteriosas esculturas. Pero después de su último viaje, Wade hablaba de aquellas cosas con sobrecogido y misterioso entusiasmo, casi siempre después de su

tercera copa en el Knight’s Head, jactándose de lo que había descubierto en la selva y de que había vivido entre unas terribles ruinas que únicamente él conocía. Al final hablaba de tal forma de los seres que las habitaban que lo metieron en el manicomio. No se mostró triste cuando lo encerraron en la celda de Huntingdon, pues su mente funcionaba de una forma extraña. Desde que su hijo comenzó a abandonar la infancia, le gustó cada vez menos el hogar, hasta que últimamente parecía tenerle miedo. El Knight’s Head se convirtió en su domicilio habitual. Cuando lo encerraron, mostró un vago agradecimiento, como si para él eso fuese una protección. Murió tres años después.

Philip, el hijo de Wade Jermyn, fue una persona extraordinariamente extraña. Pese al gran parecido físico que guardaba con su progenitor, su aspecto y su conducta eran tan zafios en muchos detalles que al final todo el mundo terminó rehuyéndole. Es verdad que no heredó la locura, como algunos temían, pero era bastante desmañado y tenía tendencia a sufrir accesos periódicos de violencia. Era de corta estatura y, sin embargo, poseía una fuerza y una agilidad que resultaban asombrosas. Doce años después de recibir su título se casó con la hija de su guardabosque, de quien se decía que era de origen gitano; sin embargo, antes de que naciese su hijo, se enroló en la marina de guerra como marinero sin graduación, lo cual remató la repugnancia general que habían despertado sus hábitos y su matrimonio. Finalizada la guerra de América, corrió el rumor de que se había enrolado de marinero en un buque mercante dedicado al comercio en África. Allí se granjeó una fama con sus demostraciones de fuerza y soltura para trepar hasta que una noche desapareció finalmente, cuando el barco se hallaba fondeado frente a las costas del Congo.

La ya reconocida rareza familiar adoptó un carácter extraño y fatal con el hijo de Philip Jermyn. De alta estatura y dotado de belleza, con un tipo de misteriosa elegancia oriental pese a sus proporciones físicas fuera de lo común, Robert Jermyn se dedicó a la investigación y a adquirir conocimientos. Fue el primero en someter a un estudio científico la gran colección de reliquias traída de África por su abuelo demente, lo cual hizo que el apellido cobrase relevancia en el campo de la etnología y la exploración. En 1815, Robert se casó con la hija del séptimo vizconde de

Brightholme. El matrimonio recibió la bendición de tres hijos, el mayor y el menor de los cuales jamás fueron vistos en público debido a sus deformidades físicas y psíquicas. Cohibido por estas desgracias, el científico se refugió en su trabajo y emprendió dos largas expediciones al interior del continente africano. En 1849, su segundo hijo, Nevil, una persona especialmente asquerosa que parecía unir en su persona el malhumor de Philip Jermyn y la *hauteur*[41] de los Brightholme, se fugó con una bailarina de lo más ordinario, si bien lo perdonaron cuando volvió un año después. Regresó a la mansión Jermyn, viudo y con una criatura, Alfred, que con el tiempo sería el padre de Arthur Jermyn.

Según sus amigos esta sucesión de desventuras trastornaron el juicio de Robert Jermyn, aunque es probable que la causa estuviese únicamente en ciertas tradiciones africanas. El maduro científico había estado recabando leyendas de las tribus onga, asentadas cerca del territorio que exploraron su abuelo y él mismo, con la esperanza de aclarar de algún modo las grotescas historias de Wade sobre una ciudad perdida, habitada por seres extraños. La escasa congruencia de los singulares escritos de su antepasado sugería que la fantasía del demente pudo haberse visto estimulada por los mitos nativos. El 19 de octubre de 1852, el explorador Samuel Seaton visitó la mansión de los Jermyn. Llevaba encima un manuscrito y unos apuntes recogidos entre los onga, y estaba convencido de que unas leyendas sobre una ciudad gris de monos blancos gobernada por un dios blanco podrían ser útiles al etnólogo. En el transcurso de su conversación, debió darle muchos otros detalles cuya naturaleza jamás será conocida, pero que fueron el origen de la horrenda serie de tragedias que se produjeron a continuación. Cuando Robert Jermyn salió de la biblioteca, dejó tras de sí el cadáver del explorador, al que había estrangulado; y antes de que pudiesen detenerlo, había terminado con la vida de sus tres hijos: los dos que nadie había visto, y el que se había fugado. Nevil Jermyn murió defendiendo a su hijo de dos años, cosa que logró, pese a que su asesinato entraba también en las insanas maquinaciones del anciano, según parece. El propio Robert, tras varias tentativas de suicidio y una tenaz negativa a pronunciar ni un sonido articulado, murió de un ataque de apoplejía al segundo año de su reclusión.

Alfred Jermyn se convirtió en barón antes de contar siquiera cuatro años, pero sus gustos nunca estuvieron a la altura de su título nobiliario. A los veinte años, se había unido a una banda de músicos, y a los treinta y seis había dejado a su esposa y a su hijo para irse con un circo ambulante americano. Su final fue realmente repulsivo. Entre los animales del espectáculo circense con el que viajaba, había un gigantesco gorila macho de color un poco más claro de lo normal. Se trataba de un animal sorprendentemente sociable y muy popular entre los artistas de la compañía. A Alfred Jermyn le fascinaba este gorila, tanto que en multitud de ocasiones ambos se quedaban largo rato mirándose a los ojos a través de los barrotes. Con el tiempo, Jermyn consiguió que le diesen permiso para amaestrar al simio, asombrando así al público y a sus compañeros gracias a sus éxitos. Una mañana, estando en Chicago, cuando el animal y Alfred Jermyn ensayaban un ingenioso combate de boxeo, el primero golpeó al segundo con más fuerza de lo normal, lastimándole el cuerpo y su dignidad de domador aficionado. Los miembros de «El mayor espectáculo del mundo» prefieren no contar lo que siguió a continuación. Nadie se esperaba el escalofriante e inhumano grito que profirió Alfred, ni que agarraría a su desgarbado contrincante con ambas manos para lanzarlo con energía contra el suelo de la jaula, y morderle con rabia la garganta peluda. Había pillado por sorpresa al gorila; pero el simio pronto reaccionó y antes de que el domador oficial pudiese hacer nada, el cuerpo que había sido el de un barón era ya un amasijo irreconocible.

## II

Arthur Jermyn era el vástago de Alfred Jermyn y de una cantante de music-hall de origen desconocido. Cuando el esposo y padre dejó a su familia, la madre llevó al niño a la mansión de los Jermyn, donde ya no quedaba nadie que se opusiera a su presencia. Ella tenía alguna noción sobre lo que debe ser la dignidad de un noble, pues se preocupó de que su hijo recibiese la educación más esmerada que le podía proporcionar su fortuna ahora menguada. Los recursos familiares eran lamentablemente

reducidos a estas alturas, y la mansión de los Jermyn estaba casi en ruinas; sin embargo, el joven Arthur adoraba el viejo edificio con todo su contenido. Al contrario que los Jermyn que lo precedieron, era poeta y soñador. Algunas de las familias vecinas, que habían oído historias sobre la invisible esposa portuguesa de Wade Jermyn, aseguraban que estas aficiones eran producto de su sangre latina; no obstante, la gran mayoría se mofaban de su sensibilidad ante la belleza y la achacaban a su madre cantante, a quien no habían aceptado socialmente. La delicadeza poética de Arthur Jermyn resultaba mucho más destacable si se tenía en consideración su aspecto personal tan poco refinado. Casi todos los Jermyn habían tenido un aspecto sutilmente raro y repulsivo, que en el caso de Arthur ya rayaba en lo pasmoso. Es complicado decir con exactitud a qué se parecía; sin embargo, su expresión, sus facciones y la longitud de sus brazos provocaban una fuerte sensación de repugnancia en quienes lo veían por primera vez.

Pese a ello, su inteligencia y su carácter compensaban su aspecto. Culto y con talento, Arthur Jermyn alcanzó los más altos honores en Oxford y parecía destinado a restablecer la fama de intelectual a la familia. Aunque su temperamento fuese más poético que científico, tenía intención de proseguir la obra de sus antepasados en arqueología y etnología africanas, aprovechando la portentosa aunque extraña colección de Wade. Influido por su imaginativa mente, a menudo pensaba en la civilización prehistórica en la que había creído a pies juntillas el explorador demente, y urdía un relato tras otro en torno a la silenciosa ciudad de la selva citada en las últimas y más extrañas notas. Y es que las confusas palabras sobre una cruel e ignota raza de híbridos selváticos despertaban en él un raro sentimiento, mitad terror y mitad atracción, al especular sobre la base posible de aquella fantasía, intentando sacar alguna luz de los datos recabados por su bisabuelo y Samuel Seaton entre los onga.

En 1911, tras el fallecimiento de su madre, Arthur Jermyn decidió continuar con sus investigaciones hasta el final. Vendió una parte de sus propiedades para obtener los fondos necesarios para una expedición y zarpó hacia el Congo. Ayudado por las autoridades belgas, contrató a un grupo de guías y estuvo un año en las regiones de Onga y Kaliri, donde halló muchos

más datos de lo que él mismo esperaba. Entre los kaliri había un viejo jefe llamado Mwanu que no solo poseía una prodigiosa memoria, sino también un desacostumbrado grado de inteligencia y un gran interés por las tradiciones más antiguas. Este viejo jefe corroboró la historia que Jermyn había oído, a la cual agregó su propio relato sobre la ciudad de piedra y los monos blancos que, según él, había escuchado.

De acuerdo con Mwanu, la ciudad gris y las criaturas híbridas habían desaparecido hacía muchos años, cuando fueron masacradas por los belicosos n'bangus. Esta tribu, tras demoler la mayoría de los edificios y exterminar a todos los seres vivos, se había llevado a la diosa disecada, objeto que había motivado la incursión, la diosa-mono blanca a la que adoraban aquellos seres extraños y cuyo cuerpo, según las tradiciones del Congo, correspondía a la que había sido princesa entre ellos. Mwanu ignoraba el aspecto que debieron de tener aquellas blancas y simiescas criaturas; sin embargo, estaba seguro de que ellas habían levantado la ciudad en ruinas. Jermyn no pudo formarse una idea clara, aunque después de mucho preguntar sí logró que le contase una interesante leyenda sobre la diosa disecada.

Según se decía, la princesa-mono desposó a un gran dios blanco llegado de Occidente. Reinaron juntos en la ciudad durante mucho tiempo, pero se marcharon de la región cuando tuvieron un hijo. El dios y la princesa volvieron más tarde. Cuando ella murió, su divino esposo ordenó que momificasen sus restos y los entronizó en una colosal edificación de piedra, donde fueron adorados. Después se marchó de nuevo él solo. La leyenda ofrecía en este punto tres versiones. Según una de ellas, no sucedió nada más, excepto que la diosa disecada se convirtió en símbolo de supremacía para la tribu que tuviese su posesión. Por esta razón los n'bangus se habían apoderado de ella. Una segunda versión hablaba del regreso del dios y de su muerte a los pies de la esposa elevada al trono. La tercera versión hablaba del regreso del hijo, ya convertido en un hombre —o mono, o dios, dependiendo del caso—, aunque se desconocía su identidad. Fuera lo que fuese, los imaginativos nativos habían aprovechado sin duda al máximo lo que subyacía a tan extravagante leyenda.

Arthur Jermyn dejó de dudar de la existencia de la ciudad descrita por el viejo Wade y no le sorprendió toparse con lo que quedaba de ella a principios de 1912. Comprobó que se habían exagerado sus dimensiones, aunque las piedras desperdigadas demostraban que no se hallaba ante un simple poblado negro. Por desgracia, no logró encontrar representaciones escultóricas, y el escaso número de expedicionarios no le permitió llevar a cabo la tarea de desescombrar el único pasadizo visible que parecía conducir a un sistema de criptas mencionado por Wade. Preguntó sobre los simios blancos y la diosa momificada a todos los jefes nativos de la región, pero al final un europeo fue quien pudo ampliarle los datos facilitados por el viejo Mwanu. Un agente belga de una factoría del Congo, M. Verhaeren, no solo creía que podía localizar, sino conseguir también a la diosa momificada, de la que había oído hablar vagamente, pues los antaño poderosos n'bangus eran ahora sumisos súbditos del gobierno del rey Alberto, y podría convencerlos sin gran esfuerzo para que se desprendiesen de la horrenda deidad que habían secuestrado. Así pues, cuando Jermyn zarpó hacia Inglaterra, lo hizo esperando con emoción que, en el plazo de unos meses, podría recibir la valiosa reliquia etnológica que corroborase la historia más singular de su antecesor, la más descabellada de cuantas había oído él. Pero tal vez los campesinos de los alrededores de la mansión de los Jermyn habían oído a Wade historias aún más originales, cuando se sentaban en torno a las mesas del Knight's Head.

Arthur Jermyn aguardó con paciencia la esperada caja de M. Verhaeren. Mientras, estuvo examinando con interés creciente los manuscritos de su loco antepasado. Cada vez se sentía más y más identificado con Wade, y buscaba restos de su vida personal en Inglaterra, así como de sus hazañas africanas. Abundaban los relatos orales sobre la extraña esposa que vivía en reclusión, pero no quedaban pruebas palpables de su estancia en la mansión de los Jermyn. Arthur se preguntaba qué circunstancias pudieron favorecer o permitir aquella desaparición, de modo que supuso que la principal de ellas debió ser la enajenación mental del marido. Recordaba haber oído que la madre de su tatarabuelo fue la hija de un comerciante portugués establecido en África. Sin duda, el sentido práctico heredado de su padre y sus conocimientos superficiales sobre el Continente Negro habían hecho

que ella se burlase de las historias de Wade sobre el interior, lo cual era algo que un hombre como él debió tener muy presente. Ella había fallecido en África, adonde su marido la llevó sin duda a la fuerza, decidido a demostrar cuanto decía. Pero siempre que Jermyn reflexionaba sobre este punto, no podía evitar sonreír ante su insignificancia, siglo y medio después de la muerte de sus extraños antepasados.

En junio de 1913 llegó una carta de M. Verhaeren en la que le comunicaba que había hallado la diosa disecada. Contaba el belga que se trataba de un objeto de lo más inverosímil e imposible de clasificar para un profano. Solo un científico podría concluir si se estaba ante un simio o un ser humano; con todo, su clasificación sería muy difícil porque se encontraba muy deteriorada. El tiempo y la climatología del Congo no son los mejores para las momias; sobre todo cuando consisten en trabajos de aficionados, como parecía ser este caso. En torno al cuello de la criatura había hallado una cadena de oro que tenía un relicario vacío con adornos nobiliarios. Era sin duda el recuerdo de algún pobre viajero a quien los n'bangus debieron robar para colgárselo a la diosa en el cuello como talismán. Al repasar las facciones de la diosa, M. Verhaeren llevaba a cabo una fantástica comparación o, más bien, aludía con sarcasmo a lo mucho que iba a asombrar a Jermyn; no obstante, estaba demasiado interesado en términos científicos como para extenderse en trivialidades. Finalmente le anunciaba que la diosa momificada le llegaría debidamente embalada un mes después de la carta.

El embalaje fue recibido en la mansión de los Jermyn la tarde del 3 de agosto de 1913, y fue llevado de inmediato a la gran sala que albergaba la colección de especímenes africanos, que habían ordenado Robert y Arthur. Lo que ocurrió después se puede deducir por lo que contaron los criados y por los objetos y documentos que se estudiaron más tarde. Existen varias versiones, pero la del anciano Soames, mayordomo de la familia, es la más amplia y congruente. Según este fiel sirviente, Arthur ordenó que todo el mundo saliese de la estancia antes de abrir el cajón; aunque el ruido inmediato del martillo y del escoplo reveló que había decidido no aguardar para acometer la tarea. Durante un rato no se oyó nada más. Soames no podía precisar cuánto tiempo duró aquello, pero menos de un cuarto de hora

después oyó un terrible alarido, cuya voz correspondía sin duda a Jermyn. Este salió de inmediato de la sala y corrió como alma que lleva el diablo hacia la entrada, como si lo persiguiese algún horrendo enemigo. La expresión de su rostro —ya de por sí fea— no era fácil de describir.

Cuando llegó a la puerta debió ocurrírsele una idea porque se giró en redondo, echó a correr y finalmente desapareció por la escalera del sótano. Los criados se quedaron en lo alto, mirando atónitos, pero su señor no volvió. Sin embargo, les llegó un olor a petróleo. Aquella noche oyeron el chirrido de la puerta que comunicaba el sótano con el patio; el mozo de cuadra vio a Arthur Jermyn saliendo a escondidas, embadurnado de petróleo, y cómo desaparecía de camino al negro páramo que rodeaba la casa. Luego, en un arrebato de supremo horror, todos fueron testigos del final. Saltó una chispa en el páramo, una llama se elevó, y una columna de fuego humano alcanzó el cielo. La estirpe de los Jermyn ya era historia.

El motivo por el cual nadie recogió los restos carbonizados de Arthur Jermyn para darles sepultura es lo que hallaron después; sobre todo, el objeto de la caja. La diosa disecada era una visión nauseabunda, arrugada y consumida; sin embargo, era un mono blanco momificado, de eso no cabía duda, de alguna especie desconocida, con menos pelo que ninguna de las variedades registradas y muchísimo más próximo al ser humano… extraordinariamente próximo. Su descripción pormenorizada sería muy desagradable; no obstante, existen dos detalles que deben ser destacados, pues coinciden espantosamente con algunos apuntes de Wade Jermyn sobre las expediciones africanas y las leyendas congoleñas sobre el dios blanco y la princesa-mono. Los detalles mencionados son: el escudo de armas del relicario de oro que dicha criatura llevaba en el cuello eran las de los Jermyn, y la chistosa alusión de M. Verhaeren al parecido que le recordaba el rostro reseco, que se ajustaba con un verídico, espantoso e intenso horror nada menos que al del sensible Arthur Jermyn, hijo del tataranieto de Wade Jermyn y de su desconocida esposa. Los miembros del Real Instituto de Antropología quemaron aquella criatura, arrojaron el relicario a un pozo y algunos de ellos incluso aseguran que Arthur Jermyn jamás ha existido.

***OceanofPDF.com***

# MÁS ALLÁ DEL MURO DEL SUEÑO



*OceanofPDF.com*

# MÁS ALLÁ DEL MURO DEL SUEÑO

*Entonces, el sueño se desplegó ante mí.*

**William Shakespeare**

A menudo me he preguntado si el común de los mortales alguna vez se habrá parado a pensar en la gran importancia de algunos sueños y en el oscuro mundo al que pertenecen. Aunque casi todas nuestras visiones nocturnas tal vez sean solo reflejos débiles y fantásticos de nuestras experiencias de vigilia —pese a Freud y su simbolismo infantil—, aun así, existen sueños cuyos rasgos etéreos y no mundanos no permiten ser interpretados de manera ordinaria, y cuyos efectos remotamente excitantes e inquietantes sugieren posibles vistazos breves a una esfera de existencia mental tan importante como la vida física, aunque separada de esta por un muro insalvable.

Mi experiencia no me permite dudar que, al perder su conciencia terrena, el hombre es albergado en otra vida inmaterial, de naturaleza distinta y alejada a la vida que conocemos, y de la que tras despertar solo se conservan los recuerdos más leves y difusos. Podemos deducir mucho de estas vagas y fragmentarias memorias, aunque apenas podamos probar nada. Podemos suponer que, en el mundo onírico, la materia y la existencia, tal y como se conocen en nuestro mundo, no son necesariamente constantes, que el tiempo y el espacio no existen como lo entendemos cuando estamos despiertos. En ocasiones creo que nuestra existencia real es esta vida menos material, que nuestra vana estancia en la tierra es en sí misma un fenómeno secundario o sencillamente virtual.

Ocurrió tras una ilusión juvenil llena de especulaciones de esa clase, al despertar una tarde del invierno de 1900-1901. Ese día ingresó en la

institución psiquiátrica en donde yo trabajaba como interno un hombre cuyo caso me ha vuelto a la mente en diversas ocasiones. Según consta en el registro, se llamaba Joe Slater, o Slaader, y tenía el típico aspecto de un habitante de la zona de las montañas de Catskill.[42] Era uno de esos extraños y repulsivos descendientes de los primeros pobladores campesinos, cuyo establecimiento a lo largo de tres siglos en esa zona montañosa y poco transitada los ha conducido a una especie de decadencia bárbara, en lugar de avanzar al mismo ritmo que sus coetáneos más afortunados que se han establecido en distritos más populosos. Para esa peculiar gente, que son como los decadentes elementos del Sur, no existen la ley ni la moral, y es probable que su nivel intelectual esté por debajo del nivel de cualquier otro grupo de población americana.

Joe Slater llegó a la institución acompañado de cuatro policías estatales que lo vigilaban con atención. Lo describían como alguien muy peligroso y, sin embargo, no dio ninguna muestra de peligrosidad la primera vez que lo vi.

Pese a estar muy por encima de la talla media y a su robusta constitución, mostraba un ridículo aspecto de estupidez inofensiva debido a sus acuosos ojillos de color azul pálido y somnoliento, su escasa, descuidada y nunca rasurada mata de barba pajiza, y la indolencia con que su grueso labio inferior colgaba. Nadie sabía su edad, pues entre los suyos no hay registros familiares ni lazos estables; pero por la calvicie frontal y el mal estado de su dentadura, el cirujano lo inscribió como varón de unos cuarenta años.

Por los documentos médicos y jurídicos tuvimos noticia de todo lo recopilado sobre su caso. Aquel hombre, vagabundo, cazador y trampero, siempre había sido un extraño para sus rudos paisanos. Acostumbraba a dormir durante las noches más de lo habitual y, tras despertarse, solía pronunciar palabras desconocidas de una forma tan extraña que inspiraban miedo incluso en los corazones de aquella gentuza sin imaginación. No es que su forma de hablar fuese del todo insólita, pues hablaba en la pobre jerga de su entorno; eran el tono y el contenido de sus expresiones lo que contenían un rasgo de exotismo misterioso, y nadie podía escucharlas sin sentir aprensión. Él mismo parecía tan aterrorizado y confuso como sus

oyentes, y una hora después de haber despertado no recordaba nada de todo lo dicho o, al menos, de qué le había llevado a decirlo, con lo que retornaba a la normalidad bovina y medio amigable de los demás montañeses.

A medida que envejecía, parece que las aberraciones matutinas de Slater fueron aumentando de frecuencia e intensidad hasta que, en torno a un mes antes de su ingreso en la institución, se desató la terrorífica tragedia que había llevado a su detención por parte de las autoridades. Un día, sobre el mediodía, tras un sueño profundo fruto de una borrachera de whisky, en torno a las cinco de la tarde anterior, se había levantado con precipitación y había comenzado a aullar de una forma tan terrible y extraterrenal que varios vecinos fueron a su cabaña… una cochiquera mugrienta donde vivía con una familia tan desaliñada como él.

Corrió al exterior, a la nieve, y levantó los brazos para dar una serie de saltos hacia el aire, mientras vociferaba su decisión de llegar a alguna «gran, gran cabaña con resplandores en el techo, las paredes y el suelo, y la sonora y extraña música de allí lejos». Cuando dos hombres de gran tamaño trataron de retenerlo, había luchado con furia y una fuerza maníaca, gritando que quería y necesitaba encontrar y matar a un «ser que brilla, se estremece y ríe». Finalmente, tras tumbar con un súbito golpe y de momento a uno de los que le sujetaban, se había abalanzado sobre el otro en una infernal explosión de sed de sangre, gritando diabólicamente que «saltaría alto en el aire y se abriría paso a sangre y fuego entre quienes trataran de detenerlo».

Presas del terror, familia y vecinos huyeron y, cuando los más valerosos volvieron, Slater se había marchado. Detrás solo había dejado una masa irreconocible de lo que una hora antes fue un hombre vivo. Ningún montañés se había atrevido a perseguirlo y probablemente habrían recibido con agrado su muerte por hipotermia; sin embargo, cuando varias mañanas más tarde se oyeron sus gritos en una lejana hondonada, supieron que de alguna forma se las había arreglado para sobrevivir y que era preciso neutralizarlo de alguna forma. Formaron entonces una patrulla armada de rastreo, cuyo propósito —cualquiera que fuese— acabó por convertirse en un pelotón del sheriff cuando uno de los rara vez bien recibidos agentes de

la policía estatal descubrió por casualidad a la partida, interrogó a sus miembros y se unió a ellos.

Al tercer día hallaron a Slater inconsciente, en la oquedad de un árbol, y lo llevaron a la cárcel más cercana. Allí lo examinaron unos psiquiatras de Albany apenas recuperó el sentido. Él les contó una historia muy simple. Había ido a dormir una tarde, al anochecer, tras beber una buena cantidad de licor. Al despertar había descubierto que estaba plantado en la nieve, delante de su cabaña, las manos ensangrentadas y el cadáver mutilado de su vecino Peter Sladen a los pies. Horrorizado, había huido a los bosques tratando en vano de escapar a la imagen de lo que debía ser su propio delito.

Por lo demás, no parecía saber nada y el examen experto de sus interrogadores no pudo aportar más hechos. Esa noche Slater durmió tranquilo y despertó a la mañana siguiente sin más rasgos particulares que una leve alteración del gesto.

El doctor Barnard, que tenía en observación al paciente, creyó notar en sus ojos de color azul pálido cierto brillo de una naturaleza peculiar, y en los labios flácidos una tirantez real, aunque casi imperceptible, como de una resolución inteligente. Sin embargo, cuando lo interrogaron, Slater se mantuvo en la insulsez usual de los montañeses, y solo repetía lo dicho la víspera.

La tercera mañana se produjo el primero de los ataques mentales del hombre. Tras ciertas muestras de inquietud durante el sueño, estalló en un ataque tan furioso que se necesitó la fuerza de cuatro hombres para ponerle una camisa de fuerza. Los psiquiatras escucharon atentamente sus palabras, pues las sugestivas, aunque mayoritariamente contradictorias e incoherentes, historias de familia y vecinos aguijoneaban su curiosidad. Slater deliró durante unos quince minutos, farfullando en su dialecto montañés sobre grandes edificios de luz, océanos de espacio, extraños sones y sombrías montañas y valles.

Pero sobre todo habló de una entidad misteriosa y brillante que se estremecía, reía y se mofaba de él. Esta entidad, grande y vaga, parecía haberle infligido un horrendo daño, y su máximo deseo era aniquilarla en venganza triunfante. Aseguraba que para ello debía ascender a través de abismos del vacío, abrasando los obstáculos que se interpusieran en su

camino. Eso decía hasta que calló de forma abrupta. El fuego de la demencia se evaporó de sus ojos, y observó con un asombro turbio a sus interrogadores y quiso saber por qué estaba atado.

El doctor Barnard le quitó el arnés de cuero y no se lo volvió a poner hasta esa noche, cuando consiguió convencer a Slater de que lo aceptara voluntariamente, por su propio bien. Para entonces él ya había reconocido que en ocasiones hablaba de forma extraña, aunque desconocía el motivo. Durante una semana se produjeron otros dos ataques, aunque los doctores muy poco aprendieron de ellos. Especularon a placer sobre el origen de las visiones de Slater porque, al ser analfabeto y aparentemente no haber escuchado jamás leyendas o cuentos de hadas, sus asombrosas imágenes eran inexplicables. Quedaba especialmente patente que no procedía de ningún mito o leyenda porque aquel infeliz demente se expresaba sobre sí mismo únicamente en su sencillo lenguaje. Desvariaba sobre cosas que ni entendía ni podía interpretar; cosas que aseguraba haber experimentado, pero que no podía haber aprendido mediante cualquier narración normal o racional.

Los psiquiatras decidieron enseguida que la clave del problema residía en esos sueños anormales; eran tan reales que durante ciertos lapsos de tiempo podían controlar por completo la mente despierta de aquel hombre, básicamente inferior. Slater fue juzgado por homicidio, siguiendo las debidas formalidades, absuelto gracias a su locura y encerrado en la institución donde yo prestaba mis modestos servicios.

Ya he reconocido ser un infatigable especulador sobre la vida onírica, de modo que puede imaginarse con qué impaciencia me puse a estudiar al nuevo paciente en cuanto supe los hechos que rodeaban el caso. Parecía sentir cierta simpatía por mí, despertada sin duda por el interés, que yo no podía ocultar, y por la amabilidad con la que lo interrogaba. Aunque nunca me reconoció durante sus ataques, en los que yo me veía suspendido y sin resuello sobre las caóticas aunque cósmicas descripciones que hacía de su mundo, me reconocía en sus momentos de lucidez, cuando podía sentarse junto a la ventana enrejada a tejer cestos de mimbre y sauce, tal vez añorando una libertad en las montañas que ya nunca más sentiría. Su familia jamás se molestó en ir a verlo; seguramente ya habían encontrado

otro cabeza de familia temporal, según las relajadas costumbres de esos montañeses.

Gradualmente empecé a sentir una seductora admiración por las locas y fantasiosas creaciones de Joe Slater. El personaje era en sí patéticamente inferior, tanto por su intelecto como por su manera de expresarse; sin embargo, sus visiones brillantes y titánicas, pese a ser descritas en una jerga rústica e inconexa, eran sin duda algo que solo podía concebir una mente superior o incluso excepcional. ¿Cómo, me preguntaba con frecuencia, podía crear la estúpida imaginación de un degenerado de Catskill visiones cuya existencia insinuaba la presencia de una chispa oculta de genialidad? ¿Cómo podía aquel bruto de un lugar perdido soñar siquiera con esas regiones fulgurantes de brillos y espacios sobrehumanos sobre los que Slater divagaba durante sus alucinaciones frenéticas?

Me iba haciendo poco a poco a la idea de que, dentro del patético sujeto que se acurrucaba ante mí, residía el núcleo trastornado de algo más allá de mi comprensión, algo que estaba sin duda más allá de la comprensión de mis colegas médicos y científicos, más experimentados pero menos imaginativos.

Y con todo, no conseguía sacar nada definitivo del personaje. El resultado de toda mi investigación era que, en un estado onírico semiincorpóreo, Slater vagaba o flotaba a través de brillantes y asombrosos valles, praderas, jardines, ciudades y palacios de luz, en una región prohibida e ignota para los hombres. Allí ya no era un montañés degradado, sino alguien de vida importante y activa, que se desplazaba con orgullo y actitud dominante, solo preocupado por un enemigo mortal que parecía ser algo de estructura visible aunque etérea, que no parecía tener forma humana, pues Slater jamás lo citaba como hombre, sino como un ser.

Este había causado a Slater algún daño abominable, aunque no descrito, del que el maníaco —si es que se trataba de eso— había jurado vengarse. Por la forma en que Slater hablaba de sus relaciones, diría que él mismo y la criatura luminosa se habían encontrado en pie de igualdad; que en esa vida onírica el hombre era un ser luminoso de la misma clase que su enemigo. Esta impresión se fundamentaba en las referencias habituales a vuelos por el espacio y a calcinar a todo lo que se opusiera a su avance.

Ahora bien, aquellos conceptos se formulaban con palabras rústicas, impropias para expresarlos. Eso me hizo suponer que, si realmente existía un mundo onírico, el lenguaje oral no era el medio de transmitir las ideas.

¿Tal vez el alma del durmiente que habitaba ese cuerpo inferior luchase con verdadera desesperación tratando de decir cosas que la sencilla y vacilante lengua de la torpeza no podía expresar? ¿Estaría tal vez frente a emanaciones intelectuales capaces de explicar el misterio siempre y cuando fuese capaz de aprender a descubrirlas y a leer en ellas?

No comenté nada de aquello con los viejos médicos, pues la madurez nos vuelve escépticos, cínicos y nos predispone mal a las nuevas ideas. Además, el director de la institución me había llamado la atención en los últimos tiempos, con sus maneras paternales, diciéndome que estaba trabajando demasiado y que mi mente necesitaba descansar de vez en cuando.

Yo había mantenido durante mucho tiempo la creencia de que el pensamiento humano consiste fundamentalmente en movimientos atómicos y moleculares, que se transforman en ondas etéreas de energía radiante, al igual que el calor, la luz y la electricidad. Aquella idea me había conducido enseguida a plantearme la posibilidad de establecer comunicación telepática o mental por medio de aparatos adecuados. Incluso en mi época de universidad había preparado un juego de instrumentos de transmisión y recepción, parecidos de algún modo a los aparatosos mecanismos utilizados por la telegrafía inalámbrica durante aquel periodo rudimentario anterior a la radio. Los había probado con un compañero de estudios; sin embargo, como no obtuve ningún resultado, enseguida los arrumbé junto con otras extravagancias científicas, pensando en su posible uso en el futuro.

Movido por mi intenso deseo de adentrarme en la vida onírica de Joe Slater, de nuevo recurrí a estos instrumentos y me pasé unos días poniéndolos a punto. Apenas estuvieron una vez más operativos, no perdí la ocasión de probarlos. Siempre que se producía un ataque de aquellos en Slater, le ponía el transmisor en su frente y acoplaba el receptor a la mía, llevando a cabo ajustes precisos para las diversas e hipotéticas longitudes de onda de la energía intelectual. Yo apenas tenía idea de cómo despertarían respuesta inteligente en mi cerebro las impresiones mentales, si es que se

producía la comunicación; no obstante, tenía la certeza de que podría detectarlas e interpretarlas. Así pues, continué con mis experimentos, si bien no le hablé a nadie de su carácter.

Finalmente, todo sucedió el 21 de febrero de 1901.

Años después, al volver la vista atrás, comprendo lo irreal que puede parecer. En ocasiones me pregunto a medias si no tendría razón el anciano doctor Fenton al atribuirlo todo a mi imaginación calenturienta. Recuerdo que escuchó con amabilidad y paciencia todo lo que le narré, pero a continuación me suministró unos sedantes y me dio una excedencia de medio año que inicié la semana siguiente. Aquella aciaga noche yo me sentía muy nervioso y alterado porque, pese al excelente trato que se la había dispensado, Joe Slater agonizaba sin posibilidad de marcha atrás. Tal vez se trataba de la libertad de montañés que había perdido, o tal vez que el desarreglo de su mente se había vuelto excesivo para su organismo, que era de natural perezoso; en cualquier caso, la llama de la vida se extinguía en aquel cuerpo debilitado. Al final se hallaba sumido en un sopor que, al oscurecer, se tornó en un sueño inquieto.

No le enfundé la camisa de fuerza, como acostumbraba a hacer cuando iba a dormir, pues veía que estaba demasiado débil como para ser un peligro, ni siquiera si sufría algún brote psicótico de nuevo antes de morir. Aun así, le coloqué en la cabeza uno de los dos terminales de mi radio cósmica y yo me puse otro; buscaba, contra todo pronóstico, un primer y último mensaje del mundo onírico en el breve periodo de tiempo que quedaba. Había en la celda con nosotros un enfermero; un hombre mediocre que no entendía la finalidad del aparato y que ni pensó en cuestionarse mis movimientos. Con el transcurso de las horas, vi cómo su cabeza se inclinaba sin fuerza, vencida por el sueño, pero no lo molesté. Mecido por la respiración acompasada del sano y del agonizante, yo mismo debí ponerme a cabecear no mucho después.

El sonido de una extraña melodía lírica me espabiló. Acordes, vibraciones y éxtasis armónicos sonaban con brío por todas partes mientras, ante mi mirada asombrada, se abría el formidable espectáculo de la belleza suprema. Muros, columnas y arquitrabes de fuego vivo flameaban y

refulgían alrededor del punto en donde me parecía flotar por los aires, ascendiendo hasta una alta bóveda de un esplendor inenarrable.

En ese despliegue de grandiosa magnificencia se mezclaban, o más bien lo sustituían a veces en una rotación calidoscópica, destellos de vastas llanuras y valles ubérrimos, altas montañas y grutas sugerentes. Estaban adornados con todo seductor atributo de imaginería que pudiesen concebir mis ojos deslumbrados, si bien todo estaba modelado completamente en alguna materia brillante, ligera, elástica, cuya consistencia parecía ser tan espiritual como material.

A medida que observaba, descubrí que la clave de esta adorable metamorfosis se encontraba en mi propia mente, pues cada panorama que se me aparecía ante los ojos era el que mi voluble cerebro deseaba contemplar. En estos jardines elíseos yo no me sentía un extraño, pues estaba familiarizado con cada imagen y sonido, tal como fuera durante innumerables eones de eternidad en el pasado, tal como sería durante las eternidades futuras.

Luego, la radiante aura de mi hermano en la luz se me acercó y entabló una conversación conmigo, alma con alma, sin voz y en una perfecta comunión de pensamientos. Esa hora era la de un triunfo próximo porque, ¿no iba mi compañero a escapar al fin de una degradante y fugaz esclavitud, escapar para siempre y prepararse a perseguir al maldito opresor incluso hasta los supremos campos del éter, sobre los cuales iniciaría una venganza cósmica tan brutal que estremecería las esferas?

Flotamos así un tiempo, hasta que noté cierta opacidad y vaguedad en los objetos circundantes, como si alguna fuerza tirase de mí hacia la tierra… el lugar al que menos deseaba ir. El ser cercano a mí también parecía sentir alguna alteración, pues poco a poco fue concluyendo su discurso, y él mismo se preparó para marcharse, desvaneciéndose ante mis ojos con un poco menos de celeridad que los demás objetos. Cambiamos unos cuantos pensamientos más y supe que tanto al ser luminoso como a mí nos reclamaban nuestras ataduras, aunque aquella vez sería la última para mi hermano en la luz. El doliente cascarón terrestre moriría en menos de una hora y mi compañero quedaría libre para ir tras el opresor por toda la Vía Láctea y más allá de las últimas estrellas, hasta los límites del universo.

Mi última impresión sobre la tenue escena de luz fue separada de mi súbito despertar por un choque muy concreto. Me sentí algo avergonzado cuando me levanté de la silla y vi que la agonizante figura de la cama se agitaba con desasosiego. Joe Slater se despertó, aunque probablemente lo hizo por última vez. Al observarlo más de cerca, vi que en la superficie de sus mejillas brillaban manchas de color que antes no tenía. Los labios, también, parecían distintos, firmemente apretados por la fuerza de un carácter más resuelto que el de Slater.

Finalmente, todo el rostro se tensó, la cabeza giró inquieta y con los ojos cerrados. No desperté al enfermero, sino que reajusté el dispositivo de cabeza, que se había desajustado ligeramente, de mi «radio» telepática. Quería captar cualquier mensaje de partida que pudiese emitir el soñador.

De repente, la cabeza giró bruscamente hacia mí y los ojos se abrieron muchísimo. Verlo me provocó un gran desasosiego. El que fuera Joe Slater, el degenerado de Catskill, me miraba ahora con ojos luminosos, abiertos como platos; eran ojos cuyo azul parecía haberse hecho más profundo. No se veían manía ni degeneración alguna en su mirada. Supe con certeza que estaba ante un rostro tras el que había una mente activa y de primer orden.

En aquella situación, mi cerebro empezó a abrirse a una lenta influencia externa que actuaba sobre mí. Cerré los ojos para concentrar mejor mis pensamientos y me vi recompensado por la confirmación de que el mensaje mental, tanto tiempo esperado, por fin había llegado. Cada idea transmitida cobraba rápidamente forma en mi cerebro y, aunque no se utilizaba ningún idioma actual, mi habitual asociación de conceptos y expresiones era tan grande que me parecía que estaba recibiendo el mensaje en inglés corriente.

—Joe Slater está muerto —me llegó la impactante voz o el agente de más allá del muro del sueño.

Busqué el camastro del dolor con los ojos abiertos y con un miedo inexplicable; pero los ojos azules me seguían mirando con calma y las facciones mostraban aún una inteligencia animada.

—Está mejor muerto, pues no era adecuado para albergar la activa inteligencia de una entidad cósmica. Su cuerpo grosero no podía resistir los ajustes necesarios entre la vida etérea y la planetaria. Era mucho más que un animal y mucho menos que un hombre, aunque debido a sus defectos

has podido descubrirme porque lo cierto es que las almas cósmicas y las planetarias no deberían llegar a encontrarse jamás. Fue mi tortura y mi celda durante cuarenta y dos años terrestres de los vuestros. Yo soy una entidad como la que tú mismo asumes cuando estás en la libertad que otorga el sueño sin sueños. Soy tu hermano de luz y he flotado contigo por los esplendorosos valles. No se me permite hablarle a tu ser terrestre despierto sobre tu ser real, pero somos vagabundos de los amplios espacios y viajeros por infinidad de eras.

»El próximo año tal vez habite en el oscuro Egipto que tú llamas antiguo, o en el cruel imperio de Tsan-Chan que se alzará dentro de tres mil años. Tú y yo hemos ido a la deriva entre los mundos que danzan en torno al rojo Arturo y habitado los cuerpos de los filósofos insectoides que se arrastran con engreimiento sobre la cuarta luna de Júpiter. ¡Qué diminuto es el conocimiento del ser terrestre sobre la vida y su amplitud! ¡Qué diminuto debe ser también para garantizar su propia calma! No puedo hablar del opresor. Vosotros, en la Tierra, habéis notado inconscientemente su lejana presencia… vosotros, ignorantes y despreocupados, disteis a su faro parpadeante el nombre de Algoz, la estrella del demonio. Por encontrar y vencer al opresor me he esforzado para nada durante eones, retenido por ataduras corpóreas. Esta noche partiré como una Némesis, llevando una justa y ardiente venganza cataclísmica. Mírame en el cielo cercano a la estrella del demonio. No puedo hablar mucho más porque el cuerpo de Joe Slater se está quedando frío y rígido, y su tosco cerebro ya no vibra como yo deseo. Has sido mi hermano en el cosmos, has sido mi único amigo en este planeta, la única alma que me ha sentido y buscado dentro de la repugnante forma tumbada en esta cama. Nos encontraremos de nuevo… tal vez en las brillantes brumas de la Espada de Orión, tal vez en una meseta vacía del Asia prehistórica. Tal vez en un sueño esta misma noche, que no se pueda recordar; tal vez en otra forma, en los eones futuros, cuando el sistema solar ya no exista.

En aquel momento, las ondas mentales se interrumpieron y los pálidos ojos del soñador —¿o debería decir el muerto?— se comenzaron a asemejar a los ojos vidriosos de un pez. Medio sumido en estupor, me acerqué al camastro y agarré su muñeca, pero noté que estaba fría, rígida, ya sin pulso.

Las mejillas flácidas volvieron a palidecer, los labios tensos se abrieron y dejaron al descubierto la asquerosa dentadura podrida del degenerado Joe Slater.

Me estremecí, cubrí aquella cara espantosa con una manta y desperté al enfermero. Luego salí la celda y regresé a mi cuarto en silencio. Necesitaba imperiosa e inexplicablemente dormir un sueño cuyos sueños no debo recordar.

¿El clímax? ¿Qué sencillo relato científico puede presumir de semejante efecto retórico? Simplemente he anotado hechos que yo creo reales, permitiendo que vosotros los interpretéis como deseéis. Como ya he dicho, mi superior, el viejo doctor Fenton, niega la realidad de todo lo que he dicho. Asegura que sucumbí a la tensión nerviosa y que necesitaba unas largas vacaciones con sueldo completo y me las concedió generosamente. Jura por su honor profesional que Joe Slater era solo un paranoico incurable, cuyas fantasías debían proceder de la zafia tradición de cuentos populares que aún circulan en la comunidad más degenerada de todas.

Eso dice… aunque no puedo olvidar lo visto en el cielo tras la noche de la muerte de Slater. Para evitar que creáis que soy un testigo parcial, otra pluma será la que dé este último testimonio, que tal vez pueda reemplazar el clímax que esperabais. Reproduciré el siguiente informe sobre la estrella Nova Persei,[43] extraído de las notas de una eminencia en astronomía, el profesor Garrett P Serviss.

«El día 22 de febrero de 1901, el doctor Anderson, de Edimburgo, descubrió una nueva y maravillosa estrella no lejos de Algol. No existía ningún astro visible en ese lugar con anterioridad. En veinticuatro horas, la desconocida estrella había alcanzado un brillo suficiente como para oscurecer a Capella. En una semana o dos su brillo se había reducido visiblemente. Con el paso de unos pocos meses apenas era visible con el ojo desnudo».

***OceanofPDF.com***

# LA MÚSICA DE ERICH ZANN



*OceanofPDF.com*

# LA MÚSICA DE ERICH ZANN

He estudiado varios mapas de la ciudad con gran atención, pero no he vuelto a encontrar la Rue d'Auseil. No solo he utilizado planos modernos, pues sé que los nombres cambian con el tiempo, sino que he estudiado a fondo todos los mapas antiguos del lugar y he explorado yo mismo todos y cada uno de los rincones de la ciudad, cualquiera que fuese su nombre, que pudiese responder a la calle que antaño conocí como Rue d'Auseil. Pero pese a todos mis esfuerzos, no deja de frustrarme que no haya podido encontrar la casa, la calle o ni siquiera el distrito en donde, durante mis últimos meses de mísera vida como estudiante de metafísica en la universidad, oí la música de Erich Zann.

No me sorprende en absoluto que me falle la memoria, pues mi salud física y mental se vio gravemente trastornada durante el período de mi estancia en la Rue d'Auseil y no recuerdo haber llevado allí a ninguno de mis pocos amigos. Pero resulta extraño que no pueda encontrar de nuevo el lugar y me asombra, pues estaba a menos de media hora a pie de la universidad y tenía unos rasgos muy propios que difícilmente podría olvidar quien hubiese pasado por allí. La verdad es que nunca he conocido a nadie que haya estado en la Rue d'Auseil.

La Rue d'Auseil estaba en la otra margen de un oscuro río flanqueado por escarpados almacenes de ladrillo con los cristales de las ventanas empañados, y se llegaba a ella por un sólido puente de piedra ennegrecida. El curso de aquel río siempre estaba apagado, como si el humo de las fábricas aledañas impidiese en todo momento el paso de los rayos del sol. Además, las aguas despedían un hedor que no he vuelto a sentir en ningún otro lugar y que tal vez algún día me ayude a encontrar el lugar que busco, pues estoy seguro de que reconocería de inmediato ese tufo. Podían verse calles adoquinadas y con raíles al otro lado del puente; a continuación venía la subida, al principio suave y con una pendiente muy pronunciada al llegar a la altura de la Rue d'Auseil.

Nunca he visto una calle más angosta y empinada que la Rue d'Auseil. Cerrada al tráfico, casi era un barranco compacto en algunos puntos y en tramos de escaleras que terminaban en la cresta frente a un impresionante muro tapizado de hiedra. El pavimento era irregular: a veces losas de piedra; otras, adoquines; a veces pura y simple tierra con incrustaciones de vegetación de un color verde grisáceo. Las casas eran altas, con los tejados terminados en pico, muy antiguas e inclinadas como Dios les daba a entender hacia delante o a un lado. A veces podían verse dos casas con las fachadas frente a frente, tan inclinadas hacia delante que casi formaban un arco en medio de la calle. Lógicamente, apenas llegaba luz al suelo que había debajo de ellas. Entre las casas de ambos lados de la calle había varios puentes elevados.

Los vecinos de aquella calle me producían una curiosa impresión. Al principio pensé que se debía a su carácter silencioso y taciturno, pero después lo achaqué a la circunstancia de que todos eran ancianos. No sé cómo pude llegar a semejante calle, pero no fui yo en absoluto el único que se mudó a vivir a aquel lugar. Había vivido en muchos lugares deteriorados, de los cuales siempre me habían desahuciado por no pagar el alquiler, hasta que finalmente un día me topé con aquella casa medio derruida de la Rue d'Auseil que regentaba un paralítico llamado Blandot. Era la tercera casa según se miraba desde la parte alta de la calle y descollaba sobre todas las demás.

Mi cuarto estaba en el quinto piso. Era el único ocupado en aquella planta, pues la casa estaba casi vacía. La noche que llegué oí una extraña música procedente de la buhardilla que había justo encima de mí, y al día siguiente pregunté al viejo Blandot por el intérprete de aquella música. Me dijo que la persona era un anciano violinista de origen alemán, un hombre mudo y más bien raro, que firmaba con el nombre de Erich Zann y que por las noches tocaba en una orquestilla de esas que van por los teatros. Añadió que la afición de Zann a tocar de noche, cuando regresaba del teatro, era el motivo por el cual se había instalado en aquella alta y solitaria buhardilla, cuya ventana de gablete era el único punto de la calle desde donde podía verse el final del muro en declive y la panorámica al otro lado de este.

Desde entonces no hubo noche que no oyese a Zann. Aunque su música me mantuviese en vela, había algo extraño en ella que me alteraba. Pese a ser poco conocedor de aquel arte, yo estaba convencido de que ninguna de sus armonías tenía nada que ver con la música que hasta entonces había oído, por lo que deduje que debía ser un compositor de gran talento. Cuanto más lo escuchaba, más me atraía su música, hasta que transcurrida una semana decidí presentarme a aquel anciano.

Una noche, cuando Zann volvía de trabajar, le salí al encuentro en el rellano de la escalera y le dije que me gustaría conocerlo y estar con él mientras tocaba. Era de corta estatura, flaco, y caminaba un poco encorvado, con la ropa ajada, ojillos azules, una expresión entre grotesca y satírica, y casi calvo. Su reacción ante mis palabras fue al principio violenta y temerosa. Pese a ello, el tono amistoso de mis modales lo calmó, y con renuencia me hizo señas para que lo siguiese por la oscura, agrietada y destartalada escalera que conducía a la buhardilla.

Su cuarto, uno de las dos que había en aquella buhardilla de techo inclinado, tenía orientación oeste, hacia el muro que formaba el extremo superior de la calle. Era una estancia muy grande y parecía incluso mayor porque estaba casi vacía y abandonada. Su mobiliario consistía en una delgada armadura metálica de cama, una deslustrada palangana, una mesita, una gran estantería, un atril y tres anticuadas sillas. Apiladas sin orden ni concierto por el suelo había multitud de partituras. Las paredes eran tableros desnudos y lo más probable es que jamás nadie los hubiese enlucido; por otra parte, la profusión de polvo y telarañas por doquier hacían que el cuarto pareciese más abandonado que habitado. Resumiendo, el bello mundo de Erich Zann debía hallarse sin duda en algún universo remoto de su imaginación.

Mi anciano y mudo vecino me indicó mediante señas que me sentara, cerró la puerta, echó un gran cerrojo de madera y encendió una vela para aumentar la luz de la que él llevaba. Entonces sacó su violín de una apolillada funda y, tomándolo entre las manos, se sentó en la silla que parecía menos incómoda. No recurrió en ningún momento al atril; pero, sin dejarme elección y tocando de memoria, me deleitó durante más de una hora con melodías que debían ser suyas sin duda. Tratar de describir su

naturaleza exacta es casi imposible para quien no esté versado en música. Era una especie de fuga, con pasajes reiterados realmente embriagadores, pero sobre todo para mí por la falta de las curiosas notas que había oído en anteriores ocasiones desde mi habitación.

No me sacaba de la cabeza aquellas obsesivas notas y con frecuencia incluso las tarareaba y silbaba para mis adentros aunque sin mucha precisión; así pues, cuando el solista dejó finalmente el arco le supliqué que me las interpretara. Al oír mis primeras palabras aquel rostro arrugado y grotesco perdió su expresión benévola y ausente que había tenido durante toda la interpretación, y pareció mostrar la misma curiosa mezcla de rabia y temor que cuando lo abordé por vez primera. Traté de recurrir a la persuasión durante un momento, disculpando los caprichos propios de la senilidad; incluso intenté despertar el ánimo exaltado de mi anfitrión silbando unos acordes de la melodía escuchada la víspera. Pero tuve que interrumpir de inmediato mis silbidos, porque en cuanto el músico mudo reconoció la tonada su semblante cambió de pronto y adquirió una expresión indescriptible, mientras alzaba su mano larga, fría y huesuda pidiéndome que callase y no siguiese aquella burda imitación. Al hacerlo, demostró de nuevo su rareza, pues echó una mirada expectante hacia la única ventana con cortinas, como si temiese que entrase algún intruso. Era una mirada doblemente absurda, pues la buhardilla estaba muy por encima del resto de los tejados contiguos y eso la hacía casi inaccesible. Además, según el portero, la ventana era el único punto de la empinada calle desde donde podía verse la cumbre por encima del muro.

La mirada del anciano me hizo recordar la observación de Blandot; entonces quise satisfacer mi deseo de contemplar el panorama extenso y vertiginoso de los tejados bajo la luz de la luna y las luces de la ciudad, que se extendían más allá de la cumbre, algo que de entre todos los habitantes de la Rue d’Auseil solo podía ver aquel músico de carácter agrio. Me aproximé a la ventana y cuando estaba a punto de correr las inefables cortinas, mi mudo vecino se abalanzó de nuevo sobre mí con una violencia y terror aún mayores que los mostrados hasta aquel momento, indicándome esta vez con gestos de la cabeza la dirección de la puerta y afanándose con nerviosismo por alejarme de allí con ambas manos. Decididamente

enfadado con mi vecino, le ordené entonces que me soltara, que no pensaba quedarme allí ni un segundo más. Viendo lo ofendido y disgustado que estaba, me soltó mientras su enfado se aplacaba. Entonces, me asió de nuevo con fuerza, pero esta vez con aire amistoso, y me hizo sentarme en una silla; a continuación, se acercó a la desordenada mesa con aspecto pensativo, tomó un lápiz y se puso a escribir en el francés forzado de un extranjero.

Al final me entregó una nota que era una súplica en la que me pedía tolerancia y perdón. Zann me decía que era un solitario anciano acosado por extraños temores y trastornos nerviosos a causa de su música, por no hablar de otros problemas. Le encantaba que lo escuchase tocar, y deseaba que volviese más noches y no tuviese en cuenta sus rarezas. Pero no podía tocar para otros sus extraños acordes ni soportar que los oyesen; por otra parte, tampoco podía soportar que nadie tocase en su cuarto. Hasta que mantuvimos nuestra conversación en el rellano de la escalera, no había sabido que desde mi cuarto podía oír su música, así que me suplicaba que hablase con Blandot para que me diese otro en un piso más bajo donde no pudiese oírlo de noche. Él correría a cargo de cualquier diferencia en el precio del alquiler.

Mientras trataba de interpretar el francés macarrónico de aquella nota, mi compasión por aquel pobre anciano aumentó. Como yo, sufría trastornos físicos y nerviosos, y mis estudios de metafísica me habían enseñado que en estos casos se necesitaba sobre todo de compresión. En aquel silencio se oyó entonces un ligero ruido procedente de la ventana. El viento nocturno debió hacer crujir el postigo y, por algún motivo que se me escapaba, me sobresalté casi tanto como Erich Zann. Cuando terminé de leer la nota, estreché la mano de mi vecino y salí de allí como amigo suyo.

Al día siguiente Blandot me dio un cuarto un poco más caro en el tercer piso, situado entre la habitación de un anciano prestamista y la de un honrado tapicero. En el cuarto piso no quedaba nadie.

Pronto me percaté de que el interés mostrado por Zann en que le hiciera compañía no era lo que me pareció entender cuando me insistió para que me mudase. Jamás me llamó para que fuese a visitarlo y, si lo hacía, parecía no estar a gusto y tocaba con desgana. Las veladas siempre tenían lugar de

noche, pues de día dormía y no admitía visitas. Mi afecto por él no aumentó, si bien parecía como si aquella buhardilla y la extraña música que tocaba el anciano me fascinasen de una manera extraña. No había olvidado el indiscreto deseo de mirar por aquella ventana para contemplar lo que había sobre el muro y abajo, en la invisible pendiente con los brillantes tejados y chapiteles que debían divisarse desde allí. En una ocasión subí a la buhardilla durante las horas de teatro, mientras Zann no estaba, pero tenía echado el cerrojo en la puerta. No obstante, para lo que sí me las apañé fue para escuchar las interpretaciones nocturnas de aquel anciano mudo.

Al principio iba caminando de puntillas hasta mi antiguo piso, hasta que con el tiempo llegué incluso a subir el último y chirriante tramo de la escalera que conducía a la buhardilla. Allí, en el pequeño rellano, al otro lado de la puerta bien cerrada que tenía el orificio de la cerradura bien tapado, pude oír a menudo sonidos que me llenaron de una inexplicable desazón, de un temor a algo confuso y misterioso que se cierne sobre uno. No es porque los sonidos fuesen horrendos, pues en verdad no lo eran, sino que sus vibraciones no se asemejaban a nada de este mundo, y a ratos adquirían una calidad sinfónica que difícilmente podría figurarme que procediese de un único músico. Sin duda, Erich Zann era un genio de talento irresistible. Conforme pasaban las semanas las interpretaciones cobraron un ritmo más frenético, y el rostro del anciano músico adoptó un aspecto cada vez más demacrado y hosco, digno de compasión. Ya no me dejaba pasar a verlo, no importaba la hora a la que tocase su puerta, y siempre que nos encontrábamos en la escalera me eludía.

Una noche, mientras escuchaba desde la puerta, oí que el chirriante violín se extendía y comenzaba a emitir una caótica babel de sonidos, un caos que me habría hecho dudar de mi propio juicio si desde el otro lado de la puerta cerrada no me hubiese llegado una triste prueba de la autenticidad del horror: el horrible e inarticulado grito que únicamente puede emitir la garganta de un mudo, que solo emite cuando no puede resistir la angustia y el miedo.

Golpeé varias veces la puerta, pero no recibí respuesta. Esperé entonces en el oscuro rellano, tiritando de frío y miedo, hasta que percibí los débiles esfuerzos del pobre músico por levantarse del suelo ayudándose con una

silla. Al creer que había recobrado el sentido tras un desvanecimiento, golpeé de nuevo mientras decía mi nombre en voz alta para calmarlo. Oí cómo Zann iba dando tumbos hasta la ventana y cómo corría las cortinas y el postigo, después se dirigió tropezando hacia la puerta y la abrió de forma vacilante para dejarme pasar. Ahora sí saltaba a la vista que estaba encantado de tenerme allí, pues su semblante demudado resplandecía aliviado mientras me agarraba del abrigo, como haría un niño que se aferra a las faldas de su madre.

Entre patéticos temblores, el anciano me hizo sentarme en una silla y él se dejó caer en otra, junto a la cual estaban el violín y el arco tirados por el suelo. Durante un rato solo hizo extrañas inclinaciones de cabeza, si bien daba la paradójica impresión de que escuchaba con intensidad y miedo. Entonces pareció recuperar el ánimo, se sentó en una silla junto a la mesa y garabateó una breve nota, me la dio y regresó a la mesa para empezar a escribir frenética e incesantemente. En la nota me rogaba que, si sentía compasión por él y quería satisfacer mi curiosidad, no me moviese de mi sitio hasta que él terminase de redactar un informe completo en alemán sobre las maravillas y temores que lo acosaban. Así pues, permanecí sentado mientras el lápiz del anciano mudo corría sobre el papel.

Ya había transcurrido una hora, y allí continuaba yo, aguardando mientras el anciano músico escribía febrilmente y las hojas se iban amontonando unas sobre otras; entonces, Zann dio de pronto un respingo como si hubiese recibido una fuerte sacudida. No cabía ningún error, sus ojos estaban fijos en la ventana con la cortina echada y escuchaba temblando sin parar. Luego, creí oír un sonido. Sin embargo, esta vez no era horrendo, sino que parecía una nota musical asombrosamente baja e infinitamente lejana, como si la emitiese algún músico que viviese en alguna de las casas vecinas o en una vivienda más allá del imponente muro por encima del cual nunca había podido mirar. El efecto sobre Zann fue espantoso, pues soltó el lápiz, se levantó de inmediato, tomó el violín entre sus manos y comenzó a desgarrar la noche con la interpretación más frenética que yo había oído salir de su arco, salvo cuando lo escuchaba desde el otro lado de la puerta cerrada.

Sería vano tratar de describir lo que tocó Erich Zann aquella noche aciaga. Era muchísimo más horrible que cuanto yo había oído hasta aquel momento, ya que ahora podía ver la expresión dibujada en su rostro y podía darme cuenta de que en esta ocasión el motivo era el temor en su grado máximo. Trataba de emitir un sonido para alejar o acallar algo, pero no sabría decir con precisión qué era; no obstante, en todo caso debía ser algo pavoroso. La interpretación alcanzó cotas fantásticas, histéricas, de verdadero delirio, pero no perdió en ningún momento ni una sola de aquellas cualidades de genio magistral que adornaban a aquel singular anciano. Reconocí la melodía, una danza húngara de un ritmo frenético que se había popularizado en los ambientes teatrales. Durante unos segundos reflexioné que era la primera vez que oía a Zann interpretar una composición de un autor que no fuese él mismo.

El chirriante y lastimero alarido de aquel desesperado violín ascendía más y más alto, con más y más frenesí. El solista emitía unos extraños ruidos al respirar y se contorsionaba como un mono, sin apartar la vista temerosa de la ventana con la cortina corrida. En aquellos alocados acordes creía ver sombríos faunos y bacantes bailar y girar como endemoniados en hondos abismos colmados de nubes, humo y relámpagos. Entonces me pareció oír una nota más estridente y prolongada que no venía del violín; era pausada, deliberada, premeditada y guasona, pero procedía de algún lejano lugar de poniente.

En este trance, el postigo fue sacudido con fuerza debido a un viento nocturno que se había levantado fuera, como si respondiese a la furiosa música del interior. El chirriante violín de Zann se superó a sí mismo y comenzó a emitir sonidos que jamás pensé que pudiesen producir las cuerdas de un violín. El postigo tembló con más energía, se soltó y se puso a golpear la ventana. Debido a los continuos golpes en su superficie se rompió el cristal y entró una vaharada de aire frío que hizo chisporrotear la llama de las velas y crujir las hojas de papel depositadas sobre la mesa, en las cuales Zann trataba de plasmar por escrito su terrible secreto. Eché un vistazo al músico y comprobé que estaba enfrascado en su tarea. Sus ojos eran como brasas, estaban vidriosos y ausentes, y la delirante música había

acabado por convertirse en una orgía sin freno e irreconociblemente automática para cuya descripción no existe una pluma.

Una súbita vaharada, más fuerte que las anteriores, le arrebató el manuscrito y se lo llevó volando hacia la ventana. Presa de la desesperación, corrí tras las cuartillas que flotaban por la estancia, pero el viento ya se las había llevado antes de que yo consiguiese llegar a las hojas abiertas de la ventana. Entonces recordé mi deseo aún no satisfecho de mirar desde aquella ventana, la única de la Rue d'Auseil desde donde podía divisarse la ladera situada al otro lado del muro y la ciudad que se extendía a sus pies. Estaba oscuro como boca de lobo, pero las luces de la ciudad siempre estaban encendidas de noche, de modo que esperaba poder verlas entre la cortina de lluvia y el viento.

Sin embargo, cuando miré desde la ventana más alta de la buhardilla mientras las velas chisporroteaban y el violín enloquecido competía con los aullidos del viento de la noche, no vi ninguna ciudad debajo de mí; tampoco percibí el fulgor de ninguna amable luz procedente de calles conocidas, sino solo la negrura del espacio infinito, un espacio donde únicamente había música y movimiento, sin ningún parecido con cualquier otro rincón de la tierra. Y mientras seguía allí de pie, contemplando con horror aquel espectáculo inconcebible, el viento apagó las dos velas que alumbraban la vieja buhardilla, quedando todo sumido en la más terrible e impenetrable oscuridad. Delante de mí solo tenía el caos y el más completo pandemonio; detrás, la endemoniada locura de aquellos desgarros nocturnos de las cuerdas del violín.

Regresé trastabillando al oscuro interior de la estancia. Sin poder rascar un fósforo, tiré una silla y, finalmente, logré abrirme paso a tientas hasta el punto de donde procedían los gritos y aquella música asombrosa. Quería huir de allí en compañía de Erich Zann, sin importar las fuerzas que hubiese que vencer. En un momento dado me pareció que algo frío me rozaba y grité horrorizado, pero el grito quedó ahogado por la música que brotaba de aquel espantoso violín. Entonces, en medio de aquellas tinieblas, me raspó el arco, que no dejaba de rasgar con violencia las cuerdas, así que pude saber que me hallaba cerca del músico. Tanteé con las manos hasta que

pude notar el respaldo de la silla de Zann; a continuación, toqué y sacudí su hombro para tratar de hacerlo volver a sus cabales.

Pero Zann no respondió y el violín siguió chirriando sin mostrar ninguna intención de parar. Le coloqué la mano sobre la cabeza, con lo que pude detener su inclinación mecánica y le grité en la oreja que debíamos escapar ambos de aquellos misterios desconocidos que acechaban en la noche. Pero no recibí respuesta, ni Zann redujo el furor de su música inenarrable. Mientras tanto, parecían correr extrañas corrientes de aire de un extremo a otro de la buhardilla en medio de la negrura y el desorden imperantes. Cuando le pasé la mano por la oreja, un escalofrío me recorrió el cuerpo, aunque no sabría bien decir el motivo… no lo supe hasta tocar su rostro inmóvil, aquel rostro frío, terso, sin ninguna señal de respiración, cuyos ojos vidriosos sobresalían inútilmente en el vacío. Acto seguido, tras encontrar de milagro la puerta y el gran cerrojo de madera, me alejé corriendo de aquella criatura de ojos como el cristal que vivía en la oscuridad y de los espantosos compases de aquel violín infernal cuya furia aumentó tras mi huida precipitada de aquel lugar.

Salté, mantuve el equilibrio, descendí volando por las interminables escaleras de aquella lóbrega casa; corrí sin rumbo fijo por la estrecha, empinada y antigua calle de escalones y casas destartaladas. Bajé las escaleras como una exhalación y salté por encima del pavimento adoquinado hasta llegar a las calles de la zona baja y al río apestoso y encajonado; crucé jadeando el gran puente oscuro que lleva a las amplias y saludables calles y bulevares que son conocidos por todo el mundo… Aquellas terribles impresiones me acompañarán adonde quiera que vaya. Recuerdo que esa noche no soplaba aire ni brillaba la luna, y todas las luces de la ciudad resplandecían.

Pese a mis diligentes pesquisas y averiguaciones, jamás he sido capaz de hallar la Rue d’Auseil. Pero tampoco puedo decir que lo lamente demasiado, bien sea por todo esto, o bien por la desaparición, como tragadas por simas inescrutables, de aquellas hojas con apretada letra que podrían haber sido la única explicación a la música de Erich Zann.

***OceanofPDF.com***

# EL
# SABUESO



*OceanofPDF.com*

# EL SABUESO

En mis atormentados oídos resuenan sin cesar un chirrido y un aleteo de pesadilla, y un breve ladrido lejano, semejante al de un sabueso gigantesco. No es un sueño… y me temo que ni siquiera fruto de la demencia, pues me han ocurrido muchas cosas como para poder permitirme esas misericordiosas dudas.

St. John es un cadáver despedazado. Solo yo sé el porqué, y la naturaleza de mi conocimiento es tal que voy a volarme la tapa de los sesos para no ser descuartizado como él. En los lóbregos e interminables corredores de la espantosa fantasía vaga Némesis, la diosa de la venganza negra y deforme que me conduce a terminar conmigo mismo.

¡Que el cielo perdone la demencia y el morbo que atrajeron sobre nosotros una suerte tan monstruosa! Hartos ya de los lugares comunes de una vida prosaica, donde incluso los placeres románticos y aventureros pierden rápidamente su atractivo, St. John y yo habíamos seguido con fruición todos los movimientos estéticos e intelectuales que prometían acabar con nuestro insufrible tedio. En su momento hicimos nuestros los enigmas de los simbolistas y los éxtasis de los prerrafaelistas, pero cada nueva moda se vaciaba enseguida de su atrayente novedad.

Nos volcamos en la sombría filosofía de los decadentes, y nos dedicamos a ella aumentando poco a poco la profundidad y el diabolismo de nuestras incursiones. Baudelaire y Huysmans[44] pronto se hicieron pesados, hasta que finalmente solo quedó ante nosotros el camino de los estímulos directos causados por experiencias anormales y aventuras «personales». Aquella horrenda necesidad de emociones nos condujo finalmente por la abominable cuesta que aun en mi actual estado de desesperación menciono con bochorno y timidez: el repulsivo camino de los saqueadores de tumbas.

No puedo desvelar detalles de nuestras impresionantes expediciones, ni catalogar tan siquiera en parte el valor de los trofeos que llenaban el museo

secreto que creamos en el caserón donde vivíamos St. John y yo, solos y sin servidumbre. Nuestro museo era un lugar sacrílego, asombroso, donde habíamos recreado un universo de terror y podredumbre con el gusto satánico de neuróticos *dilettanti*[45] para excitar nuestras perversas sensibilidades. Era una estancia oculta bajo tierra donde unos grandes demonios alados, esculpidos en basalto y ónice, expulsaban por sus fauces una rara luz verdosa y anaranjada, al tiempo que unas tuberías nos hacían llegar los olores que pedía nuestro estado de anímico: en ocasiones el aroma de blancos lirios fúnebres; en otras, el incienso narcótico de unos funerales en un templo oriental de fantasía, y otras veces, ¡cómo me estremezco al recordarlo!, la repulsiva fetidez de una tumba abierta.

En torno a los muros de aquella estancia repugnante había féretros de antiguas momias que se alternaban con bellos cadáveres con aspecto de seguir vivos, perfectamente embalsamados por el arte del moderno taxidermista, y lápidas mortuorias saqueadas de los más antiguos cementerios del mundo. También había unas hornacinas que contenían cráneos de todas las formas y cabezas conservadas en distintas fases de descomposición. Podían encontrarse allí las coronillas putrefactas y calvas de famosos nobles, y las tiernas cabecitas con cabellos dorados de niños recién enterrados.

Había estatuas y cuadros de temas perversos; algunos eran obra de St. John y otros, mía. Un cartapacio cerrado, encuadernado con piel humana curtida, contenía varios dibujos atribuidos a Goya[46] que el pintor no se había atrevido a mostrar. Había inmundos instrumentos musicales de cuerda, metal y viento, con los cuales St. John y yo en ocasiones emitíamos disonancias de exquisita morbosidad y diabólica palidez; en una serie de alacenas de caoba se guardaba la colección más asombrosa de objetos sepulcrales reunidos alguna vez por la vesania y la perversión humanas. Debo guardar un especial silencio acerca de esa colección. Por suerte, tuve el valor de destruirla mucho antes de pensar en destruirme yo mismo.

Las expediciones para recoger nuestros infames tesoros siempre eran sucesos memorables desde el punto de vista artístico. No éramos simples vampiros, sino que solo trabajábamos en ciertas condiciones de humor, paisaje, entorno, tiempo, estación del año y claridad lunar. Aquellas

distracciones eran para nosotros la más exquisita forma de expresión estética, y aplicábamos a sus detalles un minucioso cuidado técnico. La hora no adecuada, un efecto de luz pobre o una manipulación torpe de la hierba mojada, destruían para nosotros la sensación de éxtasis que nos producía la exhumación de algún siniestro secreto de la tierra. Nuestra búsqueda de nuevos lugares y de condiciones emocionantes era febril y nunca se terminaba. St. John abría siempre la marcha. Él fue quien descubrió aquel maldito sitio que atrajo sobre nosotros un sino horrendo e inevitable.

¿Qué infeliz fatalidad nos llevó hasta aquel espantoso camposanto holandés? Creo que fue un tétrico rumor, la leyenda sobre alguien que llevaba enterrado allí cinco siglos, que en su época había sido un saqueador de tumbas y había sustraído un objeto muy valioso de la sepultura de un poderoso. Recuerdo la escena en los momentos postreros, con la pálida luna de otoño proyectando sombras alargadas y horrendas sobre los sepulcros; los árboles retorcidos, cuyas ramas caían hasta tocar la hierba sin segar y las losas agrietadas; las bandadas de murciélagos que volaban contra la luna; la antigua capilla tapizada de hiedra, señalando con un dedo fantasmal al cielo pálido; los insectos refulgentes que bailaban como fuegos fatuos bajo las tejas de un rincón lejano; el olor a moho, vegetación y a cosas menos explicables, todo ello mezclado débilmente con la brisa nocturna procedente de mares y marismas lejanas; y, lo peor de todo, el lúgubre aullido de algún enorme sabueso que no podíamos ver ni localizar con precisión. Nos estremeció su sonido y nos recordó las leyendas de los campesinos, pues el hombre que tratábamos de buscar había sido hallado siglos atrás en ese mismo lugar, despedazado por las zarpas y los colmillos de algún animal abominable.

Recuerdo que excavamos la sepultura del vampiro con nuestras azadas, y temblamos ante la imagen de nosotros mismos, la tumba, la pálida luna que nos observaba, las espantosas sombras, los árboles retorcidos, los murciélagos, la vieja capilla, los fuegos fatuos que bailaban, los olores nauseabundos, la brisa nocturna silbando y el extraño aullido cuya existencia apenas podíamos corroborar.

Nuestras herramientas chocaron entonces contra algo duro, y pronto vimos una caja enmohecida de forma alargada. Era muy resistente, pero tan vieja que pudimos abrirla al final y regalarnos los ojos con su contenido.

Sorprendía lo mucho que quedaba del cadáver pese a los quinientos años transcurridos. Aunque aplastado en algunos sitios por las mandíbulas de lo que le había producido la muerte, el esqueleto se mantenía unido con una asombrosa firmeza. Nos inclinamos sobre el cráneo ya pelado, de largos dientes y cuencas vacías en donde un día habrían brillado unos ojos con un fervor como el nuestro. El ataúd contenía también un amuleto de exótico diseño que, según parece, llevó el durmiente al colgado del cuello. Era un sabueso con alas o una esfinge de rostro medio perruno.

Estaba perfectamente tallado según el antiguo gusto oriental en un pedacito de jade verde. La expresión de sus rasgos era realmente repugnante y sugería muerte, brutalidad y odio. En torno a la base había una inscripción en unos caracteres que no pudimos identificar St. John ni yo. En el fondo, como un marchamo de fábrica, se veía grabado un cráneo grotesco y asombroso.

Apenas vimos al amuleto supimos que debía ser nuestro, que aquel tesoro era sin duda nuestro botín. Aunque hubiese sido completamente desconocido para nosotros, lo habríamos codiciado, pero al mirarlo de más cerca vimos que nos resultaba familiar. En realidad, era ajeno a todo arte y literatura conocidos por lectores cuerdos y sensatos, pero nosotros reconocimos en el amuleto algo sugerido en el prohibido *Necronomicón* del árabe loco Adbul Alhazred: el espantoso símbolo del culto de los necrófagos de la inaccesible Leng, en Asia Central. Nos fue fácil localizar los siniestros rasgos descritos por el antiguo demonólogo árabe. Eran rasgos sacados de alguna oscura manifestación sobrenatural de las almas de quienes fueron humillados y devorados después de estar muertos.

Tras hacernos con el objeto de jade verde, miramos por última vez el cráneo cavernoso de su propietario y cerramos la sepultura para dejarla como la habíamos hallado. Mientras nos marchábamos corriendo del espantoso lugar, con el amuleto robado en el bolsillo de St. John, creímos ver que los murciélagos se cernían en tropel sobre la tumba recién

profanada, como si allí buscasen algún asqueroso alimento. Pero la luna otoñal brillaba con poca luz y no pudimos saberlo con seguridad.

Al día siguiente, al embarcar en un puerto holandés para regresar a casa, nos pareció oír el leve y lejano aullido de un enorme sabueso. Pero el viento gemía con tristeza, así que no pudimos saberlo a ciencia cierta.

Menos de una semana después de nuestro regreso a Inglaterra comenzaron los extraños sucesos. St. John y yo vivíamos encerrados, sin amigos, solos y en unas pocas habitaciones de una antigua mansión, en una comarca pantanosa poco visitada, así que en nuestra puerta rara vez se oía la llamada de un visitante.

Sin embargo, ahora nos preocupaba lo que parecía ser un roce habitual durante la noche, no solo en torno a las puertas, sino también las ventanas, tanto las de la planta baja como las de los pisos superiores. Una vez nos pareció que algo voluminoso y opaco ensombrecía la ventana de la biblioteca cuando la luna brillaba sobre ella. Otra vez creímos oír un aleteo cerca de la casa. Una investigación meticulosa no nos permitió descubrir nada, y empezamos a atribuir todo aquello a nuestra fantasía, aún alterada por el leve y lejano aullido que nos pareció oír en el cementerio holandés. El amuleto de jade ahora reposaba en una hornacina de nuestro museo, y en ocasiones encendíamos una vela con una rara fragancia delante de él. Leímos mucho en el *Necronomicón* de Alhazred sobre sus propiedades y las relaciones de las almas con los objetos que las simbolizan y lo que leímos nos inquietó sobremanera.

A continuación llegó el terror.

La noche del 24 de septiembre de 19… oí que llamaban a la puerta de mi dormitorio. Creyendo que era St. John lo invité a entrar, pero tan solo me respondió una horrenda carcajada. No había nadie en el pasillo. Cuando desperté a St. John y le conté lo sucedido, me dijo que nada sabía de aquello y se preocupó tanto como yo. Aquella noche, el leve y lejano aullido en las soledades de la marisma pasó a ser una espantosa realidad.

Cuatro días más tarde, estando los dos en el museo, oímos unos suaves arañazos en la única puerta que conducía a la escalera secreta de la biblioteca. Nuestra alarma fue creciendo porque, además de nuestro temor a lo desconocido, siempre nos había preocupado la posibilidad de que se

pudiese descubrir nuestra extraña colección. Tras apagar todas las luces, nos acercamos a la puerta y la abrimos rápidamente del todo. Entonces se levantó una extraña corriente de aire y oímos una rara mezcla de susurros, risas entre dientes y balbuceos alejándose a toda prisa. En aquel momento no intentamos decidir si habíamos enloquecido, si aquello era un sueño o si estábamos ante una realidad. De lo que sí nos percatamos, con la más negra de las aprensiones, fue que aquellos balbuceos que no parecían proceder de ningún cuerpo se habían proferido en idioma holandés.

Después de aquello vivimos en un horror cada vez mayor que se mezclaba con cierta fascinación. Casi todo el tiempo nos aferrábamos a la idea de que estábamos volviéndonos locos debido a nuestra vida de emociones anormales; sin embargo, en ocasiones, nos gustaba más dramatizar sobre nosotros mismos y considerarnos víctimas de una misteriosa y aplastante fatalidad. Los hechos extraños ya eran demasiado habituales para ser contados. Nuestra casa solitaria parecía de lo más viva con la presencia de una criatura malévola cuya naturaleza no podíamos intuir, y cada noche nos llegaba aquel demoníaco aullido más nítido y audible. El 29 de octubre hallamos en la tierra blanda bajo la ventana de la biblioteca unas huellas de pisadas que no se podían describir. Eran tan desconcertantes como las bandadas cada vez mayores de grandes murciélagos que merodeaban por los alrededores de la casa.

El horror llegó a su culmen el 18 de noviembre, cuando St. John volvía a casa al atardecer, desde la estación del ferrocarril, y fue atacado por algún horrendo animal que lo despedazó. Sus gritos llegaron hasta la casa y yo corrí al lugar. Llegué a tiempo de oír un extraño aleteo y de ver una silueta oscura contra la luna que remontaba el vuelo en ese instante.

Mi amigo se moría cuando me acerqué a él y no pudo responder a mis preguntas con coherencia. Solamente pudo musitar:

—El amuleto…, ese maldito amuleto…

Y exhaló su último suspiro, hecho una masa inerte de carne destrozada.

Al día siguiente lo inhumé en uno de nuestros descuidados jardines mientras susurraba sobre su cadáver uno de los extraños ritos que tanto había amado él durante su vida. Cuando dije la última frase, oí a lo lejos el tenue aullido de un enorme sabueso. La luna estaba muy alta, pero no quise

mirarla. Cuando vi sobre el pantano una sobra ancha y nebulosa que volaba de un altozano a otro, cerré los ojos y me tiré de bruces al suelo. No sé cuánto tiempo estaría en aquella posición, pero sí recuerdo que fui temblando hacia la casa y me arrodillé delante del amuleto de jade verde.

Como me asustaba vivir solo en la antigua mansión, al día siguiente me marché a Londres tras quemar y enterrar la impía colección del museo excepto el amuleto, que me llevé conmigo. Pero tres noches después oí de nuevo el aullido y en menos de una semana comencé a sentir que unos extraños ojos se fijaban en mí apenas oscurecía. Una noche, mientras paseaba por Victoria Embankment, vi cómo una negra sombra ensombrecía uno de los reflejos de las farolas sobre el agua. Se levantó un viento más fuerte que la brisa nocturna y supe en ese instante que lo que había atacado a St. John pronto me atacaría a mí.

Al día siguiente embalé con cuidado el amuleto de jade verde y embarqué rumbo a Holanda. Ignoraba lo que podría ganar si devolvía el objeto a su silencioso y durmiente propietario. Sin embargo, me sentía forzado a intentar todo si así disipaba la amenaza que gravitaba sobre mí. Lo que pudiera ser el sabueso y las razones para que me siguiese eran aún preguntas difusas; pero la primera vez que yo oí el aullido fue en aquel antiguo camposanto y todos los posteriores sucesos, incluido el moribundo susurro de St. John, habían servido para vincular la maldición con el robo del amuleto. Así pues, me sumí en los más profundos abismos de la desesperación cuando, estando en una posada de Róterdam, descubrí que unos ladrones me habían robado mi único medio de salvación.

El aullido fue más audible aquella noche. A la mañana siguiente leí en el periódico un horrendo suceso acontecido en la barriada más pobre de la ciudad. En la vivienda miserable de unos ladrones, una familia completa había sido despedazada por un animal desconocido que no dejó rastro alguno. Durante toda aquella noche, los vecinos habían oído un suave, profundo e insistente sonido muy parecido al aullido de un enorme sabueso.

Cuando cayó el sol fui de nuevo al camposanto, donde una pálida luna invernal proyectaba horrendas sombras, y los árboles desnudos inclinaban con aire lúgubre sus ramas hacia la hierba reseca y las losas resquebrajadas. La capilla tapizada de hiedra señalaba al cielo con su dedo burlón y la brisa

nocturna silbaba con monotonía en su camino desde helados pantanos y mares. El aullido era muy tenue ahora y cesó por completo cuando me aproximé a la sepultura que había profanado unos meses atrás, ahuyentando mi presencia a los murciélagos que habían estado volando con aire fisgón a su alrededor.

No sé por qué había ido allí, a no ser que para rezar una oración o para musitar locas explicaciones y disculpas al esqueleto blanco que reposaba tranquilo en su interior; pero, al margen de mis motivos, piqué el suelo medio helado con una desesperación en parte mía y en parte de una voluntad dominante que me era ajena. La excavación fue mucho más cómoda de lo que cabía esperar, aunque en un momento dado sufrí una extraña interrupción: un buitre esquelético descendió del gélido cielo y picoteó con furia la tierra de la sepultura hasta que con un golpe de la azada lo maté. Finalmente dejé al descubierto la caja alargada y levanté la enmohecida tapa.

Aquel fue mi último acto racional.

Dentro del viejo ataúd, rodeado de grandes y soñolientos murciélagos, vi lo mismo que mi amigo y yo habíamos robado. Pero ahora no estaba limpio y tranquilo como lo vimos en aquella ocasión, sino cubierto de sangre reseca y jirones de carne y cabello, mirándome con fijeza desde sus cuencas refulgentes. Sus colmillos sanguinolentos brillaban en su boca medio abierta con un rictus burlón, como si se riese de mi ineludible ruina. Cuando aquellas mandíbulas profirieron un aullido sarcástico, como el de un enorme sabueso, y vi que en sus garras mugrientas se hallaba el perdido y fatídico amuleto de jade verde, salí corriendo, gritando como un estúpido, hasta que mis gritos se tornaron en risas histéricas.

La locura cabalga a lomos del viento…, garras y colmillos afilados con siglos de cadáveres…, la muerte en una bacanal de murciélagos de las ruinas de los templos sepultados de Belial[47]… Ahora que oigo mejor el aullido de la monstruosidad pelada y el maldito aleteo resuena cada vez más cerca, yo me hundo con mi revólver en el olvido, mi único refugio contra lo que no se nombra ni se puede nombrar.

***OceanofPDF.com***

# POLARIS



*OceanofPDF.com*

# POLARIS

El fulgor de la Estrella Polar entra por la ventana norte de mi habitación. Resplandece en ese lugar durante todas las espantosas horas de oscuridad. En otoño, cuando los vientos del norte aúllan y maldicen, y los árboles del marjal, con las hojas ya cobrizas, murmuran a primeras horas de la madrugada bajo la luna cornuda menguante, me siento junto a la ventana y observo esa estrella. En lo alto titila Casiopea con su luz, hora tras hora, mientras la Osa Mayor se eleva lentamente por detrás de esos árboles empapados de rocío y mecidos por el viento nocturno. Antes de clarear el día, Arturo parpadea rubicundo sobre el cementerio de la loma, y la Cabellera de Berenice reluce con brillo espectral en el oriente misterioso. Sin embargo, la Estrella Polar mira aún con desconfianza, fija en el mismo punto de la bóveda negra, parpadeando horrendamente como un ojo insensato y vigilante que trata de enviar un extraño mensaje, aunque no se acuerde de nada, salvo que antaño tuvo un mensaje que enviar. Pero cuando el cielo está encapotado, logro conciliar el sueño.

Jamás olvidaré la noche de la gran aurora, cuando sobre el marjal jugueteaban los alucinantes centelleos de luz demoníaca. Después de aquello se nubló, y con las nubes llegó el sueño.

Bajo una cornuda luna menguante vi por primera vez la ciudad. Se alzaba, en silencio y soñolienta, sobre una meseta que afloraba en una depresión rodeada de extraños montes. Sus murallas eran de un mármol horrendo, como sus torres, sus pilares, sus cúpulas y sus suelos. En sus calles se levantaban columnas de mármol coronadas por esculturas de hombres serios y con barba. El aire era cálido y apacible. En lo alto, a unos diez grados del cénit, titilaba vigilante esa Estrella Polar. Pasé mucho tiempo observando la ciudad sin que clarease. Cuando el rojo Aldebarán, que parpadea en una latitud baja sin llegar a ocultarse, ya había trazado un cuarto de su recorrido por el horizonte, vi luz y movimiento en las casas y las calles. Formas con ropas extrañas, nobles y familiares a un mismo

tiempo, paseaban bajo la cornuda luna menguante; los hombres hablaban con erudición en un idioma que yo entendía, aunque era diferente del que yo conocía. Cuando el rojizo Aldebarán cubrió más de la mitad de su recorrido, el silencio y la oscuridad regresaron.

Cuando desperté no volví a ser el de antes. En mi memoria estaba grabada la visión de la ciudad; había despertado en mi alma un recuerdo vago, cuya naturaleza no tenía yo entonces muy segura. Después, en las noches en que el cielo estaba encapotado y yo podía conciliar el sueño, a menudo vi la ciudad; en ocasiones, bajo los cálidos y dorados rayos de un sol que jamás se ponía y giraba en torno al horizonte. Y en las noches despejadas, la Estrella Polar miraba de reojo como no lo había hecho antes.

Poco a poco comencé a preguntarme cuál podía ser mi lugar en aquella ciudad de la extraña meseta entre extraños montes. Al principio me contentaba con mirar el paisaje, como una presencia inmaterial que lo observaba todo; luego quise definir mi relación con la ciudad, hablar con los hombres serios que cada día debatían en las plazas. Me dije a mí mismo: «Esto no es un sueño. ¿De qué manera puedo demostrar que es más real esa otra vida de las casas de piedra y ladrillo, al sur del marjal y del cementerio del altozano, donde cada noche la Estrella Polar atisba por mi ventana norte?».

Cierta noche en que atendía al discurso en la gran plaza de numerosas estatuas, sentí un cambio y me di cuenta de que por fin tenía forma corporal. Pero no era un forastero en las calles de Olathoe, la ciudad de la meseta de Sarkia, situada entre los montes de Noton y Kadiphonek. Mi amigo Alos era quien hablaba, y su discurso me resultaba agradable, pues era el discurso de alguien sincero, de un patriota. Aquella noche supe que había caído Daikos y que avanzaban los inutos, unos demonios bajitos, amarillentos e infernales que habían surgido cinco años atrás del inexplorado occidente para asolar los límites de nuestro reino y asediar muchas de nuestras ciudades. Ahora que habían tomado las plazas fuertes al pie de las montañas, su camino quedaba libre hacia la meseta, salvo que cada ciudadano resistiese como si fuese diez hombres. Aquellos seres achaparrados eran poderosos cuando se trataba de la guerra, e ignoraban los

escrúpulos de honor que no permitían a nuestros altos hombres de ojos grises, nativos de Lomar, llevar a cabo una conquista despiadada.

Mi amigo Alos comandaba las fuerzas de la meseta, y en él habían depositado las últimas esperanzas de nuestra nación. En aquel momento relataba los peligros que habría que arrostrar y arengaba a los hombres de Olathoe, los más valerosos de los lomarianos, para que inmortalizasen la tradición de sus antepasados, quienes al verse obligados a abandonar Zobna para ir hacia el sur ante el avance de los glaciares —y es que incluso nuestros descendientes un día tendrán que abandonar Lomar—, vencieron con valor a los gnophkehs, unos caníbales velludos y de largos brazos que no les permitían pasar. Alos no me había aceptado como guerrero, pues era débil y propenso a súbitos desvanecimientos cuando estaba sometido a la fatiga y al esfuerzo. Pero yo tenía los ojos más agudos de la ciudad pese a las muchas horas que dedicaba a diario al estudio de los manuscritos pnakóticos y del saber de los Padres Zbanarianos. Así pues, mi amigo no quiso condenarme a la inacción y me concedió el penúltimo deber por grado de importancia: me envió a la atalaya de Thapnen para ser los ojos de nuestro ejército desde allí. Si los inutos trataban de tomar la ciudadela por el desfiladero que se abre detrás del monte de Noth, y sorprendían por ese punto a la guarnición, yo debía encender la almenara que avisaría a los soldados que aguardaban, y salvaría así la ciudad de su inminente destrucción.

Subí solo a la torre, pues todos los hombres fornidos eran necesarios abajo, en los desfiladeros. Tenía el cerebro lastimosamente embotado por la exaltación y el agotamiento, pues no había dormido desde hacía varios días; pero mi resolución era inquebrantable, pues amaba mi tierra natal de Lomar, y la marmórea ciudad de Olathoe, situada entre los montes de Noton y Kadiphonek.

Pero estando ya en la cámara superior de la torre, vi la luna roja, siniestra, menguante y cornuda, trémula entre los vapores que flotaban sobre el lejano valle de Banof. A través de la abertura del techo refulgió la pálida Estrella Polar. Titilaba como si estuviese viva; miraba furtiva como un demonio tentador. Creo que su espíritu me susurró consejos malvados y

me arrastró a una traidora somnolencia con una rítmica y reprobable promesa que repetía una y otra vez:

*Duerme, vigía, hasta que las esferas*
*veintiséis mil años girarán*
*y regrese yo adonde ahora ardo.*
*Después, otros astros surgirán*
*en el eje de los cielos*
*astros que serenarán y que bendecirán*
*solo cuando mi órbita termine*
*el pasado tu puerta turbará.*

Traté de luchar contra mi somnolencia sin resultado alguno. Traté de relacionar aquellas extrañas palabras con alguno de los conocimientos celestes que había aprendido yo en los manuscritos pnakóticos. Mi cabeza, pesada y titubeante, se inclinó sobre mi pecho. Cuando miré de nuevo, fue en un sueño, y la Estrella Polar se reía socarrona a través de una ventana, por encima de los árboles feos y sacudidos de un marjal onírico. Y todavía sigo soñando.

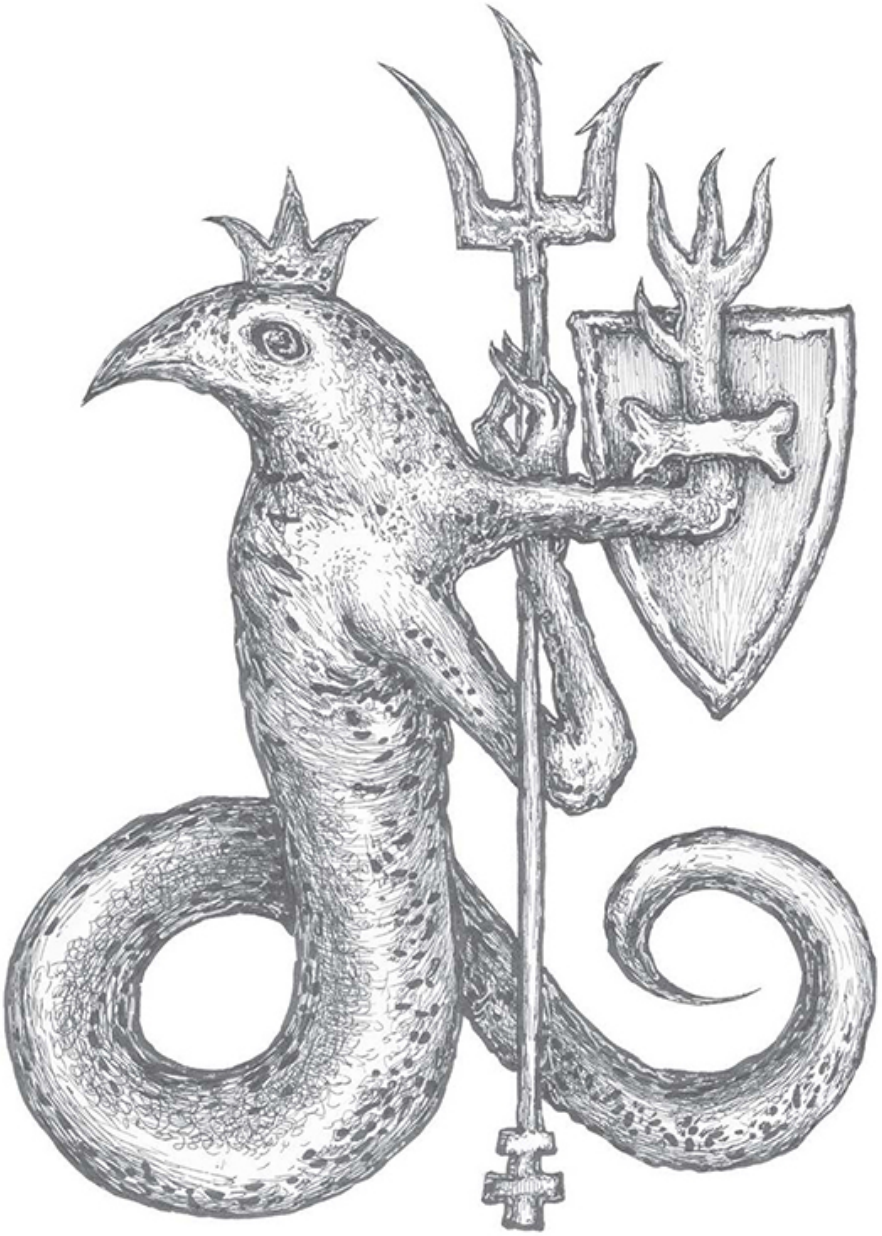
En mi vergüenza y desesperación, en ocasiones grito con furia, implorando a las criaturas oníricas que me rodeen, que me despierten, no vaya a ser que los inutos escalen a escondidas por detrás del monte de Noton y conquisten por sorpresa la ciudadela; sin embargo, estos seres son demonios que se ríen de mí y me dicen que no estoy soñando. Se burlan mientras duermo; mientras tanto, tal vez los enemigos rechonchos y amarillentos estén aproximándose con sigilo a nosotros. No he cumplido con mi deber y he traicionado a la ciudad de mármol de Olathoe. No he sido leal a Alos, mi amigo y capitán. Pero estas sombras de mis sueños se ríen de mí. Dicen que no existe la tierra de Lomar, salvo en mis dislates nocturnos; que en esas regiones donde la Estrella Polar brilla en lo alto, y el rojizo Aldebarán se desplaza sin prisa por el horizonte, nunca ha habido más que hielo y nieve durante miles de años, que los únicos seres achaparrados y amarillentos, marchitos por el frío, son hombres llamados «esquimales».

Mientras escribo en mi culpable agonía, frenético por salvar a la ciudad cuyo peligro aumenta por momentos, y me debato por liberarme en vano de esta pesadilla en la que se diría que estoy en una mansión de piedra y

ladrillos, al sur de un horrendo marjal y un cementerio sobre un altozano, la Estrella Polar, malévola y monstruosa, vive en la negra bóveda y parpadea horriblemente, como un ojo insensato que trata de enviar un mensaje; aunque no recuerde nada, excepto que un día sí tuvo un mensaje que enviar.

***OceanofPDF.com***

# LA NAVE BLANCA



***OceanofPDF.com***

# LA NAVE BLANCA

Me llamo Basil Elton, soy el guardián del faro de Punta Norte, tal como mi padre y mi abuelo lo fueron antes que yo. Lejos de la costa, se eleva la torre gris del faro sobre rocas hundidas y fangosas que emergen con la bajamar y se tornan invisibles con la pleamar. Los buques más majestuosos de los siete mares llevan navegando un siglo por delante del faro. En los tiempos de mi abuelo eran muy numerosos; en los de mi padre, ya no lo eran tanto; hoy, son tan escasos que en ocasiones me siento extrañamente solo, como si yo fuese el último ser humano de nuestro planeta.

Aquellos barcos de velas blancas procedían de las lejanas costas orientales, donde brillan soles cálidos y flotan dulces aromas en curiosos jardines y alegres templos. Los viejos lobos de mar solían visitar a mi abuelo y le hablaban de estas cosas; él a su vez se las contaba a mi padre; y mi padre me las contaba a mí durante las largas noches de otoño, cuando el viento oriental aullaba en tono misterioso. Con el tiempo, leí más cosas sobre aquello y sobre mucho más en libros que me regalaron los hombres cuando yo aún era un crío y me entusiasmaba lo maravilloso.

Pero más maravilloso que los conocimientos de los ancianos y de los libros es el arcano conocimiento del océano. Azul, verde, gris, blanco o negro; tranquilo, agitado o arbolado, esas aguas jamás están silenciosas. Las he observado y escuchado durante toda mi vida, y las conozco bien. Al principio, no me contaban nada más que sencillas historias de playas tranquilas y puertos pequeñitos; pero con los años se fueron volviendo un amigo más íntimo que hablaba de otras cosas; de cosas más curiosas y lejanas en el espacio y el tiempo. En ocasiones los vapores grisáceos del horizonte se han abierto al caer la tarde para traerme visiones efímeras de las rutas que existen más allá; en otras, ya de noche, las profundas aguas del mar se han tornado claras y fosforescentes para dejarme que entreviese las rutas que hay debajo. Eran visiones no solo de los caminos que existieron o pudieron existir, sino también de los que todavía existen, ya que el océano

es mucho más antiguo que las montañas, y transporta los recuerdos y los sueños del tiempo.

La Nave Blanca solía venir del sur, cuando había luna llena y estaba muy alta en el cielo. Venía del sur, y se deslizaba con calma y en silencio sobre las aguas marinas. No importaba que estuviesen tranquilas o encrespadas, que el viento soplase de proa o de popa, ella se deslizaba con calma y en silencio, con sus lejanas velas y su extraña y prolongada fila de remos que se movían cadenciosamente. Una noche vi a un hombre en la cubierta, bien vestido y con barba, que parecía llamarme por señas para que me enrolase con él, rumbo a costas desconocidas. Después, lo divisé muchas más veces, bajo la luna llena, llamándome siempre con las mismas señas.

La noche en que respondí a su llamada la luna brillaba con todo su esplendor. Atravesé el puente que tendían los rayos de la luna sobre las aguas, hasta la Nave Blanca. El hombre que me había llamado dijo unas palabras de bienvenida en un idioma dulce que yo entendí. Las horas se llenaron entonces con las dulces canciones de los remeros mientras nos alejábamos en nuestra silenciosa derrota hacia el enigmático sur al que aquella luna llena y tierna dotaba con su fulgor de tonos dorados.

Cuando llegó la alborada de un día rosado y luminoso, divisé la verde costa de unas tierras lejanas, hermosas y, refulgentes nunca vistas por mí. Desde el mar se alzaban orgullosas terrazas de verdor. Estaban salpicadas de árboles entre los que por algunos lados asomaban los brillantes tejados y las blancas columnatas de unos templos extraños. Cuando nos acercábamos al lujuriante litoral, el hombre de barba habló de esa tierra, la tierra de Zar, donde habitan los sueños y los pensamientos hermosos que visitan una vez a los hombres para ser olvidados después. Cuando me volví de nuevo a contemplar las terrazas, comprobé no mentía, pues entre las imágenes que tenía delante había muchas cosas que yo había columbrado entre las brumas que se van más allá del horizonte y en las brillantes profundidades oceánicas. También existían formas y fantasías más espléndidas que ninguna que yo hubiese conocido; imágenes de jóvenes poetas que murieron más pobres que las ratas, antes de que el mundo llegase a saber lo que ellos habían visto y soñado. Pero no llegamos a pisarlos prados

inclinados de Zar, pues dicen que quien ose poner allí el pie tal vez no vuelva nunca a su costa natal.

Cuando la Nave Blanca se alejaba en silencio de Zar y de sus terrazas llenas de templos, divisamos en el horizonte lejano las agujas de una importante ciudad. El hombre de barba me dijo:

—Esa de ahí es Talarión, la ciudad de las mil maravillas, donde viven todos los misterios que el hombre ha intentado desentrañar en vano.

Miré de nuevo, desde más cerca, y vi que era la ciudad más grande de cuantas yo hubiese conocido o incluso soñado. Las agujas de sus templos se elevaban en el cielo hasta perderse, de modo que nadie lograba ver sus extremos; más allá del horizonte se extendían las formidables murallas grises, por encima de las cuales únicamente asomaban algunos tejados misteriosos y siniestros, decorados con ricos frisos y hermosas esculturas. Deseé de veras entrar en esta ciudad fascinante y a la vez repugnante, así que rogué al hombre de barba que me dejase desembarcar en el muelle, junto a la gran puerta esculpida de Akariel. Sin embargo, él se negó amablemente a satisfacer mi deseo, diciendo:

—Muchos han entrado a Talarión, la ciudad de las mil maravillas, pero ninguno ha salido. Allí solo hay demonios y entidades enloquecidas que ya no son humanas; sus calles están blancas con los huesos de quienes han visto el espectro de Lathi, que reina en esa ciudad.

La Nave Blanca reanudó entonces su travesía y dejó atrás las murallas de Talarión. Durante muchas jornadas siguió a un ave que volaba hacia el sur. Era un pájaro cuyo brillante plumaje rivalizaba con el mismo cielo de donde había surgido.

Llegamos entonces a una costa tranquila y riente, donde había una gran profusión de flores de todas las tonalidades y en la que, hasta donde llegaba la vista, había deliciosas arboledas y radiantes templetes que se calentaban bajo un sol cálido meridional. De unos emparrados que no lográbamos divisar salían canciones y fragmentos de lírica armonía aderezados de alegres risas, tan encantadoras que rogué a los remeros que paleasen con más ahínco, pues yo deseaba llegar a aquel lugar. El hombre de barba calló, pero me miró durante un buen rato mientras nos aproximábamos a la orilla bordeada de lirios. Entonces se levantó un viento por encima de los prados

floridos y los bosques frondosos, y me trajo a la nariz un olor que me hizo estremecer. Pero el viento aumentó y el aire se llenó de hedor a muerte, a descomposición, a ciudades arrasadas por la peste y a necrópolis desenterradas. Mientras nos íbamos desesperadamente de aquella costa maldita, el hombre de barba habló:

—Ese es Xura, el país de los placeres no alcanzados.

Una vez más, la Nave Blanca siguió al ave del cielo por mares tranquilos y cálidos, empujada por brisas aromáticas y acariciadoras. Navegamos un día tras otro, una noche tras otra; cuando salió la luna llena, dulce como la noche lejana en que partimos de mi tierra natal, escuchamos los dulces cantos que entonaban los remeros. Finalmente anclamos, a la luz de la luna, en el puerto de Sona-Nyl, que está resguardado por los dos promontorios gemelos de cristal que emergen de las aguas y se unen formando un arco magnífico. Era el País de la Fantasía, y descendimos en la exuberante costa por un puente dorado que tendieron los rayos de la luna.

En el país de Sona-Nyl el tiempo, el espacio, el sufrimiento o la muerte no existen. Allí viví durante muchos años. Sus arboledas y sus pastos son verdes, tiene vivaces y olorosas flores, arroyos azules y cantarines, fuentes límpidas y frescas. Los templos, fortalezas y ciudades de Sona-Nyl son majestuosos e imponentes. No existen lindes en aquellas tierras, pues más allá de cada bello paisaje surge otro más hermoso aún. La gente va feliz y a sus anchas por los campos, por las espléndidas ciudades. Todo el mundo está dotado de gracia sin defectos y de una felicidad absoluta. Durante los años que viví allí, vagué feliz por jardines donde se alzan singulares pagodas entre agradables macizos de arbustos, y donde los blancos paseos están flanqueados de delicadas flores. Subí a la cima de colinas onduladas, desde donde pude admirar paisajes adorables y hermosos, con pueblecitos asentados en el regazo de verdes valles y ciudades de doradas y gigantescas cúpulas que refulgían en el horizonte sin límites. Y bajo la luz de la luna admiré el mar centelleante, los promontorios de cristal, y el tranquilo puerto donde permanecía anclada la Nave Blanca.

Una noche del glorioso año de Tharp, vi que contra la luna llena se recortaba la silueta del pájaro celestial que me llamaba, y sentí una terrible desazón. Entonces hablé con el hombre de barba, y le confesé mis ansias de

zarpar hacia la lejana Cathuria, que ningún hombre ha visto, si bien todos creen que se encuentra más allá de las columnas basálticas de Occidente. Es el país de la Esperanza. Allí refulgen las ideas perfectas de todo lo que conocemos; al menos eso pregonan los hombres. Pero el hombre de barba me contestó:

—Aléjate de esos procelosos mares donde los hombres dicen que se halla Cathuria. En Sona-Nyl no existen el dolor o la muerte; pero ¿quién sabe qué puede haber detrás de las columnas basálticas de Occidente?

Sin embargo, con la siguiente luna llena embarqué en la Nave Blanca, y me fui del puerto feliz con el reacio hombre de barba, rumbo a mares inexplorados.

El ave celestial nos precedió con su vuelo, llevándonos hacia las columnas basálticas de Occidente; sin embargo, esta vez los remeros no entonaron dulces cantos bajo la luna llena. En mi fantasía, a veces me representaba el ignoto país de Cathuria con magníficos bosques y palacios, preguntándome qué nuevas delicias vería. «Cathuria —me decía— es la morada de los dioses y el país del sinfín de ciudades de oro. Sus bosques son de áloe y sándalo, como los de Camorin; entre sus árboles las aves trinan alegres y entonan sus dulces cantos; en las montañas verdeantes y floridas de Cathuria se elevan templos de mármol rosa, llenos de bellezas pintadas y esculpidas, con frescas fuentes de plata en sus atrios, donde las fragantes aguas del río Narg, nacido en una gruta, gorgotean con encantadores sones. Las ciudades de Cathuria tienen murallas doradas y sus calzadas también son de oro. En los jardines de estas ciudades hay raras orquídeas y lagos perfumados cuyos lechos son de coral y ámbar. De noche, las calles y los jardines se iluminan con lindas linternas fabricadas con las conchas tricolores de las tortugas, y suenan las suaves notas del cantor y el tañedor de laúd. Y todas las casas de las ciudades de Cathuria son palacios construidos junto a un aromático canal que conduce las aguas del sagrado Narg. Las casas son de mármol y de pórfido; y sus tejados, de brillante oro, reflejan los rayos del sol y realzan el esplendor de las ciudades que los dioses dichosos contemplan desde distantes montañas. Lo más prodigioso es el palacio del gran rey Dorieb, de quien algunos comentan que es un semidiós y otros que es un dios. El palacio de Dorieb es muy alto, con

muchas torres de mármol que se elevan sobre las murallas. En sus grandes salones las multitudes se reúnen, y aquí cuelgan los trofeos de todas las épocas. Su tejado es de oro puro, y lo sustentan unos pilares altísimos de rubí y azur donde han esculpido figuras de dioses y de héroes, de modo que quien las ve a esas alturas cree estar contemplando el mismísimo Olimpo. Y el suelo es de cristal, y por debajo de él, ingeniosamente iluminadas, brotan las aguas del río Narg, cantarinas y con peces de brillantes colores desconocidos fuera de las fronteras de la encantadora Cathuria».

Así hablaba conmigo mismo sobre Cathuria, pero el hombre de barba siempre me aconsejaba que volviese a las afortunadas costas de Sona-Nyl porque los hombres conocen Sona-Nyl, pero jamás ha entrado nadie en Cathuria.

Y al cabo de treinta y un días siguiendo al pájaro, divisamos las columnas basálticas de Occidente. Estaban envueltas en una bruma, de modo que nadie podía escudriñar más allá, ni ver sus picos, motivo por el cual algunos aseguran que tocan el cielo. Y el hombre de barba me rogó una vez más que regresase, pero no lo escuché porque, provenientes de las brumas más allá de las columnas de basalto, creí oír las notas de cantores y tañedores de laúd. Eran más dulces que las canciones más dulces de Sona-Nyl, y entonaban alabanzas a mi persona; eran alabanzas al que llegaba de la luna llena y moraba en la tierra de la ilusión. Y la Nave Blanca continuó navegando hacia aquellos melodiosos sonidos, y se aventuró en la niebla que flotaba entre las columnas basálticas de Occidente. Cuando la música calló y se disipó la bruma, no vimos la tierra de Cathuria, sino un furioso mar por el cual nuestro buque impotente se dirigía hacia un destino ignorado. Poco después nos llegó el lejano bramido de una cascada. Ante nosotros surgió, en el horizonte, la colosal espuma de una gigantesca catarata en la que se precipitaban los océanos del mundo hacia una sima de la nada. Entonces, el hombre de barba me dijo con las lágrimas corriéndole por las mejillas:

—Hemos despreciado la bella tierra de Sona-Nyl, que jamás volveremos a ver. Los dioses, que son más grandes que los hombres, han vencido.

Yo cerré los ojos ante la próxima caída, y dejé de ver al ave celestial que agitaba burlona sus alas azules sobrevolando el borde de la corriente.

El choque nos sumió en la oscuridad, y oí gritos de hombres y de criaturas que no eran hombres. Soplaron los impetuosos vientos de Oriente, y el frío me invadió mientras yo estaba en cuclillas sobre la losa húmeda que se había levantado bajo mis pies. Entonces oí un nuevo estallido, abrí los ojos y vi que me hallaba en la plataforma de la torre del faro, de donde me había marchado hacía tanto tiempo. Abajo, en la negrura, se divisaba el borroso y enorme contorno de un buque estrellándose contra los crueles acantilados; y, al asomarme a la oscuridad, descubrí que el faro se había apagado por primera vez desde que mi abuelo se convirtiese en su guardián.

Y cuando volví a la torre, durante la última guardia de la noche, vi que colgaba de la pared un calendario que continuaba tal y como yo lo había dejado cuando me marché. Por la mañana, bajé de la torre y busqué el pecio del naufragio entre los acantilados; sin embargo, solo encontré una extraña ave muerta, de plumaje azul como el cielo, y un mástil destrozado, más blanco que la espuma de las olas y la nieve de las montañas.

Después de aquello, el mar no me ha contado nunca más sus secretos; y aunque la luna haya iluminado con todo su esplendor el cielo muchas veces desde entonces, jamás ha regresado la Nave Blanca del sur.

***OceanofPDF.com***

# LA BESTIA
# EN LA CUEVA



*OceanofPDF.com*

# LA BESTIA EN LA CUEVA

La horrible conclusión que poco a poco se había ido abriendo camino en mi espíritu ahora se había convertido en una terrible certeza. Estaba del todo perdido, perdido sin esperanza por los amplios y laberínticos rincones de la Caverna de Mamut.[48] Daba igual adonde dirigiese mi esforzada vista, no podía encontrar ningún objeto que me sirviese como punto de referencia para hallar el camino de salida. Mi razón no podía albergar la más mínima esperanza de contemplar de nuevo la bendita luz del día, ni de pasear por los valles y las agradables colinas del hermoso mundo exterior. Ya no quedaba esperanza. Pese a todo y formado como lo estaba por toda una vida de estudios filosóficos, mi conducta desapasionada me brindó una satisfacción no pequeña; pues, aunque había leído a menudo sobre la demencia salvaje en la que se sumían las víctimas de situaciones como aquella, no experimenté nada de esto, sino que continué tranquilo apenas me percaté de que me había extraviado.

La idea de que probablemente hubiese vagado más allá de los límites en los que me buscarían tampoco me hizo perder en ningún momento la calma. Pensé que si debía morir, aquella caverna terrible aunque majestuosa constituiría un sepulcro mejor que cualquiera que pudiese brindarme un camposanto. En este pensamiento existía una mayor dosis de tranquilidad que de desesperación.

Mi destino final sería morir de inanición, de eso estaba seguro. Sabía que algunos habían enloquecido en circunstancias similares, pero yo no acabaría así. Solo yo era el artífice de mi desgracia. Me había apartado del grupo de visitantes sin que el guía se diese ni cuenta y, tras vagar durante casi una hora por las galerías prohibidas de la caverna, me vi incapaz de regresar por los mismos laberintos tortuosos que había seguido desde que dejé a mis compañeros.

Mi antorcha empezaba a apagarse y pronto estaría sumido en la negrura total y casi palpable del interior de la tierra. Mientras estaba bajo la luz

poco firme y evanescente, cavilé sobre las circunstancias precisas en las cuales se produciría mi inminente fin. Recordé los relatos que había oído sobre la colonia de tuberculosos que se establecieron en aquellas titánicas grutas, tratando de recobrar la salud en el aire sano, al parecer, del mundo subterráneo, cuya temperatura era constante y su atmósfera era de una apacible quietud; pero en lugar de la salud, habían hallado una extraña y horrible muerte. Yo había visto las tristes ruinas de sus viviendas mal construidas cuando pasé junto a ellas con el grupo. Me había preguntado qué clase de influjo ejercería sobre una persona sana y vigorosa como yo una estancia prolongada en esta gigantesca y silenciosa caverna. Pues ahora, me dije con un humor sombrío, me había llegado la oportunidad de comprobarlo si es que la necesidad de nutrientes no aceleraba demasiado mi partida de este mundo.

Decidí no dejar una sola piedra por mover, ni despreciar una sola posibilidad escape de allí mientras en la oscuridad iban desapareciendo los últimos rayos de luz de mi antorcha. Así pues, haciendo uso de todas la fuerzas de mis pulmones, proferí una serie de gritos muy fuertes esperando atraer con ellos la atención del guía. Mientras gritaba pensé que las llamadas no servirían para nada, aunque estuviesen aumentadas y reverberasen en las paredes del laberinto que me rodeaba, no llegaría a ningún otro oído que fuese el mío.

Sin embargo, mi imaginación se sobresaltó cuando creí escuchar el sonido de unos débiles pasos que se aproximaban sobre el suelo rocoso de la caverna.

¿Estaba a punto de recuperar ya la libertad? ¿Habrían sido en vano todos mis terribles temores? ¿Se habría percatado el guía de mi ausencia no autorizada del grupo y estaría siguiendo mi rastro por el laberinto de piedra caliza? Animado por estas alegres preguntas que desbordaban mi imaginación, estaba dispuesto a continuar mis gritos para ser descubierto cuanto antes, cuando mi gozo se convirtió de pronto en horror conforme escuchaba. Mi oído, que siempre había muy fino y que ahora estaba mucho más sensibilizado por el silencio absoluto de la caverna, trajo a mi mente embotada la temible e inesperada idea de que aquellos pasos no correspondían a ningún ser humano mortal. El guía llevaba botas y sus

pasos habrían sonado en la calma sobrenatural de aquella región soterrada como una sucesión de golpes agudos y cortos. Sin embargo, aquellos golpes eran blandos y sigilosos, igual que los que producen las garras de un felino. Además, cuando escuché con atención, creí distinguir las pisadas de cuatro patas y no de dos pies.

Entonces me convencí de que había despertado y atraído con mis gritos a algún animal feroz, tal vez a un puma que se hubiese metido por accidente en el interior de la caverna. Pensé que posiblemente el Todopoderoso me hubiese deparado una muerte más rápida y piadosa que la inanición. Sin embargo, el instinto de conservación, que nunca está del todo dormido, se agitó en mi interior. Aunque huir del peligro que se acercaba de nada serviría más para conservarme para un final más atroz y prolongado, decidí que pese a todo vendería mi piel lo más cara posible. Por raro que pueda parecer, mi cabeza solo podía atribuir al visitante intenciones hostiles. Así pues, me quedé muy quieto, esperando que la bestia, al no oír sonido alguno que le sirviese de guía, perdiese el rumbo, igual que me había ocurrido a mí, y pasase de largo a mi lado. Pero esta esperanza no estaba destinada a materializarse, ya que los extraños pasos avanzaban sin vacilación. Era obvio que el animal percibía mi olor, pues no cabía duda de era posible seguir mi rastro desde una gran distancia en una atmósfera como la de aquella caverna, donde no había ningún otro efluvio que pudiese despistarlo.

Por tanto, me percaté de que debía armarme para protegerme de un misterioso e invisible ataque en la oscuridad, así que palpé a mi alrededor, seleccionando el mayor de entre los fragmentos de roca que estaban esparcidos por doquier en el suelo de la caverna. Agarré entonces uno con cada mano para utilizarlos de inmediato y aguardé con resignación el inevitable resultado. Entretanto, se acercaban las terroríficas pisadas de las zarpas. Lo cierto es que la conducta de aquella criatura era de lo más extraño. Casi todo el tiempo, las pisadas parecían de un cuadrúpedo que caminase con una singular falta de coordinación entre las patas delanteras y las posteriores. Sin embargo, a intervalos breves y frecuentes me parecía que el proceso de locomoción era realizado solo por dos patas. Me preguntaba qué especie de animal iba a enfrentarse conmigo. Pensé que

debía tratarse de alguna pobre bestia que había pagado cara la curiosidad que la llevó a investigar una de las bocas de la temible gruta con un encierro de por vida en sus recintos sin fin. Muy probablemente los peces ciegos, los murciélagos y las ratas de la caverna le servirían de alimento, al igual que alguno de los peces arrastrados hacia su interior por las crecidas del Río Verde, que comunica de algún modo oculto con las aguas subterráneas. Dediqué mi terrible vigilancia a efectuar absurdas conjeturas sobre las alteraciones que la vida en la caverna podría haber producido sobre la estructura física del animal. Me acordé entonces del horrible aspecto que según la tradición local llegaron a tener los tuberculosos que murieron allí tras residir durante mucho tiempo en las profundidades. Entonces recordé con un estremecimiento que, aunque llegase a matar a mi enemigo, jamás vería qué forma tenía, pues hacía un buen rato que mi antorcha se había apagado y yo estaba completamente desprovisto de cerillas.

Entonces mi tensión mental se hizo espantosa. Mi fantasía desquiciada creó formas horribles y terroríficas a partir de la siniestra oscuridad circundante que realmente parecía constreñirme el cuerpo. Se diría que ya estaba a punto de dejar escapar un agudo grito; sin embargo, aunque hubiese sido lo bastante irresponsable para aquello, mi voz a duras penas habría respondido. Estaba petrificado, clavado al punto en donde me hallaba. No creía que mi mano derecha pudiese arrojar el proyectil a la cosa que se acercaba, llegado el momento crucial. Ahora el resuelto «pat, pat» de las pisadas estaba ya casi al alcance de mi mano; es decir, muy cerca. Podía escuchar al animal resollando y, aunque el terror me tenía paralizado, supe que debería haber recorrido una distancia considerable y que también él estaba cansado. Entonces se rompió de pronto el hechizo. Guiada por mi sentido del oído, siempre digno de confianza, mi mano lanzó con todas sus fuerzas la piedra afilada hacia el punto en las tinieblas de donde procedía la fuerte respiración. Puedo decir con alegría que casi dio en el blanco, pues escuché cómo la cosa saltaba y caía de nuevo a cierta distancia; allí pareció detenerse.

Tras reajustar la puntería, lancé el segundo proyectil, con más eficacia esta vez. Oí cómo la criatura, vencida por completo, caía y permanecía tirada en suelo, inmóvil. Casi agobiado por el alivio que me invadió, me

apoyé en la pared. Se seguía oyendo la respiración de la bestia, ahora en forma de un pesado jadeo que inhalaba y exhalaba, así que deduje que solamente la había herido. Perdí entonces las ganas de examinarla. Un miedo supersticioso e irracional se había instalado por fin en mi cerebro y no me aproximé al cuerpo ni continué lanzándole piedras para acabar con su vida. En vez de esto, corrí tan deprisa como pude en la misma la dirección por la que había llegado hasta ese punto —o más bien lo que me pareció aproximadamente la misma dirección, dado mi estado frenético—.

Entonces oí un sonido o una sucesión regular de sonidos. Pronto se transformaron en una serie de agudos chasquidos metálicos. Esta vez no cabía duda de que era el guía. Grité, aullé e incluso reí de felicidad al ver en el techo abovedado el débil fulgor. Sabía que era la luz reflejada de una tea que se aproximaba. Corrí al encuentro del fulgor y, antes de que pudiese comprender en su totalidad lo que había sucedido, estaba arrodillado a los pies del guía, besando sus botas mientras balbuceaba como un imbécil, pese a mi orgullosa y habitual reserva, explicaciones inconexas. Narraba con ímpetu mi espantosa historia, atosigando al mismo tiempo a quien me escuchaba con protestas de gratitud. Finalmente retorné a algo parecido a mi estado normal de conciencia. El guía había notado mi ausencia cuando el grupo volvió a la boca de la caverna. Así pues, llevado por su propio sentido intuitivo de la orientación, se había puesto a explorar concienzudamente los pasadizos laterales que iban más allá del punto en donde había hablado conmigo por última vez. De este modo localizó mi posición tras llevar a cabo una búsqueda que duró más de tres horas.

Después de contarme esto, yo, que me sentía envalentonado por su tea y por su compañía, me puse a reflexionar sobre la extraña bestia a la que había herido no muy lejos de allí, en las tinieblas, y le sugerí que con la ayuda de la luz averiguásemos qué tipo de animal había sido mi víctima. Así pues, volví sobre mis pasos hasta el escenario de la terrible experiencia. Pronto descubrimos en el suelo un objeto blanco, más blanco incluso que la reluciente piedra caliza. Nos acercamos con mucha precaución y dejamos escapar una simultánea exclamación de asombro.

Aquel era el más extraño de cualquier monstruo sobrenatural que ninguno de nosotros hubiese visto en su vida. Resultó ser un simio

antropoide de grandes dimensiones, tal vez escapado de algún zoológico ambulante. Tenía el pelaje blanco como la nieve, lo cual inequívocamente se debía a la acción blanqueadora de una larga estancia en el interior de la oscura caverna; además, también era sorprendentemente escaso y se le había caído de casi todo el cuerpo, menos de la cabeza. Allí sí abundaba y era tan largo que le caía en cascada sobre los hombros. La criatura tenía la cara girada hacia el lado opuesto a donde estábamos y yacía casi directamente sobre ella. La inclinación de sus miembros era peculiar, pero explicaba por qué los utilizaba alternativamente, como yo había notado antes, de modo que la bestia avanzaba en ocasiones a cuatro patas, y en otras ocasiones solo sobre dos. Las puntas de sus dedos terminaban en una uñas muy largas, como de rata. No tenía pies prensiles, lo cual lo atribuí yo a la larga estancia en la caverna que, como he dicho anteriormente, parecía también ser la causa evidente de su total blancura, casi sobrenatural, tan propia de toda su anatomía. Parecía carecer de cola.

La respiración se había debilitado enormemente. El guía sacó entonces su pistola con la intención evidente de liquidar a la criatura. Fue entonces cuando de pronto esta emitió un sonido que hizo que el arma se le cayese de las manos sin haber sido disparada. Resulta complicado describir la naturaleza de aquel sonido. Carecía del tono normal en cualquier especie conocida de monos, así que me pregunté si su cualidad antinatural no sería la consecuencia de un completo y prolongado silencio durante mucho tiempo, que se había roto debido a la sensación de que llegaba luz, algo que la bestia no debía haber visto desde que se adentró en la caverna. El sonido, que trataré de describir como una especie de parloteo en tono grave, continuó débilmente.

De manera simultánea, el cuerpo del animal pareció sacudido por un fugaz espasmo de energía. Las garras hicieron un movimiento convulsivo mientras los miembros se contraían. Rodó sobre sí mismo con una convulsión del cuerpo, de modo que la cara quedó mirando hacia nosotros. Durante un instante quedé tan petrificado de espanto por los ojos así revelados que no me di cuenta de nada más. Eran unos ojos negros, de una negrura profunda que contrastaba horriblemente con la piel y el cabello blancos como la nieve. Estaban hundidos en el fondo en sus órbitas y

completamente desprovistos de iris, como sucede con las demás especies cavernícolas. Cuando miré con más atención, vi que estaban insertos en un rostro con menos prognatismo que los monos corrientes, y que era infinitamente menos velludo. La nariz era prominente. Mientras observábamos aquella misteriosa visión que se presentaba a nuestros ojos, los gruesos labios se abrieron y brotaron varios sonidos de ellos, tras lo cual aquella cosa se hundió en el descanso que da la muerte.

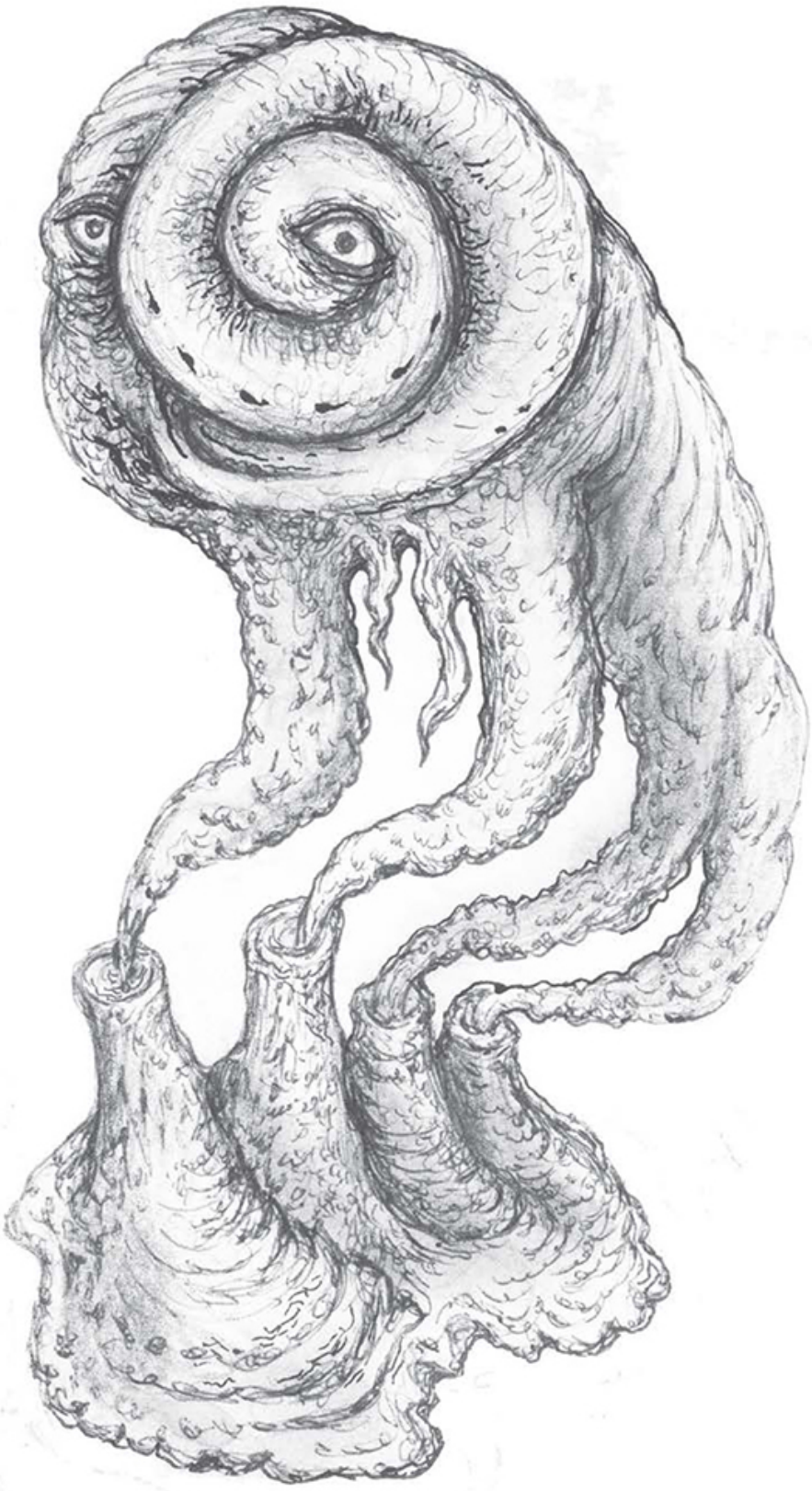
El guía me agarró la manga de la chaqueta y tembló con una violencia tal que la luz de su tea se estremeció convulsivamente y proyectó sobre la pared fantasmagóricas sombras en movimiento.

Yo no me moví. Me había quedado rígido. Tenía los ojos horrorizados, clavados en el suelo que había delante de mí.

El miedo me abandonó y fue seguido por el asombro, la aprensión, la compasión y el respeto. Los sonidos que profirió la figura abatida que yacía entre las rocas calizas nos contaron la terrible realidad. La criatura que había matado, la extraña bestia de la insondable cueva, era o alguna vez había sido ¡¡¡un hombre!!!

***OceanofPDF.com***

# BAJO LAS PIRÁMIDES



*OceanofPDF.com*

# BAJO LAS PIRÁMIDES
## *(H. P. Lovecraft y Harry Houdini)*

### I

El misterio llama al misterio. Desde el momento en que se extendió mi fama por obrar hechos inexplicables, me he topado con sucesos e historias de lo más inverosímiles que, gracias a mi renombre, la gente ha vinculado a mis intereses y actividades. Unos eran triviales e irrelevantes, otros profundamente dramáticos e intrigantes, alguno ha dado lugar a experiencias raras y peligrosas, y los ha habido que me han involucrado en largas investigaciones científicas e históricas. He hablado y seguiré hablando con entera libertad sobre muchas de estas cosas; no obstante, existe una que ahora cuento a regañadientes y únicamente tras una entrevista torturante y persuasiva por parte de los editores de esta revista, a cuyos oídos habían llegado algunos rumores sobre la historia, que les narraron otros miembros de mi familia.

Lo que he callado hasta ahora tuvo lugar durante mi visita no profesional a Egipto, hace catorce años, y no he contado nada al respecto por diversos motivos. Por una parte, no me gusta explotar ciertos hechos verdaderos e indiscutibles en unas condiciones que obviamente desconoce la muchedumbre de turistas que hormiguea ante las pirámides. Se trata de unas condiciones que ocultan, según parece y con sumo cuidado, las autoridades de El Cairo, que no pueden ignorarlas en su totalidad. Por otra parte, no me gusta recordar un suceso en el que mi propia y fantasiosa imaginación pudo haber desempeñado un papel tan importante. Lo que vi —o creí ver—, no ocurrió, qué duda cabe. No obstante, se debe ver como el resultado de mis lecturas recientes por aquella época sobre egiptología, unidas a las especulaciones a las que el ambiente dio pie con toda la naturalidad del mundo. Semejantes estímulos imaginativos, alentados por la

emoción que produjo por un suceso en sí bastante terrible, favorecieron a todas luces el notorio horror de esa grotesca noche de hace tanto tiempo.

En enero de 1910 había finalizado un compromiso profesional en Inglaterra y firmé un contrato para llevar a cabo una gira por los teatros australianos. Me dejaron un amplio margen de tiempo para trasladarme, así que decidí que lo convertiría en su mayor parte en la clase de viaje que me interesaba. En compañía de mi esposa, fui cómodamente al continente y embarqué en Marsella, en el vapor de la P. & O. *Malwa*, con rumbo a Port Said. Desde allí, mi intención era visitar los principales lugares históricos del Bajo Egipto antes de continuar hacia Australia.

La travesía en sí fue agradable y estuvo salpicada con algunas de esas incidencias divertidas que le suceden a un escapista fuera de su trabajo. Yo había querido ir de incógnito para disfrutar de una travesía en calma, pero terminé por traicionarme a mí mismo debido a un compañero de profesión, cuyas ganas de asombrar al pasaje con trucos de lo más corriente me impulsaron a repetir y superar sus hazañas de tal forma que al final destruyó mi intención de mantener el anonimato. Cuento esto por sus consecuencias finales, que debí haber previsto antes de darme a conocer en un barco lleno de turistas a punto de desplegarse por el valle del Nilo. Al final logré anunciar mi identidad allí a donde fuese, lo cual nos privó a mi esposa y a mí mismo del apacible anonimato con el que habíamos soñado. Así pues, viajando para satisfacer mi curiosidad, ¡tuve que ser yo mismo objeto de curiosidad!

Habíamos llegado a Egipto en busca de impresiones pintorescas y místicas, pero encontramos muy poco de todo aquello una vez que el barco, al fondear frente a Port Said, desembarcó a sus pasajeros en pequeñas lanchas. Dunas bajas de arena, boyas oscilantes en los bajíos y un pequeño distrito europeo, monótono y anodino salvo la estatua del gran De Lesseps, **[49]** lo cual aumentó nuestro deseo de encontrar algo más digno de nuestro interés. Tras hablarlo un poco, decidimos ir a El Cairo y a las pirámides. Después continuaríamos hasta Alejandría, donde tomaríamos el barco australiano y disfrutaríamos de cualquier imagen grecorromana que pudiese presentar esta antigua metrópoli.

El trayecto en tren resultó bastante soportable y solo duró cuatro horas y media. Vimos mucho del Canal de Suez, pues seguimos su trazado hasta llegar a Ismailía. Luego disfrutamos del Antiguo Egipto echando un vistazo al restaurado canal de agua dulce excavado durante el Imperio Medio. A continuación, El Cairo se nos mostró destellando en medio del crepúsculo como una constelación centelleante que se tornó en un fulgor cuando nos detuvimos en la gran Gare Centrale.

Pero un nuevo desencanto nos aguardaba, pues cuanto vimos era europeo, salvo la gente y su vestimenta. Un prosaico metro nos condujo hasta una plaza plagada de carruajes, taxis y tranvías, que resplandecía por las luces eléctricas que brillaban en altos edificios; hasta el teatro que había tratado de contratarme en vano para actuar, y al cual iría más tarde como público, había sido rebautizado recientemente como American Cosmograph. Nos hospedábamos en el Hotel Shepherd, adonde llegamos en un taxi que circuló como un rayo por anchas calles de elegante diseño, así que el misterioso oriente y el pasado remoto nos parecieron sumamente lejanos, perdidos como estábamos entre el perfecto servicio de restaurante, los ascensores y las comodidades en general angloamericanas.

Aun así, al día siguiente corrimos gustosos al corazón de una atmósfera propia de las *Mil y Una Noches*, pues por las tortuosas calles y los exóticos perfiles de El Cairo, la Bagdad de Harum al-Raschid[50] pareció revivir. Guiados por nuestra guía de viaje Baedeker, fuimos hacia el este, pasamos los jardines de Ezbekiyeh a lo largo del Mouski en busca del distrito nativo. Enseguida nos vimos en manos de un vocinglero cicerone que —pese a los sucesos posteriores— era sin duda muy ducho en su oficio. Solo con posterioridad me percaté de que debería haber preguntado en el hotel por un guía oficial. Este hombre, un sujeto afeitado, de voz peculiarmente profunda, aspecto relativamente aseado y la catadura de un faraón, se hacía llamar Abdul Reis el Drogman. Parecía ejercer un gran dominio sobre sus demás colegas, pero la policía aseguró después no conocerlo y sugirió que *reis* es simplemente un apelativo para alguien con autoridad, en tanto que «Drogman» no es más que una torpe modificación del vocablo que designa al jefe de un grupo turístico: dragomán.

Abdul nos guio entre maravillas entonces solo cosa de libros y sueños para nosotros. El viejo El Cairo es en sí mismo un libro de cuentos y un sueño… dédalos de pasajes angostos con olor a secretos aromáticos; balcones y miradores llenos de arabescos que casi se tocan por encima de las calles adoquinadas; el fárrago del tráfico oriental y extraños gritos; látigos que restallan, carromatos que traquetean, monedas que retintinean y mulas que rebuznan; caleidoscopios de ropas abigarradas, velos, turbantes y *tarbushes*;[51] aguadores y derviches, perros y gatos, adivinos y barberos, pero imperando sobre todo, la letanía de los mendigos ciegos, acurrucados en nichos, y el sonoro cántico de los muecines desde la cúspide de minaretes que descuellan en un inalterable cielo de color azul profundo.

Los bazares, techados y más tranquilos, no eran menos atractivos. Especias, perfumes, abalorios, sedas y latón… el viejo Mohmud Suleiman sentado con las piernas cruzadas entre sus botellas pegajosas mientras unos jóvenes lenguaraces majaban mostaza en el capitel ahuecado de una antigua columna clásica romana de estilo corintio, tal vez de los alrededores de Heliópolis, donde Augusto destacó a sus tres legiones egipcias. La antigüedad empieza a mezclarse con el exotismo. Después de aquello, las mezquitas y el museo. Vimos todo intentando que nuestro deleite por lo arábigo no se rindiese al encanto más oscuro y fúnebre del Egipto faraónico por culpa de los tesoros de incalculable valor expuestos en el museo. Aquel sería nuestro clímax mientras nos concentrábamos en las medievales glorias sarracenas de los califas, cuyas magníficas mezquitas-tumba crean una hechizante necrópolis de cuento al borde del desierto árabe.

Finalmente, Abdul nos llevó por la Sharia Mohammed Alí hasta la antigua mezquita del sultán Hassan y a Babel-Azab, rodeada de torres, más allá de la cual se inicia el pasaje escalonado entre muros que conduce a la poderosa ciudadela, erigida por el propio Saladino con piedras de pirámides olvidadas. Ya se ponía el sol cuando trepamos por el cantil, rodeamos la moderna mezquita de Mohammed Alí, y miramos abajo desde el vertiginoso parapeto que da al místico El Cairo; místico El Cairo, todo oro, con sus cúpulas labradas, sus etéreos minaretes, sus jardines flameantes. Más allá de la ciudad destacaba la gran cúpula romana del museo nuevo y más lejos —pasado el críptico y amarillo Nilo, madre de eras y dinastías—,

acechaban las amenazadoras arenas del desierto de Libia, ondulantes e iridiscentes, malditas por antiguos arcanos. El sol rojizo ya estaba en el horizonte, dando paso implacable al frío de la noche egipcia. Mientras continuaba al borde del mundo como ese antiguo dios de Heliópolis —Ra— Harajte, el sol del horizonte—, vimos siluetearse contra ese holocausto purpúreo los perfiles negros de la pirámide de Guiza, las antiquísimas tumbas que tenían ya mil años cuando Tutankamón ocupó su trono dorado en la lejana Tebas. Supimos entonces que habíamos terminado con El Cairo sarraceno y que debíamos disfrutar de los más profundos misterios del Egipto primigenio… la negra Kem de Ra y Amón, Isis y Osiris.

A la mañana siguiente visitamos las pirámides. Viajamos en una calesa por el gran puente del Nilo, con sus leones de bronce, hacia la isla de Ghizered con sus gigantescos *lebbakh*[52] y el puentecito inglés que cruza a la ribera occidental. Fuimos por la orilla, bajo el dosel formado por los *lebbakhs*, pasamos el gran parque zoológico de camino a Guiza, donde se había tendido un nuevo puente hacia El Cairo. Entonces, regresando tierra adentro a través de Sharia-el-Haram, cruzamos una zona de canales cristalinos y míseras aldeas nativas hasta que apareció ante nosotros el objetivo de nuestro viaje, hendiendo las neblinas del alba y proyectando réplicas invertidas en los charcos de las cunetas. Como dijo Napoleón a sus soldados, cuarenta siglos de historia nos contemplaban.

La carretera ascendió bruscamente hasta que llegamos al punto donde se realizan los transbordos entre la estación de tranvías y el hotel Mena House. Abdul Reis, que con gran eficacia nos había conseguido entradas para las pirámides, parecía entenderse con la muchedumbre aullante y agresiva de beduinos que poblaban una miserable y sucia aldea no muy lejana. Se dedicaban a acosar como moscardones a los viajeros, pero los mantuvo a raya y nos consiguió un par de camellos, mientras que él montaba un burro y dejaba la guía de nuestros animales a un grupo de hombres y muchachos que demostraron ser más caros que útiles. La zona que debíamos atravesar era tan pequeña que casi no habríamos necesitado camellos, pero tampoco lamentamos sumar a nuestras experiencias esa forma tan molesta de recorrer el desierto.

Las pirámides se elevan sobre una meseta rocosa y constituyen el grupo de cementerios regios y aristocráticos construidos más al norte, cerca de la extinta Menfis, la capital que se alzaba en la misma orilla del Nilo, al sur de Guiza, que floreció entre los años 3400 y 2000 a. C. La pirámide mayor, cerca de la moderna carretera, fue erigida por el rey Keops o Kufu aproximadamente en 2800 a. C. y tiene una altura superior a ciento treinta y seis metros. Al sudoeste de la misma se encuentran, una tras otra, la Segunda Pirámide, levantada una generación más tarde por el rey Kefrén y parece más grande, pero es algo más pequeña y el efecto óptico se debe a su situación en un terreno más elevado. Por último, tenemos la Tercera Pirámide, mucho más pequeña. La construyó en torno al 2700 a. C. el rey Micerino. No lejos del borde de la meseta, al este de la Segunda Pirámide, con el rostro seguramente alterado para ser un colosal retrato del rey Kefrén, su real restaurador, se halla la monstruosa esfinge… muda, sardónica y sabia más allá de la memoria humana.

En varios sitios existen pirámides menores y restos de otras de su clase. Toda la meseta se encuentra perforada por las sepulturas de dignatarios de rangos inferiores al rey. Estas últimas se denominaron en un principio mastabas.

Son estructuras de piedra con forma de banco situadas sobre las fosas fúnebres muy profundas, tal y como se descubrió en otros cementerios menfitas y como se reproduce en la Tumba de Perneb en el Museo Metropolitano de Nueva York. Sin embargo, en Guiza el tiempo y los expolios han borrado cualquier vestigio visible de esto y solo las tumbas excavadas en la roca, las tapadas por la arena o las despejadas por los arqueólogos, se conservan como testimonio de que sacerdotes y parientes ofrendaban alimentos y oraciones al *ka* o principio vital del difunto que permanecía.

Las pequeñas tumbas tienen capillas en sus mastabas o superestructuras de piedra. Sin embargo, las capillas mortuorias de la pirámide, donde descansa el faraón, eran templos aparte, situado cada uno al este de su correspondiente pirámide y unidos mediante una calzada a un propileo o gran capilla de acceso en el límite de la meseta rocosa.

El propileo de la Segunda Pirámide, casi enterrada por los desplazamientos de la arena, se abre bajo tierra al sudeste de la Esfinge. Tradicionalmente se apoda «El Templo de la Esfinge» y tal vez debería ser oficialmente llamada así porque la Esfinge representa a Kefrén, constructor de la Segunda Pirámide. Existen historias inquietantes sobre la Esfinge y cómo era antes de Kefrén, pero sean cuales fueren sus facciones, el faraón las sustituyó por las suyas para que pudiesen ser contempladas sin temor por los hombres. En este propileo se halló la estatua a tamaño real, hecha de diorita, de Kefrén, ahora en el Museo de El Cairo. Es una estatua que me hizo estremecer al verla. Dudo que el edificio haya sido del todo excavado, pero en 1910 la mayoría del mismo aún estaba enterrada, con el acceso bien cerrado de noche. Las obras corrían a cargo de los alemanes. La guerra u otras razones deben haberlas interrumpido. Daría lo que fuese, tras mi experiencia y ciertos rumores beduinos considerados infundados o desconocidos por lo cairotas, por saber qué ha ocurrido con un pozo abierto en un pasadizo transversal, en donde las estatuas del faraón fueron encontradas en una extraña yuxtaposición con estatuas de babuinos.

La carretera, que recorrimos esa mañana con nuestros camellos, trazaba una curva cerrada y dejaba a la izquierda los cuarteles de madera de la policía, la estafeta de correos, los almacenes y las tiendas. Se dirigía al sudeste en una vuelta completa que escalaba por la meseta rocosa y nos ponía de cara al desierto, al abrigo de la Gran Pirámide. Tras esa ciclópea edificación, bordeamos la cara oriental y quedamos frente a un valle de pirámides menores, más allá del cual el eterno Nilo rielaba al este y el desierto inmortal reverberaba al oeste. Las tres grandes pirámides se hallaban muy cerca, la mayor desnuda de todo revestimiento, exponiendo su mole de grandes rocas. Las otras dos, en cambio, mantenían en algunos lugares la ingeniosa protección que en tiempos les brindaba un aspecto liso y acabado.

Descendimos hacia la Esfinge y permanecimos sin decir nada bajo la magia de esos terribles ojos que nada ven. En su vasto pecho de piedra apenas si podíamos ver el emblema de Ra-Harajte, el cual hizo que se atribuyese erróneamente la Esfinge a una dinastía posterior. Aunque la arena tapase la tablilla que sostenía entre sus enormes zarpas, recordamos lo

que había grabado Tutmosis IV y el sueño que tuvo cuando aún era príncipe.

La sonrisa de la Esfinge nos desazonaba y nos hizo especular sobre la leyenda según la cual existen pasadizos subterráneos excavados por debajo de la monstruosa criatura y que descienden hacia profundidades que nadie se atreve a intuir… profundidades conectadas con arcanos más antiguos que las dinastías egipcias descubiertas, que guardan una siniestra relación con la persistencia de dioses anómalos con cabeza de animal del antiguo panteón nilótico. También en ese momento me planteé una pregunta sin fundamento cuyo espantoso significado no se me revelaría hasta horas más tarde.

Otros turistas comenzaban a adelantarnos ahora, así que fuimos hacia el templo de la Esfinge, devorado por la arena, a casi cincuenta metros al sudeste de lo que antes mencioné como la gran puerta de la calzada que conduce a la capilla mortuoria de la Segunda Pirámide, situada en la meseta. En su mayoría aún se hallaba enterrada y, pese a que desmontamos y fuimos por un moderno pasadizo hasta el corredor de alabastro y el salón de columnas, tuve la sensación de que ni Abdul ni el encargado alemán nos habían enseñado todo. A continuación, visitamos la meseta de las pirámides y contemplamos la Segunda Pirámide y las peculiares ruinas de su capilla mortuoria, al este; la Tercera Pirámide, con sus pequeños satélites situados al sur y la capilla oriental; las tumbas de roca y las excavadas de la Cuarta y Quinta Dinastía, por no mencionar la célebre Tumba de Campbell, cuyo oscuro foso se hundía a lo largo de dieciocho metros hasta un siniestro sarcófago, que uno de nuestros camelleros despejó de la engorrosa arena tras un vertiginoso descenso con una soga.

Nos llegó el griterío en torno a la Gran Pirámide, donde los beduinos atosigaban a un grupo de turistas ofreciéndose para guiarlos hasta la cúspide o para mostrarles su rapidez haciendo solitarios viajes hacia arriba y abajo. Cuentan que la plusmarca de ascenso y descenso es de siete minutos, pero muchos robustos jeques e hijos de jeques nos aseguraron que podrían dejarlo en cinco con el adecuado empujoncito de un generoso *baksheesh*.[53] No les dimos el citado empujoncito, aunque dejamos que Abdul nos llevase arriba, donde la vista fue de una magnificencia sin par. No solo incluía El Cairo, lejano y brillante, con su coronada ciudadela contra el fondo de

colinas violetas y doradas, sino todas las pirámides del distrito menfita, desde Abu Roash al norte hasta Dashur, al sur. La pirámide escalonada de Saqqara, que marca la evolución de la mastaba más baja a la auténtica pirámide, se distinguía seductoramente en la lejanía arenosa. No lejos de ese monumento de transición se descubrió la célebre tumba de Perneb, más de 640 kilómetros al norte del valle pedregoso tebano donde reposa Tutankamón. Una vez más, el respeto reverencial me obligó a callar. La perspectiva de semejante antigüedad, junto con los secretos que parecían guardar y amontonar los monumentos, me imbuían de un sentido de reverencia e inmensidad que ninguna otra cosa en este mundo podría haber logrado.

Cansados por el ascenso y de los inoportunos beduinos, cuyos actos parecían saltarse todas las reglas del buen gusto, omitimos la agotadora entrada a los estrechos pasadizos inferiores de las pirámides, aunque vimos que algunos de los turistas más atrevidos iban a reptar por el más poderoso monumento de Keops. Cuando despedimos y pagamos a nuestra escolta local, ya de regreso a El Cairo con Abdul Reis, nos arrepentimos de nuestra omisión. Contaban cosas asombrosas de pasajes inferiores de las pirámides, que no están en las guías, cuyos accesos habían sido cegados y ocultados por los arqueólogos que los habían descubierto y empezado a explorar, pero que ahora no decían ni mu. Como es natural, esos rumores eran infundados, pero resultaba curioso ver con qué insistencia se prohibía a los visitantes entrar de noche en las pirámides, recorrer los pasadizos más inferiores y la cripta de la Gran Pirámide. Tal vez en este último caso era por el temor al efecto psicológico: que el visitante se sintiese atrapado bajo un colosal macizo de sillares sólidos, sin más salida al mundo cotidiano que ese simple pasadizo por el que únicamente se podía ir a rastras y que un accidente o jugarreta podía taponar. Aquello nos parecía tan raro y fascinante que decidimos visitar de nuevo la meseta de las pirámides en cuanto pudiésemos, ocasión que llegó mucho antes de lo que me imaginaba.

Aquella tarde, los miembros de nuestro grupo se sentían muy cansados después del agotador programa del día, así que me fui yo solo con Abdul Reis a pasear por el pintoresco barrio árabe. Aunque lo hubiese visitado a la luz del día, quería contemplar las callejas y los bazares en la oscuridad,

cuando sombras profundas y suaves resplandores podrían añadirle encanto y un aspecto fantástico. Había menos lugareños, pero aún eran muchos y ruidosos. Nos encontramos entonces con un una banda de bulliciosos beduinos en el Suken-Nahhasin, o bazar de los latoneros. Su supuesto jefe, un joven engreído de facciones marcadas y *tarbush* terciado con insolencia, se fijó en nosotros y reconoció enseguida y sin grandes muestras de amistad a mi eficaz pero displicente y desdeñoso guía. Tal vez, pensé, no le gustaba esa extraña reproducción de la media sonrisa de la Esfinge que a menudo yo había notado con divertida irritación, o tal vez le molestase la profunda y sepulcral resonancia de la voz de Abdul. En todo caso, el inveterado intercambio de groserías se exacerbó y pronto Ali Ziz, así oí que llamaban al desconocido, cuando no lo llamaban algo peor, se puso a dar violentos tirones de la chilaba de Abdul. Esta acción tuvo una rápida respuesta en forma de violenta disputa en la que ambos participantes perdieron sus adorados tocados, que habrían terminado en estado aún más calamitoso si yo mismo no los hubiese separado por la fuerza.

Mi intervención, mal recibida al principio por ambos, finalmente logró establecer una tregua. Cada una de las partes beligerantes recompuso con aire sombrío su talante y vestimenta. Entonces su actitud pasó a ser la de una dignidad tan profunda como repentina y cerraron un curioso pacto de honor que era una costumbre inveterada en El Cairo, según supe después. Era un trato para dirimir sus diferencias con una pelea a puñetazo limpio en lo alto de la Gran Pirámide, cuando se hubiese marchado el último turista de los que acuden a admirarla bajo la luz de la luna. Cada luchador iría con un grupo de padrinos y aquello se solucionaría a medianoche mediante asaltos, del modo más civilizado posible. La forma de plantear aquello excitaba enormemente mi interés de algún modo. La propia pelea prometía ser única y espectacular, y la idea de esa arcaica edificación presidiendo la antediluviana meseta de Guiza bajo la pálida luna a esas horas espoleaba mi imaginación. Abdul se mostró bien dispuesto a incluirme entre sus padrinos cuando se lo pedí, de manera que el resto de las primeras horas de la noche lo acompañé por diversos tugurios de las barriadas más marginales de la ciudad, en especial al noreste del Ezbekiyeh. Allí reunió una formidable banda de matones para su cita pugilística.

Poco después de las nueve, a lomos de burros con nombres tan reales o reminiscencias tan turísticas como «Ramsés», «Mark Twain», «J. P. Morgan» o «Minnehaha», fuimos por el dédalo de calles orientales y occidentales, cruzamos el cenagoso y erizado de mástiles río Nilo por el puente de los leones de bronce, y medio trotamos filosóficamente entre los *lebbakhs* de la carretera de Guiza. El viaje duró unas dos horas, al término de las cuales pasamos junto al último de los turistas de regreso, saludamos al último tranvía y nos quedamos a solas con la noche, el pasado y la luna espectral.

Distinguimos entonces la colosal pirámide al fondo de la avenida, necrófilamente aureolada por una débil amenaza de la que no creo haberme dado cuenta a la luz diurna. Hasta la más pequeña parecía insinuar un atisbo de horror porque, ¿no era en esa pirámide donde enterraron en vida a la reina Nitocris[54] en tiempos de la Sexta Dinastía; la malvada reina Nitocris, que en cierta ocasión invitó a todos sus enemigos a una fiesta en un templo, situado a un nivel más bajo que el del Nilo, y ahogó a todos abriendo las compuertas? Recordé que los árabes murmuraban sobre Nitocris y evitaban la Tercera Pirámide en determinadas fases de la luna. Thomas Moore debía estar pensando en ella cuando transcribió algo que musitaban los barqueros menfitas.

> *La ninfa subterránea que mora*
> *entre gemas oscuras y glorias ocultas…*
> *¡La dama de la Pirámide!*

Aún era pronto, pero Ali Ziz y los suyos se nos habían adelantado, ya que vimos las siluetas de sus burros contra la meseta desierta de Kafr-elHaram, de camino al mísero asentamiento árabe al que nos dirigíamos, cerca de la Esfinge, en vez de seguir la carretera principal hacia el Mena House, donde algunos de los adormilados e ineficaces policías podrían habernos visto y detenido. Aquí, donde beduinos mugrientos guardan sus camellos y sus burros en las tumbas rocosas de los cortesanos de Kefrén, atravesamos roca y arena hacia la Gran Pirámide, cuyas caras erosionadas por el tiempo ya remontaban con brío los árabes. Abdul Reis me brindó una asistencia que yo no necesitaba.

Como ya saben casi todos los viajeros, hace mucho tiempo que la cúspide de esta estructura desapareció y dejó una plataforma bastante plana de unos doce metros de lado. En este espeluznante pináculo se formó un círculo y, enseguida, la sardónica luna del desierto observaba un combate que, a juzgar por el alboroto de los espectadores, podría haber transcurrido en cualquier club atlético de poca monta de Estados Unidos. Mientras observaba, sentí que no faltaban allí algunas de nuestras costumbres menos deseables, ya que cada porrazo, cada finta y cada parada eran claramente un ardid para un ojo como el mío, no del todo inexperto. La lucha finalizó en muy poco tiempo y, pese a mi repugnancia ante los métodos, no pude evitar sentir una especie de orgullo de patrocinador cuando Abdul Reis fue proclamado vencedor.

La reconciliación fue portentosamente rápida, y entre los cánticos, la confraternización y los brindis que siguieron, apenas pude creer que se hubiese producido una riña. Sorprendido, creí ser yo el blanco de la atención de los antagonistas y, gracias a mis ligeros conocimientos de árabe, me pareció que hablaban sobre mis habilidades profesionales y sobre mis fugas de todo tipo de grilletes y encierros. Lo hacían en un tono que no solo mostraba un sorprendente conocimiento, sino una hostilidad y escepticismo obvios en cuanto a mis proezas como escapista. Poco a poco me di cuenta de que la antigua magia de Egipto no se había esfumado del todo, y que habían subsistido subrepticiamente entre los *felahs*[55] fragmentos de una extraña y secreta tradición y de ciertas prácticas sacerdotales, hasta el punto de que las habilidades de un *hahwi* o mago extranjero no se tomaban a bien y eran rechazadas de plano. Pensé en cuánto me recordaba Abdul, mi guía de voz grave, a los viejos sacerdotes egipcios o a los faraones o a la sonriente esfinge… y aquello me maravilló.

De pronto sucedió que, en un segundo, demostró que mis reflexiones no iban erradas y me hizo maldecir mi estupidez por haber aceptado los sucesos de la noche como algo distinto al vacío y malicioso disfraz que en esos momentos resultó ser. Sin previo aviso y como respuesta a alguna seña de Abdul, toda la banda de beduinos cayó sobre mí y, recurriendo a fuertes sogas, me maniataron e inmovilizaron como nunca en mi vida dentro o fuera del escenario. Al principio luché, pero pronto me di cuenta de que

ningún hombre puede enfrentarse a más de veinte bárbaros fornidos. Tenía las manos atadas a la espalda, las rodillas dobladas hasta el límite, las muñecas y los tobillos ligados con cuerdas que no cedían. Me amordazaron y me vendaron bien los ojos. Después, mientras los árabes me cargaban a hombros e iniciaban el arduo descenso de la pirámide, oí a mi guía Abdul burlarse y reírse a sus anchas con su voz profunda mientras me aseguraba que mis «poderes mágicos» pronto se enfrentarían a una prueba suprema que borraría rápidamente cualquier orgullo que pudiera haber conquistado gracias a mis éxitos sobre los retos planteados en América y Europa. Me recordó que Egipto es muy viejo y está plagado de misterios exclusivos del país y antiguos poderes que ni siquiera conciben los actuales expertos, cuyos ingenios siempre habían fracasado al intentar atraparme.

No podría decir lo lejos o en qué dirección me llevaron, pues en aquellas circunstancias me fue imposible formar un juicio preciso. Aun así, sé que no pudo ser una gran distancia porque mis porteadores en ningún momento apretaron el paso, sino que fue un simple paseo y cargaron conmigo un lapso muy corto de tiempo. Esta intrigante brevedad es lo que me hace estremecer al pensar en Guiza y en su meseta, pues a uno lo agobia la sospecha de la cercanía entre las rutas turísticas cotidianas de algo que existía ya entonces y que debe seguir existiendo todavía.

No se manifestó en un principio la maligna anormalidad de la que hablo. Tras depositarme sobre una superficie que noté como arenosa y no de piedra, mis captores me rodearon el pecho con una soga y me arrastraron unos metros hasta una abertura desigual, abierta en el suelo, por la que luego me bajaron a mano sin contemplaciones. Durante un tiempo que se me hizo eterno fui golpeando las paredes irregulares de piedra de un angosto pozo excavado que tomé por una de las muchas fosas sepulcrales de la meseta hasta que la asombrosa profundidad, casi increíble, dio al traste con aquella conjetura.

El horror de la experiencia crecía a cada segundo que pasaba. Que un descenso a través de pura roca sólida pudiera ser tan prolongado sin alcanzar el mismo núcleo del planeta, y que una cuerda hecha por el hombre pudiera ser tan larga como para descolgarme a esas profundidades aparentemente insondables y paganas, era tan increíble que estaba más

dispuesto a poner en duda mis sentidos embotados que a aceptar aquello. A día de hoy sigo sin estar del todo convencido, pues sé lo incierta que se vuelve la medida del tiempo cuando se ven agitadas o distorsionadas una o más de las percepciones o condiciones que son habituales. Pero sí estoy seguro de que fui consciente hasta cierto punto y al menos no incorporé desmesurados fantasmas de la imaginación a una imagen bastante horripilante ya de por sí, y que todo se explica por algún tipo de ilusión cerebral que nada tiene que ver con una alucinación genuina.

Pero nada de esto causó mi primer desmayo. El terrible tormento se produjo gradualmente, y el aviso de los terrores posteriores procedió del notable aumento de la velocidad del descenso. Ahora largaban muy deprisa esa soga eterna; yo me rozaba cruelmente contra las paredes del pozo, ásperas y estrechas, mientras descendía a una velocidad vertiginosa. Mi ropa estaba hecha jirones y, pese al dolor cada vez más intenso e insoportable, sentía que la sangre me resbalaba por todo el cuerpo. Además, me venía al olfato una amenaza indefinible; era un insidioso hedor a infiltraciones y putrefacción que, curiosamente, no se parecía a nada que hubiese olido antes y que me traía un leve recuerdo a especias e inciensos, lo que le añadía un toque burlón.

Entonces se produjo el cataclismo mental. Era horrible, espantoso más allá de cualquier descripción coherente, pues pertenecía enteramente al campo anímico, no a nada que pueda detallarse o ser descrito. Era el colmo de la pesadilla y la consumación de lo diabólico: en un instante descendía yo agónicamente por aquel pozo angosto que me torturaba como si tuviese un millón de colmillos, al siguiente momento volaba con alas de murciélago por las simas del averno, caía y oscilaba a través de incontables millas de espacio mohoso e inacabable, alzándome como en un torbellino hasta pináculos inconmensurables de gélido éter, luego caía boqueando hacia nadires de vacíos inferiores, venenosos y nauseabundos… ¡A Dios gracias que me desvanecí y eso me libró de aquellas desgarradoras Furias que me rasgaban la conciencia y casi habían quebrado mis facultades, destrozando mi espíritu como arpías! Esta liberación, aunque breve, me dio la fortaleza y la cordura para resistir aquellas sacudidas de pánico cósmico aún mayores que me acechaban y murmuraban en el camino aún por delante.

## II

Tras aquel horrible vuelo por los espacios estigios, lentamente recobré el sentido. El proceso fue infinitamente aterrador y teñido de fantásticos sueños en los que mi situación, atado y amordazado, adquirió una singular encarnación. La naturaleza precisa de tales sueños estaba muy clara mientras los sufría, pero los olvidé casi inmediatamente después y se redujeron enseguida a simples esbozos por los terribles sucesos —reales o no— siguientes. Soñé que estaba preso de una garra enorme y horrible. Era una zarpa amarilla, peluda, de cuatro uñas, que había salido de la tierra para oprimirme y engullirme. Cuando me detuve a reflexionar sobre ella, me pareció que se trataba de Egipto. En aquel sueño repasé lo sucedido durante las semanas previas y me vi atraído y enredado poco a poco, sutil e insidiosamente, por el espíritu infernal y maligno procedente de la hechicería nilótica más antigua, por algún espíritu que vivía en esas tierras antes que el hombre y seguirá allí cuando este haya desaparecido.

Vi el horror y la dañosa antigüedad egipcia, y la horrenda alianza que ha tenido siempre con las sepulturas y los templos de la muerte. Vi procesiones fantasmales de sacerdotes con cabezas de toro, halcón, gato e íbice; marchaban sin fin por dédalos subterráneos y avenidas de propileos titánicos junto a los cuales el hombre es poco más que una mosca, ofrendando sacrificios inenarrables a dioses inconcebibles. Colosos de piedra desfilaban en la noche eterna y guiaban a rebaños de risueñas androesfinges por orillas de interminables ríos de brea estancada. Y tras todo aquello vi la inefable malignidad de la primigenia, negra y amorfa necromancia, manoseando con codicia a mi espalda en las tinieblas, tratando de ahogar al espíritu que se había atrevido a burlarse de ella emulándola. En mi cerebro embotado se formó un melodrama de rencor siniestro y persecución, vi el alma nigérrima de Egipto escogiéndome y reclamándome con susurros apenas audibles, llamándome y tentándome, atrayéndome con el hechizo y el brillo de la superficie sarracena, pero empujándome sin cesar hacia abajo, hacia las catacumbas de una antigüedad espeluznante y a los horrores de su muerto y abismal corazón faraónico.

Entonces los rostros del sueño se materializaron y vi a mi guía Abdul Reis con ropajes reales y la desdeñosa sonrisa de la Esfinge dibujada en el rostro. Comprendí que esas facciones eran las de Kefrén el Grande, que erigió la Segunda Pirámide, esculpiendo el rostro de la Esfinge como el suyo y levantando el titánico templo de entrada del cual los arqueólogos creen que tiene muchos corredores abiertos bajo la críptica arena y la silenciosa roca.

Vi la mano larga y delgada de Kefrén; larga, delgada y rígida, como la había visto en la estatua de diorita del museo de El Cairo —la estatua que se halló en el terrible templo de entrada— y me asombró no haber gritado cuando la vi en Abdul Reis… ¡Esa mano! Era odiosamente fría y me oprimía, me transmitía el frío y la rigidez del sarcófago… la frialdad y la opresión del Egipto inmemorial… era el propio Egipto, nocturno y necropolitano… la zarpa amarilla… y se cuentan cosas de Kefrén que…

Pero entonces comencé a despertar o, al menos, a abandonar el estado más profundo de sueño. Recordé la riña en lo alto de la pirámide, a los arteros beduinos y su ataque, el terrible descenso atado a una soga por profundidades insondables de roca, y mi caída y zarandeo en un vacío helado, saturado de olorosa putridez. Sentí que ahora yacía sobre un suelo de roca húmeda y que mis ligaduras me mordían la carne con una terrible fuerza. Hacía frío y creí sentir una débil corriente de aire apestoso sobre mí. Los cortes y las magulladuras provocados por las paredes dentadas del pozo de roca me hacían sufrir espantosamente, el dolor crecía hasta una agudeza punzante o ardiente por alguna cáustica cualidad de la débil corriente, y el simple hecho de rodar sobre mí mismo bastó para que todos los huesos me palpitasen con una agonía indescriptible. Mientras giraba, sentí que tiraban desde arriba. Imaginé que la soga con la que me habían bajado llegaba a la superficie. No tenía ni idea de si los árabes seguían sujetándola o no, ni de lo abajo que me hallaba en el seno de la tierra. Sabía que las tinieblas circundantes eran totales o casi, pues ningún resplandor de luna atravesaba la venda de mis ojos, pero no confiaba tanto en mis sentidos como para admitir que la sensación de largo tiempo que había caracterizado mi descenso fuese una prueba de la gran profundidad a la que me hallaba.

Sabiendo al menos que estaba en un lugar de grandes dimensiones, tras haber llegado allí desde la superficie por una abertura en la piedra, situada justo encima, conjeturé con muchas dudas que mi tal vez prisión podría ser el propileo del viejo Kefrén —el templo de la Esfinge—, tal vez algún pasillo interior que los guías no me habían enseñado durante mi visita matutina y del que podría escapar sin problema si hallaba el camino hasta el acceso cerrado. Podría consistir en un paseo por un laberinto, aunque no peor que otros retos que había superado antaño. El primer paso consistía en librarme de mis ligaduras, de la mordaza y la venda. Sabía que esto no sería un gran problema, pues expertos más duchos que aquellos árabes habían intentado toda clase de trabas conocidas sobre mí durante mi dilatada y variada carrera como escapista, y mis métodos jamás me fallaron.

Entonces se me ocurrió que los árabes podían estar aguardándome y atacarme a la entrada, debido a la certeza de mi probable escapatoria de las ligaduras, lo cual ocurriría si agitaba la cuerda que seguramente tenían entre las manos.

Como es natural, esto podía tener mucho que ver con el hecho de que el lugar de mi encierro fuese, sin duda, el templo de la Esfinge de Kefrén. La abertura, en el techo o dondequiera que estuviese, no podía estar muy lejos de la moderna entrada ordinaria, cerca de la Esfinge, aunque en realidad estuviese muy lejos de la superficie, pues el área total conocida no era tan enorme. No había visto ningún acceso durante mi visita diurna, pero sabía que estas cosas suelen quedar fácilmente bloqueadas por la arena. Pensando en aquello, tumbado y atado sobre el suelo rocoso, casi olvidé el terror del descenso abismal y las cavernosas sacudidas que me habían dejado en coma. Mi cerebro trabajaba ahora para burlar a los árabes y, por tanto, decidí liberarme en cuanto pudiese, pero evitando tironear de la soga para no revelar un eficaz o problemático intento de zafarme de las ligaduras.

Sin embargo, aquello era más fácil de decidir que de llevar a cabo. Unos tanteos iniciales dejaron claro que poco podía hacer sin sacudirme mucho, así que no me sorprendí cuando, tras una contorsión bastante enérgica, sentí las vueltas de soga suelta que se amontonaban sobre mí y a mi alrededor. Pensé que sin duda los beduinos habían sentido mis movimientos y soltado su extremo de la soga para correr a la verdadera entrada del templo y

aguardarme allí con intención de matarme. La perspectiva no era halagüeña, pero ya me había visto frente situaciones peores y no me amilané, y tampoco lo haría ahora. De momento, lo primero era librarme de mis ligaduras, y después confiar en mi ingenio para huir sano y salvo del templo. Es curioso ver con qué convicción había llegado a creerme en el viejo templo de Kefrén, bajo la Esfinge, a poca profundidad bajo tierra.

Aquella creencia se hizo trizas y cada aprensión prístina de sobrenatural profundidad y demoníaco misterio fueron revividas por algo que cobró horror y significado mientras trazaba mi plan de actuación. He dicho que, en su caída, la soga se amontonaba sobre mí y a mi alrededor. Me percaté ahora de que seguía apil*ándose* de una forma imposible en una soga de longitud normal. Ganaba velocidad y pronto fue un alud de cáñamo que se amontonó y me dejó medio enterrado bajo sus espirales que tan rápidamente se multiplicaban. Pronto me vi del todo sumergido e inmovilizado. Mis sentidos vacilaban una vez más y traté de ahuyentar sin resultado una amenaza espantosa e ineludible. No era solo que estaba siendo torturado más de lo que un ser humano puede soportar —no era solo que pareciese que me arrebataban lentamente la vida y el hálito—, sino también el conocimiento de lo que esa longitud antinatural de soga significaba, y la conciencia de que estaba ahora rodeado de abismos subterráneos desconocidos e insondables. Mi descenso sin fin y mi oscilante vuelo por espacios fantasmales debían haber sido reales. En esos momentos debía yacer sin fuerzas en el fondo de alguna caverna indescriptible, situada cerca del corazón del planeta. Esa súbita confirmación de un horror tan supremo fue insoportable para mí. Por segunda vez caí en una misericordiosa inconsciencia.

Cuando digo inconsciencia, no quiero decir que estuviese libre de los sueños. Muy al contrario, mi ausencia del mundo consciente fue marcada por visiones del espanto más inexpresable. ¡Dios Mío!… ¡Ojalá no hubiese leído tanta egiptología antes de venir a esta tierra, fuente de toda oscuridad y terror! Este segundo desmayo llenó otra vez mi mente adormecida de la estremecedora comprensión del país y sus arcaicos secretos. Mis sueños giraron de una triste forma en torno a las antiguas nociones de muerte y su persistencia corporal y anímica más allá de aquellas misteriosas tumbas que

eran más bien residencias que sepulturas. Rememoré, mediante formas oníricas que prefiero no recordar, la peculiar y sofisticada construcción de los sepulcros egipcios, así como las terroríficas doctrinas, tan peculiares, que determinaron su construcción.

Este pueblo tan solo pensaba en la muerte y en los muertos. Concebían una resurrección literal del cuerpo, lo cual les hacía momificarlo con sumo cuidado, conservando todos los órganos vitales en vasos canopes junto al cadáver. Creían también que, además del cuerpo, existían otros dos elementos: el alma, que tras ser pesada y aprobada por Osiris moraba en la tierra de los benditos, y el oscuro y portentoso *ka* o principio vital, que vagaba en una forma horrible por los mundos superiores e inferiores, pidiendo de vez en cuando retornar al cuerpo conservado, consumiendo las ofrendas de alimentos llevadas por los sacerdotes y los parientes más piadosos a la capilla mortuoria y, en ocasiones, —decían entre murmullos— ocupando su cuerpo o el doble en madera que se enterraba siempre a su vera para vagar de forma perniciosa haciendo recados especialmente repelentes.

Durante milenios esos cuerpos espléndidamente encerrados reposaron, mirando con ojos vidriosos cuando no eran visitados por el *ka*, aguardando el día en que Osiris uniese de nuevo al *ka* y al alma para conducir a las rígidas legiones de los muertos desde las subterráneas casas del sueño. Sería un glorioso renacimiento, aunque no se aceptase a todas las almas, ni todas las tumbas se mantuviesen intactas, así que se producirían grotescos errores y anomalías malignas. Aún hoy los árabes murmuran sobre invocaciones paganas y malsanas oraciones de olvidados abismos inferiores, que solo pueden visitar y abandonar incólumes los alados e invisibles *kas* y las momias sin alma.

Tal vez las más lascivas leyendas, capaces de helar la sangre, son las referidas a ciertos perversos productos del sacerdocio decadente: las momias compuestas uniendo artificialmente troncos y miembros humanos con cabezas de animales, imitando a los dioses antiguos. En todas las épocas históricas se momificó a los animales sagrados, de modo que toros, gatos, íbices, cocodrilos y otras bestias consagradas pudiesen retornar algún día a la suprema gloria. Pero solo en épocas de decadencia se mezclaron

humanos y animales en una sola momia; solo en la decadencia, cuando no entendían los derechos y las prerrogativas del *ka* y del alma. Lo que sucedió a aquellas momias compuestas no se cuenta —al menos en público—, y es cierto que los egiptólogos no han encontrado ninguna. Los comentarios de los árabes son absurdos y no se pueden tener en cuenta. Incluso insinúan que el viejo Kefrén —el de la Esfinge, la Segunda Pirámide y el gran templo de entrada— vive muy bajo tierra, casado con la reina-monstruo Nitocris y gobierna a las momias que no son hombre ni animal.

Soñé con Kefrén, su cónyuge y su extraño ejército de muertos híbridos, así que me alegra que los detalles del sueño hayan desaparecido de mi mente. La peor de todas las visiones se relacionaba con una ociosa pregunta que me había planteado la víspera al observar el gran acertijo tallado en piedra del desierto y me pregunté a qué profundidades ignotas podía estar secretamente unido el templo cercano. Esta pregunta, inocente y sin fundamento entonces, tenía en el sueño un significado de locura frenética e histérica… ¿Qué vasta y odiosa anormalidad representaba el rostro original de la Esfinge?

Mi segundo despertar —si es que fue eso— es un recuerdo de puro horror sin parangón con nada que haya experimentado en mi vida —salvo algo que ocurriría luego—, y eso que mi vida ha sido plena y ha estado colmada de más aventuras que la de la mayoría de los hombres. Recuerdo haber perdido el conocimiento mientras me sepultaba un alud de soga que caía, cuya longitud revelaba la catastrófica profundidad de mi situación. Ahora, mientras volvía en mí, sentí su peso y comprendí que, aunque continuase atado, amordazado y con los ojos vendados, algo había retirado por completo el asfixiante montón de cáñamo que antes me había agobiado. La importancia de aquello se me reveló gradualmente, como es natural, pero creo que incluso de ese modo me habría desvanecido nuevamente de no hallarme entonces en tal estado de agotamiento emocional que ningún nuevo horror podía ya aumentar. Estaba solo… ¿con qué?

Antes de que pudiera torturarme con una nueva reflexión o hacer un nuevo esfuerzo por librarme de mis ligaduras, surgió una circunstancia nueva. Un dolor que antes no había sentido me lastimaba brazos y piernas, y creí hallarme cubierto por una gran cantidad de sangre reseca, más de la

que podría haber manado de los cortes y abrasiones durante la caída. Además, me parecía tener el pecho perforado por un centenar de heridas, así que pensé que algún ibis titánico y malévolo me había picoteado.

Seguramente, lo que había retirado la soga era hostil y había empezado a provocarme daños terribles cuando algo lo había empujado a desistir. Sin embargo, mis sensaciones eran claramente en ese momento las contrarias de lo que cabría esperar. En lugar de sumirme en un pozo sin fondo de desesperación, me sentí armado de valor y energía, pues ahora notaba que las fuerzas malignas eran seres físicos a los que podía enfrentarse un hombre valeroso.

Con la fuerza de esta idea me debatí una vez más en mis ligaduras y apliqué toda la pericia desarrollada durante toda una vida y que tanto había brillado entre el resplandor de las candilejas y el aplauso generalizado del público. Los detalles conocidos del proceso comenzaron a absorberme y, como me habían quitado de encima la soga, llegué a pensar que mi idea sobre supremos horrores era solo una alucinación al fin y al cabo; que jamás había habido una sima espantosa, ni un abismo insondable o una soga interminable. ¿No estaría en el propileo de Kefrén, bajo la Esfinge, y los felones árabes no me habrían atacado y mortificado mientras yacía inánime? Aun así, debía liberarme. Desatarme, quitarme la mordaza y la venda de los ojos para ver cualquier rayo de luz que pudiera filtrarse desde un punto cualquiera… ¡entonces podría disfrutar luchando contra enemigos malvados y traidores!

No puedo decir cuánto tardé en zafarme de mis ataduras, pero fue más tiempo del que utilizo en mis actuaciones, pues estaba herido, cansado y debilitado por los padecimientos. Cuando me vi finalmente libre y aspirando profundas bocanadas de aire helado, húmedo, maligno y fétido, ahora más espantoso porque ya no tenía los filtros de la mordaza o la venda, noté que me hallaba demasiado entumecido y exhausto para moverme. Permanecí tumbado, tratando de estirar mi cuerpo torcido y magullado durante un rato que no pude calcular, forzando la vista para captar el fulgor de algún rayo de luz que pudiera darme una idea de cuál era mi posición.

Poco a poco fui recobrando la fuerza y la flexibilidad, pero mis ojos no captaron nada. Mientras tropezaba al incorporarme, miré de inmediato en

todas direcciones, pero no encontré nada a excepción de una negrura de ébano tan intensa como si aún siguiera con los ojos vendados. Probé las piernas, ensangrentadas bajo los pantalones rasgados, y vi que podía caminar, aunque no sabía hacia dónde ir. Lo importante era no errar y alejarme de este modo de la entrada; así pues, me detuve a sentir la fría y hedionda corriente de aire con olor a natrón, corriente que en ningún momento había dejado de percibir. Suponiendo que su lugar de procedencia debía ser la entrada del abismo, traté de situar ese hito y caminar hacia allí sin desviarme.

Había traído una caja de cerillas e incluso una pequeña linterna eléctrica, pero los bolsillos de mi roto y desgarrado atuendo como es natural se habían vaciado hacía mucho de aquellos pesados artículos. Mientras caminaba con cuidado a través de la oscuridad, la corriente aumentó y se hizo más ofensiva hasta que pude sentirla como un chorro tangible de detestable vapor brotando de alguna abertura como el humo del genio de la vasija del pescador de aquel cuento oriental. Oriente… Egipto… ¡sin duda esa oscura cuna de la civilización aún era el manantial de horrores y maravillas inenarrables! Cuanto más reflexionaba sobre la naturaleza de este aire de la caverna, más me inquietaba porque, aunque antes y pese a su olor había considerado su origen al menos como una pista indirecta para llegar al mundo exterior, ahora comprendía bien que aquella emanación sin freno no debía estar mezclada ni guardar relación alguna con el limpio aire del desierto líbico, sino que era algo vomitado desde siniestras simas aún más inferiores. ¡Entonces es que había estado caminando en la dirección equivocada!

Tras un instante de reflexión, decidí no volver sobre mis pasos. Lejos de la corriente no sería posible orientarse, pues el suelo, bastante llano, carecía de cualquier configuración que permitiese tener referencias. En cambio, si seguía la extraña corriente, lograría llegar a algún tipo de abertura, gracias a cuya entrada quizá podría rodear los muros hasta el lado opuesto de aquella ciclópea estancia, imposible de recorrer de otra manera. Podía fracasar y no lo dudaba. Veía que esto no formaba parte del propileo de Kefrén que veían los turistas, y me asaltaba la idea de que este salón en concreto pudiera no ser conocido ni para los arqueólogos, que únicamente los curiosos y

malvados árabes que me habían apresado habrían encontrado. En ese caso, ¿habría alguna puerta para salir a un sitio conocido o simplemente al aire libre?

¿Qué pruebas tenía de que me hallaba en el propileo después de todo? Por un momento, mis especulaciones más locas volvieron a acosarme y pensé en aquella mezcla tan real de impresiones: descenso, suspensión en el aire, la soga, mis heridas y los sueños que solo podían ser sueños. ¿Terminaría allí mis días? O, ¿realmente, podría considerarme con suerte si aquel momento era el de mi muerte? No podía responder a ninguna de aquellas preguntas. Solo podía esperar hasta que el destino hizo que por tercera vez me quedase inconsciente. En esta ocasión no hubo sueños, pues lo repentino del incidente hizo que no pudiese articular ningún tipo de pensamiento, consciente o inconsciente. Tropecé con un inesperado peldaño de bajada, en un punto donde la desagradable corriente era lo bastante intensa como para ofrecer resistencia. Caí entonces de cabeza, por un tramo oscuro de grandes peldaños de piedra, hacia un abismo de espanto sin fin.

Que aún respirase es un tributo a la vitalidad inherente que anima a un organismo humano sano. Suelo recordar esa noche y sentir un toque de auténtico humor en aquellos reiterados lapsos de inconsciencia; son periodos cuya sucesión me recordaba los zafios melodramas cinematográficos de la época. Claro que tal vez esos lapsos reiterados no tuvieron lugar nunca, y que todos los detalles de esta pesadilla subterránea simplemente se deban a los sueños de un prolongado coma que se inició bajo los efectos de mi descenso a ese abismo y finalizó por obra del bálsamo reparador del aire exterior y el sol naciente que me halló tendido en las arenas de Guiza ante el rostro de la Gran Esfinge, sardónico y bañado por el amanecer.

Prefiero esta última explicación si es posible. Por eso me alegré cuando la policía me dijo que la barrera de acceso al templo de Kefrén había sido retirada, y que existía una grieta de grandes dimensiones en una esquina de la zona aún sin limpiar. También me alegré cuando los doctores dijeron que mis heridas solo se debían al ataque sufrido, al amordazamiento, al descenso, a las ataduras, a la caída de lo alto —tal vez en una depresión del pasadizo interior del templo—, a haber reptado hasta la barrera exterior y

escapar, así como a otras circunstancias por el estilo… un diagnóstico de lo más consolador. Sin embargo, sé que debe haber algo más. Tengo demasiado grabado en la memoria ese descenso para rechazarlo —y es curioso que nadie haya podido dar con la pista de un hombre que encaje en la descripción de mi guía Abdul Reis el Drogman—, el guía de voz sepulcral que se parecía al rey Kefrén y sonreía como él.

Me he apartado de mi narración, tal vez con la vana esperanza de sortear el comentario sobre el incidente final, el que, de todo lo acaecido, es con toda certeza una alucinación. Pero he prometido contarlo todo y voy a cumplir mi promesa. Cuando recobré —o eso me pareció— el sentido tras esa caída por las negras escaleras de piedra, me encontraba tan solo en las tinieblas como antes. El tufo ventoso, malo antes, ahora era demoníaco, aunque ya me había habituado lo bastante a él como para soportarlo con estoicismo. Aturdido, me puse a gatear hacia la fuente del viento putrefacto y palpé los colosales bloques del sólido pavimento con mis manos ensangrentadas. En cierta ocasión me golpeé la cabeza contra algo duro y, cuando lo toqué, supe que era una columna —de un tamaño asombroso—, cuya la superficie estaba cincelada con gigantescos jeroglíficos, bien perceptibles al tacto. Arrastrándome, fui dando con otras inmensas columnas separadas a distancias impenetrables hasta que, de pronto, captó mi atención algo que me había rondado el subconsciente desde mucho antes de que mis oídos conscientes lo percibiesen.

De alguna sima aún más honda en las entrañas de la tierra brotaban unos sonidos, acompasados y definidos, que no se parecían a nada que yo hubiese oído hasta entonces. Supe casi intuitivamente que eran muy antiguos y ceremoniales. Mis numerosas lecturas de egiptología me hicieron asociarlo con la flauta, la sambuca, el sistro y el tímpano. En su sonar, zumbar, repicar y batir acompasados sentí un elemento de terror más allá de cualquiera de los conocidos en la tierra; era un terror especialmente separado del miedo físico, que impulsaba a apiadarse de nuestro planeta, que en sus profundidades alberga horrores tales como los que debían corresponder a aquellos estruendos egipánicos.[56] Los sonidos aumentaban de volumen, y comprendí que se acercaban. Entonces —que los dioses de todos los panteones unidos guarden mis oídos de escuchar nuevamente algo

semejante— comencé a escuchar, débiles y lejanas, las morbosas y milenarias pisadas de criaturas que marchaban.

Era horrendo que pisadas tan dispares pudiesen moverse con una cadencia tan perfecta. El entrenamiento de centenares de años irreligiosos debía estar detrás de esa marcha de las monstruosidades de la más profunda tierra… escurriéndose, repiqueteando, pisando con paso sigiloso, sonoro, crujiente, arrastrándose… y todo al ritmo de la horrible disonancia de esos burlones instrumentos. Y entonces… ¡que Dios tenga alejada de mi mente la memoria de esas leyendas árabes! Las momias sin almas… el lugar de encuentro de los *kas* errantes… las hordas de cadáveres faraónicos, malditos por el diablo y muertos hace cuarenta siglos… las momias compuestas guiadas a lo largo de tremendos abismos de ónice por el rey Kefrén y su reina-monstruo Nitocris…

Los pasos sonaban más y más cerca; ¡que el cielo me ampare del sonido de esos pies, zarpas, pezuñas, patas y garras que ya se perfilaban! En la extensión sin límites del oscuro pavimento relampagueó un rayo de luz entre el hediondo viento. Yo me oculté tras la enorme circunferencia de una ciclópea columna, intentando huir por un momento del horror que encerraba ese millón de pasos que venían hacia mí por gigantescos hipóstilos de inhumano espanto y antigüedad fóbica. El relampagueo aumentó, el pisoteo y la cadencia cacofónica crecían a un ritmo vertiginoso. En el resplandor de la estremecedora luz naranja, surgió tenuemente una escena de un horror pétreo tal que jadeé maravillado pese al miedo y la repugnancia. Basamentos de columnas cuyos fustes se alzaban fuera del alcance de la visión humana… simples basamentos de algo que dejaría la Torre Eiffel como algo pequeño hasta el grado de la insignificancia… jeroglíficos tallados por manos inconcebibles en cavernas donde la luz diurna debía ser solo una remota leyenda…

No miraba a las criaturas en marcha. Eso es lo que decidí desesperadamente mientras escuchaba su crujiente desplazamiento y sus resoplidos nitrosos sobre la música inanimada y las pisadas de los muertos. Era un acto de misericordia que no hablasen… pero, ¡por Dios!, sus teas enloquecidas ya proyectaban sombras sobre la superficie de esas colosales columnas. ¡Que el cielo las aleje de mí! Los hipopótamos no deberían tener

manos humanas ni portar antorchas…, los hombres no deberían tener cabeza de cocodrilo…

Traté de apartar la mirada, pero las sombras, los sonidos y la fetidez estaban por todas partes. Recordé en ese momento algo que solía hacer en medio de las pesadillas semiconscientes de mi infancia, y me puse a repetir para mis adentros: «¡Es un sueño! ¡Es un sueño!». Pero de nada sirvió, así que solo pude cerrar los ojos y elevar una plegaria. O creo haberlo hecho, pues nunca se está seguro cuando uno sufre visiones, y yo sé que no pudo tratarse solo de eso. Me pregunté si podría regresar al mundo y, en ocasiones, abría furtivamente los ojos para ver si se podía distinguir algo que no fuese el viento de olorosa putrefacción, las columnas sin fin y las sombras grotescas y embrujadas de un horror anómalo. El chisporroteante fulgor de innumerables teas ahora deslumbraba y, salvo que aquel sitio infernal no tuviese muros, debería ver pronto algún límite o final. Pero tuve que cerrar nuevamente los ojos al comprender cuántas de aquellas criaturas se encontraban allí… cuando entreví un objeto que caminaba solemne y firmemente sin cuerpo alguno sobre la cintura.

Un demoníaco y ululante gorgoteo de cadáveres o estertor hendió entonces el aire —ese aire de osario, contaminado con toques de nafta y betún— en un coro concertado procedente de la necrófaga legión de blasfemias híbridas. Mis ojos, morbosamente abiertos, contemplaron durante un instante una visión que ningún ser humano podría imaginar siquiera sin experimentar pavor, pánico y extenuación física. Las criaturas habían desfilado ceremoniosamente en una dirección, hacia el pestilente viento, donde la luz de las teas mostraba sus cabezas inclinadas —más bien las de aquellos que tenían una—adorando algo ante una negra, grande y fétida abertura de la que salía el viento, una abertura que alcanzaba hasta donde alcanzaba la vista y que yo vislumbraba flanqueada por dos enormes escalinatas en ángulo recto cuyo final tocaba las sombras. Sin duda, una de estas era la escalinata desde donde yo había caído.

Las dimensiones del boquete eran proporcionales a las de las columnas; una casa normal habría cabido allí y un edificio público corriente se podría haber desplazado con facilidad a través de él. Era una superficie tan enorme que con solo mover los ojos se podía tomar nota de sus límites… tan

grande, tan odiosamente oscura, tan infecta… Justo enfrente de esta bostezante puerta de Polifemo las criaturas arrojaban objetos, sin duda sacrificios u ofrendas religiosas a juzgar por sus gestos. Kefrén era su cabecilla, el rey Kefrén o el guía Abdul Reis, sonreía con desprecio, coronado con un *pskent*[57] dorado y entonaba interminables fórmulas con la voz cavernosa de los muertos. Junto a él se arrodillaba la bella reina Nitocris, a la que vi de perfil un instante, dándome cuenta de que el lado derecho de su rostro había sido devorado por ratas u otros necrófagos. Y cerré los ojos cuando vi qué era lo que arrojaban a la hedionda abertura o a la posible deidad que lo ocupaba.

A juzgar por lo elaborado de esta adoración, se me pasó por la imaginación que la oculta deidad debía ser de suma importancia. ¿Sería Osiris o Isis, Horus o Anubis, o algún inmenso dios desconocido de los muertos, aún más importante y elevado? Existe una leyenda según la cual se erigieron terribles aras y colosos en honor de un dios desconocido antes de que los conocidos fuesen adorados…

Entonces, mientras me armaba de valor para observar la arrobada y sepulcral adoración que realizaban aquellas indescriptibles criaturas, se me vino a la cabeza una forma de huir. La estancia se hallaba en penumbra y las columnas estaban entre sombras. Al estar todas y cada una de esas criaturas de la multitud pesadillesca entregadas a estremecedores arrebatos de adoración, podría reptar hasta una de las escalinatas y subirla sin ser visto, confiando después en la suerte y en mi habilidad como escapista para arreglármelas en niveles superiores. No lo sabía ni había pensado mucho en dónde me hallaba. Por un momento me divirtió planear en serio una fuga de algo que sabía que se trataba de un sueño. ¿Estaba en algún lugar oculto y desconocido, en los niveles inferiores del propileo de Kefrén, el templo que una generación tras otra ha sido siempre llamado templo de la Esfinge? Nada podía conjeturar, pero decidí ascender en busca de la vida y la consciencia con todas mis fuerzas.

Inicié la ansiosa travesía reptando bocabajo hasta el pie de la escalinata izquierda, que parecía la más accesible de las dos. No puedo describir los sucesos ni las sensaciones derivados de este reptar, pero pueden adivinarse si se piensa en lo que tuve que ver sin querer a la luz de ese maligno fulgor

de las teas, que bailaba con el viento, para evitar que me viesen. Como he dicho, el final de la escalinata estaba envuelto muy lejos entre las sombras, así que debía subir en línea recta hasta el vertiginoso rellano en voladizo sobre la colosal abertura. Aquello situaba los últimos tramos de mi desplazamiento a cierta distancia del ruidoso rebaño, si bien el espectáculo me impresionaba pese a lo lejos que estaba a mi derecha.

Finalmente llegué a los peldaños e inicié el ascenso, siempre pegado al muro, en el cual vi las más horrendas decoraciones. Confié mi seguridad al interés absorto y extático con que las monstruosidades observaban la abertura de donde salía el aire y los objetos alimenticios que habían arrojado al pavimento que había delante de ella. Como la escalinata era inmensa y empinada, construida con gigantescos bloques de pórfido, como diseñados para un gigante, la subida se me hizo interminable en la práctica. El temor a ser descubierto y el dolor, ya que este nuevo ejercicio me había abierto las heridas, se unían para que mi ascenso reptando sea un recuerdo agónico. Había decidido, cuando llegase arriba, subir de inmediato por cualquier escalera que pudiera arrancar desde allí hacia la superficie, sin pararme a echar un último vistazo a la abominable carroña que arañaban y se arrodillaban a veinticinco o treinta metros más abajo. No obstante, cuando yo ya casi había llegado al final de la escalera, una súbita repetición de aquel estruendoso gorgoteo de cadáveres o estertor del coro cadavérico que reveló por su cadencia ceremonial que yo no había sido descubierto ni habían dado ninguna voz de alarma, me hizo detenerme y escudriñar con cuidado por encima del parapeto.

Las monstruosidades aclamaban a algo que había salido de la nauseabunda abertura para agarrar la infernal ofrenda. Era algo muy pesado, incluso visto desde mi altura, amarillento y peludo, dotado de una especie de movimiento nervioso. Era tal vez tan grande como un hipopótamo de grandes dimensiones. Parecía carecer de cuello, pero cinco cabezas separadas y velludas nacían una tras otra de un tronco burdamente cilíndrico; la primera muy pequeña, la segunda bastante grande, la tercera y la cuarta iguales, las más grandes de todas, y la quinta casi tan pequeña como la primera. De esas cabezas salían con gran celeridad extraños tentáculos rígidos que aferraban con ansia las ingentes cantidades de

indescriptible alimento colocadas ante la abertura. En ocasiones la criatura saltaba y en otras retrocedía hacia su madriguera de un modo extraño. Su modo de locomoción era tan inexplicable que lo observé con fascinación, deseando que saliese un poco algo más de la caverna debajo de mí.

Entonces emergió… y su visión me hizo dar media vuelta y huir a través de las tinieblas, hacia la escalera de subida que arrancaba muy cerca. Hui como alma que lleva el diablo por asombrosos peldañosss, escaleras y rampas, sin que ni la vista humana o la lógica me guiasen, en un viaje que debo confinar al mundo de los sueños por falta de confirmación. Tuvo que ser un sueño, o al amanecer jamás me habría encontrado respirando en las arenas de Guiza, ante el rostro burlón y bañado por el alba de la Gran Esfinge.

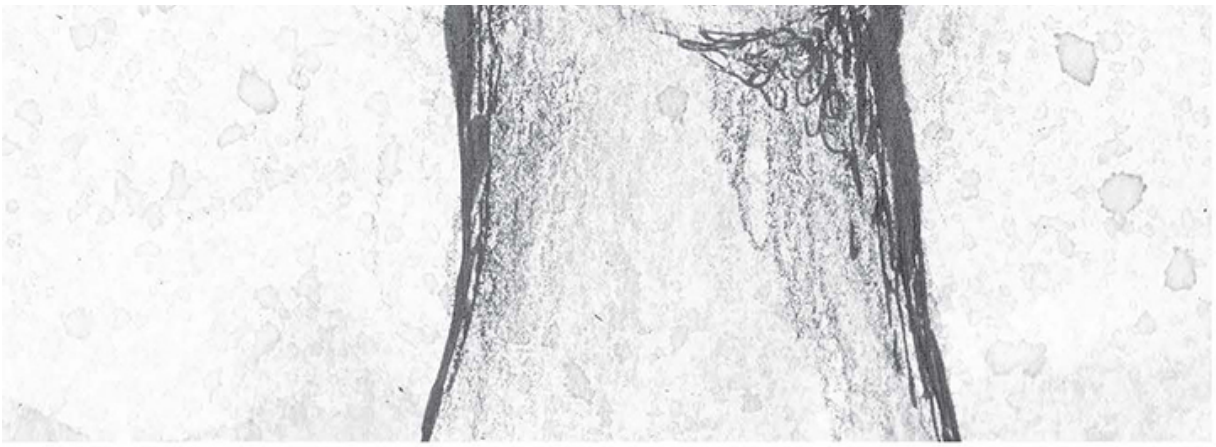
¡La Gran Esfinge! ¡Dios Mío! Esa absurda pregunta que me planteé durante la bendita y soleada mañana de la víspera… *¿qué inmensa y* horrenda anormalidad representaba la talla originaria de la Esfinge? Maldita sea la visión, fuese o no un sueño, que me reveló el horror supremo. El Desconocido Dios de los Muertos que se relame las colosales fauces en el abismo insospechado, alimentándose de los espantosos bocados de paradojas sin alma que no tendrían que existir.

El monstruo de las cinco cabezas que emergió… el monstruo de cinco cabezas, tan grande como un hipopótamo… el monstruo de cinco cabezas… y lo que era simplemente su garra delantera…

Pero sobreviví y sé que fue solo un sueño.

***OceanofPDF.com***





***OceanofPDF.com***



*OceanofPDF.com*

# Notas

[1] Lugares todos (menos Caldea) fruto de la imaginación del autor. <<

[2] Clérigo y poeta francés del siglo xiii nativo de Metz o sus alrededores. En 1246 publicó L’Image du monde, un poema en dialecto de Lorena sobre la creación, la Tierra y el Universo, que mezcla los hechos y la fantasía. <<

[3] Rey fundador de la ciudad del mismo nombre situada cerca de Samarcanda (Uzbekistán). <<

[4] Actual río Amu Daria, que discurre por Asia Central. El nombre Oxus se lo dieron los antiguos griegos. <<

[5] Edward John Moreton Drax Plunkett, XVIII Barón de Dunsany (1878—1957) fue un escritor y dramaturgo anglo-irlandés, conocido por sus cuentos fantásticos publicados bajo el nombre de Lord Dunsany. <<

[6] Ciudad perdida, en la península arábiga, que en el Corán se cita como ciudad maldita por Dios, al igual que Sodoma y Gomorra en el Antiguo Testamento. <<

[7] Abismo insondable vinculado al mundo de los muertos y citado en el Antiguo Testamento. <<

[8] Personajes y obras todos ellos del universo de Lovecraft. <<

[9] Se trata de un volumen que consta de dos obras, La historia de la Atlántida y La Lemuria perdida, previamente publicadas por separado. Ambos son continentes supuestamente desaparecidos. <<

[10] Figura mitológica griega cuyo espíritu encuentra Ulises en su descenso a los infiernos. <<

[11] Militar y corsario francés que ayudó en la batalla de Nueva Orleans (1815) a rechazar a las tropas británicas. <<

[12] René Robert Cavelier de La Salle (1643-1687) fue un explorador francés, que recorrió América del Norte. <<

[13] Se refiere a los pintores Sidney Herbert Sime y a Anthony Angarola, ambos pintores que gustaban mucho al autor. <<

[14] Personaje ficticio del universo creado por el escritor Howard Phillips Lovecraft. Según él fue el escritor del libro Al Azif (en griego Necronomicón o «relativo a la ley de los muertos»). <<

[15] Arthur Llewellyn Jones (1863-1947) fue un escritor galés conocido por su literatura de terror sobrenatural, que adoptó el seudónimo de Arthur Machen. <<

[16] Clark Ashton Smith (1893-1961) fue un poeta, escultor, pintor y escritor de cuentos de fantasía, terror y ciencia ficción estadounidense. <<

[17] Ciudad ficticia creada por el autor, que él sitúa en Massachusetts. <<

[18] Universidad ficticia creada por Lovecraft, que está situada en la también ficticia ciudad de Arkham. <<

[19] Cultos sin nombre. Es un grimorio ficticio creado por Lovecraft. <<

[20] Noche del 30 de abril al 1 de mayo. Se celebra en Europa central y del norte. Se conoce también como Noche de las brujas. <<

[21] Max Planck, Werner Heisenberg, Albert Einstein y Willem de Sitter fueron todos ellos físicos y matemáticos alemanes a excepción del último (De Sitter), cuyas aportaciones a la física les valieron en algunos casos galardones tan importantes como el premio Nobel. <<

[22] Ecuaciones desarrolladas por el matemático alemán Georg Friedrich Bernhard Riemann. <<

[23] Madrugada del sábado, justo al terminar el viernes, horas en que se decía que las brujas organizaban sus aquelarres o reuniones con Satán. <<

[24] Dios ideado por Lovecraft, que encarna el motor primero del caos y la destrucción. Es la antítesis de la creación. <<

[25] Dios primordial ideado por Lovecraft. Se le conoce también como Caos reptante y puede adoptar la forma que desee, aunque lo describe en varias ocasiones como una masa pulposa. <<

[26] Día que conmemora el aniversario de las batallas de Lexington y Concord. Se celebra siempre el tercer lunes de abril en Massachusetts. <<

[27] Pueblo en el que se sitúa la acción del cuento La sombra sobre Innsmouth. <<

[28] La Negra Cabra de los Bosques con sus Diez Mil Vástagos es una deidad ficticia inventada por Lovecraft. La describe como diosa de la fertilidad que tiene una masa nebulosa, oscura, llena de tentáculos y bocas que salivan y multitud de patas de cabra. <<

[29] Azathoth y otros horrores. <<

[30] Personaje ficticio del autor. <<

[31] Criaturas ficticias del universo de Lovecraft. Son seres creados por los Antiguos para servirles. Son enormes, tienen aspecto de ameba, se alimentan de otros seres y son anfibios. <<

[32] Johann Heinrich Füssli (1741-1825) fue un dibujante, pintor, historiador del arte y escritor suizo que se establecería en Gran Bretaña, donde se le conoce como Henry Fuseli <<

[33] Edmund Andros fue un administrador colonial inglés en Norteamérica. A sus órdenes sirvió William Phipps, que fue gobernador de Massachusetts y constituyó el tribunal que juzgaría a las supuestas brujas de Salem entre 1692 y 1693. <<

[34] Paul Gustave Doré (1832-1883), pintor, grabador, escultor e ilustrador francés. <<

[35] Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor, poeta, crítico y periodista romántico estadounidense. <<

[36] Edward George Earle Bulwer-Lytton (1803-1873), poeta, novelista, dramaturgo, político y periodista británico. <<

[37] Las catacumbas del faraón Nefre-Ka, en el valle de Hadoth, están consideradas como uno de los focos de miedo más ancestrales de los egipcios, para muchos objeto de una antigua maldición. <<

[38] Última faraón de la dinastía VI egipcia (2193 a. C.-2191 a. C.), una mujer conocida por su valentía. <<

[39] La Gran Pirámide de Guiza, construída por el faraón Keops. <<

[40] Gayo Plinio Segundo, conocido como Plinio el Viejo (23-79), fue un escritor, científico, naturalista y militar latino. Su obra Naturalis historia es un compendio de estudios naturalistas y geográficos. <<

[41] Arrogancia. En francés en el original. <<

[42] Región montañosa situada al sureste del Estado de Nueva York. <<

[43] GK Persei, también conocida como Nova Persei 1901 fue descubierta el 21 de febrero de 1901. Entonces alcanzó una magnitud + 0,2 y aumentó su luminosidad 10.000 veces en solo dos días. Después se fue apagando hasta ser casi invisible. <<

[44] Charles Baudelaire y Charles Marie Georges Huysmans (más conocido como Joris-Karl Huysmans) fueron un poeta y escritor franceses respectivamente, conocidos por el contenido rompedor de sus obras, que expresaban un profundo disgusto por la vida. <<

[45] Diletantes. En italiano en el original. <<

[46] Hace referencia a la etapa en que el pintor Francisco de Goya y Lucientes compuso diversas pinturas y dibujos de temática relacionada con la muerte, la brujería y temas considerados oscuros. <<

[47] Demonio vinculado a la tierra. <<

[48] Aquí parece referirse al parque nacional de Mammoth Cave, situado en Kentucky, que tiene el mayor sistema natural de cuevas conocidas del mundo. <<

[49] Ferdinand Marie, vizconde de Lesseps (1805-1894). Fue un ingeniero francés cuyas principales obras fueron el canal de Suez y el de Panamá. <<

[50] Quinto y más famoso califa de la dinastía abasí de Bagdad. Gobernó desde 786 hasta el año 809. <<

[51] Tipo de sombrero conocido también como fez. <<

[52] Árbol del género de las perseas. <<

[53] Propina <<

[54] Primera mujer que toma el título de faraón junto con Hatshepsut y Cleopatra. <<

[55] Campesino. <<

[56] Juego de palabras en el original entre «egipcio» y «pánico». <<

[57] Corona faraónica doble. <<

***OceanofPDF.com***